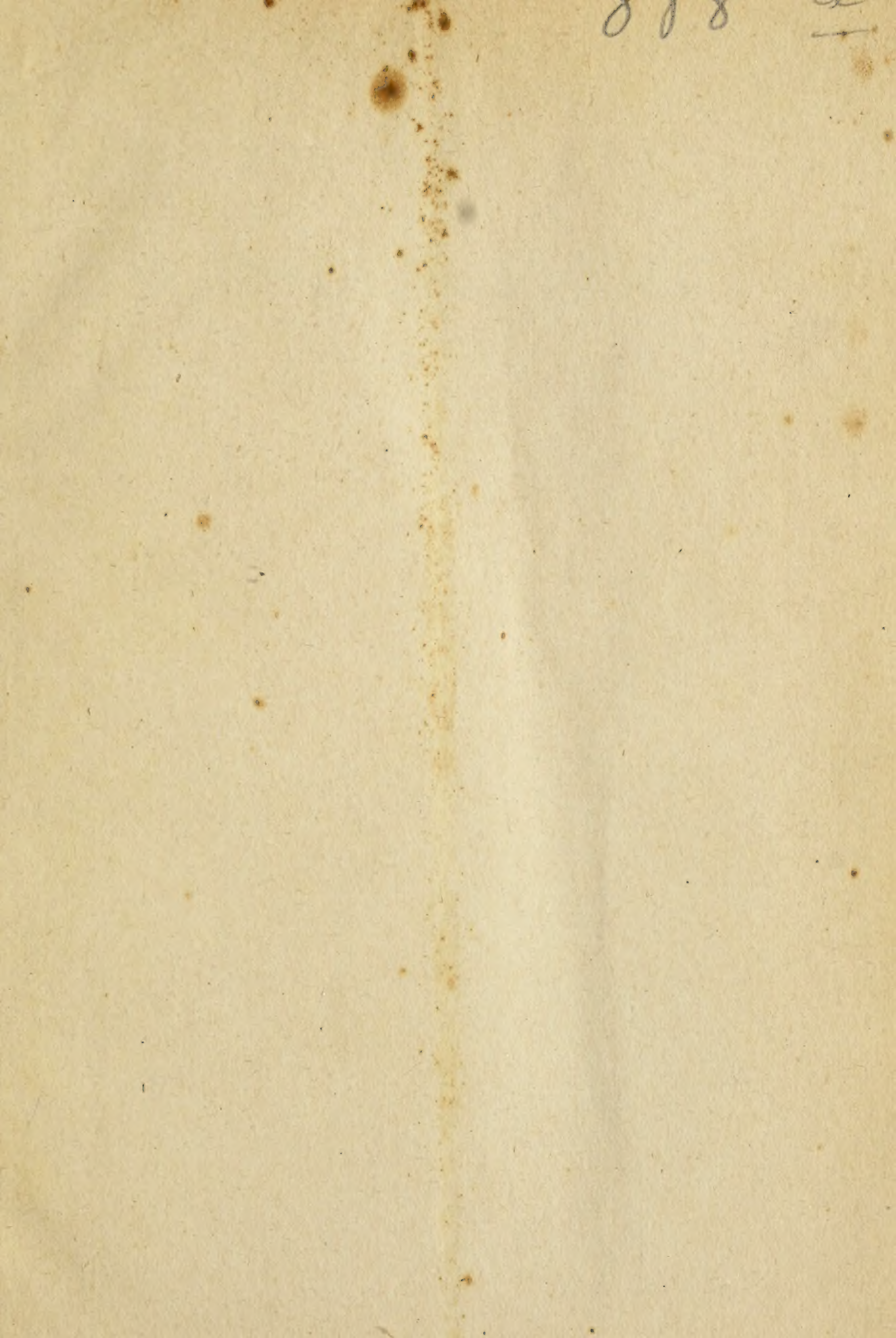

3 1761 08173139 0







HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉXICO

HISTORIA

DE LA

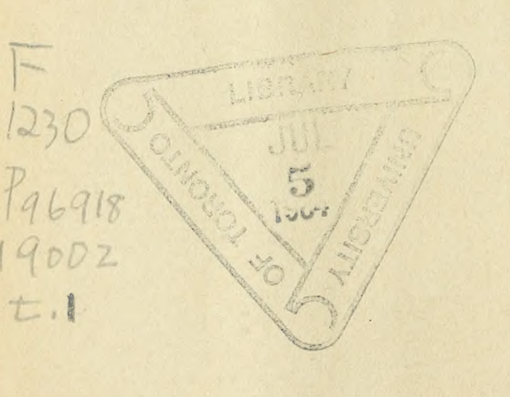
Conquista de México

POR

W. H. PRESCOTT

TOMO I

EDICIONES MERCURIO
MADRID



Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—**Mesón de Paños**, 8.—MADRID

PREFACIO

Habiéndose ocupado en la Conquista de México las plumas de Solís y Robertson, dos de los más hábiles historiadores de su nación respectiva, parece que poco quedaba ya que inquirir al que hoy se ocupase en el mismo asunto. Pero la historia de Robertson es breve, como que forma sólo parte de otra obra más extensa; y, además ni el escritor español, ni el inglés, han contado con los importantes documentos relativos a aquel suceso que despues ha reunido la laboriosidad de algunos literatos españoles. El que abrió el camino a estas investigaciones fué D. Juan Bautista Muñoz, el celebrado historiógrafo de las Indias, que en virtud de real privilegio, obtuvo fácil entrada a todos los archivos nacionales y a todas las librerías públicas, privadas y monásticas de la Península y las colonias. El resultado de sus largas labores fué la reunión de un gran acopio de materiales, de que, desgraciadamente, no pudo aprovecharse; sus manuscritos quedaron depositados después de su muerte en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, y fueron aumentados después con los de D. Vargas Ponce, presidente de la misma Academia, quien los había obtenido de diferentes partes, y principalmente de los archivos de Indias, en Sevilla.

Cuando solicité de la Academia en 1838, permiso para copiar de esta inestimable colección de documentos los relativos a México y al Perú, no sólo se me concedió francamen-

te, sino que se encargó a un eminente literato alemán, miembro de la misma corporación, que cuidase de la traducción y cotejo de los manuscritos, y esto antes de que como miembro de la Academia tuviese yo derecho alguno a sus consideraciones. Semejante conducta manifiesta el adelanto que las ideas liberales han tenido en la Península después del doctor Robertson, pues él se queja de que se le cerró la entrada a los repertorios públicos de más importancia. El favor con que fué acogida mi soticitud, lo debo principalmente al presidente de la Academia D. Martín Fernández Navarrete, literato cuyo carácter personal le ha granjeado en su patria la misma estimación que sus trabajos literarios fuera de ella; tengo, además, que agradecerle el libre uso que me ha permitido hacer de sus manuscritos propios, fruto de una vida de constantes tareas, y fundamento de las valiosas producciones con que en diferentes épocas ha ilustrado la historia de las colonias españolas.

De estas tres magníficas colecciones, obra del esmerado trabajo de medio siglo, he formado un acopio de documentos inéditos, que ocupan cerca de ocho mil páginas en folio, concernientes a la Conquista y establecimiento de los españoles en México y el Perú. Consisten, principalmente, en instrucciones oficiales, diarios privados y militares, correspondencia de los principales personajes de aquellas escenas, crónicas contemporáneas y otras semejantes, sacados de los principales repertorios de la Península y sus vastas colonias.

He procurado enriquecer mi colección con materiales tomados de México mismo, lo cual habían olvidado hacer mis ilustres predecesores en este género de investigaciones: de aquellos soy deudor al señor Conde de la Cortina; todavía más al Sr. D. Lucas Alaman, y, sobre todo, a mi excelente amigo D. Angel Calderón de la Barca, último ministro plenipotenciario de España cerca de México; sus prendas perso-

nales, aún más que su alta representación, le conciliaron la estimación universal, y le facilitaron la libre entrada a todos los lugares de México en que se podía encontrar algo curioso o interesante. Estoy igualmente agradecido a las finas atenciones del conde Camaldoli, en Nápoles; del duque de Serradifalco, en Sicilia, personaje cuyo saber añade nuevo lustre al de su alto rango, y del duque de Monte León, actual representante de la casa de Cortes, por haberme proporcionado que registrase libremente los archivos de la familia. A estos nombres debo añadir los de Sir Thomas Philips, cuya preciosa colección de manuscritos es probablemente más extensa que cualquiera otra privada de Inglaterra y aún de Europa; el de M. Ternaux Compans, propietario de la rica colección de D. Antonio Uguina, en la que se comprenden los papeles de Muñoz, y cuyos frutos está actualmente dando a luz, y, finalmente, el de mi compatriota y amigo Arturo Midleton, último encargado de Negocios de los Estados Unidos, en Madrid, quien me ayudó activamente en mis pesquisas en aquella capital.

Además de este acopio de documentos originales, he tratado de adquirir todas las obras impresas que se han publicado sobre mi asunto, sin excluír ni aun aquellas que por su precio y dimensiones colosales parecen destinadas más bien a una biblioteca pública que a una librería privada.

Después de haber manifestado los materiales de mi obra y las fuentes de donde provienen, quédame que exponer brevemente su plan y estructura. Entre las grandes proezas de los españoles en el siglo XVI, *ninguna excita la imaginación más fuertemente que la Conquista de México. La ruina de un grande imperio por un puñado de aventureros, y sus extraños y pintorescos pormenores, parecen dar materia más a propósito para una novela que para una historia seria; y no es fácil, en efecto, tratarla sin apartarse de las reglas seve-*

ras de la crítica histórica. Mas no obstante las seducciones de mi asunto, he procurado distinguir religiosamente los hechos de las meras ficciones, y fundar mi narración en bases tan auténticas como lo permiten los testimonios de aquella época. He corroborado el texto con citas frecuentes, que las más veces he dejado en su original, porque pocas de ellas podrían ser confrontadas por el lector; en ellas he querido conservar textualmente su antigua ortografía, por desusada y bárbara que sea, más bien que alterar en lo más mínimo la integridad del texto original.

Aunque propiamente el asunto de la obra es la Conquista de México, la precede una ojeada sobre la civilización de los antiguos mexicanos, para que el lector se informe del carácter de esta raza extraordinaria, y comprenda todos los obstáculos que para subyugarla tuvieron que vencer los españoles. Esta introducción y el apéndice, que realmente forman parte de ella, me han costado tanto trabajo y quizá tanto tiempo como todo el resto de la obra, a pesar de que no ocupan aquellas dos cosas juntas más que medio volumen. No obstante, si con ellas consigo dar una idea cabal de la especie y grado de civilización a que habían llegado los mexicanos, no reputo perdidas mis fatigas.

Aunque la historia de la Conquista acaba con la toma de la capital, sin embargo, la he continuado hasta la muerte de Cortés, considerando el interés que habrá despertado en el lector el carácter que manifestó durante su carrera militar. No se me ocultan los riesgos a que me expongo procediendo de esta suerte: el espíritu, preocupado con un pensamiento grande, la caída de la capital, juzgará superflua y aún fastidiosa la continuación de la historia, y será difícil, después de la impresión que causa la noticia de la gran catástrofe de un pueblo, interesarse en las aventuras de un individuo privado. Solís adoctó, sin duda, el mejor parti-

do, concluyendo su historia con la toma de la capital, y dejando ilesa en el ánimo de su lector la profunda impresión de aquel memorable suceso. Prolongar la narración es incurrir en aquel defecto que los críticos franceses censuran en algunos de sus más celebrados dramas, y que consiste en destruír con un desenlace prematuro el interés de la pieza. Tal es el defecto de que aún en mayor grado adolece la vida de Colón, vida que se cierra con aventnras insignificantes acaecidas en un grupo de islas, después de haberse abierto con el sorprendente descubrimiento de un mundo; defecto, en suma, que para quedar encubierto, ha necesitado todo el genio de un Irwing y el encanto mágico de su estilo.

A pesar de estas graves objeciones, me he visto impulsado a continuar mi narración aún más allá, por deferencia a la opinión de algunos sabios españoles, que juzgan que la biografía de Cortés aún no ha sido presentada completamente, y porque no he querido dejar escapar la ocasión de trazar la que me ofrecía el cúmulo de materiales que tenía yo a las manos. Y en verdad no me arrepiento de haber procedido de esta manera, porque cualquiera que sea el brillo que las proezas militares de la Conquista de México reflejen sobre Cortés, ellas no bastan para dar una idea cabal de las miras ilustradas, extensas y variadas, y del genio emprendedor de aquel guerrero.

El crítico encontrará quizá alguna incongruencia en un plan que combina objetos tan disímbolos como los que comprende la presente Historia, cuya introducción, destinada a hablar del origen y antigüedades de una nación, tiene un carácter filosófico, *mientras que la conclusión es meramente biográfica, por manera que ninguna de ellas puede ser considerada como parte de la* Historia *propiamente tal. Pero tales objeciones creo que no son más fuertes en teoría que en práctica, pues que la introducción prepara al lector a los*

pormenores de la Conquista, y los grandes sucesos de esta conducen como por la mano a la historia del héroe que fué como el alma de ella. Por otra parte, cualquiera que sea la falta de unidad *de que adolece mi obra, considerada bajo ciertos aspectos, no carecerá de la* unidad de interés, *única que tienen por indispensable los críticos modernos.*

Aunque la gran distancia que media entre nuestros días y los de la Conquista, debe ser una garantía de que no la he juzgado con prevención ni parcialidad, sin embargo, el lector inglés y el norteamericano, que profesan principios de moral tan diversos de los del siglo XVI, *me creerán demasiado indulgente con los errores de los conquistadores, mientras que el lector español, habituado al encomio sempiterno de Solís, le parecerá que he tratado a aquellos con demasiada severidad. A unos y a otros reponderé: que si por una parte he pintado los excesos de los conquistadores con los colores más sombríos, por la otra he disculpado su conducta, haciendo todas las reflexiones atenuantes que sugiere la época y circunstancias en que vivieron. He procurado no sólo trazar un cuadro fiel, sino colocarlo a la mejor luz y poner al espectador en el mejor punto de vista. A costa de algunas repeticiones he tratado de empapar al lector en el espíritu de aquella época, de hacerle, por expresarme así, contemporáneo del siglo* XVI: *a él toca decidir si he cumplido mi designio.*

Antes de concluir, debo alegar como un título a la indulgencia de mis lectores, el estado de mis ojos, que no me ha permitido releer mis manuscritos, ni mucho menos corregirlos; la incorrección y oscuridad de mis borradores, habrá sido, no obstante, el esmero del copista, origen de numerosos errores, debidos también en no pequeña parte a la bárbara fraseología de mis autores mexicanos; no es creíble que todos esos errores hayan sido descubiertos por el ojo vigilante del

crítico sagaz a quien estaba confiada la revisión de las pruebas.

En el prólogo de la historia de Fernando e Isabel, me quejaba yo de que se ocupase en dos de las partes más interesantes de aquella obra, el más popular de los escritores americanos, Wáshington Irwing; una cosa semejante ha acontecido por una rara casualidad en el presente caso: me he encontrado, sin saberlo, ocupando el mismo terreno en que él quería colocarse. Cuando llegó esto a mi noticia, aún no poseía yo mi rica colección de materiales; pero si él hubiese perseverado en su designio, hubiera yo abandonado el mío sin vacilar, si no por cortesía, por conveniencia propia, pues aunque vestido con la armadura de Aquiles, ninguna esperanza de victoria me quedaba en un combate con Aquiles mismo. Mas apenas supo aquel distinguido escritor que me preparaba a tratar este asunto, cuando con esa caballerosidad, que no sorprenderá a nadie que le haya tratado, me anunció su intención de dejarme el camino libre. Al hacer público este noble proceder de M. Irwing, conozco que con gran desventaja para mí, dejo un justo sentimiento en el corazón del lector. No puedo terminar este prefacio, ya demasiado largo, sin expresar mi reconocimiento a M. Jorge Ticknor, mi amigo de muchos años, por la cansada revisión de mis manuscritos, obra del cariño, y cuyo precio sólo podrán estimar los que conocen su extraordinaria erudición y delicado gusto. Si su nombre es el último en la lista de las personas que me han favorecido, no es,ségurísimamente, porque le estime en menos.

GUILLERMO H. PRESCOTT.

Boston, octubre 10 de 1843.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉXICO

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

OJEADA SOBRE LA CIVILIZACIÓN DE LOS AZTECAS

CAPÍTULO PRIMERO

México antiguo.—Clima y producciones.—Razas primitivas.—Imperio azteca.

Entre los dilatados países que formaron en otro tiempo los dominios españoles en el Nuevo Mundo, ninguno ofrece el interés e importancia que México, ya se considere la variedad de sus climas o la inagotable riqueza de sus minerales; ya sus paisajes pintorescos y magníficos sobre toda ponderación; bien el carácter de sus antiguos moradores, superiores en inteligencia a todas las otras razas norteamericanas, y cuyos monumentos nos recuerdan la civilización primitiva del Egipto o el Indostán; o bien, finalmente, las circunstancias peculiares de su conquista tan novelesca como pudieran serlo las leyendas de los bardos italianos o normandos. El objeto de esta obra es pre-

sentar la historia de esa conquista y la del hombre extraordinario que la llevó a cabo.

Mas a fin de que el lector pueda más fácilmente adquirir el conocimiento de estos sucesos, será conveniente echar una ojeada general sobre las instituciones sociales y políticas de las razas que ocupaban aquellas comarcas antes de su descubrimiento.

El país de los antiguos mexicanos o aztecas, como se llamaban entonces, no comprendía más que una pequeña parte de los extensos territorios que forman la moderna República de México (1). No es posible determinar sus límites con exactitud; en los últimos tiempos del imperio, se dilataron considerablemente, y comprendían del 18° al 21° Norte, por el lado del Atlántico, y del 14° al 19° por el Pacífico (2), formando una faja cuyo mayor ancho no

(1) Muy extensos, ciertamente, si hemos de creer al arzobispo Lorenzana, quien nos dice:

«Es dudoso si acaso el país de Nueva España tocaba con la Tartaria y la Groenlandia; con la primera por California, y con la segunda por Nuevo México.» —[*Historia de Nueva España*, *México*, *1770*, *pág. 38*, *nota*.]

(2) Me he conformado con los límites fijados por Clavijero; probablemente él ha examinado el asunto más extensa y cuidadosamente que aquellos compatriotas suyos que asignan a la monarquía mayor extensión. Véase *Storia Antica del Messico* [*Cesena*, *1780*], disert. 7. El abate no ha tenido, sin embargo, cuidado de informar al lector de los fundamentos en que se apoyan sus conclusiones: la extensión del imperio azteca se conoce por los escritos de los historiadores posteriores a la Conquista, y por las pinturas que representan los tributos que pagaban las ciudades conquistadas; dos fundamentos sumamente vagos y defectuosos. Véase los M. SS. de la colección de Mendoza, en la magnífica obra de Lord Kingsborough. La dificultad de estas averiguaciones se aumenta, por cuanto la conquista de esas ciudades; como veremos después, se verificó por el concurso de tres potencias, de suerte que no es fácil decir la parte que tocaba a cada una. El punto es de tal manera intrincado, que Clavijero, no obstante las

pasa de 5° y medio, y que se iba angostando hacia el límite SE., hasta llegar a menos de 2°. Probablemente abrazaba menos de 16.000 leguas cuadradas (1); sin embargo, tal es la rara constitución de este país, que aunque apenas doblemente extenso que la Nueva Inglaterra, presenta todas las variedades del clima y produce todos los frutos que se encuentran entre el Ecuador y el círculo ártico.

A lo largo de todo el Atlántico, el país está limitado por una faja ancha llamada la *Tierra Caliente*, que tiene la alta temperatura propia de las tierras equinocciales. Tostadas y arenosas llanuras se encuentran confundidas con otras de exuberante fertilidad, casi impenetrables a causa de las espesas florestas de arbustos aromáticos y flores silvestres, en medio de las cuales se levantan árboles de ese aspecto magnífico, que sólo se encuentra entre los trópicos. Bajo esta dulzura selvática, vive en acecho la fatal *malaria* o fiebre amarilla, engendrada probablemente por la descomposición pútrida de sustancias vegetales, en aquel suelo húmedo y caliente. La estación del *vómito prieto*,

aserciones terminantes del texto, no se ha atrevido en su mapa a fijar los límites del imperio, ni hacia el N., donde tocaba con el tezcucano, ni hacia el S., a pesar de que con respecto a estos últimos ha incurrido en el craso error de asegurar que aunque el territorio mexicano llegaba hasta los 40°, no comprendía ninguna porción de Guatemala. Véase t. I, pág. 29, y t .II, disert. 7. El cronista tezcucano Ixtlilxochitl, se empeña, a su vez, en asignar una gran extensión territorial a su nacion. *Historia Chichimeca, M. S , cap. 39, 53 et alibi.*

(1) Según Humboldt, es de 18 a 20.000 leguas cuadradas, y comprendía las modernas intendencias de México, Puebla, Veracruz, Oaxaca y Valladolid. *Essai polit. sur le Roy. de Nouv. Espag.* [*París, 1825*], *t. I, pág. 196.* Esta última, la de Valladolid, estaba comprendida, como él mismo lo ratifica en otra parte de su obra. (Compendio, t. II, pág. 164), *en el reino de Michoacán, rival del de México,*

que asola las costas, dura desde la primavera hasta el equinoccio de otoño, en cuyo tiempo lo mitigan los vientos fríos que bajan de la bahía de Hudson. Estos vientos originan frecuentemente, durante el invierno, tempestades o *nortes*, y recorriendo la costa del Atlántico y el sinuoso Golfo de México, azotan con la furia de un huracán en sus playas desabrigadas y las islas comarcanas. Tales son los peligrosos hechizos con que la naturaleza ha rodeado esta tierra de encanto, como para guardar los dorados tesoros ocultos en su seno; pero el genio y los esfuerzos del hombre han sido más poderosos que todos los obstáculos de la naturaleza.

Después de caminar veinte leguas por esta región abrasada, el viajero se encuentra respirando en otra atmósfera más pura; sus pulmones, recobran su elasticidad; vive más libremente, porque sus sentidos ya no están oprimidos por los calores sofocantes ni el embriagante perfume de la playa; el aspecto de la naturaleza ha cambiado enteramente; la vista ya no se recrea con la hermosa variedad de colores que esmaltaban la llanura; deja atrás la vainilla, el añil y el floreciente cacao; pero la caña y el plátano con sus lustrosas hojas aún le acompañan, y cuando ya ha subido cerca de cuatro mil pies, conoce en el perenne verdor y rico follaje del liquidambar, que ha llegado a la altura en que se detienen las nieblas y las nubes al venir del Golfo de México; es la región de la humedad perpetua; pero la saluda con placer, porque le anuncia que ha escapado de la influencia del mortífero *vómito* (1); ha entrado en la *Tierra*

(1) El viajero que al entrar en el país atraviesa los espantosos *médanos* de Veracruz, apenas podrá creer en la verdad de esta descripción; pero no es allí, sino en otras regiones de la Tierra Caliente, donde debe buscarla. De los viajeros modernos, ninguno ha hecho una pintura más bella de las impresiones que afectaron sus sentidos en aquellas

Templada, cuyo aspecto se asemeja al de la zona del mismo nombre. Estas nuevas escenas son grandes y aún terribles; su camino corre por entre la base de altas montañas que brillaron en un tiempo con luz volcánica, y que resplandeciendo hoy con su manto de nieve, sirven al marinero en alta mar de valiza durante muchas leguas; en torno suyo reconoce las huellas de una antigua combustión, al caminar por largos trechos de lava, que se eleva en mil fantásticas formas, delineadas por el torrente de fuego al chocar con los obstáculos que se oponían a su curso; tal vez en el mismo instante en que contempla a la orilla de su ruta un declive escarpado o un principio insondable, ve su fondo hermoseado con las ricas flores y la esmaltada vegetación de los trópicos. ¡Tales son los inesperados contrastes que se presentan a los sentidos en estas pintorescas regiones!

Caminando hacia adelante, sube a climas favorables, a otro género de vegetación. El maíz o grano de Indias, como le llamamos comúnmente, ha venido acompañando al viajero desde el nivel más bajo; pero ahora ve por la primera vez el trigo y otras semillas europeas traídas por los conquistadores. Mezclados con ellas, se ven los plantíos de la zábila (*) (aloe) *o maguey (Agave americana)*, que los aztecas aplicaban a tan diversos y útiles usos. Los robles han adquirido mayor medra, y los espesos bosques de pinos anuncian que se ha entrado en la *Tierra Fría*, la última de las regiones en que, naturalmente, está dividido el país.

regiones abrasadas, como Latrobe, que vivió en un punto de la costa de Tampico; las descripciones que este mismo viajero hace del hombre y la naturaleza de nuestro propio país, son notables por la belleza y exactitud, y le hacen acreedor a nuestra confianza cuando habla de otros.

(*) Me parece que el género *aloe* y el *agave* son diferentes, aunque ambos pertenezcan a la Hexandria Monoginia de Lineo.—*N. del T.*

Cuando el cansado viajero llega a la altura de 7.000 u 8.000 pies, ha tocado ya a la cumbre de la Cordillera de los Andes, de esta colosal cadena que, después de atravesar la América del Sur y el istmo de Darien, se extiende al entrar en México, formando una vasta meseta que conserva la elevación de más de 6.000 pies por cerca de 200 leguas, hasta declinar gradualmente en las altas latitudes del Norte (1). De esta plataforma se levanta, en una dirección occidental, una cadena de collados volcánicos de estupendas dimensiones, que forman una de las regiones más elevadas de la tierra. Sus picos, que entran en los límites de las nieves perpetuas, difunden una agradable frescura sobre los valles que están a su pie, que, aunque llamados *fríos*, gozan de un clima a cuya temperatura media no excede la del centro de Italia (2). El aire es excesivamente seco, y el suelo, aunque naturalmente feraz, rara vez está vestido de la ostentosa vegetación de los terrenos bajos. Algunas veces, su aspecto es árido y ésteril, debido esto, en parte, a la gran evaporación que se verifica en llanuras tan elevadas, por la disminución de la presión atmosférica, y, en parte, a la falta de árboles que resguarden el suelo de los rayos abrasadores del sol de estío. En tiempo de los aztecas, la meseta estaba abundantemente cubierta de en-

(1) Tan dilatado país varía de elevación, desde 5.570 hasta 8.836 pies; altura igual a la del paso de Mont-Cenis o del gran San Bernardo. La meseta se prolonga otras 300 leguas, antes de descender al nivel de 2.624 pies. *Humboldt*, *op. cit.*, *t. I*, *págs. 157-275.*

(2) Cerca de 62° de Farenheit o 17° de Réaumur. *Humboltd, loco citato*, *pág. 273.* Las mesetas elevadas tal como el valle de Toluca, que se encuentra a cerca de 8.500 pies sobre el nivel del mar, tienen un clima muy rígido, en el cual el termómetro, durante gran parte del día, rara vez sube a más de 45°. Farenheit. *Idem*, *loc. cit.*, *y Malte Brum*, *Geo. Univ.*, *cap. 83 de la traducción inglesa:* este autor no es en esta parte más que un eco del primero.

cinas, cipreses, alerces y otros árboles boscosos, cuyas extraordinarias dimensiones, de que aún quedan vestigios, prueban que la presente aridez más debe imputarse al hombre que a la naturaleza. En efecto, los españoles destruyeron indistintamente los bosques, a la manera que lo hicieron nuestros antepasados los puritanos, aunque con menos razón, pues una vez conquistado el país, no tenían aquéllos que temer las encubiertas *asechanzas* de los sumisos y semicivilizados indígenas, mientras que nuestros bisabuelos se vieron obligados a vivir alerta durante un siglo. Dícese que esta destrucción agradaba a los conquistadores, porque les recordaba las llanuras de su Castilla (1), que es la meseta de Europa, y de cuya desnudez se quejan cuantos viajeros la visitan.

En medio del Continente, un poco más cerca del Pacífico que del Atlántico, a una elevación de casi 7.500 pies, está el celebrado Valle de México, de forma oval, de 67 leguas de circunferencia (2) y rodeado de una alta muralla de montañas porfiríticas que la naturaleza parece haber dispuesto, aunque inútilmente para servirle de defensa.

El suelo, unas veces cubierto de bello verdor y de árboles majestuosos, es otras estéril, y blanquea con incrusta-

(1) La altura de las Castillas, según la autoridad tantas veces citada, es de cerca de 350 o 2.100 pies. *Disertac. de Humboltd, apup Laborde. Itinerario descriptivo de España (París,* 1827), t. I, pág. 5. Es raro encontrar en Europa llanuras tan altas como éstas.

(2) El arzobispo Lorenzana computa en 90 leguas el circuito del Valle de México, corrigiendo el cálculo de Cortés, que lo computaba en 70: este último se acercaba a la verdad, según las medidas de Humboldt citadas en el texto. Su largo es de 18 leguas y su ancho de 12 y media. [*Loc. cit., t. II, pág. 29.—Lorenzana. Loc. cit., pág. 101.*] El mapa del Valle de México es el tercero del Atlas geográfico y físico de Humboldt, y lo mismo que todos los otros de la colección, es de gran mérito para el viajero, el geólogo y el historiador.

ciones de sal cristalizada por la evaporación de las aguas. Cinco lagos se extienden sobre el Valle, y ocupan un décimo de su superficie (1). En las dos orillas opuestas de la parte más ancha del lago, muy reducido en sus dimensiones con respecto a lo que era en tiempo de los aztecas (2), se levantan las ciudades de México y Tezcuco, las capitales de los dos Estados más poderosos y florecientes de Anáhuac, de aquéllos cuya historia y la de las razas misteriosas que les precedieron, ofrece algunas analogías íntimas con la civilización que se encontró antiguamente en el Continente Norteamericano.

De estas razas, la más conocida es la de los toltecas, que viniendo del Norte, aunque no se sabe con fijeza de qué punto de él, entró en el territorio de Anáhuac (3)

(1) Humboldt. *Loc. cit.*, *t. II, págs. 29, 44 y 49*, *Malte—Brun*, *libro 85*. Este último asigna sólo 6.700 pies, contradiciéndose a sí mismo, o mejor dicho, a Humboldt, de cuyos escritos coge *plenis manibus*, y aun mucho más de lo que aparentan las raras citas que se encuentran al calce de estas páginas de su geografía.

(2) Torquemada explica, en parte, esta disminución, suponiendo que del mismo modo que Dios permitió que bajasen las aguas que cubrían toda la tierra, después de haber casi exterminado a los hombres por causa de sus iniquidades, así permitió a las aguas del lago de México en señal de que se aplacaba, que bajasen después de haber sido destruídas por los españoles las razas idólatras que ocupaban el país. Pudiera encontrarse una explicación más probable, ya que no tan ortodoxa, en la evaporación activa del agua en aquellas regiones elevadas. y en la acción de un inmenso canal, construído en vida del buen padre, con el objeto de recoger las aguas del lago y preservar a la capital de una inundación.

(3) El Anáhuac, según Humboldt, comprendía solamente el país encerrado entre los 14° y 21° lat. N. [*Loc. cit.*, *t. I*, *pág*, *197*.] Según Clavijero, casi todo lo que después se conoció con el nombre de Nueva España [*Loc. cit.*, *t. I*, *pág*. 27.] Veytia usa también de esta palabra como sinónimo de Nueva España. *Historia antigua de México* [*México, 1836*], *t. I*, *cap. XII*. Probablemente tanto disminuye el pri-

hacia fines de la centuria séptima. Por consiguiente, poco puede saberse con exactitud de este pueblo, cuyos recuerdos históricos han perecido, y que sólo nos es conocido por la tradición oral de las naciones que le sucedieron (1). Todos convienen, sin embargo, en que los toltecas estaban adelantados en la agricultura y en muchas de las artes mecánicas útiles; que trabajaron primorosamente los metales; que inventaron el complicado sistema cronológico, adoptado por los aztecas; y, en suma, que fueron los verdaderos fundadores de la civilización que en los últimos tiempos (2) ha distinguido a esta parte del Continente.

mero de estos escritores, cuando dilata el último los límites del imperio. Ixtlilxochitl dice que se extiende 400 leguas más allá del país de los otomíes. [*Loc. cit.*, *cap. LXXIII.*] La palabra Anáhuac, significa: cerca del agua. Probablemente este nombre se le aplicó por su situación junto a los lagos del valle mexicano, y después se hizo extensivo a los países remotos invadidos por los aztecas y otras tribus semicultas; o quizás también, como lo indica Veytia [*Loc. cit.*, *cap. I*], el nombre quería significar tierra entre las aguas del Pacífico y el Atlántico.

(1) Clavijero nos cuenta que Butirini se fundó al escribir, en el testimonio de los escritores toltecas [*Loc. cit.*, *t. 1*, *pág. 128*]; pero este último literato no dice que ha poseído jamás ningún documento tolteca, y se refiere a uno que oyó decir existía en poder de Ixtlilxochitl. (Véase su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* [*Madrid*, *1746*], *pág. 11.* Este último escritor confiesa que sus noticias sobre los toltecas y chichimecas se fundan en la interpretación de pinturas (probablemente tezcucanas) y en la tradición de algunos ancianos; pobres autoridades tratándose de sucesos acaecidos siglos antes. Sin embargo, él mismo reconoce que su narración está tan llena de absurdos y falsedades, que se vió obligado a desechar las nueve décimas partes de ella. [*Relaciones*, *M. S.*, *núm. 5.*] La causa de la verdad no hubiera perdido gran cosa en que se hubiesen desechado las otras nueve décimas del resto.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chich. M. S., cap. II. Idem, Relac. M. S., número 2. Sahagun, *Historia general de las costas de Nueva España*

Establecieron su capital en Tula, al Norte del Valle de México, donde aún quedaban en tiempo de la conquista (1) restos de antiguos y considerables edificios. Las ruinas, tanto de los religiosos como de otros que aún se conservan en varias partes de la Nueva España, se atribuyen al pueblo tolteca, cuyo nombre ha venido a ser sinónimo de *arquitecto* (2). Su oscura historia nos recuerda a las razas primitivas que precedieron a los egipcios en el camino de la civilización; los restos que aún existen de los monumentos de aquellas razas, confundidos con los edificios de los egipcios mismos, dan a estos últimos la apariencia de construcciones casi modernas. (3)

Después de un período de cuatro siglos, los toltecas, que habían extendido su poder hasta los más remotos confines del Anáhuac (4), considerablemente destruídos por el hambre, la peste y por guerras infructuosas, desaparecieron del país tan silenciosa y misteriosamente como habían entrado en él. Algunos pocos permanecieron allí, pero el mayor número se dispersó por la región de Centro-América y las islas comarcanas; y el viajero contempla las soberbias ruinas de Mitla y el Palenque, como hechura probable de este pueblo extraordinario. (5)

(México, 1829), libro 10, cap. XXIX. Veytia, loc. cit., lib. 1.°, capítulo XXVII.

(1) Sahagun, loc. cit., lib. 10, cap. XXIX.

(2) Sahagun *ubi. supra*. Torquemada, Monarch. ind., lib. 1.°, capítulo XIV.

(3) Descripción del Egipto (París, 1809). Antigüedades, t. I, capítulo I. Veytia (loc. cit., lib. 2.°, cap. XXI-XXIII) ha trazado con bastante sagacidad las emigraciones de los toltecas; sus resultados son necesariamente de poco valor, porque son necesariamente dudosos.

(4) Ixtlilxochitl, Hist. Chich. M. S., cap. LXXIII.

(5) Veytia, loc. cit., lib. 1.°, cap. XXIII. Ixtlilxochitl, *ubi supra*, capítulo III. Idem, Relaciones, M. S., núms. 4, 5. El padre Torquema-

Otro siglo después, una tribu numerosa y salvaje, los *chichimecas*, viniendo de las remotas regiones del NO., entró en el país abandonado. Fácilmente fueron seguidos por otras razas más cultas, probablemente pertenecientes a la misma familia de los toltecas, cuya lengua parece que hablaban. Las más conocidas de estas fueron los *aztecas* o mexicanos y los *acolhuacanos*. Estos últimos, más generalmente llamados *tezcucanos*, del nombre de su capital, Tezcuco (1), situada en la orilla oriental del lago de México, se distinguen por sus costumbres y religión, que eran comparativamente dulces, a causa de que sus primeras nociones de civilización las recibieron de los pocos toltecas que aún quedaban en el país. Gran parte de los bárbaros chichimecas se confundió con los nuevos pobladores y formó con ellos una sola nación (2).

Aprovechándose del poder que les daba, no sólo su gran número, sino sus progresos sociales, los acolhuacanos extendieron gradualmente su dominio sobre las tribus bárbaras del Norte; entre tanto, su capital estaba llena de una población activa, ocupada en muchas de las más útiles y aun elegantes artes de una sociedad culta. En medio de

da, acaso interpretando falsamente los geroglíficos tezcucanos, ha explicado la misteriosa desaparición de los toltecas, por medio de tan pueriles cuentos de gigantes y diablos, que prueban que su gusto por lo maravilloso iguala y aún aventaja al de todos los de su género. Loc. cit., lib. 1.°, cap. XIV.

(1) Tezcuco significa *lugar de detención*, porque muchas de las tribus que sucesivamente ocuparon el Anáhuac, se dice que asentaron en este punto. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. M. S, cap. X.

(2) El historiador pinta en un lugar de su obra a los chichimecas amadrigándose en las cuevas, o, cuando más, en chozas de paja, y en otras páginas de aquélla, habla gravemente de sus señoras, infantas y caballeros. [*Ibid, cap. IX y sig. Veytia, Loc. cit., lib.* 2, *cap. I, 10. Camargo, hist. de Tiaxcala, núm.* 5.]

su prosperidad fueron súbitamente asaltados por sus vecinos los *tepanecas*, pueblo guerrero muy semejante a los acolhuacanos y que habitaba el mismo valle que ellos. Sus provincias fueron arrasadas, sus armas derrotadas, su rey muerto, y la floreciente Tezcuco quedó hecha la presa del vencedor. Salvóles de esta abyecta condición su joven príncipe Netzahualcoyotl, legítimo heredero de la corona, con la poderosa ayuda de sus aliados los mexicanos, siendo la nueva era abierta con el reinado de este hábil monarca, aún más brillante que la primera (1).

Los mexicanos, a quienes principalmente se refiere nuestra historia, vinieron también de las remotas regiones del Norte, origen fecundo de pueblos en el Nuevo y en el Viejo Mundo. Llegaron a los confines de Anáhuac hacia principios del siglo XIII, algún tiempo después de la ocupación de aquel país por razas semejantes. Por largo tiempo no tuvieron residencia fija, y establecieron, sucesivamente, su mansión en diferentes partes del Valle de México, sufriendo todas las aventuras y fatigas de una vida errante. Al fin, fueron subyugados por otra tribu más poderosa, a pesar de que su ferocidad les hizo bien pronto temibles a sus dominadores (2). Después de una serie de peligros, que pudieran muy bien compararse con los hechos heroicos de la antigüedad, asentaron en la orilla SO. del lago principal, hacia el año de 1325. Allí es donde vieron un águila real de extraordinario tamaño y belleza, puesta en percha sobre un vástago de nopal, que salía de la hendidura de una roca bañada por las olas, con una serpiente entre

(1) *Ixtlilxcchitl, Hist. Chich. M. S., cap. IX, 20. Veytia, loc. cit., lib. 2, cap. XXIX, 54.*

(2) Estos eran los *colhuacanos*, y no los *acolhuacanos*, con quienes los han confundido Humboldt, y después de él, muchos escritores. [*Humboldt, Ensay. polít., t. I, pág. 414, 2, pág. 37.*]

las garras, y con sus anchas alas abiertas hacia el Oriente. Ellos vieron en este feliz agüero un anuncio del oráculo que les indicaba el asiento de su futura ciudad. Comenzaron, pues, a fabricar, clavando estacas en los parajes más elevados, porque los pantanos bajos estaban casi cubiertos por el agua. Sobre estos cimientos levantaron sus endebles habitaciones de cañas y juncos, procurándose la subsistencia de la pesca, de la caza de las numerosas aves que frecuentan las aguas, y de las legumbres que nacían en sus jardines flotantes. La capital se llamaba *Tenochtitlan*, en recuerdo de su origen milagroso, aunque los europeos la conocen con el nombre de México, del nombre de su dios de la guerra, *Mèxitli* (1). El fabuloso origen de esta fundación todavía lo rècuerdan el águila y el nopal que forman las armas de la moderna república mexicana. ¡Tales fueron los humildes principios de la Venecia del mundo occidental! (2)

La triste condición de los nuevos moradores empeoraba cada día a causa de las disensiones intestinas: una parte de

(1) Clavijero alega buenas razones para preferir la etimología de México, arriba mencionada, a todas las otras. [*V. op. cit., t. I, pág. 16 y nota.*] El nombre de Tenochtitlan significa: *tunal sobre piedra.* (Explic. de la colec. de Mendoza, apud. antigüedades de México, volumen IV.)

(2) *Datur hæc venia antiquitati ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat* [*Livio, Hist. præf.*] Véase para mayor inteligencia de este párrafo: *Colec. de Mendoza, lám. 1, apud antig. de Méx., vol.* I, *Ixtlilx. Hist. chich., cap. X, Toribio; hist. de los indios, M. S., part. 3.ª, cap. VIII. Veytia, loc. cit., lib. II, cap. XV.* Clavijero, después de un laborioso examen, asigna las siguientes fechas a algunos de los acontecimientos notables de que hemos dado noticia en el texto. No hay dos autoridades que concuerden sobre este punto, y no es extraño, puesto que Clavijero, el más analítico de todos, no concuerda consigo mismo. (Compárense las fechas de la venida de los acolhuacanos, t. I, pág. 147, y t. IV, disert. II.)

los ciudadanos se separó del cuerpo principal, y fundó otra nueva ciudad en los pantanos vecinos. Divididos de esta suerte, tardaron largo tiempo en adquirir posesiones en tierra firme; no obstante, crecían gradualmente en número y en fuerza, adelantaban en su política y en la disciplina militar, y por su valor y crueldad en la guerra, adquirían un renombre temible en todo el Valle. A principios del siglo xv, cosa de cien años después de fundada la ciudad, un acontecimiento vino a ocasionar una revolución en el Estado, y hasta cierto punto en el carácter de los aztecas, y fué la destrucción de la monarquía tezcucana por los tepanecas, de quienes ya hemos hablado. Agotado a causa de la opresora conducta de los vencedores el sufrimiento de los vencidos, Metzahualcoyotl, su príncipe, consiguió, ayudado de los mexicanos, y después de increíbles peligros y desgracias, igualar en fuerza a sus enemigos. En dos batallas sucesivas estos fueron derrotados con gran estrago; su jefe pereció, y el territorio, por uno de esos súbitos reveses tan frecuentes en la guerra de los Estados pequeños, cayó en poder de los conquistadores, y fué adjudicado a México en recompensa de sus importantes servicios.

Entonces se formó esa liga memorable y sinigual en la historia, por la que pactaron México, Tezcuco y el pequeño

	A. D.
Llegada de los toltecas a Anáhuac....	684
Abandonan el país.................	1051
Llegada de los chichimecas.........	1170
» de los acolhuacanos.........	1200
Los mexicanos llegan a Tula.........	1196
» fundan a México.	1326

Véase su disert. II, lec. XII. En cuanto a la última fecha, una de las más importantes, es confirmada por el sabio Veytia, quien disiente de él en todas las demás. [*Loc. cit.*, *lib. II*, *cap. XV.*]

Estado limítrofe de Tlacopan, que se auxiliarían recíprocamente en sus guerras ofensivas y defensivas, y que en la distribución de los despojos tocaría un quinto a Tlacopan y el resto se repartiría, aunque se ignora en qué términos, entre las otras dos potencias. Los escritores tezcucanos reclaman para su nación una parte igual a la de los aztecas; pero esto no es creíble, si se atiende al inmenso territorio que ulteriormente poseyeron estos últimos; además de que debemos presumir que se les concedía la mayor parte según el tratado; pues por inferiores que en su principio hayan sido a los tezcucanos al tiempo de celebrarse aquel, se encontraban en condiciones más favorables que sus aliados, desunidos y desalentados por una larga opresión.

Pero lo que es aún más extraordinario que la alianza, es la fidelidad con que fué guardada; durante un siglo de guerra no interrumpida, no hubo un solo motivo de disputa sobre la repartición de los despojos, materia que tan frecuentemente ocasiona rompimientos en las confederaciones análogas de los Estados modernos. (1)

(1) El leal cronista de Tezcuco sostiene que su soberano llevaba, según el pacto, si no la mayor parte de los despojos, la supremacía en dignidad. (Hist. Chich., cap. XXXII.) Torquemada (Loc. cit., lib. 2.°, capítulo XL) asigna a México la mitad de las tierras conquistadas. Todos están acordes en no conceder más que el quinto a Tlacopan. Veytia (loc. cit., libro 3.°, cap. III) y Zurita [*Rapport sur les différentes clases de chefs la Nouvelle Espagne, trad. de Ternaux, París, 1840, páglna 11*], dos críticos bastante competentes, están acordes en dividir los despojos por iguales partes entre los dos principales Estados de la confederación. Una oda de Netzahualcoyotl, traducida al castellano, da testimonio de la singular unión de las tres potencias:

«Sólo se acordarán en las naciones
»Lo bien que gobernaron
»Las *tres cabezas* que al imperio honraron.»

Cantares del emperador Netzahualcoyotl, M. S.

Durante algún tiempo encontraron los aliados ocupación a sus armas en su propio Valle; pero bien pronto traspasaron sus murallas de roca, y hacia mediados del siglo xv, bajo Moctezuma I, extendieron sus límites hasta las playas del Golfo de México. Tenochtitlan, la capital azteca, daba un testimonio de la prosperidad de este pueblo: su población creció rápidamente: sólidos edificios de cal y canto reemplazaron sus débiles chozas; los antiguos feudos fueron disminuyendo, y los ciudadanos, que se habían segregado, formaron de nuevo un solo cuerpo, y los suburbios que habitaban quedaron en comunicación permanente con el centro de la capital, cuyas dimensiones excedían en mucho a las de la moderna México (1).

Afortunadamente, el trono fué ocupado por una serie de hábiles príncipes, que conocieron todo el provecho que se podía sacar de tan ricos recursos, y del espíritu marcial de su pueblo. Cada año se les veía volver a su capital cargados con los despojos de las ciudades conquistadas y seguidos de catervas de cautivos. Ningún Estado era capaz de resistir la fuerza concentrada en la triple alianza; así que, al empezar el siglo xvi, poco tiempo antes de la llegada de los españoles, el imperio azteca comprendía desde el Atlántico hasta el Pacífico; y bajo el osado y sanguinario Ahuitzotl, sus armas habían sido llevadas más allá de los límites ya reconocidos de su territorio propio, hasta los últimos confines de Guatemala y Nicaragua. La extensión del imperio, aunque corta, comparada con la de otros

(1) Véanse los planos de la antigua y moderna México, en la primera edición del México de Bullock. El original del mapa antiguo lo ha sacado el viajero de la colección del desgraciado Baturini; si, como parece probable, este mapa es el indicado en la pág. 13 de su catálogo, no me parece seguro, como lo juzga Mr. Bullock, que sea el mismo preparado para Cortés por orden de Moctezuma.

muchos Estados, es verdaderamente prodigiosa, si se considera que era la adquisición de un pueblo que poco antes había estado completamente contenido en el recinto estrecho de su pequeña ciudad, y más aún, que el territorio conquistado estaba ocupado por varias y populosas razas, iguales en armas a los mexicanos y poco inferiores a ellos en organización social. La historia de los aztecas ofrece grandes puntos de analogía con la de los antiguos romanos, no sólo en sus triunfos militares, sino también en la política que se los proporcionaba (1).

* * *

La obra más importante de estos últimos tiempos sobre la historia antigua de México, es la del Lic. D. Mariano Veytia, publicada con este título en México en 1836. Este literato nació en Puebla en 1718, de una familia antigua y respetable. Concluídos sus estudios académicos, vino a la Corte de Madrid, donde obtuvo una favorable acogida. En seguida viajó por algunos otros países de Europa, adquirió varias lenguas, y volvió a su patria enriquecido con los frutos de una observación atenta y de sus diligentes estudios. El resto de su vida lo consagró a las letras, principalmente a ilustrar la historia y las antigüedades patrias. Como

(1) Clavijero, loc. cit., t. I, lib. 2. Torquemada, loc. cit., t. I, libro 2. Baturini, loc. cit , pág. 146. Col. de Mend., parte I, y *Codex Telleriano Remensis,* apud. antg. Mexic. vols. i, iv. Maquiavelo señala como una de las principales causas de los triunfos militares de los romanos, «que en sus guerras se asociaban como parte principal a otros Estados», y muestra su asombro de que no hayan adoptado una política semejante las ambiciosas Repúblicas de los tiempos modernos. (Véase su *Discurso sobre Tito Livio*, lib. 2, cap. IV.) Tal era, como hemos visto arriba, la observada por los mexicanos.

albacea del infortunado Baturini, con quien contrajo íntima amistad en Madrid, pudo consultar su importante colección de manuscritos sobre México; y de allí y de otras fuentes que le franquearon su posición social y su carácter eminente, sacó los materiales para varias obras, de las que ninguna corre impresa, si se exceptúa la ya mencionada: la época de su muerte no ha sido fijada por el editor; pero probablemente no fué posterior a 1780.

La historia de Veytia abraza todo el período desde la primera ocupación del Anáhuac hasta mediados del siglo xv, en cuyo punto vino desgraciadamente la muerte a interrumpir sus trabajos. En los primeros capítulos de su historia, ha procurado trazar las inmigraciones y anales de las primeras razas que ocuparon el país. Cada página ofrece un testimonio de la extensión y fidelidad de sus indagaciones, y si sus resultados no son siempre dignos de nuestra plena confianza, esto no depende del autor, sino de la oscuridad e incertidumbre del asunto. Cuando desciende a edades menos remotas, se ocupa preferentemente en las glorias de la dinastía tezcucana, dejando a un lado la azteca, que ha sido extensamente tratada por otros compatriotas suyos. La prematura interrupción de sus trabajos, le impidió probablemente prestar a las instituciones privadas del pueblo que describe, esa atención especial que se merecen, como que son el asunto más digno de investigaciones históricas. Esta falta la ha suplido con datos sacados de otras partes, su juicioso editor el Sr. D. Francisco Ortega. En las primeras partes de la obra, se explica el sistema cronológico de los aztecas; pero sin éxito siempre, como ha acontecido antes del exacto Gama. Como crítico, ocupa un lugar superior al de los historiadores que le han precedido, y siempre que no se trata de su religión, muestra buen juicio y criterio; pero cuando se trata de

ella, descubre esa credulidad ilimitada que domina aún a muchos de sus más ilustrados compatriotas. El editor de la obra ha publicado una interesantísima carta del abate Clavijero a Veytia, escrita cuando el primero estaba pobre y en humilde destierro, en tono como de quien se dirige a una persona de alto valimento y de importancia literaria: ambos se ocupaban en la misma materia; sin embargo, los escritos del pobre abate, publicados varias veces y traducidos a varias lenguas, han difundido su fama por toda Europa, mientras que el nombre de Veytia, cuyas obras sólo han estado manuscritas, apenas es conocido fuera del recinto de México.

CAPÍTULO II

Sucesión a la corona.—Nobleza azteca.—Sistema judicial.—Leyes y hacienda.—Instituciones militares.

La forma de gobierno variaba en los diversos Estados de Anáhuac: entre los aztecas y tezcucanos era una monarquía casi absoluta: ambas naciones se asemejaban tanto en sus instituciones políticas, que uno de sus historiadores ha asegurado, aunque indebidamente, que lo que se dice de la una debe entenderse aplicable a la otra (1). Yo trataré especialmente de la política de los mexicanos, ilustrándola siempre que se ofrezca con la del reino su rival.

El Gobierno era una monarquía electiva; cuatro de los nobles más principales, escogidos por la nobleza misma desde el reinado precedente, ejercían las funciones de electores en unión de los dos soberanos aliados de Tezcuco y Tlacopan, bien que los dos últimos ocupasen un lugar meramente honorario en el cuerpo electoral. El soberano era escogido de entre los hermanos del príncipe difunto, y a falta de éstos, entre sus sobrinos, por manera que la elección recaía siempre en la misma familia. El candidato preferido debía haberse señalado en la guerra, aunque, como en el caso del último Moctezuma, pertenecía a veces al sa-

(1) *Ixtlilxochitl, hist. chich*, M. S., cap. XXXVI.

cerdocio (1). Este modo singular de reemplazar el Trono, traía algunas ventajas: los candidatos recibían una educación adecuada a la dignidad real; la edad en que eran electos libertaba a la nación de todos los riesgos de una minoría, y presentaba además medios ciertos de conocer la aptitud necesaria para tan alto empleo. El resultado era en todo caso favorable a la nación; así es que, como ya hemos dicho, el Trono fué ocupado por una serie de príncipes dignos de gobernar a aquel pueblo guerrero y ambicioso. Tal sistema de elección, aunque defectuoso, supone una política más refinada y calculadora de la que debía esperarse de una nación bárbara. (2)

El nuevo rey era instalado en su alta dignidad con grande aparato de ceremonias religiosas, pero sólo después de que en una campaña victoriosa había cogido número suficiente de cautivos para celebrar su entrada triunfal en la capital, y para ofrecer a sus dioses las víctimas que exigía la tenebrosa y sanguinaria superstición de los aztecas. Entre la pompa de estos sacrificios humanos, recibía la corona, que semejante en su forma a una mitra primorosamente adornada con oro, piedras y plumas, le era puesta en la cabeza por el señor de Tezcuco, el más poderoso de sus reales aliados. Al título de rey que les dan los escritores españoles a los príncipes de los primeros tiempos, sustituyen el de emperador para los de los últimos, seguramente

(1) Esto fué una excepción. También en Egipto el rey era sacado de entre los guerreros, aunque estaba obligado a instruirse después en los misterios del sacerdocio. (Plutarco, *De Isid. et Osir.*, sec. 9.)

(2) Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 2.°, cap. XVIII, lib. 11, capítulo XXVII; Clavijero, *Hist. de Méx.*, t. II; Acosta, *natural and Morall historie of the Eaest and West Indies* (Eng. trans., London, 1604.) Según Zurita, los nobles no elegían mas que en el caso de que el príncipe difunto no dejase herederos. Las minuciosas investigaciones de Clavijero permiten dudar de este asunto.

para indicar su superioridad sobre los otros dos aliados (1).

Los príncipes aztecas, especialmente al extinguirse la dinastía, vivían con un lujo y una pompa verdaderamente orientales. En sus espaciosos palacios había cámaras destinadas a los diferentes consejos que asistían al rey en el despacho de los negocios. De aquéllos el principal era una de consejo privado, compuesto, en parte, probablemente, de los cuatro electores, cuyas vacantes, en caso de muerte, eran provistas del modo que antes lo habían sido. El objeto de este cuerpo, si hemos de juzgar por las vagas noticias que de él nos han quedado, era consultar al rey en lo concerniente al gobierno de las provincias, a la administración de las rentas públicas, y, en suma, en todos los grandes asuntos de público interés (2).

En los palacios regios había también habitaciones para la numerosa guardia de corps del soberano, formada de la primera nobleza. No es fácil en estos gobiernos bárbaros determinar con precisión sus diferentes órdenes; pero lo que sí se puede asegurar, es que había una distinguida clase de nobles que poseían grandes terrenos, que desempeñaban los principales empleos cerca de la persona real, y ejercían la administración de las provincias y distritos (3), algunos de ellos traían su origen de los primeros

(1) Sahagun, hist. de N. E., lib. 6, cap. IX-XIV; lib. 8, cap. XXXI-XXXIV. Véase también a Zurita, Relación, pág. 20, 23. Ixtlilxochitl reclama obstinadamente esta supremacía para su nación; pero esta opinión contradice a los hechos asentados por él mismo en otra parte, y no está apoyada por ningún otro autor de los que he consultado.

(2) Sahagun, que deposita el poder electoral en un cuerpo mucho más numeroso, habla de cuatro senadores que formaban el consejo de Estado. (Hist. de N. E., lib. 8, cap. XXX.) Acosta hace subir el número de consejeros a más que el de los electores (lib. 6, cap. XXVI). No hay sobre este punto dos escritores acordes.

(3) Zurita enumera cuatro órdenes de jefes, todos ellos exentos

fundadores de la monarquía. Según varios escritores de peso, había treinta grandes *caciques*, que residían por lo menos una parte del año en la capital, y cada uno de los cuales podía contar 100.000 vasallos en sus Estados (1). Sin dar entero crédito a semejantes cómputos, parece cierto, según el testimonio de los conquistadores, que el país estaba repartido entre muchos jefes poderosos que vivían en sus dominios como señores independientes. Si acaso es cierto que los reyes favorecían y aún exigían la residencia de estos nobles en la corte, y que durante su ausencia les pedían rehenes, es evidente que el poder de los primeros era verdaderamente formidable (2).

Parece que estos Estados se habían por varios títulos y con diferentes restricciones. Algunos de ellos ganados con la espada u obtenidos en recompensa de servicios públicos, se poseían sin limitación alguna, excepto la de no poder ser transferidos a un plebeyo (3); otros eran hereditarios en la línea masculina primogénita, y a falta de esta volvían a la corona; los más se recibían bajo la condición de pres-

de contribuciones y poseedores de muy considerables privilegios. No distingue con mucha precisión estas cuatro órdenes. (Relac., pág. 47 y siguientes.)

(1) Véase particularmente a Herrera, *Hist. Gen. de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* (Madrid, 1730), dec. 2, libro 7.º, cap. XII.

(2) Carta de Cortés, en Lorenzana, *Hist. de N. E.*, *pág.* 110. Torquemada, loc. cit., lib. 2.º, cap. LXXXIX; libr. 14, cap. 6. Clavijero, loc. cit., t. II, pág. 121. Zurita, Relac., págs. 48-65. Ixtlilxochitl (loc. cit., cap. XXXIV) habla de 30 señores feudales, algunos de ellos tezcucanos y de Tlacopan, a los cuales llama «los grandes del reino». Nada dice de *los 100.000 vasallos* mencionados por Torquemada y Herrera.

(3) *Macehual*, palabra equivalente a la voz francesa *roturier*, pechero. Originariamente no era permitido en Francia a los plebeyos tener feudos. Véase Hallams, *Middle Ages* (London, 1819), vol. II, página 207.

tar el servicio militar. Los principales de Tezcuco estaban, según su cronista, expresamente obligados a auxiliar con sus vasallos armados a su soberano, a concurrir a su corte y a ayudarle con sus consejos. Algunos, en vez de estos servicios, tenían a su cargo cuidar de la reparación de los sitios reales y de las tierras de la corona, ofreciendo, anualmente, en clase de tributo, frutos y flores. Era costumbre, si hemos de creer a los historiadores, que el nuevo rey a su advenimiento al trono confirmase la investidura de los Estados sujetos a la corona (1).

No se puede negar que en todo esto se descubren algunos rasgos propios del feudalismo, nada desfigurado por la pluma de los escritores españoles, que tenían pasión por encontrar en todas partes analogías con las instituciones europeas; pero tales analogías suelen conducir a equivocadas conclusiones: así, por ejemplo, la obligación de prestar el servicio militar, aunque es el principio más esencial del feudalismo, puede, sin embargo, ser impuesta por cualquier Gobierno a sus súbditos, y, además, aún en sus ligeros puntos de semejanza, distaban muchísimo aquellos Estados de ese sistema de recíproca protección y ayuda, que abraza en una proporción exacta a todas las clases de una monarquía feudal. Los reinos de Anáhuac eran por su naturaleza despóticos, aunque moderados, es cierto, por algunas circunstancias desconocidas al despotismo de Oriente; pero

(1) Ixtlilxochitl, loc. cit., *ubi. supra*. Zurita, *ubi. supra*. Clavijero, loc. cit., t. II, págs. 122, 124, Torquemada, op. cit., lib. 14, cap. VII. Gomora, crónica de N. E., cap. CXCIX, ap. Barcia, t. II. Baturini (Id., página 165) remonta el origen de los feudos en Anáhuac al siglo XII. Carli dice: «El sistema era feudal», y en la página siguiente «sólo el mérito personal conducía a los honores de la nobleza.» (*Lettres americains*, trad. franc., París, 1788, t. I, let. 11.) Carli era un escritor de una imaginación muy ligera.

es una quimera querer encontrar grande analogía fuera de algunas formas y ceremonias vanas, entre estos Estados y los aristocráticos de la Edad Media en que la corte de cada varón, por pequeña que fuese, era la imagen fiel en miniatura de la del soberano.

El Poder Legislativo, tanto en México como en Tezcuco, residía enteramente en el monarca. Este rasgo de despotismo era en cierto modo contrapesado por la organización de los tribunales judiciales, los cuales son de mayor importancia en un pueblo inculto, que el Poder Legislativo, puesto que es más fácil darle buenas leyes que sujetarle a ellas, y que las mejores leyes mal administradas son ilusorias. En cada uno de los principales distritos y sus territorios anexos, había un magistrado supremo nombrado por la corona, con jurisdicción inicial y definitiva en todos los asuntos civiles y criminales. No se podía apelar de su sentencia a ningún otro tribunal, y ni aún al rey mismo: sus funciones eran vitalicias, y quien quiera que usurpaba sus insignias, era castigado de muerte (1).

En cada provincia había una corte inferior a este magistrado, compuesta de tres miembros, que en los asuntos civiles ejercía su jurisdicción acompañada de él; pero en los criminales era un tribunal de apelación. Además de estas cortes había un Cuerpo de magistrados inferiores, distribuídos por todo el reino y escogidos por el pueblo mismo, y cuya autoridad se limitaba a los negocios de menor im-

(1) Este magistrado, llamado *cihuacoalt*, recibía también las cuentas de los colectores de los impuestos de su distrito. (Clavijero, op. cit., t. II, pág. 127.) Torquemada, op. cit., lib. 11, cap. XXV. La Colección de Mendoza contiene una pintura de las cortes de justicia bajo el reinado de Moctezuma, quien las cambió considerablemente. (Antig. de México, vol. I, lám. 70.) Según el intérprete, en ciertos casos se apelaba de ella al consejo del rey. (Ibid., vol. vi., pág. 79.)

portancia; los que tenían alguna más se ventilaban en los tribunales superiores. Finalmente, había otra especie de oficiales subalternos, también electos por el pueblo, cada uno de los cuales vigilaba la conducta de cierto número de familias, y denunciaba a las autoridades superiores cualquier desorden o violación de las leyes (1).

En Tezcuco, el sistema judicial estaba más hábilmente organizado (2): había una graduación de tribunales, que finalmente terminaban en un parlamento o tribunal pleno, compuesto de todos los jueces grandes y pequeños, los que se reunían cada ochenta días en la capital y eran presididos por el rey en persona. Este Cuerpo terminaba todos los pleitos que por su dificultad o importancia reservaban a su resolución los tribunales inferiores. Servía, además, como de un Consejo de Estado, que ayudaba al monarca en el despacho de los negocios públicos (3).

(1) Clavijero, op. cit., t. II, págs. 127-128. Torquemada, *ubi. supra.* Esta distribución de los magistrados ínfimos, nos recuerda los centuriones y decuriones de los antiguos sajones, principalmente los últimos, que vigilaban sobre la conducta de las familias que estaban a su cargo, y entregaban a la justicia a los criminales; pero era desconocida de los mexicanos la dura pena de la responsabilidad mutua.

(2) Zurita, tan moderado ordinariamente en su lenguaje, nota que en la capital había tribunales comparables en su organización a las reales Audiencias de Castilla. (Relación, pág. 93.) Sus observaciones se refieren, principalmente, a los de Tezcuco, cuyo Código de procedimientos es muy semejante al de los aztecas. (Loco citato.)

(3) Boturini, Idea, pág. 87. Torquemada, op. cit., lib. 11, capítulo XXVI. Zurita compara esta Corporación con las Cortes castellanas: parece, sin embargo, que constaba de doce jueces principales y el rey; su organización es un poco dudosa. (Relación, págs. 94, 101, 106.) M. de Humboldt, en su noticia de las Cortes aztecas, las ha confundido con las tezcucanas. Compárense las Vistas de las Cordilleras y Monumentos antiguos de los pueblos indígenas de América. (París, 1810, pág. 55), y Clavijero, op. cit., t. II, págs. 128-129.

Tales son las vagas e imperfectas noticias que, con respecto a los tribunales aztecas, suministran las pinturas geroglíficas que aún se conservan, y los escritores españoles de más crédito, quienes siendo, por lo común, eclesiásticos, han tenido menos interés en este asunto que en todo lo concerniente a la religión; bien que también merecen alguna disculpa por la rápida destrucción de las pinturas indias, que debían haber prestado gran luz sobre la materia.

De todo lo que antecede debemos concluír que los aztecas estaban suficientemente civilizados para guardar con solicitud los derechos de propiedad y seguridad personal. Permitiendo las leyes la apelación solamente en causas criminales, afianzaban especialmente la seguridad personal, tanto más necesaria, cuanto que su Código penal, que era en extremo severo, les obligaba a proceder con suma cautela en las averiguaciones. La existencia de numerosos tribunales, que no reconocían otro central superior a todos ellos, debe haber originado discordancia en la interpretación de las leyes, según los diferentes distritos; pero este es un mal de que adolecen igualmente las demás naciones de Europa.

Las medidas adoptadas para hacer a los jueces superiores enteramente independientes de la corona, son dignas de un pueblo ilustrado, y presentaban la mayor barrera que una constitución puede oponer por sí sola a la tiranía. No es de suponer, ciertamente, que a un Gobierno, por otra parte tan despótico, le hayan faltado medios de influír en los magistrados; pero era un gran paso hacia la libertad consignar en la ley la independencia de aquéllos, y a ningún monarca azteca, que yo sepa a lo menos, se le ha acusado de haber intentado violarla.

Al juez que recibía regalos o cohechos, o era culpable

de colusión con alguna de las partes, se castigaba con pena de muerte; pero no se sabe quién y cómo juzgaba de estos crímenes: en Tezcuco era el resto de la corte presidida por el rey. El príncipe tezcucano Netzahualpilli, que rara vez templaba la justicia con el perdón, condenó a muerte a un juez por haber sido sobornado, y a otro por haber decidido un pleito en su propia casa, lo cual, según la ley, también era delito capital. (1)

A los jueces de los tribunales superiores se les pagaba del producto de una parte de las tierras de la corona, reservadas a este propósito: sus funciones eran vitalicias; los procedimientos eran seguidos con orden y decencia; los jueces usaban un vestido peculiar, y destinaban al despacho de los asuntos las dos partes del día; comiendo, para mayor celeridad, en el despacho, en un aposento del mismo edificio en que daban audiencia; modo de proceder muy alabado de los españoles, que seguramente no estaban acostumbrados a un despacho tan expedito en sus tribunales. Había ministros de la justicia o alguaciles encargados de guardar el orden, de citar a las partes y de presentarlas en los tribunales; no se usaba de abogados; cada parte defendía por sí misma su causa y presentaba sus testigos; se admitía como prueba el juramento del acusado; la exposición del caso, el testimonio y procedimientos del juicio, se asentaban por un escribiente en pinturas geroglíficas y se remitían a la corte; estas pinturas estaban hechas con tal exactitud, que se las recibía como pruebas legítimas en los tribunales españoles, aún mucho tiempo después de la conquista. En 1553, se estableció en México

(1) «¡Ah, si esto se repitiera hoy, qué bueno sería!»—exclama el editor mexicano de Sahagun—. (Op. cit., t. II, pág. 304, nota.) Zurita, Relación, pág. 102. Torquemada, *ubi. supra*. *Ixtlilxochitl*, *op. ct.*, capítulo LXVII.

una cátedra para el estudio e interpretación de esas pinturas, que después corrió la suerte que las demás instituciones científicas de este desgraciado país. (1)

La sentencia de muerte se indicaba por una línea trazada con una flecha sobre el retrato del acusado. En Tezcuco, donde el rey presidía la corte, este acto se verificaba, según su cronista, con un aparato extraordinario. Daré aquí con sus propias palabras, su poética descripción. En la corte real de Tezcuco, había un patio a cuyos extremos opuestos estaban las dos salas de justicia. En la principal, llamada de *Dios*, se encontraba un trono de puro oro, adornado con turquesas y otras piedras preciosas: sobre un banquillo sin respaldo, en el frente de la sala, estaba un cráneo humano, coronado de una esmeralda de inmenso tamaño y de forma piramidal, que remataba en un penacho de plumas brillantes y piedras preciosas. El cráneo descansaba en un montón de arreos militares, como escudos, carcaxes, arcos y flechas. Las paredes estaban cubiertas de tapices, hechos con el pelo de diferentes animales feroces; eran de ricos y variados colores; tenían flecos de oro y estaban bordados con figuras de pájaros y flores. Encima del Trono había un dosel de diversidad de plumas y de cuyo centro salían resplandecientes ráfagas de oro y pedrería. La otra sala, llamada del *Rey*, también tenía un hermoso dosel de plumas que remataba con las armas reales. Allí es donde el rey daba audiencia y comunicaba sus órdenes; pero cuando resolvía asuntos importantes o confirmaba una sentencia de muerte, pasaba a la sala de *Dios*,

(1) Zurita, Relación, págs. 95, 100, 103. Sahagun, loc. cit. Humboldt, Vistas de las cord., págs. 55-56. Torquemada, op. cit., lib. 11, cap. XXV. Clavijero (op. cit., t. II, p. 129) dice: «El acusado quedaba absuelto con sólo su juramento.» ¿Qué reo habría sido entonces condenado?...

acompañado de catorce señores principales, ordenados según su jerarquía. Entonces se ponía su corona en forma de mitra, cubierta de piedras preciosas; empuñaba una saeta de oro en vez de cetro en su mano izquierda; imponía la derecha sobre el cráneo y pronunciaba la sentencia. (1)

Todo esto es preciso convenir en que es demasiado lujoso para un tribunal; pero es cierto que los tezcucanos, como veremos en seguida, poseían los materiales y la habilidad necesaria para fabricarlo. Si hubiesen estado un poco más adelantados en civilización, deberíamos dudar justamente de que hubiesen tenido tan mal gusto.

Las leyes de los aztecas eran promulgadas por medio de pinturas jeroglíficas. La mayor parte de aquéllas, como sucede en toda nación poco civilizada, miraban más bien a la seguridad de la persona que a la de las propiedades. Los grandes crímenes contra la sociedad eran todos capitales: aun el asesinato de un esclavo era castigado con la muerte; los adúlteros eran, como entre los judíos, apedreados hasta morir; el robo, según su clase, era castigado con la esclavitud o con la muerte. Sin embargo, parece que los mexicanos no temían mucho este delito, pues que la entrada a sus habitaciones no estaba asegurada con cerraduras de ningún género. Era un crimen capital remover los linderos de otro, alterar las medidas establecidas, y aun no saber exactamente las tierras que tenía uno a su cargo. Semejantes disposiciones arguyen una equidad en los contratos y un respeto a los derechos privados, que no puede venir sino con los progresos de la civilización. Los pródigos que desperdiciaban su patrimonio eran castigados de una manera semejante; cruel sentencia, puesto que el deli-

(1) *Ixtlilxochitl*, *op. cit.*, cap. XXXVI. Estos varios objetos tienen, según Boturini (ídem, pág. 84), su significado simbólico.

to llevaba consigo mismo su castigo. La intemperancia que, por otra parte, era el borrón de sus homilías religiosas, era reprimida con penas muy severas, como si en ella hubiesen entrevisto aquellos pueblos el cáncer oculto que debía consumirlos, así como a las demás razas indias en los últimos tiempos: en los jóvenes era castigado con la muerte, y en las personas de más edad con la pérdida de empleo y confiscación de bienes. No obstante, el uso moderado de las bebidas era permitido en los festines, en que usaban un dulce licor fermentado, llamado *pulque*, que aún hoy es popular, no sólo entre los naturales de aquel país, sino entre la población europea (1).

Los ritos del matrimonio se celebraban con tanta solemnidad como en ningún país cristiano, y esta institución se tenía en tanta veneración, que había un tribunal especialmente destinado a resolver las cuestiones relativas a ella. El divorcio no quedaba autorizado sino previa una sentencia de este tribunal, quien no la pronunciaba sino después de una detenida audiencia de ambas partes.

Mas ningún punto del Código azteca es tan notable como el relativo a la esclavitud. Había varias clases de es-

(1) Pinturas de la Colección de Mendoza, lám. 72 e interpretación ap. antig. de México, vol. VI, pág. 87. Torquemada, op. cit., lib. 12, cap. VII. Clavijero, op. cit., t. 2, págs. 130-134. Camargo, historia de Tlaxcala, M. S. Era casi imposible que con semejante Código penal hubiese un pueblo intemperante, y, en efecto, Zurita afirma que se han equivocado los españoles que han creído que los aztecas lo eran. (Relac., pág. 112.) La traducción que ha hecho M. Ternaux Compans de un pasaje del Conquistador Anónimo, donde se dice: «ningún pueblo es tan sobrio,» tiene mayor amplitud que el original, en el cual sólo se habla de la sobriedad en el comer. Véase la colección de documentos relativos a la Conquista de México, *apud voyages, &.* (París 1838), pág. 54, y la *Relatione ap. Ramuzio, Raccolta, delle navegatione et viaggi.* (Venetia, 1544, 1565.)

clavos: los prisioneros cogidos en la guerra, que eran casi siempre destinados a los espantosos sacrificios; los criminales, los deudores públicos, las personas que por su excesiva pobreza renunciaban a su libertad, y los niños vendidos por sus propios padres. En este último caso, que también era ocasionado ordinariamente por la pobreza, era corriente que los padres sustituyesen sucesivamente con el consentimiento del señor, unos hijos por los que iban creciendo, y de esta suerte repartían la carga con toda la igualdad posible entre los diferentes miembros de la familia. La facilidad con que los hombres libres se resignaban a los sacrificios de la esclavitud, puede explicarse por la manera dulce con que se ejercía. El contrato de venta se verificaba ante cuatro testigos por lo menos, se determinaba de antemano y con toda exactitud, la especie de trabajo a que quedaba obligado el esclavo; se le permitía tener familia, adquirir propiedad y aún otros esclavos, sus hijos eran libres; nadie nacía esclavo en México (1); honrosa distinción, desconocida, según me parece, de todas las sociedades en que se ha sancionado la esclavitud (2). Los esclavos no podían ser vendidos por sus dueños, sino por causa de suma pobreza. Al morir éstos recibían aquéllos frecuen-

(1) En el antiguo Egipto el hijo de una esclava nacía libre si el padre lo era. (Diodoro, de Sic. Histor., lib., 1.° sec. 80. (Esta disposición, aunque mucho más liberal que las de muchos países, distaba infinito de la de los mexicanos.)

(2) En Egipto la misma pena sufría el que mataba a un esclavo que a un libre. (Ibid., lib. 1.°, sec. 77.) Robertson habla de una especie de esclavos tan despreciables a los ojos de las leyes mexicanas, que se les podía matar impunemente. (Historia de América, edic. de Londres, 1776, vol. III, pág. 164.) Esto no acontecía en México sino en Nicaragua. Véase la misma autoridad a quien él se refiere, Herrera, op. cit., 1, dec. 3, lib. 4.°, cap. II; este último país distaba mucho del primero, no le pertenecía, y tenía instituciones y leyes muy diferentes.

temente su libertad; y como no había ninguna diferencia de raza o de sangre, algunas veces se casaban con sus dueños. Con todo, un esclavo díscolo o malvado, era llevado al mercado con un collar que indicaba su mal carácter, y era vendido públicamente: si esto sucedía por segunda vez, se le reservaba para el sacrificio (1).

Tales son los rasgos principales del Código azteca, al que se asemejaba mucho el de Tezcuco (2). Con pocas excepciones, todo él tiene el sello de severidad y aun de ferocidad de un pueblo rudo, endurecido por la familiaridad con escenas de sangre, y que confiaba la corrección del mal (3), más bien a medios físicos que morales: ese Código revela, sin embargo, un profundo respeto a los grandes principios de la moral, y un conocimiento de ellos tan claro como pudiera encontrarse en la nación más culta.

Las rentas públicas reconocían un origen vario: los productos de las extensas tierras de la corona se pagaban en frutos; los distritos próximos a la corte, estaban obligados a proporcionar los operarios y materiales necesarios para la construcción y reparación de los sitios reales. Otros tenían a su cargo proveer de lo necesario para la manutención y gasto privado del rey, que ciertamente no era corto (4).

(1) Torquemada, op. cit., lib. 12, cap. XV; lib. 14, cap. XVI, XVII. Sahagun, op. cit., lib. 8, cap. XIV. Clavijero, op. cit., t. II, págs. 134, 136.

(2) Ixtlilxochitl, op. cit., cap. XXXVIII, y Relaciones, M. S. El Código de Tezcuco compilado en tiempo del gran Netzahualcoyotl, formó la base del mexicano en los últimos tiempos del imperio. (Zurita, relac., pág. 95.)

(3) En esto a lo menos no pueden compararse a los romanos, de quienes dice Tito Livio: «*Gloriari licent, nulli gentium, mitriores placuisse poenas.*»

(4) Las rentas de Tezcuco provenían igualmente de los productos de la tierra. Las varias clases de los gastos públicos estaban distribuídas entre ciudades y distritos determinados, y el sistema de hacienda

Las principales provincias, que tenían bajo su dependencia numerosas villas y territorios extensos, estaban distribuídas en distritos, a cada uno de los cuales se señalaba una porción de tierra para su cultivo: los habitantes pagaban al erario público una parte de sus productos. Los vasallos de los grandes señores pagaban también al tesoro público una parte de sus ganancias, lo cual no está muy en el espíritu del feudalismo (1).

Además de este impuesto sobre la agricultura, había otro sobre las manufacturas. La naturaleza y variedad de los tributos se conocen por la enumeración de sus principales artículos. Estos eran particularmente vestidos de algodón y capas de pluma, primorosamente trabajadas; armaduras de lujo, vasijas de oro, brazaletes, cinturones y polvo de oro; cristal, vasos y copas dorados y barnizados; campanas, armas y utensilios de cobre, resmas de papel, semillas, frutas, copal, ámbar, cochinilla, cacao, animales y pájaros, madera, cal, esteras, etc. (2). Es muy singular que entre

en general, tanto allí como en México, ofrece la mayor semejanza con el adoptado por los persas, cual nos lo refieren los escritores griegos. (V. Herodo, Clio, sec. 192), con esta diferencia, que las ciudades de Persia no estaban cargadas de tributos, como lo estaban las de los reinos conquistados. (Id. Thalia, sec. 97.)

(1) Lorenzana, op. cit., pag. 172. Torquemada, op. cit., lib. 2, página 89, lib. 14, cap. VII. Boturini, Idea, pág. 166. Camargo, op. cit. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 7, cap. XIII. El pueblo de las provincias estaba dividido en *calpulli* o tribus, que poseían en común las tierras de la municipalidad; ministros nombrados por ellos las repartían entre las diferentes familias; y al extinguirse éstas o al cambiar de domicilio, volvían las tierras al común y se repartían nuevamente; el propietario no podía enajenarlas; las leyes que arreglaban estas materias eran muy terminantes y existían desde el tiempo de los aztecas. (Zurita, relación, págs. 51 y 52.)

(2) El siguiente mapa de los tributos pagados por diferentes ciudades, dará una idea más completa de su naturaleza: 20 cajas de choco-

esta variedad de objetos de comodidad doméstica y de lujo superfluo, no se haga mención de la plata, la gran mercancía de los tiempos modernos, y cuyo uso no era ciertamente desconocido a los aztecas (1).

En las poblaciones populosas se establecían guarniciones, cuando estaban distantes o eran recientemente conquistadas; seguramente para prevenir los disturbios y obli-

late; 40 piezas de armadura de una divisa particular; 2.400 cargas de mantas anchas, de hilo torcido; 800 cargas de mantas angostas para ricas vestiduras; 5 armaduras de plumas finas; 60 ídem de plumas ordinarias; 1 caja de habas; 1 ídem de *chian;* 1 ídem de maíz; 800 resmas de papel; cerca de 2.000 cargas de sal blanquísima refinada en moldes, para el consumo de los señores de México; 800 trozos de copal no purificado; 400 canastillas de copal refinado; 100 hachas de cobre; 80 cargas de chocolate colorado; 800 jícaras para beber chocolate; 1 vasito de piedra turquesa; 4 arcas de madera llenas de maíz; 4.000 cargas de cal, tejitas de oro del tamaño de una ostra y del grueso del dedo meñique; 40 sacos de cochinilla; 20 ídem de oro en polvo, de superior calidad; 1 diadema de oro, de forma especial; 20 pendientes para los labios, de ámbar transparente, adornados de oro; 2.000 cargas de chocolate; 100 jarros de liquidámbar; 8.000 manojos de ricas plumas escarlatas; 40 pieles de tigre; 1.600 líos de algodón, etc., etc. Colección de Mendoza, ap. Antig. de México., vols. I y VI.

(1) Mapa de tributos apud. Lorenzana, op. cit. Colección de Mendoza, ap. antiq., vol. I, e interpretac., vol. VI, págs. 17-44. La colección de Mendoza de la librería Bodleiana en Oxford, contiene un mapa de las ciudades del imperio mexicano, con especificación de los tributos que les correspondían. Es una copia hecha con pluma y en papel europeo, después de la conquista. (Véase *Foreing Quartely Review,* número 17, art. IV.) En el museo de Boturini existía un original de este mapa. Lorenzana nos ha dado un grabado que le representa, en el cual el bosquejo del Oxford está sacado aunque toscamente. Clavijero considera muy inexactas las explicaciones que le acompañan (op. cit., tomo I, pág. 25); juicio confirmado por Aglio, quien ha trascrito enteramente la colección de Mendoza, en su primer volumen de las Antigüedades de México. Las referencias a sus láminas se habrían facilitado mucho, si por un descuido craso no hubiese olvidado numerarlas.

garlas al pago de los tributos (1). Por todo el reino había repartidos receptores de los impuestos, que eran reconocidos por sus insignias oficiales y temidos, porque usaban en sus exacciones de desapiadado rigor. En virtud de una ley cruel, todo el que no pagaba podía ser cogido y vendido como esclavo. En la capital había espaciosos graneros y eras, destinados al depósito de los tributos: vivía en el palacio un administrador general que tenía noticia exacta de todas las contribuciones, y vigilaba la conducta de sus agentes inferiores, cuya malversación era castigada sumariamente. Este funcionario poseía un mapa de todo el imperio y de los diferentes tributos impuestos a cada una de sus partes. Estos tributos, moderados bajo el reinado de los primeros reyes, eran tan onerosos bajo los últimos, tanto por su número, como por el modo de recaudarlos, que produjeron un disgusto general y prepararon el camino a los españoles (2).

La comunicación con las partes más remotas del reino, se mantenía por medio de correos. En los caminos reales había casas de postas de dos en dos leguas: el correo que conducía las noticias, bajo la forma de geroglíficos, corría con ellas hasta la primera posta; allí los entregaba a otro, que las llevaba a la posta siguiente, y así, hasta llegar a la capital. Estos correos, educados para este oficio desde su infancia, caminaban con increíble velocidad, y no cuatro o

(1) Los caciques que se sometían a las armas aliadas, eran de ordinario confirmados en su autoridad; a las ciudades conquistadas se les consentían sus usos y leyes: las conquistas no siempre se repartían, sino que algunas veces, en verdad muy raras, eran poseídas de mancomún por las tres potencias. (Ibid, pág. 11.)

(2) Colección de Mendoza en las Antig. de Méx., vol. VI, pág. 17. Carta de Cortés en Lorenzana, op, cit., pág. 110. Torquemada, op. cit., lib. 14, cap. VI, 8. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 7, cap. XIII. Sahagun, op. cit., lib. 8, cap. XVIII, XIX.

cinco leguas por hora, como cree un antiguo historiador, sino cien o doscientas millas por día (1). Frecuentemente se servía a la mesa de Moctezuma pescado fresco, cogido veinticuatro horas antes en el Golfo de México; es decir, a doscientas millas de la Corte. Así es que los movimientos de los reales ejércitos, se sabía muy presto en ella, y el color de los vestidos de los correos, que según era indicaba la naturaleza de sus nuevas, difundía el gozo o la consternación en las ciudades por donde pasaban (2).

Pero el grande objeto de las instituciones aztecas, al cual se dirigían las costumbres privadas y los honores pú-

(1) El honorable C. A. Murray, cuyo imperturbable buen humor, a pesar de sus desgracias reales, forma un contraste notable con la exquisita disposición de algunos de sus predecesores, a sentir otras puramente imaginarias, nos cuenta, entre otras maravillas, que un indio que él conoció anduvo cien millas en veinticuatro horas. (Viajes a Norte América, New York, 1839, vol. I, pág. 193.) El griego, que, según Plutarco, trajo la noticia de la batalla de Platea, era todavía mejor caminante, pues anduvo ciento veinticinco millas en un día. Buffon ha reunido algunos hechos interesantes que prueban la gran capacidad que tiene el hombre en el estado salvaje para andar a pie, y saca de aquí la conclusión, bastante exacta: «que el hombre civilizado no conoce sus fuerzas». (Hist. nat. de la Jeunesse.)

(2) Torquemada, op. cit., lib. 14, cap I. Las mismas necesidades sugirieron los mismos medios de satisfacerlos en la antigua Roma, y en la aún más antigua de Persia. «Nada, dice Herodoto, camina tan de prisa como las noticias que traen los correos persas»: el comendador Walkenaer, añade prudentemente la excepción de pichón mensajero. (Herodotus, *his. urania sec. 98*, *nec non adnotat*, *ed Schweighaseur*.) Marco Polo habla de correos en China desde el siglo XIII. Las postas distaban sólo tres millas, y tardaban un día en andar lo que ordinariamente se andaría en cinco. (*Viaggi di Marco Polo*, lib. 2, cap. XX, en Ramusio, t. II.) Aún subsiste un arreglo semejante en nuestros días, y causa la admiración de los viajeros modernos. (Anderson, *British Embassy to China*, *London*, 1796, pág. 280.) Las postas son del uso exclusivo del Gobierno.

blicos, era la profesión de las armas. En México, como en Egipto, el soldado y el sacerdote se disputaban la supremacía. El rey, como hemos visto, debía ser guerrero experto; la deidad tutelar de la nación era el dios de la guerra; el grande objeto de sus expediciones militares era acumular hecatombes de cautivos en sus altares; el soldado que caía en el campo de batalla, era trasportado al punto de un golpe a regiones de inefable bienandanza, a la refulgente mansión del sol. (1) Cada guerra era, pues, como una cruzada, en que los combatientes, animados de un entusiasmo religioso, a la manera de los primeros sarracenos o de los cruzados cristianos, no sólo despreciaban el peligro, sino que corrían tras él para adquirir la inmarcesible corona del martirio. Así, notamos que el mismo impulso obra en las regiones más opuestas del globo; vemos al asiático, al europeo y al americano, invocando fervorosamente el santo nombre de la religión, para perpetrar la devastación del género humano.

La cuestión de la guerra se discutía en un consejo compuesto del rey y de sus primeros nobles: antes de declararla, se delegaban al Estado enemigo embajadores para intimarle que recibiera los dioses mexicanos y que pagasen los tributos acostumbrados. Las personas de los embajadores se miraban en todo el Anáhuac como sagradas: eran alojadas y mantenidas en las grandes ciudades a expensas del público, y en todas partes eran recibidos con respeto, mientras no se apartaban de los caminos reales, pues en este caso perdían todas sus inmunidades. Si la embajada era infructuosa, se seguía un desafío o declaración abierta de guerra: se imponían contribuciones a las provincias ya conquistadas, las cuales estaban siempre su-

(1) Sahagun, op. cit., lib. 3. Apéndice, cap. III.

jetas al servicio militar y al pago de los impuestos; y los ejércitos reales, por lo común con el rey a su cabeza, emprendían su marcha. (1)

Los príncipes aztecas usaron, para animar a sus soldados, de los mismos incentivos que los monarcas europeos. Establecieron varias órdenes militares, cada una de ellas con sus privilegios e insignias peculiares. Parece que ha existido también cierta clase de caballería, de una clase inferior. Esta era la recompensa ordinaria de las proezas militares: nadie que no la había obtenido, podía usar adornos en sus armas y persona, ni vestía más que una grosera tela blanca hecha con las hebras del magüey y llamada *nequen*. Ni aún los miembros de la familia real estaban exentos de esta ley, que nos recuerda algunos de los usos de los caballeros cristianos, quienes usaban armadura lisa y escudo sin divisa hasta no haber hecho alguna hazaña. Aunque las órdenes militares podía alcanzarlas todo el mundo, es probable, sin embargo, que se hayan concedido principalmente a aquellas personas que por su posición o conexiones podían entrar al combate bajo condiciones ventajosas (2).

El vestido de los guerreros principales era pintoresco y aún magnífico. Su cuerpo estaba cubierto de una cota ajustada de algodón, tan gruesa, que no podían penetrarla las armas arrojadizas de los indios; este arnés era tan cómodo

(1) Zurita, págs. 68-120. Colección de Mendoza, apud. antig., vol. I, lám. 67; vol. VI, pág. 74. Torquemada, op. cit., lib. 14, cap. I. El lector hallará muchas semejanzas entre estos usos y los de los primeros romanos. (Com. Livio, hist., lib. 1.°, cap. XXXII; lib. 4.°, cap. XXX, *et alibi.)*

(2) Ibid, lib. 14, cap. IV y V. Acosta, libro 6.°, cap. XXVI. Colección de Mendoza en antig. vol. V, lám. 65, vol. VI, pág. 72. Camargo, historia de Tlaxcala.

y útil, que los españoles lo adoptaron para su uso. Los guerreros más ricos vestían en lugar de una cota de algodón, una coraza hecha de láminas delgadas de oro o plata. Sobre ella se ponían un surtú de hermosísimas plumas (1). Sus yelmos eran algunas veces de madera, que representaban cabezas de fieras, y otras veces de plata, rematando en penachos ondeantes de variadas plumas, salpicadas de piedras preciosas y adornos de oro. Usaban igualmente collares, brazaletes y aretes de los mismos ricos materiales (2).

Sus ejércitos estaban divididos en cuerpos de 8.000 hombres, y estos en compañías de 300 ó 400, cada una de ellas con su comandante respectivo. El estandarte nacional, que ha sido comparàdo al de los antiguos romanos, dejaba ver en sus bordados de oro y plumas, las armas distintivas del Estado; estas expresaban su nombre, que lo mismo que el de las personas y lugares, estaba tomado de objetos ma-

(1) ... El pecho del guerrero resguardaba
Cota de malla de tejido fino,
Cual de flexible y delicado lino,
Y cuyo albor purísimo igualaba
Al de la blanca nieve
Que acaba de caer. Otros vestían
Brillante peto de plumaje leve
De color más vistoso
Que el del pavo orgulloso.
Mas, ¿cómo resistir con armas tales
Ni aún de oro puro con la gruesa adarga,
Las armas desiguales
Que nuestro brazo con furor descarga?

MADOC, *p. 1*, *canto* 7.

Bello cuadro; pero su último pensamiento es algo jactancioso, pues que no se conocía en tiempo del poeta el uso de las armas de fuego.

(2) Sahagun, lib. 2.º, cap. XXVII, op. cit. Relatione d'un gentil' huomo en Ramusio, t. III, pág. 305. Torquemada, op. cit., *ubi. supra.*

teriales, y era, por consiguiente, fácil de representar por símbolos gerogíificos. Las compañías y los jefes principales tenían también sus banderas y divisas propias, y el conjunto de sus vistosas plumas de mil colores, daba a sus ejércitos un brillo sorprendente.

Su táctica era la que corresponde a una nación en que la guerra, aunque sea una profesión, no ha llegado a la clase de ciencia. Avanzaban cantando, y prorrumpían en himnos y gritos de guerra; cargaban bruscamente sobre el enemigo; se retiraban con presteza; hacían uso de emboscadas, sorpresas repentinas y de todo el sistema de campaña de guerrillas. Sin embargo, su disciplina era tal, que mereció los elogios de los conquistadores.

«Era un bello espectáculo, dice uno de ellos, verles caminar y moverse espléndidamente en un orden tan admirable» (1). En la batalla no miraban tanto a matar a sus enemigos como a cogerlos prisioneros, y jamás huían como las otras tribus americanas. El valor de un guerrero se estimaba por el número de sus prisioneros, de suerte que no había rescate bastante a salvar al que había caído cautivo (2).

Su Código militar tiene la misma severidad que sus otras

(1) *Relacione d'un gentil' huomo, ubi. supra.*

(2) Colección de Mendoza en antig. vol. I, lám. 65, 56; vol. VI, pág. 73. Sahagun, op. cit., lib. 8, cap. XII. Toribio, historia de los indios, M. S., parte 1.ª, cap. VII. Torquemada, op. cit., lib. 14, cap. III. *Relat. d'un gentil' huomo,* en Ramusio, loc. cit. La costumbre de arrancar la cabellera es, si no legítima, a lo menos antigua. El padre de la historia nos habla de aquélla entre los antiguos scitas, asegurando que después de terminar su operación, se vestían de su asqueroso trofeo, al modo de nuestros indios norteamericanos (Herodotus, hist. Melpómene, 64.) En las leyes de los francos, de los visigodos y aun los anglosajones, se encuentran rasgos de esta bárbara costumbre. (Guizot, curso de hist. moderna, París, 1829, t. I, pág. 283.)

leyes. La desobediencia era castigada con la muerte: eran igualmente crímenes capitales abandonar sus banderas, atacar al enemigo antes de dada la señal; robar el botín o los prisioneros de otro. Uno de los últimos reyes de Tezcuco, que en este hecho nos recuerda el espíritu de los antiguos romanos, condenó a muerte a dos hijos suyos después de haberlos curado de sus heridas, por haber violado esta última ley (1).

No debo dejar de hablar de una institución cuyo planteo en el antiguo mundo es uno de los beneficios debidos al cristianismo, la de los hospitales destinados a la curación de los enfermos y al asilo permanente de los soldados inválidos: estos hospitales estaban asistidos por cirujanos que tenían sobre los europeos, dice un antiguo cronista, la ventaja de no curar mercenariamente (2).

Tal es el breve bosquejo de las instituciones civiles y militares de los antiguos mexicanos: por lo que respecta a las primeras, se desearía que fuese más acabado; pero no es esto posible, si se atiende a la imperfección de los datos que han servido para trazarlo. El que haya tenido ocasión de estudiar la historia de las primeras edades de la Europa moderna, sabrá cuán imperfectas son las nociones que nos ha dejado el embuste y charlanatería de los historiadores monásticos. ¡Cuánto más no aumentan las dificultades en este caso en que las primeras noticias deducidas originariamente del dudoso lenguaje de los jeroglíficos, y trasladadas en seguida a una lengua que no poseían perfectamente los historiadores españoles, se referían a usos y costumbres tan diversos de los suyos! En medio de tan escasa luz, sería en vano pedir la perfección; todo lo que es

(1) Ixtlilxochitl, hist. chich. M. S., cap. LXVII.

(2) Torquemada, op. cit., lib. 12, cap. VI; lib. 14, cap. III. Ixtlilxochitl, op. cit., cap. XXXVI.

posible es bosquejar aquellos rasgos más prominentes y más capaces de producir en el ánimo del lector impresiones exactas y completas.

Háse dicho, sin embargo, lo bastante para demostrar que las razas azteca y tezcucana estaban mucho más adelantadas en cultura que las tribus errantes de Norte América (1). El grado a que llegaron puede juzgarse por sus instituciones políticas, quizá no muy inferiores a las que gozaron nuestros antepasados los sajones bajo el grande Alfredo. Con respecto a su carácter, pueden compararse

(1) Zurita se indigna al referir que a los aztecas se les ha dado el epíteto de *bárbaros;* «epíteto, dice, que no les dará ninguno que conozca la capacidad de aquel pueblo y sus instituciones; epíteto que bajo ciertos respectos es igualmente merecido de las naciones europeas». (Relación, págs. 200 y siguientes.) Este lenguaje es demasiado enérgico; sin embargo, nadie tenía tanto derecho para usarlo como este insigne jurista, que durante diez y nueve años ocupó un empleo en las reales audiencias de Nueva España. Durante su larga residencia en el país, tuvo amplias oportunidades de instruirse en sus usos, tanto por sus propias observaciones, cuanto por su trato con los naturales y con los misioneros que aún sobrevivían a la Conquista. A su regreso a España, probablemente por los años de 1560, se ocupó en dar al Gobierno el informe que le había pedido sobre el carácter de las leyes y costumbres de los aztecas, y sobre las reformas introducidas por los españoles. Una gran parte de su relación es concerniente a esto último; por lo que mira al primer punto, es más breve de lo que se desearía, quizá a causa de la dificultad de obtener noticias completas y auténticas sobre los pormenores. No obstante, en lo poco que ha escrito ha dejado muestras de su juicio sólido y de su criterio. Rara vez incurre en esos defectos de estilo tan comunes en los escritores de su tiempo; su moderación y las fuentes no vulgares de donde las bebió, hacen su autoridad de grandísimo peso, en los pocos puntos que tocó. Su manuscrito fué consultado por Clavijero, y aún ha sido usado por otros escritores; hoy puede cualquiera consultarlo en la colección de traducciones del infatigable M. Ternaux, de la cual forma parte.

justamente con los egipcios, pues que el examen de sus relaciones sociales y civilización, presenta las mayores analogías con este antiguo pueblo.

Aquellos a quienes sea familiar la historia de los mexicanos modernos, difícilmente concebirán cómo pudo la nación llegar en otro tiempo a tan alto grado de civilización. Pero que reflexionen que los mexicanos de nuestros días son de una raza conquistada, tan diversa de sus antepasados, como los egipcios modernos de los que edificaron, no ya las inmensas pirámides, sino los magníficos templos y palacios cuyas ruinas se levantan a las orillas del Nilo, en Luxor y en Karnac; tampoco es tan grande la diferencia como entre el antiguo griego y su degenerado descendiente, que vegeta ociosamente entre aquellas obras maestras del arte, sin tener ni el gusto necesario para admirarlas; que habla la misma lengua en que están escritos aquellos aún más imperecederos monumentos del saber humano, que casi no tiene capacidad para comprender, ¡y, sin embargo, respira el mismo aire, es calentado por el mismo sol y mecido en la misma cuna que aquellos que cayeron en Marathón y que alcanzaron los trofeos olímpicos de Pisa! ¡La misma sangre corre por sus venas, pero las edades de la tiranía han pasado sobre su cabeza; pertenece a una raza conquistada!

El indio americano tiene, naturalmente, una sensibilidad especial: se estremece instintivamente al áspero contacto de una mano extraña; por suave que ella sea, él se abate y se agobia bajo su peso. La dominación española le destruía silenciosamente, y desde entonces su energía se enerva, ya no recorre sus montañosas llanuras con la grata seguridad de su independencia; en su paso tardío y en su sombrío y melancólico aspecto, se leen los tristes caracteres de una raza oprimida. Y, sin embargo, la causa de la

humanidad ha ganado: vive bajo un sistema más sabio de leyes, goza de una tranquilidad más estable, cree en una fe más pura; pero todo esto de nada le sirve, porque su civilización tenía los varoniles caracteres del estado salvaje, y le pertenecían como una propiedad las ardientes virtudes de los aztecas: rehusa, pues, someterse a la cultura europea y ser injertado en un tronco extraño. Su forma exterior, su complexión, sus lineamientos, son substancialmente los mismos; ¡pero los caracteres morales de una nación, los que constituyen una raza, han sido borrados para siempre!

* * *

Las dos autoridades principales para la formación de este capítulo, han sido Torquemada y Clavijero. El primero, provincial de la Orden de San Francisco, vino al Nuevo Mundo hacia mediados del siglo XVI. Como todavía no pasaba la generación de los conquistadores, tuvo muchas oportunidades de oír de su propia boca la narración de su empresa. Cincuenta años de permanencia en el país, le instruyeron de los usos y tradiciones de los nativos, y le permitieron formar su historia, fundada no sólo en la narración de los primeros misioneros, sino en los monumentos que aún no había destruído el fanatismo de sus compatriotas. Con estos datos formó su voluminosa obra, que según el uso recibido entre los antiguos escritores castellanos, comenzaba por la creación del mundo, y que comprendía todo el vasto círculo de las instituciones políticas, religiosas y sociales de los mexicanos, desde los primeros días hasta los suyos. En la ejecución de su obra, el digno reverendo ha acreditado esa superstición que distinguía en aquellos tiempos a los de su clase. Cada página de aquella está llena de citas de la Sagrada Escritura y de la historia

profana, que forman un contraste ridículo con el fondo *barbárico* de su asunto y frecuentemente incurre en groseros errores, ocasionados por sus falsas ideas acerca del sistema cronológico de los aztecas. Mas no obstante estos graves defectos en la composición de la obra, pocos guías encontrará el lector más seguros que Torquemada, cuando quiera seguir el hilo de la verdad histórica tomándolo desde su origen; tal es su manifiesto candor, tal su idoneidad para instruirnos de los puntos más curiosos de las antigüedades de México. Ninguna obra, por lo tanto, ha sido consultada y aun copiada tan frecuentemente, aún por aquellos que, como Herrera, afectan tenerla en poco. (Historia general, década 6, lib. 6.°, cap. XIX.) La *Monarquía Indiana* se publicó por primera vez en Sevilla en 1615. (Nic. Ant. Bich. Nov. Matriti, 1783, t. II, pág. 787), y después en mejor estilo, en tres volúmenes, in folio, en Madrid, 1723.

La otra autoridad, frecuentemente citada en el texto, es la *Historia antigua de México* del abate Clavijero. Originalmente está escrita en italiano, e impresa hacia fines de la centuria pasada, en Italia, donde el autor, que era jesuíta, y nativo de Veracruz, se había refugiado cuando la Compañía fué expulsada de América en 1767. Durante treinta y cinco años que vivió en su país natal, se instruyó completamente en sus antigüedades, examinando cuidadosamente las pinturas, manuscritos y demás restos que pudo encontrar. El plan de la obra es casi tan extenso como el de la de su predecesor Torquemada; pero luego se conoce que ha escrito en tiempos más modernos y más ilustrados, según la habilidad con que trata su complicado asunto. En las estudiadas investigaciones con que concluye la obra, ha procurado rectificar la cronología de los aztecas, y los varios errores de los escritores que le habían precedido. Pero

el objeto ostensible conocido de su obra, era, sobre todo, vindicar a sus compatriotas de los agravios que en su concepto les habían inferido Robertson, Reynal y de Pau; y con respecto a los dos últimos, lo consiguió completamente. Esto debiera hacer sospechosa su imparcialidad, si la obra no pareciese en general escrita de buena fe. Aunque su celo patriótico le ha inducido a recargar sus pinturas con brillantes colores, no es ni aún en este defecto comparable a sus antecesores, mientras que él ha hecho una aplicación de las reglas de la crítica, de que ellos no eran capaces. En una palabra, sus laboriosas indagaciones han reunido en un foco las luces que se encontraban esparcidas, purificándolas, en gran parte, de las nieblas de superstición, que oscurecían las mejores producciones anteriores a la suya. Todas estas razones le han valido el favor del público, y granjeádole cierta especie de reputación popular, no obstante, su cansada proligidad de algunas veces, y el desagrado que causa esa profusión con que derrama a cada página nombres inusitados y en ortografía mexicana. Poco después de la publicación de la obra en Cesena, en 1780, fué traducida al inglés, y posteriormente al español y alemán.

CAPÍTULO III

Mitología mexicana.—Sacerdotes.—Templos.—Sacrificios humanos.

La organización civil de los aztecas estaba tan íntimamente ligada con su religión, que sin conocer ésta perfectamente, es imposible formarse ideas exactas de su Gobierno e instituciones sociales. Dejaré aparte, por ahora, algunas tradiciones, notables por su analogía con ciertos pasajes de las Santas Escrituras, y procuraré bosquejar brevemente su mitología, e informar a mis lectores de las cuidadosas medidas que habían adoptado para mantener un culto nacional.

La mitología puede considerarse como la poesía de la religión, o, más bien, como el desenvolvimiento poético de los principios religiosos en las edades primitivas: es el esfuerzo que hace un hombre rudo para explicarse a sí mismo el misterio de su existencia, y para descubrir los agentes secretos que presiden a los fenómenos de la naturaleza. Como que es una consecuencia del estado social, su carácter varía con el de las tribus donde ha nacido; el feroz godo, bebiendo dulces licores en el cráneo de su despedazado enemigo, debe tener una mitología sumamente diversa de la del afeminado nativo de la Hispaniola,

que engaña las horas en muelles pasatiempos a la sombra de sus platanales.

En tiempos más posteriores y menos incultos se encuentran, a veces, las leyendas primitivas, formando en manos de los poetas un sistema regular, y las toscas ficciones de los primeros tiempos, vaciadas en el molde de la belleza ideal, sirviendo de objeto de adoración a las edades de la credulidad, y de delicia, a algunas de las subsecuentes. Tales son las bellas invenciones de Hesiedo y Homero, como dice el padre de la historia: «fueron los padres de la teogonía griega»; aserción que no se debe entender muy literalmente, pues que ningún hombre es capaz, por sí solo, de crear el sistema religioso de su nación (1): todo lo que aquéllos hicieron, se reduce a animar el sombrío bosquejo de la tradición con los brillantes toques de su imaginación creadora, hasta revestirla de esa belleza que cautiva la de los demás hombres. El poeta ejerce también su influencia en las sociedades ya formadas: nada digamos de la *Divina Comedia;* pero ¿quién, después de la lectura del *Paraíso perdido*, no siente que sus ideas propias sobre los ángeles se avivan por las del inspirado artista? ¿Quién no ve adquirir realidad y formas corpóreas a las imágenes que antes vagaban a su vista incoherentes y confusas?

Al período últimamente mencionado sigue el de la filosofía, que amalgama las consejas de los primeros tiempos y las ficciones poéticas de los subsecuentes, y para no parecer impía, procura interpretar alegóricamente las inven-

(1) Herodoto Euterpe, sec. 53. Heeren ha aventurado un aserto igualmente atrevido con respecto a los poetas épicos de la India, «los cuales, dice, han inventado los numerosos dioses que llenan su panteón». Indagad. hist. trad. Oxford, 1833, vol. III, pág. 139.

ciones de la mitología popular y ajustarlas a los principios rigurosos de la razón.

La religión mexicana ha nacido en el primero de esos tres períodos; apenas modificada por la influencia de la poesía, cayó en manos de los sacerdotes, que la hicieron revestir un aspecto especial; el ceremonial que inventaron es el más ostentoso y embrollado que jamás ha existido, procurando ocultar, con el velo misterioso de la alegoría, las tradiciones primitivas, y cargar a sus deidades de tributos groseros, que más las asemejan a las grotescas invenciones de los pueblos orientales del antiguo Continente, que a las ingeniosas ficciones de la mitología griega, cuyos dioses conservan siempre los caracteres de la humanidad por exagerados que estuviesen (1).

Lo que más admira al estudiar el sistema religioso de los aztecas, es la disimilitud de sus diversas partes; unas parecen ser emanación de un pueblo culto, y otras respiran un espíritu de ferocidad indómita; con lo que, naturalmente, viene la idea de atribuirlo a dos orígenes diversos, y de suponer que los aztecas recibieron de sus padres una fe mansa y suave, en la que después injertaron la suya propia. Esta llegó a predominar, y dió su negro colorido a las creencias de los pueblos conquistados por los aztecas, y que ellos, al uso de los romanos, incorporaron en su propia nación; hasta que, por último, la más luctuosa supers-

(1) El honorable Monzuart Elphinstone, ha expresado el mismo modo de pensar al comparar la mitología griega y la del Indostán, en su *Historia de la India*, publicada después de escrito el texto de esta página. Lib. 1.°, cap. IV. El mismo capítulo de esta obra, verdaderamente filosófica, sugiere algunos puntos de semejanza muy curiosos con lo que hemos dicho de la religión de los aztecas, y podría ser de grande utilidad al que se propusiese descubrir las semejanzas que hay entre las razas asiática y americana.

tición envolvió todo el extenso territorio de Anáhuac.

Los aztecas reconocieron la existencia de un Supremo Creador y Señor del Universo: en sus oraciones se dirigían a Él llamándole «el Dios por quien vivimos; el Omnipotente que conoce todos nuestros pensamientos y dispensador de todas las gracias; aquel sin el cual nada es el hombre; el Dios invisible, incorpóreo, de perfecta perfección y pureza, bajo cuyas alas se encuentra descanso y seguro abrigo».

Estos sublimes atributos suponen nociones algo perfectas de la divinidad; pero la idea de la unidad de un ser cuya acción y cuya volición se confunden indivisiblemente, que no necesita de ministros inferiores para ejecutar sus designios, era demasiado simple, o demasiado desproporcionada al estado de los conocimientos de aquel pueblo; recurrieron, pues, como es costumbre, a la pluralidad de dioses que presidiesen a los elementos, al cambio de las estaciones y a las varias ocupaciones del hombre (1). Había 13 deidades principales y más de 200 de orden secundario, a cada una de las cuales se había consagrado un día especial y una festividad propia (2).

(1) Ritter ha manifestado, valiéndose del sistema religioso del Indostán, la manera con que la idea de la unidad de Dios induce de por sí a la de la pluralidad. Historia de la filos. antig., lib. 2.º, cap. I, Oxford, 1838.

(2) Sahagun, op. cit., lib. 6.º, passin. Acosta, lib. 5.º, cap. IX. Boturini, idea, pág. 8, et seq. Ixtlilxochitl, op. cit., cap. I. Camargo, Historia de Tlaxcala, M. S.

Los mexicanos, según Clavijero, creían en un espíritu maligno enemigo de la raza humana, y cuyo bárbaro nombre significaba *buho racional*. Op. cit., t. II, pág. 2. El cura Bernáldez habla del diablo pintado en los vestidos de los indios de Columbia, bajo la figura de un buho. (Historia de los Reyes Católicos, M. S., cap. CXXXI.) No debe, sin embargo, confundirse este diablo con el espíritu maligno de la mi-

La primera de todas era el terrible Huitzilopotchtli, el Marte mexicano, bien que es una injusticia comparar al heroico dios de la guerra de la antigüedad con este monstruo sanguinario. Él era la deidad patrona de la nación; su tosca imagen estaba cargada de costosos atavíos; sus templos eran los más suntuosos y augustos, y sus altares eran regados con la sangre de las hecatombes humanas, en toda la extensión del imperio. ¡Cuán desastrosa debe haber sido la influencia de semejante superstición en el carácter del pueblo! (1)

tología de las tribus norteamericanas. (V. Noticias de Hekewelder, en las transact., de la Sociedad Filosófica americana de Filadelfia, vol. I, página 205), ni menos aún con el principio del mal de las naciones orientales del Viejo Mundo. Entre las deidades, estaba un diablo, porque teniendo cada una un poco de mal, era preciso personificar a éste en alguna de ellas.

(1) Sahagun, op. cit., lib. 3.°, cap. I, et. seq. Acosta, lib. 5.°, capítulo IX. Torquemada, op. cit., lib. 6.°, cap. XXI. Boturini, Idea, páginas 27 y 28.

Huitzilopotchtli es una palabra que significa *guainambí*, o colibrí, e izquierdo, porque su imagen tenía cubierto el pie izquierdo con las plumas de este pájaro. (Clavijero, op. cit., t. II, pág. 17); es una etimología muy bella para deidad tan fea. Las formas fantásticas de los ídolos de los mexicanos, eran en alto grado simbólicas. Véase la sabia explicación que hace Gama de la imagen de la diosa que se encontró en la plaza Mayor de México. (Descripción de las dos Piedras, México, 1832, part. I, págs. 34 y 44.) La tradición relativa al nacimiento, o a lo menos a la aparición en la tierra de este Dios, es curiosa. Nació de una mujer devota, que un día, asistiendo a un templo, vió volar por los aires una bola de hermosísimas plumas; la cogió y la guardó en su seno; poco tiempo después la mujer se hizo embarazada, y nació de ella el horroroso dios (igual a Minerva, en cuanto a nacer con todo y su armadura): trajo al mundo una lanza en la mano derecha, un escudo en la izquierda y su penacho de plumas verdes en la cabeza. (V. Clavijero, op. cit., t. II, pág. 19 y sig.) Iguales ideas tienen acerca del origen de su deidad principal los pueblos de la India, más allá del

Un personaje mucho más interesante de su mitología, era Quetzalcoatl, dios del aire, deidad que, durante su residencia en la tierra, instruyó a los mortales en la agricultura, el uso de los metales y el arte de gobernar. Fué, seguramente, uno de esos benefactores de su especie, a quienes deifica la gratitud de la posteridad. En su tiempo, la tierra se cubría, sin necesidad de cultivo, de flores y frutos; una mazorca de maíz era tan grande, que bastaba para formar la carga de un hombre: el algodón inculto tomaba por sí mismo todos los variados tintes que hoy le da el arte de los hombres; el aire estaba embalsamado con perfumes embriagantes y lleno de las dulces melodías de aves canoras; en suma, eran los días de halcyon, recibidos en tantos sistemas mitológicos del Viejo Mundo; era la *Edad de Oro* del Anáhuac.

Por quién sabe qué motivo no conocido, Quetzalcoatl incurrió en la cólera de uno de los principales dioses, y se vió obligado a abandonar el país. En su camino tocó en la ciudad de Cholula, donde había un templo destinado a su culto, y cuyas macizas ruinas son hoy una de las más interesantes reliquias de las antigüedades aztecas. Al llegar a las playas del Golfo Mexicano, se despidió de sus compañeros, prometiéndoles que él y sus descendientes volverían a visitar aquella tierra, y entrando en su encantado esqui-

Ganges y los del Thibet. Buda, dice Milman en su sabia y luminosa obra sobre la Historia del Cristianismo. Buda, según una tradición recibida en el Occidente, nació de una virgen. Cuéntase lo mismo de Foí de China y Schakaof del Thibet, sin duda el mismo personaje, ya real, ya mitológico. Los jesuítas de China quedaron sorprendidos—dice Barrow—, al encontrar en la mitología de aquel país creencias tan parecidas a la de la virgen Deipará. La existencia de ideas religiosas muy semejantes en países habitados por razas tan distintas, es materia digna de estudio, pues que descubre uno de los más importantes eslabones que unen entre sí a las distintas familias de las naciones.

fe, hecho de pieles de serpientes, se embarcó en el grande Océano para la fabulosa tierra de Tlapallan. Decíase que era de alta estatura, de color blanco, de cabellera negra y flotante, y de barba larga. Los mexicanos confiaban plenamente en la vuelta de esta deidad benévola, y esta creencia, profundamente arraigada en sus corazones, preparó el camino, como lo veremos en seguida, a los futuros triunfos de los españoles. (1)

No tenemos tiempo para entrar en menudos pormenores respecto de las divinidades mexicanas: bástenos decir que los atributos de todas ellas estaban exactamente determinados, y que iban decreciendo en dignidad, en escala religiosa, hasta llegar a los *penates* o dioses domésticos, cuyas pequeñas imágenes se encontraban hasta en la más humilde cabaña.

(1) Codex Vaticanus, lám. 15, y Codex Telleriano. Remensis, part. II, lám. 2.ª, apud. antiquit. de México, vols. I y VI. Sahagun, op. cit., lib. 3.º, cap. III, IV, XIII y XIV. Torquemada, op. cit., libro 6.º, cap. XXIV. *Ixtlilxochitl*, cap. I. Gomara, op. cit., cap. CCXXII; en Barcia, historiadores primitivos de las Indias Occidentales, Madrid, 1749, t. II.

Quetzalcoatl significa «serpiente alada». La última sílaba, que significa «gemelo», ha sido para el doctor Sigüenza un argumento que prueba la identidad de este dios y del apóstol Santo Tomás. *(Didymus* también significa gemelo), que se supone haber venido a la América a predicar el Evangelio. Esta opinión ha sido adoptada por muchos de sus compatriotas, con la misma confianza que tienen en la venida de Santiago Apóstol los españoles. Véanse las autoridades y fundamentos que con toda gravedad alega el doctor Mier en su disertación, en el apéndice a la obra de Sahagun, publicada por Bustamante, y en Veytia, t. I, págs. 160-200. ¡Nuestro ingenioso compatriota Madculloh, todavía atribuye al dios azteca una antigüedad más venerable, pues lo supone idéntico al patriarca Noé! Véanse las investigaciones históricas y arqueológicas relativas a la Historia Aborígena de la América, Baltimore, pág. 233.

Los aztecas experimentaron esa curiosidad propia del hombre, sea cual fuere el grado de civilización a que ha llegado, de levantar el velo con que está cubierto el misterioso tiempo que pasó, y el aún más tremendo y misterioso que está por venir: se imaginaron, como las naciones del Antiguo Mundo, que se aliviarían de la opresora idea de la eternidad, dividiéndola en distintos ciclos o períodos de tiempo, cada uno de ellos de muchos millares de siglos. Había cuatro de estos cielos, y al terminar cada uno de ellos, por agencia de uno de los elementos, la familia humana debía ser borrada de la tierra, y el sol arrojado de los cielos, inflamado de nuevo (1).

Imaginaros tres diversos estados de existencia en la vida futura: el malo, reservado a la mayor parte de los hombres, era para expiar las culpas, y consistía en una oscuridad

(1) Codex Vaticanus, láms. 7, 10; en antig. de México, vols. I y VI. Ixtlilxochitl, op. cit., cap. I.

Humboldt ha emprendido penosa tarea al querer trazar las analogías entre la cosmogonía azteca y la del Asia Oriental; ha buscado, pero en vano, un múltiplo que pudiese servir de clave para los cálculos de la primera. (Vistas de las Cordilleras, págs. 202-212.) Parece que hay gran discordancia en los cómputos mexicanos, tanto acerca del número de revoluciones, como en cuanto a su duración. Un manuscrito que tengo a la vista de Ixtlilxochitl, reduce las primeras al número tres antes del estado actual del globo, y da a este 4394 años de duración. (Sumaria relación, M. S., núm. 1.) Gama, apoyándose en la fe de un antiguo manuscrito indio, perteneciente a la colección de Boturini, VIII, 13, reduce aún a menos esta duración. (Descrip. de las dos piedras, parte I, pág. 49, et. seq.) Mientras que los cielos de las pinturas del Vaticano le asignan cerca de 18.000.

Es digno de notarse con interés, cómo las conjeturas hechas en una edad ignorante, han sido confirmadas por las recientes indagaciones de la geología; y puede esto considerarse como una prueba de que el aspecto actual de nuestro globo es el resultado de cierto número de convulsiones distantes una de otra, tal vez millares de años, y que han hecho desaparecer las razas entonces existentes.

eterna. Otra parte de los hombres, sin más mérito que haber muerto de ciertas enfermedades caprichosamente elegidas, gozaba de una existencia vegetativa, de un estado de indolente satisfacción. El más alto destino estaba reservado, como en las demás naciones guerreras, para los que morían en los campos de batalla o en los sacrificios; su suerte era pasar de una vez a la presencia del sol, y formando coros de canto y baile, acompañarle en su brillante carrera por los cielos; después de algunos años, sus espíritus venían a animar las nubes, los pájaros canoros de bello plumaje, y a vivir entre los ricos colores y deliciosos perfumes de los jardines del Paraíso (1). Tal era el cielo de los aztecas, más refinado en su carácter que el de los paganos más adelantados, en cuyos Campos Elíseos se gozaba únicamente la gloria marcial o los placeres (2). Igualmente rastros de refinamiento se descubren en la invención de su infierno, del cual han desterrado toda especie de tormento corporal;

(1) Sahagun, op. cit., lib. 3.°, apéndice. Cod. Vat. en antig. de México, láms. 1 y 5. Torquemada, lib. 3.°, cap. III.

Este último escritor nos asegura: «que en cuanto a lo que decían los aztecas sobre irse al infierno, tenían razón; porque como morían en la ignorancia de la verdadera fe, todos deben haber ido, sin duda alguna, a sufrir las penas eternas.» *(Ubi. supra.)*

(2) Esto da tan pobre idea de los placeres del Paraíso, que bien pudiera decirse con la sombra de Aquiles: «que mejor quería ser el esclavo del último hombre en este mundo, que soberano entre los muertos.» (Odis., A., 488, 490.) Los mahometanos viven en la creencia de que las almas de los mártires pasan al cuerpo de los pájaros que frecuentan las mansas fuentes y umbrías enramadas del Paraíso. (Koran, de Sale, Londres, 1825, vol. I, pág. 106.) El cielo de los mexicanos y el del Dante se parecen mucho en sus placeres materiales: ambos están llenos de luz, armonía y movimiento. Recordemos que el sol era una de las ideas más espiritualizadas de los aztecas, y como decía el otro:

«Quien mira el sol, una deidad divisa.»

circunstancia que contrasta notablemente con esos sistemas de tortura tan ingeniosamente inventados por el capricho de los pueblos más ilustrados (1). En todas estas cosas tan opuestas al carácter feroz de los aztecas, vemos una nueva prueba de que habían heredado de sus antepasados una civilización demasiado perfecta.

Los límites de nuestra obra sólo nos permiten aludir a dos de sus ceremonias más interesantes. Cuando moría una persona, se vestía su cuerpo con los vestidos propios de su deidad tutelar: se le envolvía en pedazos de papel, que le sirviesen como de resguardo contra los peligros del oscuro camino que iba a atravesar. Si acaso era rico, se sacrificaba una turba de esclavos en sus exequias: el cuerpo era quemado y las cenizas reunidas en una urna, guardadas en uno de los aposentos de su casa. He aquí los usos de los católicos romanos, de los musulmanes, de los tártaros, de los antiguos griegos y romanos; ¡curiosas coincidencias que nos dan a conocer con cuánta cautela debemos proceder al deducir consecuencias fundadas en la analogía! (2).

(1) Es singular que el bardo tozcano, que agotó en su «infierno» todas las torturas del cuerpo, haya hecho tan poco uso de los tormentos morales. Si este olvido debe considerarse como una prueba de la barbarie de aquellos tiempos, es de extrañar que en otros posteriores se haya repetido: tal sucede con escritores serios y sublimes como el Dr. Watts, quien no se desdeña de emplear esta misma maquinaria para conmover la conciencia de sus lectores.

(2) Carta del Lic. Zuazo (Nov. 1521, M. S.) Acosta, lib. 5, capítulo VIII. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. XXXXV. Sahagun, op. cit., lib. 3. Apéndice.

Algunas veces el cuerpo se enterraba entero, con valiosos tesoros si el difunto era rico. El Conquistador Anónimo, como él se llama, dice que el oro que sacó de una tumba subía a 3.000 castellanos. *Relatione de'un gentil' huomo,* en Ramusio, t. III, pág. 310.

Todavía mayores coincidencias con los ritos cristianos encontramos en las ceremonias que practicaban en el bautizo de los niños. Los labios y el pecho del infante eran bañados de agua: se imploraba al Señor, para que aquella santa agua borrase del niño el pecado con que había sido manchado antes de la fundación del mundo, de manera que el niño renaciese (1). En muchas de sus relaciones encontramos las mayores analogías con la moral cristiana, sirviendo éstas de ejemplo: «¿Es posible que este azote y este castigo no se nos dan para nuestra corrección y enmienda, sino para total destrucción y aniquilamiento?»—«Y esto por solo vuestra liberalidad y magnificencia lo habéis de hacer, que ninguno es digno ni merecedor de recibir vuestras larguezas por su dignidad y merecimiento, sino por vuestra benignidad.»—«Sed sufridos y reportados, que Dios bien os ve y responderá por vosotros, y él os vengará: sed humildes con todos, y con esto os hará Dios merced y también honra.» «Tampoco mires con curiosidad el gesto y disposición de la gente principal, mayormente de las mujeres y, sobre todo, de las casadas, porque dice el refrán, que el que curiosamente mira a la mujer, adultera con la vista.» La última máxima ofrece una analogía palpable con la Sagrada Escritura. Estas puras y elevadas máximas de moral, mezcladas, es cierto, con otras pueriles y aún brutales, atestiguan que aquel pueblo tenía de los principios de moralidad esa percepción confusa, propia del crepúsculo de la civilización. No debemos exigir ciertamente que la sociedad, en semejante estado, esté imbuída

(1) Este rito interesante se celebraba con gran solemnidad y formalidad, en presencia de los parientes y amigos, y ha sido descrito prolijamente por Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. XXXVII, y por Zuazo, carta manuscrita: ambos fueron testigos de vista. Véase en el apéndice de la obra de Sahagun la parte relativa a esto.

en altas y puras doctrinas inculcadas en los sabios Códigos de la filosofía antigua (1).

La mitología azteca, que no había recibido la influencia hermoseadora de la poesía, ni el refinamiento del espíritu filosófico, era la obra casi exclusiva de los sacerdotes, que con la mira de deslumbrar al pueblo, habían inventado el más estricto y pomposo ceremonial. La influencia del sacerdocio debe haber sido grande en todos aquellos estados imperfectos de la sociedad, en que aquel es el único poseedor del saber de la época, aconteciendo eso principalmente cuando ese saber se reduce más bien que a conocimientos positivos de los fenómenos naturales, al de las fantásticas quimeras creadas por la superstición humana: tales son la astrología y la adivinación, artes de que poseían un conocimiento perfecto los sacerdotes aztecas. Así es que mientras por un lado tenían en sus manos la llave de acontecimientos futuros, imprimían en el vulgo ignorante sentimientos de superstición, más tremendos probablemente que cuantos han existido en ningún país, aún en el Egipto mismo.

El número de los sacerdotes era muy considerable, puesto que sólo el templo principal de la capital estaba servido por cinco mil: la jerarquía y funciones de cada una de las partes de esta numerosa corporación, estaban determinadas con rigurosa exactitud. Los más instruídos en la música dirigían los coros, otros arreglaban las fiestas con arreglo al calendario; estos cuidaban de la educación de la juventud, y aquellos de las pinturas geroglíficas y de conservar las tradiciones orales; los terribles ritos del sacrificio estaban reservados a las principales dignidades de la orden. A la cabeza de toda ella estaban dos sumos

(1) Sahagun, op. cit., lib. 6.°, cap. I, II, XVII, XXII.

sacerdotes, electos por el Rey y los primeros nobles, sin atender a su cuna, sino solamente a sus cualidades y a sus méritos anteriores. Ambos eran iguales en dignidad, y sólo inferiores en ella al soberano mismo, quien raras veces obraba sin su parecer en los asuntos públicos de importancia (1).

Cada sacerdote estaba dedicado al servicio de una deidad particular, y habitaba en aposentos fabricados dentro del templo; por lo menos mientras estaba ejerciendo sus funciones, pues que, por otra parte, se les permitía casarse y tener familia. Su vida monástica tenía toda la austeridad de la disciplina de un convento. Oraban tres veces en el día y una en la noche; frecuentaban las abluciones y vigilias, y mortificaban la carne con crueles penitencias; se sacaban sangre por la flagelación o punzando sus cuerpos con púas de maguey; en suma, practicaban todos los rigores a que el fanatismo ha recurrido en todos tiempos para (hablando el enérgico lenguaje del poeta).

Con la esperanza de alcanzar el cielo,
En un infierno convertir la tierra (2).

(1) Sahagun, op. cit., lib. 2.°, apénd., lib. 3.°, cap. LXXXIX. Torquemada, op. cit., lib. 8.°, cap. XX, lib. 9.°, cap. III, LVI. Gomara, crónica, cap. CCXV, en Barcia, t. II. Toribio, hist. de los indios, M. S., parte, capítulo IV.

Clavijero dice que el gran sacerdote debía ser necesariamente una persona noble; pero yo no encuentro ni aún en Torquemada, su oráculo, autoridad en que fundar semejante aserto; dice, por el contrario, que «por probable que sea esto, nadie lo afirma». Op. cit., lib. 9.°, capítulo V. Es contradicho por Sahagun, a quien yo tengo en estas materias por la mejor autoridad. Clavijero no tenía más noticias de Sahagun que las que pudo adquirir en Torquemada y los escritores subsecuentes.

(2) Sahagun, op. cit., *ubi supra*. Torquemada, op. cit., lib. 9.°, capítulo XXV. Gomara, *ubi. supra*. Acosta, lib. 4.°, caps. XIV y XVII.

Las grandes ciudades estaban divididas en distritos, a cargo de una especie de clero parroquial que dirigía todos los actos religiosos en su respectivo departamento. Es notable que administraban los ritos de la confesión y la absolución; los secretos del confesionario eran inviolables, y el que los revelaba sufría penas muy parecidas a las que impone la Iglesia Católica Romana. Dos particularidades notables había en las ceremonias de los aztecas: Primera, que como la repetición de una ofensa se tenía por inexpiable, sólo se confesaban una vez en toda su vida, haciéndolo ordinariamente en sus últimos días, para descargar su conciencia y dejar para de una vez las últimas reliquias de la iniquidad. La otra era que la absolución sacerdotal tenía la fuerza de absolución legal, y en caso de detención, equivalía a una compurgación. Largo tiempo después de la conquista, los sencillos naturales, cuando caían bajo el brazo de la justicia, pensaban poder escapar de él presentando su certificado de haberse confesado (1).

(1) Sahagun, op. cit., lib. 1.°, cap. XII, lib. 6.°, cap. VII.
La oración del confesor en semejantes circunstancias, contiene cosas muy notables para que yo las omita. «Oh Señor, amparador y favorecedor; vos que conocéis todos los secretos de todos los corazones, haced que vuestra indulgencia y gracia descienda sobre él, como agua purísima que lave las manchas de sus culpas; mirad que este pobre no pecó con su libre voluntad y albedrío, sino por la influencia del signo en que nació.» Después de vivas exhortaciones a que, por vía de penitencia se mortificase y practicase minuciosas ceremonias, le ponderaba la necesidad de procurar cuanto antes un esclavo que sacrificar a su dios, y le inculcaba la caridad para con los pobres. Decíale: «Viste al desnudo y da de comer al hambriento, por costoso que te fuese; acuérdate de que su carne es como la tuya, y de que es hombre como tú.» Tal es la extraña mezcla de sentimientos de benevolencia cristiana y de abominable crueldad que formaba la moral de los aztecas, y que prueba, como lo hemos dicho repetidas veces, el origen enteramente distinto de los unos y de los otros.

Uno de los principales cargos de los sacerdotes, era la educación de la juventud, a cuyo fin había edificios a propósito dentro del recinto mismo de los templos; allí entraban desde su tierna edad los jóvenes de ambos sexos de la clase alta y media de la sociedad. Las niñas eran instruídas en las funciones de sacerdotisas, y ejercían todas las funciones sacerdotales, excepto las del sacrificio (1). A los varones se les acostumbraba al rigor de la disciplina monástica: adornaban con flores los altares de los dioses, alimentaban el fuego sagrado y tomaban parte en los cánticos y fiestas religiosas. A los de las escuelas superiores, llamadas *Calmecac*, se les iniciaba en las tradiciones, misterios, jeroglíficos, principios del Gobierno, y en todos los ramos de las ciencias físicas y naturales, cuyo conocimiento estaba reservado exclusivamente al sacerdocio. Las niñas aprendían varias artes mecánicas, principalmente la de coser y bordar ornamentos para los altares de los dioses. Se cuidaba mucho de la educación moral de ambos sexos; guardábase el mayor decoro, y la menor ofensa de este género se castigaba severamente y aún con la muerte misma; ya lo hemos dicho: el terror y no el amor, era el resorte de la educación entre los aztecas (2).

(1) Los dioses egipcios eran también servidos por sacerdotisas. (Véase a Herodo, Euterpe, sec. 54.) Cuentos igualmente escandalosos que los que circulaban entre los griegos con respecto a las vírgenes, se refieren de los aztecas. (Véase la disertación *Le Noir* en antig. de México, París, 1834, t. II, pág. 7, nota.) Los primeros misioneros, crédulos hasta el exceso, no dan fe a estas noticias. El Padre Acosta exclama por el contrario: «Es cosa extraña, en verdad, ver cuánta fuerza y ascendiente tiene esta falsa opinión entre los jóvenes y las mozas de México, que por servir al demonio se sujetan a tantas privaciones y rigores, a que no se someterían por servir al Altísimo, que es gran confusión y vergüenza.» (Trad. ing., lib. 5.°, cap. XVI.)

(2) Toribio, hist. de los indios, M. S., parte 1.ª, cap. IX. Sahagun,

Cuando los pupilos llegaban a una edad propia para casarse o para entrar en el mundo, se les despedía del colegio con gran ceremonia, saliendo de allí frecuentemente en estado de desempeñar los empleos públicos más importantes. La política de los sacerdotes mexicanos consistía en reservarse el cuidado de la educación de la juventud, para amoldar su espíritu tierno y dócil a sus intereses, y acostumbrarla desde temprano al respeto profundo hacia la religión y sus ministros; respeto que conservaba su dominio aún sobre el alma de hierro del guerrero, largo tiempo después de que el duro género de vida a que se había entregado, debiera haber borrado todos los vestigios de su primera educación.

A cada uno de los templos estaban anexas tierras, cuyos productos se destinaban al mantenimiento de los sacerdotes; estas posesiones fueron creciendo con los donativos que, por generosidad o devoción, hacían los príncipes, hasta que, bajo el reinado del último Moctezuma, llegaron a adquirir una extensión desmesurada. Los sacerdotes mismos tenían a su cargo el manejo de estos intereses, y parece que trataron a los arrendatarios de las tierras con toda la indulgencia y liberalidad que caracteriza a las corporaciones monásticas. Además de los productos de estas tierras, estaban enriquecidos con las primicias y otras ofrendas que había dictado la superstición o la piedad. La que sobraba después de hechos los gastos del culto, se re-

op. cit., lib. 2.º; apéndice, lib. 3.º, cap. IV, VIII. Zurita, relación, páginas 123-126. Acosta, lib. 5.º, cap. XV, XVI. Torquemada, op. cit., lib. 9.º, cap. XI, XIV, XXX, XXXI.

«Ellos pensaban—dice este último escritor—, huír el vicio y ajustarse a la virtud, según ellos lo entendían; con sólo no airarse, no agraviar ni hacer mal al prójimo; en suma, con sólo cumplir los deberes de la religión natural.»

partía en limosnas entre los pobres; deber cuyo cumplimiento exigía estrictamente su Código moral. Así, pues, vemos a la misma religión predicando, por una parte, las lecciones de la más pura filantropía, y las del más despiadado exterminio, por otra: semejantes contradicciones no parecerán extrañas a los que conozcan la historia de la Iglesia Católica Romana en los primeros tiempos de la Inquisición (1).

Los templos mexicanos, llamados *teocalli*, casas de Dios, eran muy numerosos: en las ciudades principales había algunos centenares, bien que contando en este número edificios muy humildes. Eran los tales templos masas sólidas de tierra, cubiertas de piedra o ladrillo, y un poco parecidos, en su forma, a las pirámides de Egipto. La base de muchos de ellos tenía más de cien pies en cuadro y mucha mayor altura: estaban dispuestos en cuatro o cinco pisos, cada uno de ellos de menores dimensiones que el de abajo. Se subía a ellos por escaleras hechas en la parte exterior de la pirámide, en uno de sus ángulos, cuya escalera daba vuelta al primer piso, de suerte que, al llegar al segundo, venía a terminar en el mismo ángulo en que había comenzado; en este segundo piso había un descanso o terraplén, que servía de base al tercero, y una escalera parecida a la anterior, que conducía al piso siguien-

(1) Torquemada, lib. 8, cap. XX. Camargo, *Hist. de Tlaxcala*, M. S. Es imposible no sorprenderse de la gran semejanza, no sólo en formas secundarias, sino en el fondo mismo, entre el modo de vivir de los sacerdotes egipcios y mexicanos. (Compárese a Herodoto Euterpe, *passim.*) Diodoro, lib. 1.º, sec. 73, 81. El lector inglés puede consultar además, a este propósito, a Herrera, *Indags. hist.*, vol. V, capítulo II. Wilkinson, *Usos y costumbres de los antiguos egipcios*, Londres, 1837, vol. I, págs. 257-259, y principalmente a este último, que ha contribuído más que ninguno otro a hacernos conocer la vida social de aquel pueblo interesante.

te; por manera que, antes de llegar a la cima del templo, se tenía que describir una especie de espiral, bien que algunas veces la escalera conducía directamente al centro de su cara occidental. La cima era una superficie ancha, sobre la cual se levantaban dos torres de unos 40 ó 50 pies de alto, en cuyo recinto estaban las imágenes de las deidades patronas del templo.

Bajo estas torres, estaba la mencionada piedra de los sacrificios, y dos altares de alguna elevación, donde ardía un fuego tan inextinguible como el del templo de Vesta. Cuéntase, que sólo en el recinto del gran templo de México había 600 de estos altares, los cuales, juntos con los de los otros templos, iluminaban brillantemente las calles de la ciudad, aún en las noches más oscuras (1).

Por una consecuencia de la construcción de los templos, todos los oficios sagrados eran públicos. Las largas procesiones de sacerdotes, que daban varias vueltas alrededor de estos enormes edificios, y los espantosos sacrificios que se celebraban en su cumbre, se podían ver desde el más remoto rincón de la ciudad, e imprimían en su población supersticiosa una veneración fanática por los ministros de la religión y por sus espantosos ministros.

Estas impresiones se renovaban en cada una de sus nu-

(1) Relatione d'un gentil' huomo, en Ramusio, t. III, fol. 307. Camargo, historia de Tlaxcala, M. S. Acosta, lib. 5.°, cap. XIII. Homara, crón. en Barcia, t. II, cap. LXXX. Toribio, historia de los indios, M. S., parte I, cap. IV. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Este último escritor, que visitó a México inmediatamente después de la conquista, en 1521, nos cuenta que algunos de los templos inferiores o pirámides, estaban llenos de tierra impregnada, de gomas aromáticas y mezclada de polvo de oro; este último en tanta abundancia, que probablemente llegaría a 1.000.000 de castellanos. (*Ubi. supra.*) ¡Estos eran de veras los templos de Mammon! Pero yo no he visto confirmados en ninguna otra parte estos cuentos dorados.

merosas festividades: cada mes estaba consagrado a una deidad protectora; cada semana, casi cada día, pedía en su calendario una celebridad especial; de suerte que es difícil comprender cómo eran conciliables las ocupaciones ordinarias de la vida doméstica con sus prácticas religiosas. Algunas de sus ceremonias eran alegres y divertidas; consistían en cantos nacionales, bailes en que se juntaban los dos sexos; procesiones de mujeres y niños coronados de guirnaldas, y que llevaban ofrendas de frutos, maíz, incienso, copal y otras gomas odoríficas, y sacrificios en que los altares eran regados con la sangre de animales solamente (1). Estas ceremonias pacíficas son las que les transmitieron sus antepasados los toltecas; pero la superstición azteca, les añadió otras demasiado horribles, para presentarlas en toda su desnudez, y sobre las cuales querría yo de buena gana correr un velo, si no fuese esto dejar al lector sin conocer una de las más extraordinarias costumbres de aquel pueblo, y una también de las que más influyeron en el carácter nacional.

Los sacrificios humanos comenzaron a usarse entre los aztecas en el siglo XIV, trescientos años antes de la llegada de los españoles (2): raros al principio, fueron siendo más frecuentes al paso que se dilataba el imperio, hasta que, últimamente, no había fiesta que no acabase con tan cruel

(1) Cod. Tel. Rem., lám. I, y Cod. Vat. *passim* apud. antiq. de México, vols. I y VI. Torquemada, op. cit., lib. 10, cap. X. Sahagun, op. cit., lib. 2.º, *passim*.

Entre las ofrendas, son notables las codornices por el número increíble que se consumía y sacrificaba en ciertas fiestas.

(2) El origen de los sacrificios tiene algunas apariencias de fábula; pero verdadero o falso, lo cierto es que su introducción en un pueblo, supone en éste una ferocidad sin igual. Clavijero, op. cit., t. I, pág. 167 y sig. Véase también a Humboldt, quien parece no dudar de ese origen. (*Vistas de las Cordilleras*, pág. 95.)

y abominable ceremonia, la cual era siempre una recordación de la historia de la deidad en cuyo honor se celebraba. Bastaranos un ejemplo:

Una de las primeras fiestas era la instituída en honor del dios Tezcatlipoca, inferior, solamente, al Ser Supremo. Llamábase la *alma del mundo*, y suponíase que era su creador. Se le representaba como un hermoso mozo que gozaba de perenne juventud. Un año antes del sacrificio se escogía a un mancebo, notable por su belleza personal, y que no tuviese tacha en su cuerpo. Ciertas personas tomaban a su cargo instruírle en todo lo necesario para que representase su nuevo papel con dignidad y donaire. Se le cubría de espléndidos vestidos y se le regalaban incienso y flores aromáticas, de las cuales gustaban los antiguos aztecas tanto como sus actuales descendientes. Cuando salía a la calle, lo hacía acompañado de algunos pajes de palacio, y cuando se detenía en las calles para tañer alguna melodía de su gusto, la multitud se postraba a adorarle como representante de su deidad benefactora. Esta vida lujosa y regalada la tenía hasta cerca de un mes antes del sacrificio: entonces, cuatro hermosas doncellas, que tenían el nombre de las principales diosas, hacían los honores de su lecho, y los primeros nobles le daban banquetes, donde se le tributaban todos los homenajes que convienen a una divinidad.

Llegaba, por último, el fatal día del sacrificio y el término de aquellas glorias efímeras. Era despojado de sus ricas vestiduras y separado de las bellas compañeras de sus placeres; atravesaba el lago en una de las embarcaciones reales, y llegaba a un templo erigido a sus orillas a una legua de distancia de la ciudad. La multitud se agolpaba para presenciar la consumación del sacrificio. Cuando la triste procesión, en medio de la cual era conducida la víc-

tima, llegaba a las escaleras de la pirámide, aquélla arrojaba lejos de sí las guirnaldas y collares de flores de que estaba cubierta y rompía los instrumentos de música con que se había solazado durante las horas de su cautiverio. Al llegar a la cumbre del templo recibíanla seis sacerdotes, cuyas largas y enmarañadas cabelleras caían desordenadamente sobre sus negras vestiduras, cubiertas de geroglíficos de mística significación. Conducíanlo a la piedra de los sacrificios, que era un enorme pedazo de mármol algo convexo en su cara superior; extendíanle sobre ella; cinco de aquellos sacerdotes sujetaban su cabeza y miembros, mientras el sexto, envuelto en un manto color de escarlata, emblemático de su sangriento oficio, abría diestramente el pecho de la miserable víctima, con una filosa navaja de *itztle* (substancia volcánica tan dura como el diamante), sacaba del pecho de la víctima el corazón palpitante, lo ofrecía primeramente al sol, objeto de culto en Anáhuac, y lo arrojaba en seguida a los pies de la deidad patrona del templo, entre tanto que la multitud, que desde abajo presenciaba este espectáculo, se postraba en humilde oración. Los sacerdotes querían explicar con la trágica historia de este cautivo, la de todos los hombres, cuya vida, brillante y feliz en sus principios, termina frecuentemente en la oscuridad y el infortunio (1).

Tal era la manera habitual de celebrar los sacrificios;

(1) Sahagun, op. cit., lib. 2.º, cap. II, V, XXIV *et alibi*. Herrera, op. cit., dec. 3, lib. 2.º, cap. XVI. Torquemada, op. cit., lib. 7.º, capítulo XIX, lib. 10, cap. XIV. Relación de un gentilhombre, apud. Ramusio, t. III, fol. 307. Acosta, lib. 5.º, cap. IX, XXI. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Relación por el Regimiento de Veracruz, 1519, M. S.

Pocos lectores aprobarán la sentencia de Torquemada, quien concluye esta espantosa historia agregando fríamente: «que la alma de la víctima caía a los infiernos con la de los falsos dioses». Lib. 10, cap. XXIII.

sacrificios que los europeos indignados presenciaron en su tránsito, y los que alguna vez sirvieron de víctimas. A veces se usaban exquisitos tormentos, con cuya descripción no creo necesario comprimir el ánimo del lector, y que acababan siempre con la sangrienta ceremonia ya descrita. Debe sin embargo notarse que semejantes tormentos no eran como entre las tribus norteamericanas, sugestiones de mera crueldad, sino que su religión los prescribía rigurosamente, y es de presumir que algunas veces los aplicarían con el mismo desagrado con que un devoto familiar del Santo Oficio ejecutaba sus bárbaras sentencias (1). Las mujeres eran también destinadas al sacrificio, y en la estación de secas, en la fiesta del insaciable *Tlaloc*, dios de las lluvias, se sacrificaban niños por lo común todavía tiernos. Cuando se les conducía en andas abiertas, vestidos de gala y adornados con los risueños dones de la primavera, se movía a compasión el corazón más duro al escuchar sus gritos confundidos con los cánticos feroces de los sacerdo-

(1) Sahagun, op. cit, lib. 2.º, cap. X, XXIX. Gomara, crón., capítulo CCXIX, apud. Barcia, t. II. Toribio, historia de los indios, M. S., parte I, cap. VI, XI.

El lector encontrará una descripción bastante regular de estas torturas, en el canto 21 del *infierno.* Las fantásticas creaciones del poeta florentino se realizaban casi al mismo tiempo que las escribía entre los bárbaros de un mundo desconocido. Uno de sus sacrificios de un carácter menos feroz, debemos mencionar aquí: los españoles le llamaban el sacrificio gladiatorio, y ofrece alguna semejanza con los juegos sangrientos de la antigüedad. Dábansele a un cautivo de distinción armas para el combate, que trababa sucesivamente con cierto número de mexicanos: si los vencía a todos, como aconteció algunas veces, se le dejaba en libertad; pero si era vencido, se le conducía a la piedra y se le sacrificaba de la manera corriente. El combate se verificaba en una enorme piedra circular, ante la corte reunida. Sahagun, op. cit., lib. 2.º, cap. XXI. Relación de un gentilhombre, en Ramusio, t. 3.º, fol. 305.

tes, que miraban en las lágrimas de aquellos inocentes un agüero favorable a sus súplicas. Estas desventuradas víctimas se compraban por lo común a padres pobres, cuyos sentimientos naturales sucumbían más que a las sugestiones de la pobreza a las de su deplorable superstición (1).

Fáltanos todavía la parte más espantosa de la historia de los primeros sacrificados. Su cuerpo era entregado al guerrero que le había cogido en la batalla, el cual, después de guisarle, le presentaba a sus amigos en un convite. No era este el tosco festín del hambriento caníbal, sino un banquete en que se servían los manjares más delicados y las más deliciosas bebidas, preparadas con arte, y al cual concurrían también las mujeres, guardándose en él todo el decoro propio del estado civilizado. ¡Seguramente jamás se ha visto tocarse y confundirse tan íntimamente los extremos de la barbarie más brutal y del más culto refinamiento! (2)

Los sacrificios humanos se han usado entre muchas naciones, sin exceptuar ni a las más cultas de la antigüedad (3); pero jamás con esa profusión que en Anahuac. El

(1) Sahagun, op. cit., lib. 2.°, cap. I, IV, XXI, *et alibi*. Torquemada, op. cit., lib. 10, cap. XL. Clavijero, op. cit., t. II, págs. 76 y 82.

(2) Carta del Lic. Zuazo, M. S. Torquemada, lib. 7.°, cap. XIX. Herrera, op. cit., dec. 3, lib. 2.°, cap. XVII. Sahagun, op. cit., lib. 2.°, cap. XXI *et alibi*. Toribio, historia de los indios, M. S., parte 1.ª, c. 2.°

(3) Nada digamos del Egipto, donde a pesar de que los monumentos lo indican, hay poderosas razones de dudarlo. (Véase Herodoto, Euterpe, sec. 45.) Pero eran frecuentes entre los griegos, como lo sabe cualquiera estudiante de colegio. En Roma eran tan comunes, que se necesitó una prohibición expresa, menos de cien años antes de J. C., cuya prohibición es dignamente alabada por Plinio. (Historia Natural, lib. 30, sec. 3 y 4.) No obstante, se encuentran las huellas de esta costumbre en tiempos mucho más posteriores. Véase entre otros a Horacio, Epod. *in Canidiam.*

número de las víctimas inmoladas en sus execrables altares excede al que pueda admitir la fe del lector menos escrupuloso. Casi ningún autor lo computa en menos de 20.000 cada año, y aún hay alguno que lo hace subir hasta 50.000 (1).

En las grandes festividades, como la coronación de un rey o la consagración de un templo, era aun más considerable. Cuando se dedicó el gran templo de México a Huitzilopochtli en 1486, se trajeron de todas partes a la capital a los prisioneros que durante muchos años habían sido guardados para ese intento. Se les formó en filas en el orden de una procesión que ocupaba dos millas. Se emplearon varios días en la ceremonia, y según se refiere, perecieron 70.000 víctimas en las aras de la terrible deidad. Pero ¿quién puede creer que un número tan enorme de cautivos se haya dejado conducir sin resistencia a la matanza? O ¿cómo es posible que la corrupción de tantos cadáveres

(1) Clavijero, op. cit., t. II, pág. 49.

El obispo Zumárraga, en una carta escrita pocos años después de la Conquista, afirma que subían a 20.000 las víctimas sacrificadas anualmente. Torquemada las convierte en 20.000 infantes (op. cit., lib. 7.°, cap. XXI.) Herrera, siguiendo a Acosta, díce que 20.000 víctimas en un día determinado del año, en todo el reino. (Op. cit., dec. 2, lib. 2.°, cap. XVI.) Clavijero, más cauto, supone que este número sería el de las víctimas sacrificadas en todo el año *(ubi. supra)*. Las Casas, contradiciendo a Sepúlveda, que afirma que nadie que había visitado aquellas regiones hacía subir a menos de 20.000 el número de las víctimas inmoladas anualmente, dice que ese es el cómputo de los malvados, que en esto piensan encontrar la apología de sus atrocidades; pero que el verdadero número ¡no pasaba de 50! (Obras, ed. de Llorente, París, 1822, t. I, págs. 385 y 386.) Probablemente en este caso, como en otros, la aritmética del buen obispo provenía más bien del corazón que de la cabeza. Con datos tan vagos y contradictorios, es claro que ninguna de las cifras anteriores merece más que el nombre de conjetura, pero no el de cálculo.

que no se podían consumir de la manera ordinaria, no haya producido una peste? Sin embargo, el suceso es de fecha muy reciente, y atestiguado por los historiadores más dignos de fe (1). Lo cierto es que siendo costumbre conservar en edificios a propósito los cráneos de los prisioneros sacrificados, los compañeros de Cortés han llegado a contar en uno de aquellos edificios ¡136.000 cráneos! (2) Así, pues, aunque no sea posible formar un cálculo exacto, sí se puede asegurar que se sacrificaban anualmente millares de víctimas en los sangrientos altares de los dioses mexicanos (3).

Sucedía, por lo tanto, que el gran objeto de la guerra era extender el imperio y conseguir víctimas para los sa-

(1) Voy a explicarme. Torquemada fija este número con más exactitud en 72.344, op. cit., lib. 2.º, cap. LXIII. Ixtlilxochitl, con igual exactitud, en 80.400. (Hist. Chich., M. S.) ¿Quién sabe?, dice; pero añade que los cautivos matados en la capital durante el curso de este año memorable, excedían de 100.000. (Loco cit.) Todo esto prueba claramente que, a lo menos cuando no eran testigos de vista, todo era la aritmética para los antiguos historiadores menos una ciencia exacta. El Código Tel. Remensio, escrito cincuenta años después de la conquista, reduce a 20.000 la suma de los cautivos que perecieron. (Antig. de México, vol. I, lám. XIX; vol. VI, pág. 141, nota en inglés.) ¡Y aún esta suma parece poco creíble al intérprete español, quien llama a Ahuizotl hombre de benigna y templada condición! Ibid., vol. V, pág. 49.

(2) Gomara da este número, fundado en la autoridad de dos soldados, cuyos nombres trae, que se tomaron el trabajo de contar los horrorosos cráneos de uno de estos osarios, donde estaban dispuestos de la manera más acomodada para producir un efecto horroroso. La existencia de estos conservatorios está atestiguada por todos los escritores de la época.

(3) El conquistador anónimo asegura como un hecho indisputable que el demonio se introducía en los ídolos y persuadía a los necios sacerdotes que su único alimento eran los corazones humanos; así es como se explica satisfactoriamente, según él, las frecuencias de los sacrificios. Relac. de un gentil hom. en Ramusio, t. III, fol. 307.

crificios; ningún enemigo era, pues, muerto en la batalla, si era posible cogerle vivo, a cuya circunstancia debieron repetidas veces su salvación los españoles.

Cuando preguntaron al emperador Moctezuma por qué permitía que se mantuviese independiente a las puertas de su imperio la república de Tlaxcala respondió: «que para que suministrase víctimas a sus dioses». Cuando comenzó a no haber el abasto suficiente, los sacerdotes (los dominicos del Nuevo Mundo) pusieron el grito en el cielo, y amenazaron a su supersticioso monarca con la ira celestial. A la manera de los eclesiásticos militantes de la Edad Media, se les veía mezclarse entre las filas de los combatientes, y distinguirse de ellos por su horrible aspecto y sus frenéticos gritos. ¡Cosa extraordinaria que en todas partes se hayan encubierto con el sagrado nombre de la religión las más diabólicas pasiones del corazón humano! (1)

La influencia que estos actos han ejercido en el carácter de los aztecas, fué tan desastrosa como era de esperar. El

(1) Los sacerdotes de Tezcuco intentaron calurosamente persuadir al buen rey Netzahualcoyotl, con motivo de una peste, a que apaciguase a los dioses, sacrificando, en vez de enemigos, a algunos de sus súbditos, alegando, por razón, no sólo que era más fácil conseguir las víctimas, sino que serían más frescas y más aceptas a los dioses. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XLVII. Este mismo escritor menciona el cruel convenio hecho entre los monarcas aliados y la República de Tlaxcala y sus Estados confederados: había señalado un campo de batalla para que combatiesen, en períodos determinados, las tropas de las naciones hostiles, con el objeto de proporcionarse víctimas; el que alcanzaba la victoria no podía, aprovechándose de ella, invadir el territorio de su enemigo, y quedaba con él en perfectísima paz, bajo todos los demás respectos El historiador que sigue las huellas del cronista tezcucano, puede excusarse, como Ariosto, diciendo:

«Mettendolo Turpin, lo metto cuch'io.»

hábito de presenciar escenas de sangre encalleció su corazón, e hizo nacer en él ese gusto por la carnicería, que excitó en los romanos el espectáculo bárbaro del circo. La asistencia frecuente del pueblo a las ceremonias de la religión, hizo que éste se mezclase hasta en sus más íntimos asuntos, y extendió las tinieblas de la superstición aun al hogar doméstico, hasta que por último la nación tomó ese aspecto grave y aun melancólico que han heredado sus descendientes modernos. El influjo del clero era ilimitado: el soberano mismo se consideraba honrado con que se le permitiese tomar parte en el servicio del templo: bien lejos de reducir la autoridad del sacerdocio a los asuntos meramente espirituales, se sujetaba a su opinión hasta en las materias en que eran más incompetentes para darla; por haberse resistido ellos, no se sujetó la capital en tiempos de la Conquista a una capitulación que la habría salvado de espantosos horrores. La nación entera, desde el infeliz pechero hasta el augusto soberano, dobló la cerviz a la tiranía de peor linaje: a la del ciego fanatismo.

Cuando se recuerdan los usos repugnantes que hemos dado a conocer en las páginas anteriores, se experimenta gran dificultad en creerlos compatibles con ninguna forma regular de gobierno, y en atribuirlos a un pueblo adelantado en civilización; sin embargo, los mexicanos tienen justos títulos a ese renombre. Quizá se comprenderá más fácilmente esta aparente anomalía reflexionando cuál era la condición de algunas de las más cultas naciones de Europa poco después de establecida la Inquisición en la centuria décimasexta: ese tribunal ha destruído cada año millares de víctimas, dándoles una muerte más dolorosa que la de los sacrificadores de los aztecas; él armaba el brazo del hermano contra el hermano, y sellando los labios con una mordaza abrasada, opuso a los adelantamientos del espí-

ritu el dique más poderoso que ha inventado la astucia de los hombres.

Los sacrificios humanos, por crueles que fuesen, nada tenían de degradante para las víctimas; parece que por el contrario, las ennoblecían consagrándolas a los dioses: prueba de ello, que a pesar de ser tan horribles, se les buscaba algunas veces como la muerte más gloriosa y que conducía directamente al Paraíso. (1) Pero la inquisición cargaba a sus víctimas de infamia en esta vida, y las condenaba a eterna perdición en la futura.

Un solo rasgo de la superstición azteca basta, sin embargo, para hacerla más despreciable que la cristiana, el canibalismo, bien que los mexicanos no fuesen caníbales en la rigurosa acepción de la palabra: no comían carne humana por satisfacer un apetito brutal, sino por obedecer los preceptos de la religión; en sus banquetes eran servidos como manjares víctimas cuya sangre había humeado de antemano en las aras de los dioses; esta es diferencia muy digna de notarse (2). Pero el antropofaguismo, cualquiera que sea su forma, cualquiera la autoridad en que se apoya, ejerce una influencia funesta en la nación que lo profesa; él inspira ideas tan execrables, tan degradantes del hombre, tan ajenas de su naturaleza moral e inmortal, que es imposible que el pueblo que lo practique tenga grandes adelantos en la cultura moral e intelectual; los mexicanos

(1) *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, vol. III, fol. 307. Tal fué entre otros *Chimalpopocatl*, tercer rey mexicano, quien se condenó a sí mismo y condenó a sus primeros nobles a esta muerte, para borrar la afrenta de una ofensa que le había inferido un hermano suyo, también monarca. (Torquemada, loc. cit., lib. 2.°, capítulo XXVIII.) Este era el pundonor de los aztecas.

(2) Seguramente esto es lo que quiere dar a entender Voltaire, cuando dice: «no eran antropófagos como un cortísimo número de hordas americanas.» (Ensayo sobre las costumbres, cap. CXLVII.)

no son una excepción a esta regla; el saber que poseían lo habían heredado de los toltecas, pueblo que jamás manchó sus altares ni mucho menos sus festines, con la sangre de los hombres (1). Cuanto entre los mexicanos merecía el nombre de ciencia, procedía de aquel origen: las ruinas desmoronadas de algunos edificios que se atribuyen a los toltecas, prueban inconcusamente la superioridad de su arquitectura sobre la de las últimas razas de Anáhuac; los mexicanos, es cierto, hicieron grandes adelantos en muchas de las artes mecánicas, en aquella cultura, si se puede decir así, meramente material, resultado necesario de una opulencia creciente y destinada al regalo de los sentidos; mas en los conocimientos abstractos, en las ciencias puramente intelectuales, se quedaron muy atrás de sus vecinos los teztucanos, cuyos sabios soberanos no aceptaron los abominables ritos de los aztecas, y nunca los celebraron sino en una escala mucho más reducida (2).

La Providencia ordenó sabiamente que la tierra fuese ocupada por otra raza que desarraigase la superstición, que cundía todos los días a medida que el imperio se dilataba. Las degradantes costumbres de los aztecas son la mejor apología de la Conquista. Los conquistadores trajeron, es verdad, la inquisición; pero también trajeron el cristianismo, cuya luz benigna debía durar después de extinguidas las fúnebres hogueras del fanatismo, y que debía disipar las

(1) *Ixtlilxochitl*, Hist. Chich., M. S., cap. VL, *et alibi*.

(2) No cabe duda en que este carácter feroz engendrado por sus ritos sanguinarios, les facilitó mucho sus conquistas. Maquiavelo atribuye en parte a esto mismo los triunfos de los romanos. (Discurso sobre Tito Livio, lib. 2.°, cap. II.) El mismo capítulo contiene algunas reflexiones ingeniosas, más ingeniosas que exactas, acerca de los efectos contrarios del cristianismo.

horrorosas tinieblas en que por tanto tiempo estuvieron envueltas aquellas hermosas regiones.

* * *

La autoridad más importante sobre las materias que abraza este capítulo, y aún pudiera decirse que sobre todas las concernientes a la religión azteca, es Benardino de Sahagun, religioso de la observancia de San Francisco, y contemporáneo de la Conquista. Su obra grande, la *Historia Universal de Nueva España,* ha sido hace poco impresa por la primera vez. Las circunstancias que acompañaron a su compilación y la suerte que la obra corrió, son uno de los pasajes más curiosos de la historia de la literatura.

Sahagun nació en un lugar del mismo nombre, en España. Fué educado en Salamanca, y después de tomar el hábito de San Francisco, vino a México en calidad de misionero hacia el año de 1529. Bien pronto se hizo notable por su celo ardiente, por la pureza de sus costumbres y por su infatigable empeño por difundir entre los indios las verdades de la religión cristiana. Fué varias veces guardián de algunos conventos, y después que dejó estos cargos, se consagró afanosamente a la predicación, y a trabajar algunas obras, cuyo objeto era dar luz acerca de las antigüedades aztecas, sirviéndole mucho a este propósito el cargo de *lector* que continuó desempeñando en el colegio de Santa Cruz, en la capital.

La manera con que formó la *Historia Universal* es muy singular. Con el objeto de procurar la mayor autenticidad posible, vivió algunos años en la ciudad de Tezcuco, conversando diariamente con varios indios principales que poseían el castellano; proponíales cuestiones que ellos resolvían a su manera acostumbrada, por medio de geroglíficos;

estos los presentaba a otros indios educados a su vista en el colegio de la Cruz, los cuales, después de discutir entre sí el sentido de los geroglíficos, los traducían y escribían en lengua mexicana. Esto mismo se repetía con otros indios de otro barrio de la capital; y el resultado de ambas consultas la sometía a la revisión de una tercera corporación, residente en otro barrio distinto de los anteriores. El fruto de estas indagaciones, lo reunió y ordenó en la forma de historia, tal cual se ha publicado; el original fué escrito en lengua mexicana, que Sahagun hablaba y escribía con más propiedad y elegancia que ningún otro español de su tiempo.

La obra ofrecía un conjunto de hechos curiosos, que llamó la atención de sus hermanos; pero temieron que excitase en los naturales un recuerdo demasiado vivo de aquellas supersticiones que tanto interés tenían en desarraigar. Sahagun tenía un espíritu más ilustrado que el resto de sus hermanos, quienes llevados de su ciego celo por la religión, habrían aniquilado de buena gana todos los monumentos que el arte y el ingenio humano habían producido antes de la conquista; se rehusaron, pues, a ayudarle a trascribir aquellos manuscritos que le habían costado tantos años de trabajo, y se negaron a imprimirlos, alegando por pretexto que no tenía el convento para sufragar los gastos, lo cual ocasionó el retardo de su publicación durante algunos años; pero lo peor fué que el provincial se apoderó de los manuscritos, los cuales fueron bien pronto esparcidos por los diferentes conventos del reino.

En tal estado de cosas, hizo Sahagun una breve relación de la naturaleza y contenido de la obra, y la mandó a Madrid, donde llegó a manos de D. Juan Ovando, presidente del Consejo de Indias, quien se interesó tanto en la obra, que ordenó se devolviesen al autor sus manuscritos, y a

éste se le encomendó que los tradujese al punto en castellano. Todo fué hecho como se había mandado; los manuscritos volvieron al poder del autor, aunque no sin grandes amenazas de censuras eclesiásticas, y el anciano octogenario comenzó a trabajar en verter del mexicano al castellano su obra escrita hacía treinta años en el primero de estos idiomas. Tuvo la satisfacción de completar su tarea, disponiendo la traducción en una columna vertical paralela a la original, añadiendo un vocabulario donde se explicaban las palabras y frases aztecas de difícil inteligencia, y explanando y corroborando el texto con las numerosas pinturas en que se fundaba. En esta forma y en dos volúmenes en folio, se remitió la obra a Madrid. Una vez reconocida su importancia, parece que no había ya ninguna dificultad para su publicación; pero desde este momento ya no se volvió a hablar de ella durante dos siglos, si no es como una obra importante que había existido en otro tiempo, y que probablemente había sido sepultada en uno de tantos cementerios literarios de que abunda España.

Al fin, hacia fines del siglo pasado, consiguió el infatigable Muñoz desenterrarla del lugar en que por tradición se suponía que estaba, de la librería del convento de Tolosa en Navarra, al extremo septentrional de la Península. Con el ardor que le era genial, la copió de mano propia, y la destinó a esa magnífica colección, cuyos frutos no pudo, desgraciadamente, recoger él mismo. De esta copia obtuvo lord Kingsborough la que publicó el año de 1830, en el sexto volumen de su soberbia compilación. Allí expresa el autor la gran satisfacción que le cabe de ser el primero que da a luz la obra de Sahagun; pero en esto se equivocaba, porque precisamente el año anterior, apareció en México, en tres tomos, octavo, con notas del editor don Carlos María Bustamante, literato a cuya actividad biblio-

gráfica debe estar muy reconocido este país, y quien había conseguido también un manuscrito de Muñoz. Vemos, pues, que a esta obra se negaron los honores de la Prensa durante la vida del autor; cayó luego en el olvido, y salió de él a la distancia de casi tres siglos y no en su propio país, sino en dos tierras igualmente distintas de éste, y ¡cosa rara! casi simultáneamente. La tal historia es extraordinaria, aunque, desgraciadamente, no tan extraordinaria en España como lo sería en cualquier otro país.

Sahagun dividió su obra en doce libros: los once primeros, destinados a las instituciones sociales de los aztecas, y el último, a la Conquista. Ocupa la parte más principal, la religión, pues que, evidentemente, el objeto de la obra es dar una idea cabal de la mitología y de las complicadas ceremonias religiosas de aquel pueblo; pero la religión se halla tan íntimamente enlazada con sus demás instituciones, que el libro de Sahagun debe ser un texto indispensable para todo aquel que estudie las antigüedades de México. Torquemada se sirvió, para enriquecer las páginas de su obra, de una copia del manuscrito de Sahagun, que llegó a sus manos antes de que fuera remitido a España; circunstancia que ha sido más favorable a los lectores de Torquemada que a la reputación de Sahagun, cuya obra, cual se ha publicado, no ha ofrecido ya toda la novedad e interés que si hubiese sido completamente desconocida. Bajo un aspecto no tiene rival, por su colección de las oraciones que los aztecas usaban en todas sus ceremonias; a veces se encuentra en sentido elevado y en lenguaje digno, lo cual prueba que las más sublimes ideas de moral son compatibles con las más degradantes prácticas de la superstición. Es muy de sentir que no nos hayan llegado los diez y ocho himnos que reunió el autor en su libro, porque ellos serían una muestra de la poesía religiosa de los aztecas; se han

perdido, igualmente, los geroglíficos que acompañaban el texto. Si es que ambas cosas han escapado de manos del fanatismo, quizá reaparecerán el día menos pensado.

Sahagun escribió algunas otras obras religiosas y filológicas, algunas de ellas muy voluminosas, pero ninguna ha sido impresa: llegó a una edad muy avanzada, y terminó su laboriosa y útil vida en México, en 1590. Sus despojos mortales fueron conducidos a la tumba por una multitud no sólo de compatriotas, sino de indios, que lloraban en su muerte la pérdida de un hombre verdaderamente piadoso, benévolo y sabio.

CAPÍTULO IV

Jeroglíficos mexicanos.—Manuscritos.—Aritmética.—Cronología.—Astronomía.

Es una especie de descanso volver la vista del tétrico cuadro pintado en las páginas precedentes, hacia otro más bello y más brillante, y contemplar a esa misma nación haciendo esfuerzos por salir del estado de barbarie y por colocarse entre las más civilizadas. No es menos interesante considerar que estos esfuerzos se hacían en un mundo enteramente sustraído a las causas que influían en la civilización del antiguo, cuyos habitantes formaban una familia de pueblos unidos por estrechas simpatías, de manera que una débil chispa de saber que brillaba en uno, podía extenderse gradualmente hasta alumbrar con claridad aun a los más distantes. Es curioso observar cómo el espíritu humano sigue en la investigación de la verdad un camino tan semejante en el Nuevo Mundo al que seguía en el Antiguo, que si no ocurre la idea de la imitación, sí por lo menos la de un origen común.

En el hemisferio oriental encontramos algunas naciones, como por ejemplo: los griegos, tan amigos de lo bello, que lo mezclaron con las más graves producciones de la ciencia; y otras, por el contrario, tan severas y exactas, que sacrificaron la imaginación y el buen gusto. Las produccio-

nes de semejantes pueblos no deben ser juzgadas con arreglo a las leyes ordinarias del gusto, sino teniendo presente el objeto que se proponía causar. Compárese a los egipcios en el Antiguo Mundo (1) con los mexicanos en el Nuevo. Hemos tenido ya oportunidad de dar a conocer la semejanza de ambos pueblos en su religión; sorprendámonos aún más al encontrarla en sus conocimientos científicos, y principalmente en la escritura jeroglífica y en la astronomía.

Describir las acciones y los acontecimientos por medio de objetos visibles, es, digámoslo así, una idea natural y que ponen en práctica hasta los salvajes más bárbaros. El indio norteamericano esculpe una saeta en la corteza de un árbol para indicar a sus compañeros el camino que ha tomado, y otros signos para darles a conocer el éxito de sus excursiones. Pero pintar una serie consecutiva e inteligible de sucesos, por este medio, felizmente llamado por Warburton *escritura pintada* (2), supone cierta combinación de ideas, que no se puede formar sino con un verdadero esfuerzo de entendimiento. Con mucha más razón se requiere este esfuerzo cuando el objeto de la pintura no es consignar los hechos presentes, sino penetrar en los aconteci-

(1) «Un templo egipcio—dice Denon con aire de asombro—, es un libro abierto, en el cual se pueden aprender lecciones de saber y de moral. Todo parece hablar allí en uno y único lenguaje; todo parece respirar en uno y único espíritu.» Este pasaje lo cita Herrera, Hist. Res., vol. II, pág. 178.

(2) Legation divine Works (Londres, 1811), vol. VI, b. 4, sec. 4.

El obispo de Gloucester, al entablar una comparación de los varios sistemas jeroglíficos del mundo, manifiesta su sagacidad y atrevimiento característicos, anunciando una opinión poco acreditada entonces y demostrada posteriormente: afirma la existencia de un alfabeto egipcio, bien que nada diga de la propiedad fonética de los jeroglíficos, el gran descubrimiento literario de nuestros tiempos.

mientos pasados, y sacar para las generaciones venideras todos los tesoros de sabiduría que se encierran en sus oscuros senos. Por imperfecta que sea la ejecución de este designio, el simple hecho de intentarlo es una prueba inconfusa de la alta civilización. La imitación servil de los objetos materiales no puede bastar para desenvolver este plan vasto y complicado: su ejecución exigía demasiada extensión de espacio y de tiempo. Se necesita, pues, observar las pinturas, reducirlas a simples bosquejos, no copiar de los objetos más que aquellas partes prominentes que pueden servir para representar el conjunto; esta es la escritura representativa o figurada que forma el grado ínfimo de la jeroglífica.

Hay cosas que no tienen tipo en el mundo material; ideas abstractas que sólo pueden ser representadas por objetos materiales, admitiendo analogías entre estos y ellas. Esto constituye la *escritura simbólica*, la más difícil de interpretar, pues que esas analogías entre los objetos materiales y las ideas abstractas, son puramente fantásticas, y caprichosas las más veces. ¿Quién puede, por ejemplo, sospechar que un escarabajo represente al universo, o una serpiente al tiempo, como entre los mexicanos?

La tercera y última división es la *escritura fonética*, en la cual, los signos representan *sonidos*, ya de palabras enteras, ya de parte de ellas. Es hasta donde puede la escritura jeroglífica acercarse al *alfabeto*, a esa bella invención por la cual las palabras quedan resueltas hasta en sus últimos elementos, y el pensamiento reproducido hasta en sus formas más delicadas y sutiles.

Los egipcios eran muy hábiles en los tres géneros de escritura jeroglífica, y aunque en sus monumentos públicos se encuentra la del primer género, parece hoy cierto que en sus recuerdos escritos y para los usos comunes, recu-

rrían casi únicamente a la *fonética*. Es cosa extraña que habiendo desde el principio aproximádose tanto al alfabeto, no se hayan acercado a él ni un poco más en sus últimos monumentos (1). Los aztecas usaban también de la escritura jeroglífica, pero infinitamente más de la figurativa que de las demás; los egipcios habían llegado, pues, al último escalón; los aztecas se habían quedado en el primero.

Cuando se recorre un manuscrito o *mapa* mexicano, se queda uno sorprendido al ver tan grotescas caricaturas humanas: monstruosas y gigantescas cabezas sobre cuerpos raquíticos y deformes, y perfiles angulosos e incorrectos, tales son los objetos que se presentan a la vista. Reflexionando un poco, se conoce luego que no se ha procurado tanto copiar la naturaleza, como expresar las ideas por medio de símbolos convencionales, de la manera más clara y enérgica; al modo que las piezas del ajedrez puestas sobre el tablero, aunque de igual valor y semejantes unas a otras en su forma, ofrecen de ordinario poca analogía con el objeto que representan. Las partes más importantes de las figuras son las mejor representadas: de la misma manera los colores, lejos de ofrecer imperceptibles y delicados matices, presentan bruscos y palpables contrastes, de modo que produzcan impresiones más vivas; porque como dice

(1) Parece que los monumentos egipcios más modernos apenas contienen tantos caracteres fonéticos como los que había en los monumentos existentes diez y ocho siglos antes de la Era Cristiana, lo cual prueba que este punto no hicieron un sólo progreso en 2.200 años. Véase Champoillon, *Précis du systeme hiéroglifique des anciens egiptiens*, París, 1824, págs. 242-281. Aún es mucho más extraño que no hayan adoptado el alfabeto *euchórico o endémico*, que es mucho más cómodo. Pero los egipcios estaban familiarizados con los jeroglíficos desde su infancia, y se complacían en ver los menos filosóficos, del mismo modo que llaman la atención y causan el embeleso de nuestros niños los alfabetos pintados en nuestras cartillas.

Gama, «en los jeroglíficos aztecas hablan hasta los colores» (1).

Pero en la ejecución de los dibujos los mexicanos eran muy inferiores a los egipcios: los de éstos eran ciertamente defectuosos si se les juzgaba con arreglo a los principios del arte, porque ignorando, como los chinos, la perspectiva, presentaban la cabeza solamente de perfil y con un ojo en el centro, sin expresión ni animación ninguna; pero manejaban más diestramente el pincel que los aztecas; copiaban los objetos materiales con más fidelidad, y, sobre todo, les llevaban gran ventaja en el arte de abreviar las figuras, no bosquejando más que los rasgos característicos o esenciales, lo cual facilitaba y simplificaba, sobremanera, la expresión del pensamiento. Un texto egipcio tiene todas las apariencias de un escrito alfabético, según la regularidad de sus líneas y la pequeñez de sus figuritas; mientras que un texto mexicano parece, por lo común, una colección de pinturas, de las que cada una tiene un objeto distinto; principalmente, sus dibujos mitológicos, donde se emplea tal aglomeración de símbolos, que más se parecen a los misteriosos anaglifos esculpidos en los templos de los egipcios que a sus escritos.

Los aztecas tenían varios emblemas con que representar objetos que por su naturaleza misma no pueden ser copiados; por ejemplo, los años, meses, días, estaciones, elementos y otros análogos. Una *lengua*, denotaba una conversación; un *pie*, un viaje; *un hombre sentado en el suelo*, un terremoto. Estos signos simbólicos eran muchas veces arbitrarios, y su interpretación requiere gran sagacidad,

(1) Desc. hist. y crón. de las dos pied. Méx., 1832, parte II, página 29.

porque el más ligero cambio en la posición o forma, importaba una gran diferencia en su valor (1).

Un escritor ingenioso asegura que los sacerdotes usaban de caracteres simbólicos ocultos para la representación de los misterios de la religión. Es posible que haya sucedido esto, sin embargo de que con respecto a los egipcios se tenía una opinión semejante, y las indagaciones de Champollion han demostrado que era infundada, de modo que podría suceder lo mismo en el presente caso (2).

Finalmente, como ya lo hemos dicho antes, usaban también de la escritura fonética, aunque principalmente para designar los nombres propios de lugar y de personas, pues que sacándose estos de alguna circunstancia que les era peculiar, se acomodaban perfectamente al sistema jeroglífico. Así, el nombre *Cimatlan*, se componía de dos palabras, *cimalt*, raíz, y *tlan*, cerca, de una raíz que crecía cerca de este lugar; *Tlaxcallan*, significa la tierra del pan, por los ricos sembrados que allí había; *Huejotzingo*, lugar rodeado de sauces. Los nombres de las personas significaban frecuentemente sus aventuras y hechos: el del gran príncipe

(1) Ibid., págs. 32 y 34. Acosta, lib. 6, cap. VII.

La continuación de la obra de Gama, recientemente publicada en México por Bustamante, contiene, entre otras cosas, algunas observaciones importantes acerca de los jeroglíficos aztecas. El editor ha hecho un servicio importante publicando los escritos del literato que, más especialmente que ninguno otro, ha tomado a su cargo aclarar los misterios de sabiduría de los aztecas.

(2) Gama, loc. cit., parte II, pág. 32.

Warburton, con esa penetración que le es propia, desecha la idea de que se encierre misterio alguno en los jeroglíficos. (Divine Dogation, b. 4, sec. IV.) Según Champollion, si acaso había algunos misterios cuya inteligencia estuviese reservada a los iniciados, debe haber sido en los anaglifos. (Précis, pág. 360.) ¿Por qué no ha de haber sucedido lo mismo con las monstruosas combinaciones de jeroglíficos que ofrecían los dioses mexicanos?

tezcucano Netzahualcoyotl, significa *zorra hambrienta*, para indicar su sagacidad y su desgracia en los primeros tiempos de su vida (1) Apenas se veían tales emblemas, cuando luego ocurría la persona o lugar de que se trataba: puestos en los escudos o en las banderas, eran el blasón que distinguía a los capitanes en medio del combate, al modo que sucedía con los caballeros de la Edad Media (2).

Pero aunque los aztecas poseían todos los géneros de escritura jeroglífica, recurrían de preferencia al vicioso sistema de la representación directa. Si su imperio, en vez de durar sólo doscientos años hubiera durado muchos millares, como el de los egipcios, no cabe duda de que, como ellos, habrían usado más frecuentemente de la escritura fonética. Pero antes de perfeccionarse en su sistema vino la conquista de los españoles a introducir otro muy superior, que bien pronto reemplazó al antiguo (3).

Vicioso como era el de los aztecas, bastaba para llenar las necesidades de aquella nación imperfectamente civilizada. Por medio de él publicaban sus leyes y hasta las reglas concernientes a la economía doméstica, trazaban el mapa

(1) Boturini, Idea, págs. 77-83. Gama, loc. cit., parte 2.ª, páginas 34 y 43.

Herrera no sabía o aparentaba no saber, que los mexicanos usaron de caracteres fonéticos de ninguna clase. (Hist. Res., vol. V, pág. 45.) Ellos invirtieron, es cierto, el uso común, pues que en vez de acomodar el jeroglífico al nombre del objeto, acomodaban por el contrario el nombre de este al jeroglífico, y este, por lo tanto, no era susceptible de gran extensión, a pesar de que alguna vez encontramos caracteres fonéticos aplicados a nombres propios y comunes.

(2) Boturini, Idea, *ubi. supra.*

(3) Clavijero ha dado un catálogo de los historiadores mexicanos del siglo XVI, algunos de ellos frecuentemente citados en esta obra; este catálogo da un honroso testimonio de la inteligencia y ardor literario de las razas naturales. Véase op. cit., t. I, prefacio. Véase también a Gama, op. cit., parte I, pasim.

de los tributos e impuestos que debía pagar cada ciudad, recordaban su mitología, su calendario, su ritual y sus anales políticos, traidos desde muchos años antes de la fundación del imperio; su sistema de cronología con el cual podían fijar la fecha del acontecimiento a que se referían. La historia escrita de esta manera es verdad que es vaga e incompleta, pues que solamente algunos hechos de trascendencia pueden consignarse, pero en esto diferían poco de la de los cronistas monásticos de la Edad Media, que en una breve sentencia comprendían años enteros, y esto, sin embargo, habría sido demasiado para los anales de unos bárbaros (1).

Para estimar en su justo valor la escritura pintada de los aztecas, es necesario considerarla en sus relaciones con la tradición oral, a la cual servía de auxiliar. En los colegios sacerdotales se instruía a la juventud en la astronomía, historia, mitología, etc., y a quellos que se dedicaban a pintar jeroglificos, se les enseñaba la significación de los caracteres propios de cada uno de estos ramos. Para formar una historia, el trabajo se repartía entre muchos (2); uno

(1) Es digna de duda la aserción de Humboldt, quien dice que los anales aztecas de fines de siglo XI, presentan un método exactísimo y una gran minuciosidad. No sería fácil después de esto que el lector llegase a creer que raras veces se refieren dos hechos en un solo año, y que llegan a pasar hasta doce años sin que se haga mención de uno sólo de aquellos. La vaguedad e incertidubre propias de estos anales, puede decirse de lo que cuenta el intérprete español de los Códices Mendocinos, el cual repetía que los naturales a quienes se confiaba la interpretación de las pinturas, tardaban mucho tiempo en ponerse acordes acerca de ellas. Antig. de Méx., vol. II, pág. 87.

(2) Gama, op. cit., parte II, pág. 30. Acosta, lib. 6.º, cap. VII.

«Tenían para cada género, dice Ixtlilxochitl, sus escritores: estos que trataban de sus anales poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada año, con día, mes y hora; otros tenían a su cargo las genealogías y descendencias de los reyes, señores y personas de linaje, asen-

tenía a su cargo la cronología, otro la narración de los sucesos, etc. Los alumnos instruídos en todo lo que se conocía acerca de estas varias ciencias, quedaban así aptos para ensanchar los estrechos límites de ellas. Los geroglíficos servían de una especie de estenografía, o colección de notas más significativas en realidad, de lo que parecían interpretadas literalmente, y la reunión de estas tradiciones orales y escritas, constituía lo que se puede llamar la literatura de los aztecas (1).

Sus manuscritos estaban hechos en telas de diferentes clases; unas veces de algodón, otras de pieles de animales perfectamente preparadas, de una mezcla de seda y goma; pero para las obras más finas usaban de hojas hechas con el *agave americano*, llamado por los nativos *maguey*, que crece en abundancia en las mesetas centrales de México. Fabricaban con él una especie de pergamino parecido al *papyrus* de los egipcios, y cuyo papel, cuando estaba bien

tando por cuenta y razón los que nacían, y borraban los que morían, con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas, de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de la cuenta y repartimiento de las tierras, cuyas eran y a quienes pertenecían; otros de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban.» Hist. Chich., M. S., prólogo.

(1) Según Boturini, los antiguos mexicanos poseían el método de recordar los sucesos, usado por los peruanos, que era por medio de *quippus* o hilos anudados de varios colores, reemplazados después por los geroglíficos. Solamente pudo hallar una muestra en Tlaxcalan, la cual estaba hecha pedazos de puro vieja. Mc. Cullok piensa que bien pudiera no ser más que una correa [*Wampun belt*] como la que usan nuestros indios norteamericanos. (Researches, pág. 201.) Esta conjetura es muy probable. Este último pueblo ha usado correas con el mismo objeto de recordar los sucesos. El hecho aislado que refiere Boturini, es insuficiente sin la ayuda de algún otro testimonio, para afirmar que los aztecas, que tan poca semejanza tienen con los peruanos, hayan usado de los *quippus* de estos.

fabricado y pulimentado, dicen que era más suave y hermoso que el pergamino (1). Algunas muestras de él que aún existen, conservan su suavidad original, y las pinturas, la frescura y brillantez del colorido. Algunas veces estaban las hojas enrolladas, pero más frecuentemente formando volúmenes de un tamaño moderado, cubiertos por ambas caras con una hoja de madera o tabla, de manera que, cuando estaban cerrados, tenían la apariencia de un libro. El tamaño de los renglones era muy variable, pero como las páginas podían leerse separadamente, esta forma era muy preferible a la de los rollos de los antiguos (2).

A la llegada de los españoles a México había en el país gran copia de estos manuscritos. Un número considerable de personas se ocupaban en escribirlos con una habilidad que excitó el asombro de los conquistadores; desgraciadamente este sentimiento estaba mezclado con otros más bastardos. Los raros y desconocidos caracteres de los manuscritos despertaron las sospechas de los españoles, que

(1) Plinio, que da noticias tan prolijas del *papyrus* de los egipcios, cuenta que hacían con él varias manufacturas, tales como cuerda, paños, papel, etc.; que servía para techar las casas y de alimento y bebida. (*Hist. nat.*, lib. 11, caps. XX y XXII.) Es cosa singular que el *agave americano*, planta totalmente diferente del *papyrus* de los egipcios, también haya sido aplicado a todos estos usos.

(2) Lorenzana, *Hist. de Nueva Esp.*, pág. 8. Boturini, *Idea*, página 26. Humboldt, *Vista de las Cordilleras*, pág. 52. Pedro Mártir Angleri, de *Orbe Novo* (Compluti, 1530), dec. 3, cap. VIII, dec. 5, capítulo X.

Mártir ha dado una menuda descripción de los mapas indios, mandados a España poco tiempo después de la Conquista. Su espíritu indagador se asombraba de ver aquellas pruebas de una civilización positiva. Rivera, amigo de Cortés, cuenta que esos mapas eran dechados para bordados y joyeros; pero Mártir, que había estado en Egipto, no vacila en asemejar los dibujos indios con los que había visto en los obeliscos y templos de aquel país.

los consideraban como símbolos mágicos, y, tanto en ellos como en los ídolos y templos, creyeron ver rastros de una abominable superstición que debía ser desarraigada. El primer arzobispo de México, don Juan Zumárraga, cuyo nombre debe ser tan inmortal como el de Omar, recogió, de cuantas partes pudo, estas pinturas, y principalmente, de Tezcuco, la más civilizada capital de Anahuac y el gran depósito de los archivos nacionales. Ya que estaban juntos, mandó apilarlos y formar con ellos un *monte,* como dicen los mismos escritores españoles, y en la plaza del Mercado, de Tlaltelolco, los redujo todos a cenizas (1). Su gran compatriota el cardenal Jiménez, había celebrado en Granada, cosa de veinte años antes, un auto de fe parecido a éste con los manuscritos arábigos. ¡Jamás ha obtenido el fanatismo dos triunfos más espléndidos que aniquilando muchos de los más curiosos monumentos de la cultura y del saber humano! (2)

La soldadesca ignorante no tardó mucho en imitar el ejemplo de su prelado: cuanto manuscrito caía en sus manos era rápidamente destruído; por manera que cuando los literatos de una edad más posterior y más ilustrada quisieron recoger algunas de esas reliquias de la civilización nacional, se encontraron con que casi todas habían perecido, y que las pocas que aun quedaban eran celosamente ocul-

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., prólogo. Idem relac. sumaria, M. S.

No están acordes los escritores en el lugar en que se verificó el incendio de los papeles: unos dicen que fué en la plaza de Tlaltelolco y otros que en la de Tezcuco. (Compárese a Clavijero, t. II, pág. 188, y el prefacio de Bustamante a Ixtlilxochitl, *Crueldades de los conquistadores*, traducción de Ternaux, pág. 16.)

(2) Hame cabido la mala suerte de tener que recordar esos dos deslices de la debilidad humana, tan humillantes al orgullo del entendimiento. Véase la Hist. de Fernando e Isabel, parte 2.ª, cap. VI.

tadas por los indios (1). No obstante, merced a los infatigables esfuerzos de un individuo privado, se consiguió depositar una colección harto considerable de manuscritos en el archivo de México; pero se le tenía tan en poco, que algunos fueron robados, otros destruídos por la humedad y el fuego, y otros finalmente vendidos como papel inservible (2).

Se ven con indignación las crueldades de los primeros conquistadores; pero aquel sentimiento se convierte en desprecio cuando les vemos apagando con mano bárbara la luz de la ciencia, legado y propiedad común de todo el género humano. Es ciertamente dudoso de quiénes debe quejarse más la civilización, si de los vencedores o de los vencidos.

Pocos manuscritos mexicanos son los que se han abierto paso atravesando los tiempos y las distancias hasta Europa, y han sido cuidadosamente conservados en las bibliotecas de sus capitales. Todos ellos se encuentran compilados en la magnífica obra de lord Kinsborough, siendo de notar que ni uno sólo ha sido sacado de España. El más importante de todos por las luces que presta respecto de las instituciones aztecas, es el Código de Mendoza, que después de su misteriosa desaparición por más de un siglo, se ha venido a encontrar en la librería Bodleiana, en Oxford, y ha sido grabado varias veces (3). El más brillante-

(1) Sahagun, op. cit., lib. 10, cap. XXVII. Bustamante, *Mañanas de la Alameda.* (México, 1836), t. II, prólogo.

(2) El ilustrado gobernador del Estado de México, D. Lorenzo Zavala, vendió, según Bustamante, los documentos existentes en los archivos de la Audiencia de aquel Estado, en clase de papel viejo, a los boticarios, tenderos y coheteros. A la selecta colección de Boturini no cupo mejor suerte.

(3) La historia de esta famosa colección es conocida de todos los

mente iluminado es probablemente el que está en la librería Borgiana de Roma (1); pero el de Dresde es sin embargo el más curioso, a pesar de no haber excitado toda la atención que merece. Aunque generalmente se le califica entre

literatos. Cuando se la mandaba por el virrey Mendoza, marqués de Mondéjar, poco tiempo después de la conquista al emperador Carlos V, cayó el buque que la llevaba en manos de un crucero francés, y fué llevada a París. Después la compró el capellán de la Embajada inglesa, y pasó a manos del anticuario Purchas, quien la publicó en el tercer volumen de su peregrinación. Perdida la importancia del manuscrito azteca por esta publicación, cayó en un olvido tan completo, que cuando al fin se excitó la curiosidad pública acerca de su paradero, no pudo encontrarse ningún indicio que pudiese indicarlo. Varias fueron las conjeturas de los literatos con respecto a él, tanto en España como fuera de ella: el Dr. Robertson decidía por la negativa la cuestión con respecto a que estuviese en Inglaterra, fundándose en que en este país no se conocía otra antigüedad mexicana más que una taza de oro de Moctezuma. *Hist. de América.* (Londres, 1796), vol. III, pág. 370; sin embargo, se han descubierto posteriormente este mismo códice y algunas otras pinturas mexicanas en la librería Bodleiana, circunstancia que ha desacreditado algo al historiador que solicitaba con tanto ahinco registrar las bibliotecas de Viena y El Escorial, mientras que se le escapaba lo que tenía a la vista. Este olvido no es cosa tan extraordinaria en un colector universal de medallas, manuscritos, antigüedades y rarezas de todos géneros. El códice de Mendoza no es, por lo demás, sino copia exacta hecha con pluma en papel europeo. Otra copia de la cual se aprovechó el arzobispo Lorenzana para sus mapas de tributos, es la que había en la colección de Boturini. Según el marqués de Spinetto (Lecciones sobre los elementos de jeroglíficos, Londres, lección 7.ª), existe otro ejemplar en El Escorial, que probablemente es el original. El códice completo copiado de la librería Bodleiana y una traducción inglesa, forman parte de la obra de lord Kingsborough. Divídese en tres partes, que tratan de la historia civil de la nación, de los tributos que pagaba cada provincia y de las costumbres privadas de los mexicanos; es una obra de gran importancia a causa de la abundancia de noticias que contiene sobre todos estos diversos puntos.

(1) Al principio perteneció a la familia Giustiniani, pero se le es-

los manuscritos mexicanos, se le parece poco en la ejecución; las figuras de los objetos están más delicadamente dibujadas, y los caracteres, que son poco parecidos a los mexicanos, parecen ser puramente arbitrarios, y es muy posible que sean fonéticos (1); su disposición regular y ordenada los asemeja a los egipcios; todos ellos suponen una civilización mucho más perfecta que la de los aztecas, y por todas estas razones son objeto de curiosas conjeturas (2).

timaba tan poco, que estuvo a pique de caer en las manos maléficas de los chiquillos de la casa, quienes intentaron varias veces quemarla; pero afortunadamente estaba pintada en pergamino, de manera que aunque quedó un poco estropeada, no fué destruída. Humboldt, *Vistas de las Cordill.*, pág. 89, *et seq.* Es imposible fijar la vista por un momento en aquel conjunto brillante de figuras y de colores, sin conocer cuán infructuosa debe ser toda tentativa para encontrar la clave de los jeroglíficos aztecas, pues aunque dispuestos en verdad con simetría, ofrecen todas las interminables combinaciones del *Kaleidescopio.* Encuéntrase en el tercer volumen de la obra de Kingsborough.

(1) Humboldt, que ha copiado algunas páginas de este códice, no pone en duda su origen azteca. (Vue des Cordillieres, págs. 266-267.) M. Lenoir ha llegado hasta encontrar en él analogías entre la mitología mexicana y la del Egipto e Indostán. *(Antig. Méx.*, tomo II, introducción.) Son tan caprichosas las formas de los símbolos de los aztecas, que se les puede encontrar analogías con todo cuanto se quiera.

(2) La historia de este códice, que se encuentra en el tercer volumen de las *Antigüedades de México*, no remonta más allá del año de 1739, en que se compró en Viena para la librería de Dresde. Está hecha en *Agave americano*, pero las figuras que representa, no representan ni el aspecto ni la forma de las mexicanas. Las figuras humanas tienen un tocado algo semejante a las pelucas modernas; alguna de aquéllas parece un oso en lo barbuda, signo que se usó frecuentemente después de la conquista para demostrar a un europeo; muchas figuras están sentadas y con las piernas cruzadas; el perfil de la cara y todo el contorno de los miembros está delineado con una delicadeza y soltura muy diversas del bosquejo tosco y anguloso de que usaban los aztecas. Los caracteres también están bien dibujados, son muy

Algunos pocos de estos mapas vienen acompañados de explicaciones recogidas poco tiempo después de la conquista (1); mas la mayor parte carecen de ella, y no pueden ser interpretados hoy. Si los mexicanos hubiesen usado francamente del alfabeto fonético, habría sido fácil el principio, poseyendo los signos, comparativamente pocos, que emplearon en esta clase de escritos, encontrar la clave de todos ellos (2), una breve inscripción ha sido el hilo del vasto laberinto de los jeroglíficos egipcios; pero como los

pequeños y de figura circular, aunque irregulares. Están dispuestos, según el uso egipcio, tanto horizontal como perpendicular, y principalmente de la primera manera, y atendiendo a la dirección que siguen de preferencia los perfiles, es de creer que se les leía de derecha a izquierda. Pero ya sean ideográficos, ya fonéticos, pertenecen a ese sistema confuso y enteramente convencional, que puede considerarse como el medio más imperfecto de comunicar el pensamiento. Es de sentir que no se sepa de dónde proviene el manuscrito; quizá será de alguna parte de la América central, de las razas misteriosas que construyeron los monumentos de Mitla y el Palenque, aunque ciertamente con los bajos relieves del Palenque apenas ofrecen alguna más analogía que con las pinturas aztecas.

(1) Hay tres: el Código de Mendoza, el Telleriano Remensis, antigua propiedad del arzobispo Teller, y que se encuentra en la librería real de París, y el del Vaticano, manuscrito que tiene el número 3.738 en aquella biblioteca. La interpretación de este último, prueba evidentemente su origen reciente, que probablemente data de fines de la centuria décimasexta o principios de la décimaséptima, tiempos en que los jeroglíficos se leían más bien con los ojos de la fe que con los de la razón. Quien quiera que sea el comentador, sus interpretaciones son tales, que prueban que los antiguos aztecas eran cristianos tan ortodoxos, como cualquiera súbdito del Papa. Compárese: *Vues des Cordilleres*, págs. 203-204, y *Antigüedades de México*, vol. VI, págs. 155-222.

(2) El número total de jeroglíficos egipcios descubiertos por Champollion, es de 864, de los cuales sólo 130 son fonéticos, no obstante que este género de escritura se usaba más frecuentemente que los otros dos. (Compendio, pág. 263.) Spinette, lec. 3.ª

caracteres aztecas representaban individuos, o cuando más, especies, se necesita explicarlos separadamente; toda tentativa en este sentido es inútil, y poca ayuda puede esperarse de las vagas y generales interpretaciones que hoy existen. Como ya lo hemos dicho, hubo hasta fines del siglo pasado un profesor de la Universidad de México, destinado especialmente a la interpretación de los manuscritos aztecas; pero como sólo tenían por objeto los pleitos judiciales, sus conocimientos se reducían probablemente a descifrar títulos de tierras. El arte de interpretar los jeroglíficos decayó de tal manera en menos de un siglo después de la conquista, que un diligente escritor tezcucano se quejaba de que en todo el país no se pudieran encontrar más que dos personas, ambas muy ancianas, capaces de entender los jeroglíficos (1).

No es posible que se recobre jamás el arte de leerlos, lo cual es en extremo lamentable, no porque en los recuerdos escritos de un pueblo semiculto se pueda encerrar alguna verdad muy nueva, ni ningún descubrimiento útil para el progreso y bienestar del género humano, pero sí porque podrían aclarar un poco la historia antigua de la nación y sobre todo la de las más cultas que la precedieron. Esto sería aún más probable, si se conservase al-

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chinch.* M. S., dedic.

Boturoni, que viajó por todo el país a mediados del último siglo, asegura no haber encontrado ni una sola persona que lo proporcionase la clave para entender jeroglíficos aztecas. ¡También completamente se habían borrado en los indígenas los vestigios de su antiguo lenguaje! (*Idea*, pág. 116.) No obstante, si hemos de dar crédito a Bustamante, debe existir actualmente la clave de todo el sistema jeroglífico en alguna parte de España, adonde debe haber sido llevado cuando el proceso del Dr. Mier, en 1795: el nombre de su descubridor, el Champollion mexicano, es Borunda. (Gama, *Descrip.*, título 2.º, pág. 33, nota.)

gunos restos literarios de los toltecas; y si hemos de creer lo que se cuenta existía en tiempo de la invasión, pero contribuyeron a completar el holocausto de Zumárraga (1). No sería un delirio de la fantasía suponer que tales reliquias nos enseñarían los eslabones de la gran cadena de las razas aborígenes del país, e informándonos de cuál fué su cuna en el Viejo Mundo, resolverían el misterio que por tanto tiempo ha tenido indecisos a los sabios acerca de la fundación y civilización del Nuevo.

Las tradiciones populares no sólo estaban consignadas en los mapas jeroglíficos, sino también en los cantos e himnos, que, como lo hemos dicho, se aprendían también en las escuelas públicas. Habíalos de diversos jéneros: leyendas mitológicas, historias de los tiempos heroicos, cantos guerreros del día y canciones de amor y de placer (2). Algunos estaban compuestos por nobles o literatos, y se les citaba como la narración más auténtica de los sucesos (3). El dialecto mexicano era rico y expresivo, aunque

(1) *Teoamoxtli*, o libro divino se le llamaba: según Ixtlilxochitl fué compuesto hacia fines del siglo VII por un doctor tezcucano llamado Huematsin. *(Relaciones*, mo.) En él se encontraba una noticia de la nación de la Asia; de las varias estaciones que hicieron en su viaje; de sus instituciones sociales y religiosas, y de sus ciencias, artes, etcétera, etc., que es muchísimo para un solo libro *ignotum pro* magnífico. Ningún europeo ha visto copia de él, pero dícese que había una en poder de los cronistas tezcucanos cuando la toma de su capital. (Bustamante, *Crónica Mexicana*. México, 1822, carta 3.ª) Lord Kingsborough, que es capaz de desenterrar una raíz hebrea por muy oculta que esté, ha descubierto que el *Teoamoxtli* era el pentateuco, interpretando del modo siguiente la palabra: *Teo*, divino; *amatl*, papel o libro, y *Moxtli*, que parece ser Moisés, *el divino libro de Moisés*. *(Antig. de Méx.*, t. VI, pág. 204, nota.)

(2) Boturini, *Idea*, págs. 90-97. Clavijero, op. cit., t. II, páginas 174-178.

(3) «Los cantos con que las observaban autores muy graves en su

inferior al tezcucano, el más culto de los idiomas de Anáhuac. Ninguna composición poética de los aztecas ha sobrevivido; pero podemos formarnos una idea de su poesía por las odas del rey Netzahualcoyotl, que nos han sido trasmitidas (1). Sahagun trae la traducción de la prosa más limada, que consiste, principalmente, en discursos públicos y oraciones religiosas, por las que no puede uno menos de formarse una idea favorable de su elocuencia, y que prueban cuánta importancia daban a la declamación. Dícese que tenían también representaciones teatrales del género pantomímico, en las que los actores se cubrían la cara con una máscara y tomaban la figura de pájaros u otros animales, a cuya imitación les conduciría, naturalmente, la costumbre de representar tales objetos en sus jeroglíficos (2). En todo esto vemos el crepúsculo de las bellas letras, aunque a sus conocimientos ellas aventajaban mucho los que tenían en las Ciencias exactas.

Inventaron un sistema aritmético muy sencillo: los primeros veinte números estaban expresados por otras tantas cifras; los cinco primeros tenían su nombre especial; los subsecuentes se formaban combinando el quinto con los cuatro anteriores; decían, por ejemplo, cinco y uno, seis; cinco y dos, siete, etc. Diez y quince tenían cada uno su nombre propio, y combinados con los cuatro primeros,

modo de ciencia y facultad, pues fueron los mismos reyes y de la gente más ilustre y entendida, que siempre observaron y adquirieron la verdad, y ésta con tanta razón cuanta pudieron tener los más graves y fidedignos autores.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., prólogo.

(1) Véase el cap. VI de esta introducción.

(2) Véase una noticia sobre algunas de estas máscaras en Acosta, lib. 5, cap. XXX, y también en Clavijero, op. cit., *ubi. supra*. Entre las ruinas de los indios se han encontrado máscaras de piedra, cuyos grabados se encuentran en la colección de Kingsborough y en las *Antigüedades mexicanas.*

servían para expresar los comprendidos entre diez y quince y entre quince y veinte. Los cuatro primeros números eran, pues, los caracteres radicales de su aritmética oral, como lo eran de la escrita entre los romanos; este mecanismo es probablemente más sencillo que ninguno de los que existen en Europa (1). El número veinte se expresaba con un jeroglífico aparte: una bandera. Las sumas considerables se expresaban repitiendo el número veinte al hablar, y al escribir, repitiendo las banderas. El cuadrado de veinte (400) se expresaba por una pluma, y el cubo (8.000) por una bolsa o saco. Estos eran todos los signos aritméticos de los mexicanos, por cuyo medio daban a conocer todas las cantidades posibles. Para mayor brevedad acostumbraban denotar las fracciones de las sumas considerables, pintando sólo una parte del objeto que las representaba: la mitad de una pluma, o las tres cuartas partes de una bolsa, expresaban una cantidad proporcional de la suma total (2). A nosotros, que ejecutamos nuestras operaciones matemáticas con tanta facilidad por medio de las cifras arábigas, o, mejor dicho, índicas, nos parece muy complicado aquel sistema; pero comparémoslo con el que usaron los grandes matemáticos de la antigüedad que no conocieron esa bella invención que ha cambiado la faz de la ciencia matemática, y los cuales determinaban en gran parte el valor de las figuras, según la posición que guardaban.

(1) Gama, descrip., parte 2.ª, apéndice 2.º
Al comparar este escritor el sistema de numeración de los mexicanos con el decimal de Europa y con el binario, ingeniosamente inventado por Leibnitz, confunde la aritmética oral con la escrita.

(2) Ibid., *ubi. supra.*
Este sabio mexicano ha presentado en su segunda parte un tratado muy completo de la aritmética de los aztecas.

En la medida del tiempo los aztecas ajustaban su año civil por el solar; dividíanlo en diez y ocho meses de a veinte días cada uno; tanto los meses como los días estaban representados por signos a propósito, y los de los primeros expresaban, por lo común, la estación del año, a la manera que sucedía en el calendario francés del tiempo de la Revolución. Había, como en Egipto (1), cinco días complementarios, de modo que el año entero venía a tener trescientos sesenta y cinco días; los cinco días supernumerarios no pertenecían a ningún mes, y se les reputaba por aciagos. El mes estaba dividido en cuatro semanas de a cinco días, el último de los cuales era feriado o día de mercado (2). Esta suposición, distinta de todas las conocidas en Europa y en Asia (3), tiene la ventaja de dar a cada mes igual número de días y de semanas completas, sin dejar residuo alguno ni en el mes ni en el año (4).

Como el año tiene cerca de seis horas más de trescientos sesenta y cinco días, para compensar este exceso, recurrieron, como todas las naciones que han dispuesto su calendario, a la intercalación, no cada cuatro años como lo ha-

(1) Herodotus Euterpe, sección 4.ª

(2) Sahagun, op. cit., lib. 4.°, apéndice.

Según Clavijero, los días feriados eran los que correspondían al signo con que comenzaba el año. Op. cit., t. II, pág. 62.

(3) El pueblo de Java también regula sus ferias, según sir Stamford Raffles, por una semana de cinco días, teniendo además nuestra semana de siete. *(History of Java*, London, 1830, vol. I, págs. 531-532.) La división del tiempo por semanas de siete días, de un uso universal en el Oriente, es el más antiguo monumento de la astronomía. Véase a Laplace, *Sistema del Mundo.* (París, 1808), lib. 5.°, cap. I.

(4) Veytia, op. cit., t. I, cap. VI y VII. Gama, *Descripción,* parte I, páginas 33-34, *et alibi.* Boturini, *Idea*, págs. 4-44, *et sequents.* Cod. *Tell-Rem.*, *ap. antiquit. de México*, vol. VI, pág. 104. Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S. Toribio, *Historia de los Indios*, M. S., parte I capítulo V.

cen los europeos (1), sino a intervalos más largos como entre algunos de los asiáticos (2). Esperaban a que pasasen cincuenta y dos años para intercalar trece días, o mejor dicho, doce y medio, que es lo que habían dejado atrasarse el año. Si la intercalación hubiera sido de trece, habría resultado demasiado larga, porque en cada año no sobran seis horas completas de los trescientos sesenta y cinco días, sino seis horas menos once minutos; pero como su calendario concordaba en tiempo de la conquista con el de los españoles (hecha la corrección gregoriana), es de suponer que adoptaban la intercalación más corta de doce días y medio (3), con la cual quedaba el año (salvo un ligero error

(1) Sahagun pone esto en duda. «Otra fiesta hacían, dice, de cuatro en cuatro años, a honra del fuego; en esta fiesta es verosímil, y hay *conjeturas* que hacían su bisiesto contando seis días de *nemontemi*» (llamábanse así los cinco últimos días, o días *aciagos.)* Op. cit., libro 4.°, apéndice. Pero este escritor, aunque muy buena autoridad en lo que toca a la superstición de los aztecas, es incompetente en lo que mira a sus ciencias.

(2) Los persas tenían un ciclo de ciento veinte años, de trescientos sesenta y cinco días cada uno, y al fin de cada ciclo intercalaban treinta días. (Humboldt, *Vistas de las Cordilleras*, pág. 177.) Era el mismo que el ciclo mexicano, con trece días intercalares en cincuenta y dos años; pero mucho menos exacto que el ciclo con doce días y medio de intercalación. Es ciertamente indiferente uno u otro en cuanto a la exactitud, con tal que se elija múltiplo de cuatro para formar el ciclo; pero es claro que mientras más repetida sea la intercalación, menor será la diferencia con respecto al tiempo verdadero.

(3) Tal es la conclusión que saca Gama después de un detenido examen. Supone que el ciclo o haz de cincuenta y dos años de que se servían los mexicanos para computar el tiempo, terminaba alternativamente, ya a media noche, ya a medio día. *(Descripción,* parte I, página 52, *et sequents.)* Algunas pruebas de ella encontró en Acosta [lib. 6.°, cap. II], aunque contra lo dicho por Torquemada [*Monarq. Ind.*, lib. 5.°, cap. XXXIII.] y en Sahagun (a pesar de que Gama no conoció la obra de éste), pues tanto el primero como el último de estos escrito-

casi despreciable) exactamente de la misma duración del año trópico, cual ha sido determinada por las más correctas observaciones (1). La intercalación de veinticinco días cada ciento cuatro años, es más exacta que la de todos los calendarios europeos, pues, que deben pasar según aquella, más de cinco siglos para que haya un error de un día entero (2). Tal es la admirable exactitud a que habían llegado los aztecas, o por mejor decir, sus antepasados los toltecas, en esos cálculos dificilísimos que hasta hace poco tiempo han burlado los esfuerzos de las naciones más sabias de la cristiandad (3).

res, dicen que el año terminaba a media noche. La hipótesis de Gama se encuentra confirmada por una observación que nadie, que yo sepa, ha hecho hasta ahora. Los mexicanos tenían además de su ciclo de cincuenta y dos años, otro de ciento cuatro, al cual llamaban una edad o una vejez. Como no usaban de él en sus anales, sino de su haz o atadura de ciento cuatro años, es muy probable que el otro serviría para denotar el tiempo que debía trascurrir antes de que el ciclo pequeño comenzase a la misma hora, y que en aquel intercalaban veinticinco días íntegros sin fracción ninguna.

(1) Esta duración que Zach computa en trescientos sesenta y cinco días, cinco horas cuarenta y ocho minutos y cuarenta y ocho segundos, apenas es dos minutos y nueve segundos más larga que el año mexicano, el cual corresponde exactamente a los célebres cálculos de los astrónomos del Califa Almamon, cuyo año era dos minutos más corto que el verdadero. (Véase a Laplace, *Exposición*, pág. 350.)

(2) El corto exceso de cuatro horas, treinta y ocho minutos y cuarenta segundos que hay más de los veinticinco días del período de ciento cuatro años, no puede componer un día entero hasta que no pasen más de cinco de estos períodos máximos, o quinientos treinta y ocho años. (Gama, *Descripc.*, parte I, pág. 23.) Gama estima el año solar en trescientos sesenta y cinco días, cinco horas, cuarenta y ocho minutos y cincuenta segundos.

(3) Los antiguos etruscos dispusieron su calendrrio en ciclos de ciento diez años solares, y hacían el año de trescientos sesenta y cinco días, cinco horas y cuarenta minutos; a lo menos es lo probable, se-

Es igualmente digno de atención el sistema de que se valían los aztecas para fijar la fecha de los acontecimientos. El principio de su era correspondía al año 1091 de J. C., y comenzaba con la reforma de su calendario, poco después de su salida de Aztlan. Agrupaban los años en ciclos de a cincuenta y dos cada uno; llamábanlos haces o líos, y los representaban por cierto número de carrizos atados con un cordón. Cada vez que se encuentre en sus mapas este signo, se denota medio siglo. Para poder designar cada año en particular, dividían su gran ciclo en otros cuatro peque-

gún dice Miebuhr. *Histery of Roma, eng. trans.* Cambridge, 1822, volumen I, págs. 113 248.) Los primeros romanos no supieron aprovecharse de esta medida casi exacta, puesto que sólo diferencia nueve minutos menos del tiempo verdadero. La reforma juliana que suponía el año de trescientos sesenta y cinco días, cinco horas y quince minutos, tenía un exceso igual o aún mayor. Cuando los europeos que habían adoptado este calendario llegaron a México, sus cómputos estaban adelantados once días con respecto al tiempo verdadero, o en otros términos, con respecto a los de los bárbaros aztecas. ¡Cosa notable!

Las investigaciones de Gama conducen a creer que el año del nuevo ciclo de los aztecas comenzaba en 9 de enero, fecha muy anterior a la que usan los escritores mexicanos. (*Descripc.*, parte I, págs. 49 52.) Dejando la intercalación para el fin del ciclo, iba resultando cada año cerca de seis horas de retraso, las cuales producían al cabo de cuatro años un día de diferencia. Por manera que si el ciclo comenza en 9 de enero, el quinto año de aquél comenzaría en 8, el 9.º en 7, y así sucesivamente, hasta que el último día de la serie de cincuenta y dos años caía en 26 de diciembre, en cuya fecha venía la intercalación a restablecer la concordancia con el tiempo verdadero, y el nuevo ciclo comenzaba otra vez en 9 de enero. Torquemada, alucinado por la falta de fijeza del día de año nuevo, afirma que los mexicanos no conocían el exceso de cuatro horas, y que jamás intercalaron. (*Monarq. Ind.*, lib. 10, cap. 36.) El intérprete del Código vaticano ha caído sobre este asunto en errores aún más monstruosos. (*Antigüedades de México*, volumen VI, lám. 16.) ¡Tan breve cayó en olvido después de la conquista la literatura azteca!

ños o indicciones de a trece años. Después adoptaban las series de signos para designar cada año: la primera consistía en sus notas numéricas, y la segunda en cuatro jeroglíficos de los años (1); estos últimos se repetían incesantemente y enfrente de cada uno de estos se encontraba la cifra correspondiente hasta llegar a trece; este sistema se continuaba durante las cuatro indicciones, de las cuales, como es fácil conocerlo, no había dos que comenzasen por el mismo jeroglífico, y de esta manera todos ellos iban correspondiendo a todos los números sucesivamente, pero nunca correspondían dos veces a un mismo número de un ciclo: 4 y 13 los factores de 52, que era el número de los años de este, admitían todas las combinaciones capaces de formar aquel producto. Cada año tenía, pues, un símbolo especial por cuyo medio se le podía reconocer de una ojeada; este símbolo, precedido de cierto número de haces, indicaba exactamente el tiempo que había pasado desde el principio de la era nacional, año de 1091 de J. C. El ingenioso recurso de una serie periódica, en vez de una enorme serie de jeroglíficos destinados cada uno a un año especial, no sólo se encuentra entre los aztecas, mas también en varios pueblos del Asia, aunque el mecanismo material sea diferente (2).

El calendario solar arriba descrito habrá bastado para

(1) Estos jeroglíficos eran un conejo, una caña, un pedernal y una casa. Según Veytia, eran los símbolos de los cuatro elementos, aire, agua, tierra y fuego. (Op. cit., t. I, cap. V.) No es cosa fácil de descubrir la conexión que hay entre un conejo y el aire.

(2) Entre los chinos, japoneses, mongoles, mantchous y otras familias de la raza tártara, su serie se compone de los símbolos de sus cinco elementos y de los doce signos del zodíaco, los cuales, combinándose, forman un ciclo de sesenta años. En las luminosas páginas de la obra de Humboldt, titulada: *Vistas de las Cordilleras*, se en-

todos los usos nacionales; pero los sacerdotes inventaron otro para su uso particular; llamábase el *cómputo lunar*, aunque no estaba exactamente acomodado a las revoluciones de la luna (1); constaba igualmente de dos series, la primera formada por las 13 cifras y la otra por 20 jeroglíficos; mas como el producto de ambos números es 260, y como de repetir una de ellas en los ciento cinco días que sobraban cada año, podía resultar confusión, inventaron otra tercera serie, compuesta de nueve jeroglíficos, que alternando con las otras dos, hacía imposible la coincidencia de las tres en un solo año, a lo menos durante 2.340, que es $= 20 \times 13 \times 9$ (2). Trece era un número místico

contrará una comparación entre estos varios sistemas y el de los mexicanos. Después volveremos a insistir sobre alguna de las consecuencias a que esa comparación ha conducido.

(1) En este calendario, los meses del año trópico estaban distribuídos en especies de semanas de a trece días, que repetidos veinte veces (número de días del mes solar), formaban un año lunar o astrológico de doscientos sesenta días, después de los cuales comenzaba otro nuevo año. «Por medio de sus trecenas y de su ciclo de cincuenta y dos años, formaban, dice Gama, un período lunisolar exactísimo para los usos astronómicos». *(Descripción*, parte I, pág. 27.) Añade que habían adoptado ese período de trece días, por los períodos en que está visible la luna, antes y después de su conjunción. (Loco citato.)

Parece casi imposible que un pueblo capaz de construír un calendario tan exactamente arreglado al verdadero tiempo solar, haya cometido el grosero error de suponer que en sus cómputos lunares, realmente, estaban representadas las revoluciones diarias de la luna. Todo el mundo oriental, dice el sabio Niebuhr, ha seguido los movimientos lunares para formar su calendario; la sabia división del tiempo en grandes porciones, ha sido obra del occidental, con el cual tiene conexiones ese otro mundo antiguamente extinguido que hoy llamamos *nuevo*. (*History of Rome*, I, pág. 239.)

(2) Llamábanles acompañados y señores de la noche y suponía que presidían los unos la noche y los otros el día. Boturoni, *Idea*, página 57.

en sus tablas (1); no se atina con la razón por qué en este caso recurrieron al número nueve (2).

Este segundo calendario excitó la santa indignación de los misioneros, y el padre Sahagun lo reprueba airadamente, porque «esta manera de adivinanza en ninguna mane-

(1) Así, pues, su año astrológico estaba dividido en menos de trece días, y había en cada una de sus indicaciones trece años, y en cada una de ellas se contenían 365 períodos de a trece días. Es un hecho curioso que el número de meses lunares de a trece días, comprendidos en cada ciclo de cincuenta y dos años, corresponde exactamente al número de años del gran período sothico de los egipcios, a saber: 1.491, período después del cual las estaciones y fiestas volvían a comenzar en el mismo orden. Tal vez será accidental la coincidencia, pero un pueblo que emplea series periodísticas y cálculos astrológicos, se funda siempre en alguna razón para adoptar ciertos números y cierta combinación.

(2) Según Gama (loc. cit., parte I, págs. 75-76), porque doscientos sesenta es exactamente divisible por nueve. Los nueve *acampañados* no tenían que ver con los cinco días complementarios. Pero el número cuatro, número místico y también de mucho uso en sus combinaciones aritméticas, había servido igualmente bien a este propósito. Con respecto a este, Mc. Culloh observa con mucha sutileza que es casi imposible que los mexicanos que tanto esmero habían puesto en la construcción de su ciclo, lo terminasen bruscamente con 360 revoluciones, cuyo término natural es de 2.340, y supone que los nueve *acompañados* se usaban en conexión con los ciclos de doscientos sesenta días para hacer otro más largo, de 2.340; éste, repetido ocho veces y añadiéndole otro nono de doscientos sesenta días, forma precisamente el gran período solar de veinticinco años. *(Rescarches*, páginas 207-208). Esta explicación es muy satisfactoria; pero de hecho las combinaciones de las dos primeras series que formaban el ciclo de doscientos sesenta días, se encontraban interrumpidas al fin de cada año, pues que cada año nuevo comenzaba con el mismo jeroglífico; la tercera serie de compañeros era interrumpida también, como ya dijimos arriba, por los cinco días aciagos con que terminaba el año; por manera que, si hemos de creer a Boturoni, el primer día del año solar correspondía al primero de los nueve compañeros, que significaba, Señor del año (*Idea*, pág. 57); este resultado se habría obtenido

ra puede ser lícita, porque ni se funda en la influencia de las estrellas, ni en cosa ninguna natural, ni su círculo es conforme al círculo del año, porque no contiene más de doscientos sesenta días, los cuales acabados tornan al principio. Este artificio de contar, o es arte de nigromántico, o pacto o fábrica del demonio» (1). No es fácil decir cuál superstición era mayor, si la de los que inventaron este sistema o la de los que lo impugnaron así. Pero ciertamente no hay necesidad de recurrir a agentes sobrenaturales para explicar las razones en que se funda su origen fácil de hallar en esa ambición de mando, que ha sugerido a los sacerdotes de muchas religiones la invención de misterios cuya llave estuviese exclusivamente en sus manos.

Por medio de este calendario arreglaban las fiestas y épocas de los sacrificios; hacían todos sus cómputos astrológicos (2) y llevaban sus anales. La falsa ciencia de la astrología es propia de toda sociedad imperfectamente civilizada, en que el espíritu impaciente del examen lento y cauto, único capaz de conducir a la verdad, se lanza en un golpe a las regiones de la especulación, e intenta audazmente romper el duelo impenetrable que rodea los misterios de la naturaleza. Uno de los caracteres de la verdadera ciencia, es reconocer y respetar los linderos que dividen

exactamente lo mismo y sin ninguna intermisión, adoptando por divisor el número cinco en vez del nueve. Tal cual estaba dispuesto el ciclo y metiendo en cuenta su tercer serie, terminaba después de 360 revoluciones. El asunto es sumamente dudoso, y apenas puedo lisonjearme de haberlo presentado claramente a mis lectores.

(1) *Historia de Nueva España*, lib. 4.º, introd.

(2) Dans les pays les plus différents, *dice Benjamín Constat al concluir algunas reflexiones sobre el origen del poder sacerdotal*, chez les peuples de mours le plus oposées, le sacerdoce a de su culte des elémenst et des astres, un pouvoir dont aujourd, 'hui nous concevons a peine l'idée. (*De la religión*, París, 1825, lib. 3.º, ch. V.)

el campo de la razón del de las especulaciones. Tal conocimiento viene tarde. ¿Por cuántos siglos ha agotado el hombre en las brillantes, pero estériles pretensiones de la alquimia y la astrología judiciaria, facultades que bien encaminadas le habrían revelado las grandes leyes de la naturaleza?

La astrología es el estudio favorito de las edades primitivas, de aquellas en que el espíritu, incapaz de comprender que esos millones de luminares que brillan con escasa luz en el firmamento, son el centro de sistemas planetarios tan magníficos como el del nuestro, se ve naturalmente inclinado a discurrir sobre sus usos más probables y a buscar conexiones entre ellos y el hombre, para cuyo provecho parecen criados todos los objetos del universo.

Cuando el hijo sencillo de la naturaleza contempla durante la larga noche la marcha augusta de los cuerpos celestes, y los mira venir en tropel y desaparecer con las estaciones, es natural que suponga que las últimas están bajo la dependencia de los primeros, que entre unas y otros encuentren relaciones misteriosas, que busque las conexiones que hay entre la venida de los astros y los acontecimientos que coinciden con ella, y que no procure leer en aquellos caracteres de fuego el destino del niño recién nacido (1). Tal es el origen de la astrología, cuyo falso brillo ha deslumbrado y fascinado a los hombres desde el principio de las sociedades hasta estos últimos tiempos, en que lo ha ofuscado la verdadera luz de la ciencia.

(1) «Cuán grato y cuán querido pensamiento
Soñar que en el inmenso firmamento,
La guirnalda de amor esté formada
Al exhalar nuestro primer vagido,
En vez de flores bellas,
Con fúlgidas estrellas.»

El sistema astrológico de los aztecas no se fundaba en la influencia de los astros cuanto en la de los signos arbitrarios que habían inventado para designar los meses y los días. El signo dominante en el ciclo lunar de trece días, ejercía su influencia en todos ellos, aunque modificado hasta cierto punto por el de cada día en especial y aun por el de cada hora. El grande arte del adivino consistía en combinar estas influencias contrarias. En ninguna parte, ni aun en el Egipto, se ha dado mayor ascenso a los ensueños de un astrólogo. Llamábase a la cuna del niño, luego que éste nacía, se anotaba escrupulosamente el momento del nacimiento, y la familia permanecía suspensa y temblando, mientras el ministro del cielo estudiaba el horóscopo del niño y registraba el oscuro libro del Destino. El mexicano recibía la influencia sacerdotal con el primer aliento que respiraba (1).

Poco nos ha quedado de la astronomía de los aztecas, pero es evidente por lo menos que conocían la causa de los eclipses, pues en algunas de sus pinturas se veía el disco de la luna proyectada sobre el sol (2). Si agruparon las estrellas en constelaciones, es dudoso; pero que conocían

(1) Gama nos ha dado un almanaque completo del año astrológico, con sus signos y divisiones correspondientes, que prueba cuán hábil y sabiamente acomodado estaba a sus diferentes usos. (*Descripción,* parte I, págs. 25, 31, 62, 76.) Sahagun ha consagrado un libro entero a explicar el valor y significación de estos símbolos, haciéndolo con tal proligidad, que podría uno con su auxilio formar el horóscopo de uno mismo. (*Historia de Nev. Esp.*, libro 4.º) Es evidente que creía plenamente en los peligros mágicos de esos almanaques, cuando dice: «era un arte engañoso, pernicioso e idólatra, que jamás fué aprobado por la razón humana.» Loc. cit.) El buen padre no era ciertamente filósofo.

(2) Véase entre otros el Códice *Tell-Rem,* parte IV, lám. 22, en *Las Antigüedades de México*, vol. I.

algunas de las más visibles como las Pléyadas, se infiere de que por ellas arreglaban sus festividades. De sus instrumentos astronómicos, no conocemos más que el cuadrante solar (1). Una inmensa mole circular de piedra esculpida, desenterrada en 1790 de la plaza Mayor de México, ha proporcionado a un sabio literato, Gama, los medios de establecer ciertos hechos interesantes con respecto al estado que guardaba entre ellos esta ciencia (2). Este fragmento colosal, en el cual se halla esculpido el calendario, prueba que tenían procedimientos científicos bastantes para conocer no sólo la hora del día, sino la época de los solsticios y de los equinoccios, y el momento preciso del tránsito del sol por el cenit de México (3).

(1) Apenas puede dudarse, dice lord Kingsborough, que los mexicanos poseían muchos instrumentos científicos de extraña invención, comparados con los nuestros: es dudoso si el telescopio les era conocido; pero la lámina 13 de la parte II de los *Monumentos* de M. Dupaix, que representa a un hombre agarrando una cosa parecida a aquel instrumento, ofrece motivos de suponer que conocían los medios de aumentar el poder de la visión. (*Antigüedades de México*, vol. VI, pág. 15, nota.) El instrumento a que aquí se alude, está toscamente esculpido en una piedra cónica: llega a la altura del cuello de la persona que lo tiene agarrado, y a mi entender se parece tanto a un telescopio como a un mosquete, y, sin embargo, no me creería autorizado por esto a suponer que el uso de las armas de fuego era conocido de los aztecas. (Véase vol. IV, lám. 15.) El capitán Dupaix, en su comentario a la lámina, parece tan imbuído en esa idea como el otro. (Ibid., vol. V, pág. 241.)

(2) Gama, loc. cit., parte I, sección 4.ª, parte II, apéndice.

Además de este fragmento colosal, encontró Gama otros destinados probablemente al mismo uso, en Chapultepec. Mas antes de que tuviese tiempo de examinarlos, se les hizo pedazos para que sirvieran a la construcción de un horno. ¡Lamentable suerte, no muy diferente de la que ha tocado a algunos de los monumentos de las artes en el antiguo mundo!

(3) En su segundo tratado sobre la piedra cilíndrica, Gama ha

No se puede contemplar sin asombro la desproporción entre los adelantos en la ciencia astronómica y los demás ramos de la civilización. El conocimiento superficial de algunos de los más sencillos principios de astronomía, está al alcance hasta del más rudo salvaje; una poca de atención basta para percibir la conexión que hay entre el cambio de las estaciones y el de la posición del Sol al salir y al ponerse: fácil es seguir la marcha del gran luminar por los cielos, observando las estrellas que brillan luego que despide en la tarde sus últimos rayos, y la que se apagan al despuntar los primeros; puédese medir la revolución de la Luna señalando sus fases, y aun formarse una idea del número de revoluciones que cabe en un año solar; pero ser capaces de arreglar sus fiestas por el curso de los astros y fijar la verdadera duración del año trópico con una exactitud desconocida de los más célebres filósofos de la antigüedad, no puede menos de ser el fruto de una serie dilatada de exactas y prolijas observaciones, que supone adelantos no pequeños en la carrera de la civilización (1). Pero ¿de dónde había sacado el grosero habitante de aquellas

procurado con extensas pruebas científicas convencer a los incrédulos de que era un gnomon o cuadrante solar vertical. (Loc. cit., parte II, apéndice.) El día civil lo dividían los mexicanos en diez y seis partes, y lo comenzaban como las demás naciones asiáticas, con la salida del Sol. Humboldt, que probablemente no conocía el tratado de Gama, supone a aquel dividido en ocho intervalos. *(Vistas de las Cordilleras*, pág. 127.)

(1) «Un calendario, exclama el entusiasta Carli, que se arregla a las revoluciones anuales del Sol, no sólo por la adición de cinco días cada año, sino por la corrección del bisiesto, debe, sin duda, considerarse como el resultado de un estudio reflexivo y de hábiles combinaciones. En estos pueblos es preciso suponer que hay una serie de observaciones astronómicas, ideas exactas sobre la esfera, la inclinación de la eclíptica y el uso de un cálculo relativo a los días y horas de las apariciones solares.» *Cartas americanas*, 1.°, carta 23.

regiones montañosas tan curiosos descubrimientos? No, ciertamente, de las hordas bárbaras que vagaban errantes por los hielos del Norte, ni de las razas meridionales, con las cuales parece que no tuvieron contacto alguno. Aunque nos veamos como el grande astrónomo de nuestros días, impulsados a buscar la solución de este problema, admitiendo la analogía del sistema en conjunto, con el de las sociedades asiáticas, siempre nos dejará perplejos la gran discrepancia en los pormenores; por manera que, en muchos de éstos, no podremos menos de reconocer la originalidad de los aztecas (1).

Concluiré mis noticias sobre su astronomía dando la descripción de la gran fiesta que celebraban al terminar el ciclo de cincuenta y dos años. En el capítulo anterior hemos hablado de la creencia en que vivían de que el mundo debía acabar en cuatro épocas subsecuentes; pero, además, esperaban firmemente otra catástrofe semejante que debía verificarse al fin de un ciclo, y en la cual el Sol debía desaparecer de los cielos, el género humano de la tierra y la oscuridad de los caos debía envolver todo el globo habitable (2). El ciclo acababa a últimos de diciembre, en que la triste aridez de la estación del invierno y la menor duración de la luz, les sugería melancólicos presagios de su próxima extinción, y sus temores iban creciendo gradualmente, hasta que al llegar el último de los días *aciagos* con

(1) Laplace, que indica la analogía, es el primero en confesar las dificultades. *Sistema del Mundo*, lib. 5, cap. III.

(2) M. Jomard se ha equivocado al afirmar que la época de la renovación del fuego con que acababa el ciclo, era casi en el solsticio de invierno. Si no se engaña Gama, se celebraba aquella ceremonia hasta el 26 de diciembre. La causa de que M. Jomard haya caído en el error, está en que la anticipaba a los días complementarios. Véase su carta sobre el calendario azteca, en las *Vistas de las Cordilleras*, página 309.

que se completaba el año, se abandonaban a todos los extremos de la desesperación. Hacían mil pedazos sus dioses domésticos o penates, en quien ya no creían. Se apagaba el fuego sagrado en los templos, y a nadie se le permitía encender lumbre en su casa; los muebles y utensilios domésticos eran destruídos, las vestiduras desgarradas y todo puesto en desorden, porque los espíritus malignos iban a venir a devastar la tierra.

En la noche del último día se encaminaba de la capital hacia unas altas montañas, que distan de ella dos leguas, una procesión de sacerdotes que conducían las vestiduras y ornamentos de los dioses; llevaban consigo una noble víctima, la flor de sus cautivos, y todos los instrumentos necesarios para encender el *nuevo fuego,* lo que si se conseguía, se tenía por un agüero propicio de la renovación del ciclo. Después de llegar a la cumbre de la montaña, la procesión esperaba hasta la media noche; al llegar al cenit la constelación de las pléyades (1) encendían el *fuego nuevo* por la fricción de dos estacas colocadas sobre el herido pecho de la víctima (2). La llama era comunicada al punto a

(1) En el momento exacto de su culminación, según Sahogun (op. cit., lib., 4.°, apéndice) y Torquemada (op. cit., lib. 10, cap. XXXIII y XXXVI). Pero esto no podía acontecer a la media noche en el mes de noviembre, en que fué la última fiesta secular, la cual, bajo el reinado de Moteuczoma, en 1507, fué ya más temprano. (Gama, loco citato, parte I, pág. 50, nota.) Huboldt, *Vistas de las Cordilleras*, pág. 181-182. Mientras más se retarde el principio del nuevo ciclo, mayor debe ser la discrepancia.

(2) «Sobre el desnudo pecho de la víctima,
Seca espadaña y oloroso cedro
Y mil gomas suaves y fragantes
Pronto recibirán el fuego sacro,
Y en las aras sagradas
Del nuevo Sol proclamarán la vuelta.»
[*Southey 1, Madoc, parte II, cant. 26.*]

una hoguera fúnebre, adonde era arrojado el cuerpo del destrozado cautivo. En cuanto se alzaban al cielo las llamaradas, arrojaba gritos y exclamaciones de gozo y de triunfo la innumerable multitud que cubría las colinas, las cumbres de los templos y los techos de las casas, y que ni un instante apartaba la vista del monte del sacrificio. A todas las partes del imperio se despachaban correos con hachas encendidas en señal de aviso, y el elemento querido se veía brillar en los altares y en los hogares domésticos muchas leguas en contorno, mucho antes que el Sol levantándose con su acostumbrada majestad, viniese a dar seguras pruebas de que había comenzado a correr un nuevo ciclo y de que no se habían trastornado para los aztecas las leyes de naturaleza.

Los trece días siguientes estaban consagrados a los regocijos públicos; las casas eran aseadas y blanqueadas; los vasos rotos se reponían con otros nuevos; el pueblo vestido de gala y con coronas y sartas de flores se agolpaba a los templos en alegres procesiones, para ofrecer oblaciones y tributar acción de gracias a los dioses; había instituídos bailes y juegos emblemáticos de la regeneración del mundo. Era el carnaval de los aztecas, o mejor todavía, el jubileo nacional, la gran fiesta secular de los romanos y etruscos, aquella fiesta de que decía Suetonio, que «pocos vivientes la habían visto, y pocos vivientes volverían a verla (1).

* * *

(1) He copiado las palabras del edicto en que se llamaba al pueblo a los *ludi seculares*, los juegos seculares de la antigua Roma, de los que dice Suetonio: *(Vita Tib. Claudii*, lib. 5.º) *quos nec spectaset quisquiam, nec espectaturus esset.* Los antiguos cronistas mexicanos muestran cierta especie de elocuencia al describir las fiestas de los antiguos aztecas. (Torquemada, op. cit., lib. 10, cap. XXXIII.

M. de Humboldt decía hace tres años que «sería de desear que algún Gobierno publicase a sus expensas las reliquias que aún quedan de la antigua civilización americana, porque sólo comparando muchos monumentos se podría llegar a encontrar la clave de esas alegorías en parte astronómicas y en parte místicas». Este sabio deseo ha sido realizado, no por Gobierno alguno, sino por un individuo privado, lord Kingsborough. La grande obra publicada bajo sus auspicios y tantas veces citada en esta introducción, apareció en Londres en 1830. Cuando esté completa comprenderá nueve volúmenes, de los que ya han salido siete. Los que no los hayan visto podrán formarse una idea de la magnificencia de la obra, con sólo saber que recién publicados costaba el ejemplar en Londres 175 libras esterlinas, con láminas iluminadas, y 150 con láminas en negro, bien que posteriormente ha bajado mucho su precio. El objeto de la obra es reproducir todos los manuscritos aztecas que han llegado hasta nosotros, y las pocas interpretaciones que existen, los bellos grabados de Castañeda relativos a la América Central con los comentarios de Dupaix; publicar la historia inédita del padre Sahagun, y, finalmente (y no es esto lo de menos), las copiosas notas del dueño y editor de la obra.

Nunca se ponderará lo bastante la ejecución material, su espléndida tipografía, la exactitud y finura de los grabados y la suntuosidad de todos los materiales. Sin embargo, bien pudo el editor haberse ahorrado de muchos gastos superfluos, y el lector de molestias inútiles, si las láminas

Toribio, *Historia de los indios* M. S., parte 1.ª, cap. V. Sahagun, op. cit., lib. 3.º, cap. IX, XII. Véase también a Gama, op. cit., parte 1.ª, páginas 52-54. Clavijero, op. cit., t. II, págs. 84-86.) El lector inglés encontrará una pintura más animada de aquellas escenas en el canto ya citado de Madoc.

hubiesen sido de un tamaño más reducido; pero no es raro en obras calcadas sobre un plan tan magnífico, ver sacrificada hasta cierto punto la utilidad o la ostentación.

La colección de los manuscritos aztecas, aunque no completa, basta para acreditar la diligencia y laboriosidad del compilador, a pesar de que causa extrañeza que ni un sólo documento haya sido sacado de España. Pedro Mártir habla de algunos que fueron mandados a España en su tiempo. (De *Insulis nuper inventis*, pág. 368.) El marqués Spinetto examinó uno en El Escorial, que era el Código de Mendoza y tal vez el original, porque el de Oxford no es sino copia. (Lecciones, lec. 7.ª) Mr. Waddilove, capellán de la Embajada británica en España, dió al Dr. Robertson noticia de uno que vió en la misma librería, y que él consideraba ser un calendario azteca; además de que casi es imposible que los numerosos viajeros que iban al Nuevo Mundo no enviasen a la madre patria algunas muestras interesantes de la civilización de aquellos países. No es ya de temerse que el ilustrado Gobierno actual continúe ocultando esos tesoros al examen de los literatos.

No es muy de alabar la disposición de los Códices. En algunos de ellos, como, por ejemplo, el de Mendoza, las láminas no están numeradas; así que, quien quisiera estudiarlo por medio de la interpretación correspondiente, se encontraría perdido en aquel laberinto de jeroglíficos, sin guía que lo condujese. Sobre el valor positivo y autenticidad de los documentos, o cuando menos su historia, no se dan más noticias que una estéril referencia de la librería particular de donde se han sacado; si bien es cierto que en estas materias poco se puede decir, porque poco se sabe. Pero otras partes de la obra sí se pueden tachar justamente de faltas de método. Por ejemplo, al libro 6.° de la historia del padre Sahagun, se le ha sacado de su lugar natu-

ral, y se le ha llevado del cuerpo de la historia de que es parte, al volumen anterior. La gran hipótesis que es el objeto de la obra, se explana en una baraúnda de notas inconexas con el texto, y tan disímbolas como los cuentos de la reina Scheherezada en las *Noches arábigas*, aunque no tan entretenidas como ellas.

La mira adonde se dirigen las especulaciones de lord Kingsborough, es probar la colonización de México por los israelitas; a esto se dirigen todos los tiros de su ingenio y de su saber. A este fin se desenmarañan jeroglíficos, se comparan manuscritos, se dibujan monumentos. Esta teoría, cualquiera que sea su mérito real, nunca será popular, porque en vez de presentarla en una forma clara, sencilla, fácilmente comprensible, está explanada en infinito número de notas, salpicadas abundantemente de citas en lenguas extranjeras, así antiguas como modernas; por manera que el lector, después de fluctuar en un océano de fragmentos, sin luz ni guía, se siente como el diablo de Milton cuando quería abrirse paso para el caos:

Sin hallar junto a sí, ni mar ni tierra
Do naufragar, o en que viajar seguro.

Pero sería una injusticia negar que el autor, si no siempre convence, siempre muestra sagacidad en descubrir analogías, da pruebas de que conoce perfectamente su asunto y ostenta una erudición sólida, aunque a veces cansada, que cualesquiera que sean los defectos de la colección, ésta es bastante rica en documentos inéditos, sobre no sólo la historia azteca, sino aun pudiera decirse que sobre la de toda la América; y, finalmente, que, ejecutando esa obra dispendiosa que ningún Gobierno habría querido y pocos individuos habrían podido emprender, el au-

tor se ha hecho digno de la estimación y gratitud de todos los amigos de las ciencias.

Otro escritor que debe consultar el que quisiere estudiar las *Antigüedades mexicanas*, es D. Antonio Gama. Su vida encierra algunos de esos incidentes tan frecuentes en la de los literatos. Nació en México en 1735, de una familia respetable, y se le inclinó a las leyes. Bien pronto conoció él que en la carrera de las matemáticas podía hacer progresos, y se dedicó a ellas especialmente. En 1771 comunicó sus observaciones sobre el eclipse de ese año, al astrónomo francés Lalande, quien las publicó en París, haciendo grandes alabanzas del autor. La reputación sin cesar creciente de Gama, llamó la atención del Gobierno que le ocupo en varias Comisiones científicas. Su pasión favorita era, en medio de todo esto, el estudio de las antigüedades indias; así es que procuró instruirse completamente en la historia de las razas aborígenes, sus lenguas, sus tradiciones, y, en cuanto era posible, en la interpretación de sus jeroglíficos. El descubrimiento de la piedra del calendario en 1790, le presentó una coyuntura de dar a conocer el fruto de sus estudios anteriores y su habilidad como anticuario. Publicó un ensayo maestro sobre aquel monumento y otro semejante, explicando el objeto a que ambos estaban destinados, y derramando un torrente de luz sobre la astronomía, mitología y sistema astrológico de los aztecas. Continuó después sus investigaciones siguiendo el mismo camino, y escribió algunos tratados sobre la gnogmónica, jeroglíficos y aritmética de los indios. Todas estas obras, juntamente con una reimpresión de la primera, no se han publicado sino hasta hace pocos años por el laborioso Bustamante. Murió en 1802, dejando en su patria una honrosa memoria de su vida, en la cual, aunque se encontraban rasgos de esa superstición tan frecuente en los

hispanomexicanos, había también los nobles sentimientos propios de un sabio. Su reputación literaria es propia de un escritor diligente, exacto y sagaz. Sus conclusiones no adolecen ni de esa propensión a teoretizar, tan común en los filosóficos, ni de esa credulidad indiscreta tan natural de los anticuarios. Trata su asunto con la cautela y rigor de un matemático, cuyos pasos son otras tantas demostraciones. M. Humboldt consultó mucho la primera obra de Gama, de lo cual hace alarde; pero, no obstante, los elogios de aquel escritor popular y el mérito intrínseco de los escritos de Gama, son poco conocidos fuera de su patria, y casi se puede decir que su fama no ha llegado del otro lado de los mares.

CAPÍTULO V

Agricultura. — Artes mecánicas. — Comercio. — Costumbres privadas.

Apenas se hace creíble que una nación tan adelantada, como la azteca, en las matemáticas, no haya hecho considerables progresos en las artes mecánicas, que tan íntima conexión tienen con ellas, y más cuando un adelanto intelectual, de cualquiera género que sea, supone cierto grado de refinamiento social y requiere cierto cultivo de las artes útiles y de adorno. El salvaje que vaga en completa desnudez, errante por entre las selvas y los desiertos, no conoce otras necesidades fuera de los apetitos animales; de suerte que una vez satisfechos, le parece haber alcanzado todos los bienes de la existencia. Mas el hombre social experimenta numerosos deseos y necesidades artificiales que dan origen a medios adecuados a su satisfacción, y que excitan incesantemente el talento inventivo.

Muy diferente es la habilidad en las artes mecánicas entre las naciones; pero mucho más diferente es el poder de la invención que las dirige y las hace útiles. Algunos pueblos parece que no tienen más talento que el de la imitación, o que si acaso poseen el de la invención, es en un grado tan ínfimo, que se viven constantemente reproduciendo la misma idea sin sombra de alteración ni de me-

jora; semejantes al pájaro que construye hoy su nido del mismo modo que lo construían los pájaros de su especie al principio del mundo. Tales son, por ejemplo, los chinos, que durante siglos han poseído sin beneficio propio ni ajeno el germen de muchos descubrimientos, los cuales, bajo la influencia del espíritu europeo, han tocado a tal punto de perfección, que han cambiado la faz de la industria.

Muy lejos de mirar para atrás y de permanecer esclavo de lo pasado, es característico del espíritu europeo, mirar y caminar siempre hacia adelante. Los antiguos descubrimientos le sirven de base para otros nuevos; pasa de una verdad a otra, y las junta y eslabona todas de manera que formen esa gran cadena de ciencias, que ciñe y liga al universo entero. La luz de la ciencia se difunde hasta las labores de las artes: ábrense nuevos caminos al pensamiento; proporciónanse nuevos medios de subsistencia; multiplícanse hasta lo infinito las comodidades de todas clases, y pónenselas al alcance aun del más pobre. La mente se remonta entonces a regiones más elevadas que las de los sentidos, y las artes aplicadas cumplen todos los caprichos de un gusto refinado, y satisfacen a cuanto exige la más alta cultura social.

Este mismo espíritu emprendedor aplicado a la agricultura, la saca de la humilde condición de un trabajo mecánico, y sustituye a las áridas fórmulas de la rutina, los ilustrados preceptos de la ciencia. El análisis químico, al descubrir al hombre la composición de la tierra, le da a conocer el valor del suelo que cultiva, y dominando todos los elementos, los aprovecha todos para obligar a aquél a multiplicar y mejorar sus producciones. Causa placer volver la vista al otro continente, y ver en él a nuestros padres realizando en una escala amplísima estos principios y

llegando a resultados que nunca había presenciado el mundo.

Con no menor razón podemos considerar a la raza anglosajona de ambos hemisferios, como aquella cuyo genio emprendedor ha contribuído más poderosamente al bienestar de la humanidad, aplicando las ciencias a las artes útiles.

La mayor parte de las tribus salvajes de Norte-América han profesado la labranza. En los claros de los bosques, en las cañadas, a la orilla de los ríos, dondequiera que había un palmo de tierra que aprovechar, sembraban habas y maíz (1). Los productos de este cultivo eran sumamente escasos, y no bastaban para libertar a los imprevisivos indígenas, de los frecuentes estragos del hambre. Pero con todo, la simple circunstancia de labrar la tierra dondequiera que era posible, los distingue ventajosamente con las otras tribus que vivían de la caza, y los eleva un grado más en la escala de los pueblos civilizados.

La agricultura estaba en México tan adelantada como las otras artes sociales, y aun hay pocos países en que haya sido más respetada que allí. Estaba, por supuesto, en íntimo enlace con la religión y las instituciones civiles; tenía sus deidades tutelares, y los nombres de los meses y de las fiestas se referían más o menos a ella. Las contribuciones gravitaban, en gran parte, como ya lo hemos dicho, sobre los productos agrícolas. Todos, aun los habitantes de las grandes ciudades, si se exceptúa a los soldados y a los

(1) Este último grano, según Humboldt, lo encontraron los europeos en el Nuevo Mundo, desde la parte meridional de Chile hasta Pensilvania *(Essay Politique,* t. II, pág. 408). Bien pudiera haber añadido hasta el río de San Lorenzo. Nuestros antepasados los puritanos, la encontraron en todos los puntos de la costa de la Nueva Inglaterra. V. Morton, *New England's Memorial* (Boston, 1826), página 68. Gookin, *Massachuzetts Historical Collections,* cap. III.

primeros nobles, cultivaban el suelo. Los duros trabajos de la labranza estaban reservados a los hombres, porque las mujeres sólo desempeñaban los menos penosos, tales como derramar las simientes, limpiar los granos, etc. (1). En esto ofrecían un honroso contraste con las otras tribus del continente, las cuales, como sucede hoy en el Norte, hacían caer sobre el sexo débil las más pesadas cargas de la agricultura (2); pero entre los aztecas, por el contrario, ese suceso era bajo este respecto tan mirado como lo es hoy en los demás países de Europa.

No necesitaban de grandes conocimientos para elegir los terrenos, porque cuando una tierra se había vuelto estéril, la dejaban erial por algún tiempo, para que recobrase su fertilidad. La extrema sequedad se disminuía por medio de canales que atravesaban parcialmente el país, llenándose este mismo objeto con las penas severas impuestas a los que destruían los bosques, que como ya lo hemos dicho en otra parte, lo poblaban antes de la conquista. Finalmente, construían para guardar sus cosechas, amplios graneros, cuya admirable disposición confesaban los conquistadores. En todo esto se descubre la previsión del hombre ya civilizado (3).

(1) Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. XXXI.

¡Admirable ejemplo para nuestros tiempos, exclama el padre, en que las mujeres no sólo son inhábiles para las labores del campo, sino que les cuesta trabajo atender a la hacienda de la casa!

(2) Otro contraste evidente respecto a los egipcios, con los cuales han pretendido algunos anticuarios identificar a los mexicanos. Sófocles habla del afeminamiento de los hombres de Egipto, donde acostumbraban quedarse en la casa ocupados en tejer, mientras las mujeres se entregaban fuera de ella a otros varios oficios propios de aquellos (*Sophoch. Ædip.* Col., volúmenes 337, 341).

(3) Torquemada, op. cit., lib. 3.°, cap. XXXII. Clavijero, op. cit., tomo II, págs. 53-155.

Entre los principales productos agrícolas estaba el plátano, cuyo fácil cultivo y exuberantes frutos son tan contrarios a la actividad y adelantos de la industria (1). Otra planta muy celebrada era el cacao, con el cual se hace la bebida llamada *chocolate*, de la palabra mexicana *chocolatl*, tan usado hoy en toda Europa (2). La vainilla confinada a las estrechas regiones de la costa oriental, les servía como a nosotros, para condimentar sus comidas y bebidas (3). Pero el producto agrícola de más importancia no sólo en México, sino en todo el continente, era el maíz (o grano de indios como nosotros le llamamos), el cual se da muy bien en los valles y en las alturas de las Cordilleras que forman la meseta central. Los aztecas lo preparaban perfectamente, y lo aplicaban a tantos usos, como la más hacendosa mujer de la Nueva Inglaterra. Sus cañas gigantescas contienen una materia sacarina, no muy abundante, en el que se da en la parte septentrional del país, con la cual se suplía muy bien el azúcar de caña introducida allí hasta después de la Conquista (4). Pero la maravilla de la naturaleza era el ma-

«Jamás padecieron hambre—dice el primero de estos escritores—, sino en pocas ocasiones.» Si estas hambres eran raras, eran también asoladoras y de larga duración. Véase Ixtlilxochitl, *Hist. Chich*, M. S., cap. XLI, LXXI, *et alibi*.

(1) Oviedo piensa que la musa fué una planta traída, y Hernández no la mienta para nada en su copioso catálogo; pero Humboldt, que le prestó particular cuidado, cree que si algunas especies fueron traídas, otras eran indígenas. *Essai Politique*, t. II, págs. 282-388. ¡Si hubiéramos de creer a Clavijero, el plátano fué el fruto prohibido que hizo pecar a nuestra madre Eva! *Stor. del Messico*, t. I, pág. IL, nota.

(2) *Realt, d'un gent, huom en Ramusio,* t. III, fol. 306. Hernández, de *Historia Plantarum Novæ Hispaneæ* [Matriti, 1790], lib. 6.°, cap. LXXXVII.

(3) Sahagun, op. cit., lib. 8.°, cap. XIII, *et alibi*.

(4) Carta de Lic. Zuazo, M. S.

Afirma que la miel del maíz es igual al de la abeja. Véase también a

guey, cuyas imbricadas pirámides de flores sobresaliendo de entre una espinosa corona formada por las hojas, se veían dondequiera que había un palmo de tierra plana. Como ya hemos dicho, esas hojas servían para la fabricación del papel (1): con su zumo se hacía una bebida fermentada llamada *pulque* (2), de la cual gustan mucho aún hoy los naturales: con las hojas se fabricaba un tejido impenetrable que servía para los vestidos ordinarios; de sus fibras rígidas y torcidas se sacaba un hilo con el cual se hacían sogas, cuerdas y estofas muy tupidas; con las espinas en que rematan las hojas, formaban agujas y alfileres, y la raíz, cocida, se usaba como un alimento grato y nutritivo. El maguey era, en suma, para los mexicanos, alimento, bebida, vestido y material para escribir. ¡Seguramente jamás ha reunido la naturaleza en un objeto tan pequeño tantos elementos con que satisfacer lo que exigen la necesidad, la comodidad y la civilización! (3)

Oviedo, *Historia Natural de las Indias*, cap. IV, *apud Barcia*, t. I. Hernández que celebra las numerosas preparaciones de que es susceptible el maíz, deriva esta palabra de la haitiana mahiz. *Hit. Plantarum*, lib. 6.°, cap. XLII, VL.

(1) Y así se practica todavía, a lo menos en un lugar, San Ángel, a tres leguas de la capital. Otra fábrica de la misma clase se iba a establecer hace pocos años en Puebla: ignoro si se ha llegado a plantear. Véase el informe dado al Senado de los Estados Unidos por la Comisión de Agricultura, en 12 de marzo de 1838.

(2) Antes de la revolución, los impuestos sobre el pulque formaban una parte tan importante de las rentas públicas, que sólo los distritos de México, Toluca y Puebla, pagaban 817.739 pesetas [Humboldt, *Essai Politique*, t. II, pág. 47.] Los europeos necesitan algún tiempo para tomar el gusto a esta bebida, y, por consiguiente, sus opiniones acerca de ella varían; pero entre los naturales es unánime. El lector encontrará noticias completas sobre su preparación en el *México de Ward*, vol. II, págs. 55-60.

(3) Hernández enumera en su sabia obra ya citada (lib. 7, capí-

Habría sido, sin duda, fuera de propósito enumerar aquí todas las plantas, muchas de ellas medicinales, que se han introducido en Europa procedentes de México; aún menos pretenderé dar aquí el catálogo de sus flores, que con sus variados y vistosos matices, forman hoy el ornato de nuestros jardines; la diversidad de climas que encierra en su estrecha zona, le ha dado el privilegio de poseer, acaso, la *flora* más rica del mundo. Basta decir que estos diferentes objetos estaban sistemáticamente clasificados por los aztecas, que, además, conocían perfectamente sus propiedades y los cultivaban en planteles más vastos y completos que ninguno de los que entonces existían en el Antiguo Mundo, y aún no es inverosímil que la idea de los jardines de plantas de allí la hayan tomado los europeos, pues que no

tulo LXXI, *et. saquet*) las varias especies de maguey que sirven para estos numerosos usos. Humboldt las reputa a todas ellas como variedades del agave americano, que crece también en las regiones del Mediodía de los Estados Unidos y de Europa. *(Ubi. supra,* t. II, página 487, *et. saq.)* Esta opinión ha merecido la agria censura de nuestro difunto compatriota el Dr. Parrine, que las juzga especies distintas del agave americano y que considera uno de sus géneros, el género pita, del cual se sacan las sogas, como enteramente diversas de los otros. (Véase el informe de la Comisión de Agricultura.) A pesar de esto, las opiniones del Baron acerca de las propiedades que atribuye al maguey, están más o menos corroboradas por los más acreditados escritores que han vivido en México algún tiempo. Véase, entre otros, a Hernández, *Ubi. supra;* a Sahagun, *His. de Nuev. Esp.*, lib. 9, capítulo II; lib. 11, cap. VII; Toribio, *Historia de los Indios*, M. S., parte 3.ª, cap. XIX; Carta del Lic. Zuazo, M. S. Este último, hablando del maguey, que produce la bebida fermentada, dice expresamente: «De lo que queda de las dichas hojas se aprovecha como lino muy delgado, o de Holanda, de que hacen lienzos muy primorosos para vestir, y bien delgados.» No se puede negar, sin embargo, que el Dr. Perrine parece que conocía perfectamente la estructura y propiedades de las plantas de los trópicos, que con tan patriótico empeño propuso fueran introducidas en la Florida.

comenzaron a estar en uso en Europa sino poco tiempo después de la Conquista (1).

Los mexicanos conocían las riquezas de su reino mineral con la misma perfección que las del vegetal; la plata, el plomo y el estaño lo extraían de los minerales de Tasco, y el cobre del de Zacatollan; mas no lo sacaban de la superficie de la tierra, sino de los veneros ocultos entre las sólidas rocas, en las cuales abrían extensas galerías, tanto, que los restos de sus labores sirvieron de la mejor guía a los primeros mineros españoles. El oro recogido en la superficie o en el lecho de los ríos, y dispuesto en barras o en polvo, formaba parte de los tributos que pagaban las provincias meridionales al Imperio. Desconocían, sin embargo, el uso del hierro, tan abundante en su suelo; este metal, a pesar de esa abundancia, necesita para prepararlos tantos y tan difíciles procedimientos, que es uno de los que más tarda el hombre en utilizar; sucede en realidad de verdad lo que en la fábula, que la edad de hierro se sigue a la de bronce (2).

Los aztecas lo suplieron no obstante con una liga de es-

(1) Según Carli (*Lettres americaines*, t. I, chap. XXI), el primer establecimiento bien arreglado de este género que hubo en Europa, fué en Padua, en 1545.

(2) Pedro Mártir, de Orbe Novo, Decades. (Compluti, 1530), dec· Véase pág. 191. Acosta, lib. 4.º, cap. III. Humboldt, *Esai Politiq.* tomo III, págs. 114-125. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. XXXIV.

Los hombres, dice Hesiodo, trabajaron el bronce cuando no existía el hierro.

El abate Raynal sostiene que los mexicanos deben haber estado muy atrasados en civilización, puesto que no conocían el hierro, porque sin él no pueden haber trabajado ninguna cosa de metal digna de verse, ni de arquitectura ni de grabado, ni de escultura. (*History of Indies*, Eng. traslat., vol. III. lib. 6.º.) Los antiguos egipcios no conocían tampoco el hierro, o si lo conocían lo usaban poco. Sus soberbios monumentos han sido construídos con instrumentos de bronce, y de

taño y cobre; y por medio de instrumentos hechos de este bronce, y con el auxilio de cierto polvo silicoso, no sólo labraban los metales, sino aun las sustancias más duras, como el basalto, el pórfido, las amatistas y esmeraldas (1), principalmente estas últimas, que eran muy abundantes, y a las cuales tallaban curiosamente dándoles mil formas caprichosas. Fabricaban igualmente vasos de oro y plata delicadamente esculpidos con sus cinceles metálicos, siendo alguno de esos vasos tan grande, que un hombre no bastaba a abarcarlo con sus brazos; imitaban primorosamente los pájaros y figuras de los animales; y cosa más rara, ligaban los metales de manera que las plumas de las aves y las escamas de los peces eran alternativamente de oro y plata. Los plateros españoles no pudieron menos de confesar que los aztecas les aventajaban en estas curiosas manufacturas (2).

Usaban también de otros instrumentos hechos de *itztli* u obsidiana, sustancia mineral transparente y excesivamente dura, que se encontraba abundantemente en sus montañas; le daban la forma de cuchillos, navajas y sierras; con ella labraban las varias piedras y alabastros que empleaban en

esto mismo eran sus utensilios domésticos y sus armas; tal aparece del color verde que tienen en sus pinturas.

(1) Gama, descrip., parte II, págs. 25-29. Torquemada, *Monarq. Ind. Ubi. supra.*

(2) Sahagun, *Hist. de Nueva España*, lib. 9.º, caps. XV-XVII. Boturini, *Idea*, pág. 77. Torquemada, op. cit., loco citato.

Herrera, que dice que también sabían esmaltar, pondera la habilidad de los plateros mexicanos para hacer pájaros y animales con alas y miembros que se movían de la manera más curiosa. (*Hist. General*, Decad. 2, cap. XV.) Sir John Maundeville, espantado como de costumbre de las maravillas que él mismo forja, cuenta el gran prodigio de que hay en la corte del gran Chan de Cathay varias piezas de este mismo mecanismo. (Véase *Voyage and Travaile*, chap. XX.)

la construcción de sus edificios públicos y de las casas principales. En el curso de mi narración daré sobre unos y otras, noticias más circunstanciadas, y por ahora me contentaré con añadir que la fachada y los ángulos de los edificios estaban profusamente adornados con imágenes, a veces representativas de sus deidades, y lo más comúnmente de animales (1). Estas últimas estaban ejecutadas con exactitud; pero las primeras «eran, dice Torquemada, el horroroso reflejo de sus almas, y sólo después de convertidos al cristianismo fueron capaces de imitar la verdadera figura de un hombre» (2). Los hechos del antiguo cronista son bien fundados, cualquiera que sea por otra parte la explicación. Las imágenes alegóricas de sus dioses deben indudablemente haber servido de modelo al artista azteca, al delinear sus figuras humanas, que deben haber tenido para él una belleza imaginaria por representar a una divinidad. Pero cuando la superstición comenzó a perder su dominio, se mejoró el gusto; así es que, después de la conquista de los mexicanos, hicieron algunos retratos acabados y aun hermosos.

Las imágenes esculpidas eran tan numerosas, que los cimientos de la Catedral en la plaza Mayor de México, se dice que fueron enteramente compuestos con ellas (3): este lugar puede, por tanto, reputarse como el gran depósito de los tesoros de la antigua escultura que ahora yacen allí escondidos, a pesar de que los monumentos de esta clase se encuentran en la capital esparcidos por todas partes;

(1) Herrera, *Ubi. supra*, dec. 2, lib. 7.º, cap. XI. Torquemada, op. cit., lib. XIII, cap. XXXIV. Gama, *Descripción*, parte 2.ª, págs. 27-28.

(2) «Parecía que permitía Dios que la figura de sus cuerpos se asimilasen a la que tenían sus almas, por el pecado en que siempre permanecían.» *Monarquía Indiana*, lib. 13, cap. XXXIV.

(3) Clavijero, op. cit., t. II, pág. 195.

de manera que casi no se abre un cimiento sin encontrar algunos restos arruinados de las artes barbáricas. Pero como son poco estimadas, cuando no se les despedazaba brutalmente hasta dejarlas inservibles, se les destinaba a formar las paredes de los nuevos edificios (1). Los célebres bajo relieves del último Moteuczoma y de su padre, labrados en roca maciza en los bellos bosques de Chapoltepec, fueron deliberadamente destruídos por orden del Gobierno, nada menos que en el último siglo (2). Los monumentos de los bárbaros se tenían tan en poco por los hombres civilizados, como los de estos por los bárbaros (3).

La pieza de escultura más interesante de cuantas hasta ahora se han desenterrado, es la piedra del calendario, de la que hemos hablado en el capítulo precedente. Es de duro pórfido y del tamaño que tenía cuando se sacó de la cantera; se calcula que pesará cerca de cincuenta toneladas; fué traída de unas montañas que están más allá del lago de Chalco, a muchas leguas de la ciudad, por un camino quebrado y cortado por ríos y canales. Al pasarla por un puente se hundió éste, y la enorme piedra se su-

(1) Gama, *Descripción*, parte 1.ª, pág. 1.ª

Además de la plaza Mayor, Gama sospecha que la plaza de Tlaltelolco sea otra sepultura de antiguas reliquias, por ser el barrio adonde se retiraron los mexicanos.

(2) Torquemada, *Ubi. supra.* Gama, *Descripción*, parte 2.ª, páginas 81-83.

De estas estatuas hablan repetidas veces los antiguos escritores; la última, cuyo mérito recomienda Gama, fué destruída en 1754. (Ibidem.)

(3) Esta rabia por destruír excitó el enojo de Pedro Mártir, cuyo espíritu ilustrado respetaba los vestigios de la civilización dondequiera que los encontraba. «Los conquistadores, dice, raras veces reparaban los edificios que estaban arruinados. De mejor gana habrían saqueado veinte magníficas ciudades que levantar un buen edificio.» De *Orbe Novo*, doc. 5.ª, cap. X.

mergió en el agua, de donde costó gran trabajo sacarla. El hecho de transportar tan enorme fragmento de pórfido, a la distancia de muchas leguas, teniendo que vencer tantos obstáculos y sin la ayuda de bestias de carga, porque como ya hemos dicho, los aztecas no las conocían, da ideas no despreciables de su habilidad en la mecánica y de la potencia de sus máquinas; de aquí podíamos inferir que sus adelantos en aquella ciencia, no eran inferiores a los que en la astronomía y en la geometría están atestiguando las inscripciones de la piedra misma (1).

Los antiguos mexicanos fabricaban para el uso doméstico utensilios de barro, del que aún quedan muchas muestras (2); hacían vasos y copas de madera pintada o barnizada, que además de no dejar pasar la humedad, tenía colores muy vistosos. Sus tintes los sacaban, tanto del reino vegetal como del animal, y entre ellos figuraba tanto el rico carmesí de la cochinilla, rival moderno de la púrpura tiria. A Europa se trajo de México, donde se le conserva

(1) Gama, descripción, parte I, págs. 110-114. Humboldt, *Essai Politiq.*, t. II, pág. 40.

Diez mil hombres se emplearon en el transporte de esta enorme mole, según Tezozomoc, cuya narración, con todos los prodigios que la acompaña, ha sido minuciosamente copiada por Bustamante. Este licenciado muestra tal gusto por lo maravilloso, que no le iría en zaga un fraile de la Edad Media. Véase la descripción *ubi. supra*, nota. El viajero inglés Latrobe, ha conciliado perfectamente las maravillas del arte y de la naturaleza, suponiendo que esas piedras enormes se transportaban por medio de mastodontes, cuyos restos se han desenterrado algunas veces del valle de México. (Véase *Rembler in México*, pág. 145.)

(2) En el gabinete de la Sociedad Filosófica Americana, en Filadelfia, hay una gran colección de piezas de barro y algunas otras muestras de la industria azteca, regaladas por los señores Poinsset y Kaeting. (Véase el catálogo de dicho gabinete en las *Transacc.*, vol. III, página 510).

con grande esmero en los plantíos de *cactus*, cuyo cultivo ha caído después en el abandono (1). Con ella daban los naturales hermosos tintes a sus diversas telas de algodón, el cual crece abundantemente en las regiones cálidas del país. Poseían además el arte de entretejerle con pelo de conejo y de otros animales, con lo cual las telas eran no sólo más bellas, sino de más abrigo; sobre estas manufacturas, enteramente originales, bordaban pájaros, flores y otras figuras graciosas (2).

Pero el arte en que más sobresalían y que cultivaban con especial complacencia, era el plumaje o arte de trabajar las plumas. Con ellas producían todos los efectos del más primoroso mosaico; el vistoso plumaje de las aves de los trópicos y principalmente el de la familia de los papagayos, les ofrecía una variedad infinita de colores; el vello finísimo y brillante del colibrí, que en parvadas frecuenta los bosques de madreselva, les proporcionaba delicados y exquisitos matices para dar a sus pinturas una perfección admirable. Las plumas sobrepuestas a las telas, formaban el vestido de los ricos, el tapiz de sus aposentos y los ornamentos de sus templos. Ningún artículo de la industria

(1) Hernández, *Historia Plantarum*, lib. 6.°, cap. XVI.

(2) Carta del Lic. Zuazo, M. S. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 7.°, capítulo XV. Boturoni, *Idea*, pág. 77.

No se sabe con certeza que tan hábilmente trabajaban la seda. Carli supone que lo que Cortes llamaba seda era solamente el tejido de pelo de animales o de vello vegetal de que hemos hablado en el texto (V. *Lettres Américaines*, t. I, lett. 21); pero lo que no tiene duda es que tenían una especie de oruga distinta de nuestros gusanos de seda, la cual producía hilos que se vendían en el mercado de México *(Essay Politique*, tom. III. págs. 66-69). Allí ha reunido M. Humboldt algunos hechos interesantes acerca del cultivo de la seda entre los aztecas. Pero sea lo que fuere, acerca de su manufactura, es del todo cierto que nunca se extendió ni perfeccionó esta.

azteca fué tan admirado de los conquistadores como este, del cual remitieron a Europa numerosas muestras. Es ciertamente digno de lamentar que haya caído en el olvido un arte tan gracioso (1).

En México no había tiendas; pero tanto las manufacturas como los productos de la agricultura eran llevados para su venta a los mercados de las ciudades principales. Cada cinco días había ferias, a las que concurría a comprar y vender una multitud de personas de las cercanías. Cada especie de mercancía se vendía en una parte del mercado especialmente destinada a ella. Los numerosísimos contratos se verificaban sin confusión ni desorden, y con entera justicia que administraba un magistrado encargado de ello. El comercio se hacía por medio de trueques o de monedas de diferentes valores, siendo estos, principalmente, plumas de ánade llenas de polvo de oro, pedazos de estaño en forma de una T y saquillos de cacao que contenían determinado número de granos. «¡Dichosa moneda, exclama Pedro Mártir, que liberta a los hombres de la avaricia, pues que no puede quedar por mucho tiempo acumulada o enterrada!» (2)

(1) Carta del Lic. Zuazo, M. S. Acosta, lib. 4.º, cap. XXXVII. Sahagun, op. cit., lib. 9.º, caps. XVIII-XXI. Toribio, *Hist. de los Indios*, M. S., part. I, cap. XV; *Rel d'un gent. huom.*, en Ramusio, tomo III, fol. 306.

El conde Carli se sintió arrebatado de entusiasmo al ver en Strasburgo una muestra de pinturas de plumas; «jamás se ha hecho, según creo», exclama, «cosa más exquisita en cuanto al brillo de los colores, a la imperceptible gradación de los matices y a la belleza del dibujo; ningún artista europeo pudiera haber trabajado cosa semejante». (*Lettres Américaines*, let. 21, not.) Aun hay un lugar de la República Mexicana, Pázcuaro, donde, según Bustamante, se tienen algunos conocimientos en este arte interesante, y en que se ejerce, aún muy en pequeño y a gran costa. Sahagun, *ubi. supra*, nota.

(2) *¡O felice monetam quæ suavem utialemque præbet humano*

No había en México la distinción de castas que en Egipto y Asia; no obstante, era costumbre que el hijo siguiera la profesión del padre. Había como especies de gremios de artesanos, que ocupaban cada uno un barrio especial; tenían su jefe, su deidad tutelar, sus fiestas públicas, etcétera. El comercio era muy honrado en todo el Anáhuac: «dedícate», era el consejo de un anciano, «querido hijo mío, a la agricultura, a trabajar la pluma o a cualquiera otra profesión honesta, que así lo hicieron nuestros padres; ni de otra manera, ¿cómo habían de haberse proporcionado la subsistencia para sí y sus familias? Jamás se ha visto que baste por sí sola la nobleza para mantener a nadie (1). ¡Sabias máximas, pero que deben haber sonado un poco mal a los oídos de los *hidalgos* españoles! (2)

Pero la ocupación más estimada era la del comercio: la manera con que se ejercía es tan sigular e importante. que debieran los historiadores habernos dejado acerca de todo esto noticias más completas. El mercader azteca era una especie de comerciante ambulante, que hacía sus expedi-

generi potum, tea tartarea peste avaritiæ suos immunes servat possessores, quod suffodi aut diú servari nequeat! De Orbe Novo, dec. 5, cap. IV. Véase también la carta de Cortés, *apud Lorenzana*, página 100, *et sequentes*. Sahagun, op. cit, lib. 8.°, cap. XXXVI. Toribio, *Historia de los Indios*. M.S., part. III, cap. VIII. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Lo que en tiempo de Marco Polo reemplazaba la moneda entre los chinos, era igualmente sencillo, pues que consistía en pedazos de papel estampado, hecho de la corteza interior del moral. Véase la obra *Viaggi di Messer*, Marco Polo, gentil huomo venetiano, lib. 2.°, cap. XVI I, apud Ramusio, tom. IV.

(1) «Procurad saber algún oficio honroso, como es el hacer obras de pluma u otros oficios mecánicos Mirad que tengáis cuidado en lo tocante a la agricultura. En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su nobleza.» Sahagun, op. cit., lib. 6.°, cap. XVII

(2) Colección de Mendoza, ap. *Antig. de México*, vol. I, lám. 17, vol. VI. f. 66. Torquemada, op. cit., lib. 2.°, cap. XLI.

ciones hasta más allá de los límites de Anáhuac, llevando consigo ricas estofas, joyerías, esclavos y multitud de objetos de comodidad. Los esclavos se compraban en el mercado de Atcapozalco, no muy lejos de la capital, en cuyo mercado había para la venta de estos seres desgraciados, ferias perfectamente arregladas. Llevábanlos vistosamente vestidos sus dueños mismos: cantaban, bailaban y manifestaban públicamente sus habilidades para hacerse recomendables al comprador. El tráfico de esclavos era ocupación honesta entre los aztecas (1).

Con tan rica carga, partía el mercader a visitar remotas provincias, a cuyos jefes llevaban ordinariamente algún regalo del soberano, y de los cuales recibía otro en compensación, y, además, el permiso de viajar. Si se le negaba o si sufría violencia o maltrato, ponía en uso los medios de resistencia que tenía a su disposición, pues que, en efecto, emprendía sus viajes acompañado de otros de su misma clase y considerable número de sirvientes empleados en llevar los efectos. La carga corriente de un hombre eran 50 ó 60 libras. Toda la caravana iba bien armada y en estado de defenderse, caso de ser atacada inesperadamente, todo el tiempo necesario para que les mandasen socorro de su nación. En una ocasión uno de estos cuerpos de mercaderes militares puso sitio durante cuatro días a la ciudad de Ayotlan, y la quitó a sus enemigos (2). Su Gobierno, por otra parte, siempre estaba pronto a aprovechar estos pretextos, y a seguir una guerra que paraba en que se extendiesen los dominios del imperio mexicano. No era tampoco raro que se permitiese a los mercaderes levantar tropas y ponerse a la cabeza de ellas. Pero sobre

(1) Sahagun, op. cit., lib. 9, caps. IV, X y XIV.
(2) Sahagun, op. cit., lib. 9.°, cap. II.

todo, lo más frecuente era que el príncipe emplease a los mercaderes en clase de espías que le diesen noticias del estado en que se encontraban los países por donde viajaban, y de la disposición de sus habitantes hacia él (1).

Así es que figuraban como parte muy principal en el cuerpo político; se les permitía usar insignias y distintivos propios; algunos de ellos formaban a lo menos en Texcuco, lo que los escritores españoles llaman *Consejo de Hacienda* (2), aconsejaban frecuentemente al monarca, que siempre tenía a algunos de ellos cerca de su persona; recibían de él el tratamiento de *tío*, que nos recuerda el de *primo* que los soberanos de España dan a los grandes; permitíaseles tener cortes propias en las que terminaban todos los asuntos, tanto civiles como criminales, sin exceptuar ni aún los que exigían sentencia capital; de suerte que formaban un cuerpo enteramente independiente; y como además su género de comercio les abría fuentes abundantes de riqueza, gozaban de muchas de las más esenciales prerrogativas de una aristocracia hereditaria (3). Es ciertamente una

(1) Ibid., lib. 2.°, caps. II-IV.

En las tablas mendocinas hay una que representa la ejecución de un cacique y su familia, y la destrucción de su provincia, ocasionadas por haber maltratado a unos mercaderes aztecas. *Antg. de México*, volumen I, lám. 57.

(2) Torquemada, op. cit., lib. 2.°, cap. XLI.

Ixtlilxochitl cuenta la curiosa historia de uno de los de la real familia de Texcuco, que juntamente con otros dos mercaderes ofreció visitar la corte de un cacique enemigo y traerle a la capital muerto o vivo. Aprovecháronse para realizar su tentativa, de una orgía en la cual iban a ser sacrificados. *Historia Chich.* M. S., cap. LII.

(3) Sahagun, op. cit., lib. 9.°, cap. LII.

El libro nono de la obra ofrece una noticia completa de los mercaderes, sus viajes, las ceremonias religiosas que se practicaban al partir, y el suntuoso género de vida que tenían al regresar; este notabilísimo cuadro prueba que los mercaderes de Anáhuac gozaron en ese

anomalía en la historia encontrar una nación imperfectamente civilizada, y donde sólo los nombres del soldado y del sacerdote eran títulos respetables, en que el comercio era una de las sendas que conducían a la preeminencia política; esto forma cierto contraste con las más cultas monarquías del Viejo Mundo, donde se juzga menos deshonroso entregarse a una vida de muelle pasatiempo y frívolo placer, que no a esos activos trabajos que promueven a la vez la dicha individual y la prosperidad del Estado. Confesemos francamente que si la civilización destruye muchas preocupaciones, en cambio, engendra otras.

Todavía nos podremos formar una idea más exacta de la cultura a que habían llegado los naturales del país, penetrando en su hogar doméstico y observando el trato de los dos sexos, para lo cual afortunadamente poseemos los medios necesarios. Allí veremos al feroz azteca dando muestras de toda la sensibilidad de un hombre culto, consolar a sus amigos en las desgracias o felicitarles en su próspera fortuna, como, por ejemplo, con motivo de su casamiento o del nacimiento de un hijo: les visitaba con toda puntualidad, y les llevaba de regalo costosos vestidos y ornamentos, o sencillamente flores, con las que significaba no menos su afecto: las visitas en semejantes ocasiones, aunque arregladas con toda la etiqueta del Oriente, iban acompañadas de las más expresivas demostraciones de cordial estimación (1).

pueblo semicivilizado de prerrogativas y distinciones sólo comparables a las de los príncipes mercaderes de las Repúblicas italianas, o a las de los comerciantes regios de la nuestra.

(1) Sahagun, op. cit., lib. 6.°, cap. XXIII, XXXVII. Camargo, *Historia de Tlaxcallan,* M. S.

Estos cumplimientos se verificaban a épocas fijas, y aun durante el embarazo. Todos estos pormenores los refiere con sobrada gravedad

La educación de los niños, principalmente en las escuelas públicas, era, como ya lo hemos dicho arriba, excesivamente rígida (1); pero cuando la joven azteca llegaba a la nubilidad, se la trataba por sus padres con ilimitada ternura y franqueza. Al entrar las jóvenes en el mundo, se les conjuraba a conservar ilesa la simplicidad de las costumbres y a guardar un aseo riguroso en su persona y vestidos; se les inculcaba la modestia como el más bello ornamento de una mujer, y se les inspiraba el respeto a su marido, endulzando estos consejos con los epítetos cariñosos que podía dictar la ternura del amor paternal (2).

y proligidad el padre Sahagun; pero su editor Bustamante ha suprimido algunas de esas pequeñeces por parecerle demasiado indecentes. Si lo eran más que algunas de las notas del editor mismo, muy poco honestas deben haber sido por cierto.

(1) Zurita, *Relación*, págs. 112-134.

La tercera parte de la Colección de Mendoza *(Antigüedades de México*, vol. I), representa los varios castigos ingeniosamente inventados para la corrección de los niños. Para el joven mexicano estaba sembrada de espinas la florida senda del saber.

(2) Zurita, *Relación*, págs. 112-134.

Sahagun refiere los consejos que los padres y madres daban a sus hijas al entrar éstas en la edad madura. ¿Qué cosa puede haber más tierna que el principio de la exhortación de una madre? «Hija muy amada—les decían—, muy querida palomita: ya has oído y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho; ellas son palabras preciosas y que raramente se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazón en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabía que eres su hija, engendrada de él; eres su sangre y su carne, y sabe Dios Nuestro Señor que es así, aunque eres mujer e imagen de tu padre; ¿qué más te puedo decir, hija mía, de lo que está ya dicho?» Sahagun, op. cit., lib. 6.º, cap. XIX. El lector encontrará en el Apéndice, parte 2.ª, núm. 1, una traducción completa de este interesante documento, que contiene sobre la materia los preceptos que se tienen por más esenciales entre las naciones cultas.

Entre los mexicanos era lícita la poligamia, aunque principalmente concedida a las clases elevadas (1).

Los españoles pintan a las indias de entonces, hermosas y muy distintas de sus desgraciadas descendientes, aunque con ese mismo aspecto serio y melancólico que hoy tienen. Su larga y negra cabellera, cubierta, en algunas partes del país, con su finísimo velo hecho de pita, estaba, generalmente, entretejida con flores, y, entre la gente rica, salpicada de piedras preciosas y perlas del golfo de California. Parece que sus maridos las trataban con mucha consideración, y que ellas pasaban la vida en ociosidad indolente o en ocupaciones propias de su sexo, como hilar, bordar y otras semejantes, mientras que sus hijas engañaban las horas recitando cuentos o canciones (2).

Las mujeres tomaban parte en las fiestas y diversiones de los hombres, las cuales eran, frecuentemente, notables: o por el número de convidados o por lo espléndido del servicio. Los salones del banquete estaban embalsamados con dulces perfumes, y el pavimento, regado de hierbas y flores olorosas, que se distribuían, también, con profusión, entre los convidados al paso que iban llegando. Conforme se sentaban a la mesa, se les ponían toallas y bandejas con agua para que se lavasen, pues que la venerable ceremonia de la ablución (3), la practicaban escrupulosamente

(1) En los consejos de un padre a su hijo, encontramos también el muy notable de que Dios ordenó que para multiplicación de una especie, cada hombre usase de una sola mujer. «Nota, hijo mío—le decía—lo que te digo; mira que el mundo ya tiene este estilo de engendrar y multiplicarse, y, para esta generación y multiplicación, ordenó Dios que una mujer usase de un varón, y un varón de una mujer.» *Ibid.*, lib. 6.°, cap. XXI.

(2) *Ibid.*, lib. 6.°, cap. XXI-XXIII; lib, 8.°, cap. XXIII. *Rel. d'un gent. en Ramusio*, t. III, fol. 305. Carta del Lic. Zuazo, M. S.

(3) Tan antiguo, por lo menos, como los tiempos heroicos de la

antes y después de comer (1); en seguida, se ofrecía a los concurrentes tabaco, ya mezclado, en pipas, con sustancias aromáticas, o en forma de cigarros, metidos en tubos de plata o de concha de tortuga. Comprimían las ventanas de la nariz mientras que respiraban el humo, el cual se tragaban frecuentemente; no se dice si, acaso, las mujeres que en la mesa se sentaban aparte de los hombres, disfrutaban también de la fragancia de esa hierba, como sucede hoy en las mejores concurrencias de México. Es curioso que los aztecas hayan tomado la hoja seca del tabaco en la forma del rapé (2).

Grecia. Ya nos figuramos estar a la mesa de Penélope, donde se vaciaba el agua, de jarras de oro en vasijas de plata, antes de que comenzase la comida. Aquellas fiestas ofrecen algunos puntos de semejanza con las de los aztecas y demuestran un mismo grado de civilización en ambos pueblos. Se admira uno, sin embargo, de ver mayor profusión de metales preciosos en la estéril isla de Itaca que en México; pero la fantasía del poeta, era una mina más rica que Itaca y México.

(1) Sahagun, op. cit., lib. 6.º, cap. XXII.

Entre los excelentes consejos de un padre a su hijo, encontramos el rigurosísimo de no sentarse a la mesa hasta no haberse lavado las manos y la cara, y de no levantarse de aquélla sino después de haber hecho la misma operación y limpiádose los dientes: estos consejos se daban con toda la minuciosidad propia de un asiático. «Al principio de la comida lavarte haz las manos y boca, y donde te juntares con otros a comer, no te sientes luego; mas antes tomarás el agua y la jícara para que se laven los otros y echarles haz agua a las manos, y después de esto, cogerás lo que se ha caído por el suelo y barrerás el lugar de la comida, y, también después de la comida, lavaráste las manos y la boca y limpiarás los dientes.» *Ibid.*, loc. cit.

(2) *Rel. d'un gent. huomo*, en Ramusio, t. III, fol. 306. Sahagun, op. cit., lib. 4.º, cap. XXXVII. Torquemada, op. cit., lib. 13, capítulo XXIII. Clavijero, op. cit., t. II, pág. 227.

Los aztecas acostumbraban fumar después de comer, para prepararse a la siesta, que dormían con la misma invariabilidad de un cas-

La mesa estaba bien provista de manjares sustanciosos, especialmente pavos, siendo notable entre ellos el pavo que equivocadamente se supone ser originario del Oriente (1); los platillos de más sustancia estaban mezclados con otros de frutas y legumbres, de que hay una variedad

tellano viejo. La palabra *tabaco*, en mexicano *yetl*, es el nombre que se da a esa planta en Haití. Como los naturales de la Española son los primeros con quienes trataron íntimamente los españoles, estos adoptaron los nombres que aquellos les daban a varias plantas de importancia. El tabaco, bajo cualquiera forma que sea, es de un uso general entre las tribus de la América, desde la costa N. O., hasta la Patagonia. (Véase Mc. Cullah, *Reserches*, págs. 91-94.) Sus multiplicadas propiedades, tanto sociales como medicinales, han sido largamente encomiadas por el Dr. Hernández, en su *Historia Plantarum*. libro 2.º, cap. CIX.

(1) Esta hermosa ave fué traída de México a Europa; los españoles le llamaban *gallo-pavo*, por su semejanza con el pavo real (Véase *Rel. d'un gent. huom.*, en Ramusio, t. III, fol. 306); también a Oviedo (*Relación sumaria*, cap. XXXVIII), el primer naturalista que poco tiempo después de la conquista vió esta ave en las Indias occidentales, adonde había sido llevada, dice él, de la Nueva España. Algunos europeos olvidaron, sin embargo, tan pronto su origen, que la llamaron *turkey*, indicando con esto la creencia vulgar de que procedía del Oriente. Varios naturalistas de peso han sostenido su origen asiático u africano; pero estas opiniones no pueden prevalecer sobre la del sagaz y mejor instruído Buffon. (Véase *Histoire Naturell, article Dindon*). Los españoles encontraron al llegar a México un número inmenso de pavos domesticados, porque allá se les usaba más comúnmente que en ninguna otra volatería. En el estado salvaje se les encontró en los lugares poco frecuentados, no sólo en Nueva España, sino en todo el Continente, desde la parte N. O. de los Estados Unidos hasta Panamá. El pavo salvaje es más grande, más hermoso, y por todos títulos una ave más exquisita que el doméstico. Franklin, dice chanceándose y con cierto chiste, que merecía haber sido preferido al águila para emblema nacional. (Véanse sus obras, vol. X, página 63, de la excelente edición de Sparks.) Pueden encontrarse noticias curiosas e interesantes sobre la historia y propiedades del pavo

deliciosa en el continente norteamericano. Las viandas estaban preparadas de varias maneras, con salsas delicadas y sazones, a que eran muy afectos los mexicanos, y regalaban además el paladar con pasteles hechos de azúcar y flor de maíz. Otro platillo harto desagradable se presentaba en el festín, especialmente cuando tenían un carácter religioso; en ocasiones semejantes se sacrificaba a un esclavo, y su carne, exquisitamente preparada, era uno de los principales manjares del banquete. El canibalismo convertido en ciencia epicúrea, es aún más execrable que de cualquiera otra manera (1).

Los manjares se servían calientes en escalfadores; la mesa, servida por criados numerosos, estaba adornada de vasos de plata u oro, primorosamente trabajados; las cucharas y copas eran de los mismos ricos metales y parecidas a una concha de tortuga. La bebida favorita era el chocolate mezclado con vainilla y diferentes especies que lo hacían más sabroso, y su espuma se preparaba de manera que era casi sólida y se tomaba fría (2). El zumo fer-

real, tanto en la ornitología de Bonaparte, como en la del entusiasta admirador de la naturaleza, Audubon, en la voz *Melleagris*, Gallo-pavo.

(1) Sahagun, op. cit., lib. 4.°, cap. XXXVII; lib. 8.°, cap. XIII; libro 9.°, caps. X-XIV. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. XXIII, *Rel. d'un gent.*, en Ramusio, t. III, fol. 306.

El padre Sahagun ha entrado en tantas menudencias acerca de la cocina de los aztecas y la manera de preparar varios platillos, que se le puede reputar como uno de los que han contribuído no poco al adelanto de la noble ciencia gastronómica.

(2) La espuma delicadamente preparada con especies y varios condimentos, se tomaba fría, tenía consistencia sólida, y el *Conquistador Anónimo* tiene gran cuidado de prevenir «que se abra la boca vacía para facilitar la deglusión de la espuma que se iba disolviendo poco a poco y descendía imperceptiblemente hasta el estómago. (Fol. 306.) Era tan nutritiva, que una sola taza bastaba para sustentar a un hom-

mentado del maguey, mezclado con dulces y ácidos, formaba varios licores agradables de diferentes grados de fuerza, que eran la principal bebida de las personas de edad (1).

Luego que acababa el banquete, los jóvenes se levantaban de la mesa y daban fin a la fiesta de aquel día con un baile. Danzaban graciosamente al son de varios instrumentos, y acompañando sus movimientos de cantos, que, aunque agradables, tenían un tono sentido y melancólico (2). Los convidados, ya ancianos, continuaban a la mesa conversando y bebiendo pulque, hasta que la virtud del licor embriagante les ponía de buen humor. En efecto, no era rara la embriaguez en los ancianos, y es cosa rara que se excusase en ellos y se castigase severamente en los jóvenes. La diversión acababa con una profusa distribución de

bre durante todo un día de camino. El soldado viejo habla de la bebebi *con amore.*

(1) Sahagun, op. cit., lib. 4.°, cap. XXXVII; lib. 8.°, cap. XIII. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. XXIII. *Rel. d'un gent. huom.*, en Ramusio, t. III, fol. 306.

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 7.°, cap. VIII. Torquemada, op., lib. 14, cap. XI.

Los nobles mexicanos tenían en su palacio menestrales que componían canciones en que celebraban las proezas de su señor, y que cantaban en las fiestas al son de varios instrumentos. Era preciso que, en tales fiestas, se bailase más o menos, o en el patio de los palacios o en las plazas de la ciudad. (*Ibid uvi. supra.*) Los magnates tenían también bufones y juglares que les divirtiesen; y los españoles se quedaron admirados de ver su fuerza y su destreza. (Acosta, lib. 6, capítulo XXVIII. Clavijero, op. cit., t. II, págs. 179-186.) Este refiere muchos de sus prodigios verdaderamente sorprendentes. Nada tiene de extraño que un pueblo atrasado en la civilización, se entregue más a los placeres materiales que a los intelectuales, y, por consiguiente, que sobresalga en lo que mira a aquellos. Las naciones asiáticas, los chinos y los del Indostán, por ejemplo, aventajan aun a las naciones más cultas de Europa, en los juegos de agilidad y destreza.

ricos vestidos y adornos que se hacía entre los huéspedes ya al retirarse hacia la media noche; sucediendo entonces que unos se iban a sus casas, como dice un antiguo escritor español, alabando la fiesta, y otros murmurando del mal gusto o extravagancia del dueño de la casa, a la manera que sucede entre nosotros. Es que, en efecto, el hombre es uno mismo en todo el mundo (1).

En esta notable descripción de las costumbres, fielmente sacada de noticias escritas cuando estaba fresca la conquista, no encontramos nada semejante a lo que pasa entre las razas indianas de Norteamérica: en cuanto a la pompa y el lujo, se encuentra alguna semejanza con las costumbres asiáticas; pero en el Asia las mujeres, lejos de tratar libremente con los hombres, están a causa de los celos muy frecuentemente encerradas entre los muros del serrallo. Algunos de los usos brutales de los aztecas los alejan aún más de los europeos, entre los cuales la civilización ha colocado a la más bella porción del género humano en el alto lugar que le corresponde en la escala social. Pero lo que es casi inconcebible, es cómo podían tales usos estar recibidos en un pueblo, por otra parte tan culto; a una sola explicación se presta esa anomalía, y es de suponer que era el resultado de la superstición religiosa, de esa superstición que ofusca las percepciones morales y pervierte el sentido natural hasta tal punto, que aún el hombre civilizado se reconcilia con lo que es más opuesto a la naturaleza; razón por la que los hábitos fundados en

(1) «Y de esta manera pasaban gran rato de la noche, y se despedían e iban a sus casas, unos alabando la fiesta y otros murmurando de las demasías y excesos; cosa muy ordinaria en los que a semejantes actos se juntan.» Torquemada, *Monarch. India*, lib. 13, capítulo XXIII. Sahagun, *Hist. de Nuev. Esp.*, lib. 9, caps. X, XIV.

la religión no pueden tenerse por pruebas concluyentes, al juzgar de la cultura de un pueblo.

El carácter azteca es absolutamente original y único en su especie, y lo que principalmente lo constituye es su heterogeneidad y aún su incompatibilidad aparente; en efecto, él ofrece a la vez todas las peculiaridades propias de diversas naciones, no ya igualmente cultas, sino tan distantes una de otra, como los extremos de la ilustración y la barbarie. Sólo puede compararse exactamente a su clima maravilloso, capaz de producir en unas cuantas leguas cuadradas toda la infinita variedad de vegetales propios de los yermos del Norte, de la templada zona de Europa y del cielo abrasador de la Arabia.

* * *

Una de las obras que he consultado y a que me he referido frecuentemente en el curso de esta introducción, es la idea de una nueva historia general de la América septentrional, por Boturini. Las raras persecuciones que tuvo que sufrir el autor, aún más que el mérito intrínseco de su obra, han asociado inseparablemente su nombre a la historia literaria de México. El caballero Lorenzo Boturini Beneduci, era milanés de nacimiento; descendía de una familia antigua y poseía vastos conocimientos. En 1735 pasó de Madrid, donde residían, a la Nueva España, con asuntos de la condesa de Santibáñez, descendientes de Moteuczoma. Estando desempeñándolos visitó el famoso templo de Nuestra Señora de Guadalupe, y como era devoto y entusiasta, se propuso firmemente reunir todas las pruebas que condujesen a demostrar la maravillosa aparición de aquella imagen.

En el curso de las excureiones que hizo con tal objeto,

se encontró con algunos restos de las antigüedades aztecas, y concibió el designio (que a lo menos para un protestante debía ser más importante que el primero) de reunir en un sólo cuerpo todos los documentos capaces de hacer conocer la primitiva civilización del país; en prosecución de este doble fin, se internó hasta las partes más remotas de aquél, viviendo mucho tiempo con los naturales, pasando las noches algunas veces en sus chozas, otras en antros profundos o en bosques solitarios; trascurriendo aún meses enteros sin que encontrase nada digno de agregar a su colección, porque los indios habían sufrido mucho de los europeos para no desconfiar de ellos. Mas su largo trato con los naturales le proporcionó bastantes coyunturas de aprender su lengua y tradiciones populares, y, por último, de juntar gran cúmulo de materiales, que consistían en mapas jeroglíficos hechos en algodón, pieles y telas de pita, y además en muchos manuscritos indios posteriores a la conquista. Agregábanse a todo esto los documentos relativos a la aparición de la Virgen.

Con tan rico tesoro volvió a la capital después de ocho años.

Su celo cristiano le indujo a solicitar de Roma una bula, autorizando la coronación de la sagrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya bula, aunque sancionada por la Audiencia de Nueva España, no lo fué por el Consejo de Indias. En consecuencia de la falta de este requisito, se arrestó a Boturini, se le confiscaron sus papeles, y cuando comenzaba a hacer el inventario de ellos, le mandaron a un calabozo juntamente con dos criminales. Poco después le llevaron a España, donde hizo una representación al Consejo de Indias, quejándose de tantos agravios y pidiendo su reparación. Al mismo tiempo trabajó su *Idea,* de que ya hemos hablado, en la cual expone el catálogo del *Museo*

que había dejado en Nueva España, y en que con afectado entusiasmo declara «que no trocaría los tesoros de aquella colección ni por todo el oro, diamantes y perlas que encierra el Nuevo Mundo.»

Después de algún tiempo de demora, el Consejo decretó en favor de Boturini; le absolvió de toda tentativa de violación de las leyes, y por el contrario alabó altamente su propósito. Sin embargo, no se le devolvieron aquellos; pero S. M. se dignó nombrarle Historiador general de las Indias, con un sueldo anual de 1.000 pesos, demasiado corto por cierto para hacerle volver a México. Permaneció, pues, en Madrid, trabajando en acabar su Historia general de la América Septentrional, que quedó concluída en 1749.

Poco tiempo después, y antes de que se publicase la obra, murió el autor. A sus herederos se les trató con igual injusticia que a él, de modo que, a pesar de varios decretos en su favor, nunca se les puso en posesión de la colección de Boturini, ni se les otorgó por ella indemnización alguna, y lo que es peor, a lo menos para el público, se puso la colección en los archivos del palacio virreinal de México, donde se miraron con tanto descuido, que los que no destruyó la humedad se los hurtaron los curiosos; de suerte que cuando el Barón de Humboldt visitó a México, ya no quedaba ni la octava parte de aquel valioso tesoro.

He entrado en todos estos pormenores acerca del desgraciado Boturini, porque su vida ofrece la mejor muestra de las persecuciones y obstáculos poderosos que ya por una causa o por otra han tenido que soportar y que vencer en Nueva España los que han emprendido algunas labores literarias en estudiar las antigüedades nacionales.

La obra manuscrita de Boturini jamás se ha impreso, y si es que aún existe, probablemente jamás se imprimirá; aunque es cierto que esto no hará gran falta ni a la ciencia

ni a la reputación de autor. Era este uno de esos hombres entusiastas, amigos de lo maravilloso, y que carece de esa aguda sagacidad que se requiere para estudiar con provecho las confusas ruinas de la antigüedad, y de ese espíritu filosófico que tranquilamente pesa todas las dudas y dificultades. Sirva de comprobante su misma *Idea,* que es un embrollado conjunto de noticias mal escogidas y mal compaginadas, de interesantes menudencias, de ilusiones falsas y fanáticas teorías. Pero no es justo aplicar todo el rigor de las reglas de la crítica a una obra trabajada con premura, a un simple catálogo de riqueza literaria y que el autor mismo presenta para dar a conocer, no lo que hizo, sino lo que debió hacer. Por otra parte, es raro encontrar reunidos en un mismo individuo el espíritu contemplativo y el talento de ejecución: Boturini estaba dotado por la naturaleza de todo entusiasmo y perseverancia necesarias para acumular los materiales que podían ilustrar las antigüedades del país; pero no tenía los tamaños que se requerían para poner manos a la obra.

CAPÍTULO VI

Tezcucanos.—Su edad de oro.—Príncipes excelentes.—
Declinación de su monarquía.

El lector sólo tendría nociones imperfectas de la civilización del Anáhuac si nada supiese sobre los tezcucanos o acolhuas, nación perteneciente a la misma gran familia de los aztecas, sus rivales en poder y muy superiores a ellos en cultura intelectual y en organización política. Afortunadamente que contamos para ello con los recuerdos que nos dejó Ixtlilxochitl, descendiente directo de la familia real de Tezcuco, y que vivió en el siglo mismo de la Conquista; reunía a las grandes oportunidades de recoger noticias, talento y actividad; y si bien su narración deja traslucir las pretensiones de quien quisiera revivir las ofuscadas glorias de una antigua y arruinada familia, es recomendado, unánimemente, por la sinceridad e integridad, y le han seguido, sin contradicción, cuantos escritores españoles han podido consultar sus manuscritos (1). Yo me limitaré, únicamente, a hablar de las cosas notables de los dos reinados que forman lo que pudiera llamarse *la Edad de Oro de Tezcuco;* mas en cuanto a los hechos más minucio-

(1) Véase en el *Post scriptum* de este capítulo el juicio crítico de esta obra.

sos, dejaré que cada lector juzgue de su probabilidad según su fe histórica.

Los acolhuos vinieron al valle de México, como antes lo hemos dicho, al cerrarse el siglo XII, y construyeron su capital a la orilla oriental del lago de México, frente por frente de la ciudad de este nombre. De allí se extendieron, gradualmente, hacia el Norte, donde les detuvieron en su carrera los tepenacas, razas de su mismo origen, los cuales, después de vencer una resistencia desesperada, consiguieron quitar a los tezcucanos su ciudad, matar a su rey y subyugar al reino entero (1). Esto sucedía por el año de 1418. El príncipe Netzahualcoyotl, que entonces no tenía más que quince años de edad, guarecido de las ramas de un árbol, presenció, por sí mismo, el asesinato de su padre (2). Su historia posterior está tan llena de peligros y aventuras novelescas, como la del famoso Scanderberg o la del joven caballero (3).

A poco después de haber huído del lugar de la muerte de su padre, cayó el príncipe teztucano en manos de sus enemigos, a cuya capital fué conducido como un trofeo, para ser luego arrojado en un calabozo. Logró escaparse de allí, merced a la connivencia del gobernador de la fortaleza, antiguo servidor de su familia, quien se puso en vez del príncipe fugitivo, pagando con la vida aquel rasgo de noble lealtad. Al fin, gracias a la intercesión de la familia

(1) Véase el cap. I de esta Introducción, pág. 9.

(2) Ixtlilxochitl, *Relaciones*, M. S., núm. 2. Idem, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XIX.

(3) La historia del primero se cuenta con el talento que es propio de Simondi. en sus *Repúblicas Italianas*, cap. LXXIX. Me parece casi inútil remitir al lector inglés a la *Historia de la rebelión* de 1745, por Chamber; obra que prueba cuán imperceptible es en la vida humana la línea que separa lo fantástico de lo real y verdadero.

reinante en México, de la cual era aliado, obtuvo Netzahualcoyotl el permiso de retirarse a esta capital y en seguida a la suya propia, donde encontró un asilo en el palacio de sus abuelos. Durante ocho años vivió allí sin que le molestasen, entregado al estudio, bajo la dirección del ayo que había cuidado de su primera infancia, y que ahora procuró instruirle en todo lo que debía saber un príncipe (1).

Transcurrido este tiempo, murió el usurpador tepaneca, y el imperio pasó a manos de su hijo, el feroz y suspicaz Maxtla. Luego que éste subió al trono, se apresuró Netzahualcoyotl a pagarle el tributo de obediencia; pero el tirano se rehusó a recibir el humilde regalo de flores que trajo a sus plantas, y le volvió la espalda en presencia de los magnates de la corte. Uno de sus servidores, amigo del joven príncipe, le aconsejó que se pusiese en salvo, ausentándose del palacio lo más pronto posible, pues que corría riesgo su vida. Él no perdió, pues, tiempo en alejarse de aquella corte inhospitalaria, y regresó a Tezcuco; pero el tirano Maxtla había jurado su destrucción, porque veía con celos el talento naciente de su odiado rival, y la popularidad y favor de que progresivamente iba gozando entre sus antiguos súbditos (2).

Urdió, pues, una trama para cogerle en una fiesta nocturna; pero quedó frustrada merced a la vigilancia del tutor del príncipe, que ideó en engañar a los soldados, poniendo en lugar de su pupilo una víctima que se le pareciese (3). El burlado tirano se quitó entonces todo disfraz, y mandó

(1) Ixtlixochitl, *Relaciones*, M. S., núm. 10.

(2) Idem ídem, *ubi. supra.* Idem, *Hist. Chich.*, caps. XX-XXIV.

(3) Idem, *Hist. Chich.*, cap. XXV. El intento se logró sustituyendo una persona de extraordinaria semejanza; recurso muy cómico, pero nada trágico, como luego lo conocerá el que haya leído dramas.

a Tezcuco una fuerte partida de tropa, con orden de entrar en el palacio de Netzahualcoyotl, apoderarse de su persona y matarle en el sitio. El príncipe, que por la vigilancia de su ayo sabía ya el proyecto, en vez de huír como le aconsejaban, resolvió aguardar a sus enemigos. Cuando estos llegaron, le encontraron jugando a la pelota en el patio de su palacio; recibióles cortésmente, y les invitó a que tomasen algún refresco y a descansar de su jornada. Entretanto que ellos se ocupaban en esto, él pasó a un salón contiguo, que no despertó ninguna sospecha, por estar abiertas las puertas de comunicación. En el tránsito había un incensario que soplaban algunos sirvientes, los cuales, al pasar el príncipe, le envolvieron en nubes de incienso tan espesas, que le ocultaron a la vista de los soldados. Bajo este velo amigo consiguió escaparse por un tránsito secreto que comunicaba con un gran acueducto de tierra, hecho de mucho tiempo atrás para conducir el agua a palacio (1); allí permaneció hasta entrada la noche, en que al favor de la oscuridad se introdujo en los suburbios, y se refugió en la choza de un antiguo vasallo de su padre.

El monarca tapaneca, rabioso al ver frustradas todas sus tentativas, resolvió no descansar hasta realizarlas. Puso precio a la cabeza del real fugitivo; prometió a quien quiera que le presentase muerto o vivo, la mano de una dama noble, y juntamente con ella una rica dote. Partidas de tropa armada recorrían el país en todas direcciones, habiendo llegado una de aquéllas a entrar en la choza en que se ha-

(1) Era costumbre echar aromas en el incensario luego que entraba algún gran señor. «Echó en el brasero incienso y copal, que era uso y costumbre donde estaban los reyes y señores; cada vez que los criados entraban, con mucha reverencia y acatamiento echaban sahumerio en el brasero; y así con este perfume se oscurecía algo la sala». Ixtlilxochitl, *Relaciones*, M. S., núm. 11.

bía refugiado el príncipe, el cual consiguió escapar felizmente, ocultándose bajo un montón de hebras de maguey con que se iba a tejer una tela. No encontrándose ningún lugar seguro donde ocultarse, resolvió retirarse a las montañas y bosques que formaban el lindero de sus Estados y de la República de Tlaxcalan (1).

Allí sobrellevó una vida errante y miserable, expuesto a todas las inclemencias del tiempo, sepultado en los bosques y las cuevas, de donde salía de noche a satisfacer el hambre, y sobresaltado incesantemente por la actividad de sus perseguidores que no perdían sus huellas. En una ocasión se refugió entre un pequeño grupo de soldados que se le mostraron amigos, y que le ocultaron en un gran tambor, en torno del cual se pusieron a bailar. Otra ocasión iba a doblar la cumbre de una montaña, precisamente al mismo tiempo que sus enemigos la subían del lado opuesto; pero encontró a una manceba que estaba segando *chia* (planta mexicana de cuya semilla se hacía mucho uso para las bebidas) y le rogó que le ocultase bajo los tallos que había cortado. Cuando llegaron sus perseguidores, preguntaron a la mujer si había visto pasar a un fugitivo, a lo que ella respondió tranquilamente que sí, y les señaló el camino que había seguido. Tal era el afecto que se tenía a Netzahualcoyotl y a su familia, que, no obstante las grandes recompensas ofrecidas al que lo entregase, jamás le delataron. Preguntóle una vez Netzahualcoyotl a un joven pasajero que no le conocía, si denunciaría al príncipe si le encontrase en el camino.—No, respondió el otro.—¿Que, ni por la mano de una hermosa dama, ni por su rica dote, lo entregaríais?—El mancebo meneó la cabeza y se echó a

(1) Idem, *Hist. Chich.* M. S., cap. XXXVI. Idem, *Relaciones,* M. S., número 11. Veytia, *Hist. Antig.*, lib. 2.°, cap. XLVII.

reír (1). Más de una vez se sometieron sus fieles súbditos al tormento y aun a la pérdida de la vida, antes que descubrir el lugar de su retiro (2).

Por gratas que fuesen estas pruebas de lealtad, su situación era cada día más penosa; avivando cruelmente sus padecimientos, tener que presenciar los de los de sus compañeros de infortunio. «Abandonadme a mi suerte, les decía: ¿por qué exponéis vuestra vida por la de un hombre a quien la fortuna no se cansa de perseguir?» La mayor parte de los señores principales de Tezcuco, consultando con su propio interés, habían abrazado por entonces el partido del tirano; pero algunos de ellos, siempre fieles a su príncipe, habían preferido la proscripción y aun la muerte antes que abandonarle en la desgracia (3).

Entretanto que esto pasaba, sus amigos de lejos se esforzaban por libertarle: la opresión de Maxtla y su ruinosa dominación, habían causado una alarma general en los Estados comarcanos que recordaban con tristeza y suspiraban por el suave Gobierno de los tezcucanos. Formóse, pues, una Liga, concertóse un plan de operaciones, y el día señalado para el levantamiento general se encontró Netzahualcoyolt a la cabeza de una fuerza bastante para hacer frente a sus adversarios los tepanecas. Trabóse, al fin, un combate en que estos últimos quedaron completamente derrotados, y a cuya consecuencia el príncipe vic-

(1) Netzahualcoyolt le dijo «que si viese a quien buscaban, si lo iría a denunciar, respondió que no; tornándole a replicar, diciéndole que haría muy mal en perder una mujer hermosa y lo demás que el rey Maxtla prometía; el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo uno ni de lo otro». Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XXVII.

(2) *Ibid, ubi. supra et olibio. Ibid*, *Relaciones*, M. S., número 11. Veytia, op. cit., lib. 2.°, caps. XLVII y XLVIII.

(3) Ixtlilxochitl, *ubi. supra*. Veytia, *ubi. supra*.

torioso entró en la capital después de recibir en su tránsito los lisonjeros homenajes de sus gozosos súbditos, que le recibían no como a un proscrito fuera de la ley, sino como a su legítimo soberano. Netzahualcoyolt logró, al fin, sentarse en el trono de sus antepasados.

Poco tiempo después, unió sus fuerzas a la de los mexicanos, que estaban profundamente disgustados de la arbitraria dominación de Maxtla. Las potencias aliadas, después de una serie de sangrientos encuentros con las tropas del usurpador, le hicieron replegarse a los muros de la capital: él huyó a los baños, de donde le sacaron para sacrificarle, según las crueles ceremonias usadas por los aztecas. La ciudad real de Atzcapozalco fué arrasada hasta los cimientos, y su devastado suelo quedó designado para que sirviese a todas las naciones de Anáhuac de mercado de esclavos (1).

A estos sucesos siguió la célebre alianza de las tres potencias de México, Texcuco y Tlacopan, de las que ya hemos hablado en uno de los capítulos precedentes (2). Dijimos también que los historiadores no están acordes en cuanto a los términos de la alianza; que los escritores de las dos primeras naciones vindican la supremacía para la suya respectiva, aunque todos convengan en que la de menos consideración era la de Tlacopan, situadas lo mismo que las otras, a orillas del lago. En lo que no cabe duda es en que los tres aliados siguieron unidos en todas las determinaciones y empresas, ya de paz, ya de guerra, hasta poco tiempo antes de la venida de los españoles.

La primera providencia de Netzahualcoyolt, luego que subió al trono, fué proclamar una amnistía general, porque

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., caps. XXVIII-XXXI. *Relaciones*, núm. 11. Veytia, op. cit., lib. 2.º, caps. LI-LIV.

(2) Véase la pág. 11.

su máxima favorita era que «un rey puede castigar, pero es indigna de él la venganza» (1). En el caso presente no sólo no castigó, sino que lejos de esto perdonó generosamente a muchos nobles y rebeldes, y les confirió destinos de confianza e importancia. Semejante conducta era indudablemente la que dictaba la política, tanto más cuanto que la defección de algunos de aquellos, más se debía atribuír a miedo al usurpador, que a desafecto al príncipe legítimo; pero es preciso convenir en que sólo las almas magnánimas son capaces de esos actos de política generosa.

El restaurado monarca, luego que subió al trono, procuró reparar los daños que había causado el mal Gobierno de los tepanecas, y crear, o por lo menos reformar todos los ramos de la administración. Dispuso un Código de legislación conciso, completo y tan adecuado a las necesidades de la época, que le adoptaron por suyo los otros dos miembros de la triple alianza. Estaba, empero, escrito con sangre y hacía a su autor digno más del nombre de Draco, que del de Solón, que han querido darle sus apasionados admiradores (2). La humanidad es uno de los frutos preciosos de la civilización: sólo cuando ésta se perfecciona procura el legislador evitar a los hombres el dolor aun cuando sea para castigar el crimen; sólo entonces, recurre a un sistema penal, cuyo objeto sea más bien evitar el mal futuro que castigar el que ya está hecho (3).

(1) «Que venganza no es justo la procuren los reyes, sino castigar la que lo merecía.» Ixtlilxochitl, M. S.

(2) Clavijero, *Hist. de Mess.*, t. I, pág. 247.

El Código de Netzahualcoyotl constaba de ochenta leyes, de las cuales, según Veytia, sólo nos han llegado treinta y cuatro. (Op. cit., t. III, página 224, nota.) Ixtlilxochitl refiere muchas de ellas en sus manuscritos.

(3) En ninguna parte se explanan más claramente estos principios que en los escritos de nuestro compatriota adoptivo el Dr. Leiber, que

La pesada carga del Gobierno la dividió en varias partes, que confió, respectivamente, a los Consejos de Guerra, Hacienda y Justicia. Este último, con la autoridad suprema en todos los asuntos civiles y criminales, era el Tribunal de apelación de los inferiores, los cuales estaban obligados a darle, cada ochenta días, cuenta exacta de sus procedimientos. En todas Corporaciones se permitía, a cierto número de simples ciudadanos, tomar asiento entre los nobles y los funcionarios propietarios. Había, además, otro Cuerpo, un Consejo de Estado que ayudaba al monarca en el despacho de los negocios y le daba su dictamen en los asuntos de importancia. Sus miembros pertenecían a la primera nobleza; eran en número de catorce y tenían la prerrogativa de sentarse a la mesa del monarca (1).

Había, finalmente, otro Cuerpo extraordinario, llamado el Consejo de Música, pero cuyo Instituto era enteramente diverso del que indicaba su nombre, pues tenía a su cargo el adelanto de todas las ciencias y las artes. Toda obra sobre la Astronomía, la Cronología, la Historia o cualquiera otra ciencia, tenía que ser revisada por aquel Cuerpo antes de su publicación. De poca importancia debe haber sido esta censura previa en lo concerniente a la Historia, porque, según el cruel Código de Netzahualcoyotl, era crimen de muerte la alteración deliberada de la verdad; a lo que se agrega que muy torpe debía de ser el historiador

trata, más o menos, de la teoría de la legislación; tales escritos no podían ser producciones más que de nuestro siglo.

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XXXVI. Veytia, op. cit., lib. 3.º, cap. VII.

Según Zurita, los jueces principales, que se reunían cada veinte días, formaban también una especie de Cortes, que consultaban al rey en los grandes negocios de Estado. Véase su *Relación*, pág. 106, y también la pág. 30.

tezcucano que no fuese capaz de eludir la acusación de mentiroso por medio del denso velo de los jeroglíficos. El Cuerpo de que vamos hablando, formado de todas las personas instruídas del reino, sin atender a su clase o condición, tenía a su cargo vigilar sobre todas las producciones de la industria. Decidía de la aptitud para ejercer el Magisterio; vigilaba sobre el cumplimiento de las ofertas que los preceptores hacían al público, castigándoles severamente cuando no las cumplían; establecía exámenes para juzgar del aprovechamiento de los discípulos; en suma, entendía en todo lo que mira a la educación pública. Había día determinado en que se le leían, por los autores mismos, composiciones históricas y poemas sobre la moral y sobre la Historia. En este Cuerpo tomaban asiento los tres príncipes de los Estados confederados; deliberaban acerca del mérito de las piezas que se leían, y distribuían entre los competidores que sacaban la ventaja, premios de gran valía (1).

Estas son las noticias que nos han quedado de aquella academia, que está uno muy distante de esperarse entre los bárbaros de América, y que dan un testimonio más concluyente de su civilización, que las soberbias ruinas que

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., cap. XXXVI. Clavijero, *Hist. de México*, tom II, pág. 137. Veytia, op. cit., lib. 3.º, cap. VII.

«Concurrían a este Consejo las tres cabezas del Imperio en ciertos días, a oír cantar las poesías históricas antiguas, modernas, para instruirse de toda su historia, y también cuando había algún nuevo invento en cualquiera facultad, para examinarlo, aprobarlo o reprobarlo. Delante de las sillas de los reyes había una gran mesa cargada de joyas de oro y plata, pedrería, plumas y otras cosas estimables, y en los rincones de la sala muchos diamantes de todas calidades, para premiar a las habilidades y estímulo de los profesores; las cuales alhajas repartían los reyes en los días que concurrían, a los que se aventajaban en el ejercicio de sus facultades.» Ibid.

cubren algunas partes del Continente. La arquitectura es hasta cierto punto un adelanto material destinado a formar el placer de los sentidos; se dirige al de la vista, y es el mejor teatro para que un pueblo bárbaro despliegue toda su pompa y esplendor; es la obra en que un pueblo semiculto está más dispuesto a disipar sus riquezas; y los más bellos, ostentosos y aún estúpidos monumentos de esta clase, suelen ser la obra de tales manos, porque la arquitectura es uno de los primeros pasos en la carrera de la civilización. Pero la institución de que hemos hablado, prueba evidentemente una civilización más adelantada, porque muestra cierta especie de lujo literario, un gran gusto delicado en toda la nación por ciertos placeres puramente intelectuales.

Donde más benéfica era la influencia de esa academia, era en la capital, que así no sólo era el plantel de todas las ciencias cultivadas por los sabios de la época, sino el repertorio de todas las artes útiles y de lujo. Los historiadores, oradores y poetas, eran famosos en todo el país (1). Los archivos en que estaban atesoradas todas las riquezas literarias de los siglos anteriores (2), tenían local acomodado en el mismo palacio real. Su lengua, más culta que la

(1) Veytia, op. cit., lib. 3.°, cap. VII. Clavijero, op. cit., tomo I, página 247.

Este último cuenta cuatro historiadores, algunos muy afamados, descendientes del rey Netzahualcoyotl. Véase su noticia de los escritos, t. I, págs. 6-21.

(2) En la ciudad real de Tezcuco estaban los Archivos reales de las cosas referidas, por haber sido la metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres, porque los reyes que fueron a ella se preciaron de esto. (Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., Prólogo.) De los pobres restos de estos documentos, tan cuidadosamente guardados por sus antepasados, es de donde sacó el historiador, según nos cuenta el mismo, los materiales para la formación de sus escritos.

mexicana, era el dialecto más pulido de la lengua *Nahuatl*, y aun por algún tiempo después de la conquista continuó siendo la en que estaban escritas las mejores producciones de los indios. Tezcuco puede reclamar para sí, con justo orgullo, el título de la Atenas del mundo occidental (1).

Entre los poetas más ilustres estaba el emperador mismo; es decir, el monarca de Tezcuco, a quien empeñosamente dan tal título los escritores de esa nación. Varias veces se presentó como uno de los lidiadores en los certámenes ante aquella academia en que tan frecuentemente ocupaba el lugar del crítico. Muchos de sus cantares han pasado hasta la última posteridad, y acaso estarán sepultados en algunos de los polvientos repertorios de México o España (2). El historiador Ixtlilxochitl nos ha dejado una versión en castellano, de una de las obras de su real progenitor. No es fácil traducirla en versos ingleses sin hacerle perder toda su gracia, haciéndole pasar por dos lenguas diversas (3). Esas odas nos recuerdan las ricas inspiracio-

(1) «Aunque es tenida la lengua mexicana por materna, y la tezcucana por más cortesana y pulida.» (Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S.) «Tezcuco, dice Boturini, donde los señores de la tierra mandaban a sus hijos para aprender *lo más precioso de la lengua Náhuatl*, la Poesía, la Filosofía Moral, la Teología gentílica, la Astronomía, Medicina y la Historia». Idem, pág. 142.

(2) «Compuso LX cantares», dice el autor últimamente citado, «que quizás también habrán perecido en las manos incendiarias de los ignorantes». *Idea*, pág. 79. Boturini ha dado la traducción de dos de ellos, en su Catálogo, y posteriormente se ha publicado la de otro más.

(3) No obstante las grandes dificultades de la empresa, se ha prestado cortésmente a acometerla un amigo, quien al mismo tiempo que en la traducción, se ha ceñido fidelísimamente al texto castellano; ha dado a aquella una gracia y soltura que probablemente aventajan a las de la versión castellana, y quizás también a las del original mexicano. Véase en el Apéndice, parte II, estas dos traducciones.

nes de la poesía arábiga de España, de esa poesía en que el ardor de la imaginación está templado por una grata y tierna melancolía (1); sin embargo, no son enteramente semejantes, pues aunque igualmente ricas y floridas en la dicción, no tienen ese lujo de hipérboles y de tropos artificiosos en que abunda la poesía oriental.

En la oda de que hablamos se lamenta la vanidad e instabilidad de las cosas humanas, asunto muy propio de un monarca que había experimentado en sí mismo las caprichosas vicisitudes de la fortuna. Entre las sentidas quejas del bardo tezcucano, se deslizaban las máximas del epicurismo, que aconseja desechar todos los temores de la vida futura, entregándose en esta a los placeres (2).

(1) Numerosas muestras de esta poesía oriental nos ha presentado Conde, en su obra titulada: *Dominación de los Arabes en España.* Ninguna de ellas puede igualar a las sentidas cantilenas en que el rey Abderramán, al pie de una palmera, trae a la memoria la risueña tierra de su nacimiento. Véase parte II, cap. IX.

(2) Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoroso;
Tú de flores gozando
Danza y festeja a Dios que es poderoso:
O gocemos de esta gloria
Porque la humana vida es transitoria.

M. S. de Ixtlilxochitl.

Estos mismos sentimientos, tan comunes por otra parte, ha expresado con belleza no vulgar el poeta inglés Heirik en los versos siguientes:

Gather the rose bud, while you may
Old Time is still a flying;
The fairest flower that bloom to-day
To-morow may be dyng.

Es el tiempo fugaz; el dulce aroma
De la temprana rosa respiremos;

Pero no todas las horas del príncipe tezcucano habían pasado en grata conversación con las musas y en contemplaciones filosóficas; en los primeros años de su juventud y de su virilidad, había también conducido a los ejércitos aliados a lejanas excursiones, cuyo éxito victorioso había dado por resultado el acrecentamiento del imperio (1).

Que la flor más bella que hoy nació lozana,
Tal vez marchita morirá mañana.

Quizá ha sido todavía más feliz Racine en la siguiente estrofa:

Rions chantons, dit cette troupe impie;
De fleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs,
Promenons nos désirs.
Sur l'avenir insensé qui se fie!
De nos ans passagers le nombre est incertain.
Hatons-nous aujourd'hui, de jouir de la vie;
Qui saint si nous serons demain?—(Athalie, acte 2.)

Traducción de D. Eugenio de Llaguno y Amirola:

Riamos y cantemos,
Dicen, y nuestra dicha
Divierta sus deseos
De delicia en delicia.
¡Qué insensato es el hombre
Que en lo futuro fía!
Los pasajeros astros
No tienen cuenta fija;
Démonos prisa ahora
A gozar de la vida.
¿Quién sabe si mañana
Seremos ya ceniza?

Es interesante ver las diferentes formas en que se expresa este sentimiento por diferentes razas y en diversas lenguas. No hay duda en que es un sentimiento epicúreo, pero cuya universalidad prueba que es natural en el corazón humano.

(1) Algunas de las provincias y ciudades conquistadas se poseían

Durante la paz, alentó y protegió aquellas artes útiles que pueden tenerse por las fuentes perennes de la pública prosperidad. Pero, sobre todo, protegió la Agricultura, y no había un palmo de tierra, por árida que fuese, ni una roca tan inaccesible, que no ofreciera un testimonio de cuanto puede el cultivo. El país estaba cubierto de una población industriosa y tan numerosa, que en los sitios antes desiertos o que apenas eran miserables aldeas, se levantaban después pueblos y ciudades opulentas (1).

De los recursos que le proporcionaban las conquistas e industria interior del país, sacaba el monarca lo necesario para subvenir a los cuantiosos gastos de su hacienda privada (2) y a las costosas obras que emprendió para utilidad y ornato de la capital. Construyó soberbios edificios destinados a los nobles, cuya residencia en la corte solici-

de mancomún por las tres potencias aliadas; pero Tlacopan sólo percibía la quinta parte de los tributos. Lo mas común era que el territorio conquistado perteneciese a aquel de los grandes Estados confederados a que estaba más próximo. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., cap. XXXVIII. Zurita, *Relación*, pág. 11.

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XLI. El mismo escritor, en otra de sus obras, computa la población de Tezcuco en ese tiempo, en el duplo de lo que era cuando la Conquista, fundando este cálculo en los censos oficiales y en el considerable número de edificios que aún subsistían en tiempos del historiador en aquella ciudad despoblada. «Parece en las historias, dice, que en este tiempo, antes que se destruyesen, había doblado más gente de la que halló al tiempo que vino Cortés y los demás españoles; porque yo hallo en los padrones reales que el menor pueblo tenía 1.100 vecinos y de allí para arriba, y ahora no tienen 200 vecinos, y aun en algunas partes, de todo punto se han acabado... Como se echa de ver en las ruinas, hasta los más altos montes y sierras tenían sus sementeras y casas principales para vivir y morar.» *Relaciones*, M. S., núm. 9.

(2) Torquemada ha sacado los pormenores del gasto anual del Palacio del real libro de cuentas que vino a manos del historiador. Algunas de las partidas son las siguientes:

taba él ansiosamente (1). Erigió un soberbio palacio destinado a la residencia del monarca y a las ceremonias públicas; tenía 1.234 varas de Oriente a Poniente, y 978 de Norte a Sur; estaba rodeado de una cerca hecha de argamasa y ladrillos no cocidos, y mitad de la cual tenía 6 varas de grueso y 9 de altura, y la otra mitad el mismo grueso y 15 pies de altura. Dentro de este recinto había dos plazas. La más exterior servía de mercado, aún después de la Conquista, si no es que hasta hoy tiene este mismo uso, y alrededor de la interior estaban las cámaras de los diversos consejos y las Salas de Justicia; había además en él habitaciones destinadas a los embajadores extranjeros y un gran salón con el cual comunicaban muchos aposentos, en el que se retiraban a estudiar los poetas y sabios o a conversar todos juntos bajo sus pórticos de mármol. También estaban en esta parte del palacio regio, los Archivos de manuscritos, a los cuales cupo mejor fortuna bajo la dinastía india que bajo el Gobierno de los europeos (2).

4.900.300 fanegas de maíz.
2.744.000 fanegas de cacao.
8.000 pavos.
13.000 canastos de sal.

Además de todo esto, cacería de todos géneros, legumbres, especies, etc. (Monarch. Ind., lib. 2.°, cap. LIII.) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.* M. S., cap. XXXV.

(1) Había más de cuatrocientas habitaciones para los grandes y señores.

«Asimismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y caballeros que asistían en su corte, cada una conforme a la calidad y méritos de su persona; las cuales llegaron a ser más de cuatrocientas casas de señores y caballeros de solar conocido.» *Ibid.*, cap. XXXVIII.

(2) *Ibid.*, cap. XXXVI. «Esta plaza, cercada de portales, tenía asimismo por la parte del Poniente otra sala grande y muchos cuartos a la redonda que era la Universidad, en donde asistían todos los poetas,

Aquí se encontraba igualmente el serrallo, tan magnífico y lleno de belleza como el de un sultán de Oriente. Las paredes estaban cubiertas de jaspes o estucos de ricos colores, o cuando no, vestidas de hermosos tapices de variado plumaje. Pasando por dilatadas galerías y por intrincados laberintos de árboles, se llegaba a jardines, a cuyos baños y surtidores daban sombra los altos bosques de cedros y cipreces. En los estanques había multitud de peces de todas clases, y en las jaulas millares de aves de ese rico y brillante plumaje que tienen en los trópicos. Algunos pájaros y otros animales que no se podían conseguir vivos, estaban representados en plata u oro, pero tan perfectamente, que pudieron servir de modelos al gran naturalista Hernández cuando compuso su obra (1).

históricos y filósofos del reino, divididos en sus claves o academias, conforme era la facultad de cada uno, asimismo estaban aquí los Archivos reales.»

(1) Este famoso naturalista fué enviado a Nueva España por Felipe II. Gastó muchos años en compilar su obra voluminosa sobre los varios productos naturales del país, acompañada de numerosas láminas ilustrativas. No obstante que se dice que el Gobierno gastó 60.000 ducados en la ejecución de la obra, no salió a luz hasta mucho después de la muerte del autor. En 1651 se publicó en Roma una edición incompleta de la parte de la obra relativa a la botánica médica. Se creía que los manuscritos originales habían sido destruídos pocos años después en el incendio de El Escorial, pero afortunadamente encontró el infatigable Muñoz otra copia de mano del autor mismo, en la librería de los jesuitas, en Madrid. Esto fué a fines del siglo pasado, y en 1790 se publicó bajo la protección del Gobierno en la famosa imprenta de Ibarra, en Madrid, una bella edición de todas las obras. (*Hist. Plant. Præfat. Nic. Ant. Bibliot. Hisp. Nov.*, Matriti. 1790, t. II. página 432.)

La obra de Hernández es un modelo de laboriosidad y erudición, y es la más notable en su línea, por ser la primera que se emprendió sobre tan difícil asunto. Su mérito es tal, que aún después de los trabajos de otros naturalistas más modernos, aún conserva su alta auto-

También se tenían dispuestos a los soberanos de México y Tlacopan palacios regios para cuando venían a visitar la corte. Todo el edificio contenía 300 habitaciones, algunas de ellas de 50 varas en cuadro (1). No se hace mención de la altura, pero es de presumir que no sería muy considerable y que se la supliría con la inmensa superficie que ocupaba. El interior no era ciertamente de materiales muy sólidos, sino principalmente de maderas que en aquel país luego que están pulidas, se hacen notables por el brillo y variedad de sus colores; mas no por eso se puede poner en duda que usaban piedras y otros materiales igualmente sólidos, pues lo prueban así las ruinas de nuestros tiempos, las cuales han sido una innagotable cantera que ha bastado para la construcción de la iglesia mayor y demás edificios que erigieron los españoles en el antiguo asiento de la ciudad (2).

No se sabe el tiempo que se gastó en la construcción del palacio; pero se dice que se emplearon en ella 200 000 operarios (3). Será de esto lo que se quiera; pero lo que consta es que los reyes de Tezcuco pudieron disponer de inmensas masas de hombres, a la manera que los monarcas de la Asia y del antiguo Egipto, y que alguna vez ocuparon en obras públicas a toda la población de un Estado

ridad, justamente debida a la manera hábil, fiel y completa con que se consideran en ella las diversísimas materias de que trata.

(1) Ixtlilxochitl. *Hist. Chich.* M. S., cap. XXXVI.

(2) «Algunos de terrados sobre que estaba construído», dice M. Bullock, hablando de este palacio, aún se conservan en buen estado y están cubiertos de una mezcla durísima e igualmente hermosa que la que se encuentra en los antiguos edificios romanos... La iglesia mayor, que está allí cerca, se ha construído casi enteramente con los materiales sacados del palacio, muchas de cuyas piedras esculpidas se ven en las paredes, aunque los más grabados quedan de la parte de adentro.

(3) Ixtlilxochitl, *ubi. supra.*

conquistado, sin excluír ni a las mujeres (1). Los monumentos de arquitectura más gigantescos que ha visto el mundo, jamás habrían sido levantados por las manos de hombres libres.

Contiguas al palacio del rey estaban las habitaciones de sus hijos, que subían a 60 varones y 50 hembras, tenidos en varias mujeres (2). Dábanles allí una educación adecuada a su gran rango, inclusas ciertas cosas, como el arte de trabajar los metales y las plumas, la joyería, etc., que más allá del Atlántico difícilmente harían parte de la educación de un príncipe.

Una vez cada cuatro meses se reunía en una gran sala la familia real (sin exceptuar ni a los más jóvenes, e incluso todos los oficiales y servidores de la corona), a escuchar un discurso que pronunciaba un orador, probablemente un sacerdote. En semejante ocasión, todos los príncipes iban vestidos de *nenquez,* la tela más grosera del país. Comenzaba el predicador extendiéndose largamente acerca de los deberes de la moral y de la piedad más especialmente importantes en aquellas personas a quienes por su puesto o dignidad tocaba dar el ejemplo. Algunas veces daba mayor novedad a la ceremonia, haciendo alguna alusión oportuna a las faltas notorias de alguno de los miembros de su auditorio. Ni aún el mismo monarca estaba exento de esta saludable reprimenda, y el orador tenía la audacia de

(1) Así por ejemplo, para castigar a los Chalcas por su rebelión, se obligó a toda su población, hombres y mujeres (dice el cronista tantas veces citado), a trabajar durante cuatro años en los edificios públicos. Se abastecieron vastos graneros de todo lo necesario para su manutención. Idem, *Hist. Chich.* M. S., cap. XLVI.

(2) Si bien el pueblo no era adicto a la poligamia, es preciso convenir en que el soberano, como veremos que sucedía en México, recompensaba liberalmente al súbdito que se le rehusaba.

recordarle que su principal deber era respetar las leyes que él mismo había dado. El príncipe, lejos de molestarse por esto, escuchaba humildemente la lección, mientras el auditorio, según se nos cuenta, se deshacía en lágrimas arrancadas por la elocuencia del predicador (1).

Estas curiosas escenas nos recuerdan las que solían pasar en la corte despótica de los soberanos de Asia y Egipto, que alguna vez venían a descender desde su alto puesto, y en conceder a sus súbditos el placer de consolarse con la idea de que también los déspotas son mortales (2). Se lisonjeaba la vanidad del esclavo al verse, aunque fuese por un momento, nivelado con un señor, mientras que a éste, que tanto distaba del primero, le costaba poco dar estas muestras efímeras de familiaridad. Es probable que un príncipe menos absoluto, no se prestaría a tales actos de humillación pública.

La pasión que tenía Netzahualcoyotl por la magnificencia y el lujo, se conocía en sus numerosos sitios reales, embellecidos con cuanto puede ser delicioso un retiro campestre; su residencia favorita era Tezcotzingo, cerro de figura cónica, que dista de la capital cerca de dos leguas (3). Estaba dispuesto en forma de terrados, vestidos de jardines, a los cuales se subía por escaleras de 520 escalones, algunos de ellos cortados en la viva peña (4). En el jardín de la

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. XXXVII.

(2) Los sacerdotes egipcios se conducían más cortésmente, pues que al mismo tiempo que oraban para que toda clase de virtudes descendiesen sobre el príncipe, dejaban caer sobre sus ministros todo el peso de la censura. Así, no con la esperanza de la vituperación, sino con el halago de las alabanzas, les indicaban a vivir honestamente.

(3) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. XLII. Véase el Apéndice, parte II, núm. 3, para la descripción original de este palacio.

(4) «Quinientos y veinte escalones.» Dávila Padilla, *Historia de la Provincia de Santiago*. (Madrid, 1596), lib. 2, cap. LXXXI.

parte superior había un estanque de agua que venía por un acueducto de algunas millas de largo y que atravesaba el valle y el cerro, sostenido por enormes pilares de mampostería. En medio de la fuente había una gran piedra en que estaban esculpidos jeroglíficos que representaban los años que había reinado Netzahualcoyotl y los principales sucesos acaecidos en cada uno de ellos (1).

En los pisos inferiores había otras tres fuentes, en medio de las cuales estaba una estatua de mármol que representaba a una mujer, y era emblemática de los tres Estados del imperio. En otro estanque, finalmente, había un león de piedra, alado y con un retrato del emperador en la boca (2). A pesar de que se había retratado a este último en oro, madera, pluma y piedra, el único retrato suyo que le agradaba, era el del león.

De estos numerosos depósitos salía el agua por numerosos canales e iba a regar los jardines o cayendo en forma cascadas a esparcir una fecundante lluvia sobre las flores y aromáticos arbustos que estaban abajo. En los claros de estos bosques fragantes, se levantaban pórticos y

El escritor que vivió en el siglo XVI, contó por sí mismo los escalones. Los que no estaban hechos en la roca misma, estaban derrumbándose, pues que aún entonces estaba ya arruinándose todas las partes del edificio.

(1) En la cumbre del cerro estaba la imagen de un coyote, *coyotl*, animal muy parecido a la zorra, que, según la tradición, representaba a un indio célebre por sus ayunos. La tal imagen fué destruída por el verdadero iconoclasta, el obispo Zumárraga. *(Hist. de Santiago*, lib. 2.º, cap. LXXXI.) Esta figura era, indudablemente, la de Netzahualcoyotl, cuyo nombre, como lo hemos indicado en otra parte, significaba *zorra hambrienta*.

(2) «Hecho de una peña un león de más de dos brazas de largo, con sus alas y plumas, estaba echado y mirando a la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro que era el mismo retrato del rey.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XLII.

pabellones de mármol. En el duro pórfido había excavados baños, que los ignorantes naturales del país enseñan aún hoy, llamándoles baños de Moteuczoma (1). Se baja a ellos por escaleras cortadas en la viva piedra, cuyos escalones estaban tan pulimentados y brillantes como un espejo (2). Cerca de la base del collado, en medio de bosques de cedros gigantescos cuyo ramaje esparcía en aquellos sitios amenos una grata frescura aun en los calores del estío (3), se levantaba el palacio regio, cuyos arcos esbeltos y espaciosas galerías estaban envueltos en el perfume de aquellos mágicos jardines. Allí iba el monarca a descansar de la pesada carga del Gobierno, y a solazar su fatigado espíritu en medio de sus concubinas favoritas, reposan-

(1) Bullock habla de una hermosa fuente de doce pies de largo y ocho de ancho, que tenía en el centro una cavidad o pozo de cinco pies de largo y cuatro de ancho. Lo que no se sabe claramente es lo que había en el fondo de este pozo. Latrobe describe los baños, diciendo que eran dos fuentes de dos pies y medio de diámetro, y que no tenían el ancho bastante para que se pudiese zambullir ningún monarca más grueso que Obero. *Six months in México*, chap. XXVI. *Rambler in México*, let. 7.) Ward habla mucho de esto mismo en su obra *México en 1827*, vol. 2.°, pág. 296. Lo que allí se dice concuerda perfectamente con los informes verbales que me han dado.

(2) «Gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lisas que parecían espejos.» Ixtlilxochitl, *ubi. supra.* Los viajeros poco ha mencionados, hablan también del bello pulimento que tiene todavía el pórfido de que están hechas.

(3) Padilla vió entre las ruinas pedazos de cedro de noventa pies de largo y cuatro de diámetro. Algunos de los arcos que aún quedaban estaban hechos de una sola piedra. (*Hist. de Santiago*, lib. 11, cap. LXXXI.) Peter Martyr habla de una enorme viga que había en los edificios de Tezcuco, la cual tenía ciento veinte pies de largo y ocho de ancho. Tan enormes dimensiones son de tal modo prodigiosas, añade él mismo, que no las creería a menos de que no constase el hecho por testimonios irrecusables. De *Orbo Novo*, decad. 5.ª, capítulo X.

do durante los calores del mediodía bajo las umbrías enramadas de aquel paraíso, y divirtiéndose por la noche en bailes y fiestas. Allí recibía algunas veces a sus hermanos los príncipes de México y Tlacopan, y solía entregarse también a los activos placeres de la caza, en los soberbios bosques de algunas millas en contorno que rodeaban su sitio real y que aun conservaban toda su antigua majestad. Allí se retiró en los últimos años de su vida cuando la edad había templado su ambición y el ardor de su sangre a cultivar en la soledad el estudio de la filosofía y a sacar el fruto de sus meditaciones.

Lo que se nos cuenta de la arquitectura de los tezcucanos, lo confirman las ruinas que aún cubren o están medio enterradas en el cerro de Tezcotzingo. En México no llaman la atención, y su historia ha caído desde muy atrás en completo olvido (1); pero el viajero a quien la curiosidad conduce a aquel sitio, no puede menos de meditar sobre el origen probable de aquellas ruinas, y cuando tropieza con enormes fragmentos de pórfido y granito esculpidos, se ve tentado de creerlos pertenecientes a esas razas primitivas, cuyos colosales monumentos arquitectónicos cubrían ya aquel suelo, mucho antes de la venida de los alcohuas y los aztecas (2).

(1) Es muy deplorable que el actual Gobierno de México no tome mayor interés en las antigüedades indias. ¡Cuánto no se habría adelantado con sólo emplear unas cuantas manos sacadas de las ociosas guarniciones de las ciudades que están allí cerca, en excavar este suelo que puede llamarse el *Monte Palatino* de México! Pero desgraciadamente, en este país, ha sucedido a la edad de la violencia la de la indolencia.

(2) «Sin duda alguna», dice M. Latrobe hablando de estas ruinas inexplicables, «sin duda alguna reconocen más bien que un origen azteca un origen tolteca, y aún ¿quien sabe si se podrían atribuirlas con mayores visos de probabilidad, a un pueblo aún más antiguo?»

Los príncipes tezcucanos tenían varias concubinas; pero sólo una mujer legítima, de la cual salían los herederos de la corona (1). Netzahualcoyotl permaneció sin casarse hasta una edad avanzada. Había sido burlado en su primer amor con una princesa que había sido educada en secreto para partir con él el trono, y que dió su mano a otro hombre. El agraviado monarca sometió el asunto al tribunal competente. Los cónyuges probaron que cuando se había casado la joven, ignoraba que se le destinaba al monarca, y en consecuencia quedaron absueltos por el tribunal con gran honra de éste; que no temió el poder del rey, y del rey que se sometió a decisión de la justicia. Pero esta historia contrasta horriblemente con la que sigue (2).

El príncipe devoraba a sus solas, en su bello palacio de Tezcotzingo, el pesar que ese desengaño le había causado, y procuraba distraerse viajando. En uno de sus paseos, fué hospitalariamente recibido por un antiguo vasallo suyo, el señor de Tepechpan, quien para festejar más cumplidamente a su soberano, hizo que le obsequiase en el banquete una noble dama con quien estaba desposado, y que según la costumbre del país, se había educado bajo el mismo techo; era ella además de la sangre real de México y próximamente emparentada con el monarca de

(*Rambler in México*, lit. 7.) «Yo soy de opinión», dice M. Bullock, «que estas antigüedades son anteriores al descubrimiento de América y hechura de un pueblo cuya historia ya estaba perdida cuando se fundó la ciudad de México. ¿Cómo resolver esta duda? *(Six Months in Mexico, ubi. supra.)* No tendrá grandes dificultades para ello el lector que tome a Ixtlilxochitl por guía. ¡Vería que en este caso y otros no se necesita ir mucho más allá de la Conquista para encontrar el origen de antigüedades, que bien pudieran ser coetáneas de Fenicia y el Egipto antiguo!

(1) Zurita, *Relación*, pág. 12.

(2) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. XLIII.

Tezcuco. Este, que tenía el temple de alma ardiente y apasionado, propio de los países meridionales, quedó prendado de la gracia y encanto de la joven Hebé, y concibió por ella una violenta pasión. A nadie quiso descubrirla; pero luego que volvió a su corte, resolvió satisfacerla, aunque fuese con detrimento de su honra, y allanar el único obstáculo que se le oponía. Para conseguirlo, dió orden al señor Tepachpan de que se pusiese a la cabeza de una expedición que iba a marchar contra los tlaxcaltecas, previniendo al mismo tiempo a dos jefes tezcucanos, que no se separasen del anciano y que le pusiesen en el punto más peligroso de la refriega, donde hubiese de morir; asegurándoles que había cometido un crimen, pero que en consideración a los anteriores servicios de tan buen vasallo, deseaba evitar su deshonra, proporcionándole una muerte gloriosa.

El veterano, que por mucho tiempo había permanecido retirado en sus Estados, miró con extrañeza que tan súbita e innecesariamente se le llamase a una comisión que vendría mejor a varios caudillos jóvenes. Sospechó, pues, la verdadera causa; así es que al despedirse de sus amigos, les manifestó sus tristes presentimientos sobre la suerte que le esperaba. Muy en breve se realizaron, y en pocas semanas quedó su joven desposada libre para disponer de su mano.

Netzahualcoyotl no juzgó que era prudente demostrar públicamente su pasión por la princesa, estando tan reciente la muerte de su víctima; pero sí entabló secreta correspondencia con aquélla por medio de una mujer, y le expresó las vivas simpatías que le inspiraban sus gracias, ofreciéndole además, para consolarla, su corazón y su mano. El primer amante de la joven le había inspirado una pasión demasiado profunda, para que pudiese olvidarle

tan pronto, pero al fin, ignorando la horrible trama urdida para matarle, creyó cumplir con su deber accediendo a las pretensiones del monarca.

Dispuso el rey, para que la cosa pareciese más natural, y para alejar toda sospecha del infame papel que había desempeñado, que la princesa se le presentara en su palacio de Tecotzingo con motivo de unas fiestas que allí iban a hacerse. Estaba, pues, el rey Netzahualcoyotl en un balcón de su palacio de Tezcotzingo, cuando se presentó la joven, y él preguntó con interés, y como si fuese la primera vez que le hería su hermosura. ¿Quién era la amable criatura que estaba en sus jardines? Luego que los cortesanos le informaron de su nombre y condición, ordenó que la trajesen a palacio para que le tributasen los honores debidos a su alta clase. Poco después de esta entrevista le declaró públicamente su pasión, y no mucho después se celebró con gran pompa el matrimonio, al cual asistieron la corte y los dos monarcas de México y Tlacopan (1).

La anterior historia, tan semejante a la de David y Urías, la referían con todas sus circunstancias el hijo y nieto de Netzahualcoyolt, de los cuales sacó sus noticias el historiador Ixtlilxochitl (2). Todos vituperan la acción, como la más vil de la vida de su ilustre progenitor; y, efectivamente, lo es tanto, que es capaz de manchar indeleblemente la de cualquiera hombre por pura e insigne que haya sido bajo todos los demás aspectos.

Era muy exacto el monarca en el cumplimiento de las leyes, bien que su carácter, naturalmente bondadoso, le inclinaba a templar con la clemencia el rigor de aquellas. Cuéntanse de él varias anécdotas que prueban el benévolo

(1) Idem, *ubi. supra.*
(2) Idem, *ubi. supra.*

interés que tomaba en todo lo perteneciente a sus súbditos, y en descubrir y recompensar el mérito, aunque fuese en el más humilde de sus vasallos. No era raro que disfrazado como el célebre califa de las *Noches arábigas,* se pasease con ellos, se mezclase familiarmente en sus ceremonias, para presenciar por sus propios ojos cuál era la condición en que se encontraban (1).

En una de esas ocasiones, yendo acompañado de un sólo señor, encontró a un muchacho que juntaba estacas para quemar. Preguntóle por qué no iba a los bosques que estaban allí junto, donde encontraría toda la leña que quisiese. «Porque es el bosque del rey», le respondió, y éste castigaría con la muerte al que entrase en él. (Es de saberse que los bosques reales de Tezcuco eran muy extensos y guardados por leyes tan severas como las de los tiranos normandos de Inglaterra.) «¿Qué especie de hombre es tu rey?», preguntó el monarca, queriendo ver cómo recibían sus súbditos estas prohibiciones. «Un hombre miserable», respondió el muchacho, que quita a sus súbditos lo que Dios les ha dado (2). Netzahualcoyotl instaba al muchacho por que despreciase estas leyes arbitrarias y por que fuese a coger leña al bosque vecino, donde no había nadie que le denunciase; pero el muchacho se rehusó obstinadamente, increpando ásperamente al disfrazado monarca, por ser un traidor que quería inducirle a él a la desobediencia.

Cuando volvió Netzahualcoyotl al palacio, mandó que compareciesen a su presencia el muchacho y sus padres.

(1) «En traje de cazador (que lo acostumbraba a hacer muy de ordinario), saliendo a solas y disfrazado para que no fuese conocido, y reconocer las faltas y necesidad que había en la República para remediarlas.» Idem, *Hist. Chich.* M. S., cap. XLVI.

(2) Un hombrecillo miserable, pues quita lo que Dios a manos llenas les da. Ibid., loc. cit.

Ellos recibieron esta orden con asombro, y cuando al entrar el muchacho en palacio reconoció al punto que el hombre con quien tan descortésmente había altercado, era el monarca mismo, se llenó de consternación. Pero el bondadoso monarca le tranquilizó, le dió gracias por la lección que él (el monarca) acababa de recibir, le recomendó que guardase siempre el mismo respeto a las leyes, y alabó a sus padres por la buena crianza que habían dado a su hijo, despidiéndose después de haberles colmado de regalos. A consecuencia de esto, suavizó el rigor de las leyes de bosques, de manera que se permitía la entrada a todos ellos, bajo la sola condición de no tocar los árboles no caídos (1).

También se cuenta de él la siguiente aventura. Un pobre leñero y su mujer habían traído su carga de leña para venderla en la plaza del mercado de Tezcuco. El hombre se lamentaba amargamente de su mala fortuna y de las penas que le costaba proporcionarse una miserable subsistencia, mientras que el dueño de palacio que estaba enfrente, se pasaba una vida ociosa y regalada, y gozaba de cuantos placeres se le antojaban. Continuaba quejándose de esta suerte, cuando la mujer le interrumpió, diciéndole que se callase, que tal vez le estarían oyendo. Así sucedía en efecto con Netzahualcoyotl mismo, que oculto dentro de una ventana con celosías que caían al mercado, estaba divirtiéndose, como de costumbre, con observar el gentío que traficaba en la plaza. Inmediatamente ordenó que le trajesen a la quejosa pareja, la cual compareció temblando, como que la conciencia la acusaba. Preguntóles el rey con aire adusto que qué habían dicho. Y habiéndole respondido la verdad, les dijo: que reflexionasen que aunque tenía grandes tesoros a su disposición, le costaba grandes pesa-

(1) Ibid., *ubi. supra.*

res; que lejos de pasar una vida dichosa, le oprimía la pesada carga del Gobierno, y concluyó aconsejándoles que fuesen más cautos en lo futuro, porque «las paredes oían» (1). Mandó en seguida a sus oficiales que les trajesen mantas y alguna cantidad de cacao, que era la moneda del país, y los despidió, diciéndoles: «Idos, que con lo poco que tenéis, ya sois ricos; mientras que yo, con todo y mis riquezas, no soy más que un pobre» (2).

No era avaro; por el contrario, gastaba sus rentas con munificencia, derramándolas sobre sus pobres y honrados vasallos. Especialmente se condolía de los soldados inválidos y de los que habían sufrido algún daño en beneficio de la causa pública, extendiendo la protección aún a sus familias cuando ellos morían. La mendicidad pública, lejos de tolerarla, la castigaba con ejemplar rigor (3).

No sería creíble que un hombre tan ilustrado y de tan altas prendas como Netzahualcoyotl, participase de la sórdida superstición de sus compatriotas ni mucho menos de los sanguinarios ritos que habían imitado de sus vecinos los aztecas. Así fué en efecto: su carácter benigno rechazaba con horror estas crueles supersticiones, mientras por otra parte procuraba revivir en su pueblo el puro y sencillo culto de los tultecas. Esta conducta sabia fué, sin embargo, interrumpida por una circunstancia especial de que vamos a hablar.

Hacía varios años que estaba casado sin tener descen-

(1) «Porque las paredes oían.» (Ibid.) Encontrar un proverbio europeo en los americanos aborígenas, parece cosa extraña y sugiere la sospecha de que allí anda la mano del cronista.

(2) «Le dijo que aquello poco le bastaba, y que viviría bienaventurado, y él con toda la máquina que le parecía que tenía harto, no tenía nada; y así lo despidió.» Ibid., *ubi. supra.*

(3) Ibid , *ubi. supra.*

dencia con la mujer que tan ilícitamente había obtenido. Los sacerdotes le hicieron creer que esta desgracia era debida a que había olvidado a los dioses, y que el único modo de remediarla era aplacarlos ofreciéndoles sacrificios humanos. El rey accedió a esto, aunque con sumo disgusto, y los altares humearon por primera vez con la sangre de los cautivos sacrificados. Viendo que había sido infructuoso, exclamó el rey indignado: «Estos ídolos de palo y de piedra, que ni oyen ni sienten, mucho menos pueden haber formado los cielos, la tierra y al hombre, dueño y señor de todo esto. Algún Dios omnipotente y desconocido es el criador de todo el universo. Sólo él puede consolarme y socorrerme (1).

Entonces se retiró a su palacio de Tezcotzingo, donde permaneció por cuarenta días ayunando, orando y ofreciendo por único sacrificio el suave incienso de copal, y gomas y yerbas aromáticas. Cuéntase que pasado este tiempo, se le apareció una visión, que le aseguró que su petición sería cumplida. Así sucedió de hecho; añadiéndose a esto la satisfactoria nueva del triunfo que sus armas habían alcanzado en cierto lugar, donde acababan de experimentar humillantes reveses (2).

(1) «Verdaderamente, los dioses que yo adoro, que son ídolos de piedra que no hablan ni sienten, no pudieron hacer ni formar la hermosura del cielo, el sol, la luna y estrellas que lo hermosean y dan luz a la tierra; aguas, ríos y fuentes, árboles y plantas que lo hermosean, las gentes que lo poseen y todo lo criado; algún Dios muy poderoso, oculto y no conocido, es el criador de todo el universo. Él sólo es el que puede consolarme en mi aflicción y socorrerme en tan grande angustia como mi corazón siente.» Ixtlilxochitl, M. S.

(2) Idem, ídem.

El manuscrito tantas veces citado en este capítulo, es uno de tantos que dejó Ixtlilxochitl acerca de las antigüedades del país, y forma parte de la colección que publicó en México en 1792, de orden del

Fuertemente robustecidas sus primitivas creencias religiosas, profesó públicamente su fe y se empeñó fervorosamente en sacar a sus súbditos de su degradante superstición y en hacerles concebir de la divinidad más sublimes y puras nociones. Erigió un templo en la forma usual de pirámide, y en la cumbre levantó una torre de nueve pisos para representar los nueve cielos; otro décimo piso, en que remataba la torre, estaba cubierto de un techo pintado de negro, salpicado de estrellas por afuera, y vestido por la parte de adentro de metales y piedras preciosas. Este templo estaba consagrado al *Dios no conocido, causa de todas las causas* (1). Parece probable, en atención al emblema que había en lo alto de la torre y al sentido de los versos que había inscritos en ella, que la adoración del Ser Supremo estaba mezclada con el culto de los astros, recibido de los toltecas (2). En la cumbre de la torre había varios instrumentos músicos, cuyo sonido, acompañado del repique causado por un metal sonoro que hería un martillo (3), servía, en tiempo determinado, para convocar

Gobierno español, el padre Vega. Véase el Apéndice de esta obra, parte 2.ª, núm. 11.

(1) Al Dios no conocido, causa de las causas. Ibid.

(2) Sus primeros templos estaban dedicados al Sol. Adoraban a la Luna como mujer y a las estrellas como hermanas del primero de estos astros. (Veytia, *Hist. antig.*, t. I, cap. XXV.) Los templos cuyas ruinas aún existen en Teotihuacan, a setenta leguas de México, se supone que lo son de los erigidos en aquel pueblo a estas dos grandes deidades. Boturini, *Idea*, pág. 42.

(3) M. S. de Ixtlilxochitl.

Mr. Ranking, que pasa con envidiable confianza sobre los *suppositós cineres* del camino de los anticuarios, dice que el tal instrumento era evidente el *gong*, instrumento de bronce usado por las naciones asiáticas para meter gran ruido. Véase sus *Indagaciones históricas sobre la conquista de México, el Perú, etc., por los mongoles.* (Londres, 1827, pág. 130.)

a la oración a los creyentes. No había en el templo imagen alguna por no convenir ninguna al *Dios invisible*, y estaba expresamente prohibido profanar los altares derramando sangre o haciendo cualesquiera otros sacrificios que no fuesen sencillas ofrendas de flores o de colores balsámicos.

El resto de su vida lo pasó el príncipe en su retiro de Tezcoctzingo, donde se entregó a los estudios astronómicos y tal vez astrológicos, y a meditaciones morales sobre su destino inmortal, dando rienda a sus pensamientos en cantos, o, mejor dicho, himnos llenos de majestad y sentimiento. El extracto de uno de ellos puede darnos idea del giro de sus meditaciones religiosas. La meditabunda y tierna poesía, de que hemos presentado una muestra en las páginas precedentes, estaba a veces teñida de los más sombríos y aun tétricos colores. El alma despedazada, en vez de hallar consuelo en los festivos y frívolos pensamientos propios de la edad juvenil, vuelve sus miradas hacia el mundo, que está más allá de la tumba.

«Todas las cosas de este mundo tienen que acabar y perecer; en lo más brillante de su carrera de esplendor y vanidad, se deterioran y reducen a polvo. Toda la redondez del mundo es un sepulcro (1), y nada de lo que se encuentra sobre el haz de la tierra, dejará de quedar oculto y sepultado bajo de ella. Los arroyos, los ríos, los torrentes, todos se enderezan a su final destino; ninguno vuelve hacia

(1) «Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda ni entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos; aceléranse con ansia para los vastos dominios de *Tluloca* (Neptuno), y cuanto más se arriman a sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que ayer fué no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana.»

el risueño lugar de su nacimiento; todos caminan precipitadamente a perderse en los profundos senos del Océano. Las cosas de ayer no existen hoy, y las de hoy quizá no serán mañana. La tumba está llena del polvo inerte de los corazones que animaban en otro tiempo un espíritu de vida, de los de aquellos que ocupaban tronos, presidían las asambleas, conducían los ejércitos, subyugaban los imperios, se hacían adorar y estaban henchidos de vanagloria, de pompa, de poder y de dominación.»

«¡Pero todas estas glorias pasaron, como se disipa el humo espantoso que sale de la boca del Popocatepetl, sin dejar otro rastro de que fueron más que un recuerdo en las páginas de su cronista!»

«¡Ah! ¿Dónde está el sabio, el valiente, el hermoso? ¡Todos están mezclados en el lodo; y la suerte que a ellos ha tocado, esa misma nos tocará a nosotros y a los que después de nosotros vienen! Ea, ánimo, ilustres, nobles y valientes caudillos, mis verdaderos amigos y leales vasallos, *aspiremos a ese cielo*, *donde todo es eterno y donde nada se corrompe* (1). Los horrores de la tumba no son sino la cuna del Sol, y las negras sombras de la muerte, brillantes luces para las estrellas (2).» El sentido místico de la

(1) Aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe.»

(2) «El horror del sepulcro es lisonjera urna para él, y las funestas sombras, brillantes luces para los astros.»

El texto original de este poema y su versión castellana, aparecieron por la primera vez, según creo, en una obra de Granados Gálvez. *Tardes Americanas* (México, 1778), pág. 90 y siguientes. El original está en lengua otomíe, y tanto él como su traducción castellana, se han publicado por M. Ternaux Compans en el apéndice a la traducción de la *Historia de los Chichimecas*, de Ixtlilxochitl (tomo I, páginas 359-367). Bustamante, que también ha publicado la traducción española en su galería de Príncipes Mexicanos (Puebla, 1822),

última frase, parece aludir a las creencias que profesaban acerca de las mansiones del Sol, cuya superstición forma tan bello contraste con la tenebrosa mitología de los aztecas.

Por el año de 1470 (1), Netzahualcoyotl, cargado de años y de honores, se sintió próximo a su fin. Había trascurrido casi medio siglo desde que había subido al trono de Tezcuco. Había encontrado a su nación desmembrada por las facciones civiles y hundidas en el polvo bajo el yugo de un tirano extranjero. Pero él quebrantó ese yugo, alentó nueva vida en aquel pueblo moribundo, resucitó sus antiguas leyes, y ensanchó sus dominios; le vió floreciendo en medio del calor de la agricultura y el comercio, sacando todo el fruto de sus vastos recursos, y subiendo cada día más en la escala de la civilización. Todo esto había visto, y tocábale además la grata satisfacción de que una gran parte de esa prosperidad se debiese a su sabiduría y acertado gobierno. Su largo y glorioso día tocaba ya al ocaso; pero él se acercó a él con la misma grandeza y serenidad que había demostrado en sus albores matinales y en su esplendor meridiano.

páginas 16 y 17, le llama la *Oda de la Flor*, la cual fué recitada en un gran banquete de nobles de Tezcuco. Si esta oda es la misma de que habla Torquemada (*Monarch. Ind.*, lib. 2.°, cap. XLV), debe haber sido escrita en idioma tezcucano; y ciertamente no es probable que el heterogéneo auditorio del monarca haya podido comprender el otomie dialecto indio, tan diverso de los otros de Anáhuac, por muy bien que lo poseyese el real poeta.

(1) Una aproximación en las fechas es todo lo que se puede esperar de Ixtlilxochitl, cuya cronología está embrollada, de manera que no acierto a desenmarañarla. Así es, por ejemplo, que después de habernos contado que Netzahualcoyotl sólo tenía quince años cuando asesinaron a su padre en 1418, dice después que murió en 1462, de edad de setenta y un años. Así sucede con los demás casos. Compárense los caps. XVIII, XIX y XLIX de la *Historia Chichimeca*.

Poco tiempo antes de su muerte, congregó a aquellos de sus hijos en quienes tenía más confianza, a los principales consejeros, a los embajadores de México Tlacopan y al hijo a quien tocaba la corona, como única prole que había tenido en la reina. Este no tenía entonces más que ocho años; pero ya había dado, en cuanto lo permitía su tierna edad, ricas esperanzas de lo que sería en lo futuro (1). Después de abrazar con ternura al infante, le vistió las insignias reales el aspirante monarca. Dió audiencia en seguida a los embajadores, y cuando ya se habían ido, hizo que el niño repitiese la parte sustancial de la conferencia. Después le dió todos los consejos que estaba en estado de comprender, cuyos consejos le sirvieron después de muchos años, de guía y luz para el gobierno del reino. Le rogó que no descuidase del culto del *Dios no conocido*, y le mostró cuánta pena le cabía de no haber sido digno de conocerle, descubriéndole además la íntima convicción que le asistía, de que tenía de llegar un tiempo en que ese Dios fuese conocido y adorado en aquella tierra (2).

A continuación se dirigió a aquel de sus hijos en quien había puesto mayor confianza y que había elegido para regente.

«Desde este momento, le dijo, te encuentras llenando con este niño el mismo oficio que me tocaba, el de padre. Cuidarás de que viva como corresponde, y ten presente que según tus consejos gobernará un día el reino. Llena su

(1) M. S., de Ixtlilxochitl, *ubi. supra*, cap. XLIX.

(2) «No consintiendo que haya sacrificios de gente humana, que Dios se enoja de ello, castigando con rigor a los que lo hicieren; que el dolor que llevo es no tener luz ni conocimiento, ni ser merecedor de conocer tan gran Dios, el cual tengo por cierto que ya que los presentes no le conozcan, ha de venir el tiempo en que sea conocido y adorado en esta tierra.» M. S., de Ixtlilxochitl.

lugar y condúcele hasta que llegue el tiempo de que sea capaz de gobernar por sí mismo.» Volvióse después a sus otros hijos y les amonestó a que viviesen en buena paz y armonía y a que guardasen fidelidad a su príncipe, que, aunque niño, mostraba más discreción de la que convenía a su tierna edad. «Sedle fieles, añadió, y él os conservará en vuestros derechos y dignidades» (1).

Conociendo que ya llegaba su término, exclamó: «No me importunéis con lágrimas y ociosas lamentaciones. Entonad cantos de alegría y mostraos valerosos; que no lleguen a creer las naciones que he subyugado, que sois menguados y cobardes, sino que piensen, por el contrario, que uno sólo de vosotros baste para someterles al vasallaje.» El intrépido espíritu del monarca se mostró esforzado aun en medio de la agonía de la muerte. Este corazón animoso se estremeció, sin embargo, al dejar a sus hijos y amigos, y el monarca lloró tiernamente sobre su seno cuando les dijo el último adiós. Luego que habían salido de su aposento, ordenó a sus guardias que a nadie le permitiesen volver a entrar, expirando poco después, a los setenta y dos años de edad y cuarenta y tres de reinado (2).

Así murió el mayor monarca, y quizá pudiera decirse que el mejor de los que se sentaron en un trono indio, si fuera posible borrar de su vida la negra mancha que la afea. Su carácter ha sido delineado con mediana imparcialidad por su vasallo el cronista de Tezcuco: «Era sabio, dice, valiente, liberal, y si se considera la magnanimidad de su alma, el gran tamaño y éxito feliz de sus empresas y su profunda y atrevida política, es preciso reconocer que lleva gran ventaja a todos los príncipes y capitanes de este

(1) Idem, *ubi. supra*. También la *Hist. Chich*., cap. XIL.
(2) *Ibid.*, *loco supra citato.*

Nuevo Mundo. Tuvo pocas faltas y castigó severamente las de los demás. Prefirió el bien público a su privado interés. Era muy caritativo por naturaleza, comprando a veces las cosas en el doble de lo que valían realmente, por socorrer a las personas honradas y menesterosas que las vendían , y en seguida las daba a los enfermos y desvalidos. En tiempos de hambre era sumamente bondadoso, pues no sólo les perdonaba a sus vasallos los tributos, sino que socorría las necesidades públicas, abriendo las puertas de los graneros reales. Nunca profesó el culto idólatra de aquella tierra; conocía perfectamente la moral, y, ante todas cosas, procuró la luz de la fe en el verdadero Dios. Creyó en un Dios único, creador del cielo y de la tierra, del cual recibimos el ser, y que jamás se ha ofrecido a los hombres bajo la forma corpórea ni otra alguna, en cuya compañía viven los justos después de su muerte, al paso que los malos sufren penas indecibles. Invocaba al Altísimo, llamándole Aquel por quien somos y que tiene en sus manos todas las cosas. Reconocía al Sol por su padre y a la Tierra por su madre. Aconsejaba a sus hijos que no creyesen en aquellos ídolos, y que les diesen culto puramente externo, y eso por respetar las costumbres públicas (1). Si bien no abolió del todo los sacrificios humanos, imitando los aztecas, por lo menos redujo aquellos únicamente a los esclavos y a los cautivos (2).

He hablado tan largamente de este príncipe ilustre, que poco me queda ya que decir acerca de su hijo y sucesor Netzahualpilli. Me ha parecido más conveniente en atención a los estrechos límites de mi obra, presentar el cuadro

(1) «Solía amonestar a sus hijos en secreto que no adorasen aquellas figuras de ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese sólo por cumplimiento.» Ibid.

(2) Idem, *ubi. supra.*

completo de una sola época, la más interesante seguramente de cuantas ofrecen los anales tezcucanos, que no dirigir mis miradas a un campo más vasto, pero comparativamente más estéril. Con todo, el reinado de Netzahualpilli, personaje notable, contiene interesantes sucesos, que siento tener que pasar en silencio (1).

En muchas cosas tenía el mismo gusto que su padre, y ostentó lo mismo que él, profusa magnificencia en su manera de vivir y en sus edificios públicos. Era más severo en su moral, y en la ejecución de la justicia llevaba la rigidez hasta el punto de sacrificar los sentimientos naturales. Cuéntanse de esto varios ejemplares; pero uno sobre todo concerniente a su hijo mayor, heredero de la corona y que prometía grandes esperanzas. Había éste entablado relaciones novelescas con una de las concubinas de su padre, a la cual llamaban la señora de Tula, mujer de humilde cuna, aunque de raras prendas. Poetizaba con facilidad y era capaz de entrar en graves discusiones con el rey y sus ministros. Vivía en un edificio aparte con grande aparato de grandeza, y adquirió por su hermosura y otras dotes, gran influjo en su real amante (2). Con semejante mujer es con

(1) El nombre de Netzahualpilli significa «príncipe por el cual se ha ayunado», seguramente aludiendo a las grandes hambres que antes de que él naciese había padecido su padre. (Ixtlilxochitl, M. S., *Historia Chichi.*, cap. XLV.) En el cap. IV de esta introducción, he explicado la etimología del nombre Netzahualcoyotl. Si acaso es cierto que «a César y Epaminondas no les conoceríamos si no fuese por su nombre, no es menos cierto que nombres tales como los de los príncipes tezcucanos, difíciles de pronunciar y recordar por un europeo, son muy desfavorables a la inmortalidad de los que los llevan».

(2) «De las concubinas, la que más privó con el rey, fué la que llamaban la señora de Tula, no por su linaje, sino porque era hija de un mercader, y era tan sabia, que competía con el rey y con los más sabios de su reino, y era en la poesía muy aventajada, que con estas

quien el príncipe llevaba una correspondencia en verso, aunque no se sabe si era amorosa. Pero aunque esto último no fuese, el delito exigía pena de muerte. Fué, pues, entregado al tribunal competente, que condenó al desgraciado joven a pena capital. El rey, cerrando su corazón a todos los clamores de la naturaleza, permitió que se ejecutase la cruel sentencia. Pudiera sospecharse en este acto la influencia de ruines pasiones, si fuese este el único ejemplo que había dado de inexorable severidad para los que le eran allegados; pero no, es que él poseía la rígida y austera virtud de un romano, sin ninguna de las gracias que la hacen dulce y amable. Después de ejecutada la sentencia se encerró en su palacio durante varias semanas, y mandó que se tapasen las puertas y ventanas de la casa de su hijo, para que nadie volviese a habitarla (1).

Netzahualpilli tenía por la astronomía la misma afición que su padre, y cuentan que en uno de sus palacios había un observatorio (2). En su primera juventud se dedicó a la

gracias y dones naturales tenía al rey muy sujeto a su voluntad, de tal manera, que lo que quería alcanzaba de él, y así vióselo por sí con gran majestad, en unos palacios que el rey le mandó edificar.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. LVII.

(1) Ibid., cap. LXVII.

El historiador tezcucano refiere algunos ejemplos extraordinarios de su severidad, uno especialmente relativo a su esposa criminal. La historia parecida a los cuentos de un serrallo de Oriente, se encontrará traducida en el Apéndice, parte 2.ª, núm. 4. Véase también a Torquemada, *Monarch. Ind.*, lib. 2.°, cap. LXVI. Zurita, *Relación*, páginas 108-109. Sobre todo era el terror de los magistrados injustos. Poco les quedaba que esperar del hombre que por cumplir las leyes había ahogado en su seno la voz de la naturaleza. Era, como dice Suetonio, de un príncipe que no tenía la fuerza de alma que el que nos ocupa: *Vehemes et in coereendis dilectis, immodieus. Vita Galbae*, sec. 9.

(2) Torquemada alcanzó en sus tiempos las ruinas de él, o lo que pasaba por tal. *Monarch. Ind.*, lib 2.°, cap. LXIV.

guerra; pero el trascurso de los años le hizo mudar de inclinaciones y seguir su género de vida más tranquilo, buscando sus placeres en su estudio favorito o en los blandos placeres de los retirados jardines de Tezcotzingo. Esta vida pacífica se avenía poco con el carácter turbulento de su época y de su rival Moteuczoma. Las provincias lejanas comenzaron a rebelarse contra su poder, la inmoralidad y el disgusto fué cundiendo en sus ejércitos, hasta que, por último el astuto Moteuczoma consiguió, ya por la fuerza, ya por amagos indignos de un rey, usurpar a su aliado de Tezcuco sus más valiosos dominios. Entonces fué cuando se abrogó el título y preeminencias de emperador, que hasta allí habían pertenecido a los príncipes de Tezcuco, como cabezas de la alianza. Así lo refieren los historiadores de esta nación, en cuyo hecho reconocen tácitamente la superioridad de los aztecas, tanto en territorio como en fuerzas y privilegios, en tiempo de la llegada de los españoles (1).

Estas desgracias agobiaron pesadamente el espíritu de Netzahualpilli, aumentándose sus pesares con los tétricos agüeros que tuvo, de las calamidades en que iba a ser envuelto el país dentro de poco tiempo (2). Retiróse, pues, a su palacio de Tezcotzingo, a llorar en secreto sus pesares. Su salud comenzó a declinar rápidamente, hasta que, al

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.* M. S., caps. LXXIII-LXXIV.

El súbito revés de la monarquía tezcucana, inmediatamente después de terminar el reinado de sus dos príncipes más sabios, es de tal modo inverosímil, que se ve uno tentado de creer que nunca llegó al esplendor que le atribuye su patriótico historiador. Véase antes el cap. I, nota, 25 y el texto correspondiente.

(2) Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.* M. S., cap. LXXII.

En una de las páginas subsecuentes de esta historia, encontrará el lector pormenorizada de algunos de estos prodigios, mejor autenticados que muchos milagros.

fin, murió en 1515 (1). ¡Harto dichoso en haberse libertado con esta muerte oportuna, de presenciar el cumplimiento de sus pronósticos, la ruina del país, la extinción para siempre de las dinastías indias! (2)

Cuando se echa una ojeada sobre el breve bosquejo que hemos trazado de la monarquía tezcucana, no puede uno menos de quedar íntimamente convencido de la superioridad que esta nación llevaba a todo el resto de Anáhuac en los grandes rasgos de civilización. Los mexicanos manifiestan indudablemente grandes adelantos en las artes mecánicas y aun en las ciencias matemáticas; pero en la política y la legislación, en las doctrinas especulativas pertenecientes a la religión, en los cultos, ensayos de la poesía y la elocuencia, y en todo lo que depende del refinamiento del gusto y de los progresos de un idioma, los aztecas reconocieron públicamente su inferioridad con respecto a los tezcucanos, pues que a ellos acudían para instruirse, y sus obras eran las que citaban como los modelos, como las obras maestras de la lengua. A los tezcucanos pertenecieron las mejores historias, los mejores poemas, los mejores Códigos, el mejor dialecto. Los aztecas no eran sus rivales mas que en la ostentación de su porte

(1) Ibid., cap. LXXV. O, mejor todavía, a la edad de cincuenta años, si es que el autor no se ha equivocado al fijar en uno de sus capítulos (el XLVI) la fecha del nacimiento del príncipe, en 1465. No es fácil conocer la verdad cuando el autor mismo no se toma el trabajo de ser veraz para consigo mismo.

(2) Sus honras se celebraron con pompas sanguinarias. Sobre su tumba fueron sacrificados doscientos varones y cien mujeres. Su cuerpo fué devorado por las llamas en una pira funeraria, en medio de un montón de joyas y telas preciosas y de incienso; las cenizas fueron encerradas en una urna de oro y llevadas al templo de Huitzilopitchtli, a cuya deidad tenía alguna devoción, no obstante las lecciones de su padre. Ibid.

y aun en la magnificencia de sus edificios; en todo esto desplegaron una pompa y esplendor verdaderamente asiáticos. Por tales cosas no pertenece más que a la mejora material, no a la intelectual; les faltaba ese refinamiento en las costumbres, que es obra de una civilización adelantada y duradera. Se oponía a sus progresos sociales una barrera insuperable, ese culto de sangre que volvía infecto y marchitante hasta el aire que respiraban.

La superioridad de los tezcucanos es, indudablemente, debida a los dos príncipes de cuyo reinado acabamos de hablar. Ninguna situación es más a propósito para hacer la dicha de un pueblo, que la de un hombre que ejerce un poder ilimitado sobre un pueblo semiculto. Dueño absoluto de todos los recursos de la época, puede aprovecharlos, difundirlos indefinidamente entre el pueblo; es semejante a esos manantiales que, nacidos en la cumbre de una montaña y alimentados de la lluvia del cielo, forman después arroyos que corren por en medio de las suaves colinas y de los valles, fertilizándolos y vistiendo su aridez de verdor y de hermosura. Tales fueron Netzahualcoyotl y su ilustre heredero, cuyo sabio Gobierno que duró cerca de una centuria, ocasionó la más saludable revolución en la condición de su pueblo. ¡Es cosa rara que nosotros que habitamos el mismo Continente, sepamos mejor la historia de tantos caudillos bárbaros del Viejo y del Nuevo Mundo, que la de esos varones verdaderamente grandes, cuyos nombres están asociados a la memoria de los períodos más gloriosos en los anales de las razas indias!

No es fácil cosa con la escasa luz que nos han trasmitido los siglos, determinar exactamente el grado de civilización a que habían llegado los tezcucanos. Era ciertamente muy imperfecta, si se ha de tomar en la rigurosa acepción que tiene en Europa la palabra civilización; en algunas de las

artes y en todos los ramos de las ciencias no hicieron más que comenzar; pero iban bien encaminados, y ya habían manifestado un gusto delicado, una sensibilidad exquisita y una aptitud para perfeccionarse, que bajo buenos auspicios les habría conducido a un adelanto indefinido. Desgraciadamente fué su destino caer bajo la dóminación de los belicosos aztecas, cuyo pueblo pagó a sus vecinos los beneficios de la civilización, contaminándoles con su feroz superstición, envolviendo la tierra en letal oscuridad, que bien pronto habría marchitado los ricos pimpollos que iban a brotar, y habría reducido los frutos mismos a polvos y cenizas.

* * *

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, que floreció a principios del siglo XVI, era descendiente en línea recta de los soberanos de Tezcuco. La posteridad real se volvió tan numerosa en pocos años, que no era raro encontrarla reducida a la mayor pobreza, y ganando el pan cuotidiano en las más humildes ocupaciones; pero Ixtlilxochitl, descendiente de la principal mujer de Netzahualpilli, había conservado un rango distinguido. Desempeñaba cerca del virrey el cargo de intérprete, para el cual era muy a propósito por sus conocimientos en los jeroglíficos y en las lenguas mexicana y española. Su origen le granjeaba la amistad de los grandes de su nación, algunos de los cuales conservaban empleos de importacia bajo el nuevo Gobierno, y habían tenido por lo tanto proporción de acopiar manuscritos indios que francamente podía consultar Ixtlilxochitl. Él poseía una librería de consideración, propia suya; y tanto con estos como con los otros materiales, emprendió diligentemente el estudio de las antigüedades tezcucanas. Descifró

los jeroglíficos, recogió los cantos y tradiciones populares, y corroboró estas noticias con las que oralmente recibía de algunos ancianos que habían tratado con los conquistadores. Con tales documentos trabajó varias obras sobre la historia antigua de las razas tezcucanas y tultecas, continuándolas hasta terminar con la ruina del imperio por Cortés. Estas varias obras, compiladas bajo el título de *Relaciones*, son compendios y repeticiones unas de otras, y no se acierta el motivo de esto. La *Historia Chichimeca* es la mejor dispuesta y la más completa de las de toda la serie, y la que por lo tanto he citado más frecuentemente en el curso de esta introducción.

Los escritos de Ixtlilxochitl tienen muchos de los defectos propios de su época. Muy a menudo emplea sus páginas en referir incidentes triviales y aún inverosímiles, aumentando esto último al paso que se trata de acontecimientos más remotos; pero la distancia que disminuye la magnitud aparente de los objetos vistos con los ojos materiales, la aumenta cuando se les ve con los del espíritu. Su cronología, como lo he dicho más de una vez, es confusa y embrollada, hasta el punto de ser imposible desenmarañarla. Frecuentemente presta oídos fáciles a tradiciones y cuentos que en nuestro tiempo asustarían al crítico menos escéptico. No obstante, hay en sus escritos tales apariencias de candor y buena fe, que el lector fácilmente se convence de que la peor causa que reconocen sus errores, es la parcialidad nacional, y ciertamente que semejante defecto es excusable en el descendiente de una alta familia despojada de su antiguo esplendor, y a quien debía ser lisonjero revivirlo (aún más brillante de lo que fué) aunque fuese en las páginas de la historia. Debemos también considerar que si su narración es a veces increíble, depende de que ha intentado penetrar en los misteriosos senos de la antigüedad,

donde se encuentran mezcladas la luz y las tinieblas, y donde todo es susceptible de desfigurarse, como se ve al través del nebuloso medio de los jeroglíficos.

En consideración a esto, vemos que el historiador tezcucano tiene justos títulos a nuestra admiración, por la exactitud de sus indagaciones y por la sagacidad con que las ha dirigido. Nos ha iniciado en el conocimiento del pueblo más culto de Anáhuac, cuya historia, no obstante que se ha conservado, apenas se ha podido comprender en los últimos tiempos; nos ha ofrecido un punto de comparación que rectifique nuestras ideas acerca de la civilización de América. Su lenguaje es sencillo y a veces elocuente y sentido. Sus descripciones, muy pintorescas, y abunda en anécdotas familiares. La naturalidad y belleza de su estilo al referir los acontecimientos más notables de la historia y las aventuras personales de sus héroes, le hacen acreedor al nombre de el *Livio* de Anáhuac.

En lo sucesivo, al tratar de lo relativo a la conquista, tendré que hablar de su mérito literario, pues que en lo que mira a aquel suceso es una de las primeras autoridades. Sus anales manuscritos, pues que hasta hace poco no se habían impreso, han sido diligentemente estudiados y trascritas sus páginas por todos los escritores que han escrito en México, padeciendo algo su reputación por tal motivo, como sucedió a Sahagun.

Su *Historia Chichimeca* se ha traducido al francés por M. Ternaux-Compans, y forma parte de esa inestimable colección de traducciones de documentos inéditos, que tanto ha ensanchado nuestros conocimientos sobre la historia de América. Yo he tenido frecuentes ocasiones de juzgar del mérito de la traducción de Ixtlilxochitl, y aprovecho con placer esta oportunidad de dar un testimonio público de su fidelidad y elegancia.

NOTA.—Era mi intención terminar esta introducción con una «investigación sobre el origen de la civilización mexicana». Pero «las cuestiones relativas al origen de los habitantes de un continente, no pertenecen—dice Humboldt—al dominio de la historia, y quizá ni a la de la filosofía». Livio ha dicho que «para la mayoría de los lectores, ofrece escaso interés el origen y antigüedades de un pueblo». Fundado en el exacto y oportuno dictamen de dos escritores semejantes, y habiendo por otra parte reunido todo lo concerniente a este punto en la primera parte del Apéndice, a él remito antes de entrar en la historia de la conquista a aquellos de mis lectores que estén muy interesados en la discusión.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

España bajo Carlos V.—Progresos de los descubrimientos.—Política colonial.—Conquista de Cuba.—Expediciones a Yucatán.

(1516-1518)

A principios del siglo XVI, España ocupaba tal vez el lugar más prominente en el teatro de Europa. Los numerosos Estados en que había estado dividida por tanto tiempo, se habían refundido en una sola monarquía. La media luna que había reinado allí durante ocho siglos, fué arrojada a los confines de la monarquía: la autoridad de la corona no hacía sombra como en los últimos tiempos, a las clases inferiores del Estado; el pueblo gozaba del inestimable privilegio de la representación política, y lo ejercía con varonil independencia. La nación podría haber llegado a un grado tan alto de libertad constitucional como cualquiera otra de aquella época. Bajo un sistema de benéficas leyes sabiamente administradas, se afianzó la seguridad doméstica, se estableció el crédito público, florecían el comercio, la industria y aun las artes más elegantes, entre tanto que una educación elevada hacía brotar los primeros pimpollos de esa

bella literatura de que tan abundante cosecha se recogió a fines del siglo. Las armas, ocupadas en gloriosas empresas fuera del reino, dejaban a éste florecer en paz. La España se encontró de repente dueña de vastas posesiones en Europa y en África, mientras que otro mundo trasatlántico derramaba en su seno tesoros de incontable riqueza y le abría un campo inmenso y apropiado a gloriosas empresas.

Tal era el estado de la monarquía española al terminar el largo y glorioso reinado de Fernando e Isabel, cuando pasó el cetro en 23 de enero de 1516, a manos de su hija Juana, o mejor dicho, de su nieto Carlos V, que es quien únicamente gobernó la monarquía durante la larga e imbécil vida de su desventurada madre. Durante los dos años siguientes a la muerte de Fernando, desempeñó la regencia por ausencia de Carlos, el cardenal Jiménez, hombre intrépido, hábil y capaz de acometer grandes empresas, pero cuyo orgullo y altivez le hacían no pararse en los medios de cumplir sus designios. Su administración fué, no obstante la rectitud de sus intenciones, funesta a la libertad constitucional, porque él holló las formas legales, y el respeto a las formas legales es un elemento indispensable a la libertad. Pero Jiménez, con todo y sus defectos, era español, y su corazón no anhelaba más que por el bien de España.

Muy de otra manera aconteció cuando el advenimiento de Carlos, quien después de una larga ausencia, se encontró extranjero en la tierra de sus padres. (Noviembre de 1517.) Sus modales, su simpatía y aun su lengua (pues que hablaba difícilmente el castellano), todo era en él extranjero. Conocía poco a su pueblo, su carácter e instituciones, y cuidó todavía menos de respetar todo esto. Su carácter, naturalmente reservado, le retraía de ese trato libre y

franco que pudiera haber corregido, a lo menos hasta cierto punto, los errores de su primera educación. En todo era, pues, un extranjero; así es que se entregó dócilmente a discreción de sus consejeros flamencos, lo cual dió muy malos agüeros de su futura grandeza.

Cuando entró en Castilla, vino acompañado de un enjambre de sycofantes cortesanos, los cuales procuraron, a manera de zánganos, colocarse en todos los empleos honoríficos y productivos que encontraron en el reino. Un flamenco, fué nombrado Gran Chanciller de Castilla; otro flamenco, Arzobispo de Toledo; llegando a atreverse aún a profanar el santuario de las Cortes, mezclándose en sus deliberaciones. Este Cuerpo no se sometió por mucho tiempo a semejante usurpación, y su indignación estalló cual sentaba a los representantes de un pueblo libre (1).

La conducta de Carlos, tan diferente de aquella a que estaban acostumbrados los españoles bajo el benigno gobierno de Fernando e Isabel, enajenó a aquél todos los corazones. Como su carácter empezó a suscitar sospechas, lejos de encontrar esas demostraciones de lealtad, que por

(1) El siguiente pasaje, uno, entre muchos, sacado del fiel espejo de aquella época, la correspondencia de Peter Martyr, prueba sobradamente la intemperancia, avaricia e intolerable arrogancia de los flamencos. El testimonio no puede ser mejor, pues viene de uno que, aunque entonces residía en España, no era español. «*Crumenas auro fulcive inhiant; huic uni studio invigilant. Nec detrectat juvenis Rex. Farcit quaqumque posse datur; non satiat tamen. Quæ, qualisve sit gens hæc depingere adhuc nescio. Insufflat vulgus hic in omne genus hominum, non arctoos. Minores faciunt hispanos, quam si natti essent inter eorum cloacas. Rogiunt jam Hispani, labra mordent, submurmurant tactti, fatorum vices tales esse conqueruntur puod ipsi domitores regnorum ita floccifiant ab his quorum Deus unicos (subrege temperato) Bachus est cum Citherea.*»—*Opus Epistolarum (Amstelodami, 1610), ep. 608.*

lo común acompañan el advenimiento de un nuevo y joven monarca, él no encontró por todas partes más que desafecto y descontento. En Castilla, y posteriormente en Aragón, Cataluña y Valencia, los comunes vacilaron en conferirle el título de rey mientras vivió su madre, y cuando eventualmente se arregló este punto y unieron sus nombres al de los dominios del soberano, accedieron con gran disgusto a las peticiones que les hizo, y no se le concedieron sino con tales precauciones y ejerciendo tal vigilancia, que poco les quedase que esperar a los ávidos flamencos. El lenguaje de las Cortes, en tal ocasión, aunque templado y respetuoso, respira un espíritu de resuelta independencia, que tal vez no se hallará en los anales parlamentarios de ningún otro pueblo de aquel tiempo. Nada tiene de admirable que Carlos haya visto desde luego con desagrado a aquellas asambleas populares, únicos cuerpos de donde tan amargas verdades podían salir y abrirse paso hasta sus oídos (1). Desgraciadamente nada influyó esto en su política, hasta que por último el disgusto que por largo tiempo había estado reprimido en secreto, estalló en esa guerra desastrosa «de las comunidades», que sacudió al Estado hasta sus íntimos fundamentos, y acabó en la destrucción de las libertades públicas.

Esta dañina influencia de los extranjeros se resintió, aunque mucho menos, en la administración de las colonias. Habíase ésta encomendado bajo el último reinado, al

(1) Sin embargo, la nobleza no tardó mucho en manifestar su descontento. Cuando Carlos quiso conferir la famosa orden Borgoñiana de la Flecha de Oro al conde de Benavente, este noble la rehusó altivamente, diciendo: «Soy castellano y no quiero más honores que los de mi patria, tan buenos, a mi entender, como los de cualquiera otra parte.» Sandoval, *Historia y hechos del emperador Carlos V.* (Amberes, 1681), tomo III, pág. 103.

cuidado inmediato de los grandes tribunales, el «Consejo de Indias» y la «Casa de Contratación» o la casa de Indias, en Sevilla. Eran los principales objetos de su institución, llevar adelante los descubrimientos, vigilar sobre los nuevos establecimientos y arreglar las disputas que en ellos se promoviesen. Pero las grandes concesiones hechas a los aventureros particulares, hicieron más en favor de las empresas de descubrimiento, que el patronaje de la Corona y sus ministros. La larga paz de que con tantas interrupciones había gozado la España a principios del siglo XVI era muy favorable a este propósito, siéndole no menos que los caballeros cristianos que ya no podían ir a recoger laureles a los campos de África o Europa, entraron con ansia en la nueva carrera de gloria que se les ofrecía más allá del Océano.

Nos cuesta gran trabajo a nosotros, que desde nuestra niñez conocemos los países más remotos del globo tan familiarmente como los que tenemos a nuestro lado, nos cuesta trabajo, repito, formarnos una idea de lo que sentían los hombres del siglo XVI. Cierto es que entonces ya se había disipado el terrible misterio que por tanto tiempo había envuelto en su profunda oscuridad a la Europa; ya no sobrecogía al europeo el mismo terror vago que cuando Colón arrojó su frágil y atrevida barquilla en un oscuro e ignoto piélago; no, ya había él encontrado un nuevo y glorioso mundo. Pero acerca del lugar en que acababa el mundo, su extensión, su historia, si era continente o isla, etc., no tenían más que nociones vagas y confusas. Muchos había que por ciega ignorancia adoptaban el mismo error a que indujo el grande Almirante su profunda ciencia, el de creer que las nuevas tierras formaban parte del Asia; y como por entonces andaba errante el nauta por las Islas Lucayas y dirigía su carabela al través del mar

Caribe, ya se imaginaban respirando el rico aroma de las Islas Molucas en el Océano Índico. Cada nuevo descubrimiento, interpretado según estas falsas ideas, servía para ratificarles su error o a lo menos para hundir su espíritu en nuevas dudas.

La nueva carrera que se había abierto, tenía todos los encantos de una aventura desesperada, en que se iban a cifrar todas las esperanzas de fama, fortuna y aún de vida. El aventurero no tenía gran certeza por cierto de alcanzar la prez que codiciaba; pero sí la tenía de alcanzar la gloria, objeto igualmente querido de su corazón caballeresco. Si llegaba a volver a su país, ya tenía que hablar de historias maravillosas, de lances peligrosos sucedidos en el extraño pueblo que acaba de visitar, de su clima abrasador, de su rica fertilidad y de su magnífica vegetación, de la que nada de lo de su país podía dar idea ni aun aproximada. Semejantes narraciones añadían nuevos incentivos a la imaginación ya acalorada por la lectura de los romances caballerescos, que en aquel tiempo era la favorita de los españoles. Las ficciones novelescas y los hechos reales y positivos, obraban recíprocamente unas sobre otros, y exaltaban el alma del español hasta ese extremo de entusiasmo que le hizo arrostrar los horribles tormentos que le aguardaban en la senda de los descubrimientos. La vida de un caballero de aquellos días, era una novela puesta en acción; y la narración de sus aventuras en el Nuevo Mundo, forma una de las más memorables páginas de la historia del hombre.

Gracias a este espíritu caballeresco, los descubrimientos progresaron hasta el punto de comprender, al principio del reinado de Carlos V, desde la bahía de Honduras, a lo largo de todas las costas sinuosas de Darien y del continente de la América del Sur, hasta el Río de la Plata. La inmensa barrera del itsmo había sido superada, y el Océano Pa-

cífico surcado por el valiente Núñez de Balboa, sólo siguindo a Colón en esta valerosa «caballería de mar». En el continente americano del Norte se habían explorado las Lucayas, las Caribes y la Península de la Florida. A este último punto había llegado Sebastián Cabot en 1497, al bajar de la costa del Labrador; por manera que antes del año de 1518 en que comienza nuestra historia, ya se había descubierto casi toda la dilatada costa de ambos continentes americanos. No obstante, aún estaban ocultas a la vista del navegante las playas del Golfo de México, en su extenso y recóndito circuito, y con todos los reinos que encerraban; pero había llegado ya el tiempo de su descubrimiento.

La colonización progresaba a la par de los descubrimientos. En algunas islas, en varios lugares de la Tierra Firme, y en el istmo de Dariene, se habían establecido colonias bajo la vigilancia de un gobernador que hacía los oficios y tenía la dignidad de un virrey. Se asignaron terrenos a los colonos para que sacasen el beneficio de sus productos; pero prestóse aún mayor atención al azúcar de caña de las Canarias, porque la azúcar, los palos de tinte y los metales preciosos, eran casi los únicos artículos de exportación en la infancia de las colonias, que entonces todavía no habían introducido esos otros artículos de comercio con las Indias Occidentales, que en nuestros días forman la principal riqueza de aquellas. Aún los metales preciosos, penosamente extraídos de unos pocos mezquinos minerales, les habrían producido poco, a no ser por el gratuito trabajo de los indios.

Isabel había suprimido el cruel sistema de *repartimientos*, o distribución de los indios, en clase de esclavos, entre los conquistadores; y aunque después se permitió nuevamente por el Gobierno, fué con las más estrechas restric-

ciones. Pero es imposible tolerar el crimen a medias, autorizar la injusticia y tener la esperanza de regularizarla. Las elocuentes instancias de los dominicos, que en el Nuevo Mundo se dedicaron a la buena obra de la conversión de los gentiles, con el mismo celo que habían mostrado en sus persecuciones en el Antiguo, y sobre todo las súplicas de Las Casas, indujeron al cardenal regente, Ximénez, a enviar una Comisión plenamente autorizada, que averiguase los agravios y los reparase: estaba además investida de competente autoridad para inspeccionar la conducta de los magistrados civiles y corregir los abusos de la administración. Esta extraordinaria Comisión estaba formada de tres frailes de San Jerónimo y de un eminente jurista; todos ellos hombres de gran sabiduría y de irreprensible piedad.

Los tales desempeñaron su visita con la mayor imparcialidad; pero después de largos debates llegaron a una conclusión enteramente contraria a las peticiones de Las Casas, que insistía en la entera libertad de los indios. Las razones en que aquella conclusión se fundaba, eran principalmente: que los indios no trabajarían, a menos que no se les obligase a ello, y que si no trabajaban, no se comunicarían con los blancos y sería imposible convertirles al cristianismo. Cualquiera que sea el juicio que nosotros nos formamos de semejante dictamen, no tiene duda que esos argumentos eran hijos de la sinceridad, pues que la conducta ulterior de los que lo hacían, aleja de ellos toda sospecha. Al mismo tiempo que opinaban por la esclavitud de los indios, dictaban prudentes medidas destinadas a protegerles y ampararles. Pero fué en vano: aquellas gentes, acostumbradas a pasar todos los días en la ociosidad y la pereza, no pudieron soportar la opresión de sus señores, y la población comenzó a menguar y a desaparecer más

espantosamente de lo que por otra causa desaparecieron los naturales de nuestro país. No creo necesario entrar en más largas noticias acerca de esto, pues mi objeto fué, únicamente, recordar al lector el estado en que se encontraban las cosas en el Nuevo Mundo a la sazón que acontecieron los hechos de que trata mi narración (1).

De todas las islas, la segunda que se descubrió fué Cuba; pero durante la vida de Colón, ninguna tentativa se había hecho para fundar allí una colonia; no obstante que él después de haber recorrido toda su costa meridional, murió creyendo que era parte de un continente (2). Al fin, en 1511, Don Diego, hijo y sucesor del Almirante, y que aún desempeñaba el Gobierno de la Hispaniola, viendo que las minas se habían agotado mucho, propuso que se ocupase la vecina isla de Cuba o *Fernandina*, como se le llamó en honor del monarca español (3). Aprestó una pequeña fuerza que puso a las órdenes de D. Diego Velázquez, al cual lo pintan sus coetáneos hombre de gran experiencia en las cosas militares, pues había servido durante diez y siete años en guerras europeas; honrado, de ilustre

(1) Me tomaré la libertad de remitir a aquellos de mis lectores que quieran conocer más íntimamente la administración colonial española y el estado de los descubrimientos antes de Carlos V, a mi *Historia del reinado de Fernando e Isabel*, parte 2.ª, caps. IX y XXVI; allí se trata este punto *in extenso*.

(2) Véase el curioso documento que atestigua esto, mandado grabar, de orden de Colón mismo, en la obra de Navarrete, *Colección de los Viajes y de Descubrimientos*. (Madrid, 1825), t. II, Col. Dip., número 76.

(3) La isla fué primeramente llamada por Colón, *Juana*, en honor del príncipe Juan, heredero de la Corona de Castilla. Después de su muerte recibió el nombre de *Fernandina*, por deseo del rey; pero el nombre indio ha prevalecido sobre los otros dos. Herrera, *Historia general*, Descrip., cap. VI.

nacimiento, afamado, ansioso de glorias y algo amigo también de las riquezas (1). El retrato estaba trazado por mano no enemiga.

Velázquez, o, mejor dicho, su teniente Narváez, que tomó por su cuenta recorrer el país, no encontró oposición seria de parte de los naturales, que eran de la misma familia afeminada que los de la española. La conquista, gracias a la interposición de Las Casas, el protector de los indios, que acompañó al ejército en esta expedición, se efectuó sin gran derramamiento de sangre. Un solo jefe, sin embargo, llamado Hatuey, que había conseguido escaparse de Santo Domingo, hizo una desesperada resistencia, por la cual le condenó Velázquez a que le quemasen vivo. Él fué, ese indio, el que le dió aquella memorable respuesta, más elocuente que todo un volumen de invectivas. Habiéndole instado a que abrazase el cristianismo, como el único camino que podía llevarle al cielo, preguntó si allí había blancos, a lo cual le respondieron afirmativamente. «Entonces, respondió, no quiero ser cristiano, porque no quiero volver a ir a ninguna parte donde haya hombres tan crueles.» (2)

Acabada la conquista, Velázquez, que había sido nombrado gobernador, se ocupó activamente en promover la prosperidad de la isla. Formó cierto número de colonias,

(1) «*Erat didacus ut in hoc loco de eo semel tantum dicamus, veteranos miles, rei militaris gnarus, quippe qui septem et decem annos in Hispaniam militian exercitus fuerat, homo probus, opibus genere et fama clarus, honoris cupidos scuniae alicuanto cupidior.*» *De rebus gestis, Ferdinandi Cortessii*, M. S.

(2) La historia, refiere Las Casas, en su espantoso recuerdo de sus paisanos en el Nuevo Mundo; crueldades de que la caridad de buen padre y nuestro sentido común nos permiten dudar un poco. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* (Venecia, 1643), página 28.

cuyos nombres eran los mismos que tienen las ciudades de nuestros días, haciendo a Santiago, situado en la punta S. O., asiento del Gobierno (1). Alentaba a los colonos dándoles grandes particiones de tierras y repartimientos de esclavos; animábales a cultivar el suelo y principalmente la azúcar de caña, artículo de comercio tan lucrativo en estos últimos tiempos; se proponía, sobre todo, trabajar las minas que ofrecían dar mejores productos que las de la Española. Los cuidados del Gobierno no le estorbaban pensar en los descubrimientos que se podían hacer todavía en el Continente; así es que aprovechó la conyuntura que la fortuna le ofrecía de realizar lo que tanto deseaba, que era tomar parte en una de estas doradas aventuras.

Un hidalgo de Cuba, llamado Hernández de Córdoba, se hizo a la vela con tres embarcaciones, en una expedición a una de las Lucayas, en busca de esclavos indios (febrero 8 de 1517). Encontró con vientos contrarios que le alejaron mucho de su ruta, y le llevaron al cabo de tres semanas a extrañas y desconocidas playas. Habiendo desembarcado y preguntado el nombre de aquella tierra, le respondieron los habitantes de ella, *Tectetan*, lo cual significa «no entiendo a usted». Pero los españoles, creyendo que aquel era el nombre del país, llamaron a este corrompiendo la palabra que habían oído, *Yucatán*. Otros autores dan a este nombre una etimología diferente (2). Tales

(1) Entre los más antiguos establecimientos españoles, se cuentan la Habana, Puerto Príncipe, Trinidad, San Salvador y Matanzas, este último punto llamado así por la matanza de españoles que hicieron allí los indios. Bernal Díaz, *Historia de la Conquista*, cap. VIII.

(2) Gomara, *Historia de las Indias*, cap. LII, apud Barcia, t. II. Bernal Díaz dice que la palabra se deriva del nombre de un vegetal llamado yuca y tale, el de un collado en que se le planta. *(Hist. de la Conq.*, cap. VI.) M. Waldeck encuentra una etimología mucho más

errores no eran raros en los primeros descubridores, y han dado origen a muchos de los nombres de los países del continente americano (1).

Córdoba tocó en el cabo N. E. de la Península, en el cabo Catoche. Quedóse asombrado al ver la magnitud y solidez de los edificios, hechos de cal y piedra, mientras que las endebles habitaciones de los isleños estaban hechas de juncos y cañas. No le causaron menos extrañeza el gran cultivo del suelo y la delicada fábrica de las telas de algodón y adornos de oro que formaban el vestido de los habitantes. Todo esto anunciaba una civilización muy superior a cuanto hasta allí habían encontrado en el Nuevo Mundo. En el espíritu guerrero de los naturales, encontraron otra prueba evidente de que pertenecían a una raza distinta. Seguramente había precedido a los españoles el rumor de su venida, porque repetidas veces les preguntaron si venían del Oriente, y porque dondequiera que abordaban encontraban la más negra enemistad. Córdoba mismo, en una de las refriegas con los indios, recibió más de doce heridas, escapando ileso únicamente uno de los de su acompañamiento. Por último, después de haber costeado la Península hasta Campeche, regresó a Cuba, adonde llegó pasados varios meses y después de haber experimentado todos los males a que estaban sujetos estos descubridores marítimos y a los que sólo el ánimo más esforzado podía resistir; el resultado de la expedición fué que pereciese la mitad de

plausible en la derivación de la palabra india Ouyonckatan «oí lo que dicen». *Voyage Pittoresque,* pág. 25.

(1) Según Herrera (op. cit., dec. 1.ª, lib. 6.º, cap. XVII), dos navegantes, Solís y Pinzón, han descrito la costa desde 1506, aunque no hayan tomado posesión de ella. Es, en efecto, muy notable que hubiese permanecido desconocido por tanto tiempo, no distante de Cuba más que dos grados.

los que la formaban, y eran 110 hombres, incluyendo entre los muertos al valiente comandante que murió a poco de su regreso. Los informes que dieron los que habían vuelto, y más que esto las preciosas muestras de oro primorosamente trabajado que trajeron, convencieron a Velázquez de la importancia del descubrimiento, disponiendo, en consecuencia, todo lo necesario para aprovecharse de él (1).

Armó, pues, una escuadrilla de cuatro embarcaciones para que se dirigiese a las tierras nuevamente descubiertas, y la confió al mando de Juan de Grijalva, hombre cuya probidad, prudencia y afecto, le hicieron preferible. La flotilla dejó el puerto de Santiago de Cuba el 1.° de mayo de 1518 (2). Tomó el mismo derrotero, seguido por Córdova; pero fué arrojada un poco al Sur, por lo que la primera tierra que tocaron fué Cozumel. De allí pasó en poco tiempo Grijalva al continente, costeó la Península y tocó en los mismos puntos que su predecesor. Dondequiera que llegaba quedaba como él, admirado del grandísimo adelanto social, principalmente en la arquitectura; y a fe que tenía razón, pues que esta era la región donde se encontraban esas extraordinarias ruinas que aun recientemente han sido objeto de tantas especulaciones. Asombróle no menos encontrar enormes cruces de piedra, objetos evidentes de

(1) Oviedo, *Natural y General Historia de las Indias*, M. S., libro 63, cap. I. *De rebus gestis*, M. S. Carta del cabildo de Veracruz (julio 10, 1519), M. S.

Bernal Díaz niega que el objeto primero de la expedición en que entró, haya sido procurarse esclavos, aunque Velázquez lo propuso así. Pero en este punto está en contradicción con las otras autoridades contemporáneas arriba citadas.

(2) Itinerario de la Isota de Yuchatan novamente ritrovata por el signor Joan de Grijalva, per il suo capellano, M. S.

En cuanto a la fecha, me atengo a la que da el capellán; aunque generalmente se dice que fué el 8 de abril.

adoración; lo cual le recordó su patria, por lo que le dió al nuevo país el nombre de Nueva España, nombre que después se ha hecho extensivo a un territorio mucho más considerable (1).

En todas partes encontraba Grijalva la inhospitalaria acogida que Córdova; pero le hizo menos daño que a él, porque también iba mejor dispuesto para resistirlo. En el río de Tabasco o de Grijalva, como le llaman comúnmente en recuerdo de aquel navegante, tuvo éste una conferencia amistosa con uno de los principales jefes, que le regaló cierto número de láminas de oro, dispuestas en forma de armadura. Cuando siguió costeando las costas de México, uno de los capitanes que llevaba Pedro de Alvarado, que se hizo después famoso en la Conquista, entró en un río al cual dejó también su nombre. En un riachuelo de las cercanías, llamado el Río de Banderas, por haber desplegado los naturales a la margen de él, sus insignias militares, es donde tuvo Grijalva las primeras conferencias con los mexicanos mismos.

El cacique que gobernaba aquella provincia había recibido noticias de la llegada de los españoles y de su aspecto sorprendente: estaba deseoso de adquirir todos los informes que pudiese con respecto a ellos y al objeto de su visita, para transmitirlos a su amo y señor el emperador azteca (2). Verificóse la primera conferencia amistosa en la playa, a la cual Grijalva había hecho salir toda su tropa para hacer una impresión muy provechosa en el ánimo del bárba-

(1) *De rebus gestis*, M. S. *Itinerario del Capellano*, M. S.

(2) Según los escritores españoles, el cacique había sido enviado con estos regalos, por el soberano de México, que anticipadamente había tenido aviso de la venida de los españoles. Yo he seguido a Sahagun, cuyas noticias precedían directamente de los indios. *Historia de la Conquista*, M. S., cap. II.

ro jefe. La entrevista duró algunas horas, aunque como ninguno de los dos tenía intérprete, se entendieron únicamente por gestos. Trocaron sin embargo algunos regalos, y los españoles tuvieron la satisfacción de recibir, en cambio de unos cuantos dijes y fruslerías de ningún valor, un rico tesoro de joyería, adornos y vasos de oro de la más bella figura, y hermosamente trabajados (1).

Grijalva creyó entonces que con entablar aquel tráfico más lucrativo y feliz que los sangrientos proyectos que se había formado, habían llenado el objeto de su misión. Se rehusó, pues, obstinadamente a las instancias que le hacían sus compañeros, para que fundase allí una colonia, obra harto difícil en un país tan poderoso y poblabo como parecía ser aquél. Algo inclinado estaba él a hacerlo así, pero era contrario a las instrucciones que llevaba y en que se ordenaba que se limitase a traficar con los naturales. Mandó, pues, a Alvarado, que regresase en una de las carabelas a Cuba, llevándose el tesoro y todas las noticias que habían adquirido sobre el grande imperio que encerraba aquel país, prosiguiendo él su viaje a lo largo de la costa.

Tocó en San Juan de Ulúa y en la isla de Sacrificios, llamada así por él, a causa de los sangrientos restos de víctimas humanas que encontró en uno de los templos. En seguida continuó su correría hasta la provincia del Pánuco, donde habiendo encontrado alguna dificultad para doblar un cabo muy tormentoso, regresó por el mismo camino y volvió salvo a Cuba, después de seis meses de ausencia.

(1) Gomara ha dado el pro y el contra de esta diferencia, en la cual se trocaron por oro y alhajas que bien valdrían quince o veinte mil pesos de oro, abalorios, alfileres, tijeras y otras fruslerías de las que forman ordinariamente un cargamento destinado a salvajes. *Crónica*, cap. VI.

Grijalva tuvo la gloria de ser el primer navegante que asentó la planta en el suelo mexicano y que abrió el trato y comunicación con los aztecas (1).

Al llegar a tierra supo, con no poca sorpresa, que se había aparejado otra y más formidable armada, que continuase los descubrimientos que él había hecho, y que el gobernador le había dejado orden precisa y en términos no muy lisonjeros, de que al punto se presentase en Santiago. El gobernador no le recibió tan sólo fríamente, sino que le hizo las más graves inculpaciones por haber despreciado la bella oportunidad que tuvo de establecer una colonia en la tierra que acababa de visitar. Velázquez era uno de esos hombres capciosos, que cuando las cosas no van a medida de su deseo, están prontos a hacer caer sobre otros la responsabilidad de desgracias de que ellos solos tienen la culpa. «Era, dice un antiguo escritor, hombre poco generoso, crédulo y muy suspicaz (2). En el caso presente era aún más injusto. Grijalva, naturalmente modesto y tímido, había procedido enteramente de conformidad con las instrucciones que le había dado el gobernador antes de su embarco, y había procedido así aun en contra de su propio dictamen y a pesar de las instancias de sus compañeros. Su conducta no merecía, por tanto, censura alguna de parte del que le había comisionado (3).

Cuando Alvarado volvió a Cuba con su rico cargamento

(1) Itinerario, M. S. Carta de Veracruz, M. S.

(2) «Hombre de terrible condición, dice Herrera, citando al obispo de Chiapas, para los que le servían y ayudaban, y que fácilmente se indignaba contra aquéllos.» *Historia general*, dec. 2, lib. 3.°, capítulo X.

(3) A lo menos, tal es el testimonio de Las Casas, que los conoció bien a ambos y que conversó muchas veces con Grijalva acerca de su viaje. *Historia general de las Indias*, M. S., lib. 3.°, cap. CXIII.

y con los informes acerca de México, que había podido obtener de los naturales, el corazón del gobernador se henchió de gozo al ver realizados sus sueños de avaricia, tales como se los había formado. Impaciente por la larga ausencia de Grijalva, mandó en busca suya una embarcación al mando de Olid, caballero que después tomó gran parte en la conquista. Finalmente, determinó aprestar otra flota bastante a efectuar la subyugación del país nuevamente descubierto.

Previamente solicitó el permiso de la Comisión de frailes de San Jerónimo, que residía en Santo Domingo. En seguida envió a España a su capellán, con la parte que tocaba al soberano del oro traído de México, y noticias completas de lo que se había averiguado con respecto a esta tierra. Ponderó sobremanera sus muchos servicios, y solicitó de la Corona plenos poderes para proceder a la conquista y colonización de las regiones nuevamente descubiertas (1). Desde antes de recibir la respuesta, comenzó sus preparativos para armar la expedición, y procuró ante todas cosas solicitar una persona que sufragase los gastos y tomase el mando de ella. Después de alguna demora y de varias dificultades, encontró a esta persona en Hernán Cortés, el hombre más a propósito para llevar a cabo aquella grande empresa; pero el último, a quien Velázquez la habría confiado, si hubiese podido prever los resultados.

(1) Itinerario, M. S., Las Casas, *ubi. supra.* La noticia más circunstanciada de la expedición de Grijalva, es la que se encuentra en el itinerario citado. El original se perdió, pero se publicó una traducción italiana en Venecia en 1522. Una copia que pertenecía a Fernando Colón, permanece todavía en la librería de la catedral de Sevilla. Sin embargo de esto, el libro se ha hecho tan raro, que el historiógrafo Muñoz lo copió de su puño, y de esta copia está sacada la que yo tengo.

CAPÍTULO SEGUNDO

HERNÁN CORTÉS.—PRIMEROS AÑOS DE SU VIDA. SU VIAJE AL NUEVO MUNDO.—SU RESIDENCIA EN CUBA.—DISPUTAS CON VELÁZQUEZ.—SE LE CONFÍA UNA ARMADA.

(1518)

HERNÁN CORTÉS nació en 1485 (1), en Medellín, ciudad al Suroeste de Extremadura. Procedía de una antigua y respetable familia, y los historiadores satisfacen la vanidad nacional, haciéndole descendiente de los reyes lombardos, cuyos hijos atravesaron los Pirineos y se establecieron en Aragón, bajo la monarquía de los godos (2). Semejante

(1) Gomara, *Crónica*, cap. I. Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la Conquista*, cap. CCIII. No ha podido encontrar noticias más fijas sobre el día de su nacimiento; excepto, por supuesto, en Pizarro y Orellana, quien nos refiere que Cortés vino al mundo precisamente en el mismo día en que partió de él la infernal bestia, el falso herético Lutero; sin duda para compensar los esfuerzos que éste hacía por derribar la verdadera religión con los que hacía el otro por propagarla y afianzarla. *Varones Ilustres del Nuevo Mundo* (Madrid, 1639), página LXVI. Pero fijar la fecha del nacimiento de nuestro héroe, como lo hace un buen cristiano, en 1483, es servir más a la fe que a la historia.

(2) Argensola, sobre todo, ha emprendido grandes trabajos para averiguar la prosa-pía de Cortés, a quien hace descender (sin poner la

genealogía quedó oculta mientras Cortés no alcanzó una fama capaz de honrar a sus descendientes, aunque ya nobles. Su padre, Martín Cortés de Monroy, era capitán de infantería, hombre de medianas proporciones, pero de honra sin tacha; y según parece, tanto él como su mujer doña Catalina Pizarro Altamirano, parece que eran generalmente estimados por sus excelentes prendas.

Dícese que en su infancia era Cortés muy enfermizo; pero que conforme fué creciendo se robusteció. A la edad de catorce años, deseando su padre que no quedasen estériles las bellas disposiciones del mancebo, le envió a Salamanca a estudiar leyes por parecerle que esta era la profesión que mejor le convenía. El hijo, sin embargo, no parecía estar conforme con semejantes miras. Mostró poco apego al estudio; así es que después de perder dos años en el colegio, regresó a su patria con gran disgusto de sus padres (1). No obstante, no perdió completamente el tiempo, puesto que medio aprendió el latín, a escribir en buena prosa, y aun regulares versos que, como dice un antiguo escritor, colocan a Cortés en el número de los autores (2).

menor duda) de Nanes Cortés, rey de Lombardía y de Toscana. *Anales de Aragón* (Zaragoza, 1630), págs. 621-625. Caro de Torres, *Historia de las Órdenes Militares* (Madrid, 1629), fol. 103.

(1) *De rebus gestis*, M. S.

Las Casas, que conoció al padre, habla más de su pobreza que de su hidalguía. «Un escudero», dice, «que yo conocí harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo, y dicen que hidalgo.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. XXVII.

(2) Argensola, *Anales*, pág. 220.

Las Casas y Bernal Díaz están concordes en asegurar que era bachiller en leyes de la Universidad de Salamanca. (*Hist. de las Ind.*, M. S., *ubi. supra*. *Hist. de la Conq.*, cap. CCIII.) Probablemente el grado de bachiller se lo conferirían al último, cuando la Universidad haya tenido orgullo en contarle entre el número de sus hijos.

Después pasó la vida en esa inútil ociosidad de quien siendo bastante voluntarioso para no dejarse conducir por otro, no se propone hacer nada de por sí. Su genio travieso estaba inventando siempre locuras y antojos contrapuestos a las ideas pacíficas y hábitos ordenados de su padre. Mostrábase muy aficionado a la profesión de las armas, o mejor dicho a la vida aventurera a que entonces se reducía. Cuando a la edad de diez y siete años propuso a sus padres alistarse bajo las banderas del Gran Capitán, aquellos no pusieron obstáculo, prefirieron tal vez que entrase en aquella vida azarosa y aventurera, a que se corrompiese en el seno de la ociosidad.

El mancebo vacilaba acerca de qué preferiría, si militar bajo las banderas de aquel jefe victorioso, o en el Nuevo Mundo, donde además de alcanzar honra y prez, los peligros y aventuras tenían el misterioso encanto de una novela, que fascinaba inexplicablemente la imaginación del joven caballero. Era, por otra parte, el rumbo que seguían las almas ardientes por aquellos tiempos, y principalmente en aquella parte del reino, en la que había vivido Cortés, cerca de Sevilla y Cádiz, foco de las empresas náuticas. Decidióse, pues, a abrazar este último partido, presentándosele una bella coyuntura de llevar al cabo su designio, entrando en la soberbia armada puesta a las órdenes de D. Nicolás Ovando, sucesor de Colón. Pero un accidente desgraciado trastornó los planes de Cortés (1). Estando una noche escalando una pared alta para subir a las ventanas del aposento de una dama con quien andaba en intrigas amorosas, se derrumbaron algunas piedras, cayéndose él con gran violencia y quedando sepultado bajo los escombros. A pesar de que no recibió más que una fuerte contusión, se vió

(1) *De rebus gestis*, Gomara, *Crónina*, cap. I.

obligado a guardar cama hasta después de que la flota ya había partido (1).

Permaneció en su patria durante otros dos años, en los cuales, como es de suponer, no mostró haber sacado gran provecho de la lección. Al cabo de este tiempo aprovechó la oportunidad de embarcarse en una escuadrilla que salió para las islas de las Indias. Tenía diez y nueve años cuando dijo el primer adiós a la playa natal, en 1504, precisamente el mismo año en que perdió España al mejor y más grande de los de su dilatada serie de príncipes, a Isabel la Católica.

La embarcación en que se hizo a la vela Cortés, era mandada por un tal Alonso Quintero. La flota tocó en las Canarias, conforme era costumbre, antes de llegar al lugar de su destino. Mientras que los otros buques se quedaban allí tomando provisiones, Quintero dejó una noche secretamente la isla con el intento de llegar a la Española y asegurarse del mercado antes que sus compañeros. Pero una deshechada tormenta desarboló su buque y le obligó a regresar al puerto a repararse. El resto del convoy consintió en aguardar a su indigno compañero, y después de una breve demora, se hicieron todos a la vela otra vez. Pero el infiel Quintero, luego que estuvieron cerca de las islas, se volvió a aprovechar de la oscuridad de la noche para abandonar a sus compañeros con el mismo designio que anteriormente. Desgraciadamente para él tuvo que bregar con vientos contrarios que le hicieron perder su ruta. Por muchos días anduvo el buque arrojado de acá para acullá, con gan temor de la tripulación y con no poca indignación de ella contra

(1) *De rebus gestis,* Gomara, ibidem.

Argensola ha explicado la causa de su demora de la manera más concisa que era posible: «Suspendió el viaje, dice, por enamorado y por cuartanario.» *Anales*, pág. 621.

el autor de sus calamidades. Por último, una mañana se regocijaron al ver una paloma blanca que, cansada de volar, paró en el mástil de la nave. El biógrafo de Cortés habla de esto como de un milagro (1). Afortunadamente no lo era, sino un suceso natural que probaba, indudablemente, que estaban cerca de tierra; y, efectivamente, en poco tiempo, siguiendo el vuelo de aquella ave, llegaron a Santo Domingo, teniendo el digno comandante el placer de encontrarse ya en ella a sus compañeros, que habían llegado antes que él y habían vendido su cargamento (2).

Luego que desembarcaron se dirigió Cortés a la casa del gobernador, a quien había conocido personalmente en Sevilla. El gobernador estaba actualmente ausente, pues había ido a una expedición al interior de la isla; pero su secretario le recibió cortésmente y le aseguró que sin duda obtendría el solar que solicitaba para establecerse. «Es que yo vengo a adquirir oro, replicó Cortés, no a labrar tierra como un rústico.»

Cuando el gobernador volvió, habiéndose empeñado en persuadirle a que era más fácil realizarse sus deseos por medio de los lentos pero seguros productos de la labranza, en un país donde a los colonos se les daba liberalmente terreno y operarios, que no en aquella lotería en que él quería entrar y que tantas contingencias había de perder, Cortés aplazó sus codiciosos pensamientos para tiempo más oportuno. Recibió, pues, una porción de tierras y un

(1) Hay quien piensa que era el Espíritu Santo en forma de paloma. «*Sanctum esse Spiritum qui in illius alitis specie, ut moestos et aflictas solaretur venire erat dignatus.*» *De rebus gestis*. M. S. Conjetura es esta que a Pizarro y Orellana le ha parecido muy probable, pues que la expedición iba a redundar en provecho de la verdadera fe y de la monarquía castellana. *Varones ilustres*, pág. 70.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. II.

repartimiento de indios y fué nombrado notario de la ciudad de Asua. Sus graves ocupaciones no le distrajeron de esa afición a aventuras amorosas, propia del ardiente suelo en que había nacido; frecuentemente tomaba parte en riñas y pendencias que, aunque buen espadachín, le costaron algunas lacras que le acompañaron al sepulcro (1). De vez en cuando interrumpía la monotonía de su vida campestre, entrando en las expediciones militares que, a las órdenes del teniente Ovando, Diego de Velázquez, se mandaban para reprimir a los indios alzados.

En aquel aprendizaje estudió el joven aventurero la táctica de los indios y el modo de hacerles la guerra; allí se acostumbró a la fatiga y a los peligros; allí también se habituó a esas crueldades atroces que tantas veces mancharon el brillante escudo de los caballeros cristianos en el Nuevo Mundo. Una enfermedad fué lo que en una ocasión le impidió otra vez, aunque por dicha suya, embarcarse en la expedición de Nicuesa, en quien se ha realizado uno de esos casos infelices, de que no hay muchos ejemplos en los anales de la caballería española. Pero la Providencia reservaba a Cortés para mayores designios.

Por fin, en 1511, cuando Velázquez resolvió la conquista de Cuba, Cortés abandonó gustosamente su quieta vida para trocarla por las terribles escenas que se le preparaban, y entró en la expedición. Durante la invasión desplegó una actividad y un valor que le granjearon las alabanzas del comandante; al mismo tiempo que sus modales abiertos y francos, su buen humor y sus chistes picantes, le hicieron el favorito de sus camaradas. «Dió pocas señales, dice un escritor coetáneo suyo, de las grandes prendas que ha mostrado ulteriormente.» Quizá habrá sucedido

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CCIII.

que el tal escritor no las conociese, pues que un observador vulgar debe haber creído incompatibles las alegres chanzas y el trato familiar de Cortés, con cualquiera cosa seria o profunda; a la manera que al ver la tersa y brillante superficie de una corriente, no se sospecha su verdadera profundidad (1).

Después de conquistada la isla, parece que Cortés gozó de gran favor con Velázquez, nombrado gobernador de ella. Según Las Casas, le hizo su secretario (2). Continuó en el camino de la galantería, a cuyos triunfos contribuía mucho la belleza de su persona, sin acordarse de las desgracias que le había ocasionado en los primeros años de su juventud. Entre las familias que habían venido a residir en Cuba, estaba una del nombre de Xuárez, natural de Granada, en España. Componíase de un hermano y cuatro hermanas muy notables por su hermosura. Prendóse el sensible corazón del joven soldado de una de ellas llamada Catalina (3). No se sabe con certeza hasta qué punto llegaron las relaciones; pero parece que le dió palabra de casamiento, la cual, enfriada su pasión por el tiempo y tal vez por la reflexión, no fué muy puntual en cumplir. Así, pues, no obstante las reiteradas instancias de la familia de la joven, se resistió a llevarla a cabo, desentendiéndose tam-

(1) *De rebus gestis*, M. S. Gomara, *Crónica*, caps. II-III. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, lib. 3.º, cap. XXVII.

(2) *Hist. de las Ind.*, *loco citato.*

«*Res omnes arduas difficilesque per Cortesium quen in dies magis magisque amplectebatur*, *Velasquius agit. Ex eo ducis favore et gratia magna Cortesio invidia est orta.*» *De rebus gestis*, M. S.

(3) Solís encontró también para ella una ejecutoria de nobleza; «doncella noble y recatada», la llama. *Hist. de la Conq. de México* (París, 1838), lib. 1.º, cap. IX. Las Casas la trata con menos ceremonia, pues dice que era una hermana de un Juan Xuárez, gente pobre. (Op. cit., lib. 3.º, cap. XVII.)

bién de las de gobernador, quien después comenzó a ver con singular afecto a una de las bellas hermanas, que según se cuenta no le pagaba con la ingratitud.

Fuese la conducta que había seguido el gobernador Velázquez en este asunto, fuese cualquiera otro motivo de disgusto, Cortés, resentido, comenzó a resfriarse con su protector y se hizo del bando no pequeño de los enemigos de aquél. Acostumbraban a comer y conversar sobre las causas de su descontento en casa de Cortés, alegando como la principal entre aquellas, lo mal que había recompensado sus servicios al distribuír las tierras y los empleos. Ya se conocerá cuán difícilmente podría cualquiera de los directores de aquellas colonias, por discreto y bien intencionado que fuese, satisfacer la insaciable codicia de aquellos especuladores y aventureros que como parvadas de arpías, acudían entonces al Nuevo Mundo (1).

Los malcontentos determinaron llevar sus quejas hasta la suprema autoridad, entonces residente en la isla de Santo Domingo, de la cual venía a Velázquez su nombramiento. El viaje era algo peligroso, como que tenía que hacerse en una canoa, en un brazo de más de 18 leguas de largo; pero eligieron a Cortés, cuya intrepidez les era conocida, juzgándolo el más a propósito para aquellas empresas. La conspiración se descubrió y llegó a oídos del gobernador, antes de que saliese el enviado, al cual mandó Velázquez que prendiesen al instante, se cargasen de cadenas y le redujesen a estrecha prisión. Cuéntase que aún le habría ahorcado a no haber sido por la interposición de sus amigos (2). No sería nada increíble que lo hubiera hecho; los

(1) Gomara, *Crónica*, cap. IV. Las Casas, *Hist. de las Ind., ubi. supra. De rebus gestis.* Memoria de Benito Martínez, capellán de D. Velázquez, contra H. Cortés, M. S.

(2) Las Casas, *ubi. supra.*

gobernadores de estas pequeñas colonias, árbitros absolutos de la suerte de sus habitantes, ejercían una autoridad mucho más despótica que la del soberano mismo. Generalmente eran personajes de categoría y posición; la gran distancia a que se hallaban de la madre patria, escondía su conducta a una inspección severa, y cuando esto acaecía tenían de ordinario a su disposición todos los medios necesarios para eludir el castigo. La historia de las colonias españolas abunda en ejemplos extraordinarios de la usurpación y abusos de la autoridad de aquellos reyezuelos. La lamentable suerte de Vázquez Núñez de Balboa, el ilustre descubridor del Pacífico, aunque el más conocido, está lejos de ser el único ejemplo de que los grandes servicios suelen ser recompensados con la persecución y con una muerte ignominiosa..

El gobernador de Cuba, aunque irascible y suspicaz por naturaleza, no se mostró en esta ocasión ni vengativo ni notablemente cruel; no sólo, sino que en el caso presente es de dudar quién es más digno de vituperio, si él o sus injustos compañeros.

Cortés no permaneció largo tiempo en prisión. Consiguió romper el prestillo de una de sus cadenas, y ya libres sus miembros, se abrió paso por una ventana con reja que daba al segundo piso del edificio, logrando caer hasta el suelo sin estropearse y sin que le descubriesen; en seguida corrió lo más de prisa que pudo a una iglesia que estaba allí cerca, y reclamó el privilegio del asilo.

Velázquez, aunque irritado de su fuga, no se atrevía a violar la santidad del lugar empleando la fuerza; pero apostó una guardia cerca de la iglesia con órdenes de coger al fugitivo luego que descuidándose saliese del santuario. Así sucedió, en efecto, a los pocos días. Un día que Cortés salía descuidadamente fuera del recinto de la iglesia, un al-

guacil que estaba adentro cayó súbitamente sobre él y le asió de los brazos, mientras otros que acudieron inmediatamente acababan de asegurarle. El alguacil, de nombre Juan Escudero, fué ahorcado después por Cortés, a causa de una ofensa cualquiera, en Nueva España (1).

El desgraciado prisionero fué puesto otra vez entre cadenas y llevado a bordo de un buque que en la mañana siguiente debía hacerse a la vela para la Española, donde debía aquel ir a sufrir su juicio. Pero la fortuna volvió en esta ocasión a serle propicia: consiguió con grandes dificultades y no poco dolor sacar sus pies de las argollas que los encadenaban, se escapó silenciosamente a la bomba del buque, favorecido de la oscuridad de la noche, y se dejó caer en un bote que estaba al costado del buque; alejóse de éste con el menor ruido posible; pero ya al llegar a la playa, comenzó el bote a zozobrar, porque el mar estaba agitado y turbulento. Vaciló sobre si confiaría su esquife a las olas; mas como era excelente nadador, se resolvió más bien a luchar él mismo con ellas, y se echó atrevidamente al agua. La corriente era fuerte, pero más fuerte era el brazo de un hombre que luchaba por su vida; así es que después de haber hendido las olas hasta quedarse casi sin fuerzas, llegó a tierra y buscó un asilo en el mismo santuario que antes le había protegido. La facilidad con que efectuó esta segunda fuga, nos hace sospechar la connivencia de sus guardias, que tal vez le vieron, pero le miraron como a una víctima perseguida y no pudieron resistir a la influencia de esos modales populares que le ganaban amigos donde quiera que estaba (2).

(1) Ibid., Martínez, M. S.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. IV.

Herrera cuenta la necia historia de que no sabiendo nadar se echó en una tabla al mar, que después de flotar por algún tiempo sobre el

Por razones no conocidas, o tal vez por cálculo, ya no rehusó el casamiento con doña Catalina Xuárez, con lo cual se ganó la protección de la familia. A poco el gobernador se aplacó y se reconcilió con su desgraciado enemigo. Con motivo de este suceso se cuenta una anécdota extraña. Dícese que el corazón altivo de Cortés rechazó las propuestas de reconciliación de Velázquez, y que una noche, estando éste en una expedición militar, lejos de la capital, se presentó Cortés ante él en el momento más inesperado. El gobernador, que vió aparecérsele súbitamente su enemigo, completamente armado, le preguntó con alguna *turbación*: ¿cómo se había escapado?, a lo que contestó Cortés dando largas explicaciones acerca de su pasado comportamiento. Después de un acalorado altercado de poca duración, terminó la entrevista amistosamente; ambos contendientes se abrazaron, y cuando llegó un correo a anunciar al gobernador la fuga de Cortés, encontró a éste en el aposento del otro, durmiendo ambos en el mismo lecho. Esta anécdota la cuenta, sin poner duda alguna, más de un biógrafo de Cortés (1). Pero en verdad que es inverosímil que un hombre colérico y orgulloso, como lo era Velázquez, haya dado muestras de tan distinguida condescendencia y familiaridad a un subalterno suyo, con quien tan recientemente había estado en una gran enemistad; ni por otra parte es creíble que Cortés haya tenido la necia temeridad de venir a provocar al león a su cueva, cuando el otro podía, con sólo un movimiento de su cabe-

agua, fué llevada a tierra por la marea. *Hist. Gen.* Déc. 1.°, lib. 9.°, cap. VIII.

(1) Gomara, *Crónica*, cap. IV.

«*Cœnat cubatque Cortesius cum Velasquio eoden in lecto. Qui posteo die fugae Cortessis, nuntius venerat Velasquium et Cortesium juxta accubantes intuitur, miratur.*» *De rebus gestis.*

za, mandarle a la horca y con tan poco temor de las consecuencias como si ordenase la muerte de un esclavo indio (1).

Cualquiera que sea el modo con que se verificó la reconciliación con el gobernador, ella duró algún tiempo. Cierto es que Cortés no fué repuesto en el empleo de secretario que antes desempeñaba, pero recibió un liberal repartimiento de indios y un buen solar en las cercanías de Santiago, de donde a poco lo hicieron *alcalde*. Entonces vivió casi enteramente conforme con su estado, cultivando la tierra con más cuidado que la primera vez. Él fué el primero que introdujo en Cuba varias especies de ganado para la labranza (2). Trabajó también las ricas minas que había en el terreno que le había tocado, y cuyos productos prometían ser más ricos que los de la Española. Con esta clase de industria se vió en pocos años dueño de dos o tres mil castellanos, suma demasiado considerable para un hombre que estaba en su situación. «Dios, exclama Las Casas, sólo Dios sabe las vidas de indios que esto costó; se lo tomará en cuenta (3).

Su vida se deslizaba blandamente en estas tranquilas ocupaciones y en compañía de su bella esposa, que aunque no era igual a él en nacimiento, parece que desempe-

(1) Las Casas, que pinta a Cortés por aquella fecha tan pobre y desvalido que habría recibido gustoso cualquier favor del más ínfimo de los sirvientes de Velázquez, mira como una conseja la historia de aquella bravata. «Por lo cual, si él (Velázquez), sintiera de Cortés una punta de alfiler de cerviguillo y presunción, o lo ahorcara o a lo menos lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzare cabeza en su vida.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. XXVII.

(2) «*Pecuariam primus quoque habuit, in insulaque induxit, omni pecorum generi ex Hispania petito.*» *De rebus gestis.*

(3) «Los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. XXVII.

ñaba todos los deberes de una esposa fiel y cariñosa; y aún varias veces se le oyó decir por entonces a Cortés, según cuenta el obispo arriba citado, «que estaba tan contento con ella como si fuese la hija de una duquesa». La fortuna le dió después los medios de comprender la verdad de esta aserción (1).

El gobernador, como ya lo hemos dicho, se propuso continuar el descubrimiento bajo mejor pie, y comenzó a solicitar persona que hiciera los gastos de la expedición y tomase el mando de ella.

Varios hidalgos se le presentaron, pero ya por que no los juzgase a propósito, ya por tener desconfianza de que quisiesen usurpar para sí todo el provecho de la empresa, fué desechándolos a todos unos tras otro. Dos personas estaban a la sazón en Santiago, en quienes podía poner su confianza; la una Amador de Lares, y la otra su mismo secretario Andrés de Duero (2). Cortés tenía íntima amistad con ambos, y se aprovechó de ella para que le abonasen como la persona más digna de que se le confiase la expedición. Dícese que en recompensa de este servicio, les ofreció hacerles partícipes de las ganancias que se sacasen, pero sea de esto lo que fuere, es el caso que las dos personas que hemos mentado arriba, esforzaron toda su elocuencia para persuadir al gobernador a que eligiese a Cortés. Aquel conocía demasiado la capacidad y el valor del can-

(1) «Estando conmigo me dijo que estaba tan contento con ella, como si fuera hija de una duquesa»; *ubi. supra*. Gomara, *Crónica*, capítulo IV.

(2) El tesorero acostumbraba vanagloriarse de que había pasado veintidós añillos en las guerras de Italia. Era un hombre de chiste y gracejo, a quien aconsejó Las Casas, más de una vez, juzgando que aquel país era demasiado resbaladizo para hacer alarde de nada, que no fiase en sus veintidós años de guerra en Italia. *Hist. de las Ind.* M. S., lib. 3.º, cap. CXIII.

didato; sabía que había adquirido algún caudal con el cual podía cooperar al apresto de la armada; confiaba en su popularidad en la isla, y fácilmente proporcionaría compañeros (1); las antiguas enemistades habían sido hacía tiempo sepultadas en el olvido, y, por otra parte, la confianza que iba a hacer de él, le aseguraban de su gratitud y fidelidad; así, pues, prestó oídos fáciles a las recomendaciones de sus consejeros, y dirigiéndose a Cortés, le descubrió el propósito que tenía de nombrarle capitán general de la armada (2).

Cortés, pues, había logrado el objeto de sus anhelos, el objeto por que había suspirado constantemente desde que pisó el Nuevo Mundo. Ya no iba a vivir condenado a un trabajo mercenario, ni a morar en el recinto estrecho de su islote; no, iba a obrar en un teatro amplio e independiente; a su vista se desenvuelve una inmensa perspectiva que satisface no sólo su insaciable avaricia, sino esa sed que para un hombre audaz y aspirante es más insaciable todavía: la sed de ambición. Los descubrimientos que se acababan de hacer, le hicieron percibir de una ojeada la importancia de los que le iban a seguirles, y leer la existencia de un gran imperio en el lejano Occidente; imperio del cual habían llegado hasta entonces oscuras noticias a las islas, pero que ya descubierto el continente se vislumbraba con toda claridad. Este era el país que había sospechado el gran almirante en su visita a Honduras en 1502, y que habría descubierto también si se hubiese encaminado hacia el Norte, en vez de hacer rumbo hacia el Medio-

(1) «Si él no fuera por capitán, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué.» Declaración de Puerto-Carrero, M. S. (Cornua' 30 de abril de 1520.)

(2) Bernal Díaz del Castillo, *Hist. de la Conq.*, cap XIX. *De rebus gestis*, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. VII. Las Casas, op. cit., *ubi. supra.*

día en busca de un estrecho imaginario. Mas como quiera que sea, «él había abierto la puerta, usando de su amarga expresión, para que otros entrasen». Era llegado el tiempo de que otros entrasen, y el joven aventurero cuya lanza debía derrumbar al fantasma que había guardado por tanto tiempo aquellas misteriosas tierras, estaba ya pronto a acometer su empresa.

Desde aquel instante, el porte de Cortés pareció algo mudado; sus pensamientos, en vez de evaporarse en leves chistes y agudezas llenas de travesura, se concentraron en el grande objeto a que se había consagrado. Sus fuerzas se empleaban en ganarse y estimular a sus compañeros de fatigas, viéndosele arrebatado de un entusiasmo generoso de que no le crían capaz ni aún los que mejor le conocían. Todo el dinero lo empleó en el apresto de la armada; empeñó sus posesiones y contrajo deudas con algunos ricos comerciantes que le prestaron con la confianza de reembolsarse con los productos de la expedición, y, finalmente, cuando su crédito se había agotado, recurrió al de sus amigos.

Los fondos que había reunido los empleó en la compra de buques, provisiones y aprestos militares, habilitando a los reclutas que no tenían por sí para armarse, ofreciéndoles además, anticipadamente, parte de los productos que esperaba sacar (1).

Todo era agitación y bullicio en la pequeña ciudad de Santiago. Unos se empleaban en reparar los navíos y aprestarlos para el viaje, otros disponían el bastimento para la navegación, éstos vendían sus tierras para equiparse por sí, los que menos se mostraban ansiosos de coope-

(1) Declaración de Puerto-Carrero. *Carta de Veracruz*, M. S., Probanza en la Villa de Segura (4 de octubre de 1520).

rar al buen éxito de la expedición. Ya se habían conseguido seis embarcaciones, algunas de gran tamaño, y trescientos reclutas se habían alistado en pocos días, anhelando por poner su fortuna bajo la bandera de tan temido y popular caudillo.

No se sabe con toda claridad hasta qué punto contribuyó el gobernador a los gastos de la expedición, si hemos de creer a los amigos de Cortés, éste los hizo todos, y mientras que sin remuneración alguna habilitaba a la escuadrilla, el gobernador vendía algunas mercaderías a precios exhorbitantes (1). Mas no parece creíble que Velázquez, que tenía a su disposición tantos recursos, haya dejado caer sobre su nombrado todo el peso de la expedición, ni tampoco que éste haya podido sufragar todos los gastos, que según se cuenta ascendieron a más de veinte mil ducados de oro. Sin embargo, no se puede negar que un hombre tan ambicioso como Cortés y que iba a alcanzar toda la gloria de la empresa, ha de haber sido menos solícito en contar las ganancias que se esperaban, que aquél que le empleaba, y que

(1) La carta del Ayuntamiento de Veracruz, después de decir que Velázquez sólo había contribuído con la tercera parte de los primeros gastos de la expedición, añade: «Y sepan Vuestras Majestades que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Diego Velázquez gastó en hacer la dicha armada, que fué emplear sus dineros en vinos y en ropas, y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha más cantidad de lo que a él le costó por manera que podemos decir que nosotros los españoles, vasallos de Vuestras Reales Altezas, ha hecho Diego Velázquez un rescate y granosea de sus dineros, cobrándolos muy bien.» Carta de Veracruz. M. S. Puerto-Carrero y Montejo en las declaraciones que se les tomaron en España, están concordes en decir que Cortés costeó los dos tercios de los gastos de la expedición. (Declaración de Puerto-Carrero, M. S.) (Declaración de Montejo, M. S., 29 de abril de 1520.) Pero es de observar que la Carta de Veracruz fué escrita a la vista de Cortés, y que los dos oficiales últimamente citados, eran de su confianza.

quedándose quieto en su casa no tenía laureles que recoger, debía ver la ganancia pecuniaria como su única recompensa. Esta cuestión ha dado origen a un acalorado litigio entre ambas partes, con el cual no es necesario distraer la atención al lector.

La justicia pide que se diga, desde luego, que las instrucciones dadas por Velázquez para la expedición, no respiraban un espíritu mezquino o mercenario. El primer objeto del viaje era buscar a Grijalva, debiendo después de encontrarle caminar juntos y de concierto ambos comandantes. Al regresar Córdova de su primera visita a Yucatán, había dado noticia de que en el interior de aquel país estaban cautivos seis cristianos: era de suponer que pertenecían al acompañamiento del desgraciado Nicuesa; así es que se dieron órdenes de buscarlos y rescatar su libertad. Pero el grande objeto de la expedición era el tráfico con los naturales. Con el objeto de entablarle sólidamente, se previno que no se les infiriese daño alguno, y que se les tratase con cortesía y humanidad. Cortés debía tener, además, muy presente, que el principal objeto que se proponía el monarca español, era la conversión de los indios al cristianismo. Debía imprimir en ellos ideas exageradas acerca de la bondad y grandeza de su señor y soberano, haciendo que le enviasen de regalo, oro, perlas y piedras preciosas; con lo cual mostrarían su buena voluntad y se ganarían su real favor y protección.» Debía reconocer con toda prolijidad la costa, sondeando sus bahías y entradas en provecho de la futura navegación. Debía informarse de los productos naturales de aquel país, del carácter de sus diferentes razas, de sus instituciones y de sus progresos en la civilización, debiendo remitir a la madre patria noticias completas de todo esto y muestras de todos los artículos de comercio de los naturales. Debía, finalmente, cuidar muchí-

simo de no omitir nada que pudiese cumplir el servicio de Dios o del monarca (1).

Tal era el tenor de las instruciones dadas a Cortés, en las que se conciliaban los intereses de la Ciencia, de la Humanidad y del Comercio. Parecerá extraño al considerar el disgusto que se originó entre Velázquez y Grijalva por no haber éste colonizado, que entre las instrucciones de aquél no haya ninguna relativa a este punto, pero esto dimanaba de que aún no recibía de España autorización para investir a sus enviados de semejantes poderes, y de que lo que les habían concedido los frailes de San Jerónimo de la Española, se reducía únicamente a comerciar con los indios. En ese mismo tiempo reconoció a Cortés la Comisión visitadora por capitán general de la expedición (2).

(1) Este instrumento se encontró originalmente en castellano, en el número V, parte II del apéndice. Frecuentemente se ha citado por escritores que nunca le habían visto, diciendo que era un convenio entre Cortés y Velázquez, pero, en realidad, no es más que la instrucción que éste último dió a su oficial, sin que éste tuviese participio en ella.

(2) Declaración de Puerto-Carrero, M. S.; Gomara, *Crónica*, capítulo VII.

A poco después, obtuvo Velázquez, de España, permiso para colonizar la tierra nuevamente descubierta, dándole el título de Adelantado. Este documento está fechado en Barcelona a 13 de noviembre de 1518. (Herrera, *Historia General*, dec. 2.ª, lib. 3.º, cap. VIII.) ¡Miserables privilegios! Las Casas trae la cáustica etimología del título de Adelantado, tan frecuentemente otorgado a los descubridores españoles. «Adelantados, porque se adelantaran en hacer males y daños tan gravísimos a gentes pacíficas.» *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 3.º, cap. CXVII.

CAPÍTULO TERCERO

Celos de Velázquez.—Embarco de Cortés.—Apresto de su flota.—Su persona y carácter.—Cita en la Habana.—Fuerza de su armada.

(1519)

La importancia que daba a Cortés su nueva comisión, y quizá algo también su altivo porte, fueron agriando el ánimo de Velázquez, que suspicaz por naturaleza, empezó a temer que no se alzase su encargado con el poder que acababa de conferirle. Un incidente fortuito vino a confirmarle en sus sospechas. Un bufón, de estos entre semi-locos y semi-cuerdos que en aquellos tiempos eran mueble indispensable en las casas de los grandes, llamó aparte al gobernador una mañana que estaba paseándose cerca del puerto con Cortés, y le dijo: «Sr. Velázquez, tened cuidado con Cortés, o si no, de un día al otro nos traerá a las vueltas este capitán.» «¿Habéis oído lo que dice este bellaco?», preguntó el gobernador a su compañero. «No le hagáis caso», respondió Cortés; este es un bribón descarado que merecía una buena azotaina. Las palabras del bufón labraron profundamente en el ánimo de Velázquez, que en efecto no estaba muy lejos de ser chasqueado.

No faltaban cerca de su excelencia personas que atiza-

sen en su pecho la llama de los celos. Algunos de los de la familia de Velázquez, viendo tal vez que la naciente fortuna de Cortés dañaba a sus intentos, recordaban al gobernador su antigua reyerta con aquél, y le persuadían de que no era posible que la afrenta que entonces había sufrido pudiese ser olvidada. Con tales y otras sugestiones semejantes, y con malos informes sobre la conducta presente de Cortés, concitaron las pasiones de Velázquez hasta el punto de que resolvió éste confiar la expedición a otra persona (1).

Comunicó su designio a sus dos consejeros confidenciales, Lares y Duero, los cuales lo descubrieron inmediatamente a Cortés, a pesar de que, como dice Las Casas, aún un hombre que sólo tuviese la mitad de su penetración, habría podido adivinarlo fácilmente, según el cambio que mostró el gobernador en su gesto (2). Los dos magistrados aconsejaron a su amigo que expeditase su marcha lo más que pudiese, y que no perdiese tiempo en echar a la mar su flota, si es que no quería verse privado del mando de ella. Cortés mostró en esta ocasión la misma presteza y resolución que más de una vez decidieron después del éxito de sus empresas.

Todavía no había completado su gente ni sus naves, y no estaba bien provisto de aprestos de ninguna clase, pero había resuelto levantar anclas en aquella misma noche.

(1) «*Deterrebat*, dice el biógrafo anónimo, *eum Cortesii natura imperii avida, fiducia sui ingens, et minius sumptuos in classe paranda. Timere itaque Velasquius cœpit, si Cortesius cum ea classe iret, uihil ad se vel honoris vel luri rediturum.*» *De rebus gestis*, M. S., Bernal Díaz del Castillo, *Hist. de la Conq.*, cap. XIX. Las Casas, *Historia de las Indias*, M. S., cap. CXIV.

(2) Cortés no había menester más para entendello, de mirar el gesto a Diego Velázquez, según su astuta viveza y mundana sabiduría. *Hist. de las Indias*, M. S., *ubi. supra.*

Acercóse, pues, a sus oficiales, comunicóles su designio y probablemente también el motivo de él; y a la media noche, cuando la ciudad entera estaba hundida en el sueño, todos calladamente entraron en la nave y dejaron la bahía. Antes de esto había Cortés dirigídose al dueño de la carnicería, que debía abastecer de carne al mercado el día siguiente, y le quitó toda su manada de cerdos, no obstante que el otro le hacía presente todo el daño que iba a reportar a el público por la falta de la carne; mas Cortés no hizo caso y le dejó en pago una cadena de oro de gran precio, que traía al cuello (1).

Grande fué el asombro de los vecinos del pueblo de Santiago, cuando al amanecer se encontraron con que la flota que la víspera habían dejado tan mal aparejada para el viaje, había ya dejado sus amarras y estaba pronta a emprender su ruta. Pronto llegó la noticia a oídos del gobernador, quien levantándose de la cama y vistiéndose a toda prisa, montó en su caballo y con su escolta se dirigió al muelle. Cortés, tan luego como se apercibió de su llegada, entró en una canoa armada y se acercó a una distancia de la playa tal, que le pudieron oír desde ella: «¿Así os separáis de mí?, exclamó Velázquez. ¡Vive Dios que tenéis un modo raro de despediros!» «Perdonadme, replicó Cortés, el tiempo urge y hay cosas que es preciso hacerlas aun antes de pensarlas. ¿Tiene vuescelencia algo que mandarme?» El burlado gobernador no tuvo nada que responder; así es que Cortés le saludó cortésmente con la mano, y se volvió a su embarcación. Al punto se hizo a la vela la flota para el puerto de Macaca, que distaba cerca de 15 leguas. (Noviembre 18 de 1518.) Velázquez regresó a su casa a pasar su

(1) Las Casas sabía la anécdota de boca del mismo Cortés. *Ubi. supra.* Gomara, *Crónica*, cap. VII. *De rebus gestis*, M. S.

pesar lo mejor que pudo, y probablemente bien convencido de que había hecho (cuando menos) dos disparates, uno el de haber nombrado comandante a Cortés, y otro el de haber intentado destituirle; porque tan cierto es que haciendo confianza a medias apenas se puede esperar ganarse un amigo, como que retirar la confianza ya otorgada, es buscarse un enemigo (1).

Esta partida clandestina de Cortés ha sido amargamente criticada por algunos escritores, y especialmente por Las Casas (2). Pero grandes razones se pueden alegar en defensa de aquella conducta. Cortés había sido nombrado comandante por un acto espontáneo del gobernador, y ese nombramiento había sido plenamente ratificado por las autoridades de Santo Domingo. Él había no sólo gastado todo su caudal en la empresa, sino que aún había contraído una gran deuda. Se le iba a privar del mando sin alegar o por lo menos, sin probar que había cometido falta alguna; y además, la destitución no sólo le envolvería a él en la ruina más completa, sino también a los amigos a quienes había pedido prestado, y a aquellos de sus compañeros, que fiados en que él iba a mandarles, habían gastado en la

(1) Las Casas, *ubi. supra*, Herrera. *Historia General de las Indias*, dec. 2, lib. 3.°, cap. XII.

Solís, que sigue a Bernal Díaz del Castillo en cuanto a la manera con que se separó Cortés del gobernador, y que dice que lo hizo a cara descubierta y amistosamente, considera que hubiera sido una imprudencia del primero reñirse con Velázquez tan luego y con tan poco motivo. (*Conquista*, lib. 1.°, cap. X) Pero no es preciso suponer que Cortés quería con este paso provocar un rompimiento con el otro, sino simplemente asegurarse del mando de la armada. Sea de esto lo que fuere, yo he seguido en el texto el dicho de Las Casas, que conocía bien a ambas partes, residía entonces en la isla y tenía por lo tanto motivos suficientes de estar bien informado.

(2) *Historia de las Indias*, *ubi. supra*.

expedición su fortuna. Ciertamente habrá pocos que en circunstancias semejantes sean capaces de sacrificar sumisamente sus esperanzas a un capricho injusto y arbitrario. Lo más que se podría exigir de Cortés, era que cumpliese fielmente con lo pactado con el que le había encomendado el mando de la empresa: hasta qué punto haya cumplido con esos compromisos, es cosa que se verá más adelante.

De Macaca, donde compró Cortés todo el bastimento que pudo sacar de las heredades reales, y a las cuales consideraba él como un préstamo del rey, se encaminó a La Trinidad, ciudad de más importancia, situada a la punta meridional de Cuba. Desembarcó allí y levantó su pendón, ofreciendo grandes cosas a los que le acompañasen. Diariamente acudían a alistarse voluntarios en cuyo número se contaban más de cien hombres de los de Grijalva, recién llegados de su viaje y deseosos de proseguir su expedición bajo otro capitán más emprendedor. La nombradía de Cortés atrajo también a algunos caballeros de buena cuna y de su posición, entre los cuales había algunos que habiendo acompañado también a Grijalva, se prometían grandes cosas de la presente expedición. Entre estos hidalgos se deben mencionar a Pedro de Alvarado y sus hermanos, a Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León, pariente próximo del gobernador, a Alonso Hernández de Puerto Carrero, y a Gonzalo de Sandoval, todos ellos actores principales en el drama de la conquista. Su presencia era de gran momento, en cuanto a que se acreditaba la empresa; así es que, al llegar al campamento de los aventureros, éstos les saludaron con alegres golpes de música y estrepitosas salvas de artillería.

Cortés, entre tanto, no descansaba en comprar el bastimento y utensilios militares que requería la expedición. Sabedor de que un buque mercante cargado de grano y

otras mercancías destinadas a las minas estaba cerca de la costa, ordenó a una de sus carabelas que se apoderase de él y lo trajese al puerto, pagando, tanto el buque como la carga, en cédulas, y tratando de persuadir al capitán, llamado Sedeño, hombre rico, a que tomase parte en la empresa. Despachó también a otro de sus oficiales nombrado Diego de Ordaz, en solicitud de otra embarcación de que le había dado noticia, previniéndole que la capturase y fuese a encontrarle con ella en el cabo de San Antonio, a la punta occidental de la isla (1). Así lograba, al mismo tiempo, otro objeto, alejar de allí a Ordaz, quien, por ser de la familia del gobernador, le estorbaba para obrar libremente.

Mientras él se ocupaba en estas cosas, llegaban al comandante de la *Trinidad* órdenes de Velázquez para que aprehendiese a Cortés y le retuviese, por haber sido destituído del mando de la flota, que había quedado a las órdenes de otro. Aquel funcionario enseñó las órdenes a los principales capitanes de la expedicion, los cuales le aconsejaron que se guardase de cumplirlas, a no ser que quisiese suscitar entre la soldadesca una rebelión, cuyo resultado sería que la ciudad fuese reducida a cenizas. Verdugo juzgó prudente adoptar aquel dictamen (2).

Como lo que deseaba Cortés era aumentar las fuerzas, ordenó a Alvarado que partiese con un pequeño cuerpo de soldados hasta la Habana, mientras él daba la vuelta a

(1) *De rebus gestis*, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. VIII. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., caps. CXIV-CXV.

(2) Las Casas lo había oído también de boca de Cortés en los últimos años de éste. «Todo esto me dijo el mismo Cortés, con otras cosas cerca dello, después de Marqués... riendo e mofando e con estas formales palabras: *A la mi fée anduve por allí como un gentil corsario.*» *Hist. de las Ind.*, M. S., cap. CXV.

la punta occidental de la isla e iba a encontrarle a aquel punto. En él desplegó luego que arribó su estandarte e hizo su proclama de costumbre. Mandó que sacasen a la plaza y pusiesen en orden todos los cañones, mosquetes y ballestas. Se aprovechó del algodón que se encuentra en abundancia en las cercanías del puerto, para acolchar las jaquetas de los soldados y preservarles de las flechas de los indios, con las que, en las primeras expediciones, habían causado a aquéllos gran daño. Distribuyó su tropa en once compañías, cada una bajo las órdenes de un experto capitán, habiéndose hecho digno de notar, que aunque entre los principales hidalgos había algunos íntimos amigos aun parientes de Velázquez, Cortés hizo de ellos la más plena confianza.

El principal estandarte era de terciopelo negro bordado de oro, llevando por blasón una cruz roja entre fuegos azules y blancos, y con un lema en latín que decía: «amigos, sigamos a la cruz, que teniendo fe en esta señal, conquistaremos». Desde entonces comenzó a tener un modo de vivir más ostenso, aumentó considerablemente el número de sus sirvientes y puso su casa bajo el pie que conviene a un alto personaje, habiéndose mantenido así todo el resto de su vida (1).

Cortés tenía por entonces unos treinta y tres o treinta y cuatro años. Su estatura era menos que mediana; era pálido; sus rasgados ojos de color negro, daban a su fisonomía cierto aire de gravedad que no sentaba bien a un hombre de su humor alegre y bullicioso. Era delgado, a lo menos hasta una edad muy avanzada, pero su pecho era amplio,

(1) Bernal Díaz del Castillo, cap. XXIV. *De rebus gestis*, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. VIII. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., página 115. El lema que había puesto en el estandarte, era seguramente una imitación del *labarum* o bandera sagrada de Constantino.

era ancho de espaldas, de formas musculares y bien proporcionado. Reunía el vigor y agilidad necesarias para la esgrima, la equitación y otros ejercicios análogos y propios de un caballero. Era sobrio en el comer y beber, y no hacía gran caso de regalar su paladar, mientras que por el otro lado parecía indiferente a las fatigas y privaciones. Su vestido era el que mejor podía realzar la belleza de su persona; no desconocía toda la impresión que ciertas exterioridades suelen ejercer; así es que aunque sus vestidos no eran vistosos ni ostentosos, sí eran ricos; gustaba de pocos adornos, y por lo común siempre eran los mismos, pero los pocos que llevaba eran de gran precio. Su trato abierto y marcial encubría una alma fría y calculadora. Al buen humor reunía un aire de resolución y de firmeza, que hacía conocer a los que le eran allegados, que no les tocaba más que obedecer; de suerte que el cariño que le profesaban sus más adictos secuaces, estaba mezclado de cierta especie de miedo. Esta combinación de afectuosidad y austeridad era quizá la única a propósito para dominar a aquellos hombres rudos e impetuosos entre quienes iba a jugar su fortuna.

El carácter de Cortés parece que sufrió alguna mudanza cuando se vió en estas nuevas circunstancias, o mejor dicho, parece que el nuevo género de vida que emprendió, despertó algunas cualidades que antes dormían ocultas en su seno. Hay almas fuertes, pero que necesitan de una excitación para desplegar toda su energía, a la manera que ciertas plantas que sujetas a la suave influencia de un clima templado se marchitan y decaecen, y que sólo medran y fructifican en medio de la atmósfera ardiente de los trópicos. Tal es el retrato que nos han trasmitido los contemporáneos de aquel hombre extraordinario, instrumento escogido por la Providencia para esparcir el terror entre los

bárbaros monarcas del Nuevo Mundo y para hundir en el polvo sus imperios (1).

Antes de que estuviese lista la expedición en la Habana, D. Pedro Barba, comandante de la plaza, recibió cartas de Velázquez en la que le prevenía que aprehendiese a Cortés y estorbase la partida de las naves. Al mismo tiempo recibió Cortés una carta del mismo Velázquez, en la que le prevenía que pospusiese su viaje hasta tanto que el gobernador no viniese a hablar con él en persona como lo tenía pensado verificarlo. «Jamás he visto», dice Las Casas, «una falta de mundo más completa, que la que mostró Velázquez en la tal carta, pues llegó a imaginarse que un hombre que acababa de hacerle burla en su presencia, suspendería su viaje sólo porque a él se le antojaba». En efecto, era esto lo mismo que querer detener con una palabra el curso de una saeta, después de que ha salido del arco (2).

El capitán general, en el poco tiempo que había estado allí, había conciliádose la buena voluntad de Barba; además, que aunque este oficial hubiese querido ejecutar las órdenes del gobernador, no habría podido hacerlo a la vista de una soldadesca audaz y que se habría desencadenado al ver la innoble persecución de su comandante, «por el cual», como dice el honrado cronista que tomó parte en la expedición, «todos, oficiales y particulares, habrían dado gustosos la vida» (3). Barba se contentó, pues, con expo-

(1) Tanto en la historia del hidalgo viejo Bernal Díaz del Castillo, que sirvió mucho tiempo a las órdenes de Cortés, como la crónica de Gomara que fué su capellán general, se puede ver los pomenores más minuciosos, acerca del carácter y vida de este guerrero. Consúltense principalmente el último capítulo de la última obra, y el CCIII de la primera.

(2) Las Casas, op. cit., cap. CXV.

(3) Bernal Díaz, op. cit., cap. XXIV.

ner a Velázquez lo impracticable de sus órdenes, y con calmar sus sospechas, dándole grandes seguridades de que sería fiel Cortés. A éste le escribió una comunicación de su puño, en los términos más cumplidos que pudo (1), en la cual suplicaba a su excelencia que contase con su adhesión, y le ofrecía que toda la flota, siendo Dios servido, podría hacerse a la vela al día siguiente.

En consecuencia de esto se puso en camino la escuadrilla el 10 de febrero de 1519, haciendo rumbo hacia el cabo de San Antón, que era el punto designado para la reunión. Las embarcaciones todas subían a 11; una de ellas, en la que iba Cortés, era del porte de 100 toneladas, otras tres de 70 a 80; el resto eran carabelas y bergantines sin cubierta. Todos quedaron a la dirección de Antonio de Alaminos, experto veterano que había ido en calidad de piloto en los viajes de Colón, y con Córdova y Grijalva en las primeras expediciones a Yucatán. Luego que arribó Cortés al Cabo, pasó revista a sus tropas y encontró que subían a ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, incluso treinta y dos ballesteros y trece arcabuceros, además de doscientos indios isleños y algunas indias para los oficios domésticos. Estaba armada de diez piezas grandes de artillería, cuatro piezas ligeras llamadas falconetes, y un buen abasto de municiones (2). Había además diez y seis

(1) Ibidem, *ubi. supra.*

(2) Bernal Díaz, op. cit., cap. XXVI.

Hay alguna discrepancia en los autores, en cuanto a la fuerza del ejército. La carta de Veracruz que debiera haber sido exacta, dice en números redondos que eran 400 soldados. Velázquez mismo, en una comunicación al Juez principal de Santo Domingo, dice que eran 600. (Carta de Diego Velázquez al Lic. Figueroa, M. S.) Yo he preferido el cómputo de Bernal Díaz del Castillo, que en su larga carrera militar ha tratado íntimamente a todos sus camaradas y ha sabido la historia privada de cada uno de ellos.

caballos, que no era fácil procurarse por la dificultad de trasportarlos en las ligeras embarcaciones de aquellos tiempos, de suerte que en las islas eran escasos y excesivamente caros (1). Pero Cortés juzgó con razón que la caballería, aunque fuese un pequeño número, era de gran importancia, tanto en el servicio en el campamento, como para infundir terror a los salvajes.

¡Con tan escasos recursos emprendió una conquista que aun su esforzado corazón habría desconfiado de efectuar, si hubiera podido prever todos los obstáculos que se les esperaban!

Antes de embarcarse dirigió Cortés a sus soldados una alocución animada y entusiasta. Díjoles que iba a entrar en una empresa que haría famoso su nombre por todas las edades; que iba a llevarles a regiones más vastas y opulentas que ninguna de las que hasta entonces habían visto los europeos: «alcanzaréis prez y gloria, les dijo; pero será a costa de incesantes fatigas. Las grandes empresas sólo se alcanzan con grandes esfuerzos; jamás ha sido la gloria el premio de la pereza (2). Si he consagrado todos mis afanes y sacrificado toda mi fortuna en semejante empresa, es por el amor de la gloria, que es la más sublime recom-

(1) Increíblemente caros, ciertamente, si hemos de dar fe a las declaraciones de Villa Segura, en las que se dice que cada caballo costó de cuatro a quinientos pesos de oro. «Si saben que de caballos que el dicho señor capitán general Hernán Cortés ha comprado para servir en la dicha Conquista, que son diez y ocho le han costado a cuatrocientos cincuenta o a quinientos pesos que ha pagado, e que debe más de ocho mil pesos de oro dellos.» El valor de estos caballos puede verse en Bernal Díaz, que ha creído conveniente decirnos el precio de cada uno; noticia que sería por demás hasta en un calendario de diversión. Véase el cap. XXIII de la *Conquista*.

(2) «Yo vos propongo grandes premios, más envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad.» (Gomara, *Crónica*, ca-

pensa a que puede aspirar el hombre. Si algunos de vosotros codicia aún más que esta fama, las riquezas, sedme fieles como yo os seré fiel, que yo os ofrezco haceros dueño de más oro que el que ninguno de los europeos ha visto en sus sueños de codicia. Pocos sois pero esforzados: si vuestro ánimo no vacila, estad seguros de que el Altísimo que nunca ha abandonado a los españoles en sus combates con los infieles, os salvará, aunque os veáis envueltos por una nube de enemigos; porque vuestra causa *es justa* y peleáis bajo la bandera de la Cruz. Prosigamos, pues, con confianza y presteza, y demos gloriosa cima a la empresa tan felizmente comenzada» (1).

La tosca elocuencia del general ponía en vibración las varias cuerdas de la ambición, la codicia y el celo religioso; así es que penetró hasta lo íntimo del corazón de sus secuaces, que contestándole con vivas aclamaciones, se mostraban impacientes por continuar bajo las órdenes del caudillo que debía conducirles, no ya a la batalla, sino al triunfo.

Cortés quedó plenamente satisfecho al ver el entusiasmo marcial en que ardían sus compañeros. Mandó celebrar una misa con todas las solemnidades que acostumbraban los navegantes españoles cuando iban a embarcarse para algún viaje de descubrimiento; y poniendo la flota bajo la protección de San Pedro, santo abogado de Cortés, levantaron

pítulo IX. Es el mismo pensamiento que tan bellamente ha expresado Thompson en el siguiente dístico:

«For sluggard's brow the laurel never grew;
Renown is not the child of indolent repose.»

(1) El texto no es más que el compendio abreviado de la arenga de Cortés, o como muy bien pudiera suceder, de su capellán. Véase a Gomara, cap. IX.

anclas para la costa de Yucatán, el día 18 de febrero de 1519 (1).

(1) Las Casas, *ubi. supra.* Gomara, op. cit., ap. 10. *De rebus gestis,* M. S. *Tantus fuit armorum aparatus quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius concutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit: aperitque omnium primus. Hispanæ genti, Hispaniam novam.* Op. cit. El autor de la obra es desconocido: parece que ella formaba parte de una gran compilación titulada: *De Orbe Novo*, que tenía probablemente por objeto dar una serie de bosquejos biográficos, pues en la introducción se habla de la vida de Colón, como debiendo preceder a la de Hernán Cortés. Según allí consta, fué escrita cuando todavía vivían algunos conquistadores y estaba dedicada al hijo de Cortés. El historiador tenía, pues, todos los datos necesarios para averiguar la verdad; pero no obstante eso, se trasluce frecuentemente bastante parcialidad hacia el héroe, bajo cuyos auspicios se publicaba. Tiene toda la cansada prolijidad en referir pequeñeces que suele ser tan útil en ese género de documentos. Desgraciadamente sólo el primer libro quedó concluído, o por lo menos el único que ha sobrevivido. Los sucesos de que trata son los de que se habla en este capítulo. La obra está escrita en latín, en estilo puro y castizo, y hay fundadas sospechas de que su autor fué Calvet de Estrella, cronista de Indias. El original existe en la librería de Simancas, de donde fué sacado a luz y transcrito por Muñoz, de cuya copia está tomada la que yo tengo.

CAPÍTULO IV

Viaje a Cozumel.—Conversión de los naturales.—Jerónimo de Aguilar.—Llega la armada a Tabasco.—Gran batalla con los indios.—Introducción del cristianismo.

Habíase dado orden de que los buques fuesen lo más reunidos que se pudiese, y que siguiesen a la capitana o nave en que iba el almirante, la cual llevaba una luz en la popa durante la noche para servir como de faro. Pero el tiempo, que durante los primeros días del viaje había sido bonancible, cambió repentinamente y se levantó una de esas borrascas tan frecuentes en esa estación, en la latitud en que están las Indias Occidentales. Envolvió con terrible ímpetu a la escuadrilla, dispersó las naves, desmanteló algunas de ellas y las alejó considerablemente de la ruta que debían seguir.

Cortés, que se había demorado por convoyar una nave inutilizada, llegó el último a Cozumel. Al arribar supo que uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, aprovechando el corto tiempo que había estado allí, había entrado en los templos, robado sus pocos ornamentos y aterrado de tal suerte a los sencillos indios con semejante conducta, que habían huído a refugiarse en el interior de la isla. Cortés, irritado de estos procedimientos tan ásperos y tan contrarios a la política que él se proponía observar, no pudo

menos de censurar severamente al oficial en presencia de todo el ejército. Ordenó que le trajesen al punto a dos indios que Alvarado había hecho prisioneros y les explicó el pacífico objeto de su expedición, dándose a entender con ellos mediante el auxilio de su intérprete, Melchorejo, indio yucateco, que había llevado Grijalva a Cuba, donde había adquirido alguna tintura de la lengua castellana. Despidió a los prisioneros colmándoles, antes, de regalos, y les encargó que invitasen a sus compañeros a regresar a sus hogares sin temor de que se les volviese a molestar. Esta política conciliadora surtió los buenos efectos que eran de esperar. Tranquilizados los indígenas, no tardaron mucho en volver y entraron luego en trato amistoso con los españoles, quienes trocaban cuchillos y juguetes por adornos de oro, quedando unos y otros plenamente satisfechos (y con igual razón diría un filósofo) engañándose mutuamente.

El primer cuidado de Cortés fué adquirir noticias acerca del paradero de los desgraciados cristianos que se decía estar en cautiverio en uno de aquellos países. Obtuvo de algunos comerciantes de la isla tales noticias, que envió a Diego de Ordaz con dos bergantines, a la costa opuesta de Yucatán, con órdenes de permanecer allí por ocho días. En las naves iban algunos indios que consintieron en llevar a los cautivos, en que se les informaba de la llegada de los españoles, y un gran rescate para libertarles. Entretanto resolvió el general a hacer una excursión a varias partes de la isla, con el objeto de no tener ociosos a sus soldados y de asegurarse del estado del país.

Parecía ser éste pobre y escasamente poblado; pero por todas partes se encontraban los vestigios de una civilización más adelantada que la que hasta allí habían encontrado en las islas. Algunas casas eran amplias y muchas de ellas

construídas con cal y canto. Lo que más llamó la atención de los viajeros, fueron los templos, hechos de esos mismos sólidos materiales, y que tenían algunos pisos o tramos. En el patio de uno de aquéllos quedaron pasmados de encontrar una cruz de cal y canto, de algunos palmos de altura; era el emblema del Dios de las lluvias. Esta cruz fué objeto de varias conjeturas, no sólo para la ignorante soldadesca, mas también para algunos literatos europeos de tiempos posteriores, quienes han hecho numerosas conjeturas sobre ¿cuál será la raza que introdujo en aquel país el sagrado símbolo del cristianismo? Mas, como lo veremos en otra parte, esas conjeturas no descansan en sólidos fundamentos (1). No obstante, es una cosa curiosa que la cruz haya sido objeto de culto religioso tanto en el Nuevo Mundo, como en ciertas regiones del Antiguo, donde nunca había brillado la cruz del cristianismo (2).

La primera mira de Cortés fué arrancar a los indígenas

(1) Véase el apéndice, parte primera, nota 27.

(2) Carta de Veracruz, M. S. Bernal Díaz del Castillo, *Hist. de la Conq.*, cap. XXV y sig. Gomara, *Crónica*, caps. X-XV. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, lib. 3.°, cap. CXV. Herrera, *Historia General de las Indias*, Dec. 2, lib. 4.°, cap. VI. Mártir, *de insulis nuper inventis. (Coloniæ*, 1574), pág. 344.

Al tiempo que se imprimían estas páginas, pero dos años después de escritas, se ha publicado la interesante obra de M. Stephens, en que se contiene la noticia del segundo viaje a Yucatán. En la última parte de la obra cuenta su visita a Cozumel, hoy una isla deshabitada, cubierta de bosques impenetrables. Cerca de la playa vió los restos de edificios indios, que el autor supone ser los mismos que vió Grijalva, y sobre los cuales hace algunas reflexiones importantes; lo mismo que las hace después, con motivo de la cruz que era entre los isleños objeto de adoración. (Incidentes del viaje a Yucatán, Nueva York, 1843, volumen II, pág. 20.) Como una discusión sobre estas materias me alejaría mucho del camino que sigue mi narración, volveré a hablar de esto, cuando trate de los restos arquitectónicos de aquel país.

de su grosera idolatría, y sustituír en vez de ella otra religión más pura, estando resuelto a emplear la fuerza para conseguirlo, caso de que no bastasen las medidas suaves y pacíficas. Nada anhelaba con tanto empeño el Gobierno español, como la conversión de los indios. Era el principal objeto de sus expediciones, que tenían por tanto cierto aire de cruzadas. El hidalgo que entraba en ellas satisfacía a la vez sus sentimientos caballerescos y religiosos. No podía quedar duda alguna sobre la eficacia de una conversión que debía efectuarse sin pararse en los medios, por violentos que fuesen, y en que nada importaba lo repentino y violento de la transición. Al que no catequizaba la lengua, le catequizaba la espada. La propagación del mahometismo había probado que las semillas sembradas por la mano de la violencia, lejos de perecer bajo la tierra, a la larga brotan y fructifican. Y si esto acontecía con una mala causa, ¿qué no sucedería con una buena? El caballero español conoció que como a soldado de la cruz le tocaba llenar una alta misión; por arbitraria e injusta que a nosotros nos parezca la guerra que emprendió, a él le parecía una guerra santa. No había cuidado de que el alma de un enemigo hundida en las tinieblas pusiese en riesgo la del que lo hacía; la conversión de una sola alma, era parte a justificar una multitud de crímenes; no era la moral; la fe era, pues, la que aprobaba todo esto, y a la cual se reducía entonces estricta y literalmente la moral cristiana. El que moría en la fe, por inmoral que hubiese sido su vida, se juzgaba que moría en el Señor. Tal era en aquel tiempo el credo del caballero cristiano; tal el que le inculcaban en su patria, en los púlpitos, en los claustros y en las aulas; tal el que predicaban en las colonias los misioneros y los frailes, excepto uno entre todos, uno cuya

devoción, de linaje mucho más puro, no podía brillar en medio de tan densas tinieblas (1).

Nadie participaba de estas ideas más completamente que Cortés; bien pudiera llamársele el espejo de su época, pues que reflejaba los rasgos característicos de ella; la devoción especulativa y el libertinaje práctico; pero los reflejaba con una intensidad propia suya. Escandalizábase al presenciar las prácticas religiosas del pueblo de Cozumel, aunque no le imprimían fuertemente, a lo que parece, los sacrificios humanos. Procuró convertir a los indios a una religión más pura, mediante la intervención de dos eclesiásticos que acompañaban a la expedición, Juan Díaz y Fr. Bartolomé de Olmedo, siendo el último uno de esos piadosos varones que ofrecen el ejemplo raro en todos tiempos, de un celo ardiente unido a un espíritu de viva caridad, y de hermosas acciones acordes con los sabios preceptos que se inculcan. Este religioso acompañó a los españoles en toda la conquista, y consiguió con sus sabios y benévolos consejos, mitigar muchas de las crueldades de los conquistadores, y apartar el golpe de su espada de la cabeza de los desventurados indios.

En vano trabajaron estos dos misioneros por persuadir a los indios de Cozumel a que abnegasen de su abominable culto y a que les permitiesen derrumbar y demoler aquellos ídolos que para la soldadesca española eran retrato de Satanás (2). Los candorosos indios se llenaron de horror al pensar en semejante profanación y exclamaron que aquellos dioses eran los que les enviaban la luz y las

(1) Véase el Bosquejo biográfico del obispo Las Casas, el protector de los indios, en el *Post scriptum* que está al fin de este capítulo.

(2) «Fuese que el demonio se les aparecía como es, o dejaba en su imaginación aquellas especies, con que sería primorosa imitación del artífice la fealdad del simulacro.» Solís, *Conquista*, pág. 39.

tempestades, y que si les infirieran cualquier ultraje, descargarían sus rayos sobre las cabezas de los que le hubiesen perpetrado.

Cortés, que en ningún caso gustaba de disputas, en el presente prefirió los hechos a los argumentos, y pensó que el medio más seguro de disuadir a los indios de su error, era probarles prácticamente la falsedad de sus predicaciones; así, pues, sin más ceremonia, mandó que se echasen las venerables imágenes a rodar por las gradas del gran templo, como se hizo, en medio de la grita y lamentaciones de los indios. En aquel mismo lugar se erigió al instante un altar en que se colocó la imagen de la Santísima Virgen y de su Hijo, y se dijo, por el padre Olmedo y su digno compañero, una misa, la primera que se celebró entre los muros de un templo en la Nueva España. Los pacíficos ministros volvieron a probar a difundir la luz del Evangelio en las ofuscadas almas de los indios y a hacerles comprender los misterios del cristianismo. El intérprete indio debe de haber sido mal vehículo para transmitir tan abstractas doctrinas; mas, a pesar de todo, comenzaron a ganarse el corazón de aquellos gentiles, que, al fin, abrazaron el cristianismo, ya fuese que les había aterrado el audaz atentado de los invasores, ya que les convenciese de la importancia de sus dioses ver que eran incapaces hasta de evitar la violación de sus altares (1).

(1) Carta de Veracruz, M. S.; Gomara, *Crónica*, cap. XIII; Herrera, *Historia general*, década 2, libro 4.°, cap. VII: Ixtlilxochitl, *Historia Chichimeca*, M. S., cap LXXVIII.

Las Casas, cuyas miras ilustradas acerca de la religión le harían honor aun en nuestros días, insiste mucho sobre la futileza de estas conversiones por fuerza, en las que se pretendía sacar a los hombres de la falsa idolatría que habían profesado desde la cuna. «La única manera de conseguir esto, dice, es predicar larga y asiduamente y con fe hasta que adquieran los paganos algunas ideas acerca de la natu-

Mientras Cortés se ocupaba en el triunfo de la Cruz, supo que Ordaz había vuelto de Yucatán sin traer nuevas de los españoles cautivos. No obstante que eso le apesaró mucho, el general resolvió no demorar su partida de Cozumel. Bien provista la flota, merced al amistoso recibimiento de los de la isla, embarcó Cortés sus tropas, dejando aquellas playas hospitalarias, hacia principios de marzo. Pero la escuadrilla no pudo caminar mucho sin tener que regresar a la isla a reparar una de las naves que se habían averiado; demora que fué de la mayor trascendencia, hasta el extremo de que un escritor de aquel tiempo la tiene por un gran misterio y milagro de Dios (1).

Poco después de su nuevo arribo se vió llegar de una de las costas de Yucatán cercanas a la isla, una canoa con muchos indios. Al llegar a tierra preguntó uno de ellos en mal castellano, que si estaba entre cristianos, a lo que habiéndole contestado afirmativamente, se arrodilló y comenzó a dar gracias al cielo de que le hubiese salvado. Era uno de los desventurados cautivos por cuya suerte se habían interesado tanto los nuevos invasores.

Llamábase Jerónimo de Aguilar, natural de Écija, en España, donde le habían educado medianamente para la carrera de la iglesia. Había sido de los de la colonia del istmo de Darién, y en su viaje de este punto a Santo Domingo había naufragado hacía ocho años cerca de la costa de Yu-

raleza de Dios y de los dogmas que van a abrazar. Sobre todo, que vivan los cristianos de una manera tan conforme a estos dogmas, que al verles el indio, glorifique al Padre y le reconozca por el único y verdadero Dios, pues que tiene tales y tan perfectos adoradores.» Véanse algunas observaciones de las que hacía este obispo con respecto a este punto, las cuales ofrezco en el Apéndice como una muestra del estilo que usaba cuando su asunto le permitía ser elocuente. Apéndice, parte 2.ª, núm. VI.

(1) «Muy gran misterio y milagro de Dios.» Carta de Veracruz, M. S.

catán. Él logró escapar en el esquife del buque con algunos otros compañeros; pero el resto de ellos pereció, o por el hambre y la intemperie durante el naufragio, o a manos de los caníbales habitantes de la isla, donde cayó en manos de un poderoso cacique, que aunque le perdonó la vida, le trató al principio con gran dureza. Al fin su paciencia y singular humildad ablandaron el rigor del cacique, que aún invitaba a Aguilar a que se casase con una de las mujeres de aquella tierra, lo cual rehusó aquél en cumplimiento de sus votos. Tan admirable constancia llegó a excitar las sospechas del cacique, quien sometió «la virtud del eclesiástico a pruebas severísimas, y muchas de ellas de la misma clase que las tentaciones con que dicen que el diablo asaltaba a San Antonio» (1). Mas él consiguió salir como lo hizo su evangélico predecesor, ileso e inmaculado. La continencia es una virtud demasiado rara y difícil entre salvajes, para no conciliarse con ella la veneración; así es que ha sido más de una vez título de santidad en el Nuevo y en el Antiguo Mundo. Aguilar estaba encargado de la hacienda del cacique y del cuidado de sus numerosas concubinas. Era hombre no sólo virtuoso, sino discreto, y sus consejos habían sido útiles tantas veces, que se le consultaba en todos los negocios de importancia. En suma, Aguilar era entre los indios un grande hombre.

No causó, pues, poco sentimiento al cacique acceder a las propuestas que los españoles le hacían para rescatarlo, y ciertamente nunca hubiera consentido en ello, a no ser

(1) Herrera las enumera con una minuciosa prolijidad, que tiene por lo menos el mérito de ser una apología mucho más completa de las virtudes de Aguilar, que las áridas generalidades del texto. (*Historia General*, Década 2, caps. VI-VIII.) Su historia ha sido bellamente contada por Wáshington Irving en sus *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón* (Londres, 1833), pág. 263 y siguientes.

por el rico rescate de cuentas de vidrio, campanas y otras joyas de la misma valía que le enviaron en rescate. Cuando Aguilar llegó a la costa fué tan tarde, que los bergantines ya se habían hecho a la vela, de manera que sólo al feliz regreso de la flota a Cozumel, debió la dicha de alcanzarlos.

Al presentarse ante Cortés el pobre hombre, le saludó al estilo indio, tocando la tierra con la mano y llevando después ésta a la cabeza. El comandante le alzó, le abrazó afectuosamente y le envolvió en su misma capa, pues Aguilar iba en el sencillo traje que usan los indios de aquella tierra, el cual es un poco indecente a los ojos de un europeo. Pasó, pues, mucho tiempo para que olvidase los hábitos que había adquirido en medio de la libertad selvática, y para que se volviese a someter a las trabas y artificios que tanto en el vestido como en el trato, introduce la civilización. Su larga residencia en el país le habían familiarizado con la lengua *maya*, dialecto propio de Yucatán; así es que luego que empezó a recordar su lengua materna, comenzó a ser de gran utilidad como intérprete. Cortés vislumbró desde el principio el provecho que iba a sacar de él; pero no calculó todas las consecuencias de semejante adquisición (1). Concluídos los reparos de los buques, volvió por segunda vez el comandante español a abandonar aquellas playas amigas, y se hizo a la vela el 4 de marzo. Acercándose cuanto era posible a la costa, doblaron el cabo Catoche; atravesaron a toda vela por la vasta bahía de Campeche, guarnecida con los ricos bosques de palo de tinte que desde entonces ha formado uno de los primeros artículos de comercio con Europa. Pasaron por Ponton-

(1) Camargo, *Hist. de Tlaxcala*, M. S. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. I. Mártir de Insulis, pág. 347. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XXIX. Carta de Veracruz, M. S. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.º, caps. CXV-CXVI.

chan, donde Córdova había sido recibido tan duramente por los indios, y a poco tiempo después llegaron a la desembocadura del río de Tabasco o de Grijalva, en donde había hecho este navegante el lucrativo tráfico de que ya hemos hablado. No obstante que Cortés no perdía de vista el grande objeto de su viaje, que era visitar el territorio azteca, deseaba conocer las riquezas de aquel país, y resolvió subir el río y visitar la gran ciudad que estaba a sus orillas.

Había tan poca cala, a causa del depósito de arena en la boca del río, que el comandante se vió obligado a dejar anclados sus buques a la entrada de éste, embarcándose en canoas con sólo una parte de las fuerzas. Las riberas estaban abundantemente cubiertas de plantas acuáticas, cuyas raíces, enlazándose entre sí, formaban una especie de red impenetrable, al través de la cual se delineaban las siniestras formas de los indios, que andaban de acá para acullá haciendo gestos y ademanes amenazadores. Cortés, admirado de encontrar una acogida tan hostil y tan diversa de la que, con fundadas razones, aguardaba, no siguió adelante sino con gran precaución. Al llegar a un lugar descubierto donde había reunidos gran número de indios, les pidió, por medio de su intérprete, que le permitiesen llegar a tierra; pero los indios, blandiendo sus armas, le respondieron con ademanes que expresaban su cólera y su desprecio. Bien que esto lo sentía Cortés en el alma, creyó más conveniente no insistir más por aquella tarde y se retiró a una isla cercana, adonde sacó a sus tropas, resuelto a efectuar al día siguiente su desembarco en el continente.

Al rayar el día vieron los españoles que las orillas del río estaban cubiertas de hileras de soldados en mucho mayor número que la tarde precedente, mientras que a lo

largo de la playa había canoas llenas de guerreros armados. Cortés comenzó a hacer sus preparativos para el ataque. Primeramente mandó un destacamento de cien hombres a las órdenes de Alonso de Ávila, para que, entrando por un punto que estaba a la bajada del río, y protegido por una espesa alameda de palmeros, tomase un camino que, al parecer, conducía directamente a la ciudad de Tabasco, dando órdenes a aquel oficial de que atacase al punto la plaza, mientras él la atacaba de frente (1).

Entonces embarcó sus tropas y atravesó el río a la vista del enemigo; pero antes de comenzar las hostilidades quiso, para obrar en justicia y en cumplimiento de las órdenes del Real Consejo, hacer saber a los enemigos, mediante el intérprete, que lo único que solicitaba era el paso libre para sus tropas y que reviviesen las relaciones amistosas que al principio habían existido entre sus compatriotas y los naturales de aquellas tierras (2). Aseguróles, además, que si se derramaba sangre, la culpa sería de ellos; que, por último, la resistencia era completamente inútil, pues que estaba resuelto a pernoctar, a todo trance, aquella noche, en la ciudad de Tabasco. A esta intimación, escrita en tono arrogante e imponente y autorizada por el escribano público, contestaron los indios (que de diez palabras de ella, tal vez no habrían comprendido ni una) con sus gritos de guerra y con una lluvia de saetas (1).

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XXXI. Carta de Veracruz, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. XVIII. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXVIII. Mártir de Insulis, pág. 348.

Hay algunas discrepancias entre las noticias de Bernal Díaz y las de los que escribieron la Carta de Veracruz, habiendo sido uno y otros testigos presenciales de los sucesos.

(2) Carta de Veracruz, M. S. Bernal Díaz, *Historia de la Conquista*, cap. XXXI.

(1) He aquí, exclama el obispo de Chiapas con su acostumbrada

Cortés, después de haber cumplido con todos los deberes de leal caballero y trasferido toda responsabilidad, sobre el Real Consejo, situó sus canoas al lado de las de los indios. Acometiéronse unos y otros con gran fiereza y en poco tiempo ya estaban dentro del agua, que les daba hasta cerca de la cintura. El combate no fué largo, aunque sí desesperado; mas los europeos prevalecieron y obligaron a sus enemigos al fin a retirarse a la tierra. Allí acudieron en su ayuda los otros indios, que descargaron sobre los invasores una lluvia de dardos, saetas y pedazos de madera. Las riberas eran deleznables y resbaladizas, de suerte que costaba gran trabajo a los españoles asentar el pie y caminar por sobre ellas. Cortés perdió un calzado en el lodo, pero no por eso cesó de combatir, aunque descalzo y con gran riesgo para su persona, pues los indios no tardaron en descubrir que era el caudillo, y se decían unos a otros: «apunta al jefe».

Por último, consiguieron los españoles ganar la ribera y colocarse en algún orden que les permitiese disparar sus armas de fuego y sus ballestas. El enemigo, aterrado con

caustecidad, he aquí la irracionalidad de este requerimiento, o para hablar más exactamente, la locura e insensibilidad del Real Consejo, que quiso buscar en la resistencia de los indios un pretexto para hacerles la guerra». *(Hist. de las Ind.*, M. S. lib 3.º, cap CXVIII.)

En otro lugar, lanza una amarga invectiva contra los que encubrían un ánimo hostil, bajo estas vanas fórmulas, cuya significación y alcance era casi imposible que lo descubriesen los bárbaros. (Ibid., lib. 3.º, capítulo LXII.) La famosa fórmula usada por los conquistadores españoles en esta ocasión, fué redactada por el Dr. Palacios Rubio, hombre literato y miembro del Real Consejo. «Pero yo me río de él y de sus letras», exclama Oviedo, «si llegó a creer que los indios ignorantes habían de entender ni una palabra». (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib 29, capítulo VII.) Se puede ver la traducción inglesa de este requerimiento, en las últimas páginas de la obra de Irving, titulada: *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón.*

el brillo y estruendo de las armas de fuego que todavía no conocía, huyó y se replegó tras un parapeto de madera que había en la mitad del camino. Los españoles, obstinados en perseguirle, pronto vencieron aquellos fuertes obstáculos y obligaron a los tabasqueños a tomar el camino de la ciudad y entrar en ella, donde había otra palizada.

Entretanto, había llegado Ávila por el punto opuesto; por manera que los indios sorprendidos súbitamente no pudieron resistir por más tiempo y abandonaron la ciudad a los cristianos, habiendo antes sacado de ella sus familias y muebles. Algunas semillas cayeron en manos de los vencedores, pero poco oro, cosa que, como dice Las Casas, no les causó mucha complacencia (1). La ciudad era populosísima; las casas eran en su mayor parte de adobe. Sus edificios atestiguaban de por sí que pertenecían a una raza más culta que las de las islas, así como también su enérgica resistencia había probado que le aventajaban en valor (2).

(1) Halláronlas llenas de maíz e gallinas y otros bastimentos; oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho placer. *Hist. de las Ind.*, M. S., *ubi. supra.*

(2) Pedro Mártir ha dejado una brillante pintura de esta ciudad: *Ad fluminis ripam protentum dicunt esse opidum, quantum non ausim dicere: mille quingentorum passuum ait Alaminus nauclerus et domorum quinque et viginti millium: stringunt alii, ingens tamen patentur et celebre. Hortis intersecantur domus, quæ sunt egregie lapidibus et calci fabrefacta, mixima industria et architectorum arte.* (*De insulis*, pág. 349.) Con ese mismo espíritu de Inquisición, que le es propio, refiere todos los pormenores que dieron el viejo piloto Alaminos y otros dos oficiales de Cortés, que volvieron a España en el curso de aquel mismo año. Tabasco estaba cerca de las arruinadas ciudades de Yucatán, que han prestado materia para tantas especulaciones en estos últimos tiempos. No son tan notables los encomios de Mártir, cuanto el silencio de otros escritores contemporáneos.

Dueño Cortés de la ciudad, tomó formal posesión de ella a nombre de la Corona de Castilla; dió tres tajos con su espada a una gran *ceiba* que había en la plaza, y proclamó solemnemente que tomaba posesión de la ciudad a nombre y en favor de los monarcas católicos, y que esto lo defendería y sostendría con espada y lanza ante quien quiera lo dudase. La misma jactanciosa declaración hicieron los soldados, habiendo dado de todo esto debida fe y testimonio el notario público. Tal era la usanza sencilla pero caballeresca de los hidalgos españoles al tomar posesión de algún territorio en el Nuevo Mundo. Indudablemente con respecto a otro monarca extranjero, era un justo título el que adquirían de esta manera.

El capitán general hizo su cuartel aquella noche en el patio principal del templo mayor. Apostó sus centinelas y tomó todas las precauciones que se estilan en la guerra con enemigos civilizados, y a fe que no fueron inútiles tales precauciones, pues aunque en el templo y cerca de él reinaba un silencio sospechoso, llegaron noticias de que se había escapado el intérprete Melchorejo, dejando colgado de un árbol su traje de español. Cortés quedó muy disgustado de semejante suceso, pues que el fugitivo podía no sólo informar a los enemigos del corto número de españoles, sino disipar todas las ilusiones que aquellos se hubiesen formado, respecto de la naturaleza extraordinaria de los recién venidos.

A la mañana siguiente, viendo Cortés que ningún enemigo se presentaba, mandó dos destacamentos, el uno a las órdenes de Alvarado y el otro a las de Francisco de Lujo, a que explorasen el terreno donde estaban. Este último oficial no había andado ni una legua, cuando supo de los indios, por haberle atacado con tal ímpetu, que se vió obligado a replegarse a un edificio de piedra, donde le si-

tiaron estrechamente. Afortunadamente el rumor de los sitiadores, que según la costumbre de las naciones salvajes, creían infundir terror con su grita feroz, llegó a los oídos de Alvarado y de su gente, que acudieron al instante en ayuda de sus camaradas, de modo que les permitieron abrirse paso por entre los enemigos. Una y otra compañía iban en precipitada retirada, hacia la ciudad, porque los indios les perseguían urgentemente, cuando salió Cortés a su socorro y obligó a los tabasqueños a retirarse.

Pocos prisioneros cayeron en esta escaramuza; pero ellos informaron a Cortés de que se habían realizado sus funestos temores. Todo el país se había armado: un ejército de muchos millares de hombres que habían acudido de las provincias cercanas, estaba resuelto a dar un asalto general al día siguiente. Habiéndose informado el general, de ¿por qué a él le habían recibido de una manera tan diversa que a su predecesor Grijalva?, le contestaron los prisioneros: que los tabasqueños habían merecido por aquella conducta que las otras tribus le ofendiesen y les tratasen de traidores y de cobardes, de suerte que aquéllos se habían visto obligados a ofrecer a éstas que si volvían a venir los blancos, les resistirían de la misma suerte que lo habían hecho sus vecinos (1).

A Cortés comenzó entonces a pesarle de haberse atrevido a apartarse del objeto directo de su viaje, y de haberse comprometido en una guerra dudosa y que no podía producir ningún resultado ventajoso. Mas ya era tarde para el arrepentimiento: había comenzado su camino y no le quedaba otro partido más que proseguirlo; retirarse hubiera

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. XXXI-XXXII. Gomara, *Crónica*, cap. XVIII. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.º, capítulos CXVIII-CXIX. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., caps. LXXVIII-LXXIX.

sido desanimar a su gente, enajenarse la confianza que como jefe le merecía, y aumentar la arrogancia de sus enemigos, la fama de cuyos triunfos le precedería y le causaría grandes apuros y descalabros. No vaciló, pues, en seguir adelante, pero convocó a todos sus oficiales y les manifestó su propósito de dar una batalla al día siguiente (1).

Dejó en los buques a los que estaban inútiles por sus heridas, y al resto lo trajo al campamento. Sacó igualmente siete piezas de artillería de calibre y todos los caballos. Los caballos estaban entumidos y torpes a causa de la larga inacción en que habían estado durante la travesía, pero unas cuantas horas de ejercicio bastaron para que recobrasen su agilidad y fuerza. Confió el mando de la artillería (si así se le puede llamar), a un tal Mesa, hombre que en la guerra de Italia había adquirido alguna práctica como ingeniero. La infantería la puso a las órdenes de Diego Ordaz, y se encargó él mismo de la caballería. A esta última pertenecían algunos de los más valientes hidalgos como Alvarado, Velázquez de León, Ávila, Puerto-Carrero, Olid y Montejo. Después de hacer todos los preparativos necesarios y su plan de batalla, se retiró a descansar mas no a dormir. Su imaginación ferviente estaba, como ya nos lo debemos suponer, llena de inquietud, por lo que sucedería al día siguiente en que se iba a decidir de la suerte de su expedición. En aquella noche se le observó que hizo lo que acostumbraba en tales ocasiones: anduvo rondando los campamentos y visitando los centinelas, para cuidar de que nadie se durmiese en su puesto.

Al primer albor de la mañana, reunió a su gente y le

(1) Según Solís, que cita la oración pronunciada por Cortés en esta ocasión, convocó un consejo de oficiales para que le aconsejasen sobre el camino que debía abrazar. (*Conq.*, cap. XIX.) Puede ser que así sea; pero yo no he visto corroborado esto por ningún otro escritor.

declaró su intento de no aguardar a que el enemigo viniese otra vez a asaltarle en la ciudad, sino de marchar contra él al punto mismo. Él sabía muy bien que la actividad excita los ánimos, y que el que ataca saca de su movilidad misma cierta confianza que no siente el que aunque impaciente espera pasivamente a ser atacado. Se supo que los indios estaban acampados en una llanura llamada Ceutla, a pocas millas de distancia de la ciudad. El general mandó que Ordaz marchase con la infantería y la artillería atravesando el país, y que les atacase de frente, mientras él describía una curva con la caballería y les iba a atacar de flanco o por la retaguardia, cuando estuviesen los indios empeñados en el combate con Ordaz.

Completadas estas disposiciones, oyeron misa y salieron de la palizada de la ciudad de Tabasco. Era día de la Encarnación del Divino Verbo, 25 de marzo, día memorable en los anales de la Nueva España. Los alrededores de la ciudad estaban plantados de maíz en las partes más bajas, de cacao, que allí lo mismo que en México, servía para hacer una bebida y quizá también de moneda Como el cultivo de estas plantas exige que se las riegue frecuentemente, todo el terreno estaba atravesado por canales y estanques que impedían recorrerle sin gran fatiga y dificultades. No obstante, había un paso estrecho o calzada por la cual se podía hacer pasar un cañón.

Más de una legua caminaron las tropas sin que se presentase el enemigo. La estación era ardiente, pero pocos soldados resistieron fatiga de reportar la pesada coraza que se usaba en aquel tiempo. Las jaquetas, perfectamente acolchonadas de algodón, ofrecían bastante defensa contra las saetas de los indios, y dejaban al mismo tiempo la libertad y soltura que se requiere para vagar por entre los bosques.

Por último, se presentaron a la vista de las espaciosas llanuras de Ceutla, donde descubrieron la oscura línea enemiga, que según se veía, se extendía a lo largo de todo el horizonte. Los indios habían tenido cierta sagacidad al elegir su posición, y como además los fatigados españoles venían lentamente haciendo ruido al atravesar los pantanos, los tabasqueños les apercibieron desde lejos y arrojando sus gritos de guerra, arrojaron sobre ellos una descarga de saetas, piedras y otros proyectiles, que resonaron como el granizo al herir contra los escudos y yelmos de los españoles. Muchos de éstos quedaron gravemente heridos antes de poder llegar a tierra firme; pero luego que consiguieron ganar un espacio estrecho donde situarse, empezaron a hacer un activísimo fuego de artillería y mosquetería sobre las gruesas columnas de indios, que sufrieron de las balas fatales estragos. Cada descarga barría a gran número de indios; pero ellos, atrevidos y tenaces, lejos de desalentarse, arrojaban polvo y hojas con que ocultar su pérdida, y, al son de sus instrumentos guerreros, correspondían las descargas de fuego con nubes de saetas.

Después de estrechar a los españoles y de darles una carga vigorosa, retrocedieron súbitamente, agitándose como las olas del mar, y parece que se preparaban a agobiar al pequeño bando de sus contrarios con la inmensidad de su número. En tal apuro, apenas tuvieron tiempo los españoles de hacer las evoluciones necesarias y de disponer convenientemente sus cañones (1).

El combate se suspendió por más de una hora, durante la cual los conquistadores, que estaban en gran conflicto,

(1) Las Casas, op. cit., *ubi. supra*. Gomara, *Crónica*, capítulos XIX-XX. Herrera, *Hist. Gen.*, déc. 2. lib. 4.°, cap. XI. Mártir, *De Insulis*, pág. 350. Ixtlilxochitl, *Hist. chichi.*, M. S., cap. LXXIX. Bernal Díaz, op. cit., cap. XXXIII-XXXVI. Carta de Veracruz, M. S.

aguardaban con impaciencia, para que los sacasen de tan duro aprieto, la llegada de los caballos, los cuales se habían detenido por causas inexplicables. Estando en esta crisis, vieron los españoles que las columnas enemigas más distantes se agitaban desordenadamente y que este movimiento se propagaba rápidamente a todo el ejército. A muy poco de esto llegó a los oídos de los cristianos el sagrado grito de guerra usado entre ellos: «Santiago y San Pedro», y descubrieron a la caballería cristiana, cuyos brillantes yelmos y relucientes espadas, reflejaban los rayos del sol poniente al atravesar por entre las filas enemigas, entre las cuales esparcía el terror y el estrago por donde quiera que pasaba. Los ojos de la fe llegaron a ver también al mismo santo patrón de España, montado en su caballo de batalla, acudiendo al socorro de sus devotos y pisoteando los cadáveres de los vencidos infieles (1).

Lo muy quebrado del terreno había estorbado a Cortés llegar más antes. Cuando llegó al campamento de los indios, éstos no le habían sentido, así es que se vieron prontamente envueltos. Mandó a su gente que dirigiese los lanzazos a la cara de los enemigos (2), los cuales, aterrados

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. chichi.*, M. S. cap. LXXIX. «Cortés suponía, dice Pizarro y Orellana, que su Santo tutelar era San Pedro; pero la más general y más cierta opinión que no era San Pedro, sino nuestro glorioso Apóstol Santiago, valuarte y salvaguardia de nuestra nación.» (*Varones ilustres*, pág. 73.) «Como yo soy pecador, exclama el honrado Bernal Díaz mostrando cierto espíritu de duda, no me fué permitido ver, en esta ocasión, a ninguno de los santos Apóstoles.» *Historia de la Conquista*, cap. XXXIV.

(2) El lector recordará que fué también la orden dada por César en la batalla con Pompeyo.

«Adversos qui jubet ferro confundere
Vultus.»

Lucan, *Pharsalia*, lib. 7.º, v. 575.

con la súbita aparición de aquellos seres monstruosos, pues que suponían que caballo y jinete era un mismo animal, huyeron, poseídos de terror pánico (1). Ordaz, aprovechando este momento de confusión, mandó dar una carga cerrada sobre toda la línea enemiga, mas los indios huyeron sin oponer, ya, resistencia ninguna, y aun muchos de ellos, arrojando sus armas.

Cortés estaba tan contento de la victoria, que no se cuidó de perseguir al enemigo, tiñendo su acero en sangre de fugitivos. Retiró su tropa a un bosque de palmas que circuía a la plaza, y, bajo su ancha sombra, tributaron todos una acción de gracias al Altísimo por la victoria que acababa de concederles. El sitio de la batalla fué después el asiento de una ciudad, que se llamó, en memoria de aquel día, *Santa María de la Victoria*, que fué, mucho después, la capital de la provincia (2). El número de los que pelearon y murieron en esta batalla es enteramente dudoso, pues nada es, en verdad, más incierto que los cálculos numéricos de los bárbaros; cálculos que no pueden ser rectificados cuando, como en el caso presente, los trasmiten enemigos. Los más, convienen en que el ejército de los indios se componía de cinco escuadrones de a ocho mil hombres cada uno. Mas en cuanto al número de muertos no hay tanta conformidad, pues varían los cómputos desde mil hasta treinta mil. En medio de tan enorme discordancia debemos creer, atendida la gran propensión a exagerar, que el cómputo que más se acerca a la verdad es el más pequeño. La pérdida de los españoles fué insignificante, pues (si habíamos de creer a sus propias noti-

(1) «*Equites*, dice Pablo Giovío, *unum integrum centaurorum specie acimal esse existimarent.*» *Elogia virorum il ustrium.* (Basilea, 1696), lib, 6.°, pág. 292.

(2) Clavijero. *Hist. de Messico*, t. III, pág. 11.

cias, igualmente indignas de fe que las anteriores), no tuvieron más que dos muertos y menos de cien heridos. Fácilmente comprenderemos cómo opinaban los conquistadores cuando declaran «que seguramente peleó el cielo en defensa de su causa, puesto que jamás habrían podido por sí y sin una ayuda divina, prevalecer contra tamaña multitud de enemigos (1).

Muchos prisioneros cayeron en la batalla, entre ellos dos jefes, a los cuales dió Cortés la libertad, mandando por medio de ellos, a sus compatriotas, un mensaje, en el cual les decía: «que olvidaría todo lo pasado siempre que se le presentasen al punto y le jurasen sumisa obediencia; pero que de otra manera, talaría la tierra y pasaría a cuchillo a todo ser viviente, ya fuera hombre, mujer o niño.» Los enviados partieron, resonando sin cesar, en sus oídos, aquella formidable amenaza.

Los tabasqueños no tenían aliento para resistir por más tiempo. Al día siguiente se presentó a Cortés una Comisión de jefes subalternos vestidos de luto, que venían a manifestar su abyecta condición y a implorar que se les permitiese enterrar a sus muertos. El general se los concedió, asegurándoles de mil maneras la favorable y amistosa disposición en que se hallaba hacia ellos; pero al mismo tiempo les dijo que esperaba que viniesen los principales

(1) «Crean Vuestras Reales Altezas, por cierto, que esta batalla fué vencida más por la voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres de guerra, poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos.» Carta de Veracruz, M. S. Gomara, *Crónica,* cap. XX. Bernal Díaz, op. cit., cap. XXXV. Las Casas es quien, arreglando, como lo tiene de costumbre, sus matemáticas según sus sentimientos, hace subir la pérdida de los indios a la exorbitante suma que decimos en el texto. «Tal fué, concluye secamente, la primera predicación del evangelio que hizo Cortés en la Nueva España.» Op. cit., *ubi. supra.*

caciques, o que de otra manera no volvería a tratar. Pronto se presentaron ellos con gran séquito de vasallos que le siguieron con tímida curiosidad, al campo cristiano. Entre los presentes propiciatorios, estaban veinte esclavas, una de las cuales fué de muchísima más utilidad de lo que se esperaban tanto los tabasqueños como los españoles. Pronto se restableció la confianza y comenzó a entablarse un amistoso tráfico, en el cual los españoles trocaron algunos dijes por los toscos artículos de comodidad que proporcionaba el país, por bastimentos, algodón y unos que otros adornos de oro de poca valía. Cuando les preguntaron de dónde sacaban sus metales preciosos, señalaron hacia el Occidente y respondieron: «México, Colhua.» Los españoles conocieron que no era el lugar donde estaban a propósito para comerciar ni para detenerse; sin embargo, no estaban lejos de una opulenta y poderosa provincia, o por lo menos de lo que lo había sido en otro tiempo, el antiguo Palenque. Pero su gloria, aún entonces había ya desaparecido, y su nombre estaba ya olvidado de las naciones que lo rodeaban.

Antes de partir, no descuidó el comandante español, uno de los principales objetos de su expedición, la conversión de los gentiles. Manifestó a los caciques que quien le había enviado allí, era un alto y poderoso monarca que estaba al otro lado de las aguas, al cual debían prestar desde luego obediencia y vasallaje. Rogó a los reverendos Olmedo y Díaz que alumbrasen lo más pronto posible el entendimiento de aquellos gentiles con las grandes verdades de la revelación, y que les instasen para que abrazasen y renunciasen a su abominable paganismo. Los tabasqueños, cuyas percepciones se habían seguramente avivado mucho con la dura lección práctica que acababan de recibir, no mostraron resistencia a nada de esto. Siendo al día si-

guiente Domingo de Ramos, el general resolvió solemnizar la conversión de los indios con una de esas pomposas ceremonias de la Iglesia, que pudiese hacer en sus ánimos una impresión duradera.

Se formó una procesión solemne con todas las tropas, a cuya cabeza iban los eclesiásticos, llevando cada soldado una palma en la mano. El concurso fué aumentado por millares de indios de ambos sexos que presenciaban aquel espectáculo con curiosidad y asombro. Las largas filas se encaminaron pasando por floridos prados del campamento al templo donde se había erigido un altar, y puesto la imagen de la Santísima Virgen y del Divino Salvador en el lugar mismo donde estaba antes la deidad pagana. Celebró el sacrificio de la misa el Padre Olmedo, acompañándole en sus cánticos todos los soldados que estaban capaces de hacerlo. Los naturales los oían en el más profundo silencio, y aún si hemos de creer al cronista que refiere este suceso y que lo presenció, se desataron en lágrimas al mismo tiempo que se penetraban sus corazones de miedo reverente hacia el Dios de aquellos seres formidables que tenían en su manos el trueno y el relámpago (1).

La comunión católica tiene indudablemente ventajas sobre la protestante, en lo que mira a la facilidad de ganar prosélitos. La pompa deslumbradora de sus ceremonias y sus eficaces recursos para mover la sensibilidad, afectan mucho más profundamente al inculto hijo de la naturaleza, que no las frías abstracciones del protestantismo, las cuales, para ser comprendidas, exigen cierto grado de cultura y aun de refinamiento intelectual. Además, el gran respeto que muestran los católicos a la imagen material de la Divinidad, contribuye demasiado a aquel fin; aun cuando ta-

(1) Gomara, *Crónica*, caps. XXI-XXII. Carta de Veracruz, M. S. *Martir de Insulis*, pág. 351. Las Casas, op. cit., *ubi. supra.*

les exterioridades sólo las usen como incentivos, mas no como objetos del culto. Pero el salvaje es incapaz de hacer esta sutil distinción: él ve que los objetos de adoración son muy parecidos a los suyos propios, y esto basta para dominarle y subyugarle fácilmente. Lo que únicamente se necesita, es que en vez de tributar culto a la imagen de Quetzalcoatl, la deidad benévola que habitó entre los hombres, lo tribute a la de la imagen del Redentor, que en vez de adorar a la cruz, emblema del Dios de las lluvias, adore a esta misma cruz, símbolo de salvación.

Terminadas estas ceremonias, se dispuso Cortés a volver sus naves, plenamente satisfecho de las conversiones y conquistas que en gloria de la religión y provecho de la corona, acababa de verificar. Los soldados, después de despedirse de sus amigos los indios, entraron en sus esquifes llevando palmas en las manos, y volviendo a bajar el río, se entraron en sus navíos anclados a la boca de aquél. Soplaba entonces una grata brisa, y la navecilla, abriendo sus velas para recibirla, volvió a emprender luego su camino hacia las doradas playas de México.

CAPÍTULO V

Viaje por la costa.—Doña Marina.—Arribo de los españoles a México.—Entrevista con los aztecas.

(1519)

La flota siguió su curso, costeando la playa tan cerca, que los habitantes podían descubrirla desde tierra; y al pasar por las playas sinuosas del Golfo de México, los soldados que habían pertenecido a la primera expedición, iban señalando a sus compañeros los lugares notables. Aquí, estaba el *Río de Alvarado*, llamado así en memoria del valeroso aventurero, que ahora venía en la expedición; allí, el *Río de Banderas*, donde había hecho Grijalva tan lucrativo tráfico con los mexicanos; más adelante, la *Isla de Sacrificios*, en la cual encontraron los españoles los recientes vestigios de un sacrificio humano. Al oír Puerto Carrero estas reminiscencias de los mexicanos, repitió aquellas palabras del antiguo romance de Montesinos:

«Cata Francia, Montesinos,
Cata París la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Do van a dar en la mar.» (1)

(1) «Cata Francia, Montesinos,
Cata París la ciudad,
Cata las agüas del Duero
Do van a dar en la mar.»

Son las palabras de un antiguo romance español, publicado por la

«Mas yo os aconsejo, añadió volviéndose a Cortés, que sólo veáis hacia aquellas tierras y que penséis en el mejor modo de gobernarlas.» —«No temáis, respondió el comandante; si la fortuna me ayuda, como a Orlando, y me da compañeros tan animosos como vos, no me costará gran trabajo.» (1)

Llegó la flota a la isla de San Juan de Ulúa, así llamada por Grijalva. El tiempo estaba claro y sereno y dejaba apercibir las nubes de indios que desde la playa del continente se asombraba con el extraño espectáculo de las naves, que, al blando impulso de las velas, se deslizaban por sobre la tersa superficie de las ondas. Era Jueves Santo; el aire soplaba suavemente de la playa; pero Cortés, después de reconocer aquellos parajes, creyó que podría anclar con toda seguridad, a sotavento de la isla, que así le abrigaría de los *nortes* que soplan allí con tanta furia en la estación del invierno, y a veces aún en la de la primavera.

Apenas habían anclado las embarcaciones, cuando se vió una ligera piragua llena de naturales, encaminarse hacia la capitana que se distinguía de las otras, por tener enarbolado el pabellón de Castilla. Los indios se acercaron llenos de la confianza que les habían inspirado los que habían tratado con Grijalva. Traían de regalo frutas, flores y uno que otro adorno de oro, todo lo cual trocaron muy gustosos por algunas fruslerías de las de costumbre. Cortés vió burladas sus esperanzas de poder entenderse con los naturales, por medio de Aguilar, pues el dialecto maya, que es el que éste poseía, es enteramente diverso del azteca. Los indios suplían en cuanto era posible esta falta, por

primera vez, según me parece, en el *Romancero de Amberes*, y, últimamente, en el *Durán. Romances caballerescos e históricos*, parte 1.ª, pág. 82.

(1) Bernal Díaz, op. cit., cap. XXXVII.

medio de sus gestos vivaces y significativos, que bien pudieran llamarse los jeroglíficos hablados; pero el comandante español previó con sentimiento cuánta falta iba a hacerles en lo sucesivo otro medio más perfecto de comunicación (1). Estando en este apuro, supo que una de las mujeres esclavas que les habían regalado los tabasqueños, era mexicana y sabía la lengua azteca. El nombre que le dieron los españoles fué el de Marina; persona que habiendo ejercido después gran influencia con el destino de los españoles, es preciso dar a conocer al lector, hablando algo de su carácter e historia.

Era nativa de Painalla, en la Provincia Goatzacoalco, al confín SO. del imperio mexicano. Su padre, que era un grande y poderoso cacique, murió siendo ella todavía muy niña. Habiendo vuelto a casar la madre, y habiendo tenido un hijo de este segundo matrimonio, concibió el infame proyecto de hacer recaer sobre él la herencia que legítimamente pertenecía a Marina. Para llevarlo a cabo, fingió que ésta había muerto; pero secretamente la entregó en manos de unos mercaderes ambulantes de Xillacanto. Habiendo muerto a la sazón la hija de una de sus esclavas, se cogió el cuerpo para ponerlo en vez de aquella, e hizo que se celebrasen con gran pompa los funerales del supuesto cadáver de su hija. Todos estos pormenores los refiere el honrado soldado viejo Bernal Díaz, quien conoció a la madre y presenció el trato generoso que ésta recibió después de Marina. Los mercaderes vendieron a la

(1) Las Casas supone que los gestos de los indios denotan mayor vivacidad de imaginación, pues dice: «Señas o meneos con que los indios mucho más que otras generaciones, entienden y se dan a entender por tener muy vivos los sentidos exteriores y también los interiores, mayormente que es admirable su imaginación. Op. cit., M. S., libro 3.º, cap. CXX.

manceba al cacique de Tabasco, quien como ya lo hemos visto, la regaló a los españoles.

A causa de haber nacido en el territorio azteca, conocía la lengua y aún se dice que la hablaba con gran elegancia, y, por otra parte, su residencia en Tabasco le había hecho aprender el dialecto que allí se hablaba; de suerte que podía conversar con Aguilar, el cual traducía al español lo que ella le había dicho. Cortés tenía, pues, un medio de comunicación seguro, aunque con algunos rodeos. Esta circunstancia ha sido del mayor momento para el futuro éxito de la empresa. No pasó mucho tiempo sin que Marina, que tenía un talento vivo, poseyese el castellano de manera que ya no necesitaba de un intérprete intermedio. Ella aprendió el español con tanta más facilidad, cuanto que era la lengua del amor.

Cortés, que desde el principio conoció la importancia de sus servicios, la hizo primero su intérprete, después su secretario, y, por último, cautivado de sus encantos, su querida. En ella tuvo un hijo, D. Martín Cortés, comendador de la Orden Militar de Santiago, menos conocido por su cuna que por sus inmerecidas persecuciones.

Marina estaba entonces en la mañana de su vida. Dicen que tenía gran belleza personal (1) y que su fisonomía cubierta y expresiva, indicaban el temple generoso de su

(1) Camargo dice que era hermosa como diosa. *(Hist. de Tlaxcalan*, M. S.) Un poeta moderno ha pagado a su hermosura el siguiente tributo no poco galante:

Admira tan lucida cabalgada
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina.
. . . .
Con despejado espíritu y viveza,
Gira la vista en el concurso mudo;

alma. Fué siempre fiel a sus compatriotas adoptivos, a los cuales sacó más de una vez de angustiadas y peligrosas situaciones, aprovechándose de sus conocimientos en la lengua, en las costumbres, y aún muchas veces en los designios de los naturales. Tuvo errores como lo hemos visto; pero deben atribuirse a los defectos de su primera educación y al mal influjo de aquel a quien ella con candorosa confianza eligió en medio de la oscuridad de su entendimiento para que la alumbrase y guiase. Todos convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades; los importantes servicios que prestó a los españoles han hecho su memoria dignamente querida entre ellos, mientras que, por otra parte, el nombre de la Malinchi, con el cual es conocida todavía en México, es pronunciado con afecto por las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró vivas e invariables simpatías (1).

Con el auxilio de estos dos inteligentes intérpretes, entró

Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo;
Reina parece de la Indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.

(MORATÍN. *Las naves de Cortés destruídas*.)

(1) Las Casas, *Hist. de las Ind.*, *ubi. supra.* Gomara, *Crónica*, capítulos XXV-XXVI. Clavijero, *Hist. de México*, t. III, págs. 12-14. Oviedo, *Hist. de las Ind.* M. S., lib. 33, cap. I. Ixtlilxochitl, *Historia de Chich.*, M. S., cap. LXXIX. Camargo, *Hist de Tlaxcala*, M. S. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XXXVII-XXXVIII.

Hay alguna diferencia en cuanto a los primeros años de Doña Marina; pero yo he seguido a Bernal Díaz, porque por su situación especial me parece la mejor autoridad. Más afortunadamente, en cuanto a su mérito singular y los servicios que prestó a los españoles, no hay discordancia alguna.

Cortés en conversación con los indios que vinieron a visitarle. Por ellos supo que eran mexicanos, o por mejor decir, que su provincia, que había sido comparativamente hablando una de las más recientes conquistas del Imperio mexicano, era hoy uno de sus dominios. El reino era gobernado a la sazón por un poderoso monarca llamado Moteuczomo (o *Montezuma*, como por corrupción le dicen los españoles) que habitaba en unas llanuras montañosas que había en el interior del país a 70 leguas de la costa (1); que su provincia estaba actualmente gobernada por uno de los nobles de aquel gran soberano, cuyo gobernador se llamaba Teuhtlile, y residía a ocho leguas de allí. Cortés les contestó que venía con las miras más amistosas y con el deseo de tener una entrevista con el gobernador azteca. Despidióles en seguida cargados de regalos; pero después de cerciorarse de que en el interior de la tierra había abundancia de oro, del mismo con que estaban hechos aquellos objetos que habían traído de regalo.

Complacido Cortés del buen recibimiento que le habían hecho los indios, y de los buenos informes que acababan de darle, resolvió hacer allí por entonces su cuartel. Al día siguiente, 21 de abril, Viernes Santo, desembarcó con todas sus tropas en el lugar mismo donde hoy está la nueva ciudad de Veracruz. ¡Cuán distante estaría el conquistador de imaginarse que en aquella desierta playa en que por primera vez asentaba su planta, había de levantarse con el

(1) El nombre del monarca azteca, así como el de todos los lugares y personas de la Nueva España, ha sufrido innumerables variaciones en su ortografía. Los historiadores modernos españoles, le llaman generalmente Motezuma; mas no habiendo razón ninguna de suponer que es correcto este uso, he preferido darle el nombre por el cual le conocen generalmente los lectores ingleses. Es el usado por Bernal Díaz, aunque ningún otro escritor de aquella época de los que yo conozco a lo menos, lo hayan adoptado.

tiempo una ciudad floreciente, el gran mercado del tráfico con la Europa y el Asia, la ciudad comercial de la Nueva España! (1)

Todo era una extensa y no interrumpida llanura, excepto en aquellos puntos donde el soplo incesante de los nortes había acumulado montículos de arena o médanos. En ellos colocó su artillería, de manera que dominase el país.

Empleó inmediatamente a sus tropas en cortar arbustos y matorrales de los que crecen allí cerca, para hacer hogueras en que calentarse. Ayudábanle a esto las gentes del país, mandadas para este fin, según parece, por el gobernador mismo de la provincia. Clavaron de firme en la tierra estacas y las cubrieron con ramas de árbol, telas y tapices de algodón què trajeron los indios. De esta suerte lograron los españoles resguardarse durante dos días contra los abrasadores rayos del sol que reverberan con intolerable intensidad en aquellos arenales. El campamento estaba circuido de pantanos, cuyas exhalaciones, activadas por el calor, ocasionaron en los últimos tiempos una peste más mortífera para los españoles, que todos los huracanes de la costa. La fiebre amarilla, hoy azote de la tierra caliente, era poco conocida antes de la conquista. Parece que la mano de la civilización es la que esparce las semillas de la infección, pues basta fundar una ciudad o que se forme una laboriosa población de europeos, para que asome al

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. de Chich.*, M. S., cap. LXXIX. Clavijero, op. cit., t. III, pág. 16.

La ciudad que hoy se llama Nueva Veracruz, es distinta, como lo veremos en seguida, de la de Veracruz, fundada por Cortés, y aquélla no ha sido fundada, sino hasta fines del siglo XVI, por el conde de Monterrey, virrey de México. Recibió sus privilegios de ciudad, de Felipe III, en 1615. Ibid, t. III, pág. 30, nota.

punto el miasma maligno que antes dormía innocuo en la atmósfera (1).

Mientras aquellas disposiciones se llevaban a efecto, acudió multitud de indios de las provincias adyacentes, regularmente pobladas en su interior, atraídos por la curiosidad de ver aquellos asombrosos extranjeros. Trajéronles frutas, legumbres, flores, caza y algunos platillos guisados a la usanza del país, y uno que otro adorno de oro y de otras clases. Algunas de estas cosas las regalaron, y otras las trocaron por los dijes de los españoles; de suerte que el campo de los conquistadores, concurrido por una multitud de gentes de todos sexos y edades, parecía más bien una feria.

Por algunos de los concurrentes supo Cortés que el cacique se preparaba a visitarle al día siguiente. Era el día de Pascua de Resurrección. Teuhtlile llegó como se había anunciado, antes del medio día, acompañado de un séquito numeroso. Cortés le recibió con mucha ceremonia y le llevó a su tienda, donde estaban reunidos los principales oficiales. El cacique contestó a sus cumplimientos de una manera cortés aunque seria. El padre Olmedo celebró an-

(1) La epidemia de Matlazahuatl, tan fatal a los aztecas, M. Humboldt ha demostrado ser esencialmente diferente de la fiebre amarilla, o vómito prieto de nuestros tiempos, pues que los primeros conquistadores y colonos españoles nada hablan de él, y Clavijero afirma que era desconocido en México hasta 1725. (*Historia de México*, tomo III, pág. 118, nota.) Pero Humboldt, fundándose en que causas iguales deben producir efectos iguales, cree que la enfermedad se conocía más de antiguo, y aún alega en corroboración de esto, algunos vestigios históricos y algunas tradiciones. «*Il ne faut pas confondre l'époque a la quelle une maladie a été décrite pour la premiere fois, parceque elle a fait de grands ravages dans un court space de temps, avec l'époque de sa premier apparition.*» *Essai politique*, tomo IV, pág. 161, *et sequentes*.

tes una misa, a la cual asistieron con respetuosa reverencia Teuhtlile y sus compañeros, y en seguida se sirvió una comida, en la cual obsequió el general a sus huéspedes con vinos y guisados españoles. Llamaron después a los intérpretes y comenzó la conferencia.

Las primeras preguntas que hizo Teuhtlile fueron relativas a la patria y objeto de los extranjeros. Cortés respondió a ellas diciéndole: «que era el vasallo de un alto y poderoso monarca que tenía su imperio más allá de los mares, y al cual reconocían por señor reyes y príncipes; que sabedor de la grandeza del emperador mexicano, había deseado entrar en trato con él y le había enviado a él, a Cortés, de su embajador para que le trajese un regalo en muestra de su buena voluntad, y, además, un recado; todo lo cual debía desempeñar él mismo en persona.» Concluyó preguntando a Teuhtlile cuándo podía ser admitido a la presencia del soberano.

A esto contestó el noble azteca preguntando con alguna altivez: «¿Cómo es que haciendo solamente dos días que estaba allí ya quería ver al emperador?» En seguida añadió con alguna más cortesía: «que le asombraba saber que había otro monarca tan poderoso como Moteuczoma; pero que si así era, no dudaba que su señor, luego que lo supiera, tendría gran placer en entrar en comunicaciones con aquél. Que de su cuenta corría enviar al monarca azteca los reales presentes que le traían los españoles, a los cuales daría aviso de la resolución de Moteuczoma, luego que lo supiese.»

Teuhtlile mandó a sus esclavos que trajesen al punto los regalos destinados a los españoles, y que consistían en diez cargas de algodones finos; algunas capas hechas de pluma, curiosísimamente trabajadas y de colores tan delicados, que podían rivalizar con la más bella pintura; una

débil canastilla llena de objetos de oro, primorosamente trabajados; cosas todas muy propias para inspirar a los españoles una alta idea, tanto de la riqueza de los mexicanos como de sus adelantos en las artes mecánicas. Cortés aceptó todo esto con los debidos cumplimientos y mandó que sacasen las cosas destinadas a Moteuczoma. Eran estas, una silla de respaldo ricamente esculpida y pintada; una capa carmesí de género, con una medalla de oro en que estaba grabado San Jorge y el dragón infernal, y multitud de collares, brazaletes y otros adornos de cristal, los cuales, en un país en que éste no se conocía, debieron pasar, y de hecho pasaron entre los inexpertos mexicanos, por verdaderas piedras preciosas. Teuhtlile observó en el campamento que un soldado tenía un yelmo dorado que resplandecía vivamente, y el cual le recordó otro semejante que usó en México el buen Quetzalcoatl, por lo cual mostró gran deseo de que lo viese Moteuczoma. Por aquí se conocerá que en la venida de los españoles, encontraban los indios alguna analogía con las tradiciones relativas a aquella deidad. Cortés le manifestó que de muy buena voluntad mandaría al emperador aquel casco; pero que esperaba que al devolverle vendría lleno de polvo de aquel oro, que parecía ser de tan buena calidad como el oro de su patria. Según nos refiere el capellán, después contó Cortés al cacique, que los españoles padecían una enfermedad del corazón para la cual era el oro un remedio especial (1). En suma, dice Las Casas, «trató de hacer al gobernador tan patente como pudo, la necesidad que tenía de oro» (2).

Mientras esto pasaba, observó Cortés que uno de los de la comitiva de Teuhtlile, estaba ocupado en delinear con

(1) Gomara, *Crónica*, cap. XXVI.
(2) Las Casas, op. cit., lib. 3.°, cap. XIX.

un pincel un objeto. Acercándose a ver qué era, se encontró con un bosquejo hecho sobre ayate, de los españoles, de sus armas y trajes, teniendo todo esto su forma y colores propios; era la famosa escritura pintada, usada por los aztecas; y aquel hombre, según dijo Teuhtlile, estaba ocupándose en copiar todos los objetos para que los viese Moteuczoma, el cual podría de esta suerte formarse ideas más vivas que no por medio de palabras. Mucho agradó a Cortés la idea, y conociendo que la impresión que había producido su aspecto en los indígenas, aumentaría si les veían en movimiento, ordenó que saliese la caballería que bien podía maniobrar en aquellos arenales. Los atrevidos y rápidos movimientos de las tropas al hacer sus evoluciones militares, la aparente facilidad con que manejaban los impetuosos animales en que estaban montados, el brillo de sus armaduras y el penetrante grito de las trompetas llenaron de asombro a los espectadores; mas cuando oyeron el trueno de los cañones que mandó disparar Cortés, y la llamarada y el humo que despedían sus terribles bocas, y el ruido que hacían las balas al chocar contra las ramas de los árboles que hacían pedazos, quedaron llenos de una consternación de que no estuvo exento ni aún el mismo cacique.

Nada de esto se olvidó de copiar el pintor, que a su manera recordó fielmente todas las pequeñeces, sin omitir las naves, o *casas del agua*, como los indios las llamaban, las cuales se mecían lentamente en la tranquila superficie del mar, que reflejaba sus oscuros cascos y su velamen blanco cual la nieve. Todo esto estaba, como lo hemos dicho, representado con una fidelidad tal, que excitó a su vez el asombro de los españoles, muy distantes de esperarse una obra tan perfecta.

Concluído todo esto, se retiró Teuhtlile con todo su

acompañamiento, del real de los españoles, con la misma ceremonia con que habían entrado en él; dando órdenes a su gente, antes de retirarse, de que abasteciesen a los españoles de todo lo necesario, hasta no recibir nuevas órdenes de la capital (1).

(1) Ixtlilxochitl, *Relaciones*, M. S., núm. 13. *Hist. Chichi.*, M. S., capítulo LXXIX. Gomara, *Crónica*, cap. XXV-XXVI. Bernal Díaz, op. cit., cap. XXXVIII. Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 5.°, cap. IV. Carta de Veracruz, M. S. Torquemada, *Monarch.* Ind., lib. 4.°, cap. XIII-XV. Tezozomoc, *Crónica mexicana*, M. S., cap. CVII.

CAPÍTULO VI

Noticias sobre Moteuczoma.—Estado de su imperio.—Pronósticos extraordinarios.—Embajada y regalos.—Campamento español.

(1519)

Dejemos a los españoles en la tierra caliente, y transportémonos a la distante capital de México, donde había causado no poca impresión la llegada de aquellos maravillosos huéspedes a las costas del imperio. Ocupaba a la sazón el trono Moteuczoma II, sobrino del último y nieto del antepasado monarca. Había sido nombrado para la dignidad regia en 1502, prefiriéndole a sus hermanos, por ser más apto que ellos, tanto en la milicia como en el sacerdocio, reunión de funciones que en México, aunque no tan frecuentemente como en Egipto, se encuentra a veces en los soberanos. En sus primeros años había entrado con ardor en las guerras del imperio, mientras que en los últimos se había consagrado más especialmente a las funciones sacerdotales, siendo muy escrupuloso en cumplir con todos los ritos minuciosos que exigía el culto azteca. Tenía un aspecto grave y mesurado; hablaba poco y después de meditar cuerdamente lo que iba a decir. Todo su porte esta-

ba calculado para inspirar ideas de gran santidad (1). Cuando fueron a anunciarle su elección, le encontraron barriendo las gradas del templo mayor, dedicado al dios de la guerra de la nación. Recibió a los mensajeros de aquella nueva con afectada humildad y haciendo mil protestas de su insuficiencia. La alocución que era costumbre dirigir al monarca en tales ocasiones, la hizo su pariente Netzahualpilli, el sabio rey de Tezcuco (2). Afortunadamente aún se conserva ese documento, que puede servir de muestra de lo que era la elocuencia entre los indios. Ya al terminar su alocución dice el orador: «¿Quién puede dudar de que ha tocado al cenit de su grandeza el imperio azteca desde que lo ocupa aquel cuya sola presencia llena de respeto a cuantos le miran? Regocíjate, pueblo afortunado, pues que tienes ahora un soberano que será para ti un firmísimo apoyo y un padre en tus necesidades, más que un hermano en sus simpatías y cariño; que mirará con desdén los blandos placeres de los sentidos y la destructora molicie de la pereza. Y tú, ilustre joven, no dudes que el Creador, que ha echado sobre tus hombros tan pesada carga, te habrá dado la fuerza necesaria para sobrellevarla; que el que hasta ahora ha sido tan liberal para contigo, en lo sucesivo te colmará de bendiciones y te mantendrá firmemente asentado en el trono por el espacio de largos años.» Estos halagüeños pronósticos, que arran-

(1) Su nombre convenía con su carácter, pues según dice Las Casas, Moteuczoma significa, en lengua mexicana, hombre triste o austero. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXX. Ixtlilxochitl, *Historia chichimeca*, M. S., cap. LXX. Acosta, lib. 7.°, cap. XX. Colección de Mendoza, págs. 13 16. *Codex Tel-Rem.*, pág. 143, en las Antigüedades de México, VI.

(2) Véase en el cap. VI del lib. 1.° de esta obra para una noticia más completa acerca de este príncipe.

caron lágrimas al príncipe, que los escuchaba, no debían realizarse (1).

Moteuczoma desplegó al principio de su reinado toda la energía y actividad que se había desplegado en el reinado anterior. Su primera expedición contra una provincia comarcana que se había revelado, tuvo un éxito feliz y le proporcionó una turba de cautivos, con cuyo sangriento sacrificio solemnizó su coronación. Ésta fué celebrada con desusada pompa y grandeza. Los juegos y ceremonias religiosas duraron varios días, y concurrieron a ellos multitud de personas venidas de puntos distantes de la capital y aún algunos nobles Tlaxcaltecas, los enemigos hereditarios de los mexicanos. Habíase disfrazado para evitar que los descubriesen; mas no bastó aquella precaución, y fueron cogidos y llevados al monarca, quien lo que únicamente hizo fué darles agradable conversación y colocarles en un sitio donde pudiesen presenciar cómodamente los juegos. Considerando la inveterada enemistad entre las dos naciones, se puede decir que aquel acto fué generoso y magnánimo.

En los primeros tiempos de su reinado estuvo Moteuczoma empeñado en guerras incesantes, que frecuentemente conducía él en persona. La bandera azteca se vió ondear en las lejanas provincias que están cerca del Golfo de México, y en las remotas regiones de Nicaragua y Honduras. Generalmente fueron coronadas estas expediciones de buen éxito; por manera que los límites del imperio se ensancharon como nunca se habían visto.

No descuidaba por eso el emperador del Gobierno inte-

(1) En Torquemada (*Monarch Ind.*, lib. 3,°, cap. LXVIII) se puede ver íntegra la alocución. Este escritor estuvo en el país poco más de cincuenta años de que se pronunció. Recientemente la ha publicado Bustamante en la obra titulada, *Texcuco en los últimos tiempos.* (México, 1826), págs. 256-258.

rior de su estado, pues hizo algunas reformas importantes en el arreglo de la justicia, y cuidó atentamente del cumplimiento de las leyes, imponiendo severísimas penas a los infractores. Acostumbraba pasearse personalmente por las calles de la capital, para ver por sus propios ojos los abusos que se cometían. Cuéntase que alguna vez, usando de medios menos lícitos, tentó la probidad de sus jueces, ofreciéndoles grandes cohechos con tal de que faltasen a sus deberes, llamando después a estrecha cuenta a los que habían tenido la debilidad de sucumbir a sus tentaciones.

Remuneraba liberalmente a sus buenos servidores, y mostró no menos munificencia en todos sus edificios públicos; erigió y embelleció los templos; introdujo el agua en la capital abriendo un nuevo acueducto, y estableció en la ciudad del Colhuacan (1) un hospital o asilo para los soldados inválidos.

Todos estos actos, tan dignos de un buen príncipe, estaban contrapesados por otros de naturaleza diametralmente contraria.

A la hipócrita humildad que había simulado antes de su advenimiento al trono, sucedió una intolerable arrogancia. En sus casas de recreo, en su vida privada y en todo lo que le rodeaba, ostentó una pompa y un lujo que excedían a cuanto se había visto bajo el reinado de sus predecesores. Se ocultaba de las miradas del pueblo, o cuando se presentaba públicamente, exigía de sus vasallos las más serviles humillaciones, y en el interior de su palacio le servían hasta en los servicios más domésticos, personas de alta clase.

(1) Acosta, lib. 7.°, cap. XXII. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, libro 8.°, prólogo y cap. I. Torquemada, op. cit., lib. 3.°, caps. LXXIII, LXXIV y LXXXI. Colección de Mendoza, págs. 14-85, en la *Col. de Antig. de México*, vol. VI.

Despidió de los puestos que ocupaban en tiempo de su predecesor, a varios plebeyos y soldados pobres de gran mérito, porque decía que deshonraban el trono, sin que fuesen parte a estorbarlo las observaciones de sus ancianos y prudentes consejeros.

Al mismo tiempo que disgustaba a sus vasallos con este porte altanero, les vejaba con los onerosos impuestos que exigía la disipación de su corte, reportando aquellos principalmente sobre las ciudades conquistadas. Esta opresión ocasionaba los disturbios, la resistencia e insurrección de los cansados pueblos; por manera que en los últimos años del reinado, una mitad de la nación se empleaba incesantemente en reprimir los alzamientos de la otra mitad. Desgraciadamente no había principios de amalgamación, de suerte que las nuevas posesiones pudiesen, uniéndose a la antigua monarquía, formar después un sólo todo; por el contrario, los intereses eran encontrados. Así es que mientras más se dilataba el imperio azteca, más se debilitaba; semejante a un vasto y desproporcionado edificio, cuyos disgregados materiales no teniendo ningún principio de liga y trabazón, se hunden bajo su propio peso y están prontos a caer al más leve impulso de la tempestad.

En 1516 murió el príncipe tezcucano Netzahualpilli, en quien perdió Moteuczoma su más hábil consejero. Disputábanse la sucesión los dos hijos de aquél, Cacama e Ixtlilxochitl, ayudado el primero por Moteuczoma. El segundo, el más joven de los dos príncipes, era audaz y aspirante, y excitó al patriotismo de su nación, haciendo valer que su hermano no podía mirar por el bien de la nación tezcucana, estando sus intereses personales tan unidos a los de México. Siguióse de aquí una guerra civil que terminó por un convenio, por el cual la mitad del reino, incluso la capital, tocó a Cacama, y la parte septentrional a su ambicionado

rival. Desde entonces fué la mortal enemistad de Ixtlilxochitl contra Moteuczoma (1).

Aún más formidable enemigo de este último era la pequeña república de Tlaxcalan, situada entre el valle mexicano y la costa. Había conservado su independencia durante más de dos siglos, contra las fuerzas coligadas del imperio. En recursos no tenía rival; en civilización poco le aventajaban los otros dos grandes Estados; y en valor y proezas militares había adquirido una nombradía que no cedía a la de ninguna otra nación del Anáhuac.

Tal era la situación de la monarquía azteca cuando la llegada de Cortés; el pueblo disgustado de la arrogancia del soberano; las provincias y las ciudades distantes, vejadas por las exacciones fiscales; y los poderosos enemigos que le rodeaban, espiando la hora en que podían atacar con ventaja a su detestable y formidable rival. Sin embargo, aún era poderoso el reino por sus recursos interiores, por la fuerza de voluntad del monarca, por el largo hábito de obedecerla, por el terror de su nombre, por el valor de sus ejércitos, bien instruídos en la táctica de la guerra de los salvajes. Mas había ya llegado el tiempo en que aquella táctica imperfecta y aquellas toscas armas chocasen con la ciencia y el arte de una de las naciones más ilustradas del globo.

Durante los últimos años de su reinado, raras veces mandaba Moteuczoma personalmente las expediciones militares; regularmente las confiaba a sus generales, mientras él se ocupaba de preferencia en ejercer las funciones sacerdotales. Bajo el gobierno de ningún otro rey, había gozado el sacerdocio de mayores privilegios y prerrogativas. Los

(1) Clavijero, *Hist. de México*, t. I, págs. 267, 274 y 275. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., caps. LXX-LXXVI. Acosta, lib. 7.°, cap. XXI.

ritos y ceremonias religiosas se celebraban con pompa nunca vista; se consultaba a los oráculos hasta los motivos más triviales; y a las voraces deidades se les ofrecían en holocausto, millares de víctimas humanas sacadas de las provincias conquistadas o alzadas. La religión, o para hablar más exactamente, la superstición de Moteuczoma, fué una de las causas principales de su desgracia.

En uno de los capítulos precedentes he hablado de las tradiciones populares acerca de Quetzacoalt, esa deidad de hermosa figura y de barba flotante, de fisonomía tan distinta de la de los indios, el cual, después de desempeñar entre los aztecas una misión de beneficencia, se embarcó en el Océano Atlántico, para las misteriosas playas del Tlapallam (1). Al partir ofreció que volvería algún día con toda su posteridad y tomaría posesión del imperio. Ese día se aguardaba ya con esperanza, ya con temor, según los intereses de cada uno, pero con una confianza universal en todo el Anáhuac. Aún después de la conquista, algunas razas indias esperaban la venida de aquel Dios con la misma confianza y con tanto entusiasmo, como el que con que aguardaban los portugueses la venida de su rey Sebastián, o los judíos la de su Mesías (2).

Parece que en tiempo de Moteuczoma era opinión unánime que había llegado la época de que volviese el Dios y de que se cumpliesen sus promesas. Se dice que semejante creencia tomó su origen de ciertas ocurrencias preternaturales, que todos los escritores antiguos refieren con más o

(1) Libro I, cap. 3.° de esta obra.

(2) Tezozomoc, *Crónica mexicana*, M. S., cap. CVII. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., cap. I. Torquemada, op. cit., lib. 4.°, cap. XXIV. Codex Vaticanus, en las *Antig. de México*, vol. VI. Sahagun, *Historia de N. E.*, lib., 8.°, cap. VII. Ibid, M. S., lib. 12, caps. III-IV.

menos prolijidad (1). En 1510 la laguna de Texcuco, sin sobrevenir tempestad, terremoto ni ninguna otra cosa visible se agitó violentamente, se desbordó y llegando hasta las calles de la ciudad, arrasó en medio de las furias de sus olas, una gran parte de los edificios. En 1511, una de las torrecillas del templo mayor se incendió, también sin causa aparente, y continuó ardiendo a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para apagar el fuego. En los años siguientes aparecieron tres cometas, y poco antes de la llegada de los españoles se vió en el Oriente una luz muy extraña, cuya base descansaba sobre el horizonte, y elevándose en la forma piramidal, se iba angostando al acercarse al cenit: parecía una vasta faja de fuego que despedía chispas, o como se expresa un antiguo escritor, *abundantemente salpicadas de estrellas* (2). Al mismo tiempo que esto se veía, se oyeron voces lastimeras y dolorosos quejidos, que parecía como que anunciaban alguna extraordinaria y misteriosa calamidad. El monarca azteca, aterrado por el fenómeno que había aparecido en los cielos, consultó con Netzahualpilli, hombre versadísimo en la sutil ciencia de la astrología, quien envolvió en confusión y espanto el espíritu del monarca, al anunciarle que él leía en aquellos portentos los agüeros de la próxima ruina del imperio (3).

(1) «Tenía por cierto—dice Las Casas, hablando de Moteuczoma—, según sus profetas o agoreros le habían certificado, que su estado e riquezas e prosperidad habían de perecer dentro de pocos años. por ciertas gentes que habían de venir en sus días, que de su felicidad lo derrocase y por esto vivía siempre con temor y en tristeza y sobresaltado.» *Hist. de las Ind* , M. S., lib. 3.º, cap. CXX.

(2) Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S. El intérprete del Código Teleriano Remense, piensa que este brillante fenómeno no era otra cosa más que una erupción de los grandes volcanes de México; *Antig. de México*, vol. VI.

(3) Sahagun, op. cit., M. S., lib. 12, cap. I. Camargo, op. cit. Acos-

Estos son los cuentos extraordinarios que refieren los cronistas; cuentos en que no es cosa fácil descubrir algunas vislumbres de verdad (1). Habían pasado cerca de treinta años desde que Colón descubrió las islas, y más de veinte desde que visitó por primera vez el continente americano. Los rumores acerca de la venida maravillosa de hombres blancos que tenían en su mano el trueno y el relámpago, y cuyo aspecto se asemejaba mucho al de Quetzalcoalt, deben haberse esparcido y penetrado por todas las naciones indias hasta llegar a la gran mesa del centro, donde la venida de los españoles habrá encontrado ya predispuestos los ánimos a creer en el cumplimiento de sus tradiciones acerca de la vuelta de la gran deidad.

Cuando la imaginación está exaltada, en todas partes se ven prodigios, o por mejor decir, sucesos no muy comunes de por sí, aparecen al través del pálido medio del miedo como verdaderos prodigios; así, las creces de un lago, la aparición de un cometa y el incendio de un edificio, se tomaron por anuncios del cielo (2). Tal sucede también an-

ta, lib. 7.°, cap. XXIII. Herrera, *Hist. Gen. de las Ind.* Dec. 2, lib. 5.°, cap. 5.°. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.* M. S., cap. LXXIV.

(1) Omito hablar aquí del más estupendo de los milagros, bien que en la curia romana se hayan presentado testimonios legales de su verdad; quiero hablar de la resurrección de Papatzin, la hermana de Moteuczoma, verificada cuatro días después de su muerte para anunciar al monarca la próxima ruina de su imperio. Sin embargo, no falta en nuestro siglo quien crea en aquel milagro. Véase la nota de Don Carlos M. Bustamante en el t. II, pág. 270, de la *Historia de Sahagun.*

(2) Lucano ha hecho una completa enumeración de otros prodigios de esta clase, presenciados en la capital del imperio romano en una ocasión análoga. *(Farsalia,* lib. 1.°, v. 523 y siguientes.) ¡Pobre naturaleza humana, es la misma que en todas partes! Maquiavelo ha creído el asunto digno de ocupar un capítulo especial de sus *Discursos*.

Este filósofo llega a creer aun en la existencia de seres benéficos

tes de esas grandes convulsiones políticas que sacuden hasta los fundamentos de las sociedades; las precede la sombra de grandes acontecimientos; el aire resuena con esos sordos y proféticos rumores con que, tanto en el orden físico como en el moral, anuncia la naturaleza la carrera de un huracán.

Cuando el año anterior llegó a la capital la nueva de la venida de Grijalva, el ánimo de Moteuczoma cayó en un profundo desaliento; conoció que el hado fatal que por tanto tiempo había amenazado a la familia real de México, iba a cumplirse, y que el cetro iba a caer de sus manos para siempre. Aunque un poco consolado por el reembarco de los españoles, apostó centinelas en las alturas, por manera que cuando volvieron los europeos a las órdenes de Cortés, seguramente el monarca es quien supo primero tan malhadada noticia. Sin embargo, de orden suya había dádoles el gobernador tan buena acogida. La llegada de jeroglíficos que representaban a los nuevos huéspedes, revivían todos sus antiguos temores; convocó, pues, al punto, a su Consejo de Estado y a los reyes aliados de Tezcuco y Tlacopan y los instruyó del motivo que los reunía (1).

Según parece, hubo variedad de opiniones en aquel cuerpo: algunos opinaban por que se resistiese a los extranjeros, ya con amaños o por la viva fuerza; otros decían que si los tales extranjeros eran seres sobrenaturales,

que producen estos fenómenos como para avisar a los hombres de alguna próxima calamidad. *Discorsi sopra*, Tito Livio, lib. 1.º, capítulo LVI.

(1) Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.º, cap. CXX. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. LXXX. Idem, *Relaciones*, M. S. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, caps. III-IV. Tezozomoc, *Crónica mexicana*, M. S., cap. CVIII.

tan inútil sería la maña como la fuerza; además, que si, como ellos decían, eran los embajadores de otro príncipe, sería infame e injusto proceder de aquella suerte; que era claro que no pertenecía a la familia de Quetzalcoatl, porque se habían mostrado contrarios a la religión (pues que la noticia de lo que habían hecho los españoles en Tabasco ya se sabía en la capital). Entre los que eran de dictamen de que se les hiciese un amistoso recibimiento, estaba Cacama, el señor de Tezcuco.

Pero Moteuczoma, cediendo a sus vagos temores, adoptó un medio que, como siempre sucede, era el menos adecuado. Resolvió enviarles ricos regalos que les hiciesen formarse una alta idea de la riqueza y poder del imperio, y al mismo tiempo les prohibía que se acercasen a la capital, con lo que dió a conocer a un mismo tiempo su debilidad y su riqueza (1).

Mientras la corte azteca se agitaba de esta suerte, los españoles estaban en la tierra caliente no poco molestos por el excesivo calor y por la atmósfera sofocante de los vastos arenales en que estaban acampados, no obstante que los naturales mitigaban aquellas incomodidades con su atención y buenos oficios. De orden del gobernador de la provincia habían construído los indios cerca del campamento más de mil cabañas hechas de ramas de árbol y de esteras. En ellas preparaban los alimentos para Cortés, sin recibir ninguna recompensa, mientras que las tropas los obtenían mediante el trueque de algunas fruslerías que traían. El campo estaba, pues, bien abastecido de carne y pescado preparados de mil maneras apetitosas; de semillas, plátanos, piñas y otras agradabilísimas frutas de las

(1) Tezozomoc, *ubi. supra*. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXX.

de los trópicos, desconocidas hasta entonces de los españoles. Estos procuraron de preferencia obtener algunos pedacillos de oro, cuyo tráfico, aunque de poca importancia, parecía mal a los parciales de Velázquez, que lo consideraban como un ataque a los derechos de éste; mas Cortés no juzgó prudente contrariar en esta materia las inclinaciones de sus compañeros (1).

Pasados siete días u ocho a lo sumo, llegó la embajada de Moteuczoma al campo de los españoles; dilación que parece casi increíble, atendida la gran distancia que media entre la corte y la costa; mas recordemos, que como ya lo hemos dicho en otra parte, las noticias eran llevadas por medio de las postas, en el corto tiempo de veinticuatro horas (2); de suerte que de cuatro a cinco días bien pudieron andar setenta leguas los enviados, acostumbrados como todos los mexicanos a caminar largo y aprisa. Pero sobre todo, no hay escritor alguno que haga subir a más el tiempo que tardaron en llegar los emisarios indios. La embajada la componían dos nobles aztecas, el gobernador Teuhtlile y cosa de cien esclavos que traían los regalos enviados por Moteuczoma. Dicen que a uno de los embajadores se le eligió por parecerse mucho al retrato de Cortés que había venido en las pinturas; y una prueba de la fidelidad de aquél, es que los soldados españoles reconocieron luego la semejanza y llamaron constantemente a aquel indio el Cortés mexicano. Al entrar los embajadores en la tienda del general, le saludaron a él y a sus capitanes con las señales de reverencia usadas con los personajes de alta consideración, y las cuales consistían en tocar la tierra con la mano y llevar después ésta a la cabeza, entre tanto oscu-

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XXXIX. Gomara. *Crónica*, cap. XXVII, apud Barcia, t. II.

(2) Lib. 1.º, cap. II, de esta obra.

recían el aire con nubes de incienso que arrojaban los criados sobre la persona de aquel a quien se saludaba. Desenvolvieron algunas esteras del país o *petates*, delicadamente trabajados, y sobre ellos extendieron los esclavos las cosas que traían. Eran de varios géneros; escudos, yelmos y corazas, cubiertos de láminas de plata y con adornos de oro puro, collares y brazaletes del mismo metal; sandalias, abanicos, penachos y crestones de variadas plumas, mezcladas con hilos de oro y plata, y salpicadas de piedras preciosas y de perlas; pájaros y otros animales perfectamente imitados en oro y plata, de una hechura acabada; cortinas, frazadas y túnicas de algodón tan fino como la seda y de ricos y variados colores, entretejidas de plumaje que rivalizaba con la pintura más delicada (1). A más de todo esto había más de treinta tercios de mantas de algodón.

Entre los regalos estaba el casco español que habían mandado a la capital y que volvía ahora repleto de granos de oro; mas lo que principalmente llamaba la atención, eran dos láminas circulares de oro y plata del tamaño de la rueda de un coche; la una de ellas que representaba el sol, tenía esculpidas plantas y animales que seguramente simbolizaban el siglo de los aztecas; tenía 30 palmos de circunferencia y estaba valuada en 20.000 pesos de oro. La rueda de plata, del mismo tamaño que la otra, pesaba 50 marcos (2).

(1) ¡Pedro Mártir infiere que los indios conocían el juego del ajedrez, de la circunstancia de que algunas de sus telas de algodón estaban taraceadas o pintadas formando cuadros como en el tablero de las damas y el ajedrez! Habla de una tela curiosamente fabricada con pelo de animales, pluma e hilaza, entretejidas entre sí. «Plumas *illas et concinat inter cuniculorum villos, interque gossampii stamina ordiuntu, et intexunt operose adeo ut quo pacto id faciant non bene intelexerimus.*» *De Ocbe Novo.* (París, 1587). dec. 5, cap. X.

(2) Bernal Díaz. *Hist. de la Conq.*, cap. XXXIX. Oviedo, *Hist.*

Los españoles no pudieron reprimir el placer que les causaba la vista de aquellos tesoros, más ricos que cuanto se habían figurado en medio de sus sueños de codicia; además que, por ricos que fueran aquellos objetos, eran aún más notables que por su valía, por la belleza y perfección

de las Ind., M. S., lib. 33, cap. I. Las Casas, *Hist. de las Ind.* M. S., libro 3.°, cap. CXX. Gomara, *Crónica,* cap. XXVII, apud Barcia, t. II. Carta de Veracruz, M. S. Herrera, *Hist. general*, dec. II, lib. 5.°, cap. V.

Robertson ha citado la autoridad de Bernal Díaz, cuando dice que el valor de la lámina de plata eran 20.000 pesos o cerca de 5.000 libras esterlinas. *Hist. de América*, vol. II, nota 75); pero Bernal Díaz habla solamente del valor de la lámina de oro, y dice que valía 20.000 *pesos de oro*, cosa muy distinta de los pesos u onzas de plata, con los cuales ha confundido el primero la moneda de que allí se habla. Como frecuentemente hemos de hacer mención del *peso de oro*, será conveniente informar al lector de cuál era probablemente el valor de esta moneda.

Nada más difícil que fijar el valor actual de una moneda usada mucho tiempo antes, pues ocurren multitud de circunstancias que dificultan el cálculo, como el de mérito que han tenido los metales preciosos, la adulteración de las monedas especiales y otras semejantes. El señor Clemencín, secretario de la Real Academia de Historia, en el sexto volumen de sus «Memorias», ha calculado con gran exactitud el valor de las diferentes clases de moneda que se usaban en España a fines del siglo XV, precisamente en la época que aconteció la conquista de México. No menciona en sus tablas el *peso de oro;* mas sí fija al valor exacto del ducado de oro, lo cual basta enteramente a nuestro intento. (Memorias de la Real Academia de Historia, Madrid, 1821, t. VI, ilust. 20.) Oviedo, un contemporáneo de la Conquista, nos dice que el *peso de oro* y el *castellano*, tenían el mismo valor, el cual era precisamente una tercera parte mayor que el del ducado de oro. (*Hist. de Ind.*, lib. 6.°, cap. VIII, apud Ramusio, *Navegationi et Viaggi*, Venetia, 1565, t. III.) Ahora bien, según Clemencín, el ducado equivalía a ocho pesos setenta y cinco centavos de la actual moneda; luego el *peso de oro* equivalía a once pesos y setenta y siete centavos; o en monedas inglesas a dos libras doce chelines seis peniques. Teniendo esto presente, es fácil computar el valor de cualquiera suma de *pesos de oro.*

de su manufactura; tal es el testimonio de los que después los pudieron examinar fríamente en Sevilla (1).

Luego que Cortés y sus capitanes hubieron acabado de ver los regalos, relataron comedidamente los embajadores el mensaje de su soberano. «Nuestro amo y señor» dijeron, «tiene el mayor placer en entrar en trato con un monarca tan poderoso como el español, al cual profesa el más profundo respeto. Mucho siento no tener personalmente una entrevista con los españoles; mas le impide verificarlo así, la gran distancia, a que se agrega que el viaje presenta muchas dificultades y riesgos a causa de los formidables enemigos por entre los cuales se tendría que transitar; por manera que todo lo que puede hacer para con estos extranjeros, es darles al volverse al país de donde han venido, las más sinceras pruebas de su amistad.»

Cortés, aunque muy apesarado de que Moteuczoma se rehusase a admitir la entrevista personal que le había pedido, ocultó lo mejor que pudo aquel disgusto y expresó en términos muy cumplidos, cuanto agradecía las munificencias del emperador; «lo cual» añadió, «avivaba su deseo de

(1) «¡Cierto, cosas de ver!», exclama Las Casas que las vió en Sevilla en compañía del emperador Carlos V, en 1520. Quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas, &.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXX. «Muy hermosas», dice Oviedo, quien las vió en Valladolid, y que describe minuciosamente las dos grandes ruedas.» (*Hist. de las Ind.* M. S., loco cit.) Mártir, que todo lo averiguaba, después de haberlas examinado escrupulosamente, exclama con énfasis: *Si quid unquam honoris humana ingenia in hujuscemodi artibus sunt adita, principatum jure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem; qua industria quove studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi, quæ scribere nequæ. Quid oculos hominum sua pulchritudine æque possit allicere meo judicio vidi nunquam. De Orbe Novo*, Dec. 4, cap. IX.

tener con él una entrevista; que no se encontraba con ánimo bastante para presentarse de vuelta ante su soberano, sin haber realizado el gran objeto de su viaje; que por otra parte, aquel que había arrostrado los peligros de una navegación de dos mil leguas, fácilmente podía despreciar los que se le presentasen en un corto viaje por tierra». Volvió a suplicarles que llevasen aquel mensaje a su señor, y que también le ofreciesen el ligero presente que le enviaba en señal de su respeto. Consistía aquel en unas cuantas camisas de Holanda fina, un vaso florentino dorado y esmaltado con alguna curiosidad, y en algunas cháchara de poquísimo valor y que eran una miserable recompensa del magnífico regalo del monarca azteca. Así lo conocieron los embajadores, o a lo menos no se mostraron muy ansiosos de encargarse del regalo ni del recado, y al irse del campo de los españoles, volvieron a repetir al general que juzgaban que su solicita sería inútil (1).

El rico tesoro que estaba deslumbrando a los españoles excitó en su seno emociones tan diversas como era el carácter de cada uno. Los unos, deseaban ardientemente penetrar de una vez en aquella tierra que ofrecía tantos objetos de inmensa riqueza; otros, juzgaban que aquél era demasiado poderoso para que se pudiese vencer con la fuerza insignificante que entonces tenían, siendo de dictamen volverse a Cuba a informar al gobernador de todo para que se aprestase una expedición capaz de tamaña obra. Poca duda puede caber de cómo obraron en el ánimo de Cortés, para quien las dificultades de una empresa eran más bien incentivos que retraentes. Mas, con todo, nada dijo, a lo menos públicamente, prefiriendo segura-

(1) Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXI. Bernal Díaz, op. cit., cap. XXXIX. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., capítulo LXXX. Gomara, *Crónica*, cap. XXVII, apud Barcia, t. II.

mente que tan importante movimiento procediese del impulso y determinación de todo su ejército más bien que de su propio impulso.

Los soldados, entre tanto, estaban muy molestos, tanto por su posición en medio de aquellos abrasadores arenales, como por los pestilentes miasmas que despedían los pantanos de las cercanías y por los insectos venenosos propios de aquellas regiones cálidas, que no les dejaban descansar ni de día ni de noche. Treinta compañeros habían ya enfermado o muerto, pérdida muy considerable si se atiende al corto número que eran. Para colmo de su desdicha, la frialdad con que los recibieron los jefes mexicanos se había extendido al pueblo, de modo que los bastimentos habían disminuído en abundancia y subido exorbitantemente el precio. No era menos angustiosa la situación de la escuadrilla, que anclada en una rada desabrigada, estaba expuesta a la furia del primer *norte* que soplase en el golfo de México.

Llevado de todas estas circunstancias determinó el capitán mandar dos naves a las órdenes de Francisco de Montejo, y con el experto Alaminos, de piloto, a reconocer la costa por la parte del Norte, para ver si se encontraba puerto más seguro para la escuadra y más cómodos cuarteles para las tropas. Pasados diez días volvieron los embajadores mexicanos, que entraron en el campamento español con la misma solemnidad que la primera vez, y trajeron consigo un rico regalo de ricas estofas y adornos de metal, que, aunque menos valiosos que el que trajeron entonces, no valía menos de tres mil onzas de oro; además de esto trajeron cuatro piedras preciosas de considerable tamaño, parecidas a las esmeraldas, y llamadas por los naturales *chalchuites;* cada una de ellas valía, según les dijeron a los españoles, más de una carga de oro, por lo cual

las ofrecían como una distinguida señal de respeto al monarca castellano (1). Mas desgraciadamente no valían en Europa ni lo que valen muchas cargas de tierra.

La respuesta de Moteuczoma era sustancialmente la misma que antes; contenía una prohibición expresa a los extranjeros de acercarse a la capital, y les decía que esperaba que ahora que habían ya obtenido todo lo que más deseaban, regresarían a su país luego que les fuese dable verificarlo. Cortés escuchó esta áspera respuesta con urbanidad, aunque fríamente, y volviéndose a sus capitanes, exclamó: «es el tal un rico y poderoso príncipe por cierto; y aunque sea difícil, tenemos de pagarle algún día personalmente su visita.»

Mientras estaban en estas pláticas, tocó a vísperas la campana; los soldados, al oírla, se arrodillaron y se pusieron a orar ante la gran cruz de madera que habían clavado en medio de la playa. Al ver Cortés que los jefes aztecas quedaron sorprendidos de aquel espectáculo, conoció que aquel era un momento a propósito para imprimir en el ánimo de los infieles aquellas ideas cuya propagación miraba como el principal objeto de su viaje. El padre Olmedo expuso lo más clara y concisamente que pudo, los principales misterios del cristianismo con respecto a la sagrada pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; y concluyó asegurando al atónito auditorio, que lo que se proponía era extirpar la idolatría y sustituír en su lugar el culto y adoración del verdadero Dios; les entregó una imagen de la Santísima Virgen y del Divino Salvador, y les instó a que la pusiesen en sus altares en vez de aquellas deidades sanguinarias que hasta allí habían

(1) Bernal Díaz, op., cap. XL.

El padre Sahagun describe del modo siguiente aquellas piedras tan preciosas en México, que sólo a los nobles era permitido usarlas.

adorado. Lo que no sabemos es qué tal comprendieron los señores aztecas los misterios de la fe cristiana, explicados primero por Aguilar y después por Marina; ni si llegaron a apercibir claramente la distinción que había entre sus ídolos y las imágenes de los cristianos; pero hay razones para creer que el padre Olmedo sembró en terreno estéril, pues luego que concluyó la predicación, se retiraron los nobles dando señales de duda y desconfianza, muy diversas de las de fácil amistad que habían dado en la primera entrevista. En aquella misma noche abandonaron todos los indios sus chozas, viéndose los españoles súbitamente privados de toda especie de recursos en medio de aquellos áridos desiertos. A Cortés le pareció todo aquello tan sospechoso, que llegó a temer que le atacasen en su campamento y tomó todas las precauciones por si llegase tal caso; pero era cosa en que no se había pensado.

Después de una ausencia de doce días, volvió Montejo de su expedición, a consolar al ejército. Había navegado por el golfo hasta llegar al río Pánuco, donde sufrió tan contrarios vientos al intentar doblar el cabo, que tuvo que retroceder y casi naufragó. En toda la travesía sólo un lugar había encontrado que estuviese regularmente abrigado de los nortes. Afortunadamente el país adyacente ofrecía ríos navegables y lugares a propósito para acampar; así, pues, después de alguna discusión, determinaron dirigirse a aquel lugar (1).

«Las *chalchuites* son verdes y no trasparentes mezcladas de blanco; úsanlas mucho los principales, trayéndolas a las muñecas atadas en hilo, y aquello en señal de que es persona noble el que las trae.» *Historia de la Nueva España*, lib. 11, cap. VIII.

(1) Camargo. *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Las Casas, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXI. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo XL-XLI. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 5.°, cap. VI. Gomara, *Crónica*, cap. XXIX, apud Barcia, tomo II.

CAPÍTULO VII

Disturbios en el campamento.—Plan para formar una colonia.—Conducta de Cortés.—Marcha a Zempoala.—Lo que hizo con los naturales.—Fundación de Veracruz.

(1519)

Nada aburre ni corrompe más la paciencia y disciplina del soldado, que vivir ocioso en un campamento, pues en vez de pensar en sus empresas y en sus movimientos, sus ideas se concentran en sí mismo y en los peligros y privaciones que se le esperan. Tal sucedía precisamente en el caso presente, en que las tropas sufrían, además de las penalidades de una subsistencia escasa, las de el calor excesivo, plagas de insectos ponzoñosos y demás incomodidades propias de un clima cálido. Por otra parte, distaban mucho de ser tropas regladas, acostumbradas de tiempo atrás a sujetarse a una estricta subordinación y obediencia a las órdenes de un jefe ya respetado de antemano; eran, por el contrario, soldados aventureros que habían entrado en una empresa en que todos juzgaban tener igual parte; por manera que su caudillo era el caudillo de un día, un hombre poco más que igual a todos los demás.

Comenzó, pues, a cundir el descontento entre aquellas

gentes, con motivo de su dilatada mansión en un país extranjero, aumentándose aquel considerablemente, luego que supieron que el capitán se proponía trasladar el campo a las cercanías del nuevo puerto descubierto por Montejo. «Ya era tiempo de volvernos, decían, y de contar al gobernador de Cuba lo que hemos hecho, y no de aguardar en estas playas estériles a que acuda contra nosotros todo el imperio mexicano». Cortés calmaba como podía su impaciencia, asegurándoles que no tenían justos motivos de estar disgustados: «todo ha caminado hasta ahora prósperamente, y no hay razón para temer que ahora que hemos tomado una posición más ventajosa, será menos lucrativo nuestro tráfico con los indios.»

Cuando esto pasaba, se presentaron una mañana cinco indios, que fueron conducidos a la tienda del general. Su vestido y todo su aspecto era enteramente distinto del de los mexicanos. Llevaban en las narices y orejas, anillos de oro y brillantes piedras de color azul; y pendiente del labio inferior una hoja de oro, delicadamente trabajada. Marina no comprendía su lengua; pero habiéndoles hablado en azteca, vió que dos de los cinco le comprendían y podían conversar con ella. Dijeron ser naturales de Zempoalla, capital de los Totonecas, poderosa nación y que hacía muchas centurias había venido a la gran mesa central, y que después de bajar sus pendientes, se habían fijado en las sierras y llanuras espaciosas que ciñen el golfo mexicano por la parte del Norte. Eran una de las recientes conquistas de los aztecas, quienes les habían oprimido y vejado de tal suerte, que estaban impacientes por sacudir el yugo de sus conquistadores. Informaron a Cortés de estos y otros pormenores, y le dijeron que la noticia de la venida de los españoles había llegado a oídos de su señor, quien les había enviado de mensajeros, para solicitar de aquellos ma-

ravillosos huéspedes que fuesen a la capital de la provincia.

Cortés escuchó con gran placer aquellas nuevas, pues que él no sabía lo que hemos dicho antes acerca del estado interior del país, y no tenía razón alguna para no creer que todo él fuese un reino fuerte y unido. Había alumbrado su mente una importante verdad; su ojo perspicaz descubrió al punto en aquella discordia intestina una potente palanca con que derrumbar el imperio. Recibió a los enviados totonecas con la mayor cortesía; y después de informarse lo más que pudo de sus disposiciones y recursos, les despidió haciéndoles algunos regalos y ofreciéndoles que cuanto antes pagaría a su señor aquella visita (1).

Al mismo tiempo los amigos de su persona y particularmente Alonso Hernández, Puerto-Carrero, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y sus hermanos, se afanaban por persuadir a las tropas a que dejasen a Cortés hacer todo aquello que abrazaban sus ambiciosos planes, para cuya ejecución no necesitaba de los poderes de Velázquez. «Volvernos ahora, decían, sería abandonar nuestra empresa a la puerta de un camino en que conducidos por semejante caudillo alcanzaremos gloria e incalculables tesoros. Regresar a Cuba sería para entregar al gobernador las pequeñas ganancias que hemos tenido. El único partido que nos queda es instar al general para que funde una colonia permanente, cuyo gobierno tenga la dirección de los asuntos, y provea a los intereses de sus miembros. Verdad es que Velázquez no ha facultado a Cortés para tanto; pero el interés de los monarcas, que es la razón suprema, exige esta medida imperiosamente.»

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XLI. Las Casas, *Hist. de las Ind.* M. S., lib. 3.º, cap. CXXXI. Gomara, *Crónica*, cap. CXXVIII.

Tales conferencias no pudieron quedar tan ocultas, bien que se hubiesen tenido por la noche, que no llegasen a oídos de los amigos de Velázquez (1), los cuales representaron contra aquella conducta considerándola pérfida y desleal. Acusaron al general de que quería seducirles, y le intimaron que si no tomaba al punto las medidas necesarias para volverse a Cuba, ellos se volverían con todos cuantos permaneciesen fieles al gobernador.

Cortés, lejos de irritarse de aquella conducta rebelde, y en vez de replicarles en el mismo tono altanero, les respondió humildemente, «que de nada estaba más distante que de querer propasarse de las instrucciones que le había dado el gobernador: que por lo tanto resolvía permanecer en aquel país y continuar su provechoso comercio, mas que si el ejército no era del mismo dictamen, él se sometería luego a lo que dispusiese, y obsequiaría sus ardientes deseos de volverse».

A la mañana siguiente dió orden de que se aprestasen las tropas para embarcarse al punto en la flota que iba a partir para Cuba (2). ¡Grande fué la impresión que produjo aquella orden del general! Aún los mismos que la habían poco antes solicitado con ahinco, quedaron disgustados de ella; sin duda por esa caprichosidad propia de hombres cuyos deseos han sido muy fácilmente satisfechos. Los

(1) La carta del cabildo de Veracruz no habla nada de estas conferencias nocturnas; mas Bernal Díaz, que estaba presente a ellas, me parece suficiente autoridad. Véase la *Hist. de la Conq.*, cap. XLII.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. XXX. Las Casas, *ubi. supra.* Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. LXXX. Bernal Díaz, loc. cit. Declaración de Puerto Carrero, M. S.

La declaración de una persona tan respetable como Puerto-Carrero, dada en el año siguiente a su vuelta a España, me ha parecido un documento de tanta autoridad, que lo he traducido íntegro en el núm. 7 de la 2.ª parte del Apéndice.

partidarios de Cortés eran muy ásperos en sus quejas; decían que el general les había engañado, y rondando sin cesar su tienda, pedían a gritos que revocase la orden. «Nosotros hemos venido, decían, para formar una colonia, siempre que el país lo permitiese; ahora ya no necesitamos del permiso del gobernador para formarla. Estas tierras no son propiedad suya, sino que han sido descubiertas en provecho de los soberanos (1); y así es necesario fundar una colonia mirando a esos intereses, y no perder el tiempo en un tráfico inútil, o lo que es peor, en volvernos a Cuba estando las cosas en el estado actual. Si os rehusáis a lo que pedimos, os acusaremos de desleal ante Sus Altezas.»

Cortés escuchó estas reclamaciones con cierto aire de turbación, como de quien no se las espera en lo absoluto. Pidió modestamente que le concediesen algún tiempo para deliberar, y ofreció dar su respuesta al otro día. Cumplido este plazo, convocó a todas sus tropas y les dirigió una breve alocución. Díjoles que nadie, a juzgar por lo que sentía, podía ser más adicto a los intereses de sus soberanos y a la gloria del nombre español, como él; que no sólo había gastado todos sus bienes, sino aún contraído fuertes deudas para aviar la expedición, todo con la esperanza de

(1) Unas veces vemos a los escritores españoles refiriéndose a los soberanos y otras a los emperadores. En el primer caso hablan de la reina Juana, la imbécil madre de Carlos V, y de este mismo, pues que en efecto todas las actas públicas y las cédulas se ponían en nombre de ambos. El título de «Alteza», que hasta el tiempo de Carlos V se había dado al soberano (aunque no uniformemente como dice Robertson en su *Historia de Carlos V*, vol. II, pág. 59), fué gradualmente reemplazado por el «Majestad», que tomó Carlos cuando su advenimiento al trono imperial. Este mismo título se suele encontrar a veces en la correspondencia del Gran Capitán y en algunos otros documentos del tiempo de los Reyes Católicos.

reembolsarse con las ganancias que le produjese el tráfico con los mexicanos; pero que si sus soldados pensaban de otra suerte, él estaba pronto a sacrificar sus intereses personales en bien del Estado (1). Concluyó declarándoles su deseo de fundar una colonia *con el nombre de los monarcas españoles*, y de nombrar los magistrados que debían gobernarla (2).

Para alcaldes escogió a Puerto-Carrero y a Montejo; el primero, íntimo amigo suyo, y el segundo, amigo de Velázquez, que fué precisamente la razón de que lo eligiese, dando en esto un golpe de política que surtió perfectamente. Los regidores, el alguacil, el tesorero y otros funcionarios, los eligió de entre sus amigos y partidarios. Fueron investidos de su autoridad, en la forma ordinaria; y la nueva ciudad recibió el nombre de *Villa Rica de Veracruz* (3), nombre felizmente escogido para designar esa

(1) Según Robertson, dijo Cortés a sus tropas que se había propuesto establecer una colonia antes de marchar para el interior de la tierra; mas que abandonó aquel intento al ver los deseos en que ardía su gente por proceder cuanto antes a la incursión. Precisamente a la página siguiente, encontramos a Cortés organizando esa misma colonia. (*Hist. of Amer.*, vol II, págs. 241-242.)

El historiador se habría ahorrado de incurrir en esta ligereza, con sólo seguir a las dos autoridades que cita, Bernal Díaz o Herrera, o la de la carta de Veracruz, de que tenía copia. Todas ellas concuerdan en lo que hemos asentado en el texto.

(2) Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXII. Carta de Veracruz, M. S. Declaración de Montejo, M. S. Declaración de Puerto-Carrero, M. S.

«Nuestro general accedió después de algunas instancias, dice con poco comedimiento el soldado viejo Bernal Díaz, porque como dice el adagio, *tú me lo ruegas o yo me lo quiero.*» (*Hist. de la Conquista*, cap. XLII.)

(3) Según Bernal Díaz, el nombre de Veracruz le fué impuesto para recordar que habían desembarcado en Viernes Santo. *Ubi. supra.*

reunión de intereses espirituales y temporales, a que se consagraban los esfuerzos de los aventureros españoles en el Nuevo Mundo. Así, pues, de una sola plumada se trasformó un ejército en comunidad civil, se dispuso la erección y aún el título de una ciudad, aún antes de haber elegido sitio en que fundarla.

La nueva municipalidad no tardó en reunirse: cuando Cortés se presentó con el sombrero en la mano ante aquel augusto cuerpo, puso los poderes de Velázquez encima de la mesa y entregó respetuosamente su dimisión del cargo de capitán general, el cual, según dijo, había cesado naturalmente desde que la autoridad del gobernador se había trasferido a los magistrados de Villa Rica de Veracruz. En seguida se retiró de la sala dando señales de una profunda obediencia (1).

El cabildo, después de emplear en la deliberación el tiempo conveniente, mandó a Cortés que volviese a presentarse. «Nadie nos ha parecido, después de reflexionado maduramente, más adecuado para encargarse de los intereses del común, tanto en la paz como en la guerra, como vos; por lo que hemos venido unánimemente en nombraros a nombre de sus Católicas Altezas, capitán general y justicia mayor de la colonia.» Se le permitió, además, tomar para sí el quinto de todo el oro y plata que se sacara ya del comercio de los indios, ya de las tierras con-

(1) Solís, que tenía tal manía de hacer arengas, que había satisfecho aún al mismo abate Mably (véase su Tratado sobre la manera de escribir su Historia), ha puesto en boca de su héroe una alocución pronunciada con este motivo, de la que no habla ningún escritor contemporáneo. (*Conquista*, lib. 2.°, cap. VII.) Robertson la ha traducido íntegra, a sus brillantes páginas, sin citar el autor de dónde la tomaba; el cual autor, si se considera que escribió siglo y medio después de la conquista, y que es el único que trae esta oración, es preciso convenir en que no merece mayor crédito.

quistadas (1). Una vez investido Cortés del mando civil y militar, no tardó en ejercerle, pues a poco se le presentó una ocasión de hacerlo.

La transición de que acabamos de hablar había sido tan inesperada y tan rápida, que el partido del gobernador quedó desconcertado y no pudo formar un plan de resistencia. Cuando supieron la última providencia, prorrumpieron en acres e injuriosas invectivas, y calificaban todo lo hecho de una conspiración contra Velázquez. Estas acriminaciones produjeron la represalia por parte de los soldados del otro bando, hasta el punto de que casi se pasara de las palabras a los hechos. Algunos de los principales hidalgos, entre ellos Velázquez de León, de la familia del gobernador, su paje y Diego de Ordaz, tomaron tal empeño en alentar aquellos disturbios, que Cortés se vió obligado a adoptar la atrevida providencia de encadenarles y enviarles a bordo de las naves. Dispersó después el resto de las tropas, destacando a una gran parte de ellas bajo las órdenes de Alvarado a forrajear cerca de allí y a procurar algunas provisiones para el disuelto campamento.

Durante su ausencia empleó Cortés cuantos argumentos sugieren la codicia y la ambición para volver de su partido a los díscolos.

Dícese que para conseguirlo prodigó las promesas y aun el oro, hasta que, por último, conocieron claramente cuál era su situación, y cuando la partida que había ido a forrajear volvió con gran copia de gallinas, vegetales y

(1) «Lo peor de todo lo que le otorgamos—dice Bernal Díaz, que no dejaba de ser algo quisquilloso—, que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto.» *Hist. de la Conq.*, cap. XLII. La Carta de Veracruz nada dice de tal quinto. Quien quisiere ver una noticia completa, acerca de aquel célebre convenio, la encontrará en el núm. 8, parte II del Apéndice.

otros refrigerios del estómago, de este gran laboratorio de disgustos, tanto en las reales como en las ciudades, volvió también el buen humor con la buena mesa, y las facciones rivales se abrazaron amigablemente y se unieron para pelear por la misma causa. Aun los altaneros hidalgos que estaban en las naves, no pudieron permanecer por mucho tiempo de fríos espectadores de la reconciliación, y, uno tras otro, fueron reconociendo al nuevo Gobierno. Lo más notable es que aquella reconciliación no fué del momento, sino que en lo de adelante, esos mismos hidalgos fueron amigos y partidarios más adictos a Cortés. (1).

¡Tal era la habilidad de este hombre extraordinario, y tal el influjo que en pocos meses había adquirido sobre aquellas almas indómitas y turbulentas! Con tan súbita transformación de un campamento militar en sociedad civil, había zanjado los nuevos y firmes cimientos para sus operaciones ulteriores. Ya podía, desde ahora, proceder sin temor de que le sojuzgase o desaprobase su conducta ninguna otra autoridad superior, excepto la corona, bajo cuya única inspección quedaba desde aquel momento.

(1) Carta de Veracruz, M. S. Gomara, *Crónica*, caps. XXX-XXXI. Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXII. Ixtlilxochitl, *Hist chichi.*, M. S., cap. LXXX. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo XLII. Declaración de Montejo y Puerto-Carrero, M. S.

En el proceso de Narváez contra Cortés, se acusa a éste último el haber tenido pacto con el diablo, pues solamente así pudo haberse ganado el afecto de las tropas. (Demanda de Narváez, M. S.) Solís, por el contrario, no ve más que buena fe y lealtad en la conducta del general, que en todo obró conforme lo exigía su deber. *Conquista*, libro 2.°, caps. VI-VII. Solís es un panegirista más incesante de Cortés que lo fueron su capellán Gomara y los dignos magistrados de Veracruz. Un testimonio mucho más imparcial que unos y otros, es el honrado Bernal Díaz, tantas veces citado, que aunque campeón esforzado de aquella causa, no se dejaba cegar ni por el mérito ni por los defectos de su caudillo.

Procediendo de esta manera, lejos de incurrir en la nota de usurpador o de trasgresor de las autoridades legítimas, había hecho caer, en gran parte, la responsabilidad sobre los que le habían precisado a obrar. Sobre todo, con aquel paso había vinculado estrechamente la suerte de sus compañeros con la suya propia; habían tomado su suerte en aquella aventura, y, buenas o malas, tenían que soportar las resultas. Ya no se proponía ceñirse simplemente a un sórdido comercio, sino que, seguro de la cooperación de todos, iba a meditar y desenvolver gradualmente los magníficos y atrevidos proyectos que guardaba en su pecho acerca de la conquista del imperio (1).

Restablecida la armonía, mandó Cortés su artillería gruesa a las naves y les ordenó que costeasen la playa, hacia el Norte, hasta llegar a Chiahuitztla, la ciudad cerca de la cual estaba situado el nuevo puerto; proponiéndose, entre tanto, visitar con sus tropas a Zempoalla. El camino pasaba, durante algunas millas, por las secas llanuras que circundan a la moderna Veracruz. En aquellos horrorosos arenales, no encontró ni rastro de vegetación; lo único que de vez en cuando venía a recrear su vista, era el magnífico azul del Atlántico y la lejana y soberbia perspectiva del Orizava, que descuella coronado de su limpísima diadema de nieve, sobre todos sus hermanos de los Andes (2). Al

(1) Esto debe parecer muy natural a quienquiera que considere que Cortés había nombrado a aquel cuerpo y aquel cuerpo le nombró. Pero el afectado respeto a las formas legales, encubría, por ahora a lo menos, de cierto barniz sus procedimientos para con las tropas. En cuanto a lo futuro, se confió a su buena estrella, o, en otras palabras, al éxito de su empresa, para justificar su conducta ante el emperador, y, en efecto, no se equivocó en su cálculo.

(2) El nombre de la montaña no se dice, y, probablemente, ni se conocía; pero la prolija descripción de la carta manuscrita de Veracruz, no dejaba duda de que se quería hablar del Orizava. «Entre las

paso que se internaban, el campo estaba más verde y más ameno. Atravesaron un río, tributario, probablemente, del río de la Antigua, en balsas y en algunas canoas rotas que encontraron a las orillas. Entonces vieron un paisaje enteramente diverso: Anchas llanuras alfombradas de fresco verdor y sombreadas por espesos bosques de cocos y de hojosas palmeras, por entre cuyos altos y esbeltos troncos se veían gamos y otros varios animales agrestes, desconocidos de los españoles. Algunos de los de la caballería dieron caza e hirieron a varios gamos, pero no consiguieron cogerlos. Vieron igualmente faisanes y otros pájaros, entre ellos al pavo silvestre, orgullo de las selvas americanas, al cual describen los españoles como una especie de gallipavo (1).

En la travesía pasaron por algunos pueblecillos, donde había templos, y en estos encontraron incensario y otros utensilios sagrados, y además, manuscritos en hilo de maguey, que contenían algunas pinturas, que representaban seguramente las ceremonias religiosas. También vieron el

cuales así una que excede en mucha altura a todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta que si el día no es bien claro, no se puede divisar ni ver el alto de ella, porque de la mitad a arriba está toda cubierta de nubes; y, algunas veces, cuando hace muy claro día, se ve, por cima de las dichas nubes, lo alto de ella, y está tan blanco, que lo juzgamos por nieve.» Carta de Veracruz, M. S. A esta enorme montaña llamaban los mexicanos, Citlaltepec, o «monte de la estrella», quizá por el fuego que solía salir de su cumbre, que tanto se elevaba sobre las nubes. Está en la Intendencia de Veracruz, y según la medición de Humboldt, se eleva a la enorme altura de 17.368 pies sobre el nivel del mar. (*Essai politique*, t. I, pág. 265.) Es el altísimo, pero el único pico que hay en toda la cadena de la Cordillera mexicana.

(1) Carta de Veracruz, M. S. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo XLIV.

horrendo espectáculo que tantas veces presenciaron después, del mutilado cuerpo de víctimas humanas inmoladas a las execrables deidades de aquella tierra. Los españoles apartaron la vista con horror e indignación de aquellos sangrientos objetos que formaban tan triste contraste con la hermosura y lozanía de la naturaleza.

Proseguían su marcha a lo largo de las orillas del río, dirigiéndose hacia su nacimiento, cuando encontraron a 12 indios enviados por el cacique de Zempoalla, para enseñarles el camino de su residencia. Aquella noche acamparon en una llanura descubierta, donde los naturales les proveyeron de todo lo necesario. Al día siguiente dejaron el río, e internándose hacia el Norte, entraron a espaciosas y amenísimas vegas y selvas, que tenían todo el magnífico esplendor de la vegetación de los trópicos. El ramaje de árboles altísimos, estaba entrelazado con las hojas de la viña, cargada de racimos de encendida púrpura y con variadísimos convúvulos y varias plan as parásitas de los más variados y ricos colores. A la sombra de la zábila espinosa se entretejían las rosas silvestres con la madreselva, formando enramadas y bosquecillos casi impenetrables. En aquella hermosura de botones y de fragantes rosas, saltan y se rebullen millares de pájaros de la familia de los papagallos, nubes de mariposas cuyos colores vívidos y hermosos, que en ninguna parte lo son más que en la tierra caliente, rivalizan con los del reino vegetal, y otras mil aves canoras, como el escarlata cardenal y el cenzontli, cuyos trinos reproducen todas las notas de la música de las selvas, llenando el aire de deliciosas melodías. El corazón de los duros conquistadores no era fácil de conmoverse al aspecto de tales bellezas de la naturaleza; pero el encanto mágico de aquellos paisajes les arrancó expresiones de placer y de delicia; y al pasar por aquel paraíso terrestre, como ellos

le llamaban a aquel país, se complacían en compararlo con las más bellas regiones de su tierra natal (1).

Cuando ya estaban al llegar a la ciudad, vieron signos bastantes de cultivo en los jardines y vergeles que había a

(1) Gomara, *Crónica*, cap. XXXII, apud Barcia, t. II. Herrera, *Historia General*, Dec. 2, lib. 5.°, cap. VIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.* M S., libro 33, cap. I.

«Muy hermosas vegas y riberas tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores, así de apacibles a la vista, como de fructíferas». (Carta de Veracruz, M. S.) El siguiente apóstrofe de lord Morphet a los paisajes de Cuba, tan parecidos a los de la tierra caliente, darán al lector una idea más animada de la hermosura de aquellas regiones abrasadoras, que pudieran hacerlo mi pluma prosaica. Los versos que siguen, inéditos hasta ahora, darán también una idea de los generosos sentimientos propios de su noble autor:

«¡Salve, mil veces salve, hermosos bosques
Donde reina verdor inmarcesible;
Do se eleva la palma majestuosa;
Do el azahar esparce su fragancia;
Do los ligeros juncos se entretejen,
Y su anchurosa sombra de la ceiba!
¡Salve, mil veces salve, bello cielo
De azul perenne y de eternal pureza;
Do a los rosados tintes de la tarde
Sigue el zafir purísimo y sereno
De oscura noche, y en el claro día
Terso y brillante azul tiñe los cielos!
No me acordéis que de la patria mía
Pálida y turbia es la región etérea;
No me acordéis que de la patria mía
En balsámico ambiente no se mecen
De rica caña los extensos campos;
Que aunque aquí en torno al miserable esclavo,
Esplendente, magnífica natura
Su glória ostenta, la virtud fallece
Y míseros los hombres,
Tímidos no osan desplegar el labio.»

los lados del camino. Encontraron varias partidas de indios de ambos sexos, que aumentaban en número mientras más se internaban. Las mujeres y los hombres se revolvían confiadamente con los soldados; traían sartas y coronas de flores con las cuales adornaron el cuello del corcel de Cortés, y pusieron una guirnalda de rosas en su yelmo. Las flores formaban la delicia de aquel pueblo; tenían gran esmero en su cultivo, al cual se prestaba perfectamente la naturaleza del clima, que siendo a la vez cálido y húmedo, estimulaba al terreno para que produjese todo género de vegetales. La misma afición a las flores tenían los belicosos aztecas; y la misma han conservado, aún en medio de su degradación, las generaciones de nuestos días (1).

Muchas de aquellas mujeres parece que pertenecían, según era su rico traje y numeroso séquito, a las principales familias. Estaban cubiertas de túnicas de finísimo algodón y de ricos colores, que les bajaban desde el cuello, y entre la clase baja, desde la cintura hasta los tobillos. Los hombres vestían una especie de capa *a la morisca* y un ceñidor o cinturón. Tanto las unas como los otros, llevaban al cuello adornos de oro, y zarcillos del mismo metal en las orejas y narices que estaban taladradas.

Poco antes de que llegase la comitiva a la ciudad, se revolvieron algunos de la caballería que se habían adelantado, y trajeron a sus compañeros la placentera noticia de que «se habían aproximado a las puertas de las casas lo bastante para percibir que las paredes estaban cubiertas de

(1) Uno de los viajeros modernos, cuyas narraciones son más deliciosas, observa que los mexicanos de hoy tienen la misma afición a las flores que los mexicanos de tiempo de la conquista. «Esta afición formaba una rara anomalía, nota la misma escritora, con el culto sanguinario y los bárbaros sacrificios de aquel tiempo». Residencia en México de la Sra. Calderón de la Barca, vol. I, carta 12.

láminas de plata pulida.» Al entrar en la plaza, vieron que lo que les había parecido plata, no era otra cosa más que estuco blanco y brillante, con el cual acostumbraban cubrir los edificios principales. Semejante hallazgo dió asunto á amargas sátiras de los soldados contra sus crédulos camaradas. Esta fácil credulidad era hija de que su exaltada imaginación quería encontrar en todas partes oro y plata (1). Las mejores casas estaban hechas de cal, piedra y ladrillos secados al sol; las más humildes eran de adobe; unas y otras estaban techadas con hojas de palma, que aunque a la vista parecía ser un techo muy malo, estaban entrelazadas de manera que ofrecían seguro abrigo contra la intemperie.

Cuéntase que la ciudad tenía de veinte a treinta mil habitantes; este es el cómputo más moderado y el más verosímil (2). El pequeño ejército atravesó lenta y silenciosamente las estrechas y ahora concurridas calles de la ciudad de Zempoalla, sin dejar traslucir el grande asombro que les causaba encontrar una policía y un adelanto tan superior a cuanto hasta entonces habían visto en el Nuevo Mundo (3). El cacique salió a recibirles al frente de su palacio.

(1) «Con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro en lo que relucía.» Gomara, *Crónica*, cap. XXXII, *apud Barcia*, t. II

(2) Este es el cálculo de Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXI. Torquemada oscila entre veinte, treinta y ciento cincuenta mil; y en diversos lugares de su obra trae estos tres números diferentes. (Clavijero, *Hist. de México*, t. III, pág. 26, nota.) Este lugar fué abandonado después de la Conquista, seguramente para ocupar otros, situados de un modo más favorable al comercio. Las ruinas de la ciudad todavía subsistían a fines del siglo pasado. Véase a Lorenzana, *Hist. de la Nueva España*, pág. 39, nota.

(3) «Porque viven en más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto.» Carta de Veracruz, M. S.

Era aquel hombre obeso y corpulento, y andaba apoyándose en dos criados. Recibió a Cortés y a sus compañeros con gran miramiento, y después de trocar con ellos algunos cumplimientos, señaló para que se acuartelasen los españoles, el templo inmediato, en el cual había un gran patio, al que iban a abrirse numerosos aposentos muy cómodos para el alojamiento de los soldados.

Luego abastecieron abundantemente a los españoles con varios comestibles, con guisados hechos al uso del país y con tortillas de maíz. El general recibió además de parte del cacique un rico regalo que consistía en cosas de oro y en telas de algodón. A pesar de tan amistoso recibimiento, no relajó él su vigilancia habitual, ni descuidó de tomar todas las precauciones tomadas entre buenos soldados. Durante el viaje había traído a sus tropas formadas en orden de batalla y prevenidas contra cualquiera sorpresa; ahora, apostó sus centinelas en los lugares convenientes, situó su artillería de manera que estorbase la entrada al patio, y prohibió que saliesen de él los soldados sin orden suya, so pena de muerte (1).

A la mañana siguiente fué acompañado de cincuenta de los suyos, a pagar al cacique su visita en su misma casa. Era esta un edificio de cal y canto, situado sobre un terraplén, al cual se subía por una escalera de varias gradas: se asemejaba en la construcción a algunos de los antiguos edificios de la América Central. Cortés dejó a sus soldados en el patio y entró en el aposento del cacique, acompañado de uno de sus capitanes y de su querida Marina (2). Enta-

(1) Las Casas, *Hist. de las Ind.*, lib. 3.°, cap. CXXI. Carta de Veracruz, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. XXXIII, *apud Barcia*, t. II. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. I.

(2) Los historiadores españoles dan generalmente a aquella india el cortés tratamiento de *Doña*.

blóse una larga conversación, de la cual sacó el general español grandes noticias acerca del estado del país. Dijo desde luego al cacique, que era vasallo de un gran monarca que estaba más allá de los mares, el cual le había enviado a las playas aztecas a abolir el inhumano culto que allí se profesaba, y a propagar el conocimiento del verdadero Dios. A esto respondióle el cacique: que sus dioses, a quienes eran deudores de la luz y de las lluvias eran sobradamente buenos para ellos, que él también era tributario de un monarca poderoso, cuya corte estaba a orillas de un lago, a gran distancia de los montes; que era un príncipe cruel, desapiadado para cobrar los impuestos, y que en caso de recibir la más leve ofensa, podía vengarla llevándose a las doncellas y a los niños para sacrificarlos a sus deidades. Cortés le aseguró que no consentiría él que se repitiesen tamaños atentados; que su soberano le había enviado allí precisamente para deshacer agravios y castigar a los opresores (1); que si los totonecas le guardaban fe, él les ofrecía romper el detestable yugo de los aztecas. El cacique añadió que el territorio totoneca estaba formado de cerca de cien ciudades y pueblos, y que podía contar con cien mil guerreros (lo que era muy exagerado) (2). Otras provincias hay del imperio, añadió, en que es igualmente odioso el gobierno de los aztecas; y entre nosotros y la capital, media una república guerrera que siem-

(1) «No venían sino a deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar a los mezquinos y quitar tiranías.» Gomara, *Crónica*, *ubi. supra*. ¿No parece, al oír este lenguaje, que está uno leyendo las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, o de *Amadis de Gaula*?

(2) Ibid, cap. XXXVI.

Cortés, en esta segunda carta al emperador Carlos V, estima en 50.000 el número de los hombres hábiles para la guerra. Relación 2.ª, apud Lorenzana, pág. XL.

pre se ha mantenido independiente de México. Vuestra fama os ha precedido, y no me es desconocida vuestra terrible victoria en Tabasco. Mas con todo, miro con temor y sobresalto un rompimiento con el «gran Moteuczoma» (epíteto que nunca dejaba de darle), cuyos ejércitos pueden, a la menor provocación, desatarse desde las montañas del Occidente, y con la furia de un huracán arrastrar a nuestro mísero pueblo a la servidumbre y al sacrificio.»

Cortés trató de tranquilizarle, diciéndole que un solo español era más fuerte que toda una hueste de aztecas; que él deseaba saber qué naciones querían ayudarle, no tanto en provecho de él, como de ellas, pues que le importaba distinguir a los amigos del enemigo, y saber a quién debía perdonar en la guerra de exterminio que se preparaba a emprender. Después de haber tranquilizado al asombrado jefe, con aquella excelente y bien calculada bravata, se despidió de él afectuosamente y le aseguró que en breve volvería para que concertasen sus ulteriores providencias; pues entre tanto iba a visitar a su flota que había dejado en el puerto contiguo, y a proporcionarle donde estuviese segura y abrigada (1).

Lo que acababa de saber causó gran satisfacción a Cortés; se confirmó en sus primeros planes, conoció que el interior del país era mucho más débil de lo que se había figurado. Si poco antes habría osado intentar la destrucción del imperio azteca, armado sólo su brazo de caballero errante, ¿qué podría temer ahora que podía sublevar a media nación para combatir con la otra media?... En el calor de aquel momento, su alma ardiente experimentó esa especie de entusiasmo que hace arrostrar con todos los

(1) Las Casas, *ubi. supra*. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., capítulo LXXXI. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. 1.

obstáculos. Comunicó sus pensamientos al oficial que le acompañaba, y aún desde antes de dar un solo golpe, ya se imaginaba ver el pabellón de España, ondeando victorioso sobre las torres del palacio de Moteuczoma. ¡Mas en cuántos sangrientos combates tenían que pelear, cuántas privaciones y riesgos tenían que vencer antes de que pudiese realizarse tan atrevido pensamiento!

Al día siguiente, después de despedirse del indio hospitalario, emprendieron los españoles su camino para Chiahuitztla (1), distante de allí cosa de cuatro leguas, cerca de donde estaba el nuevo puerto descubierto por Montejo, y donde a la sazón estaban ancladas las naves. El cacique les dió cuatrocientos cargadores, llamados *tamanes*, para que trasportasen los bagajes. Los tales hombres bien cargaban caminando cinco o seis leguas diarias, sus cincuenta libras. Usábase este medio de trasporte en todo el imperio mexicano; y a los españoles fué después muy útil, pues les alivió de una de las más pesadas cargas del servicio militar. Los españoles atravesaron en su vuelta el mismo fértil y ameno país que había traído, y llegaron a la madrugada del día siguiente a la ciudad india, asentada en una triste y rocallosa eminencia que dominaba el golfo. Casi todos los habitantes habían huído, excepto quince de los principales que se habían quedado, los cuales recibieron amigablemente a los españoles, ofreciéndoles sus cumplimientos de costumbre, que eran flores e incienso. El resto de los habitantes fué volviendo poco a poco, al paso que fueron perdiendo el miedo. Mientras Cortés estaba conversando

(1) Con la ayuda de Clavijero, que era mexicano, es fácil rectificar numerosos yerros de ortografía que se encuentran en los antiguos escritores. Solís y Robertson llaman los dos a este lugar *Quiabislan*. Pero ciertamente son perdonables tales yerros tratándose de nombres tan bárbaros.

con los jefes, llegó el digno cacique de Zempoalla, a quien habían traído en una litera; al punto tomó parte en la conferencia, por lo que confirmó Cortés sus ideas sobre la grandeza y recursos de la nación totoneca.

En medio de la conversación vino a interrumpirla un movimiento súbito de la gente y la entrada de cinco personas en la plaza en que estaban hablando. Por su altivo porte, por su peculiar y riquísimo vestido, parecía que no eran de la misma tribu que los totonecas. Tenían el cabello negro y lacio, y anudado en la coronilla; traían ramilletes de flores en las manos, estaban seguidos de muchos criados, algunos de ellos con varas con cerdas, y otros con abanicos para espantar las moscas y demás insectos que molestaban a sus amos. Al pasar por la plaza, apenas se dignaron de echar una mirada desdeñosa sobre los españoles, casi sin contestar a sus salutaciones. Inmediatamente se les acercaron en gran confusión los jefes totonecas, que a porfía se empeñaban por dispensarles toda especie de atención y miramiento.

El general preguntó muy asombrado a Marina: ¿qué significaba aquello? Ella le informó de que eran unos nobles aztecas, autorizados por Moteuczoma para recoger el tributo. Poco después regresaron los jefes, con el desaliento pintado en el semblante; confirmaron lo que había dicho Marina, y añadieron que los aztecas se habían indignado mucho de la amistosa acogida que les habían dado a los españoles, sin permiso del emperador, y que exigían en expiación de aquel delito, que les fuesen entregadas veinte víctimas entre varones y hembras para sacrificarlas a los dioses. Cortés mostró toda la indignación que le causaba tamaña insolencia; previno a los totonecas que no sólo se rehusasen a aquella pretensión, sino que aprehendiesen a los recaudadores y se los trajesen a su presencia. Al prin-

cipio se resistían los totonecas; mas Cortés lo exigió tan perentoriamente, que por último no pudieron menos que apoderarse de las personas de los nobles aztecas, atarles de pies y manos y ponerles bajo una guardia que les custodiase.

En la noche procuró el general español la fuga de dos de los prisioneros, e hizo que se los trajesen secretamente. Expresóles cuánto sentía la infamia que los totonecas habían cometido con ellos; díjoles que él les proporcionaría la manera de escaparse y que al día siguiente solicitaría la libertad de los otros compañeros; encargóles que hiciesen presente a su monarca el miramiento que los españoles les habían guardado, bien que aquél había tenido la poca generosidad de dejarles perecer de hambre en sus áridas playas; envióles en seguida al puerto para que, por agua, les condujesen a otro puerto, de miedo de que los totonecas cometiesen alguna nueva tropelía. Éstos se indignaron al saber la fuga de los dos prisioneros, e indudablemente hubieran sacrificado a los restantes en el instante mismo, a no ser por la interposición del comandante español, que mostró el mayor horror al escuchar tal propósito, y que les mandó que enviasen a los que habían quedado, bajo una buena custodia, a bordo de las naves. Poco después les permitió ir a reunirse con sus compañeros. Esta artera conducta, tan característica en la política de Cortés, hizo en Moteuczoma todo el efecto que aquél se había esperado. Ciertamente que no se puede decir que tal proceder fuese nada caballeroso, pero, ¡sin embargo, no han faltado entre los historiadores españoles quienes lo alaben y canonicen! (1)

(1) «Grande artífice, exclama Solís, de medir lo que disponía con lo que recelaba; y prudente capitán el que sabe caminar en alcance de las contingencias.» *Conquista*, lib. 2.°, cap. IX.

De orden de Cortés se mandaron mensajeros a todas las ciudades totonecas para referirles lo que había pasado, y prevenirles que no siguiesen pagando tributo a Moteuczoma; mas no se necesitaba de tales mensajeros, porque los aterrorizados sirvientes de los señores aztecas huyeron en todas direcciones esparciendo la nueva, que cundió como el fuego por todo el país, de la tremenda ofensa que acaba de sufrir la majestad de México. Los atónitos indios, embriagados con la dulce esperanza de recobrar su libertad, acudían en tropel a Chiahuiztla, a ver y a conferenciar con los formidables advenedizos. Los más tímidos, desalentados al pensar que iban a provocar la ira de Moteuczoma, le enviaron una embajada para hacerle presente con cuánto desagrado habían visto aquellos efímeros desmanes; mas los amaños de Cortés les habían privado de toda esperanza de alcanzar perdón.

Después de vacilar por algún tiempo se decidieron a abrazar la protección de los españoles y a esforzarse resueltamente por conquistar su libertad. Los jefes totonecas juraron debida obediencia y vasallaje a los soberanos católicos, de lo cual tomó razón, en debida forma, el notario público Godoy. Satisfecho Cortés de haber ganado tantos vasallos a la Corona de España, se encaminó poco después para el puerto designado, prometiendo antes de partir que volvería a Zempoalla, donde sólo había desempeñado parte del asunto que a este país lo trajera (1).

El lugar elegido para erigir la nueva ciudad, sólo distaba media legua de Chiahuiztla: estaba situado en una fértil y extensa llanura y ofrecía regular abrigo para los buques.

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. chichi.*, M. S., cap. LXXXI. Rel. 2.ª de Cortés, en Lorenzana, pág. 10. Gomara, *Crónica*, cap. XXXVI. Bernal Díaz, op. citato, caps. XLVI-XLVII. Herrera, *Hist. Gen. de las Ind.*, dec. 2, lib. 5.º, caps X-XI.

Cortés designó, desde luego, el circuito de las murallas, el lugar donde se debía construír la fortaleza, el granero, las casas municipales, el templo y todos los demás edificios públicos. Los indios cooperaron a su fabricación, trayendo los materiales, como piedra, cal, madera y ladrillos secados al sol. Todo el mundo puso manos a la obra: el general mismo trabajaba en medio de los soldados para estimularles con el ejemplo y con el mandato. Dentro de pocas semanas quedó concluída la obra y erigida una ciudad, que si no enteramente digna del altisonante nombre que tenía, sí servía para más de aquello a que había sido destinada. Sirvió, efectivamente, de punto de apoyo para las futuras operaciones militares; de retiro, para los soldados inválidos y aun para todo el ejército en caso de derrota; de depósito de todas las mercaderías recibidas o enviadas a la madre patria; de puerto para estacionarse, y de fortaleza bastante para dominar toda aquella comarca (1).

Esta fué la primera colonia, la madre fecunda de tantas otras de Nueva España. Se le contemplaba con placer por los indios, que bajo su sombra, esperaban alcanzar descanso y amparo. ¡Ah, ellos no podían leer el porvenir, que entonces, no se habrían complacido en ver aquel precursor de una revolución más tremenda que cuantas les habían predicho sus bardos y profetas! ¡No era el buen Quetzalcoatl quien debía volver a recobrar su patria, trayendo

(1) Carta de Veracruz, M. S., Bernal Díaz, op. cit., cap XLVIII. Oviedo, *Hist. general de las Ind.*, lib. 33, cap. I. Declaración de Montejo, M. S. No obstante las ventajas de su situación, a poco de la conquista abandonaron los españoles la Villa Rica y se fueron a un lugar que está hacia el Sur, no lejos de la desembocadura del río de la Antigua. Este segundo establecimiento era conocido con el nombre de Veracruz la vieja. A poco tiempo, en el siglo XVII, dejaron también este lugar por el llamado hoy Veracruz la nueva. (Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 210.)

por compañeros la paz, la libertad y la civilización! ¡Verdad es que sus cadenas iban a ser quebrantadas y sus agravios vengados con usura sobre los soberbios aztecas; pero lo iban a ser por aquel brazo terrible que debía arrasar igualmente al opresor y al oprimido! ¡La luz de la civilización iba a inundar aquel suelo; mas aquella luz era también un fuego abrasador que debía palidecer y extinguir el brillo de su gloria guerrera, de sus instituciones y de su nombre! ¡La sentencia de muerte de la nación, había sido sellada por la mano del blanco al asentar la planta en aquel suelo!

CAPÍTULO VIII

Otra embajada azteca.—Destrucción de los ídolos.—Relación mandada a España.—Conspiración en el campamento.—Destrucción de la flota.

(1519)

Cuando más ocupados estaban los españoles en la fundación de la ciudad, llegó otra embajada del monarca azteca. La noticia de la prisión de los colectores de las contribuciones, había cundido rápidamente por todo el país, y cuando llegó a la capital todos quedaron asombrados de la imprevista osadía de los extranjeros. Moteuczoma olvidó todos sus otros sentimientos, aún el del miedo, y se entregó a la más viva indignación; desplegando toda su acostumbrada energía en los vigorosos preparativos que hizo al punto para castigar a sus vasallos rebeldes, y para vengar su ultrajada majestad. Mas luego que los magistrados aztecas puestos en libertad por orden de Cortés, llegaron a México y refirieron el comedido tratamiento que habían recibido de Cortés, se mitigó la ira de Moteuczoma y comenzaron a cobrar nuevo ascendiente sus temores supersticiosos; por lo que volvió a adoptar la misma tímida y conciliadora política que anteriormente. En consecuencia, mandó otra vez a los reales españoles una embajada forma-

da de dos jóvenes sobrinos suyos y de otros cuatro antiguos nobles de su corte; llevaban un regalo regio digno de la munificencia de Moteuczoma, que se componía de oro, ricas estofas de algodón y hermosas capas de *plumaje*, o bordados de pluma. Al presentarse los embajadores ante Cortés y al entregarle los regalos que traían, le dieron las gracias a nombre de su señor por el servicio que le había hecho la libertad a sus nobles prisioneros; dijéronle que le había sorprendido y afligido saber que los españoles habían cooperado a la rebelión de sus infieles vasallos; que no dudaba que aquellos extranjeros serían los mismos cuya llegada les habían anunciado hacía mucho tiempo los oráculos, y que debían ser del mismo linaje que los naturales de aquella tierra (1); que por deferencia hacia los españoles no castigaba su soberano a los totonecas mientras aquellos estuviesen presentes; pero que el día de la venganza tenía que llegar.

Cortés trató a los enviados indios, con cordial franqueza, procurando hacer tal ostentación de su poder, que al mismo tiempo que les entretuviesė, hiciese en su ánimo una impresión profunda; en seguida los despidió después de hacerles algunos regalos insignificantes, y de darles un recado para su amo, a quien debían asegurarle que pronto tendría el placer de pagarle personalmente sus visitas y de que quedasen allanadas las pequeñas desavenencias que existían entre ambos.

Los aliados totonecas, apenas podían creer lo que estaban palpando, al saber lo que había pasado en esta entrevista. No obstante la presencia de los españoles, estaban

(1) «Teniendo respeto a que tiene por cierto que somos lo que sus antepasados les habían dicho, que había de venir a sus tierras e que debemos de ser de sus linajes.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo XLVIII.

llenos de temores por la conducta osada que habían tenido antes; y su admiración se trocó en miedo al ver la influencia misteriosa que a tanta distancia ejercían los nuevos huéspedes sobre el indómito Moteuczoma (1).

A poco de esto, recibieron una súplica del cacique de Zempoalla, para que le ayudasen en una contienda que había trabado con otro de las cercanías. Cortés acudió luego en socorro del primero, con una parte de las tropas. En el camino se robó un tal Morla, simple soldado raso, un par de aves; indignado Cortés de que se quebrantasen sus órdenes expresas, y conociendo por otra parte lo importante que era conservar entre sus aliados, reputación de buena fe, mandó que ahorcasen al soldado a orillas del camino, en presencia de todo el ejército. Por fortuna de aquel desgraciado, estaba presente el futuro conquistador de Quiché, Pedro de Alvarado, quien se atrevió a cortar la soga, antes de que el soldado hubiese muerto. Probablemente juzgaría su libertador que lo hecho bastaba para servir de ejemplo, y que no se necesitaba perder la vida de un hombre, más siendo ellos tan pocos. Este suceso es notable porque prueba la rigorosa disciplina que guardaba Cortés, y las sólitas que se tomaban sus capitanes, quienes seguramente le veían casi como a igual y compañero; pero semejante espíritu de igualdad produjo la insubordinación, y puso al caudillo en la situación más difícil y comprometida.

Ya al llegar a la ciudad enemiga, pero a algunas leguas de la costa, recibieron a Cortés amistosamente; y éste, que venía acompañado de sus aliados, tuvo la satisfacción de reconciliar sin efusión de sangre, a los miembros disidentes de la familia totoneca. Entonces se volvió a Zempoalla,

(1) Gomara, *Crónica*, cap. XXXVII. Ixtlilxochitl, *Hist. de Chich.* M. S., cap. LXXXII.

donde el pueblo le recibió con muestras de regocijo, pues ahora tenía de su moderación y justicia la misma idea que antes se había formado de su valor. En homenaje de su agradecimiento le regalaron ocho mancebas, ricamente vestidas con collares y otros adornos de oro, y con algunas esclavas para que les sirviesen. Eran hijas de los nobles principales, y el cacique instaba a los capitanes españoles para que las tomasen por mujeres. Cortés las trató galantemente; pero dijo al cacique que era preciso bautizarlas, pues a los hijos de la Iglesia no era lícito tener comercio con idólatras (1). Declaróles públicamente que el grande objeto de su misión era arrancar a los indios de su abominable paganismo, y pidió al señor totoneca que derribase sus ídolos y en su lugar pusiese los símbolos de la verdadera fe.

A esto replicó el otro, lo que la primera vez: que harto bueno eran aquellos dioses para ellos, y ni las persuasiones del general, ni las predicaciones del Padre Olmedo fueron partes a disuadirle. El politeísmo de aquellas gentes estaba mezclado con algunas nociones acerca de la existencia de un Ser Supremo e Infinito, Criador y Señor del Universo; por manera que no acertaba a comprender cómo podía este Ser haber venido en revestir la forma humana con todas sus imperfecciones y miserias, y en bajar a la tierra a ser víctima voluntaria de los mismos a quienes su aliento había sacado de la nada (2). El cacique dijo, pues, termi-

(1) «De buena gana recibieran las doncellas como fuesen cristianas, porque de otra manera no era permitido a los hombres e hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras.» Herrera, *Hist. general*, Dec. 2, lib. 5.°, cap. XIII.

(2) Ibidem, *ubi. supra.* Las Casas, *Hist. de las Ind.*, lib 3.°, capítulo CXXII.

Herrera ha puesto con este motivo una arenga tan edificante en

nantemente a los españoles, que resistiría a cualquiera violencia o ultraje contra sus dioses, los cuales los vengarían al instante, destruyendo y aniquilando a sus enemigos. Mas el celo de los cristianos estaba demasiado encendido para que pudiesen entibiarlo las réplicas o las amenazas. Durante su residencia en la tierra, habían ya presenciado más de una vez, los bárbaros ritos de los indios, sus crueles sacrificios de víctimas humanas, y sus asquerosos banquetes propios de caníbales (1). Su alma se había horrorizado de aquellos execrables espectáculos, así es que todos a una voz convinieron con su general cuando éste les dijo: «que el cielo no les ayudaría en su empresa si permitían tamañas atrocidades, y que por la parte que a él le tocaba, estaba resuelto a demoler al punto mismo los ídolos de los indios, aún cuando hubiese de costarle la vida».

Diferir por más tiempo la obra de la conversión, era gran pecado, por lo que en aquel momento de entusiasmo desoyeron los consejos de la prudencia y los preceptos de la política. Casi sin esperar las órdenes del general, se dirigieron los españoles a uno de los principales teocallis o templos, que se elevaban en forma de pirámide, con una escalera de varias gradas en medio por donde se subía a la cumbre. El cacique, que adivinó su intento, llamó a las armas a todas sus tropas; los guerreros indios acudieron de

boca de Cortés, que más le asemeja a un misionero que a un soldado. ¿No será que le ha confundido con el Padre Olmedo?

(1) Dice la Carta de Veracruz: «esto hemos visto algunosde nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más terrible y la más espantosa cosa de ver, que jamás han visto». Aún se expresa más enérgicamente Bernal Díaz (cap. XV). La Carta de Veracruz calcula que se sacrificaban anualmente en cada uno de estos teocallis, a cincuenta o sesenta víctimas, por manera que en todo el país recorrido hasta entonces por los españoles, perecían de tres a cuatro mil víctimas. Por muy exagerado que sea este cálculo, el número es espantoso.

todas partes dando agudos gritos y haciendo gran ruido con sus armas; los sacerdotes, envueltos en sus negras túnicas de algodón, con sus largas cabelleras sueltas y manchadas con sangre, cayendo desordenadamente sobre sus espaldas, vagaban como unos frenéticos entre los soldados y les exhortaban a que libertasen a sus deidades de la violación que se quería inferirles. ¡Todo era ahora confusión, tumulto, hostilidad, cuando hacía un instante todo era paz y confraternidad!

Cortés tomó luego prontas y violentas medidas que acostumbraba; mandó a sus soldados que aprehendiesen al cacique y a algunos de los señores sacerdotes; previno a éstos que aquietasen al pueblo, so pena de pagar con su vida, una sola flecha disparada contra los españoles; al mismo tiempo les hizo presente Marina, que resistir era locura, y les recordó que si se malquistaban con los españoles, se verían después expuestos sin defensa alguna a la terrible venganza de Moteuczoma. Parece que estas consideraciones, meramente temporales, fueron de más peso en el ánimo del cacique, que otras de un orden espiritual; así es que, cubriéndose el rostro con las manos, exclamó que los dioses cuidarían por sí de vengar sus agravios.

Los cristianos no fueron tardos en aprovecharse de aquella aquiescencia tácita; a una señal del general se precipitaron cincuenta soldados a la escalera mayor del templo, entraron en el recinto de éste cuyas paredes estaban ennegrecidas de sangre humana, arrancaron los enormes ídolos de su asiento y los arrojaron al atrio del edificio. Las formas fantásticas de aquellas imágenes tenían un significado simbólico que no conocían los españoles, a cuyos ojos aparecían como retratos de Satanás; echaron a rodar aquellos monstruos por las gradas del templo, en medio de las aclamaciones de júbilo de sus compañeros, y de las

quejas y lamentos de los indios, y consumaron después aquel acto incendiando los ídolos en presencia de una multitud de espectadores que se habían congregado.

Sucedió aquí lo que en Cozumel: que los totonecas, al ver que sus deidades no tenían poder bastante a impedir ni a vengar la profanación de sus aras, comenzaron a no tener fe en aquellos, comparados con los de los formidables y misteriosos extranjeros. De orden de Cortés limpiaron el techo y las paredes de los teocallis de sus inmundas manchas; los albañiles indios lo cubrieron todo de una sólida torta de estuco, y se erigió un altar donde se colocó una elevada cruz, adornada con guirnaldas de flores. Inmediatamente se formó una procesión, a que concurrieron algunos de los sacerdotes totonecas, que habían trocado sus negras vestiduras por otras blancas, y que llevaban en la mano antorchas encendidas; la imagen de la Virgen, agobiada bajo el peso de las flores, fué colocada en el altar luego que acabó de subir la procesión por la escalera del templo. En seguida celebró la misa el padre Olmedo; y ya fuese lo imponente de la ceremonia, ya la persuasiva elocuencia del ministro, todo aquel heterogéneo auditorio, indios y españoles, prorrumpieron (si hemos de creer al cronista) en lágrimas y sollozos. El misionero protestante alumbra el oscurecido espíritu de su catecúmeno con la pálida luz de la razón; mientras que el misionero católico subyuga el ánimo con el tierno y terrible espectáculo de un Redentor agonizante, y levanta en el corazón de sus oyentes un torbellino de pasiones más poderosas que todas las reflexiones. Domina los afectos de su catecúmeno, y esta es una influencia más fácil y más poderosa que la de la razón, cuando se ejerce sobre salvajes.

Un soldado viejo, llamado Juan Torres, imposibilitado corporalmente, consintió en quedarse custodiando el san-

tuario, y en instruír a los indios en las ceremonias del cristianismo. Cortés, después de todo esto, abrazó a sus aliados los totonecas, que ya eran sus hermanos no sólo en armas, sino también en religión; y volvió a partir para Villa Rica, donde tenía todavía que arreglar algunas cosas antes de emprender su marcha para la capital (1).

Se quedó asombrado al saber que durante su ausencia había llegado un navío español, con doce hombres y dos caballos. El comandante era un tal Saucedo, uno de esos aventureros marítimos, que había venido tras de Cortés, en busca como él, de peligros y hazañas. Aquel refuerzo de reclutas, aunque pequeño, había llegado a tiempo. Por ellos supieron los españoles que el gobernador Velázquez había recibido de España el permiso de establecer una colonia en las tierras nuevamente descubiertas.

Entonces resolvió Cortés ejecutar un plan que meditaba hacía largo tiempo; conociendo que todo lo que acababa de hacer en la colonia venía por tierra si no alcanzaba la sanción real, y conociendo también que el interés de Velázquez, persona de grande influjo en la Corte, sería contrariarle y perseguirle luego que supiese su escisión, resolvió ganarle por la mano y despachar un buque a España, con una relación dirigida al emperador, en que se le dijese lo extenso e importante de los recientes descubrimientos, y se procurase obtener, si esto era posible, la ratificación de todo lo que se había hecho. Para mejor ganarse el beneplácito del soberano, pensó que sería conveniente enviarle un riquísimo regalo, que le hiciese conocer cuán importantes eran los servicios que acababa de prestar a la

(1) Las Casas, op. cit., lib. 3.°, cap. CXXII. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. LI-LII. Gomara, *Crónica*, cap. XLIX. Herrera, op. cit., Dec. 2, lib. 5.°, caps. XIII-XIV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., capítulo LXXXIII.

Corona. Calculando que no era bastante el quinto del rey, habló con sus capitanes y les persuadió a que dejasen la parte que les tocaba; igual manifestación hizo a los soldados, haciendo valer que su general había sacrificado de buena voluntad el quinto que le pertenecía, y que era nada menos que igual al quinto del rey mismo. Lo que cada soldado de por sí podía dar, era poco; mas lo que entre todos juntarían, formaba un regalo digno del monarca a quien se destinaba. Con aquel desprendimiento podían esperar fundadamente que el rey aprobaría su conducta pasada y les favorecería en lo futuro; además de que aquel sacrificio del momento sería en breve superabundantemente recompensado con las riquezas que les esperaban en México. Se circuló entre los soldados un papel para que lo firmasen todos los que quisiesen donar su parte, debiéndose entregar a cada uno lo que le correspondiese, siempre que no se prestase a lo primero. Nadie se rehusó a firmar; ¡nueva prueba del dominio extraordinario que llegó a ejercer Cortés sobre aquellos hombres rapaces, que a una palabra suya entregaban aquellos verdaderos tesoros, primer objeto de su azarosa empresa! (1)

(1) Bernal Díaz, op. cit., cap. LIII. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., capítulo LXXXII. Carta de Veracruz, M. S.

En la Carta de Veracruz hay un inventario completo de todas las cosas mandadas por Moteuczoma.

Las siguientes son solamente algunas de ellas:

Dos collares de oro y piedras preciosas.

Cien onzas de oro puro, para que vieran sus Altezas el estado en que se sacaba de las minas este metal.

Dos pájaros de plumaje verde, con patas, picos y ojos de oro.

Una gran cabeza de serpiente, de oro.

Otro pájaro de plumaje verde, con las patas, el pico y los ojos de oro.

Otros dos pájaros de hilo y plumas, con las plumas de las alas y

A este regalo adjuntó una carta al emperador, en que daba una relación completa de cuanto le había acontecido desde su salida de Cuba; de sus varios descubrimientos, batallas y comercio con los indios; de la conversión de estos al cristianismo; de los extraordinarios riesgos y peligros a que se había visto expuesto; algunos pormenores acerca de las tierras que había recorrido, y todo cuanto hasta allí había podido averiguar sobre la gran monarquía mexicana. Le hablaba de sus altercados con Velázquez, de la conducta del ejército con respecto a la colonización; y concluía suplicando al emperador, se dignase confirmar sus actos y ratificar su autoridad, asegurándole con plena confianza, que no le faltarían fuerzas, ayudado de sus animo-

de la cola, las patas, ojos y extremos de los picos, de oro; ambos están descansando en dos cañas cubiertas de oro, que nacen de unas bolas de pluma bordadas de oro, una de ellas blanca y la otra amarilla, pendiendo de cada una siete borlas de plumaje.

Una gran rueda de plata del peso de cuarenta marcos; y otras muchas más pequeñas del mismo metal.

Una caja de cuero bordada de plumas, con una gran lámina de oro, de setenta onzas de peso en la parte media.

Dos piezas de estofas tejidas con pluma; otra de colores muy variados, y otra con figuras blancas y negras.

Una gran rueda de oro con figuras de animales raros, y bordada con penachos de hojas; del peso de tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variadas plumas, con treinta y siete varillas cubiertas de oro.

Cinco abanicos ídem, cuatro de ellos con diez y el otro con quince varillas envueltas en oro.

Diez y seis escudos de piedras preciosas con plumas de muchos colores, pendientes de su orla.

Dos piezas de algodón finísimo, con bordados negros y blancos.

Seis escudos, cada uno de ellos cubierto de una lámina de oro, y con una cosa en el centro algo parecida a una mitra.

sos compañeros, para hacer a la corona de Castilla dueña y señora de aquel grande imperio indio (1).

Tal era el contenido de la famosa *Carta primera de Cortés al Emperador Carlos V*, que hasta aquí ha sido en vano buscar en las librerías de Europa (2). Que tal carta existió, lo prueban, indudablemente, tanto las referencias a ella, que se hacen en las cartas subsecuentes, como en los escritos de la época (3). El contesto general de esa carta, nos lo ha hecho conocer Gomara, el capellán de Cortés. Seguramente se ha exagerado mucho la importancia de este documento, que si pareciera algún día, poco añadiría proba-

(1) «Una muy larga carta», dice Gomara en el libre análisis que hace de ella en el cap. XL de su *Crónica.*

(2) El Dr. Robertson asegura que con este motivo fué registrada la Librería Imperial de Viena. (*Hist. de América*, vol. II, nota 70.) No he sido yo más afortunado en las pesquisas que he hecho en el Museo Británico, en la Real Librería de París y en la de la Academia de Historia en Madrid. Esta última es un gran repertorio de documentos relativos a la historia de las colonias; pero un examen escrupulosísimo de ella, me ha hecho conocer que la carta de que se trata falta en la colección. Como el emperador la recibió en la noche de su embarco para Alemania, y la Carta de Veracruz partió a este mismo tiempo, es probable que esté sepultada en Viena.

(3) En el primer párrafo de su segunda carta al emperador, dice Cortés: «en una nao que de esta Nueva España de Vuestra Sacra Majestad despaché el 16 de julio de 1519, envié a Vuestra Alteza muy larga y particular relación de las cosas hasta aquella sazón después que yo a ella vine, en ella sucedidas.» (Apud. Lorenzana, pág. 38.) «Cortés escribió, según él nos dijo, con recta relación, mas no vimos su carta». (Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LIII.) Véase también a Oviedo, *Hist. de las Ind.*, cap. XXXIII, lib. 1.º Gomara, *ubi. supra.* A no haber tan decisivos testimonios, podía uno suponer que la tal carta era enteramente imaginaria o supuesta. Así es que en realidad de verdad, la copia del primer documento citado, la cual pertenece a la Academia Española de Historia, y tal vez el original de él, existen en Viena, llevan impropiamente el título de *Primera Relación de Cortés.*

blemente, a lo que contiene la carta de Veracruz, que ha servido de base a esta parte de mi historia. Los autores de este documento sabían tanto como el del otro; habiendo en él menos franqueza e integridad en la relación de los sucesos, que en la carta de Veracruz, pues según se dice, en la de Cortés no se hablaba de los descubrimientos hechos por sus dos antecesores (1).

Los magistrados de Villa Rica se ocupaban en lo mismo que Cortés y terminaban su carta con una enfática representación contra Velázquez, sobre cuya venalidad, extorsiones y exclusivo miramiento a sus intereses personales, así como del desprecio con que miraba los de sus soberanos y los de sus propios compañeros, hablan clara y largamente (2). Imploran del Gobierno no que les nombre para dirigir la nueva colonia, lo que sería fatal para que la guerra se emprendiese con buen éxito, sino que nombre a Cortés, como la persona más a propósito por su experiencia y conducta, para dar cima a tan gloriosa empresa (3).

(1) Esta es una imputación de Bernal Díaz, fundada únicamente en noticias de oídas, pues él mismo confiesa no haber visto nunca la carta.

(2) «Fingiendo mil cautelas, dice con toda urbanidad Las Casas, hablando de esta primera Carta, y afirmando otras muchas falsedades e mentiras.» (*Hist. de las Ind.*, lib. 3.º, cap. CXXII.)

(3) Este documento es de la mayor autoridad e importancia, como que procede de las personas mejor informadas de todo el ejército. Presenta una noticia completa de todo lo que se había encontrado en los países hasta entonces visitados, y de los movimientos hechos por el ejército hasta la fundación de Villa Rica. Por otra parte, los historiadores se hacen merecedores de nuestra confianza por el tono circunspecto de su narración. «Querer dar a Vuestra Majestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podría ser que en algo se errase la relación; porque muchas de ellas no se han visto más de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entrometemos a dar más de aquello que por muy cierto y verdadero, Vuestras

Juntamente con esta carta iba otra de los ciudadanos soldados de Veracruz, en que protestaban al monarca su debida sumisión, y le suplicaban aprobase todo lo que habían hecho y sobre todo que confirmase el nombramiento de Cortés, para general de aquellos ejércitos.

Elegir a los que habían de ir a España, era punto delicado; pues del resultado de esta embajada dependía la suerte de la colonia y de su jefe. Cortés confió la comisión a dos personas en quienes podía descansar; el uno Francisco de Montejo, el antiguo partidario de Velázquez, y el otro, Alonso Hernández de Puerto-Carrero, pariente próximo del conde de Medellín, quien podía favorecerle en la Corte. Enviáronse algunos manuscritos indios, juntamente con el tercero, el cual justificaba la aserción de los españoles, que decían que «aquella tierra contenía tanto oro como la de donde sacó Salomón el necesario para el templo» (1). De los manuscritos, unos eran en algodón, otros en maguey; sus ininteligibles caracteres llamaron poco la atención de los conquistadores; y, sin embargo, considerados como pruebas de la cultura intelectual, eran más dignos de interés para un filósofo, que no aquellas valiosas manufacturas que tan sólo probaban los adelantos mecánicos de la nación (2). Enviáronse también como muestra de lo que eran

Reales Altezas podrán mandar tener». La noticia dada por Velázquez debe ser tenida por testimonio de parte, y por lo tanto ser admitida con gran desconfianza, pues que era esencial para su propia vindicación, la vindicación de Cortés. Esta Carta jamás se ha impreso; y el original existe, como arriba lo decimos, en la Librería Imperial de Viena. La copia que yo poseo, y que consta de más de 60 páginas en folio, está tomada de la que hay en la Academia de Historia de Madrid.

(1) «A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra, tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo». Carta de Veracruz, M. S.

(2) Pedro Mártir, que aventaja en ilustración a todos los escritores

los habitantes de aquellas tierras, a cuatro indios sacados de las jaulas donde se les había encerrado para sacrificarlos después. Escogióse para el viaje la mejor nave de toda la flota, se la tripuló con quince marineros y se la confió al piloto Alaminos. Debía pasar por el canal de Bahama, al Norte de Cuba, o Fernandina, como entonces se llamaba a esta isla, con orden de no tocar en ninguna de las del Océano Índico. Con estas instrucciones emprendió su derrotero la nave, a 26 de julio, yendo cargada de tesoros y de los buenos deseos de los habitantes de Villa Rica de Veracruz.

Después de una rápida travesía tocaron en la isla de Cuba, contrariando expresamente las órdenes que llevaban, y anclaron enfrente de Marien, en la costa septentrional de la isla; esto se hizo por complacer a Montejo, que quería visitar un plantío suyo que había dejado allí cerca. Estando anclados fuera del puerto, saltó a tierra uno de los marineros, y, atravesando la isla hasta llegar a Santiago, difundió, por todas partes, nuevas acerca de la expedición; por fin, llegaron a oídos de Velázquez. Era la primera noticia que había tenido de la flota desde que había salido, y al oír la narración del marinero, no pudo Velázquez reprimir las emociones de curiosidad, asombro e indignación que agitaba su pecho en aquel momento. En el primer rapto de su ira, descargó una tempestad de quejas e invectivas contra su secretario y tesorero, los amigos de Cortés que le habían recomendado para que le nombrase caudillo de la expedición. Después de desahogarse un poco de esta suerte, mandó dos naves veleras con orden de

de su época, consagra medio capítulo al examen de los manuscritos indios, en los que encuentra las pruebas de una civilización análoga a la del Egipto. *De Orbo Novo,* dec. 4, cap. VIII.

apoderarse del buque rebelde, y caso de haber ya partido, de seguirle y alcanzarle.

Mas antes de que estas embarcaciones llegaran, había volado el pájaro y caminado mucho por el anchuroso Atlántico. Lleno de indignación por esta nueva burla, escribió varias cartas en que se quejaba amargamente, dirigiendo las unas a España y las otras a los frailes de San Jerónimo, residentes en Santo Domingo. Poco satisfactoria fué la respuesta que le dieron estos últimos, por lo que resolvió poner él mismo manos a la obra. Comenzó a aparejar otra escuadra formidable, más que igual a los de sus rebeldes enviados. Era infatigable en la realización de sus proyectos, no perdonando paso ni gasto para llevarlo a cabo; mas los preparativos eran tan grandes, que para acabar de hacerlos se necesitaban muchos meses.

Entretanto, la otra navecilla proseguía felizmente su viaje; y después de tocar en una de las Azores, llegó, en el mes de octubre, al Cabo de San Lucas; siendo este viaje, por largo que en el estado actual de la náutica no parezca, bastante breve para aquellos tiempos. Dejemos para otro capítulo hablar de lo que aconteció con los emisarios cuando llegaron a la Corte, de la acogida que les hicieron en ella y de las sensaciones que produjeron sus noticias (1).

Poco después de la partida de los comisionados, aconteció un suceso de los más desagradables: Es el caso, que cierto número de personas, con el padre Juan Díaz, de

(1) Bernal Díaz, op. cit., caps. LIV-LVII. Gomara, *Crónica*, capítulo XL. Herrera, *Hist. de las Ind.*, dec. 2, lib. 5.°, cap. XIV. Carta de Veracruz, M. S.

Las numerosas noticias de Pedro Mártir procedían de sus conversaciones con Alaminos y los dos enviados, poco tiempo después de su llegada a la Corte. *De Orbe Novo*, dec. 4, cap. VI, y en otras varias partes. *Opus epistolarum* (Amstelodami, 1607), cap. DCL.

cabecilla, bien fuese que no estuviesen conformes con el Gobierno de Cortés, bien porque no se encontrasen con ánimo bastante para acometer aquella empresa, tomaron un plan para apoderarse de una de las naves, largarse a Cuba como mejor pudiesen y contar al gobernador lo que había acontecido con la escuadra. La conspiración se hizo tan secretamente, que ya tenían los rebeldes sus víveres, agua y demás avíos para el viaje y, sin embargo, nadie lo había descubierto; cuando, precisamente, la noche misma en que debían hacerse a la vela, reveló la conspiración uno de los que estaban en ella, y que se había arrepentido. Al instante ordenó el general que se aprehendiese a todos los implicados en el plan; se formó una averiguación, quedó en claro la culpabilidad de los cómplices: dos de ellos fueron condenados a muerte; el piloto, a perder los pies, y otros muchos, a ser azotados. Al sacerdote, aunque probablemente el más culpable de todos, se le permitió huír, por haber reclamado los privilegios comunes de su estado. Uno de los condenados a la horca, fué Escudero, el mismo alguacil que, como ya se acordará el lector, aprehendió tan bruscamente a Cortés, fuera de un santuario, en Cuba (1). Cuéntase que al firmar el general las sentencias de muerte, exclamó: ¡Para qué aprendí a escribir! No era la primera vez que, en ocasiones semejantes, se hacía esta misma exclamación (2).

Habiendo acabado de arreglar todo en Villa Rica, man-

(1) Véase antes lib. 2.°, cap. II.

(2) Bernal Díaz, op. cit., cap. LVII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. II. Las Casas, op. cit., lib. 3.°, cap. CXXII. Demanda de Narváez, M. S. Segunda Relación de Cortés, en Lorenzana, pág. 41.

Fué la exclamación de Nerón, referida por Suetonio. «*Et cum de suplicio cujusdam capite damnati ut ex more subscriberet, admoneretur, quam vellem, inquit, nescire litteras!*» Lib. 6.°, cap. X.

dó por delante a Alvarado, con gran parte de tropas, para Zempoalla, donde podía, dentro de poco, juntársele con el resto de ellas. Parece que el último suceso de la conspiración le había causado una impresión profunda, porque ella le probaba que entre sus soldados había corazones tímidos, en quienes no se podía confiar, y que podían sembrar el disgusto y el desaliento entre sus compañeros; y que aun los más resueltos podían en lo sucesivo, por el más leve motivo de desavenencia, vacilar en su propósito, apoderarse de las naves y abandonar la empresa. Era ésta demasiado vasta y los enemigos demasiado formidables para que no causase temor la disminución del número de los compañeros, y la experiencia acababa de probar que esto podía verificarse fácilmente, mientras los medios de escaparse estuviesen a la mano (1). El mejor modo, pues, de precaver tamaño riesgo, era quitar todos esos medios, y para esto, concibió la audaz resolución de destruír la flota sin que el ejército lo supiese.

Cuando llegaron a Zempoalla comunicó su intento a unos pocos de sus más íntimos y seguros secuaces, quienes abrazaron con ardor las ideas del capitán. Por medio de estos agentes persuadió a los pilotos, mediante el oro, que es el argumento que más pesa en los hombres comunes, a que dijesen acerca del estado en que se encontraban las naves, cuanto pudiera convenir a su intento. De facto, dijeron que las embarcaciones estaban maltratadísimas a causa de los vientos contrarios con que habían

(1) «Y porque, dice Cortés, demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez, tenían voluntad de salir de la tierra; había otros que por verla tan grande, y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría solo.»

luchado, y, lo que era todavía peor, que los gusanos habían carcomido el casco de las naves hasta tal punto, que las más de ellas estaban inservibles para la navegación, y algunas, aun incapaces de flotar en el agua.

Cortés recibió la noticia con sorpresa, porque, como dice Las Casas haciendo los amistosos comentarios que tiene de costumbre: «Cortés sabía disimular cuando así convenía a sus intereses.» —«Si tal sucede, exclamó, conformémonos y hágase la voluntad de Dios» (1). Ordenó que les quitasen a cinco de las naves peor acondicionadas las jarcias, el velamen, el fierro y todo cuanto fuese movible, y que en seguida se las echase a pique. Se registró a las demás, y habiendo encontrado cuatro de ellas en el mismo estado, se las condenó a la misma suerte. ¡Una sola nave quedaba!

Cuando llegaron las noticias a Zempoalla, quedaron las tropas en la mayor consternación. ¡Se vieron de un solo golpe separados de sus amigos, de su familia, de su patria! Su esforzado corazón se consternó al contemplarse abandonados en playas enemigas y un puñado de hombres combatiendo con un imperio formidable. Cuando supieron la destrucción de las cinco primeras naves, se conformaron, porque la juzgaron indispensable, conociendo la voraz actividad de los insectos en aquellos mares. Mas cuando llegó la nueva de la destrucción de las cuatro restantes, comenzaron a desconfiar: conocieron que se les había engañado, y se levantó un murmullo sordo al principio, pero cada vez más manifiesto, que anunciaba una rebelión de-

(1) «Mostró cuando se lo dijeron mucho sentimiento Cortés porque sabía bien hacer fingimientos cuando le era provechoso, y respondióles que mirasen bien en ello, e que si no estaban para navegar que diesen gracias a Dios por ello, pues no se podía hacer más.» Las Casas, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.°, cap. CXXII.

clarada. Decían que su general les quería llevar como ovejas al matadero (1). Las cosas a cada instante se ponían de peor aspecto; de suerte que jamás estuvo Cortés en mayor peligro de que le matasen sus propios soldados (2).

Su presencia de espíritu no le abandonó en esta crisis. Convocó a todas sus tropas, y empleando más bien un tono de persuasión que de autoridad, les aseguró que el mal estado de las naves exigía su destrucción: que debían considerar que al ordenar que ésta se verificase, había hecho el mayor sacrificio, pues que eran todas de su propiedad y formaban toda su fortuna: que, por otra parte, se reforzaba el ejército con cien soldados útiles empleados antes en guardarlas; y que, finalmente, si se las hubiese conservado, de poca utilidad les habrían sido, pues si el éxito era feliz, para nada las necesitaban, y caso de ser desgraciado, iban a internarse tanto, que de nada le servirían tampoco. Suplicóles que dirigiesen su pensamiento hacia otro rumbo; que buscar los medios y facilidad de escapar, es indigno de los valientes; que una vez puesta la mano en la obra, y en el estado en que se hallaban, retroceder sería arruinarse; que recobrasen su antigua confianza en ellos mismos y en su general, y que el éxito no sería dudoso. Por lo que a mí toca, les dijo, he tomado mi partido; permanecer aquí mientras tenga yo uno sólo que me acompañe; si hay algunos tan cobardes que se espanten de los riesgos que nos aguardan en esta gloriosa empresa, váyanse benditos de Dios a Cuba, allá pueden ir a contar cómo han abandonado

(1) «Decían que los querían meter en el matadero.» Gomara, *Crónica,* cap. XLII.

(2) «Al cabo, lo hubieron de sentir la gente, y aíana se le amotinaron muchos, y este fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de muchos que para matallo de los mismos españoles estuvo.» Las Casas, *ubi. supra.*

a su general y a sus camaradas, y a esperar con toda paciencia a que volvamos cargados de los despojos de los aztecas (1).

El hábil orador había herido precisamente la cuerda que más vibraba en el pecho de sus oyentes. Conforme habló fueron olvidándose los antiguos resentimientos: la seductora perspectiva de las futuras riquezas y de la gloria, volvió a presentarse ante sus ojos, animada y embellecida por la elocuencia de su general; corridos de su primera desconfianza, revivió el entusiasmo por su caudillo, pues conocían que sólo bajo sus banderas podían caminar a la victoria; por manera que cuando concluyó su arenga, el aire resonó con los gritos de: *¡A México, a México!*

La destrucción de las naves es acaso el incidente más notable de la vida de este hombre extraordinario. Pocos son en verdad los ejemplos de este género que nos ofrece la historia; y en ninguno eran más precarias las esperanzas del triunfo, ni más desastrosas las resultas de una derrota (2). Si se hubiera malogrado aquella acción, se la habría llamado un rasgo de locura, y, sin embargo, era hija de un

(1) «Que ninguno sería tan cobarde y tan pusilánime que quería estimar su vida más que la suya, ni de tan débil corazón que dudase de ir con él a México, donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer, este se podía ir bendito de Dios a Cuba en el navío que había dejado, de que antes de mucho se arrepentiría y pelaría las barbas, viendo la buena ventura que esperaba le sucedería.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXII.

(2) Acaso el más famoso de estos ejemplos es el de Julián, quien en la malhadada expedición a Asiria, quemó la flota en que había pasado el Tigris. Este pasaje lo refiere Gilbon, quien demuestra satisfactoriamente que la flota habría sido de más daño que provecho en el curso de las ulteriores operaciones. *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, vol. IV, pág. 117, de la excelente Edición de Milán.

cálculo profundo. Su caudal, su fortuna, su vida misma, todo lo había arriesgado y era preciso afianzarlo; no cabía alternativa entre morir o perecer, y la medida tomada aumentaba mucho las probabilidades del triunfo; pero llevarla al cabo al frente de una soldadesca desatada y desesperada, fué un acto de resolución de que pocos ejemplos ofrece la historia (1).

* * *

Fray Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas, cuya *Historia de las Indias* ha sido una de las más importantes autoridades para la formación de las páginas que anteceden,

(1) La noticia de la destrucción de las naves que refiero en el texto, no está acorde con Bernal Díaz, quien dice que la flota fué destruída con entero conocimiento y aprobación del ejército, aunque fué propuesta por Cortés. (Op. cit., cap. LVIII.) Esta opinión ha adoptado Robertson en su *Historia de América*, vol. II, págs. 253-254. Cuesta trabajo apartarse del dictamen del verídico Bernal Díaz, principalmente cuando su dicho ha sido acogido por el juicioso historiador de América; mas Cortés expresamente declara en su carta al emperador, que ordenó la destrucción de las naves sin conocimiento de sus tropas, de temor de que los tímidos y desafectos se aprovechasen con el tiempo de los medios de irse, si les quedaban expeditos. (Relación segunda de Cortés en Lorenzana, pág. 41.) Los hidalgos Montejo y Puerto-Carrero dijeron en sus declaraciones que Cortés había mandado la destrucción de la flota por los informes que le dieron los pilotos. (*Declaraciones*, M. S.)

Narváez en su demanda, y Las Casas, hablan de aquel hecho, desaprobándolo desmedidamente, y acusando a Cortés de haber cohechado a los pilotos, para que horadando los cascos de las naves las inutilizasen. (Demanda de Narváez, M. S. Las Casas. *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 3.°, cap. CXXII.) Lo mismo refiere Oviedo, aunque calificando el hecho de otra manera. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. II. Gomara, *Crónica*, cap. XLII, y Pedro Mártir, de *Orbe Novo*, dec. 5, capítulo I); autoridades todas bastante competentes. Este hecho tan ex-

fué uno de los hombres notables del siglo XVI. Nació en Sevilla en 1474; su padre acompañó a Colón en clase de soldado raso a su primer viaje al Nuevo Mundo, habiendo adquirido en su carrera las proporciones bastantes para poner a su hijo en la Universidad de Salamanca. Durante la residencia de éste en aquel lugar, le sirvió un indio que su padre había comprado en Santo Domingo; por manera que el infatigable abogado de la libertad comenzó su carrera por ser amo de un esclavo; mas no duró éste en esa condición por mucho tiempo, pues le libertó a poco el generoso edicto de Isabel la Católica.

En 1498, concluyó sus estudios en leyes y teología, recibió el grado de licenciado, y en 1502, acompañó a Oviedo en la armada más soberbia que hasta entonces se había dirigido al Nuevo Mundo. Ocho años después, fué consagrado de presbítero en la Isla de Santo Domingo; suceso algo notable, pues fué la primera persona que se consagró en las colonias. Cuando ocuparon a Cuba los españoles, pasó a esta isla, donde obtuvo un curato de poca cuantía; sin embargo, muy en breve se hizo conocer del gobernador Velázquez, por la exactitud con que desempe-

traordinario, suponiéndolo obra de la voluntad de un solo hombre, se hace increíble cuando se le considera emanación de muchas voluntades independientes. No es muy improbable que Bernal Díaz, por ser uno de los más adictos a aquella causa, haya sido uno de los que supieron el intento de Cortés. El veterano puede haber olvidado después de muchos años de acontecido el suceso, alguna parte de él; y celoso de hacer partícipe al ejército de la gloria de aquella expedición, gloria que el general se atribuía enteramente haber querido distribuír entre sus camaradas la fama de una hazaña que en este caso pertenecía enteramente a Cortés; pero sea cual fuere el motivo de su discrepancia, su solo y único testimonio, no puede contrapesar al de todos sus contemporáneos, tan competentes como él, para saber la verdad de los sucesos.

ñaba sus deberes, y, sobre todo, por la influencia que merced a su carácter manso y benévolo, ejercía en los indios. Mediante la amistad con el gobernador, tuvo Las Casas oportunidad de aliviar la condición de la raza conquistada, consagrando desde entonces todas sus fuerzas a la consecución de este grande objeto. Por aquel tiempo estaba en todo su vigor el sistema de *repartimiento*, establecido poco después del descubrimiento de Colón, y la raza aborígena desaparecía con espantosa rapidez, bajo la influencia de aquel sistema opresor, que no tiene muchos que compararle en la historia de la humanidad. Las Casas, lastimado del espectáculo diario de la miseria y del crimen, se embarcó para España, para ver si conseguía la reparación de algunas de aquellas injusticias. Fernando murió poco después de su llegada; Carlos estaba ausente; la monarquía, regida por el cardenal Ximénez, quien dió oídos a las quejas del misionero y con aquella energía que le era propia, nombró una Comisión compuesta de tres frailes de San Jerónimo, con plenos poderes, como lo hemos dicho en el texto, para reformar todos los abusos. Las Casas fué condecorado por su celo, con el título de «Protector de los indios».

Los nuevos visitadores desempeñaron su encargo con mesura y discreción; pero era aquel extremadamente difícil, pues que requería tiempo para introducir la reforma de abusos ya arraigados. El ardiente e impetuoso Las Casas, despreciando las amonestaciones de la prudencia, atropellando todos los obstáculos, e irritado de aquella conducta que él calificaba de tolerante y tibia, como no se tomaba el trabajo de disimular su desagrado, muy en breve se puso en desavenencia con los visitadores; por lo que resolvió volverse a la madre patria, a instar al Gobierno para que

tomase otras medidas que procurasen más eficazmente la protección de los indios.

Encontró el reino bajo la dirección de los flamencos, quienes desde el principio mostraron sumo horror a los abusos que se cometían en las colonias, y que, en dos palabras, parecían resueltos a no permitir otras extorsiones ni robos, más que los cometidos por ellos mismos. Fácilmente accedieron por lo tanto a las solicitudes de Las Casas, quien propuso aliviar la suerte de los indios, enviando labradores españoles, e introduciendo en las islas esclavos negros. Esta última proposición ha acarriado graves cargos sobre su autor, a quien se acusa de haber sido el introductor de la esclavitud en el Nuevo Mundo. Otros con no menos sin razón, han pretendido vindicarle de aquella imputación, negando el hecho enteramente. Mas desgraciadamente para estos últimos, él consta en la *Historia de las Indias* del mismo Las Casas, quien confiesa con gran humildad y profundo arrepentimiento, que su opinión en aquella vez estaba apoyada en fundamentos erróneos, porque, como francamente lo confiesa, «una misma ley se debía aplicar al indio igualmente que al negro». Pero lejos de haberse establecido entonces la esclavitud en las Islas, la introducción de negros en ellas, data de principios del siglo. La habían propuesto las más sabias y benévolas personas, con el objeto de aliviar los padecimientos de los naturales; pues el negro por su misma constitución robusta puede soportar mejor la inclemencia del clima y las penalidades del trabajo, que no el débil y afeminado isleño. Aquella medida fué sugerida por un sentimiento de humanidad, aunque extraviado; y considerando la época y circunstancia en que la propuso Las Casas, debe echarse en olvido, y más si se considera que cuando fué ilustrándose,

mostró el más sincero arrepentimiento por haber dado inconsideradamente aquel consejo.

Ya se había hecho el experimento propuesto por Las Casas; pero no exactamente, a causa de la apatía de Fonseca, presidente del Consejo de Indias; así es que no tuvo buen resultado. El buen misionero propuso luego otro distinto y más atrevido sistema. Pidió que le diesen una gran porción de tierra en la Tierra Firme, junto a las famosas pescas de perlas, para plantear allí una colonia y convertir a los indios al cristianismo. Exigió como condición precisa que no interviniese en ella ninguna de las autoridades de las Islas, y, sobre todo, ninguna fuerza militar, pues confiaba a medios enteramente pacíficos, la realización de sus proyectos. Pidió que le acompañase cierto número de labradores españoles, atraídos por algún donativo del Gobierno, y cincuenta frailes dominicos que usasen un traje especial y enteramente diverso del de los españoles, para que los indios creyesen que aquéllos no pertenecían a la raza de éstos. Semejante proposición fué calificada de quimera por muchos, cuyas opiniones en la materia eran dignas de crédito, quienes dijeron que los indios eran por su propia naturaleza incapaces de civilización. La cuestión era de tal importancia, que Carlos V mandó que se tuviesen a su presencia las discusiones relativas a ella. Primeramente habló el contrario de Las Casas, quien cuando respondió, inflamado por la noble causa que sustentaba, y sin que le contuviese la augusta presencia del monarca, exclamó con favorosa elocuencia: «la religión cristiana es invariable en sus efectos y aplicable a cualquiera nación del orbe; no priva a nadie de su libertad; no viola los derechos de nadie so pretexto de ser esclavo por su naturaleza; V. M. llega a desterrar de vuestros reinos esta monstruosa opre-

sión, desde el principio de vuestro Gobierno, permita el Altísimo que reine por largos y gloriosos años».

Por fin prevalecieron las opiniones de Las Casas, se le dieron los operarios y demás recursos necesarios para el establecimiento de la colonia, y en 1520 se embarcó para América. Pero sus proyectos se frustraron desgraciadamente, porque el terreno que le dieron estaba cerca de un establecimiento de españoles, quienes ya habían cometido varios actos de violencia, que habían ocasionado alzamientos, para cuya represión había usado últimamente de la fuerza el joven almirante; por manera que todo el pueblo entre quien quería aparecer Las Casas, como enviado de paz, estaba actualmente en lo más sangriento de una lucha trabada contra sus compatriotas. En espera de que se calmaran aquellas turbulentas escenas, comenzaron los labradores que había traído consigo Las Casas, a dispersarse desesperados de no poder efectuar su proyecto. Por último, después de otra tentativa para llevar adelante su plan de colonización, viéndolo enteramente frustrado, renunció a él su desgraciado autor, y agobiado de pesar, se refugió al convento de Santo Domingo, en la Isla del mismo nombre. No se puede poner en duda que cooperaron muchas circunstancias desfavorables, al mal éxito de la empresa; pero no es posible tampoco desconocer, tanto en el proyecto mismo, como en la manera de ejecutarlo, la mano de un hombre más versado en los libros que en el conocimiento práctico de los hombres; de un hombre que en el retiro de un claustro había meditado y madurado sus planes de beneficencia; pero sin tomar en cuenta los obstáculos que podían oponerse a su realización, y que confiaba en que en los demás hombres encontraría el mismo entusiasmo generoso que inflamaba su pecho.

En medio de su desgracia encontró grandísimos consue-

los y simpatías en sus hermanos de Santo Domingo, quienes en todas ocasiones se mostraron abogados celosos de los indios, y tan ardorosos campeones de la causa de la libertad en el Nuevo Mundo, como enemigos implacables de ella habían sido en el Antiguo. Las Casas entró a poco tiempo en su orden, y se consagró por muchos años en el retiro de su monasterio, al cumplimiento de sus deberes espirituales y a la formación de varias obras, todas ellas dirigidas más o menos a vindicar los ultrajados derechos de los indios. Allí es donde comenzó su grande obra, la *Historia General de las Indias*, que continuó, con algunos intervalos de descanso, desde 1527, hasta pocos años antes de morir. No empleaba, sin embargo, todo su tiempo en estas labores; que también entró en varias misiones trabajosas. Predicó el Evangelio entre los indios de Nicaragua y Guatemala, logrando convertir y someter con sólo su elocuencia, a varias tribus bárbaras que habían resistido a la fuerza. En todas estas labores espirituales era auxiliado por sus hermanos los Dominicos. Por último, en 1539 volvió a cruzar los mares para solicitar auxilio y compañeros entre los miembros de su Orden.

Grandes cambios se habían verificado en el cuerpo que regía a las colonias. El mezquino Fonseca, que a decir verdad, durante su larga administración, se mostró enemigo de todo gran nombre y de toda medida importante concerniente a los indios, había muerto. A la sazón era presidente del Consejo de Indias, Loayza, confesor de Carlos V. Este funcionario, que era general de los Dominicos, dió fácil audiencia a Las Casas y acogió de buena voluntad sus propuestos planes de reforma. Carlos, entonces anciano, sintió todo el peso de la responsabilidad que le cabía por su conducta pasada, y resolvió reparar los males de sus súbditos americanos, no tolerando por más tiempo los abu-

sos que con ellos se habían cometido. El estado de las colonias era el asunto de todas las discusiones, no sólo en el Consejo, sino también en la Corte; y el interés que se tomaba por su suerte, era cada día más patente. Las Casas promovió aquel cambio de ideas por medio de la publicación de varios escritores, y principalmente de su «brevísima relación de la destrucción de las Indias», en la cual presenta desnudas las multiplicadas atrocidades que cometieron sus compatriotas en la prosecución de sus conquistas en el Nuevo Mundo. Es una narración que parte el alma; parece que cada línea ha sido escrita con sangre, pero por muy honoríficos que sean para el autor los motivos por que la escribió, valía más que jamás la hubiese escrito. Tenía ciertamente razón para no perdonar a sus compatriotas, para pintar con su verdadero colorido las maldades que habían cometido, y para con aquel cuadro horroroso despertar la atención de la nación española y de los que la gobernaban, hacia aquel camino de iniquidad que se presentaba más allá de los mares; mas para conseguir mejor este objeto, prestó oídos fáciles a todo lo que se decía de la violencia y rapacidad de los españoles, y lo exageró tan monstruosamente, que casi incurrió en el ridículo. La rara extravagancia de sus cálculos numéricos, basta para enajenarle enteramente nuestra confianza tratándose de la exactitud de sus cómputos en general, y más cuando la verdad desnuda era demasiado horrible por sí misma para necesitar de exageraciones. La obra gozó de gran boga entre los extranjeros, fué traducida en varias lenguas e impresa con láminas, como para pintar al vivo las atrocidades que se referían en el texto. Entre sus compatriotas excitó diferentes sentimientos, y particularmente entre las gentes de las colonias que se consideraban el blanco de aquellas ocultas pero abultadas imputaciones; por manera que después

contribuyó no poco aquella obra al despego y aún al resentimiento de aquellas gentes, y disminuyó en proporción la influencia y utilidad que sin esto habría ejercido Las Casas.

Sus rectas intenciones, sus miras ilustradas y su larga experiencia, granjearon a Las Casas una bien merecida reputación en su patria. Eran visibles las importantes reformas hechas entonces en el régimen colonial, principalmente en lo tocante a los aborígenas. *Las nuevas leyes* tenían por objeto manifiesto la libertad de aquella raza desgraciada, sin que fuera lícito desconocer en la sabiduría y humanidad de sus disposiciones, la mano benéfica del protector de las Indias. La historia de la legislación colonial de España, es la de los impotentes esfuerzos de un gobierno para proteger a los colonos de la avaricia y crueldades de sus súbditos; es una nueva prueba de que un imperio poderoso en el centro, como era poderosa España en aquel tiempo, puede dilatarse tan extensamente, que la influencia del gobierno apenas pueda sentirse en las extremidades.

El Gobierno quiso dar una prueba de cuánto estimaba los distinguidos servicios de Las Casas, promoviéndole a la silla episcopal de Cuzco, uno de los más ricos obispados de las colonias; pero el alma desinteresada del misionero no codiciaba ni riqueza ni distinciones; así es que renunció sin vacilar el beneficio que le proponían. No obstante, no pudo rehusar el Obispado de Chiapas, porque por la pobreza e ignorancia de sus habitantes ofrecía campo anchuroso a las tareas espirituales del buen misionero; así es que en 1544, aunque tenía setenta años de edad, se cargó de aquellas nuevas obligaciones, y pasó por quinta y última vez a las playas de América.

Antecedióle su fama; los colonos miraban con temor su

venida, pues no ignoraban que él era el autor del *Nuevo Código*, que tanto menoscababa sus antiguas inmunidades, y temían que se empeñase en hacerlo cumplir estrictamente. En todas partes recibían a Las Casas fríamente, y aún en algunas le amenazaron con la violencia; mas le preservaron de todo ultraje su venerable aspecto, sus fervorosas acusaciones hijas tan sólo de la convicción, y su generosa abnegación de sí mismo. Sin embargo, de todo esto, nunca condescendió en mitigar a sus contrarios, haciéndoles lo que él juzgaba concesiones indignas, y llevó el rigor hasta el extremo de negar los sacramentos a todo el que conservaba a algún indio en cautiverio. Esta conducta imprudente ultrajó no sólo a los colonos, sino aún a sus mismos hermanos de la Orden. Tres años transcurrieron en incesantes e inútiles altercados; los españoles, entre tanto, para usar de sus mismas expresiones «obedecían a la ley, pero no la cumplían»; y apelaron a la Corte para que reformase las instrucciones; mientras que el obispo a quien ya no auxiliaban sus hermanos, mirado de reojo por los magistrados y ultrajado por el pueblo, dejó un puesto en que ya no podía ser útil su presencia, y regresó a su patria a pasar en paz los días de vida que aún le quedaban.

No obstante, aunque encerrado en su convento, no pasó el tiempo en ociosa reclusión. Volvió a aparecer como campeón de la libertad de los indios, en la famosa controversia que sostuvo contra Sepúlveda, uno de los más sutiles escolásticos de su tiempo, y muy superior a Las Casas en elegancia y corrección, aunque éste le aventajaba en lógica y solidez, en aquella cuestión en que la justicia estaba de su parte. En sus *treinta proposiciones*, como se les llamaba entonces, abrazó Las Casas los diversos puntos de la cuestión; sostuvo que la infidelidad en materias

de religión, no privaba a los pueblos de sus derechos políticos; que la Santa Sede, al dar a los monarcas católicos el Nuevo Mundo, sólo había querido conferirles el derecho de convertir al cristianismo a los infieles, y de ejercer sobre ellos, por este medio, una pacífica autoridad, que cualquiera otra que no fuese ejercida en este sentido, era inválido. Sostener tal cosa era minar los fundamentos del poder de Castilla, tal como la ejercía; mas el desinterés de Las Casas, el respeto que se profesaba a sus principios, impidieron que la Corte se ofendiese de ellos a su última y legítima conclusión. Así, pues, sucedió que mientras a su adversario se le impidió la publicación de sus escritos Las Casas tuvo la satisfacción de ver los suyos circular impresos por todas partes.

Desde entonces, distribuyó su tiempo en sus deberes religiosos, en el estudio y la composición de sus obras, principalmente de su *Historia*. Su constitución física, naturalmente fuerte, había sido robustecida por una vida templada y laboriosa; de manera que sus facultades intelectuales permanecieron ilesas hasta lo último. Murió de una breve enfermedad en julio de 1566, a la avanzada edad de noventa y dos años, en su monasterio de Atocha, en Madrid.

El carácter de Las Casas puede inferirse de lo que fué su vida. Era uno de esos hombres privilegiados a quienes se revelan esas grandes verdades morales, las cuales, como que son luces del cielo, permanecen siempre invariables e inmutables; pero que aunque vulgares hoy, en aquellos tiempos oscuros quedaron ocultas de todos, menos de unos pocos espíritus penetradores. Las Casas era un reformador, y tenía todas las virtudes y defectos de tal; estaba inspirado de una idea grande y gloriosa, que fué como la llave de todos sus pensamientos, de todas sus palabras, de todas sus acciones durante su larga vida. Esta idea es la

que le daba esfuerzo para lanzar la áspera voz de la censura y el vituperio en presencia de los príncipes; la que le hacía desafiar las amenazas de un populacho enfurecido; cruzar los mares, atravesar los desiertos, recorrer los montes, soportar las indiferencias de sus amigos, la hostilidad de sus adversarios, despreciar la censura, los insultos y las persecuciones; la que le hacía olvidar los obstáculos, confiar crédulamente en la cooperación de los demás; la que animaba sus discusiones, aguzaba sus inventivas, empapaba su pluma en la hiel de la vituperación personal, le inducía a groseras exageraciones y a pinturas recargadas, le hacía creer con ciega confianza en todo lo malo, y le volvía mal consejero y desgraciado en la práctica común de las cosas del mundo. Los motivos que le impulsaban eran puros y sublimes; pero no siempre es digna de alabanza la manera de llevarlos a cabo. Tal es el dictamen, no sólo de los colonos que como personas interesadas pueden no ser tenidas por imparciales, sino también el de los individuos de su misma profesión, el de personas de alta categoría y de intachable integridad, sin contar el de los misioneros que tomaron parte con él en aquella buena obra; estos, en sus escritos y conversaciones familiares, acusaban a Las Casas de ser de un carácter orgulloso e intolerante que pervertía su juicio y le hacía ligeramente prevenciones hostiles contra quien quiera que le consideraba o que siquiera no era de su mismo dictamen. En suma, Las Casas era un hombre; pero si bien tenía los defectos propios de la humanidad, tenía también virtudes que rara vez le pertenecen. El mejor panegírico que se puede hacer de su carácter es la estimación de que gozaba en la corte del soberano. Cuando su último regreso de América, le concedió una pensión liberal, que él destinaba casi enteramente a objetos de caridad. Ninguna medida importante concerniente a los indios, se

tomaba sin su parecer. Tuvo la dicha de ver durante su vida, los frutos de sus esfuerzos por mejorar la condición de aquellos desgraciados, y la propagación entre el pueblo de las grandes verdades que tanto empeño había tomado en inculcar. ¿Quién es capaz de decir de cuánto habrán servido los escritos de este ilustre filántropo, a los que después siguiendo su ejemplo, han consagrado sus raciocinios y sus esfuerzos a la mejora y alivio de los hombres perseguidos?

Sus obras fueron numerosas, muchas de ellas no muy largas; unas se imprimieron en vida del autor, otras después de su muerte, especialmente en la traducción francesa de Llorente. La grande obra que le ocupó con intervalos por más de treinta años, fué la *Historia General de las Indias*, que aún permanece manuscrita. Está repartida en tres volúmenes y dividida en otras tantas partes, y comprende la historia colonial, desde el descubrimiento por Colón hasta el año de 1520. El estilo de la obra, como el de todos los escritos de Las Casas, es incorrecto, inconexo y excesivamente difuso; abunda en repeticiones, en digresiones extemporáneas y en cintas pedantescas; pero al mismo tiempo brotan de todas partes pasajes de otra especie enteramente diversa; y cuando el autor está animado del deseo de revelar algún grande agravio hecho a los indios, su lenguaje sencillo es casi elocuente y expone y defiende con ardor aquellos grandes e inmutables principios de justicia, tan poco conocidos en su tiempo. Su defecto como historiador consiste en que escribe la historia como lo escribía todo, bajo la influencia de una idea dominante siempre está abogando por la causa de los indios perseguidos. Esto da su mismo colorido a todos los sucesos que pasaron a su vista, y le hace admitir con fácil confianza todos los que le refirieron. Gran parte de los sucesos de que trata nuestra precedente narración en lo que concierne a Cuba, los ha

presenciado; pero Las Casas era incapaz de prescindir de la antigua amistad que tuvo con Velázquez, quien como ya recordará el lector, le protegió cuando era un pobre cura de la Isla, y le trató con singular confianza. En cuanto a Cortés, parece que le miraba con profundo desprecio; le había visto al principio de su carrera cuando a la puerta del orgulloso gobernador le daba las gracias con el sombrero en la mano aún por una simple sonrisa; así es que cuando Las Casas recordaba este humilde estado, y veía al conquistador de México dueño de una gloria y nombradía que oscurecieron las de su antiguo protector y a expensas de éste como Las Casas juzgaba, no podía reprimir su indignación ni hablar de Cortés sino con desprecio y pintándolo como a un villano de gran fortuna.

Defectos tales, y el temor de los errores a que ellos inducen, han estorbado por tanto tiempo la publicación de la obra. Cuando murió Las Casas, la dejó al convento de San Gregorio, en Valladolid, con prevención expresa de que no se imprimiese hasta no pasados cuarenta años, y de que durante este tiempo, nadie la viera, ya fuese profano o miembro de la Orden. No obstante esto, se permitió que la consultase a Herrera, quien transfirió el contenido de aquella obra a la Historia que publicó en 1601. La Real Academia de Historia revisó, algunos años hace, el primer volumen de la *Historia* de Las Casas, con ánimo de publicarla íntegra; pero, por una parte el poco criterio y las grandes exageraciones en que abunda, según Navarrete, y por otra la circunstancia de que los hechos referidos en ella ya se sabían por otros conductos, determinaron a aquel cuerpo a abandonar su propósito. Aunque respeto su dictamen, yo creo que es equivocado. Las Casas, quitándole algunas cosas, es uno de los grandes escritores de la nación española; grande, por las verdades que

reveló en tiempos en que nadie las percibía, y grande, por el valor con que las proclamó y defendió. Estas verdades están esparcidas en su *Historia* y demás escritos, y no son, ciertamente, éstos, los pasajes que trascribió Herrera. En la relación de los sucesos, bien que sea parcial y preocupada, nadie puede disputarle la integridad; y, por último, habiendo sido uno de los más ilustrados contemporáneos de la época, su testimonio tiene un valor indisputable. La buena memoria de Las Casas, pide que digamos que si no se llega a publicar su obra, nunca se le podrá conocer por los mutilados extractos de uno que no podía ser intérprete de sus opiniones; porque, en efecto, no es Las Casas quien habla en aquellas páginas cortesanas de Herrera. Sin embargo, la obra no se puede publicar sin un buen comentario, capaz de ilustrar al lector y de precaverle de los indebidos errores del escritor. Yo espero que el manuscrito íntegro, se publicará algún día bajo los auspicios de esa distinguida Corporación, que ya ha hecho tanto por ilustrar la historia española.

Varias veces ha sido escrita la vida de Las Casas, pero las dos biografías más dignas de mencionarse, son: la de Llorente, último secretario de la Inquisición, puesta al principio de la traducción de los escritos de controversia del obispo, y la de Quintana, en el volumen III de los *Españoles célebres*, modelo de buenas biografías, y enriquecida, además, por una crítica literaria tan fina como rigurosa. Me he extendido tanto en esta noticia biográfica, por lo interesante del hombre y por ser poco conocido de los lectores ingleses. También he copiado un pasaje de la obra en su original, para que los lectores españoles puedan formarse una idea del estilo. Desde este momento deja de ser autoridad, pues que su noticia sobre la expedición de Cortés concluye con la destrucción de las naves.

CAPÍTULO IX

Lo que pasó en Zempoalla.—Los españoles suben la meseta central.—Paisajes pintorescos.—Tratado con los indios.—Embajada a Tlaxcala.

(1519)

Estando en Zempoalla recibió Cortés un mensaje de Escalante, comandante de Villa Rica, en que le decía que cuatro naves extrañas estaban recorriendo la costa, sin poder comprender sus repetidas señales. Esta noticia alarmó mucho al general, que temió no fuese alguna escuadra mandada por el gobernador de Cuba para estorbar sus movimientos. A toda prisa se dirigió a Villa Rica, acompañado de unos pocos de caballería, ordenando a una parte de la infantería que le siguiese con dirección a aquel punto, y dejando el resto a las órdenes de Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, joven capitán que desde entonces comenzó a dar pruebas de las raras prendas que le granjearon después un lugar distinguido entre los conquistadores de México.

Escalante instaba a Cortés para que le permitiese ir con algunos de los que quedaban, en busca de los recién venidos; pero Cortés le respondió con el proverbio español:

«cabra coja, no tenga sista» (1); y sin esperar a descansar ni él ni sus compañeros, se dirigió tres o cuatro leguas hacia el Norte, al lugar donde le habían dicho que estaban ancladas las naves. En su camino encontró a tres españoles que acababan de desembarcar; a las preguntas que ansiosamente les hizo de que «de dónde venían», respondieron «que pertenecían a la escuadra armada por el gobernador de la Jamaica, Francisco Garay». Esta persona había visitado el año anterior la costa de la Florida y obtenido del Gobierno español, en cuya Corte gozaba alguna influencia, el gobierno de todas las tierras que descubriese en aquellas cercanías. Los tres hombres eran, el notario público y dos testigos, enviados a tierra para prevenir a Cortés que desistiese de su empresa, por ser esta una usurpación de los derechos de Garay. Probablemente, ni el gobernador de Jamaica ni sus capitanes, tenían nociones positivas acerca de la geografía y límites de aquellos territorios.

Luego conoció Cortés que de allí nada tenía que temer; sin embargo, bien hubiera querido inducir por cualesquiera medios a la tripulación de las naves a que se uniesen a su expedición. Por parte del notario y los dos testigos no hubo dificultad, pero cuando se puso a la vista de los buques, desconfiando la tripulación de la buena armonía en que parecían estar sus camaradas con los españoles, no quisieron mandar a la playa su esquife. En tal aprieto, se valió Cortés de una estratagema: mandó a tres de sus soldados que trocasen sus vestidos por los de los recién venidos, y en seguida se revolvió con su corta partida de soldados, fingiendo que se iba para la ciudad; en la noche volvió al mismo lugar y permaneció emboscado, previ-

(1) «Cabra coja, no tenga siesta.»

niendo a los españoles disfrazados que luego que rayase el día, hiciesen señales a los que estaban en las naves. El ardid tuvo todo su verificativo: al instante despacharon éstos un bote con gente armada, y tres o cuatro de los soldados saltaron a tierra; pero al instante conocieron su engaño, porque Cortés salió de su escondite y los hizo prisioneros. Los camaradas que estaban en el bote, espantados de aquel suceso, se volvieron apresuradamente a las embarcaciones, las cuales levaron también anclas, abandonando a su suerte a los que habían quedado en tierra. Así terminó este negocio; Cortés regresó a Zempoalla con media docena de buenos reclutas de refuerzo, y lo que es más importante, libre del temor de que viniese nadie a mezclarse en sus operaciones (1).

Comenzó luego a hacer sus preparativos para un inmediato viaje a la capital totoneca. El ejército que debía acompañarle al viaje, se componía de cerca de 400 de infantería y 15 de a caballo, con siete piezas de artillería. Consiguió también 1.300 indios guerreros y 1.000 *tomanes* o cargadores, para arrastrar los cañones y transportar los bagajes. Se acompañó, además, de cuarenta de los principales, no sólo para tenerlos como en rehenes, sino para que le sirviesen de guía en aquellos desconocidos países, y de consejeros entre los nuevos pueblos que iba a recorrer; y de hecho le fueron de grande utilidad durante la marcha (2).

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. I. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 42-45. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. LIX-LX.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. XLIV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIII. Bernal Díaz, op. cit., cap. LXI.

El número de los indios auxiliares referido en el texto, es mucho mayor que el que dicen Cortés y Bernal Díaz. Pero ambos dos, acto-

El resto del ejército se quedó de guarnición en Villa Rica de Veracruz, a las órdenes de Juan Escalante, uno de los capitanes más adictos a Cortés; elección prudente, pues importaba dejar allí un hombre que pudiese, por una parte, resistir la intervención hostil de los rivales europeos, y por la otra, mantener la paz y armonía con las tribus amigas. Cortés previno a los totonecas que en caso de algún peligro acudiesen a Escalante, seguros de que mientras permaneciesen fieles a su nuevo soberano y nueva religión, encontrarían ayuda y protección en los españoles.

Antes de partir dirigió el general a sus soldados algunas palabras para animarles. Díjoles que dentro de poco iban a dar principio a la grande empresa, objeto de sus anhelos, y que confiasen en que el Divino Salvador les sacaría victoriosos de todas las batallas contra sus enemigos; añadióles en seguida estas palabras: «No tenemos otro socorro y ayuda sino el de la Divina Providencia y de nuestros esforzados corazones» (1). Acabó su alocución comparando sus hechos con los de los antiguos romanos, en frases de meliflua elocuencia que no me es posible repetir, dice el sencillo y valiente historiador que le escuchó. Cortés poseía esa elocuencia que domina el corazón de los soldados, porque le tenían simpatía, y él, a su vez, participaba del espíritu romancesco de ellos. Todos, a una voz, exclamaron: «Estamos prontos a obedeceros; echada está la suerte de nuestra buena o mala ventura» (2). Despidiéronse, pues,

res en el drama, descubren demasiado el deseo de ensalzar sus proezas, exagerando el número de sus enemigos y disminuyendo el suyo propio, para que su dicho sea digno de entera confianza.

(1) «No teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes.» *Hist. de la Conq.*, cap. LIX.

(2) «Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase,

de sus hospitalarios y amigables indios, y lleno el corazón de doradas esperanzas y de lisonjeros proyectos de conquista, emprendió su camino hacia México aquel pequeño ejército.

Esto fué el 16 de agosto de 1519. Durante el primer día hicieron su camino por la Tierra Caliente, la hermosa región donde habían permanecido durante tanto tiempo; la tierra del cacao, la vainilla, la cochinilla, y en los últimos días del viaje, de los naranjos y la caña de azúcar; donde las flores y las frutas se suceden en no interrumpido círculo durante todo el año; donde el ambiente está embalsamado de perfumes que cansan los sentidos con su suavidad; cuyos bosques están frecuentados por multitud de pájaros e insectos cuyas alas esmaltadas relucen como diamantes, con los rayos del sol vívido de los trópicos. Tales son los encantos de este paraíso; pero la naturaleza, que en todo muestra su espíritu de compensación, también allí la ha establecido; pues ese mismo sol que vivifica aquellos portentos de los reinos animales y vegetales, engendra la pestilente malaria, con todo ese acompañamiento de enfermedades biliosas, desconocidas bajo el helado cielo del Norte. La estación en que llegaron a la Tierra Caliente los españoles, eran, precisamente, los lluviosos meses del otoño, durante los cuales el vómito hace sus más furiosos estragos en el extranjero qne osa apenas asentar allí la planta, y más todavía en el que se demora siquiera un día. En los recuerdos que nos han trasmitido los conquistadores, no se encuentra ninguna noticia del vómito ni de ninguna otra enfermedad extraordinariamente mortal. Este hecho corrobora la opinión de los que afir-

que echada estaba nuestra suerte de la buena o mala ventura.» Loc. citato.

man que el vómito no apareció sino hasta mucho después de ocupada la tierra por los blancos; o prueba por lo menos, que si entonces existía, era muy benigno.

Después de pasar muchas leguas por caminos casi intransitables a causa de las lluvias del otoño, comenzaron a subir los españoles gradualmente, y más gradualmente hacia el Este que hacia al Oeste de las cordilleras que conducen a la meseta central de México. Al día siguiente llegaron a Jalapa, ciudad que aún conserva su nombre azteca, en la cual crece esa planta que también lo lleva, y que es tan conocida en todo el mundo por sus virtudes medicinales (1). Esta ciudad está situada a la medianía de aquella larga subida, a una altura en que los vapores del Océano al pasar hacia al Occidente, mantiene el rico verdor de los campos durante todo el año. Aunque un poco infectado por estas nieblas marinas, el aire es blando y salubre; los habitantes acomodados de las regiones inferiores, se retiran a ella para preservar su salud, durante los calores del otoño; y los viajeros divisan con delicia aquellos bosques de encinas, porque ellas les anuncian que han escapado de la mortífera garra del vómito (1). Desde este sitio delicioso, gozaron los españoles de uno de los más magníficos paisajes; al frente tenían la escarpada subida, más escarpada desde allí en adelante, que tenía que emprender; a la derecha se levanta la *Sierra Madre*, ceñida de su negro cinturón de pinos, y cuyas largas filas de colinas se extienden

(1) *Convulvulus jalapæ*, Linn. Las consonantes *j* y *x* se convierten la una en la otra en castellano.

(1) Las alturas de Jalapa están coronadas por un convento dedicado a San Francisco, y erigido por Cortés en los últimos años de su vida; éste, como otros edificios de aquel tiempo, prueban por su solidez, que tenían a la vez un designio militar y religioso. *Tudor's Travels in Norlb America* (London, 1834), vol. II, pág. 186.

hasta perderse en la distancia; al Sur, formando un contraste brillante, se levanta el soberbio Orizava, cuya falda está cubierta de una blanca túnica de nieve, y que se eleva en solitaria grandeza, como el espectro gigantesco de los Andes. Entre ellos y a su planta, se desenvuelve la magnífica tierra caliente, con su alegre confusión de prados, arroyos y selvas floridas, y de la cual brotan por todas partes los relucientes pueblecillos de los indios; una débil línea de luz que se extendía a lo largo de todo el horizonte, les decía a los españoles que allí estaba el Océano, más allá del cual habían dejado su familia y su patria, muchos para no volverla a ver jamás.

Corriendo el camino por entre perspectivas tan diversas como lo son los climas de aquellas regiones, y pasando por poblaciones indias, de algunos centenares de habitantes cada una, llegaron al cuarto día a una ciudad fuerte, como la llamó Cortés, la cual se levantaba sobre una roca, que se supone ser la que hoy conocen los mexicanos con el nombre de Naulinco. Recibieron allí muy hospitalariamente, por ser aquellas gentes, amigas de los totonecas; procurando Cortés inculcarles por medio del Padre Olmedo, algunas verdades cristianas, que gustosamente recibieron, por manera que se les permitió a los españoles erigir una cruz en medio de la plaza, para que la adorasen los indios. El camino del ejército estaba señalado por estos emblemas de la salvación del hombre, erigidos en todas las poblaciones indias, que se prestaban a ello; y sugerían entonces al viajero una idea muy diversa de la que sugieren al presente (1).

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, cap. I. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 40. Gomara, *Crónica*, cap. XLIV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S.. cap. LXXXIII.

«A cada cien varas del camino, dice el viajero últimamente citado

Las tropas entraron después a un áspero desfiladero, el *Paso del Obispo* (1), capaz de ser fácilmente defendido contra todo un ejército. Luego comenzaron a sufrir el desfavorable cambio del clima; a recibir los fríos vientos de las montañas, acompañados de lluvias, y luego que subieron un poco más, las aguas, nieves y el granizo, que empaparon sus vestidos y parece que les penetraron hasta los huesos. Los españoles, cubiertos en parte por sus armaduras y jaquetas acolchadas de algodón, a pesar de que su larga residencia en las abrasadoras regiones del valle, les había hecho muy sensibles a la intemperie, podían resistir mejor a ella; pero los pobres indios, nativos de tierra caliente, con pocos vestidos que les abrigasen, sucumbieron al rudo embate de los elementos, y perecieron en gran número en el camino.

El aspecto del país era tan árido y triste como el clima. El camino atraviesa por el pie del enorme Cofre de Perote, montaña que debe su nombre tanto en castellano como en mexicano, a la forma de su pico, parecido a un cofre; es una de las montañas más altas de Nueva España (2); hoy es verdad que no ofrece en su cumbre vestigios de un cráter; pero los hay en abundancia en su base, donde las lavas, escorias ennegrecidas y cenizas, atestiguan las convulsiones de la naturaleza; al mismo tiempo que los

hablando de esta misma región, se encuentra una cruz de madera, que indica, según las costumbres de aquel país, que allí se ha cometido algún horrible atentado.» *Tudor's Travels*, etc., vol. II, pág. 188.

(1) El Paso del Obispo: Cortés le llama Puerto del Nombre de Dios. *Viaje*, en Lorenzana, pág. 2.

(2) El nombre mexicano es Nauhcampatepetl, formado de Nauhcampa, cosa cuadrada, y tepetl, montaña. Humboldt, que llegó por entre los bosques y los hielos a la cumbre, fija su altura en 4.089 metros franceses, o 13.414 pies sobre el nivel del mar. Véanse las *Vistas de las Cordilleras*, pág. 234.

numerosos arbustos y troncos de árboles enormes, que hay en las grietas, prueban la antigüedad de aquellos sucesos. Al proseguir su penoso camino por entre aquellas escenas de desolación, frecuentemente se vieron los españoles orillados a precipicios, en cuyo fondo se podían divisar a la espantosa profundidad de dos o tres mil pies, otro clima y otra explendente vegetación.

Después de tres días de este viaje fatigoso, pasó el cansado ejército por otro desfiladero llamado la *Sierra del Agua* (1). Poco después llegaron a una llanura, cuyo clima era el que es propio de los países templados de Europa. Estaba ya, después de subir a la altura de 7.000 pies sobre el nivel del mar, en esas inmensas llanuras que se extienden centenares de leguas sobre la cresta de las cordilleras. El país daba señales de un esmerado cultivo; pero de plantas desconocidas hasta entonces de los españoles. Por todas partes se veían campos y setos de varias especies de tunales, de órganos elevados y plantíos de maguey con abundantes racimos de flores amarillas en su alto tallo: las plantas de la zona tórrida habían ido desapareciendo conforme subían el plátano con sus hojas negras y lustrosas, el más común y principal alimento de los países inferiores, había, hacía mucho tiempo, desaparecido de la llanura; pero el rico maíz, orgullo de la agricultura indígena, cargado de sus doradas espigas, todavía se encontraba, pues que forma el principal objeto de cultivo tanto en las altas como en las bajas regiones de la mesa.

Súbitamente se encontraron los españoles a las cercanías de una ciudad populosa, cuyos edificios les pareció luego que entraron en ella, que aventajaban en solidez y tamaño

(1) El mismo que Cortés llamó en sus cartas con el nombre de *Puerto de la Leña*. Viaje en Lorenzana, pág. III.

a los de Zempoalla (1); eran de cal y canto y muchos de ellos de regular altura y espaciosos: había trece teocallis en la plaza, y en los suburbios había un gran osario donde, según Bernal Díaz, estaban apilados y puestos en orden cien mil cráneos de víctimas humanas, que según dice este historiador contó él mismo (2); pero sea cual fuere el crédito que demos a la fidelidad de sus cálculos, el resultado es siempre horroroso. Los españoles debían familiarizarse con este espectáculo espantable, al acercarse a la capital del imperio.

El señor de la provincia gobernaba a veinte mil vasallos: era tributario de Moteuczoma, de quien había una fuerte guarnición. Probablemente había tenido noticias anticipadas de la llegada de los españoles, e ignoraba de qué modo les recibiría su soberano, porque les dió uua acogida fría y tanto más desagradable, cuanto más extraordinarios habían sido los padecimientos de los viajeros en los últimos días. Cuando le preguntó Cortés si era vasallo de Moteuczoma, le respondió el noble con verdadera o fingida sorpresa: ¿hay quien no sea vasallo de Moteuczoma? (3) Repúsole a esto el general, que él no lo era: díjole de dónde y por qué

(1) El conocido hoy con el eufónico nombre mexicano de *Tlatlauquitepec.* (Viaje, en Lorenzana, pág. IV.) El llamado por Bernal Díaz (op. ct., cap. 61), *Cocotlan.* Los primeros españoles, estropeaban todos los nombres mexicanos, tanto de lugares. como de personas; y a fe que no les faltaba razón.

(2) «Puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían bien contar, según el concierto con que estaban puestas, que me parecen que eran más de cien mil, y digo otra vez, sobre cien mil.» *Hist. de la Conq., ubi. supra.*

(3) «El cuál, casi admirado de lo que le preguntaba, me respondió diciendo: ¿que quién no era vasallo de Moteuczoma? Queriendo decir que allí era señor del mundo.» Relación segunda de Cortés en Lorenzana, pág. 47.

venía y le aseguró que él servía a un monarca que contaba príncipes entre sus vasallos, y que era tan poderoso como el mismo monarca azteca.

El cacique, en compensación, no se quedó por corto al ponderarle el poder y grandeza del emperador indio. Dijo a su huésped, que Moteuczoma podía hacer alarde de treinta grandes vasallos, cada uno de ellos señor de cien mil guerreros: (1) que sus rentas eran inmensas, pues ningún vasallo, por pobre que fuese, dejaba de pagar alguna cosa: que todas estas riquezas se empleaban en el mantenimiento de los ejércitos y en los gastos de su magnífica corte; que aquellos estaban continuamente en batallas, y que además había guarniciones en las más de las ciudades principales del imperio; que anualmente eran sacrificadas en las aras de los dioses más de veinte mil víctimas cogidas en la guerra; que la capital estaba sobre un lago en el centro de un extenso valle; que aquél estaba frecuentado por las embarcaciones del emperador, y que a la ciudad se llegaba por calzadas de muchas millas de largo e interrumpidas por puentes de madera, que una vez alzados, impedían toda comunicación. Algunas otras cosas añadió para contestar a las preguntas del huésped, dando a sus respuestas (como ya puede suponérselo el lector), el vanidoso o crédulo cacique, cierto barniz de ficción y de novela. Pero los españoles no podían saber si lo que estaban oyendo era realidad o fingimiento, y a corazones menos esforzados que

(1) «Tiene más de treinta príncipes así subjetos, que cada uno de ellos tiene cien mil hombres o más de pelea. (Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. 1.) Este cuento maravilloso ha sido transcrito seriamente por más de un escritor español, al dar idea del poder de la monarquía azteca; no como una sección de este cacique, sino como un documento de estadística. Véanse entre otros a Herrera. *Hist. general*, dec. 2, libro VII, cap. 12.

los suyos les habría retraído de continuar la comenzada empresa; pero lejos de esto, dice el valiente caballero frecuentemente citado, las palabras que habíamos oído, en vez de atemorizarnos, nos puso más ansiosos: tal es el temple del español, más impaciente por probar ventura mientras más desesperada le parece (1).

En otra conversación posterior preguntó Cortés al cacique si abundaba aquella tierra en oro, y le insinuó el deseo de recoger alguno para llevarlo a enseñar a su soberano; mas el señor azteca se rehusó a darle ninguno, diciéndole que eso desagradaría a Moteuczoma; pero que si él lo mandaba, oro, su persona y cuanto tenía, quedaría a disposición de los españoles. El general no insistió más en aquella materia.

Naturalmente se había picado la curiosidad de los naturales al ver los vestidos, armas, caballos y perros de los españoles. Marina, al satisfacer sus preguntas, aprovechó aquella favorable ocasión de ensalzar las proezas de sus compatriotas adoptivos, de espaciarse largamente sobre sus hazañas y victorias, y de ponderar las extraordinarias pruebas de respeto que les había dado Moteuczoma. Tal conducta parece que surtió sus efectos, pues poco después regaló el cacique a Cortés algunos dijes de oro, que aunque de poca valía, eran una muestra de buena voluntad; le envió también algunas esclavas, para que preparasen el pan para las tropas y les proporcionasen los medios de descansar, cosa que por entonces importaba a los españoles más que todo el oro de México (2).

(1) Bernal Díaz, op. cit., cap. LXI. Es una ligera jactancia del capitán, que provoca a risa, aunque no a desprecio, pues el que la decía tenía realmente mucho valor y una gran sencillez de carácter.

(2) Para lo relativo a las páginas anteriores, pueden verse además de las autoridades citadas en el texto, a Pedro Mártir; *De orbe novo*,

El general español no descuidó en esta ocasión de inculcar a los indios, como lo tenía de costumbre, las grandes verdades de la revelación, y de censurar la atrocidad de la superstición de los naturales; mas el cacique le escuchó con urbana, pero fría indiferencia. Viéndose Cortés engañado en sus conjeturas, se volvió repentinamente a sus soldados y les dijo que ya era tiempo de plantar la cruz; los soldados se apresuraron a ejecutar aquella piadosa prevención, y se representaron las mismas escenas que en Zempoalla, aunque con resultados muy diversos, pues el padre Olmedo, más cuerdo que los otros, no intervino en ellas. Manifestó que introducir el culto de la cruz entre los indios, estando en aquel estado de incredulidad e ignorancia, sería exponer el sagrado símbolo a que se le infiriesen desacatos e insultos tan luego como los españoles se alejasen de allí; dijo que el único camino que había que seguir era guardar pacientemente a que llegara el tiempo en que más despacio se pudiese inculcar el conocimiento de la verdad, en sus oscurecidos espíritus; y por fin, el templado razonamiento del buen padre prevaleció sobre el marcial entusiasmo de los demás.

Fué fortuna para Cortés que el padre Olmedo no fuese uno de esos frailes fanáticos, cuyo celo se inflama en tales ocasiones; esto habría tenido la más funesta influencia sobre la suerte de la expedición, pues que despreciando todos los intereses temporales comparados con la grande obra de la conversión, por conseguir esta, el poco escrupuloso soldado acostumbrado a la severa disciplina de un campamento, habría empleado los medios más violentos,

Dec. 5, cap. I; a Ixtlilxochitl, *Hist. de Cich.* M. S., cap. LXXXIII; a Gomara, *Crónica*, cap. XLIV, y a Torquemada Monarq. Ind., lib. 4.°, capítulo XXVI.

caso de que los suaves y pacíficos se hubiese malogrado (1). Pero Olmedo pertenecía a esa clase de benévolos misioneros en que para su honor y gloria ha sido tan fecunda la Iglesia Católica; de esos hombres prudentes que confían la conversión a armas puramente espirituales y que sólo inculcan doctrinas de amor y de benevolencia, las más a propósito para conmover la sensibilidad y ganarse el afecto de un auditorio tosco e ignorante; estas han sido las armas de la Iglesia primitiva, las con que en sus primeras edades llevó sus banderas victoriosas hasta los más remotos confines del orbe; mas no fueron, en verdad, las de los primeros conquistadores de América, que imitando más bien la política de los victoriosos musulmanes, llevaban en una mano la Biblia y en la otra el acero; imponían obediencia en materias de fe no menos que en las de gobierno, sin cuidar de que la obediencia fuese cordial, y atendiendo únicamente a que se observasen las ceremonias de la iglesia. Las semillas esparcidas de esta manera violenta habían perecido a poco tiempo, a no ser por los misioneros españoles que vinieron en tiempos posteriores a cultivar el mismo terreno, y viviendo como hermanos entre los indios y mediante una larga y trabajosa cultura, lograron hacer que se arraigasen y fructificasen en los corazones de estos los gérmenes de la verdad.

El general español permaneció en la ciudad cuatro o cinco días para reunir sus fatigadas y extenuadas tropas. Los indios modernos todavía enseñan o enseñaban a lo menos a fines del siglo pasado, el venerable sabino a cuya sombra estuvo atado el caballo del *Conquistador*, nombre

(1) El general pertenecía enteramente a ese ejército militante de quien dice Butler «que funda su fe en el sagrado texto de la pica y del cañón; y que prueba sus doctrinas ortodoxas a golpe y porrazo».

que por excelencia se da a Cortés (1). El camino corría ahora por un extenso y ameno valle, fertilizado por un arroyo, circunstancia que no ocurre muy frecuentemente en la meseta central de Nueva España. El suelo estaba protegido de los calores estivales, por bosques que hoy son aún más raros que entonces, pues los invasores destruyeron, poco tiempo después de la Conquista, las magníficas selvas (dignas rivales, en variedad y belleza, de las de nuestros Estados del Sur y del Occidente), que cubrían la meseta en tiempo de los aztecas (2).

A lo largo de todo el río y sus dos orillas, se veía una línea no interrumpida de habitaciones tan próximas una a la otra, que casi se tocaban, y esto, por tres o cuatro leguas; lo cual prueba que la población era entonces mucho más numerosa que ahora (3). En un sitio elevado y escabroso se levantaba una ciudad de cinco o seis mil habitan-

(1) «Arbol grande, dicho *ahuehuet.*» (Viaje, en Lorenzana, página 3.ª, *Cupresus disticha* Linn. (Humbold., *Essai politique*, t. II, página 54, nota.)

(2) Este mismo gusto que ha desnudado de sus bosques a las Castillas, la meseta de la Península. Sin embargo, en Nueva España, parece que esta destrucción ha sido el resultado de razones de prudencia y no sólo de un gusto caprichoso. Habiendo visitado uno de mis amigos una grande hacienda, extraordinariamente árida, le dijo e propietario que se habían echado abajo los árboles para impedir a los perezosos indios que perdiesen el tiempo holgando a la sombra de ellos.

(3) Esto confirma las observaciones de Humboldt. «Seguramente cuando por primera vez llegaron los españoles, toda esta costa, desde Papaloapam (Alvarado), hasta Huaxtecapan, estaba más poblada y mejor cultivada que hoy; sin embargo, al paso que iban internándose más los conquistadores en la meseta del centro, iban encontrando poblaciones menos diseminadas, campos divididos en porciones más pequeñas y mayor civilización en los habitantes.» *Essai politique*, tomo II, pág. 202.

tes, dominada por una fortaleza, con sus murallas y trincheras, la cual fortaleza pareció a los españoles igual a las de su clase en Europa; allí hicieron de nuevo alto las tropas y fueron amigablemente recibidas (1).

Cortés determinó allí el camino que debía de seguir; los naturales le habían aconsejado que siguiese el de la antigua ciudad de Cholula, cuyos habitantes, súbditos actuales de Moteuczoma, eran de un carácter manso, y se dedicaban a las artes mecánicas y a otras igualmente pacíficas, por manera que recibirían amistosamente a los españoles; mas los aliados zempoaltecas advirtieron a los españoles que no se fiasen de los chulultecas, pueblo falso y pérfido, sino que tomasen el camino de Tlaxcalan, esa valiente república que por tanto tiempo se había mantenido independiente de México. El pueblo era tan franco como intrépido y de buena fe en sus tratos; siempre había estado en buena armonía con los totonecas y ahora ofrecía grandes garantías de que estaría bien dispuesto hacia ellos.

El general español siguió los argumentos de los aliados, y para mejor asegurarse de la buena acogida de los tlaxcaltecas, resolvió enviarles una embajada. Para ello escogió a cuatro de los principales zempoaltecas, y mandó con ellos un presente marcial, que consistía en un casco de género carmesí, una espada y una ballesta, armas que, según había notado, excitaban general admiración entre los naturales; añadíase a todo esto una carta en que solicitaba el permiso de atravesar por el país; en ella encomiaba el

(1) El correcto nombre de la ciudad, llamada *Ixtacamaxtitlan*, *Iztamacsitan* de Cortés, apenas puede traslucirse en el *Xalacingo* de Bernal Díaz. En 1601, fué removida la ciudad, de la cumbre del cerro al valle. En el primer sitio subsisten todavía enormes fragmentos de piedra labrada, que prueban la elegancia de la antigua fortaleza o palacio del cacique. *Viaje en Lorenzana* pág. 5.

valor de los tlaxcaltecas, que por tanto tiempo habían resistido al soberbio imperio de los aztecas, que él venía ahora a humillar (1). No era de creer que aquella carta, escrita en buen castellano, fuese comprendida por los tlaxcaltecas, pero Cortés cuidó de informar de su contenido a los embajadores. Los misteriosos caracteres de la carta produjeron en los indios la idea de una inteligencia superior a la suya y la tomaron por una de esas misivas en jeroglíficos que formaban las credenciales de los embajadores indios.

Tres días permanecieron los españoles en aquella plaza amiga después de que partieron y emprendieron su camino los enviados. Aunque en país amigo, siempre andaban como si estuviesen en uno de enemigos, con la caballería y tropas ligeras a la vanguardia, los bagajes y tropas pesadas a la retaguardia, y todo el ejército en disposición de batalla; los soldados jamás dejaban sus armas; dormidos o despiertos, siempre las traían consigo. Esta vigilancia incesante les cansaba tal vez más que las fatigas corporales: pero aunque confiaban en su superioridad sobre los indios peleando a campo raso, conocían el inminente riesgo que corrían en el caso de ser sorprendidos por ellos. Cortés les decía: «Ya veis, mis compañeros, cuán pocos somos; estemos, pues, apercibidos a la batalla, no como si fuésemos a entrar en ella, sino como si ya estuviésemos peleando en este momento.»

El camino que siguieron los españoles es el mismo que hoy conduce a Tlaxcalan, aunque no el que se sigue al ir de Veracruz a la capital, pues éste da un rodeo considerable hacia el Sur de Puebla, pasando por las inmediacio-

(1) «Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta; pero como no sabían leer, no pudieron entender lo que contenía.» Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

nes de Cholula. Más de una vez vadearon el río que riega aquellos hermosos prados, deteniéndose algunos días en el camino, con la esperanza de recibir la respuesta de la República; mas la inesperada e inexplicable tardanza de los mensajeros, les confundía y les causaba alguna inquietud.

Caminando por un país que ya tenía otro aspecto más árido e inculto, fueron súbitamente detenidos por una notable fortificación. Era ésta una muralla de piedra, de ocho pies de altura y veinte de espesor, coronada de un parapeto de pie y medio de ancho, destinado a defender a los combatientes. Tenía solamente una entrada en el centro, formada por dos muros semicirculares que se extendían uno sobre otro, cuarenta pasos, dejando un intervalo de diez pasos y de tal manera dispuesto que lo dominaba enteramente la muralla interior, la muralla de unas dos leguas de largo, se apoyaba por sus dos extremos en dos estribos naturales formados por la sierra; estaba hecha con enormes pedazos de piedra trabados cuidadosamente con mezcla (1). Los restos que aún quedan de esta muralla, algunos de ellos de todo el ancho que tenía, prueban claramente su gran solidez y dimensiones (2).

Esta extraordinaria fortificación señalaba los límites de la república, y según dijeron a los españoles, servía de barrera contra las invasiones de los mexicanos. El ejército se

(1) Según este último escritor, estaban trabadas las piedras por una argamasa tan sólida, que los soldados apenas podían romperla con sus picas (cap. LXII). Pero lo contrario se afirma en la carta del general, y está probado por la apariencia que hoy tienen los restos de la muralla. Viaje en Lorenzana, pág. 7.ª

(2) Viaje en Lorenzana, *ubi. supra.* Los esfuerzos del señor arzobispo por rectificar el camino que siguió Cortés, fueron muy útiles; y es lástima que no corresponda a ellos el mapa que acompaña al itinerario.

detuvo lleno de asombro al contemplar aquel monumento gigantesco, que tan alta idea sugería del poder y fuerza del pueblo que lo había levantado: les causó también algún sobresalto acerca del resultado que habría tenido su embajada a Tlaxcalan, y sobre el recibimiento que allí se les esperaba; pero eran demasiado valientes para que les dominasen aquellos temores por largo tiempo; se puso Cortés a la cabeza de la caballería, y exclamando como en otra vez: «Soldados, adelante, la Cruz es nuestra bandera, y bajo esta señal conquistaremos», hizo atravesar a sus soldados por el indefenso paso, y en pocos momentos se vieron hollando el suelo de la libre república de Tlaxcalan (1).

(1) Camargo. *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Gomara, *Crónica*, capítulos XLIV-XLV. Ixtliixochitl, *Hist. Chich.*, M. S., 83. Herrera, *Hist. general*, Dec. 2, lib. 6.°, cap. III. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. II. Pedro Mártir, de *Orbe Novo*, Dec. 5, cap. I.

CAPÍTULO X

República de Tlaxcalan.—Sus instituciones.—Su historia antigua.—Discusiones en el Senado.—Sangrientas batallas.

(1519)

Antes de que penetremos con los españoles en el territorio de Tlaxcalan, será conveniente dar alguna idea del carácter a instituciones de aquella nación, bajo ciertos aspectos la más notable de Anáhuac. Los tlaxcaltecas, descendían de la misma raza que los mexicanos (1); vinieron al país que ocupaban, casi al mismo tiempo que las otras tribus congéneres, es decir, a fines del siglo xii, y se había establecido a la orilla occidental del lago de Tetzcoco. Allí permanecieron muchos años ocupados en empresas propias de un pueblo atrevido e imperfectamente civilizado. Sea por el motivo que fuere, incurrieron en la enemistad

(1) El cronista indio, Camargo, considera a esta nación como una rama de la chichimeca. (*Hist. de Tlaxcalan*, M. S.) Véase también a Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 3.º, cap. IX. Clavijero, que ha estudiado cuidadosamente las antigüedades de Anáhuac, la llama una de las siete naciones Nahuatlacas. (*Hist. de Méx.*, t. I, pág. 53, notas.) La cuestión no importa mucho, puesto que todas estas naciones eran de la misma familia, hablaban la misma lengua, y probablemente emigraron al mismo tiempo del país que habitaban allá en el Norte.

de las tribus inmediatas; se formó contra ellos una coalición, y le dieron una terrible batalla en Poyauhtlan, donde los tlaxcaltecas quedaron completamente victoriosos.

No obstante esto, disgustados de habitar entre pueblos que les aborrecían, resolvieron los tlaxcaltecas emigrar, distribuyéndose en tres divisiones, de las cuales la más numerosa, emprendiendo su camino hacia el Sur por el gran volcán de México, y después de rodear por la antigua ciudad de Cholula, asentó en la tierra situada al pie de la sierra de Tlaxcalan. Los abrigados y fructíferos valles encerrados entre aquella escabrosa cadena de montañas, ofrecían los recursos necerarios para subsistir a aquel pueblo agrícola; mientras que, por otra parte, las escarpadas eminencias de la sierra defendían sus ciudades.

Con el trascurso de los años sufrieron un cambio importante las instituciones de aquel pueblo: la monarquía fué dividida primero en otros dos y en seguida en otros cuatro Estados separados, unidos por un pacto federativo, probablemente no muy perfectamente arreglado. Sin embargo, cada Estado estaba gobernado por un jefe enteramente independiente de los otros en lo que concernía al régimen interior de su Estado; pero que en los que tocaba a toda la república, procedía de acuerdo con los otros tres. Los negocios de Estado, principalmente los tocantes a la paz y la guerra, se arreglaban por un Senado compuesto de los cuatro señores y de los nobles principales.

Los dignatarios de un orden inferior, dependían de los principales, por cierta especie de feudo, que se reducía a la manutención de estos, a ayudarles a conservar la paz interior y auxiliarles en el caso de guerra (1). En cambio de

(1) Los descendientes de estos noblecillos daban tanta importancia a su prosapia, como pudiera un vizcaíno o un asturiano: mucho tiem-

esto, recibían protección y ayuda de su señor. Iguales obligaciones recíprocas existían entre esos jefes secundarios y los subalternos que gobernaban los territorios (1). Así es como se formaba aquella cadena de feudos, la cual, aunque no tenía todo el arte y perfección que otras instituciones de la misma clase, tienen en el antiguo mundo, sí tenía los caracteres propios de una confederación, en lo que mira a las relaciones personales: la obligación de servir en una guerra por una parte, y de exigir protección por la otra. Esa forma de gobierno, tan diversa de la de las naciones circunvecinas, permaneció en su ser, hasta la llegada de los españoles; y ciertamente, que el hecho de haber durado por tanto tiempo siendo tan compleja, sin ser perturbada por la violencia o las facciones de los Estados confederados, y con todo el poder bastante a mantener los derechos del pueblo y la independencia de la nación, prueba una cultura considerable.

po después de la conquista, a pesar de estar menesterosos, se rehusaron a ocuparse en lo que llamaban *oficios viles y bajos*. «Los descendientes de estos son estimados por hombres calificados, que aunque sean pobrísimos, no usaban oficios mecánicos, ni tratos viles y bajos, ni jamás se permiten cargar ni cavar con coas y azadones, diciendo que son hijos hidalgos y que no han de aplicarse a estas cosas soeces y bajas, sino servir en guerras y fronteras como hidalgos y morir como hombres, peleando.» Camargo, op. cit.

(1) «Cualquier Techtli que formaba un Tecalli que es casa de Mayorazgo, todas aquellas tierras que le caían en suerte de repartimiento, con montes, fuentes, ríos o lagunas, tomase para la casa principal la mayor y mejor suerte o pagos de tierra, y luego las demás que quedaban se repartían por sus soldados, amigos y parientes, igualmente todos estos están obligados a reconocer la casa mayor y acudir a ella a alzarla e repararla y a ser continuos en reconocer a ella de aves, caza, flores y ramos para el sustento de la casa del Mayorazgo, y el que lo es está obligado a sustentarlos y regalarlos como amigos de aquella casa y parientes de ella.» Ibid.

Sin embargo, parece que las clases inferiores no tenían más inmunidades de las que pudieran bajo un Gobierno monárquico, pues que la distinción de las clases era rigorosa, haciendo vestir a cada uno, según la que le correspondía, y estando probibido a los plebeyos usar ninguna de las insignias de las clases aristócratas (1).

La nación, aunque agrícola, había reservado los más altos honores, como todas otras naciones incultas y aun desgraciadamente como también algunas civilizadas, a los héroes militares. Había instituídos juegos públicos y decretados premios para los que sobresalieran en esos ejercicios varoniles y atléticos que preparan para la guerra. Los triunfos de los generales eran recompensados liberalmente: entraban a las ciudades trayendo en larga procesión sus cautivos y despojos; sus proezas eran celebradas en himnos nacionales, y sus efigies, ya de madera, ya de piedra, eran erigidas en los templos. Respiraban, en verdad, todo el espíritu marcial de Roma republicana (2).

Había una costumbre propia de la caballería errante, y muy parecida a otra que se usaba entre los aztecas: el que aspiraba a los honores de aquella caballería barbárica, debía velar sus armas en el templo y ayunar durante cincuenta o sesenta días, al cabo de los cuales le decían un grave discurso en que les explicaban los deberes de su nueva profesión: seguíanse a esto varias ceremonias caprichosas: se le llevaba en procesión por las calles públicas,

(1) Camargo, Ibid.

(2) «Los grandes recibimientos que hacían a los capitanes que venían y alcanzaban la victoria en las guerras, y las fiestas y solemnidades con que se solemnizaban a manera de triunfo, que los metían en andas en su pueblo, trayendo consigo a los vencidos, y por eternizar sus hazañas se les cantaban públicamente y ansí quedaban memoradas, y con estatuas que les ponían en los templos.» Ibid.

y terminaba la inauguración con banquetes y públicos regocijos. Desde aquel momento se distinguía al nuevo caballero por ciertos privilegios y también por una divisa que indicaba su categoría. Es digno de notar que semejantes honores no estaban reservados exclusivamente al mérito militar, sino que eran también la recompensa de servicios de otro género, como la sabiduría en los consejos, o la sagacidad y buena fortuna en el comercio, pues que este era tenido en tan gran estimación entre los traxcaltecas, como entre todos los demás pueblos de Anáhuac (1).

El templado clima de la meseta proporcionaba medios fáciles de hacer un tráfico extenso. La feracidad del suelo estaba indicada por el nombre mismo del país, pues *Traxcalán* significa *tierra de los sembrados.* Sus extensos valles, situados en la falda de collados elevados, estaban cubiertos con las amarillas espigas del maíz y con las flores del feraz maguey, planta que, como hemos dicho, servía para tantos usos importantes. Con estos y otros productos de la industria agrícola, atravesaba el mercader la falda de las cordilleras, recorría las ardientes regiones que están al pie de ellas, y volvía después a su país cargado de todos los dones que la Naturaleza no había concedido a éste.

Las varias artes de la civilización prosperaban a la par que la riqueza y bienestar públicos; a lo menos se las cultivaba tanto, aunque limitadamente, como entre los demás pueblos de Anáhuac. La lengua tlaxcalteca, dice el historiador de aquella nación, era sencilla, como conviene a un pueblo que habita entre las montañas; ruda e inculta, comparada con la tetzcocana, y por tanto, poco acomoda-

(1) La descripción completa de las ceremonias de la inauguración, que según parece se refería principalmente a los caballeros mercaderes, se puede ver en el Apéndice, parte 2.ª, núm. 9, donde he trascrito el correspondiente pasaje de Camargo.

da a la composición. Pero en cuanto a las ciencias, los tlaxcaltecas marchaban a la par con sus vecinos. Su calendario estaba calcado bajo el mismo pie; su religión, su arquitectura, muchas de sus leyes y de sus usos y costumbres eran iguales, y demostraban el origen común de todos aquellos pueblos (1). La deidad tutelar de Tlaxcalan, era la misma feroz de los aztecas, aunque bajo diverso nombre; los templos estaban, como entre estos, empapados con la sangre de las víctimas humanas, y los banquetes servidos con los mismos manjares propios de caníbales (2).

Aunque poco ambiciosos de conquistas extranjeras, la prosperidad de los tlaxcaltecas había excitado desde lo antiguo la envidia de sus vecinos, y principalmente del opulento Estado de Cholula; frecuentes contiendas se trabaron entre ellos y los otros, quedando siempre la ventaja por parte de la república. En los últimos tiempos se les presentó un enemigo aún más formidable en los aztecas, quienes no podían sobrellevar la independencia de Tlaxcalan, después de haber hecho sentir su poder y su imperio a todos los demás Estados inmediatos a la república. En tiempo del ambicioso Axayacatl, exigieron de los tlaxcaltecas que les pagasen el mismo tributo y obediencia que las demás provincias del país, amenazándolos si se rehusaban a verificarlo, con arrasar sus ciudades hasta los cimientos, y con entregar el suelo a los enemigos de

(1) «*Ha bel paese*», dice el Conquistador Anónimo, hablando de lo que era Tlaxcalan en tiempo de la invasión, «*di pianure et motagne et é provincia populosa et vi si raccoglie molto pane*». *Relat, d'un gent. hum.*, apud. Ramusio, tomo III, pág. 308.

(2) El historiador de Tlaxcalan ha dado una noticia exacta de las costumbres, usos y política interior de esta nación, siendo esto de gran luz para el conocimiento de los demás de Anáhuac, pues parece que todas estaban vaciadas en un mismo molde.

Tlaxcalan. A estas imperiosas amenazas, contestó altivamente la pequeña república: «que ni ellos ni sus antepasados habían pagado tributo u homenaje a ningún extraño, ni lo pagarían jamás; que si se les invadía, ya sabían ellos cómo habían de defender a su patria; que derramarían ahora su sangre en defensa de la libertad, con tanta prodigalidad como sus antepasados la habían prodigado allá en lo antiguo, cuando derrotaron a los aztecas en las llanuras de Poyauhtlan.» (1)

Esta resuelta contestación, les echó encima todas las tropas de la monarquía, que sucumbieron bajo las armas de la república en una encarnizada batalla. Desde entonces continuaron las hostilidades entre ambas naciones, con mayor o menor actividad; pero siempre a muerte. No había prisionero que no fuese sacrificado; desde la cuna se inspiraba a los niños un odio implacable contra los mexicanos, y en las breves treguas de las guerras, no se verificó jamás entre los de una nación y los de la otra ningún matrimonio, siendo este uno de los vínculos que ligaban y enlazaban entre sí a las tribus de Anáhuac.

En esta lucha les sirvió de grande ayuda la incorporación de los othomis, o como les llaman los españoles, otomíes, raza salvaje y belicosa, que al principio habitaba al Norte del valle de México. Una parte de esta tribu pidió establecerse en la república y quedó desde luego incorporada a ella. Su valor y su fidelidad a la patria adoptiva, les ganaron una gran confianza; de modo que las plazas fronterizas quedaron encargadas a su custodia. Las montañas que circuían el territorio tlaxcalteca, ofrecían muchas posiciones fácilmente defensibles contra cualquiera inva-

(1) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Torquemada, op. cit., libro 2.°, cap. LXX.

sión, excepto por la parte oriental, donde un valle de unas seis millas de extensión, favorecía la aproximación de un enemigo; mas para impedirla, habían construído los cautos tlaxcaltecas esa formidable muralla que excitó el asombro de los españoles, y confiándola al cuidado de una guarnición de otomíes.

Después del advenimiento de Moteuczoma, hicieron los mexicanos nuevas y más serias tentativas para subyugar a sus contrarios. Habiendo llevado sus armas vencedoras, mas allá de los Andes, hasta las remotas provincias de Verapaz y Nicaragua (1), se irritaba su vanidad de la resistencia de una republiquilla cuya extensión territorial no excedía de diez leguas de ancho y quince de largo (2). Moteuczoma mandó un ejército poderoso a las órdenes de su hijo predilecto, mas aquél fué derrotado, y muerto éste. El rabioso y burlado monarca, aprestó otra expedición más formidable; a las tropas de los territorios inmediatos reunió las de su imperio, y con unas y otras formó un formidable ejército con el cual invadió, asolándolos, los principales valles de Tlaxcalan; mas los bravos montañeses huyeron a los retiros de sus montañas, y espiando fríamente el momento más oportuno, se desbordaron como un torrente sobre sus enemigos y les arrojaron con horroroso estrago de su invadido territorio.

No obstante las ventajas que los tlaxcaltecas habían obtenido sobre sus enemigos, estos no cesaban de hostilizar-

(1) Camargo, que en su historia de Tlaxcalan, trae una noticia de todas las conquistas de Moteuczoma, es una autoridad controvertible en este punto.

(2) Torquemada, op. cit., lib. 3.°, cap. XVI. Solís dice: «el territorio de Tlaxcalan tenía cincuenta leguas de circunferencia, diez de largo de Oriente a Poniente, y cuatro de ancho de Norte a Sur. (*Conquista*, lib. 3.°, cap. III.) ¡Linda figura geométrica, por cierto!

les, prevaliéndose de su superioridad en número y en riqueza. Los ejércitos aztecas estaban situados entre la república y la costa, impidiendo de esta suerte que aquella prolífera región expendiese todos los productos de su agricultura y de su industria. Por más de medio siglo carecieron de algodón, cacao y sal; bien que lejos de que les fuese penosa la privación de aquellos artículos, pasaron varias generaciones después de la conquista para que se introdujese el uso de la sal en sus manjares (1). Cuentan que en los intervalos de paz, los nobles aztecas enviaban a los jefes de Tlaxcala esos varios artículos de comodidad, como por cortesía y generosidad. Según asegura el cronista nacional, estos comercios se hacían sin que el pueblo lo supiese, y sin menoscabar tampoco en lo más mínimo las libertades de la República, que guardó inviolablemente la rectitud de sus costumbres y el culto de sus dioses (2).

Tal era el estado de Tlaxcalan cuando la venida de los españoles, viviendo, según parecía, precariamente a la sombra del formidable poder que amenazaba su cabeza; pero si fuerte era la República por sus recursos, todavía lo era más por el indómito carácter de sus hijos; por su bien sentada reputación, tanto de moderada y leal durante la paz, como de valerosa en la guerra; y finalmente, porque su espíritu de independencia le granjeaba el respeto de sus enemigos. Con semejantes cualidades, y con su inveterada enemistad

(1) Camargo, op. cit.

(2) «Los señores mexicanos y teztocanos en tiempo que ponían treguas por algunas temporadas, enviaban a los señores de Tlaxcalan grandes presentes y dádivas de oro, ropa y cacao, y sal, y de todas las cosas de que carecían, sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debían; mas con todos estos trabajos, la orden de su República jamás se dejaba de gobernar con la rectitud de sus costumbres, guardando inviolablemente el culto de sus dioses.» Ibid.

y odio implacable contra los mexicanos, fácilmente se conocerá de cuánta importancia sería para los españoles la alianza con aquella república; mas no era fácil obtenerla (1).

Los tlaxcaltecas sabían la aproximación y carrera victoriosa de los cristianos, cuya noticia se había difundido por toda la meseta; mas parece que no supieron, con la oportuna anticipación, que se acercaban a su territorio; por manera que les puso en grandes apuros la embajada en que pedían permiso para transitar por el territorio de la república (2). Convocóse al Senado, entre cuyos miembros hubo gran disidencia de opiniones. Algunos, siguiendo las tradiciones populares, opinaban que los españoles eran los hombres blancos y barbudos que les habían predicho sus oráculos; pero quienes quiera que fuesen eran enemigos de México, y, por lo tanto, podían servirles de ayuda en su lucha contra este Imperio. Otros intentaban probar que los extranjeros nada tenían de común con ellos, puesto que en su travesía habían derribado los ídolos y profanado los templos. ¿Cómo han sabido que somos enemigos de Moteuczoma? ¿Por qué han oído a sus embajadores, recibido sus dádivas y se dirigen ahora en compañía de sus vasallos hacia su capital? Tales eran las reflexiones de un anciano señor, uno de los cuatro que presidían la república, llamado Xicotencatl. Era casi ciego y había vivido, según él mismo decía, más de un siglo (3). Su hijo, un joven impe-

(1) El cronista tlaxcalteca descubre en aquella profunda enemistad contra México. la mano de la Providencia que se valió de este medio para derribar el imperio azteca. Ibid.

(2) «Si bien os acordáis, como tenemos de nuestra antigüedad, como han de venir gentes de la parte donde sale el sol que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos. y que han de ser blancos y barbudos.» Ibid.

(3) A la prodigiosa edad de ciento cuarenta, si habíamos de dar fe

tuoso de su mismo nombre, mandaba a la sazón un ejército poderoso de tlaxcaltecas y otomíes, cerca de la frontera oriental. El anciano opinaba que lo mejor sería caer de un golpe sobre los españoles, con este ejército; si el éxito era feliz, quedarían aquéllos en su poder; si desgraciado, la república podía desconocer aquel acto, reputándolo por del general, mas no de ella (1) El astuto consejo del anciano encontró buena acogida entre sus oyentes, bien que no fuese digno de la caballerosidad y celebrada buena fe de la república; más para un indio, como para los bárbaros de la antigua Roma, eran conciliables en la guerra, la fuerza y los ardides, el valor y la perfidia (2). Los embajadores zempoaltecas fueron, pues, detenidos so pretexto de que asistiesen a un sacrificio.

En tanto Cortés y su valerosa comitiva, habían llegado frente a la gran muralla, como lo hemos dicho en el capítulo precedente. No se sabe a punto fijo por qué causa no estaba guarnecida entonces por los otomíes; mas lo cierto es que los españoles la salvaron sin encontrar resistencia. Cortés se puso a la cabeza de su caballería y a los de a pie les mandó que a paso acelerado le siguiesen, adelantándose él a explorar el terreno. Habrían andado tres o cuatro leguas, cuando descubrió una partidilla de indios armados con espada y adarga a usanza del país, los cuales huyeron luego que estuvo cerca. Ordenóles que se detuviesen; pero

a Camargo. Solís, que confunde a éste con su hijo, ha puesto en boca de este último una florida arenga, que sería una exquisita muestra de elocuencia, a no ser castellana. *Conquista*, lib. 2.º, cap. XVI.

(1) Camargo, Ibid. Herrera, *Hist. General*, Dec. 2, lib. 6.º, cap. III. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4.º, cap. XXVII.

Hay tal contradicción y oscuridad entre las diversas cosas que se cuenta que hizo el Consejo, que es difícil conciliarlas con los acontecimientos posteriores.

(2) *«Dolus an virtus, quis in hoste requirat?»*

viendo que aquella orden sólo servía de que se alejasen más y más, pusieron los españoles las espuelas a sus caballos, y en breve dieron alcance a los indios fugitivos. Al ver éstos que era imposible escapar, en vez de mostrar el terror que ordinariamente inspiraba a los otros indios el aspecto sorprendente de la caballería, le hicieron frente y le dieron un terrible asalto. Ésta era muy superior a los bárbaros y en breve les habría despedazado, a no haberse presentado un cuerpo de muchos millares de indios que acudían apresuradamente a socorro de sus compatriotas.

Al ver esto Cortés, despachó a uno de los de su comitiva a que, a toda prisa, acelerase la marcha de la infantería. Los indios, después de disparar sus flechas, se arrojaron furiosos sobre los españoles; intentaban romper el puño de las lanzas y apear a los jinetes de los caballos; echaron a tierra a un jinete que a poco murió de las heridas, y mataron dos caballos, tronchándoles el pescuezo de un golpe con sus pesadas alfanjes (1), lo que sería fabuloso a no ser porque en la narración de estas aventuras, apenas hay un paso, y muy corto, de la historia a la novela. Cortés sintió tan vivamente la pérdida de sus caballos, por ser tan importantes y tan pocos, que de mejor gana habría perdido al mejor de los cabalgadores.

Difícil y duro era el combate, y su desigualdad mayor que cuanto se cuenta en los romances españoles, en que un puñado de caballeros lidiaba con legiones de enemigos. Las lanzas de los cristianos fueron allí terribles; pero necesitaban serlo más que aquellas de Astolfo (que derribaba con sólo tocarla a millares de enemigos), para sacarles salvos e ilesos de tan desigual pelea; así es que no fué poco,

(1) «Y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y según algunos que lo vieron, cortaron a cercén de un golpe cada pescuezo, con riendas y todas.» Gomara, *Crónica*, cap. XLV.

en verdad, el alivio que sintieron al ver llegar a sus camaradas que acudían apresuradamente en su ayuda.

Apenas había llegado el grueso del ejército al campo de batalla cuando, formándose a toda prisa, hicieron tal descarga con los mosquetes y ballestas, que contuvieron a sus enemigos; atónitos, más bien que intimidados, por el terrible estruendo de las armas de fuego, que por primera vez estallaban en aquellas regiones, no hicieron los indios nuevo esfuerzo por continuar el combate, y, retirándose en buen orden, dejaron el campo libre a los españoles; éstos también, plenamente satisfechos con haber salido airosamente del aprieto, no se ocuparon en perseguir en su retirada a los enemigos y volvieron a emprender su camino.

Éste pasaba por un terreno cubierto de chozas de indios y de florecientes campos de maguey y de maíz, que indicaban una población industriosa y acomodada. Saliéronles a encontrar dos enviados tlaxcaltecas acompañados de dos de los cuatro zempoaltecas. Al presentarse los primeros ante el general le mostraron su desaprobación del ataque que le habían dado los indios y le aseguraron que sería bien recibido en la capital de la república; Cortés escuchó aquellas protestas con urbanidad y mostró descansar en la buena fe de aquellas palabras más de lo que descansaba realmente.

La noche se acercaba y los españoles estaban deseosos de acampar antes de que estuviese ya entrada; mas encontraron sitio a propósito para hacerlo a la margen de un riachuelo que riega aquellas llanuras: a las dos orillas de aquél había unas que otras casas abandonadas, en las que entraron, cansados y hambrientos, en busca de alimento; pero todo lo que encontraron fué algunos animales domesticados, algo parecidos al perro, los cuales mataron y gui-

saron sin ceremonia, y con esto y con el fruto de la *tuna*, de que hay grande abundancia en las inmediaciones, procuraron satisfacer las necesidades del hambre. Cortés estuvo alerta toda la noche, durante la cual se relevaron para montar guardia compañías de a cien hombres, mas nadie les atacó, porque las hostilidades por la noche eran contrarias al sistema de guerra usado por los indios (1).

Al romper el día siguiente, que era el 2 de septiembre, ya estaban sobre las armas los españoles y todos los indios aliados, que ya subían al número de 3.000, pues Cortés había ido recogiendo reclutas en las ciudades por donde pasaba, habiéndole proporcionado 300 la última en que estuvo. Después de oír misa continuaron su camino. Movíanse formando una masa compacta, porque el general les había amonestado previamente que no se quedasen atrás ni se separasen de las filas, porque era seguro que serían cortados por el cauteloso y vigilante enemigo. Los caballeros marchaban de tres de frente, para mejor auxiliarse los unos a los otros, y les previno Cortés que en el calor de la refriega procurasen pelear juntos y no se dispersasen; les enseñó la manera de llevar la lanza de modo que evitasen que los indios se las rompiesen, que es a lo que aspiraban constantemente, y les previno que no diesen lanzadas y que apuntasen directamente a la cara de sus enemigos (2).

No habían andado mucho cuando les encontraron los

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 50. Camargo, op. cit. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap LXII. Gomara. *Crónica*, cap. XLV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, caps. III-XLI. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. X.

(2) «Que cuando rompiésemos por los escuadrones que llevasen las lanzas por las caras y no parasen a dar lanzadas porque no les echasen mano de ellas.» Bernal Díaz, *ubi. supra.*

otros dos enviados zempoaltecas, que con ademanes de terror informaron al general de que traidoramente les habían cogido y aprisionado con objeto de sacrificarles en una fiesta que estaba para celebrarse, mas que habían logrado escaparse de noche; también añadían la infausta nueva de que ya había un considerable ejército de indios preparado a impedir a los españoles que pasasen adelante.

Poco después vieron una masa de indios compuesta de cosa de cien mil, todos armados y blandiendo sus armas luego que los españoles se acercaron, como para desafiarles. Luego que estuvo Cortés a distancia tal que pudieran oírle, mandó al intérprete que proclamase que no tenía intenciones, y que todo lo que solicitaba era que le permitiesen pasar por aquel país, donde había entrado en clase de amigo; y ordenó al notario Godoy y que diese fe allí mismo de que si se derramaba la sangre, la culpa no era de los españoles. A este pacífico mensaje, se contestó como era de costumbre, con una descarga de dardos, piedras y flechas, que caían como lluvia sobre los españoles, rebotando contra sus duros arneses, y penetrando algunas veces hasta la piel. Irritados por el dolor de sus heridas, instaron al general para que se precipitase al combate; hasta que dijo Cortés el grito de guerra: «Santiago y a ellos.» (1)

Los indios conservaron su posición por un rato, y en seguida se retiraron precipitada, pero ordenadamente (2). Los cristianos, cuya sangre se había inflamado en la pelea, se aprovecharon de la ventaja que habían adquirido, con más celo que prudencia, y se dejaron llevar en persecución de los enemigos hasta una cañada o desfiladero estrecho

(1) Entonces dijo Cortés: «Santiago, y a ellos.» Ibid, cap. LXIII.

(2) «Una gentil contienda», dice Gomara hablando de esta escaramuza. *Crónica*, cap. XLVI.

cortado por un arroyo, en el cual era imposible que maniobrasen los cañones ni la caballería. Habiendo adelantádose impacientes por salir de tan angustiada posición, se encontraron muy a pesar suyo al voltear un ángulo brusco que formaba la garganta misma, en presencia de un inmenso ejército que ocupaba el desfiladero y el extenso valle que estaba tras él. Los asombrados ojos de Cortés contaron cien mil indios; pero nadie regulaba que fuesen menos de treinta mil (1).

Presentaban un confuso conjunto de cascos, armas y variadísimas plumas que relumbraban con la luz del sol naciente, y entre las cuales se veían las banderas, sobre todas las cuales se elevaba majestuosa una cuya divisa era una garza sobre una roca. Era la famosa enseña de la casa de Titcala, la cual, así como también las listas amarillas y blancas y las mallas del mismo color que llevaban los indios, denotaban que eran guerreros de Xicotencatl (2).

Luego que estos apercibieron a los españoles, arrojaron

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 51. Según Gomara, el enemigo contaba 80.000 combatientes (*Crónica*, cap. XLVI). Igual cosa dice Ixtlilxochitl (*Hist. Chichi.*, M. S., cap. LXXXIII.) Bernal Díaz dice que más de 40.000 (cap. LXIII); pero Herrera (Dec. 2, libro 6.º, cap. V) y Torquemada (lib. 4.º, cap. XX), reducen este número a 30.000. Más fácil sería contar las hojas de un bosque, que el número de una caterva de bárbaros. Pero teniendo presente que este ejército era sólo uno de los varios que habían puesto sobre las armas los tlaxcaltecas, parecerá abultado aún el último cómputo. Toda la población de la nación, según Clavijero, que no tiene por qué disminuirla, no pasaba de medio millón de habitantes. *Hist. de México*, tomo I, pág. 156.

(2) La divisa y arma de la casa y cabecera de Titcala, es una garza blanca sobre un peñasco. (Camargo, ibid.) «El capitán general que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado porque aquella divisa y librea era la de aquel Xicotenga.» Bernal Díaz, capítulo LXIII.

un horroroso grito de guerra, o mejor dicho, un chillido agudo y penetrante, y que acompañado del acento de sus melancólicos instrumentos, capaces de escucharse más de media legua a la redonda, infundían terror en el corazón más animoso (1). Aquella hueste formidable se precipitó sobre los españoles toda de un golpe, como si hubiese querido con la enormidad de su número y de su peso, agobiar a los cristianos; mas el intrépido puñado de estos, perfectamente unidos todos, y guarecidos por sus fuertes armaduras, resistieron inmovibles el choque de los indios, mientras que las disgregadas masas de estos, agitándose en torno de aquellos, parecían retroceder sólo para cobrar nuevo y más irresistible impulso.

Cortés, puesto al frente del peligro, como lo tenía de costumbre, en vano procuraba abrir con sus caballos paso para la infantería; y tanto los infantes como los caballos, permanecieron largo tiempo sin usar sus armas, por no encontrar un punto por donde atacar al enemigo; mas por fin, intentaron un grupo de tlaxcaltecas atacar de concierto a un soldado llamado Moron, uno de los mejores jinetes, y consiguieron en efecto apearle del caballo, que murió bajo el peso de un millar de heridas; mas los españoles hicieron entonces un esfuerzo desesperado para rescatar a su camarada de manos de sus enemigos y de la horrible suerte del cautiverio, trabándose un espantable combate sobre el cuerpo del postrado caballo. Diez españoles que-

(1) «Llamaban Teponaztle que es un tronco de madero, concabado y de una pieza rolliza, y como decimos, hueco por dentro, que suena algunas veces más de media legua y con el atambor hace suave y extraña consonancia.» Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S. Clavijero, que en una lámina trae representado este instrumento, dice que todavía se usa, y que se le oye a distancia de dos o tres millas. *Historia de México*, tom. II, pág. 179.

daron heridos al recobrar a su desventurado compañero; pero este quedó tan gravemente herido, que murió al día siguiente. Los indios se llevaron en triunfo el caballo muerto, y sus despedazados restos fueron enviados como un trofeo a las diferentes ciudades de Tlaxcalan. Aquel suceso desagradó mucho al general español, que conoció que el caballo había quedado despojado de ese terror sobrenatural que les había inspirado a los indios la superstición, y para mantener el cual había ordenado el día anterior que se enterrase secretamente a los dos caballos muertos.

Entonces comenzaron a dejar libre el paso los indios, empujados por los jinetes y pisoteados por los caballos. Durante aquella dura pelea, fueron muy útiles a los españoles sus aliados zempoaltecas, quienes se arrojaron al agua y atacaron a sus enemigos con la desesperación de quien no tiene más esperanza de salvarse, que desesperar de la salvación (1). «Nada espero ya para nosotros más que la muerte, dijo a Marina un jefe zempoalteca, jamás conseguiremos salir con vida de este paso.» «El Dios de los cristianos es con nosotros, respondió la intrépida mujer, y él nos sacará con bien» (2).

En medio del estrépito del combate se oía la voz de Cortés que alentaba a sus soldados, diciéndoles: «Si desmayamos ahora, jamás se plantará en esta tierra la cruz de Cristo; adelante, compañeros: ¿cuándo se ha oído que un español haya vuelto la espalda a un enemigo?» (3) Anima-

(1) *Una illis fuit spes salutis, despesasse de salute.* Mártir, *De Orbe Novo*, Dec. 1, cap. I. Esto está dicho con la energía clásica de Tácito.

(2) «Respondió María que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso y los quería mucho, los sacaría del peligro.» Herrera, *Hist. general*, Dec. 2, lib. 6.°, cap. V.

(3) Ibid, *ubi. supra.*

dos por la voz y por el heroico ejemplo de su caudillo, consiguieron al fin, después de los más desesperados esfuerzos, abrirse paso por entre las espesas columnas de sus enemigos y salir al llano.

Luego que se vieron allí, recobraron la confianza que tenían de su superioridad sobre los indios. Los caballos despejaron al punto el terreno donde debía obrar la artillería. Las cerradas filas de los enemigos prestaban un blanco seguro. Los truenos de los cañones que vomitaban torrentes de fuego y humo sulfuroso, el horrendo estrago que causaban en las enemigas filas, y los mutilados cuerpos de los muertos, llenaron de consternación y terror a los indios; ellos no tenían armaduras con que resistir aquellos terribles proyectiles, y sus leves flechas, descargadas por manos no certeras, nada podían hacer contra las guarnecidas cabezas de los cristianos. Lo que más aumentaba la confusión era su deseo de sacar del campo de batalla a los muertos y heridos, costumbre general entre todos los pueblos del Anáhuac; pero que naturalmente les exponía a los mayores daños.

Ocho de los primeros jefes habían muerto, por lo que encontrándose Xicontecatl incapaz de emprender en campo raso un nuevo ataque contra los españoles, ordenó la retirada; ésta no se efectuó como es corriente entre bárbaros, en confusión y con el desorden que introduce un terror pánico, sino por el contrario, con todo el orden con que pudiera verificarla el ejército mejor disciplinado. Cortés había quedado tan satisfecho como el día precedente, con las ventajas ya obtenidas; así es que no se empeñó en perseguirlos. Una hora faltaba para que se pusiese el sol, y estaba por lo mismo impaciente por procurarse un campamento a propósito para que descansasen sus es-

tropeados soldados, y para pernoctar con seguridad (1).

Recogió sus heridos y se puso a caminar sin pérdida de tiempo, y antes de oscurecer llegó a un cerro llamado de Tzompatchtepetl, o cerro de Tzompatch. Estaba coronado por una especie de torre de un templo, cuyas ruinas aun se conservan (2). Su primer cuidado fué asistir a los heridos, tanto hombres como caballos; afortunadamente, en las chozas inmediatas encontraron abundancia de víveres; así es que los soldados, al menos los que no estaban incapacitados por sus heridas, celebraron la victoria de aquel día con fiestas y regocijos.

En cuanto el número de muertos y heridos que hubo por ambas partes, es materia de inciertas conjeturas. Muy considerable debe de haber sido la pérdida de los indios; pero la costumbre de sacarlos del campo de batalla, hace imposible calcularla exactamente. La pérdida de los españoles consistía principalmente en heridos, pues los indios de Anáhuac procuraban más bien que matar, coger prisioneros con que solemnizar sus triunfos y que sirviesen de víctimas en sus sacrificios; circunstancia a que no pocas veces debieron los cristianos la salvación de su persona. Si hubiésemos de creer a los conquistadores mismos, la pérdida fué de muy poca monta; pero nadie que haya consultado a los antiguos escritores españoles, en lo tocante a sus guerras con los infieles, tanto moros como americanos, tendrá gran confianza en sus datos numéricos (3).

(1) Oviedo, *Hist. Gen. de las Ind.*, lib. 33, caps. III-XLV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIII. Relación segunda de Cortes, en Lorenzana, pág. 51. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXIII. Gomara, *Crónica*, cap. XL.

(2) Viaje de Cortés en Lorenzana, pág. 11.

(3) Según Clavijero, ni un solo español murió, bien que muchos salieron heridos, en esta acción tan fatal para los infieles. Díaz, con-

Los sucesos de aquel día prestaban a Cortés asunto para serias y dolorosas reflexiones. En todas partes, desde que había llegado a las playas de América, había encontrado una denonada resistencia; en todas partes había tenido que combatir con tropas formidables por sus armas, por su valor y disciplina; lejos de que los tlaxcaltecas hubiesen obedecido a ese terror supersticioso que habían mostrado los demás indios, había abalanzádose osadamente sobre sus enemigos, y sucumbido únicamente a la superioridad de estos en la ciencia militar. ¡De cuanto momento no sería tener por aliados a aquellos hombres, en una campaña contra los de su misma raza, como por ejemplo los aztecas! Mas hasta allí, todas las propuestas de advenimiento habían sido desdeñosamente rechazadas, y parecía probable que a cada paso se encontraría nueva y terrible resistencia. El ejército, particularmente los indios, celebraba los triunfos de aquella jornada, con festejos y danzas, con cantos de exclamaciones de alegría y de triunfo. Cortés protegía todo, conociendo cuán importante era alentar el espíritu de sus soldados; mas, al fin, se acallaron la algazara y el bullicio del festín, y mientras el ejército dormía profundamente, acampado alrededor de la colina, el general velaba, agitado por un tropel de pensamientos.

fiesa un muerto. En la famosa batalla de las Navas de Tolosa, habida entre los moros y los españoles en 1212, quedaron en el campo de batalla 200.000 infieles, siendo iguales a los cristianos en la ciencia militar de aquellos tiempos, y en compensación de tan enorme pérdida, sólo perecieron 25 españoles. Véase la veraz carta de Alfonso IX, en Mariana, lib. 2.°, cap. XXIV. Las noticias oficiales de los cruzados cristianos tanto del Nuevo como del Viejo Mundo, merecen la misma fe que los Boletines *imperiales* de Francia, en nuestros tiempos.

CAPÍTULO XI

Victoria decisiva.—Senado indio.—Ataque nocturno.—Negociaciones con el enemigo.—Héroe tlaxcalteca.

(1519)

A los españoles se les había dejado descansar quietamente durante el día siguiente y recobrar las fuerzas perdidas en la fatiga y refriega de la víspera; en todo, no les faltó ocupación, pues se emplearon en componer y limpiar sus armas y en llenar de flechas los carcaxes de los indios, preparándose a nuevas peleas, por si la severa lección que habían dado la víspera a los enemigos no bastaba a desalentarles. Al segundo día, viendo Cortés que no volvían los primeros embajadores, resolvió mandar otros nuevos, proponiendo un armisticio y pidiendo que se le permitiese pasar en calidad de amigo a la capital de la República, y escogió para este mensaje a dos de los principales jefes cogidos prisioneros en la última batalla.

Entretanto, temeroso de dejar a sus tropas en semejante estado de inacción, que el enemigo interpretaría tal vez como resultado de miedo o de debilidad, se puso a la cabeza de la caballería y de todas las tropas ligeras que estaban más aptas para el servicio y emprendió una excursión a las cercanías del campamento. El país era monta-

ñoso, como formado por un ramal de la sierra de Tlaxcala; los hermosos valles y setos estaban cubiertos de plantíos de maíz y de maguey, y las alturas coronadas de ciudades y pueblos, algunos de ellos con 3.000 habitantes (1). En algunas partes sufrió fuertes resistencias, que vengó sobradamente, arrasándolo todo a hierro y fuego. Después de su provechosa expedición, regresó al real, trayendo provisión abundante de víveres y muchos centenares de indios cautivos. Luego que llegaron al campamento hizo que se les tratase afablemente, para darles a entender que los actos de violencia que habían tenido que cometer los españoles no eran hijos de su voluntad, sino de la hostil acogida que les habían hecho los otros indios. De esta suerte esperaba poder infundirles ideas de su poder por una parte, y por la otra, de sus amigables intenciones, siempre que ellos también le fuesen amigos.

Al llegar a sus reales encontró Cortés a los dos enviados, que ya estaban de vuelta del campamento tlaxcalteca; habían encontrado a Xicontecatl a cosa de dos leguas de distancia, donde estaba acampado con su poderoso ejército; les dió audiencia a la cabeza de él, mandando a los españoles la siguiente respuesta: «Que podían pasar, luego que les pareciese, a Tlaxcala, donde sus cuerpos serían despedazados para ofrecer su carne a los dioses; y que si preferían mejor quedarse en sus cuarteles, al día siguiente

(1) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 52.

Oviedo, que hizo gran uso de los manuscritos de Cortés, dice que 39. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. III.) Esta contradicción tal vez se podía explicar atendiendo a que el signo con que los españoles señalan un millar es muy parecido a un número 9. Pero Mártir, quien también compulsó los manuscritos del conquistador, confirma el número referido en el texto bien que juzgando *a priori*, sea el menos probable.

veríamos su respuesta.» (1) Los embajadores añadieron que el cacique traía un grande ejército, compuesto de cinco escuadrones de 10.000 hombres cada uno; era la flor de los guerreros otomíes y tlaxcaltecas, puestos sobre las armas por orden del Senado, que había resuelto arriesgar en una batalla decisiva toda la suerte de la República y exterminar de un solo golpe a los invasores de su territorio (2).

Aquel atrevido reto, sonó desagradablemente a los oídos de los españoles, que no se esperaban encontrar tan pertinaz resistencia. Pruebas tenían del valor e ímpetu de los enemigos, que hoy estaban en condiciones mucho más ventajosas, pues había multiplicado el número de los combatientes. El horroroso destino que se aguardaba a los vencidos daba a aquella guerra un aspecto tétrico y tremendo. «Temíamos la muerte», dice el valeroso Bernal Díaz, con su genial franqueza, «porque al fin éramos hombres». Casi no hubo uno en el ejército que no se confesase aquella noche con el Padre Olmedo, quien la pasó enteramente ocupado en administrar la absolución y las demás ceremonias solemnes de la Iglesia. Así armados con los santos sacramentos, quedaron los soldados esperando tranquilamente

(1) «Que fuésemos a su pueblo, adonde está su padre, que allá harían las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, e que para otro día de mañana veríamos su respuesta.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXIV.

(2) Más de un escritor español cuenta que el general tlaxcalteca envió a los hambrientos españoles abundante provisión de víveres; sería tal vez para que estuviesen con fuerzas para pelear. (Gomara, *Crónica*, cap. XLVI. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIII.) No me parece muy probable esta generosidad ultracaballerosa del bárbaro; y juzgo más creíble, atendida la noticia que da Cortés de lo productiva que le fué su excursión, que ésta sería la que abasteciese de las cosas necesarias.

la suerte que les hubiese de tocar peleando bajo la insignia de la Cruz (1).

Como la batalla era inevitable, Cortés resolvió ponerse en marcha y atacar al enemigo en su campamento; esto era dar una prueba de confianza, y servía al doble propósito de intimidar a los tlaxcaltecas y de alentar a los suyos, que acaso podían entibiarse un poco si permanecían inactivos en sus trincheras aguardando el asalto de los enemigos. El sol amaneció radiante al día siguiente, que fué 5 de septiembre de 1519, día memorable en la historia de las conquistas españolas. El general revisó a sus tropas y les dirigió, antes de marchar, algunas palabras para alentarles y advertirles de varias cosas; a la infantería le previno que usase más bien de la punta que del filo de la espada, y que procurase herir a los enemigos en el cuerpo; los caballos debían marchar a paso regularmente violento, y apuntar sus lanzas a los ojos de los indios; los arcabuceros, ballesteros y la artillería, debían auxiliarse recíprocamente, cargando unos sus armas mientras otros las descargaban, de manera que dirigiesen sobre el enemigo un fuego no interrumpido; y finalmente, todos debían conservar sus filas unidas y sin dejar claros, pues de allí dependía toda su salvación.

No habían andado ni un cuarto de legua, cuando avistaron al ejército enemigo. Sus gruesas filas se extendían y dilataban a lo largo de un prado o llanura de cosas de seis millas cuadradas; las apariencias no desmentían los informes recibidos acerca de su gran número (2). Nada más

(1) Relación segunda de Cortés en Lorenzana, pág. 52. Ixtlilxochitl. *Hist. Chich.*. M. S., cap. LXXXIII. Gomara, *Crónica*, capítulos XLVI-XLVII. Oviedo, *Hist. General de las Ind.*. M. S., lib. 33, capítulo III. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXIV.

(2) Al través de sus lentes de aumento, contó Cortés hasía 150.000

pintoresco que el aspecto de estos ejércitos de indios. El cuerpo de los soldados rasos están vistosamente pintados; los extraños yelmos de los jefes, están cubiertos de oro y piedras preciosas que relucen, lo mismo que las armaduras de rico y variado plumaje (1). Innumerables lanzas y dardos de *itztli* o de cobre bruto, centellean a la luz del sol naciente, a manera de esas luces fosfóricas que cintilan en un mar agitado; mientras que la retaguardia de las huestes enemigas está oscurecida por la sombra de las banderas en que están blasonadas las armas de los grandes guerreros

(loc. citato); número que han adoptado los escritores subsecuentes.

(1) «Nuestras tiernas y mórbidas doncellas
No se ostentan más bellas y galanas,
Cuando de Mayo las tempranas rosas
A recoger, festivas se levantan,
Como el duro guerrero tlaxcalteca
Cuando al fiero combate se prepara.
A los rayos del son, cual de oro tersas
La cimera relucen y la adarga;
Rico penacho de ondeantes plumas
Rodean el casco, y la vistosa malla
De variado plumaje, el pecho cubre.
Ni de la siempreviva la escarlata,
Ni del lozano abril el verde césped,
Ni las piedras preciosas, ni las alas
De rica y matizada mariposa,
Ni el pétalo suave de temprana
Y fresca rosa, a competir se atreven
Con los matices y ostentosas galas
De la rica y espléndida armadura.
Entre confusa y bélica algazara,
Y al ronco son de rudos instrumentos,
El guerrero se arroja a la batalla;
Mientras nosotros, la rodilla en tierra,
Elevamos al cielo una plegaria.»

Madoc, parte I, canto 7.º

otomíes y tlaxcaltecas (1); entre todas ellas se distinguía un estandarte blanco que tenía por divisa una garza sobre una roca, y era el de la casa de Xicotencatl; descollando majestuoso aún sobre éste, el de la águila dorada y con las alas abiertas, ricamente adornado de plata y esmeraldas, semejante al *signum* romano, y que era el grande estandarte de la república de Tlaxcalan (2).

Los soldados rasos no usaban vestido alguno, excepto una correa en la cintura; pero el resto del cuerpo estaba pintado con los colores propios del capitán a cuya compañía pertenecían; las mallas de pluma de los principales jefes también eran de determinado color, que designaba esto mismo; del mismo modo que cada tartán indicaba la tribu peculiar de cada montañés (3). Los caciques y guerreros principales vestían una túnica de algodón de dos pulgadas

(1) Los estandartes de los mexicanos iban a la vanguardia, los de los tlaxcaltecas a retaguardia del ejército. (Clavijero, *Stor. del Mess.* tomo II, pág. 145.) Según dice el Conquistador anónimo, el asta bandera estaba de tal modo atada al cuerpo del abanderado, que era imposible que pudiera abandonarla o quitársela. *Rel d'un gentil'huomo*, op. Ramus., t. III, fol. 304.

(2) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan,* M. S. Herrera, *Hist. General de las Ind.*, dec. 2, lib. 6.°, cap. VI. Gomara, cap. XLVI. Bernal Díaz, capítulo LXIV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLV.

Los dos escritores citados dicen que un pájaro blanco, a maneia de avestruz, era la de la República. Evidentemente la han confundido con la del general. Camargo, que trae los escudos de armas de las cuatro familias de Tlaxcalan, dice que la bandera con una garza blanca era la pe Xicotencatl.

(3) Las noticias del historiador tlaxcalteca las confirman el Conquistador anónimo y Bernal Díaz, ambos testigos de vista; no obstante que este último confiesa sinceramente, que a no haber visto por sus propios ojos que había caballeros y divisas entre aquellos bárbaros, jamás lo habría creído *Hist de la Conq.*, cap. LXIV, et alibi. Camargo, *Hist. de Traxcalan*, M. S., Relac. d'un gent. en Ramus., vol. III, fol. 305.

de grueso, y que les cubría no sólo el cuerpo, sino también parte de los muslos y de los hombros; sobre esta túnica usaban los guerreros ricos, láminas delgadas de oro y plata; las piernas estaban destendidas por botas o sandalias de cuero, bordadas de oro; pero la pieza más rica del vestido era una capa de plumaje curiosamente bordada, y algo parecida al surtú que usaban sobre la armadura los caballeros europeos de la Edad Media; completaba este gracioso vestido un casco de madera o de cuero que representaba de ordinario la cabeza de algún animal feroz, y que por lo común dejaba ver una larga fila de dientes: este casco defendía la cabeza del guerrero, y le daba un aspecto grotesco y horroroso (1). De la cimera pendía un penacho de esplendentes plumas, que indicaba con su forma y color el rango y familia del que lo llevaba. Para completar sus armas defensivas llevaban escudos, algunas veces de madera forrada de cuero, y las más de un armazón de cañas cubierta de una colcha de algodón, lo cual se prefiere a lo otro por ser más portátil y menos expuesto a quebrarse. También usaban otros escudos en que el algodón estaba cubierto de una sustancia elástica que permitía doblarlos como un abanico o quitasol. Todos estos escudos estaban adornados según el gusto de su dueño y sus proporciones, y estaban guarnecidos con un bello penacho de plumas.

Sus armas consistían en hondas, flechas, arcos, javelinas y dardos. Eran arqueros acabados, capaces de disparar dos o tres flechas a un tiempo; pero principalmente sobresalían

(1) «Portano in testa per difesa una cosa como teste di serpenti, o di tigri, o di lioni o di lupi che a les maschelle, et a la testa del huomo messa nella testa di questo, como se lo volese devorare: sono di legno et sopra vi e la penna et di piastra d'oro et di piastre preciose copte, eche e cosa maraviglioiosa da vedere.» Conquistador anónimo *ubi. supra.*

en el manejo de la javelina, y mayormente de una especie de esta, que tenían un cordón que servían para llamar el arma después de haberla arrojado y que era la más temida por los españoles. Todas estas armas remataban en una punta de hueso o de *itztli* (obsediana), la durísima y vidriosa sustancia de que ya hemos hablado, y que era capaz de adquirir el filo de una navaja, aunque se embotaban fácilmente. Sus lanzas y saetas remataban a veces en una punta de cobre: en vez de espadas usaban de una masa que movían a dos manos, la cual tenía atravesada de distancia en distancia, cortantes navajas de itztli: era de tres pies y medio de largo, y tan formidable que, según nos asegura un testigo de vista, de un solo golpe mataba a un caballo (1).

Tales eran los arneses guerreros tlaxcaltecas, y aun generalmente hablando de todas las naciones que ocupaban las mesas centrales de Anáhuac: algunos de ellos con los escudos y las mallas de algodón, eran tan excelentes, que los españoles los adoptaron luego, pues al mismo tiempo que ofrecían mucha defensa, eran menos pesados y más manejables que los suyos. Eran suficientemente fuertes para rechazar una flecha o el golpe de una javelina, bien que incapaces de resistir a las armas de fuego; pero también, ¿qué arma no lo es? No obstante esto, no sería una exageración decir que en utilidad, fuerza y gracia, no les aventajaban las de las naciones más cultas de la antigüedad (2).

(1) «Yo vidi che combattendosi un dí, diede un indiano una cortellata a un caballo sopra il qual era un caballiero con chi combatteva, nell petto, che glelo a perse fin alle interiora, et cadde incontanenti mortu, et il medessino giorno viddi che un altro indiano diede un altra cortellata a un altro caballo su il collo che se lo gettó morto a i piedi.» *Ubi. supra.*

(2) Noticias en particular acerca del vestido militar y del arreglo

Tan luego como se avistaron los españoles, comenzaron a desafiarlos sus enemigos, haciendo gran estrépito con sus instrumentos músicos, que consistían en atavales, trompetas y caracoles, y con los cuales proclamaban de antemano su victoria sabre el puñado de los conquistadores. En cuanto estuvieron estos a tiro de saeta, descargaron sobre ellos tan gran multitud de ellas, que se obscureció el sol por un momento, como si pasase una nube, arrojando no menos cantidad de piedras (1). Los españoles avanzaron lenta y cautamente por entre aquella descarga, hasta situarse a tal distancia del enemigo, que pudiesen causarle daño las armas de fuego: hicieron alto entonces y comenzaron a hacer un fuego certero todos simultáneamente. Cada bala se abría un camino de muerte, y eran tantos los indios que caían, que no les era posible, a los que venían detrás, recoger los muertos y sacarlos del campo de batalla, conforme lo tenían de costumbre: las balas, al abrir un claro por entre las gruesas filas, se llevaban por delante los fragmentos de las rotas armas, y los miembros mutilados, esparciendo en su tránsito el terror y la desolación. La caterva de bárbaros quedó estuperfacta por algún tiempo; mas por último, impelida por la desesperación, arrojaron todos a un tiempo sus espantosos aullidos de guerra y cargaron con violentísimo ímpetu sobre los cristianos. Parecían un huracán o un enorme témpano de hielo, que

de las tribus que ocupaban la mesa de Anáhuac, pueden verse en Camargo, *Hsit. de Traxcalan*, M. S. Clavijero, *Stor. det Mess.*, tom. II, pág. 101 y siguientes. Acosta, lib. VI, cap. XXVI. *Relac. d'un gent. huom*, en Ramussio, tomo III, fol. 305, et auct. al.

(1) «¡Qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parvas de varas todas de a dos gajos, que pasan cualquiera arma, y las entrañas donde no hay defensa.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXV.

precipitándose de la encumbrada montaña, conmueve la tierra y arrasa todos los obstáculos que se oponen a su curso. El puñado de españoles, resistió con frente serena al empuje de aquella masa que trataba de agobiarlos; mas no había fuerza bastante a resistirla; por lo que comenzaron a vacilar, retrocedieron empujados por sus adversarios, y quedaron dispersas y desordenadas sus filas. En vano les exhortaba su general a que se reuniesen; el estrépito de las armas y los horribles chillidos de los indios apagaban su voz; parecía que todo estaba ya perdido y que había llegado la hora fatal para los cristianos.

Mas cada uno tenía en su pecho una voz más fuerte que la de su general; la desesperación armaba su brazo de sobrehumana energía; el desnudo cuerpo del indio no ofrecía resistencia al acero de Toledo; por manera que al fin consiguió la infantería detener con sus espadas a la multitud de enemigos; la artillería gruesa batió desde lejos el flanco del ejército indio, que envuelto en aquella tempestad de balas, se puso en desorden; y la caballería cargó esforzadamente capitaneada por Cortés y vino a completar la victoria, pues los enemigos huyeron con mayor desorden y precipitación que al atacar.

Más de una vez intentaron los tlaxcaltecas renovar su ataque; pero cada vez era con menor ímpetu y mayor pérdida; eran demasiado ignorantes en el arte de la guerra, para que la inmensidad de su número supliese aquella falta. Verdad es que estaban distribuídos en compañías, cada una con su jefe respectivo; pero no estaban dispuestos en filas, y se movían formando una masa confusa y revolviéndose y atropellándose ellos solos. No sabían concentrar sus fuerzas en un punto dado, ni aún sostener un ataque empleando destacamentos sucesivos que se ayudasen y protegiesen entre sí; sólo una pequeña parte de sus tropas

podía ponerse en contacto con el enemigo, aunque este fuera muy inferior en número; y el resto del ejército quedaba a retaguardia ocioso e inutilizado, o sirviendo cuando más de empujar a los de adelante y de embarazar sus movimientos, aunque no fuese más que con el peso mismo de su gran número; a la menor alarma eran sobrecogidos de un terror pánico y ponían al ejército entero en la más enmarañada confusión. Era, en suma, el combate de los antiguos griegos contra los persas.

Con todo y esto, la gran superioridad numérica de los indios hubiera bastado para acabar, aunque fuese a gran costa, con la constancia de los españoles extenuados por sus heridas e incesantes fatigas, a no ser porque se originaron disensiones entre aquellos. Un capitán tlaxcalteca, agraviado de que Xicotencalt le había acusado ásperamente de haberse conducido con cobardía en la última batalla, desafió a su rival a singular combate, que al fin no tuvo verificativo; pero ardiendo en resentimiento, escogió aquel momento para satisfacerlo, sacando del campo a sus tropas que subían a 10.000 hombres, y persuadiendo a otros capitanes a que imitasen su ejemplo.

Reducido a la mitad de sus fuerzas, y muy abatido por las ocurrencias de aquel día, conoció Xicotencatl que no le era posible disputar el campo por más tiempo a los españoles; así es que, después de defenderlo con admirable valor por más de cuatro horas, se retiró y se los abandonó. Estaban estos demasiado cansados, y muchos de ellos no sólo esto, sino imposibilitados por sus heridas para perseguir al enemigo, por lo que satisfechos con el triunfo que habían alcanzado, se volvieron a sus reales en el cerro de Tzompach.

El número de españoles muertos era pequeñísimo, no obstante el gran daño que habían causado a sus enemigos.

Los pocos que hubo, fueron enterrados con el mayor sigilo, no sólo para ocultar la pérdida, mas también para que no se descubriese que los blancos eran mortales (1). Pero muchos de ellos y todos sus caballos, estaban heridos; agravando mucho la angustiada situación de los españoles, la falta de algunos artículos de la mayor importancia, como de aceite y de sal, artículo que, como lo hemos dicho, no había en Tlaxcalan; sus vestidos, acomodados a un clima templado, no bastaban para abrigarles del inclemente aire de los montes; y como dice con sarcasmo Bernal Díaz, las ballestas ofrecían muy poco abrigo contra la intemperie (2).

Sin embargo, aquella jornada les proporcionaba harto con que consolarse, pues les debía inspirar confianza plena de que eran superiores a sus enemigos. No es esto decir que debieran despreciarles; que en combate singular y con armas iguales bien podían habérselas con los españoles (3);

(1) Así dice Bernal Díaz, quien al mismo tiempo por los epítetos *los muertos, los cuerpos*, confiesa de plano la contradicción en que incurre con respecto a que no hubo más que un solo muerto en toda la refriega. (Cap. LXV) Cortés no tiene la gracia de confesar ni siquiera este único.

(2) Oviedo, lib. 33, cap. IV. Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, página 52. Herrera, *Historia General*, dec. 2, lib. 6.º, cap. VI Ixtlilxochitl, *Hist. de Chich.*, M. S., cap. LXXXIII. Gomara, cap. XLVI. Torquemada, *Monarquía India*, lib. 4.º, cap. XXXII. Bernal Díaz, capítulos LXV-LXVI.

Los ardientes y caballerosos sentimientos que animan la narración de este último historiador, le hacen mejor pintor que muchos de sus correctos y clásicos rivales; y aunque en sus escritos hay mucho de ese tono jactancioso, de quien puede decirse *quorum pars magna fui*, bien puede perdonarse esto al héroe de más de cien batallas, señaladas por casi otras tantas heridas.

(3) El conquistador anónimo da concluyente testimonio de haber visto entre los indios algunos tan valientes, que él vió casos de que

pero los acontecimientos de ese día habían probado la superioridad de la ciencia y la disciplina sobre el valor y el número; sucedía lo que en las antiguas batallas entre los europeos y los asiáticos; bien que podemos recordar que en punto aarmas, no llevaban los griegos que vencieron a Xerxes y Darío, las mismas ventajas que tenían los españoles sobre los indios. El uso de las armas de fuego les daba una superioridad tan enorme, que no es fácil estimarla; pero que seguramente es tal, que si hoy se repitiese un combate entre dos naciones iguales bajo todos respectos y sin otra diferencia que la de usar la una, y la otra no, las armas de fuego, el éxito sería fácil de predecirse en favor de la primera. Allégase a esto el efecto producido por la caballería; las naciones de Anáhuac no domesticaban animales grandes, y desconocían completamente el uso de las bestias de carga. Su imaginación quedaba embargada al ver la rara figura que hacían caballo y jinete moviéndose unísonos y a un solo impulso, como si ambos estuviesen animados de un mismo espíritu; y nada tiene, por lo tanto, de extraño, que al ver el terrible animal cuyo cuello estaba envuelto en el trueno y rompía sus escuadrones y los hollaba en el polvo, hayan experimentado la misteriosa pavura que inspiraba la aparición de un ser sobrenatural. La más leve reflexión acerca de la superioridad tanto física como moral de los españoles, basta para explicar el éxito constantemente adverso a los indios, sin que este redunde en mengua ni menoscabo de su valor y capacidad (1).

uno sólo se defendiese contra dos, tres y aun cuatro españoles. *Sono fra loro, de velentissimi huomini et che ossado morir ostinatissimamente. Et io ho vedutto ud d'essi difendersi valentemente da duoi cavalli leggieri et un altro da tre et quatro.* Relac. *d'un gent. huom,* en Ramusio, t. III, fol. 305.

(1) El espanto que produjo el aspecto de la caballería entre los in-

Cortés juzgó que el importante revés que habían padecido los indios, era una circunstancia favorable para mandarles otra nueva embajada semejante a la que habían ellos últimamente enviado a los españoles, pero el Senado no estaba todavía suficientemente abatido. Maxixcatzin, uno de los cuatro gobernadores de la república, reiteraba con gran fuerza los argumentos que antes había hecho para que se abrazase la alianza con los extranjeros; los ejércitos de la república habían sido vencidos demasiadas veces para poder ya esperar una resistencia fructuosa, y la generosa conducta que había seguido el conquistador con los prisioneros, conducta tan diversa de la que se acostumbraba en Anáhuac, era otro nuevo argumento que alegaba en favor de la alianza con aquellos hombres que se mostraban no menos generosos como amigos, que formidables como enemigos. Mas estas razones eran contrariadas por la animosidad de los del partido de la guerra, cuyas últimas derrotas parecía que más bien le habían irritado que abatido. Sus disposiciones hostiles eran fomentadas por el joven Xicotecantl, que anhelaba impaciente por una ocasión en que poder vengar su desgracia y lavar la mancha que por primera vez había caído sobre las armas de la república.

En medio de aquella vacilación, acudieron a la ayuda de los sacerdotes, cuya autoridad era frecuentemente interpelada en semejantes ocasiones, por los guerreros de América. Lo que le preguntaron primeramente a aquellos oráculos fué si los extranjeros eran también hombres de carne y hueso como ellos, o si eran seres sobrenaturales. Cuéntase que los sátrapas, después de algunas discusiones, respondieron que no eran precisamente dioses, pero sí hijos del

dios, es semejante al que nos cuenta Plutarco que produjeron los caballos de Pirro entre las legiones romanas.

sol; que su principal fuerza la recibían de este astro, por lo que luego que se extinguía su luz, quedaban aquellos débiles y sin fuerza; por lo tanto, recomendan un ataque por la noche, por ser el tiempo más favorable. Tal respuesta, en apariencia pueril, tenía más de astuta que de crédula. No sería extraño que la hubiese dictado Xicotencatl mismo o los caciques, con el objeto de predisponer favorablemente al pueblo hacia una medida que repugnaba a los usos militares y aun pudiera decirse que al derecho público de Anáhuac. Pero ya fuese hija de la superstición o del ardid, se puso en obra aquel consejo, facultando al general tlaxcalteca para emprender un ataque nocturno a la cabeza de diez mil guerreros.

La cosa se hizo con tanto sigilo, que no llegó a oídos de los españoles; más el general de estos no era hombre que se dejaba sorprender ni dormido ni despierto. Afortunadamente la noche que escogieron para atacarlos, estaba alumbrada por una hermosa luna llena, brillante como lo es en los meses del otoño. Habiendo apercibido uno de los centinelas que se movía un considerable cuerpo de indios hacia el campo de los cristianos, les dió inmediatamente el grito de alarma.

Los españoles dormían, como lo hemos dicho, con las armas a su lado; y los caballos atados junto a ellos, tenían el freno pendiente del arzón, de manera que podía ensillárseles al punto. En cinco minutos el campamento entero estaba sobre las armas. A poco comenzaron a ver las gruesas columnas de indios que se adelantaban lenta y cautamente, sin levantar la cabeza sobre las cañas de maíz de que estaba sembrado el valle. Cortés determinó no esperar el asalto en su campamento, sino precipitarse sobre los indios tan pronto como hubiesen llegado al pie del cerro.

Continuaban estos caminando despacio y con precau-

ción, mientras los españoles permanecían tan silenciosos, que parecían dormidos; pero no bien habían llegado aquellos al pie de la falda del cerro, cuando les atronó el imponente grito de guerra de los cristianos, al que siguió la instantánea aparición de todo el ejército, que salió de súbito de sus reales, y se precipitó por la falda de la colina. A la perturbada imaginación de los tlaxcaltecas, aparecieron cuando les vieron blandir sus armas, como otros tantos demonios o espectros que vagaban en el aire, y más, que la incierta luz de la luna aumentaba su número y exageraba las dimensiones del cabalgador y del corcel de un modo gigantesco.

Sin aguardar la carga de los enemigos, apenas dispararon los indios una ligera descarga de flechas, cuando echaron a huír, poseídos de terror pánico; pero muy pronto les dió alcance la caballería, que atropellando a los fugitivos hizo en ellos horrible matanza, hasta que cansado Cortés, reunió otra vez a sus tropas después de dejar cubierto el campo con los sangrientos despojos de la victoria (1).

Al día siguiente, según lo acostumbraba hacer después de dar un golpe, envió el comandante español una nueva embajada a la capital de Tlaxcalan, dando sus instrucciones a lcs embajadores por medio de la intérprete Marina, de esta extraordinaria mujer que con tan rara constancia y sufrimiento había participado de los riesgos y fatigas de los españoles, y que lejos de manifestar la debilidad y flaqueza de su sexo, se había mostrado varonil y esforzada y había trabajado por fortificar el decaído ánimo de los sol-

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, págs. 53-54. Oviedo, *Hist. General de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. III. P. Mártir, de *Orbe Novo*, Dec. 2, cap. II. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.°, cap. XXXII. Herrera, *Hist. General*, Dec. 2, lib. 6.°, cap. VIII. Bernal Díaz, op. cit., capítulo LXVI.

dados, no perdiendo ninguna coyuntura de endulzar y mejorar la dura suerte de sus compatriotas indios (1).

Mediante este fiel intérprete, dió sus instrucciones a los embajadores tlaxcaltecas; les hizo las mismas ofertas de amistad que anteriormente, y ofreció el completo olvido de lo pasado; pero les previno que si ahora las rehusaban, entraría como conquistador en la capital de la República, la arrasaría hasta los cimientos, y pondría a todos sus habitantes al filo de su acero; en seguida los despidió, poniéndoles los simbólicos regalos de una carta en una mano, y una saeta en la otra.

Los enviados alcanzaron del Senado que les diese respetuosa audiencia. Encontráronle a todo él profundamente abatido por los últimos reveses; el malogro del ataque nocturno había extinguido de sus pechos hasta la última chispa de esperanza; sus ejércitos habían sido vencidos una y otra vez, tanto en campo raso como en emboscadas; el ardid y la fuerza, todo había sido igualmente inútil con aquel enemigo, cuya mano nunca se cansaba, y cuyos párpados no se cerraban jamás; nada quedaba ya, pues, más que rendírsele. Escogieron a cuatro caciques y les encargaron de un mensaje al campo de los cristianos, a quienes debían ofrecer a nombre de la República el paso que solicitaban por su territorio, y un amistoso recibimiento en su capital, decirles que sus proposiciones de amistad eran acogidas cordialmente, y pedirle atentas excusas por lo pasado; debían igualmente tocar en el campo tlaxcalteca, informar a

(1) «Digamos como D^{a}. Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muje.r Bernal Díaz, cap. LXVI.

Xicotencatl de la comisión que llevaban, y prevenirle que se abstuviese de repetir sus hostilidades contra los blancos, y que por el contrario, les proveyese ampliamente de víveres.

Mas los enviados tlaxcaltecas no encontraron a este jefe de humor de cumplir las instrucciones que le llevaban. Sus repetidos encuentros con los españoles o tal vez el temple natural de su alma, le hacían no tenerles el mismo terror que el vulgo de sus compatriotas; él veía a los invasores, no como a seres sobrenaturales, sino como a hombres enteramente semejantes a él. Las humillaciones que le habían hecho sufrir habían inflamado el odio y el implacable rencor del guerrero, cuya cabeza estaba llena de mil proyectos para recobrar su mancillado honor y vengarse de los invasores de su patria. Se rehusó, pues, a inutilizar ninguna parte de la fuerza todavía formidable que le obedecía y a mandar ningunos víveres a los blancos, y bien lejos de esto, indujo a los embajadores a que se quedasen con él y a que no fuesen a visitar a los españoles; con lo que estos quedaron ignorantes de lo que en favor suyo se había dispuesto en la capital de la República (1).

La conducta de Xicotencatl, es calificada por los escritores españoles, de bárbara y feroz. Es muy natural que ellos la juzgen de esta suerte; pero los que están exentos de toda preocupación nacional, deben verla de una manera muy diversa. Mucho hay que admirar en aquella alma elevada e indómita que como una magnífica columna se levantaba sola llena de majestad y grandeza sobre los fragmentos y las ruinas que la circuían por todas partes. Él dió muestras de perspicacia y sagacidad, puesto que rom-

(1) Ibid. cap. LXVI. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* S. M., cap. LXXXIII.

piendo el trasparente velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles y penetrando el porvenir, entrevió las miserias en que iba a ser envuelta su patria, y desplegó el noble patriotismo de quien intenta salvarla a cualquier precio, y en medio del abatimiento universal procura infundir en toda la nación el intrépido valor que a él le anima y alentarla a un último esfuerzo por conservar la independencia.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Descontento del ejército.—Espías traxcaltecas.—Paz con la república.—Embajada de Moteuczoma.

(1519)

Deseoso Cortés de esparcir el terror del nombre castellano persiguiendo sin cesar al enemigo, al día siguiente de haber enviado a la embajada a Traxcaclan, se puso a la cabeza de unos pocos de caballería, para recorrer los países inmediatos. Estaba a la sazón enfermo de calentura (1), y tanto ésta como una purga que había tomado, apenas le dejaban fuerzas para tenerse en la silla. Era fragoso el país y corrían de las heladas cumbres de las montañas, vientos tan penetrantes que traspasaban el ligero vestido de las tropas y crugían a caballos y ginetes: cuatro o cinco de los

(1) El efecto de la purga, no obstante que había sido tomada en dosis excesiva según dice el mismo Bernal Díaz, se suspendió durante aquella expedición; lo cual no tiene Gomara por milagro, aunque sí el P. Sandoval. *(Hist. de Carlos V.* tomo I, pág. 127.) Solís después de un escrupulosísimo examen de esta ardua materia, decide la cuestión (cosa que parecerá extraña) ¡contra el Padre Sandoval! *Conquista*, lib. II, cap. XX.

primeros se enfermaron, y el general, temiendo no fuesen a perecer, los mandó otra vez al real. Los soldados, desalentados por aquel mal agüero, quisieron disuadir al general de que prosiguiese; pero éste les respondió: «que peleaban bajo la bandera de la cruz, y que Dios es más fuerte que la naturaleza» (1); con lo que continuaron su marcha.

Llegaron a países en que se ofrecían los variados objetos que otras veces: áridas colinas y cultivadas llanuras, cubiertas en abundancia de lugarejos y ciudades, algunas de ellas situadas en la frontera ocupadas por los otomíes. Siguiendo la máxima romana, perdonaban a los enemigos que se sometían sumisamente, y por el contrario, ejercían completa venganza contra los que les oponían resistencia, y siendo éstos muchos, dejaron señalado el camino por el incendio y la devastación. Después de una corta ausencia, regresaron a su campamento, cargados del botín de su provechosa expedición. Habría sido más honroso para Cortés, no haberse conducido con tanto rigor; pero Bernal Díaz imputa aquellos excesos a los indios aliados, a quienes era imposible contenerse en medio de la embriaguez de victoria (2). Que se imputasen a quien quiera que fuese, poco cuidado daba el general, quien en una de sus cartas al emperador Carlos V, confiesa que como peleaba bajo la señal de la cruz (3), por la verdadera fe y en honra y servicios de Sus Altezas, el cielo coronaba eon el triunfo sus

(1) «Dios es sobre natura». Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 54.

(2) *Hist. de la Conquista*, cap. LXIV.—No así Cortés, quien confiesa descaramente «que quemó diez pueblos» (Ibid, pág. 52.) Su reverendo comentador, especifica las ciudaes indias destruídas en aquellas expediciones. (Viajes, págs. IX-XI.)

(3) La famosa bandera del Conquistador, con una cruz por divisa, todavía se conserva en México.

batallas, en las que morían multitud de infelices, y muy poco padecían los cristianos (1).

Los conquistadores cristianos, si hubiéramos de juzgar por sus escritos, no obraban por ningún motivo mundano, sino que peleaban como soldados de la Iglesia defendiendo la santa causa del cristianismo; mas lo raro no es eso, sino que del mismo modo piadoso lo juzguen casi todos los escritores naciqnales de tiempos posteriores (2).

A su regreso al campamento, encontró Cortés nuevos motivos de disturbio y descontento entre los soldados. Su paciencia se había agotado por los rigores y fatigas a que se habían visto sujetos y cuyo término no alcanzaban a ver. Las batallas que habían ganado contra tan tremendos enemigos, no habían mejorado su condición ni un ápice: «veían como cosa de risa»; según dice el soldado viejo tantas veces citado, «su llegada a México» (3), y la perspectiva de una guerra interminable con el pueblo feroz entre el cual estaban arrojados, les infundía profundo terror y desaliento.

Entre los descontetos había algunas de esas personas vanas y frívolas de las que se encuentran en todo campamento y que como ligeras brújulas salen a la superficie y se hacen visibles a la menor revuelta. En su mayor parte eran del antiguo bando de Velázquez y tenían posesiones

(1) «E como traíamos la bandera de la Cruz é empuñábamos por nuestra fé y por servicio de vuestra Sacra Magestad, en su muy real ventura nos dió tanta victoria, que les matamos mucha gente sin que los nuestros recibiesen daño alguno.» Ibidem, *ubi. supra.*

(2) «Y fué cosa notable, exclama Herrera, con cuánta devoción y humildad volvían todos alabando a Dios que tan milagrosas victorias les daba; de donde se conocía claro que los favorecía con su divina asistencia.»

(3) «Porque entrar a México, teníamoslo por cosa de risa a causa de sus grandes fuerzas,» cap. LXVI.

en Cuba, sobre la cual arrojaban una mirada más y más triste conforme iban alejándose de ella. Aguardaban al general, no para hacerle un motín, pues todavía se acordaban de la dura lección que les había dado en Villa Rica, sino para rogarle como a su hermano y compañero de aventuras (1). Este tono de familiaridad sentaba perfectamente al espíritu de igualdad con que se veían recíprocamente unos a otros todos los que habían tomado parte en aquella empresa.

Dijéronle que sus padecimientos no eran para ser soportados por más tiempo; que todos habían recibido una herida, y la mayor parte, dos o tres; que desde que habían salido de Veracruz habían perecido, ya de ésta, ya de otra manera, más de cincuenta; que si una bestia de carga tenía una vida más fatigosa que la suya, pues siquiera la primera, cuando llegaba la noche se entregaba al descanso, pero ellos combatían y velaban de día y de noche; que en cuanto a conquistar México, era locura sólo pensarlo, porque si la republiquilla de Tlaxcala les había hecho tanta resistencia, ¿qué no sería de temer del gran imperio de México? Que ya que había una tregua de paz querían aprovecharla volviéndose a Veracruz, bien que la flota había sido echada a pique, por cuyo acto de audacia sin ejemplo, ni aun en los anales de Roma, el general era responsable de la suerte del ejército entero; finalmente, que aún quedaba un buque, que se podía enviar a Cuba a pedir

(1) Bernal Díaz rechaza con indignación el cargo de que aquello fuese un motín, como Gomara lo califica. «Las palabras que le decían eran por vía de aconsejarle, y porque les parecía que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente, y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen a su capitán, y más si se ven tan trabajados como nosotros andábamos.» Ibid, cap. LXXI.

refuerzo, y que luego que éste llegase quizá se pondrían en actitud de emprender nuevas operaciones militares con alguna esperanza de buen éxito.

Cortés les escuchó sin que se mostrase en su semblante la menor turbación, y en vez de contestarles agriamente, o de desechar sus súplicas, les replicó en el mismo tono de familiaridad soldadesca que ellos habían afectado: Díjoles que había gran fondo de verdad en lo que acababan de decirle; que los trabajos de los españoles eran grandes, mayores que los de ningún héroe griego o romano, pero que tanto mayor sería también la gloria que les cupiese; que muy a menudo se había llenado de admiración al ver a aquel puñado, circundado de millares de bárbaros, y que conocía que sólo los españoles eran capaces de triunfar de tan formidables enemigos, sin que pudiese menos de creer que les ayudaba el brazo del Altísimo; que, ¿cómo podían desconfiar de seguir contando con su auxilio cuando por su causa combatían? Que, ciertamente, había sido trabajosa su vida, pero que tampoco debían aguardársela de ociosidad y pasatiempo, pues ya en otro tiempo les había dicho que la gloria sólo era recompensa de la fatiga y el peligro, en el que le harían la justicia de confesar que había tenido su parte (que era muy verdad, añade el historiador que oyó y refiere este diálogo). Continuó diciéndoles: Si bien hemos encontrado riesgos, siempre hemos salido victoriosos; aun en este momento, la abundancia que hay en nuestros reales es debida a nuestros tiunfos; en breve veremos a los tlaxcaltecas implorando humildemente nuestras paces; demás que es imposible retroceder, porque hasta las piedras se alzarían contra nosotros y los triunfantes tlaxcaltecas nos arrojarían hasta las orillas de las aguas. ¿Cómo reirían los mexicanos al ver en qué vinieron a parar nuestros fueros y vanaglorias?

Nuestros primeros amigos se tornarán en enemigos nuestros, y los totonecas, para desarmar la venganza de los aztecas, de quienes ya no podemos defenderles, se unirán al alzamiento general. No nos queda otra esperanza sino continuar nuestra marcha; yo os ruego que acalléis vuestros nimios temores, y que en vez de fijar vuestras miradas en Cuba, las fijéis en México, ese grande objeto de nuestra empresa.

Mientras pasaba esta conversación fueron llegando algunos otros soldados y circundando al general; los primeros, alentados por la presencia de sus camaradas y por la condescendencia del general, replicaron que estaban muy ajenos de haberse convencido; que otra victoria como la última, sería su completa ruina, y que ir a México, sería ir al matadero. Por último, agotada la paciencia del general, cortó la disputa recitando un verso de un antiguo romance que dice: «Vale más morir con honor que vivir deshonrado»; excitando de esta suerte un sentimiento del cual participaba la mayor parte del auditorio, el que, no obstante aquellas pasajeras murmuraciones, no pensaba en abandonar la comenzada empresa, ni mucho menos a su caudillo, a quien amaban apasionadamente. Los malcontentos, desconcertados por aquella repulsa, se retiraron a sus tiendas maldiciendo entre dientes y en voz baja al capitán que les había llevado allá, a los indios que le habían conducido y a los españoles que le toleraban (1).

¡Cuán grandes fueron los tropiezos que encontró Cortés en su camino! ¡Un enemigo astuto y feroz; un clima extra-

(1) Esta conferencia la refieren de diversa manera casi todos los historiadores. Véanse: Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 55. Oviedo, *Hist. gen. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. III. Gomara, *Crónica*, caps. LI-LII. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich*, M. S., capítulo LXXX. Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 6.°, cap. IX. Pedro Már-

ño y a veces mortífero; enfermedades personales, agravadas por la ansiedad en que le tenía la manera con que el soberano recibiría su conducta; y, finalmente, y no es esto lo de menos, disgustos y desaliento entre sus soldados, cuya unión y constancia debían de servir como de punto de apoyo a la gran palanca con que intentaba subvertir el trono de Moteuczoma!

En la mañana del siguiente día quedaron sorprendidos los españoles al ver a unos cuantos tlaxcaltecas que se dirigían a los reales, y cuyas divisas blancas denotaban su misión de paz. Traían algunos víveres y algunos adornos de oro, que enviaba el general tlaxcalteca, quien cansado ya de la guerra, requería ahora de amistad a los españoles, a cuya presencia debía venir dentro de poco tiempo; lo que causó entre estos gran regocijo, recibiendo a los emisarios con las más amistosas enhorabuenas.

Pasaron así uno o dos días, en los cuales se ausentaron algunos indios del campamento cristiano, quedando en él cosa de cincuenta, los que comenzaron a despertar la desconfianza de Doña Marina. Al punto comunicó sus sospechas de que fuesen espías, a Cortés, el cual mandó que aprehendiesen a muchos de ellos y les tomasen declaración separadamente; de lo que resultó que eran, efectivamente, enviados por Xicotencalt para informarle del estado que guardaban los reales de los cristianos, pues se disponía a dar un asalto, para el cual iba a reunir todas sus tropas. Sabedor Cortés de tal cosa, determinó hacer con ellos un castigo que sirviese de escarmiento; mandó, pues, que les cortasen las manos, y en esta manera les envió al

tir, *De Crbe Novo*, déc. 5, cap. II. Mas lo que yo he hecho es extractar lo que refiere Bernal Díaz, uno de los que oyeron el diálogo, aunque no tomó parte en él; razón precisamente para elegirle como la mejor autoridad.

ejército de los tlaxcaltecas, para que les dijesen «que podían venir de día y de noche, y a cualquiera hora y que siempre encontrarían a los españoles prontos a recibirles» (1).

El doloroso espectáculo que ofrecían los indios mutilados, llenó de horror y consternación a sus compatriotas. El altivo orgulloso de su jefe quedó humillado, perdiendo desde aquel momento su acostumbrada arrogancia y presunción; y los soldados, por su parte, llenos de un miedo supersticioso, se rehusaron a seguir guerreando contra un enemigo que sabía leer sus pensamientos y adivinar sus planes, antes de que hubiesen puesto mano a realizarlos (2).

El castigo que impuso Cortés a los espías, parecerá brutal al lector; pero debe tenerse presente en abono de aquél, que las víctimas eran espías y podían como tales ser castigadas con la muerte, según las leyes de la guerra generalmente admitidas entre todas las naciones, ya cultas, ya bárbaras. La amputación de los miembros era un castigo suave, y destinado a ofensas de menor tamaño. Cuando nos escandalicemos al pensar en la barbaridad de la sentencia, reflexionemos que no era tan desusada en aquellos tiempos, ni más desusada tampoco que los azotes y la marca con un hierro ardiente, admitidas en nuestro mismo país a principios del siglo presente, o que la de perder las

(1) Díaz dice que sólo diez y siete perdieron las manos, y los demás los dedos (cap. LXX). Cortés no titubea en confesar que los cincuenta perdieron las manos. «Les mandé tomar a todos cincuenta, y cortarles las manos, y los envié que dijesen a su señor que de noche y de día, y cada y cuando él viniese, verían quién éramos.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 53.

(2) «De que los tlaxcaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendía sus pensamientos.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., capítulo LXXXIII.

orejas, en uso todavía en el pasado. Una civilización ya adelantada, rechaza semejantes castigos, es cierto, como perniciosos en sí mismos y degradantes a la humanidad; pero en el siglo XVI, estaban admitidos aún por las naciones más cultas de la Europa; sería demasiado exigir de un hombre, y mucho más de un hombre criado en la dura carrera de las armas, que se anticipase en civilización a su época. Ya nos contentaríamos con que en circunstancias tan críticas como esta, no se hubiese rebajado a cosas más indignas de la humanidad.

Habiendo decidido Xicotencalt, desistir de todo intento de resistencia, permitió a los cuatro embajadores tlaxcaltecas que fuesen a desempeñar su encargo, siguiéndoles a poco tiempo él mismo, acompañado de un gran séquito militar. Luego que estuvieron cerca de los reales españoles, pudieron los de esta nación conocerles en la librea blanca y amarilla, la propia de la casa de Titcalla. Grande fué el placer que causó al ejército aquella señal cierta de que iban a terminar las hostilidades; por manera que difícilmente pudo Cortés reprimir el gozo de los soldados y permanecer él con el aire indiferente que le convenía demostrar a los enemigos.

Los españoles escudriñaban con curiosidad al jefe que por tanto tiempo les había tenido a raya, y que hoy marchaba con un paso tan firme y un continente tan altivo, como si viniera más bien a hacer un reto que a solicitar las paces. Era de estatura poco más que regular, ancho de hombros y de formas musculares, que denotaban su actividad y su fuerza. Su cabeza era espaciosa y su frente impresa con las arrugas de un trabajo penoso, más bien que con la de los años, pues apenas tenía treinta y cinco. Al presentarse ante Cortés, le saludó de la manera corriente, tocando la tierra con la mano y llevando ésta en seguida a

la cabeza; entre tanto que sus sirvientes le envolvían en densas nubes de incienso de suaves y odoríferas gomas.

Lejos de temer incurrir en el desagrado del Senado, se echaba sobre sí mismo toda la responsabilidad de la guerra. Dijo que había tenido a los blancos por enemigos, por haber venido en compañía de los aliados de Moteuczoma; que amaba a su patria y que deseaba que se conservase siempre independiente de los aztecas; que había sido vencido por los blancos, quienes tal vez serían los hombres que sus oráculos les habían predicho que habían de venir del Oriente; que deseaba que usasen de la victoria con moderación y sin atropellar las libertades de la república; finalmente, que venía en nombre de su nación a ofrecerles a los españoles su amistad, que podían estar seguros de que sería tan sincera, como firme había sido su resistencia.

Cortés, lejos de ofenderse de aquel comportamiento, quedó admirado al ver aquella alma elevada que se desdeñaba de mostrarse inferior al infortunio; los valientes saben respetar el valor. No obstante, tomó un aspecto severo, queriendo como reconvenir al jefe indio por haberse mantenido enemigo por tanto tiempo. Díjole que si Xicotencatl hubiese desde el principio creído en la palabra de los españoles y aceptado la amistad con que le habían requerido, hubiera ahorrado a su pueblo de grandes desgracias, hijas únicamente de la obstinación; pero que era imposible deshacer lo ya sucedido; que deseaba dejarlo en el olvido y recibir a los tlaxcaltecas como a vasallos del emperador su señor; que si se mantenían fieles, encontrarían en los españoles firmísimo apoyo; pero que si por el contrario se mostraban pérfidos, tomaría tal venganza cual la que habría descargado sobre su capital a no haberse apresurado a rendirse sumisión. Semejante amenaza sonaba muy ominosamente al jefe a quien se dirigía.

El cacique ordenó luego que trajesen algunas cosillas de oro y de plumaje, que traía con objeto de regalarlas al general. «Nada valen, dijo sonriéndose, porque los tlaxcaltecas somos pobres, no tenemos oro, y ni aún algodón ni sal; el emperador azteca nada nos ha dejado más que nuestra libertad y nuestras armas; esta dádiva es sólo una muestra de buena voluntad.» «Como tal la recibo, dijo Cortés, y siendo de los tlaxcaltecas, tiene para mí más valía que si me la mandase cualquiera otro, aunque ella fuese una casa llena de oro»; respuesta tan cortesana como hábil, pues con la ayuda de aquella amistad, iba a ganar todo el oro de México (1).

Así terminó la sangrienta guerra con la terrible república de Tlaxcalan, durante la cual, más de una vez vaciló en la balanza la fortuna de los españoles, y que si hubiese durado un poco más, habría acabado por su completa confusión y ruina, pues estaban agotados por sus heridas, vigilias y fatigas, y, además, ya comenzaba a cundir el germen del descontento. A pesar de esto, salieron sin mancilla de aquella lucha tremenda; a los ojos del enemigo aparecían invulnerables; sus encantadas vidas, eran tan inaccesibles a los golpes de la fortuna, como a los asaltos de los hombres. Nada tiene de extrañar que los conquistadores hayan abrigado en su seno aquella dulce ilusión, y que hasta el último de ellos se haya imaginado ser el instrumento especial de algún decreto de la Providencia, quien le escuchaba en la hora del peligro reservándole a más alto destino.

Estando todavía los tlaxcaltecas en el campo español, anunciaron la llegada de una embajada de Moteuczoma. La

(1) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 56-57. Oviedo, *Historia general*, M. S., lib. 33, cap. III. Gomara, *Crónica*, cap. LIII. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXXI y siguiente. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI.

fama de las hazañas de los españoles se había difundido por toda la mesa de Anáhuac; el emperador principalmente, había seguido todos sus pasos, conforme habían ido subiendo la falda de las cordilleras y acercándose a la mesa central que forman sus crestas; les había visto regocijado, seguir el camino de Tlaxcalan, porque confiaba en que a ser mortales los españoles, allí encontrarían su sepulcro; grande fué, por lo consiguiente, el desaliento y sobresalto que le causaban las incesantes noticias que diariamente recibía, de los triunfos de los españoles sobre la más formidable y belicosa nación de las de la meseta, cuyos ejércitos eran dispersados como paja por la espada de aquel puñado de aventureros.

Sus temores supersticiosos recobraron de nuevo todo su ascendiente; veía en los españoles a los hombres predestinados a arrebatarle el cetro. Agitado de temores y dudas, resolvió despachar otra nueva embajada al campamento cristiano; componíanla cinco de los primeros nobles de su corte, acompañados de doscientos esclavos; el regalo era como de costumbre, propio de su miedo y su munificencia habitual, y consistía en tres mil onzas de oro, en granos del mismo metal, y en varios artículos de manufactura, muchos centenares de capas y vestidos de algodón bordados y varios objetos de plumaje. Al poner aquellas cosas a los pies de Cortés, dijéronle los enviados, que venían a nombre de su señor a felicitarle por las últimas victorias que había alcanzado, que lo único que sentía su emperador era no poderle recibir en su capital, cuya numerosa población era tan turbulenta, que podría poner en riesgo la vida de los blancos. La sola indicación de los deseos del monarca azteca, habría sido bastante para que la obedeciesen las naciones indias; pero nada valía para los españoles; por lo que viendo que aquella excusa pueril de nada servía, apelaron

los embajadores al pobre recurso de ofrecer a nombre de su señor, que éste pagaría tributo al monarca de los castellanos, con tal de que desistiesen éstos de su viaje a México. Esta fué una torpeza, pues era enseñar en una mano la rica joya que no podían defender con la otra. ¡Y, sin embargo, el autor de esta conducta pusilánime, víctima infeliz de la superstición, era afamado por su intrepidez y audacia, era el terror de todo Anáhuac!

Cortés, al mismo tiempo que alegaba los mandatos de su soberano, por motivo único de no acceder a los deseos del de los aztecas, usó de las expresiones de más profundo respeto hacia este último y les dijo, que ya que no estaba ahora en su mano recompensar como deseaba las dádivas de Moteuczoma, *¡algún día se las pagaría en buenas obras!* (1).

Los enviados aztecas no quedaron muy contentos de ver que la guerra había terminado y que se habían entablado las paces entre los blancos y los traxcaltecas, enemigos mortales de los mexicanos. El odio que se profesaban éstos y los de Traxcalan era tan profundo, que no pudieron reprimirlo ni aun a presencia del general español; lo que causó mucho placer a éste, que en aquella rivalidad estaba mirando el origen de sus victorias y de la ruina del imperio de Moteuczoma (2).

Dos de los embajadores se volvieron a México a infor-

(1) «Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenía en merced, y que él lo pagaría al Sr. Moteuczoma en buenas obras». B. Díaz, op. cit., cap. LXXIII.

(2) Cortés insiste sobre esto en su carta al emperador, donde dice «Vista discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito, y que podría tener manera de mas aína sojuzgarlos, e aun acordeme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne reguum, in scipsum divisum desolabitur:* y con los unos y con los otros maneaba, y a cada uno en

mar a su soberano del estado que guardaban los negocios en el campamento cristiano; los otros dos permanecieron en él, de lo que se alegró Cortés, pues de esta suerte podían ser testigos de las consideraciones que le guardaban los traxcaltecas. Por lo tanto, suspendió su marcha a México, no porque descansase en los insultantes ofrecimientos de buena fe de los mexicanos, sino porque quería someterla a una prueba mas larga, y antes de visitarle dejar que se restableciese completamente su quebrantada salud. Entretanto, todos los días llegaban mensajeros de la capital de la república a instarle a que apresurase su marcha a ella; y por último, impacientes de la tardanza, vinieron los ancianos gobernadores de la república.

Traían un gran acompañamiento y quinientos *tamanes u hombres de carga*, que tirasen los cañones y aliviasen a los españoles de aquella penosa parte del servicio militar. Era, pues, imposible demorarse por más tiempo, de manera que despues de oír misa y dar gracias al Ser Supremo por las victorias que les había concedido, dijeron los cristianos el último adiós a los cuarteles en que habían permanecido por cerca de tres semanas, y que estaban situados a la falda del cerro Tzompanch. La torre maciza que lo coronaba, fué llamada en conmemoración de su residencia en ella, *la torre de la Victoria*. Las pocas ruinas que aun quedan de ella, indican al viajero un sitio inmortalizado en la historia por el valor y la constancia de los primeros conquistadores (1).

secreto le agradecía el aviso que le daba, y le daba crédito de más amistad que al otro.» Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 61.

(1) Herrera, *Hist. general*, dec. 2, libro 6.º, cap. X. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. IV Gomara, *Crónica*, cap. LIV. Mártir, de orbe novo, dec. 5, cap. II B. Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulos 72-74. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIII.

CAPÍTULO II

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALAN.—DESCRIPCIÓN DE LA CAPITAL.—TENTATIVA PARA CONVERTIR A LOS INDIOS.—EMBAJADA AZTECA.—INVITACIÓN A CHOLULA.

(1519)

La ciudad de Tlaxcalan, capital de la República del mismo nombre, distaba cosa de seis leguas del campamento español. El camino pasaba por un terreno fragoso, que, dondequiera que había un palmo de tierra arable, daba señales de un esmerado cultivo. En una profunda barranca había un puente de piedra que, según la tradición, autoridad muy incierta, es el mismo que hoy hay, y que fué construído, en su origen, para que pasase por él el ejército (1). En el tránsito, tocaron en varias ciudades indias,

(1) «A distancia de un cuarto de legua, caminando a esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un *puente de cal y canto de bóveda*, y es tradición en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos días que estuvo allí Cortés para que pasase.» (Viaje, en Lorenzana, pág. 9.) Si estuviese bien averiguada la antigüedad de este puente de bóveda, su existencia sería un gran testimonio en favor de la arquitectura india; pero la construcción de una obra tan sólida en un brevísimo espacio de tiempo, es cosa que para creerse, necesita de una autoridad algo mejor que la de los aldeanos de San Salvador.

en todas las cuales recibieron la más hospitalaria acogida. Ya que habían andado algo, conocieron que estaban cerca de una ciudad populosa por el gentío que salió a recibirles: hombres y mujeres, pintorescamente vestidos, traían ramos y guirnaldas de flores que ofrecieron a los españoles, o con que adornaron los cuellos y caparazones de los caballos, como lo habían hecho los de Zempoalla. Los sacerdotes, con sus túnicas blancas y sus largas y enmarañadas cabelleras flotantes sobre los hombros, se mezclaban con la multitud y arrojaban de sus saumerios nubes de incienso de copal. De esta suerte entró la numerosa y heterogénea procesión por las puertas de la antigua capital de Tlaxcalan. Era 23 de septiembre, día cuyo aniversario celebran todavía los naturales de aquella tierra como un día de regocijo (1).

La multitud era tal en las calles, que con trabajo pudo la policía de la ciudad dejar expedito un paso para el ejército, en tanto que las azoteas o terrados de las casas estaban coronadas de una infinidad de espectadores impacientes, por siquiera divisar a los maravillosos extranjeros. En las casas estaban colgadas flores y festones, y en medio de las calles había arcos formados de verdes ramas, entrelazadas con madreselvas y rosas. Toda la población se entregó al regocijo: el aire resonaba con cantos y exclamaciones de triunfo y con los ásperos sonidos de los instrumentos nacionales que, a no haber sido por las explicaciones de Marina y por las demostraciones de júbilo de los

(1) Clavijero, *Stor. del Mess*, t. III, pág. 53.

«Recibimiento el más solemne y famoso que en el mundo se ha visto, exclama el entusiasta historiador de la República, añadiendo que salieron a recibir a los españoles más de cien mil hombres, *que parece cosa imposible*» (y que, en efecto, lo es). Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

indios, habrían excitado temores en el pecho de los españoles.

Esta procesión se dirigió por las pincipales calles, hacia la casa de Xicotencatl, el anciano padre del general tlaxcalteca, y uno de los cuatro gobernadores de la república. Cortés se apeó del caballo para recibir al anciano jefe y abrazarle; era éste casi ciego, por lo que, para satisfacer hasta cierto punto la curiosidad que tenía de conocer al general español, le tentó la cara con las manos. Después se dirigieron a un salón de su palacio, donde sirvieron al ejército un banquete. Llegada la noche, le designaron para cuartel los edificios y campos descubiertos, que rodeaban el templo mayor, mientras que a los embajadores aztecas los alojaron en aposentos inmediatos al de Cortés, quien así lo había pedído para velar por su seguridad, pues se encontraban en la ciudad de sus enemigos (1).

Tlaxcalan era una de las más populosas e importantes ciudades de toda la meseta. Cortés, en su carta al emperador, la compara con Granada, afirmando que «era más espaciosa, fuerte y populosa que lo que era la capital morisca al tiempo que se ganó, y tan bien construída como ella» (2). Mas no obstante que esto mismo confirma un escritor respetable de fines del siglo pasado (3), difícil-

(1) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI. Relación seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 59. Camargo, op. cit. Gomara, *Crónica*, cap. LIV. Herrera, *Historia general*, déc. 2, lib. 6.°, capítulo XI.

(2) «La cual ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que de ella podría decirse, deje, lo poco que diré, creo es casi increíble, porque es mucho mayor que Granada y muy más fuerte, y de mayores edificios, y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó.» Rel. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 58.

(3) «En las ruinas que aún hoy se ven en Tlaxcalan, se conoce

mente debemos creer que aquellos edificios hayan podido igualar a esos monumentos de la magnificencia oriental, cuyas esbeltas y aéreas formas excitan, a pesar de las injurias del tiempo, la admiración de cuantos viajeros tienen un gusto delicado. Lo que hay de cierto es que Cortés, lo mismo que Colón, veía los objetos con los ojos de su acalorada imaginación, y les daba un colorido más vivo y mayores dimensiones de lo que realmente tenían. Nada tiene de extraño que un hombre que había hecho tan raros descubrimientos exagerase desmesuradamente el mérito de ellos, no sólo a sus propios ojos, sino también a los de los demás.

Las casas eran por la mayor parte, de adobe, y una que otra de cal y canto o de ladrillos secados al sol. A la entrada no había puerta ni ventanas, sino que de las primeras colgaban esteras ribeteadas de piezas de cobre o de cualquiera otra cosa capaz de producir una especie de campanilleo que avisaba si algien entraba. La población debe haber sido muy considerable, si acaso es cierto lo que dice Cortés, que se reunían en la plaza más de 30.000 almas, en los días del mercado. Estas reuniones era un especie de feria, que en las grandes ciudades se tenía cada cinco días y a la que concurrían los vecinos de las inmediaciones que traían a vender toda especie de artículos de consumo doméstico y todas las manufacturas que formaban su industria fabril, y principalmente la alfarería, en la cual excedían a lo mejor que había entonces en Europa (1). Otra nueva prueba de que era un pueblo culto, son las tiendas y casas para baños, tanto de vapor como de agua caliente, de los cuales hacían un uso frecuente los naturales. Finalmente

que no es ponderación.» Ibid, pág. 58. Nota del editor, Lorenzana.

(1) *Nullum es fictile vas apud nos, quod arte superet ab ill vasa formata.* Mártir, *de Orbe Novo*, dec. 5, cap. II.

aquella cultura estaba también atestiguada por la existencia de una policía encargada de mantener el orden (1).

El territorio estaba dividido en cuatro cuarteles, que mejor pudiera decirse que eran otras tantas ciudades diferentes, pues habían sido edificados en diversas épocas, y estaban separados por altas paredes de piedra que servían como de linderos. Cada uno de ellos estaba regido por uno de los cuatro gobernadores, quien ocupaba una espaciosa mansión situada en medio de sus vasallos. ¡Extraño arreglo y más extraño todavía que no haya sido incompatible con el orden y la tranquilidad social! La antigua capital situada en el distrito donde nacía el rápido riachuelo de Zahuatl, pasaba por la cumbre y falda de las colinas en cuya base se encuentran ahora los miserables restos de aquella floreciente poblabión (2). Al Sudeste se extendía hasta un término muy dilatado, la escarpada sierra de Tlaxcalan, entre cuyos picos se eleva el enorme cerro de la *Malinche*, coronado de la diadema de plata que ciñe de ordinario a los altísimos Andes, y a cuyas fragosas faldas crecían y se levantaban majestuosas, selvas de gigantescos sicomoros y encinos, cuyo tronco de 40 ó 50 pies de altura, estaba en teramente desnudo. Las nubes que venían del lejano Altán-

(1) Camargo, loc. citado. Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, página 59. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. IV. Ixtlilxochitl, *Historia Chich.*, M. S., cap. LXXXIII.

Este último cita tal número de autoridades de indios contemporáneos, que le han servido para la formación de su historia, que ese número prueba por sí solo un considerable grado de civilización en el pueblo.

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 6.°, cap. XII.

La población de la ciudad que Cortés comparaba con Granada, ascendía a principios del siglo actual, a 3.400 habitantes, de los cuales sólo menos de 1.000 eran indios. Humboldt, *Essai politique*, t. II, página 158.

tico se apiñaban en torno de los encumbrados picos de aquellas montañas y reuniéndose formaban torrentes que al derramarse por las llanuras del territorio, lo convertían en un lago, en ciertas estaciones. Estrepitosas tempestades, más terribles allí que en ninguna otra parte de la meseta, se levantaban en la falda de aquellas montañas y sacudían hasta los cimientos de los endebles edificios de la ciudad. Pero no obstante que los rígidos vientos de la sierra daban al clima cierta aridez, desconocida bajo el sereno firmamento y a la temperatura cálida de los países inferiores, esto no perjudicaba al pleno desenvolvimiento de las fuerzas, tanto físicas como morales de los habitantes. Pasaban una vida dura y laboriosa entre aquellas escarpadas colinas, igualmente propias para ser cultivadas durante la paz, como defendidas en la guerra. Distinto del mimado hijo de la naturaleza, a quien ésta prodiga copiosamente los medios de subsistencia y le ahorra toda especie de trabajo, el tlaxcalteca sacaba su sustento de un suelo, no ingrato ciertamente; pero que era preciso regar con el sudor de la frente; llevaba una vida sobria y loboriosa; privado del comercio por la guerra incensante contra los aztecas, tenía que dedicarse principalmente a la labranza, la ocupación más a propósito para conservar la pureza de las costumbres y la fuerza del cuerpo; su honrado pecho estaba inflamado de ese patriotismo o afecto local que engendra el cultivo de la tierra, y le animaba ese noble sentimiento de independencia, propiedad natural del hijo de las montañas. Tal era la raza con que Cortés se había aliado para dar remate a su gran empresa.

Algunos días fueron destinados a obsequiar a los españoles, convidados sucesivamente a la mesa de los cuatro grandes señores, en los respectivos departamentos de la ciudad. Aún en medio de aquellas demostraciones amisto-

sas, conservaba el general el rigor de la disciplina y su acostumbrada vigilancia, procurando al mismo tiempo la seguridad de los ciudadanos, con prohibir expresamente a todos los soldados que saliesen de sus cuarteles sin pedirle expreso permiso. Este rigor provocó las quejas de algunos oficiales del ejército, que miraban aquella precaución como superflua y las de los jefes tlaxcaltecas, que la consideraban como una señal de inmerecida desconfianza. Mas luego que Cortés les explicó que lo hacía por no quebrantar las reglas del arte militar, manifestaron su admiración, y el ambicioso joven general de la República aún llegó a proponer que se introdujese esa costumbre, si posible era, en los ejércitos nacionales (1).

Luego que el general español estuvo seguro de la lealtad de sus nuevos aliados, puso mano a una obra que era uno de los principales objetos de su expedición: la conversión de los indios al cristianismo, más por dictamen del Padre Olmedo, quien siempre se oponía a las medidas violentas, se difirió esto para mejor oportunidad. Esta se ofreció cuando los jefes traxcaltecas propusieron para afianzar mejor la alianza que habían hecho con los españoles, que las hijas de los primeros se casasen con los capitanes de Cortés y con el: entonces les dijo éste, que tal cosa no podía verificarse mientras ellas permaneciesen en las tinieblas de la superstición, y con la ayuda del buen fraile, les explicó, lo mejor que pudo, los misterios de la fe cristiana, y les enseñó la imagen de la Virgen y su Divino Hijo, diciéndoles que aquel era el símbolo único de la salvación, mientras que sus falsos dioses las hundirían en perpetua perdición.

(1) Sahagun, *Historia de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI. Camargo, loc. cit. Gomara, *Crónica*, cap. LIV-LV. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, cap. XIII. Bernal Díaz, cap. LXXV.

Me parece enteramente inútil cansar al lector refiriéndole todo lo que en aquella plática doctrinal explicaran a los indios, pues basta figurarnos que entre los dogmas que nuevamente se les proponían a los indios incultos, habría algunos de ellos que les serían tan incomprensibles como muchos de los de su propia religión. Mas aun cuando no logró convencerles, le escucharon con tímido respeto, y cuando concluído le dijeron: que no dudaban que el Dios de los cristianos sería un bueno y gran Dios, y que por lo tanto determinaban admitirle en el número de los de Tlaxcalan. Ya se ve que el politeísmo de los indios, semejante al de los antiguos griegos, era de tal naturaleza que podía admitir sin violencia ninguna entre la multitud de sus divinidades a los de cualquiera otra religión (1). Cada nación, continuaron los traxcaltecas, debe de tener sus dioses suyos propios y sus deidades tutelares; no podemos adjurar ya ancianos el culto que desde nuestra niñez hemos profesado; además, que si tal hiciésemos, provocaríamos la venganza de nuestros dioses y de nuestro pueblo, el cual ama su religión tan ardientemente como su libertad, y derramaría en defensa de la una y de la otra hasta la última gota de su sangre.

Según esto era claramente inútil insistir más en aquella materia; pero, el celo religioso de Cortés, ardiente de suyo e inflamado todavía más por la resistencia que encontraba, no calculaba los obstáculos, probablemente, ni la corona

(1) Camargo habla de esta especie de elasticidad de las religiones de Anáhuac. «Este modo de hablar y decir que les querrá dar otro Dios, es saber que cuando estas gentes tenían noticia de algún Dios de buenas propiedades y costumbres, que le recibiesen admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trajeron muchos ídolos que tuvieron por Dioses, y a este fin y propósito decían que Cortés les traía otro Dios.» Loc. citato.

del martirio había sido parte a retenerle de su buena obra; bien que afortunadamente para la causa que defendía, esta corona no le estaba reservada.

El buen misionero, el evangélico consultor de Cortés, viendo el camino que iban a tomar los negocios, se interpuso para estorbar que se llevasen adelante las miras de aquél: díjole que no quería volver a ser testigo de las escenas que habían pasado en Zempoalla, que no quería fiarse a conversiones hechas por la fuerza, pues que eran efímeras; que lo que era obra de un momento, en un momento se acababa: ¿de qué sirve, decía, derribar el altar, si el ídolo queda en pie allí, en el corazón? ¿Ni de qué tampoco destruír el ídolo si en lugar se ha de poner otro nuevo? Más vale que esperemos con paciencia a que moviéndose el corazón y alumbrándose el entendimiento, puedan adquirir estos infieles una coversión sincera y duradera. Estos juiciosos consejos fueron de la aprobación de Alvarado Velázquez de León y demás en quienes tenía confianza Cortés, hasta que por último, ocupado en sus primeros proyectos de guerras y batallas, abandonó por entonces la obra de la conversión, mayormente, que consideraba que aquí podía tener un resultado muy diverso del que tuvo en Cozumel y Zempoalla, según era el caracter de la población (1).

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., cap. LXXXIV. Gomara. *Crónica*, cap. LVI. Bernal Díaz, caps. LXXVI-LXXVII. No es así como lo cuenta Camargo, pues según él, Cortes ganó el punto y consiguió que los nobles abrazasen el cristianismo y quc se demoliesen los ídolos. (*Hist. de Traxcala*, M. S.) Pero atendamos a que Camargo era un indio cristianizado, que vivió en la generación inmediatamente siguiente a la conquista, y que debe haber tenido tanto empeño en salvar a la nación del cargo de infidelidad, como tomaría un español moderno en borrar de su blasón la mala raza y mancha del judaísmo o del mahometismo.

En el curso de nuestra narración se verán más de una vez los buenos efectos de la intervención del Padre Olmedo, pudiendo asegurarse que su prudencia y discreción en las cosas espirituales contribuyó al buen éxito de la empsesa, tanto como el valor y sagacidad de Cortés en los negocios de la guerra. Era este religioso un verdadero discípulo de Las Casas: su corazón no estaba tiranizado por ese horrendo fanatismo que destruye y arrasa cuanto toca, sino animado del celo vivificante de la caridad cristiana. Había venido de misionero al Nuevo Mundo, y no perdonó sacrificio para hacer el bien al pobre descarriado rebaño a quien había consagrado su vida. Si seguía las banderas del guerrero, era para mitigar los horrores de la guerra y para tomar en provecho de los infelices mismos el triunfo de la cruz, consagrando todas sus fatigas a la buena obra de la conversión; ofreció uno de esos raros ejemplos (no de esperar en un fraile español del siglo XVI,) de un celo ardiente y de un espíritu de mansedumbre y tolerancia.

Mas a pesar que Cortés había diferido para ocasión más oportuna sus proyectos de conversión, obligó a los traxcaltecas a que rompiesen las cadenas de los infelices prisioneros destinados al sacrificio; acto de humanidad que desgraciadamente tuvo una utilidad efímera, pues luego que partió Cortés se llenaron las cárceles de nuevas víctimas.

Obtuvo, además, permiso para que se dejase a los españoles en libertad para celebrar las ceremonias de su religión; de manera que erigieron una gran cruz en una de las plazas públicas; todos los días se decía misa a que concurría no sólo el ejército, sino multitud de naturales, que aunque no comprendían la significación de aquella ceremonia, estaban tan edificados que aprendieron a venerar la religión de los conquistadores; porque parece que la interposición directa del cielo para convertirles, valía más que las mejo-

res pláticas del Conquistador y el misionero. Apenas habían salido de la ciudad los españoles, cuando (y es buena autoridad la que lo refiere), descendió del cielo una nube delgada y trasparente, que formando una especie de columna envolvió a la cruz en su luminoso resplandor y continuó despidiendo durante toda la noche una luz clara y apacible, que denotaba el sagrado carácter de aquel símbolo sobre el cual se veía la corona de la Divinidad (1).

Admitido el principio de la tolerancia, ya no rehusó el general español aceptar a las hijas de lus caciques. Cinco o seis de las más hermosas mancebas quedaron enlazadas con otros tantos capitanes del ejército, después de lavadas sus manchas de infidelidad con las aguas del bautismo, en el cual les pusieron nombres castellanos, en vez de los bárbaros que tenían en su lengua materna (2). Entre estas mancebas estaba la hija de Xicotencatl, a la cual, después del bautismo, llamaron Doña Luisa, princesa de grande estimación y autoridad en Tlaxcalan; su padre la dió a Alvarado, y su descendencia emparentó con las familias más nobles de Castilla. El trato franco y abierto de este caballero le hizo el favorito de los tlaxcaltecas, quienes por su trato marcial, hermosa figura y doradas armaduras, le llamaron *Tonatiuh*, o el sol. Los indios se divertían en poner a los españoles sobrenombre, así, Cortés, por presentarse en público acompañado siempre de Doña Marina o la Malinche, era llamado con este mismo nombre por los naturales.

(1) Herrera cuenta el milagro *(Hist. general*, dec. 2, lib. 6.°, capítulo XV) y (Solís lo cree). *(Conq. de México*, lib. 3.°, cap. V.)

(2) Para evitar dudas en la elección de nombre, acostumbraban los misioneros poner uno mismo a todos los indios que nacían en el mismo día: así, había un día para los Pedros, otro para los Juanes, etc.; invención ingeniosa y muy cómoda para los frailes, aunque no tanto para los bautizados. Véase a Camargo, op. cit.

Estos dos capitanes conservaron entre todas las naciones indias el sobrenombre que habían adquirido en Tlaxcalan (1).

Mientras todo esto pasaba, llegó otra nueva embajada de México. Las dádivas eran como de ordinario, suntuosas, y consistían en obras de oro y plata y estofas de algodón y de plumaje, y los términos en que estaba concebido el Mensaje, habrían indicado el carácter tímido e irresoluto del monarca, a no haber dejado traslucir una política profunda y pérfida. Invitaba ya a los españoles a que viniesen a México, asegurándoles que serían bien recibidos: les suplicaba que no contrajesen alianza ninguna con los bajos y bárbaros tlaxcaltecas, y finalmente, les invitaba a que al venir tomasen el camino de Cholula, en cuya ciudad ya se habían hecho, de su orden, preparativos para recibirles dignamente (2).

Los tlaxcaltecas veían con profundo sentimiento que Cortés quisiese ir a México, y le dieron noticias que con-

(1) Ibid. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. LXXIV-LXXVII. Según Camargo, los tlaxcaltecas dieron al jefe español trescientas doncellas para que sirviesen a Doña Marina, y viendo el buen trato e instrucción que recibían, determinaron algunos de los principales señores dar a sus hijas, con propósito de que si *acaso* algunas se empreñasen, quedara entre ellos generación de hombres tan valientes y temidos.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXX. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, página 60. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. II. Cortés habla solamente de una embajada azteca, mientras que Bernal Díaz habla de tres. El primero por lacónico, y el último acaso por olvido, distan tanto de la verdad, que no es fácil decidirse entre uno y otro. Bernal Díaz no publicó su historia, hasta cincuenta años después de la Conquista, trascurso de tiempo muy considerable, que hace perdonables muchos de los errores en que ha incurrido; pero que debe enajenarle nuestra confianza, cuando se trata de pormenores muy minuciosos, y, efectivamente, el estudio íntimo de su historia justifica esta desconfianza.

firmaban plenamente lo que ya había oído con respeto a la ambición y poder de Moteuczoma; dijéronle que los ejércitos del emperador estaban esparcidos por todo el continente; que la capital era muy fuerte, y que, además, estando en una isla, era muy fácil que cortasen la retirada a los españoles ya que se hubiesen internado, y les dejasen sin arbitrio; pintaban a los mexicanos tan pérfidos en su política, como desmensurados en su ambición. «No creáis, le decían, ni en sus engañadoras palabras, ni en sus acatamientos, ni en sus dádivas; sus promesas son vanas y sus amistades falsas.» Habiéndoles dicho Cortés que deseaba que cesase la enemistad entre ellos y el emperador, le respondieron que eso era imposible; que por amistosas que fueran las palabras, siempre quedaría el odio en el corazón.

También disuadieron al general con mucho empeño de que tomase el camino de Cholula, pues sus habitantes, aunque cobardes en campo raso, eran temibles por su perfidia y falsía y eran, además de esto, los instrumentos de Moteuczoma, cuyas tramas ejecutarían. Parece que en la desconfianza de los tlaxcaltecas tenía gran parte en la superstición, pues miraban con temor a la antigua ciudad, metrópoli en otro tiempo de la religión del Anáhuac; en ella fué donde primero asentó su imperio el Dios Quetzalcoatl: su templo era famoso en todo el país, y los sacerdotes creían firmemente tener bastante poderío del cual se jaztaban, para producir una inundación removiendo los cimientos de las aras de aquel Dios, que envolvería en un diluvio a todos sus enemigos. Finalmente, los traxcaltecas hicieron notar a Cortés que mientras tantas ciudades lejanas habían enviádole embajadores que le manifestasen su buena voluntad y le ofreciesen su alianza, Cholula, que sólo dictaba seis leguas, no lo había hecho. Esta última observación hizo mas fuerza en el ánimo de Cortés que ninguna de las

anteriores; por lo que al instante mandó una intimación a esta ciudad, exigiéndole que se sometiese formalmente.

Entre las embajadas que de diversas partes había recibido el Comandante español durante su residencia en Tlaxcalan, una fué de Ixtlilxochitl, hijo del gran Netzzabualpilli, el desgraciado rival de su hermano mayor en la disputa de la corona de Tezcuco (1), suceso de que ya hemos hablado en el libro primero. Aunque burlado en sus pretensiones, había obtenido el gobierno de una parte del reino y tenía la mas profunda animosidad contra su rival y contra Moteuczoma que le había ayudado. Había ofrecido sus servicios a Cortés pidiéndole en compensación que le ayudase a recobrar el trono de sus antepasados. El hábil general le dió una respuesta que alentaba las esperanzas del príncipe aspirante y le granjeaba su adhesión. Su gran mira era robustecer su causa, reuniendo todos los elementos de desunión que encontraba diseminados por el país.

No se pasó mucho tiempo sin que viniesen los diputados de Chochula a ofrecerle su buena disposición y a invitarle con mucha instancia a que pasase a esta ciudad. Los mensajeros eran de una clase muy subalterna a la que ordinariamente pertenecen los embajadores. Así se lo hicieron notar a Cortés los tlaxcaltecas, causándole mucha indignación el saberlo: al punto mandó requerirles nuevamente de que le enviasen una embajada compuesta de sus primeros señores, o que de lo contrario los trataría como a *rebeldes* al monarca español, legítimo señor de aquellos reinos (2). La amenaza surtió los efectos que se deseaban: los cholutecas

(1) Véase esto antes.

(2) «Si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría, y procedería contra ellos como contra personas rebeldes; diciéndoles, como todas estas partes y otras muy mayores tierras y señoríos, eran de vuestra

no estaban dispuestos a reñir, a lo menos por entonces, acerca de sus avanzadas pretensiones; así es que se presentó en el campo de los cristianos otra nueva embajada compuesta de los primeros nobles, quienes volvieron a repetir sus instancias para que pasase a la ciudad y le suplicaron que les excusase de que se hubiesen tardado en presentársele; pero que esto había sido por el temor de que no corriesen riesgo sus personas, viniendo a la capital de sus enemigos explicación que a Cortés le pareció plausible. Mas los traxcaltecas se oponían ahora más que nunca al proyectado viaje, asegurando que a las inmediaciones de Cholula había un fuerte ejército azteca, y que los habitantes de esta ciudad estaban poniéndola en estado de defensa, por lo que temían que aquello fuese una estratagema inventada por Moteuczoma para destruír a los españoles.

Estas observaciones agitaban el ánimo de Cortés, pero no fueron bastantes a disuadirle de su intento. Tenía cierta curiosidad de conocer la ciudad tan celebrada en la historia e las naciones indias: además que no quería de ningún modo retroceder porque no se creyese que temía o desconfiaba de sus recursos; lo cual tendría las más funestas consecuencias con respecto a sus enemigos, a sus aliados y a sus mismas tropas. Así, después de una ligera consulta con sus capitanes, resolvió emprender su viaje a Cholula (1).

alteza.» (Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. LXIII.)

La palabra *rebelde* era muy cómoda, y había sido usada por los compatriotas de Cortés contra los moros, para defender las propiedades que durante ocho siglos habían poseído en la Península; y sirvió igualmente para justificar las más severas represalias. Véase la *Historia de Fernando e Isabel*, part. II, cap. XIII, y en otros varios lugares.

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, págs. 62-63. Ovie-

Hacía tres semanas que habían entrado a residir en el hospitalario recinto de Tlaxcalan, y cerca de seis que habían pisado el territorio de esta república; allí habían encontrado cuando enemigos una resistencia obstinada, y ahora iban a partir llevándoles por compañeros y aliados; con ellos iban a combatir sin apartarse ni por un momento, hasta que terminase la reñida contienda que iba a trabarse. Grande e importante había sido, por lo tanto, el resultado de la visita a Tlaxcalan, pues a la ayuda y cooperación de estos valientes y aguerridos republicanos, fué debido en gran parte el éxito definitivo de la expedición.

do, *Hist. de las Ind.*, M. S., cap. IV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., capítulo LXXXIV. Gomara, *Crónica*, cap. LXXXV. Mártir, *de Orbe Novo*, dec. 5, cap. II. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 6.°, cap. XVIII. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI.

CAPÍTULO III

Ciudad de Cholula.—Templo mayor.—Marcha a Cholula.—Recibimiento que hicieron a los españoles.—Se descubre una conspiración.

(1519)

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república de este nombre, estaba cosa de seis leguas al Sur de Tlaxcalan y cosa de veinte al Este, o mejor dicho, al Sudeste de México. Cortés dice que contenía veinte mil casas dentro de su recinto, y como otras tantas fuera de él (1); aunque hoy es una población de menos de diez y seis mil almas. (2). Pero sea lo que fuere del verdadero número de sus habitantes, es incuestionable, que en tiempo de la conquista era una de las más populosas y florecientes ciudades de Nueva España.

Era también una de las más antiguas, y fué fundada por

(1) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67.

Según Las Casas, la ciudad contenía 30.000 vecinos, o cosa de 150.000 habitantes. *Brevissima relatione de la distruttione del' Indie Occidentale.* (Venetia, 1643.) Como este caso es el más moderado, es el más creíble; mayormente cuando, ¡cosa rara!, se le encuentra en las páginas del Obispo de Chiapas.

(2) Humboldt, *Essai politique*, tomo III, pág. 159.

las razas primitivas que ocuparon el suelo del Anáhuac, antes de la venida de los aztecas (1). Pocas noticias nos han quedado acerca de su forma de gobierno; pero parece que estaba calcada bajo el modelo de la república de Tlaxcalan; régimen que le convenía perfectamente, pues que conservó aquel estado su independencia hasta los últimos tiempos, en que subyugada por los aztecas, le quitaron éstos casi todos los elementos de una existencia independiente. La íntima unión con los mexicanos, obligó a los cholultecas a frecuentes guerras con sus vecinos y compañeros los de Tlaxcalan; pero aunque muy superiores a éstos en las artes y en la civilización, no podían equipararse en la guerra con aquellos bravos montañeses, los suizos del Anáhuac. La capital cholulteca era el emporio del comercio de la meseta; los habitantes sobresalían en varias artes mecánicas, especialmente en la de trabajar los metales, hacer estofas de algodón y de hilo de maguey, y en una especie de alfaharería tan exquisita que según se cuenta, podía rivalizar con la de Florencia (2). Pero la dedicación particular a las artes propias de una sociedad pacífica y culta, los hacía inhábiles para pelear con hombres cuya principal ocupación era la guerra. Se acusaba a los cholultecas de ser afeminados y, según les imputaban sus vecinos, más se distinguían por su perfidia que por su valor (3).

(1) Veytia supone más antigua la fundación de la ciudad, refiriéndose a los ulmecas, pueblo que precedió a los tultecas. *(Hist. Antigua*, tomo I, caps. XIII-XX.) Como estos últimos, después de ocupar el país por muchas centurias, no dejaron ni un solo recuerdo escrito, sería difícil contradecir la aserción del licenciado, aunque es más difícil probarla.

(2) Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 7.°, cap. II.

(3) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Gomara, *Crónica*, capítulo LVIII. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 3.°, cap. XIX.

Pero la capital, tan noble por sus adelantos y antigüedad, era todavía más venerable a causa de las tradiciones religiosas en que estaba envuelta. Allí es donde al dirigirse a la costa, había detenídose el dios Quetzalcoatl, para instruír a los habitantes en las artes de la civilización. Les había enseñado, además de esto, mejores formas de gobierno y una religión más espiritualizada, en la que sólo se permitían sacrificios de flores y frutas (1). No es fácil determinar lo que enseñó, pues sus lecciones son una mezcla de los dogmas licenciosos de aquellos sátrapas, y de místicos comentarios de los misioneros cristianos (2). Es probable que el tal dios sería uno de esos seres privilegiados, que habiendo disipado la oscuridad de su época con las luces de su propio ingenio, han sido colocados por la agradecida posteridad en la refulgente mansión de los dioses.

En honor de esta deidad, se erigió esa estupenda mole que todavía ve el viajero con admiración, no sólo como el monumento más colosal de Nueva España, sino capaz de rivalidar por sus dimensiones con las antiguas pirámides de Egipto, a las cuales se parecen algo en la forma. No se sabe la época en que fué construída, porque cuando los aztecas entraron en el país, ya la encontraron allí. Tiene la forma que es corriente en los teocallis o templos mexicanos, la de una pirámide truncada, con cuatro caras vuel-

(1) Veytia, *Hist. Antig.*, tomo I, cap. XV y siguiente. Sahagun, *Historia de Nueva España*, lib. 1.°, cap. V, lib. 3.°

(2) Últimamente, los teólogos han encontrado en las lecciones del dios tulteca o sumo sacerdote, el germen de varios de los misterios del cristianismo, como los de la Encarnación y la Trinidad; y en el predicador han creído reconocer nada menos que al mismo Santo Tomás Apóstol. Véanse la disertación del irrefragable Dr. Mier, y los edificantes comentarios del Sr. Bustamante, en el suplemento a la *Historia del Padre Sahagun*, tom. I. En *mi apéndice*, parte I, se encontrarán también algunas noticias sobre esta materia.

tas hacia los cuatro puntos cardinales, y dividida en su altura, en otros tantos pisos o tramos. El tiempo y los elementos han borrado los relieves que tuvo en su origen, mientras que una multitud de arbustos y flores silvestres cubren su superficie; todo lo cual le da el aspecto de una de esas alturas simétricas levantadas por el capricho de la naturaleza, más bien que por la industria de los hombres. Es dudoso, en verdad, si el interior de la pirámide es una colina natural; pero parece más verosímil que sea una composición artificial de tierra y piedras, cubierta por todas partes con capas alternadas de ladrillos y de arcilla (1). La altura de la pirámide es de 177 pies; la base tiene 1.423 pies de largo, que es el doble del que tiene la gran pirámide de Cheops. Puede uno formarse una idea aproximada de su tamaño, sabiendo que la base, que es cuadrada, ocupa 34 acres, y la cumbre o base superior de la pirámide trunca, ocupa más de un acre. Nos recuerda aquellos monumentos colosales de ladrillo, cuyas ruinas se conservan en la ribera del Éufrates y aún todavía mejor en las del Nilo (2).

(1) Tal parece que es el resultado final a que ha venido a parar M. Humboldt, después de un detenido examen hecho con el esmero que le es propio. (Vistas de las Cordilleras, pág. 27 y siguientes.) Su opinión se encuentra confirmada por un hecho posterior: habiendo hecho un camino al través del monumento, la sección de éste ha dejado ver las capas alternadas de ladrillo y creta. (Ibid, loc. citato.) El aspecto que hoy ofrece aquel monumento, cubierto de verde y ennegrecido musgo, que han depositado los siglos, excusa el escepticismo hasta del viajero más superficial.

(2) Es bien sabido que muchas de las pirámides de Egipto y de las ruinas de Babilonia, son de ladrillo. (Herodutus, Euterpe, sec. 136.) Humboldt da una idea muy clara del tamaño del teocalli mexicano cuando dice que es una masa de ladrillos capaz de ocupar cuatro tantos de la plaza de Vendome, en París, y de una altura doble de la del Louvre. *Essais politique,* t. II, pág. 152.

En la cima está un suntuoso templo, donde se veía la imagen de la deidad patrona, el dios del aire, cuyas facciones toscas representaban mal la leve forma que revistió en la tierra: tenía en la cabeza una especie de mitra, donde ondeaba un penacho de plumas escarlata; un reluciente collar de oro rodeaba su cuello; de las orejas pendían preciosas turquesas; en una mano, empuñaba un cetro adornado de piedras, y en la otra, llevaba un escudo primorosamente pintado, que era el símbolo de su gobierno sobre los vientos (1). La santidad del lugar, abultada por las crédulas tradiciones y la magnificencia del templo y del culto. habían vuelto aquella pirámide un objeto de veneración en todo el Anáhuac, viniendo en romería los habitantes aun de los más remotos confines de él a ofrecer su adoración en las aras del dios Quetzalcoatl (2). El número de los peregrinos era tan grande, que daba a la heterogénea población de la ciudad cierto aire de mendicidad. Cortés se quedó admirado, según nos cuenta, de ver tanta multitud de limosneros como pudiera encontrarse en la más ilustrada ciudad de Europa (3); modo muy peregrino de calcular el grado de civilización de una nación, y según el cual, no ocuparía la nuestra un lugar muy alto de la escala.

Cholula, no sólo era el santuario de la clase pobre; muchas naciones de la misma religión tenían en esta ciudad

(1) Quien da menuda noticia del traje e insignias de Quetzalcoatl, es el P. Sahagun, que vió el ídolo azteca antes de que el brazo del cristiano lo hubiese derribado de su encumbrado solio. *Hist. de Nueva España*, lib. 1.°, cap. III.

(2) Venían de la distancia de 200 leguas, según Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 3.°, cap. XIX.

(3) «Hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes *que hay gente de razón.*» Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, págs. 67-68.

templos particulares, a la manera que algunos de los pueblos cristianos tienen los suyos en Roma. Cada templo tenía ministros propios destinados al culto del dios a que estaba dedicado; en ninguna otra ciudad había tal concurso de sacerdotes, tal multitud de procesiones, tanta pompa, tanto sacrificio, ni tantas fiestas religiosas; Cholula era, en suma, lo que la Meca para los musulmanes, lo que Jerusalén entre los cristianos: la Ciudad Santa de Anáhuac (1).

Las ceremonias religiosas no se reducían, sin embargo, al culto meramente espiritual que les había prescripto la deidad tutelar: sus aras estaban manchadas, tanto como las de los dioses aztecas, con la sangre de las víctimas humanas, y *dicen* que cada año se sacrificaba en ellas a seis mil (2). El número de los templos puede conjeturarse, por lo que dice Cortés de que contó 400 torres en la ciudad (3); siendo así que el que más, tenía dos de éstas, y muchos de ellos, sólo una. Sobre todos ellos descollaba la encumbrada pirámide de Cholula, cuyas hogueras inextinguibles, que esparcían su resplandor por toda la ciudad, proclamaban a las naciones que allí moraba el santo culto (aunque ya corrompido por la superstición y la crueldad), de aquel buen Dios, que debía volver algún día a recobrar el imperio de la tierra.

Nada puede ser más magnífico que la vista de que se goza desde la truncada cumbre de la pirámide. Hacia el

(1) Torquemada, *Monarq. Ind*, lib. 3.°, cap. XIX. Gomara, *Crónica,* cap. LXI. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan.*

(2) Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 7.°, cap. II. Torquemada, *ubi. supra.*

(3) «E certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas.» Relac. seg., en Lorenzana, pág. 67.

Oeste se dilataba la escarpada muralla de rocas porfiríticas con que la Naturaleza ha circundado el valle de México, y se elevaban el enorme Popocatepetl y el Ixtaccihuatl, como dos centinelas que, inmóviles, guardan la entrada de aquella región encantada. Allá a lo lejos, en el Oriente, se descubre el agudo pico del Orizava, que se pierde entre las nubes, y más cerca, la fragosa, aunque bellamente configurada, Sierra de la Malinche, que envuelve en sus sombras los fértiles valles de Tlaxcalan. Tres de estas montañas son volcanes, cuyo cráter está más alto que el pico de la montaña más alta de Europa, y cuyos hielos no se funden jamás al calor abrasador del sol de los trópicos. A los pies del espectador se desenvuelve la sagrada ciudad de Cholula, cuyas torres y techos relucen en el sol y descansan entre jardines y bosques floridos que, en aquel tiempo, rodeaban por todas partes la capital. Tal era la perspectiva magnífica que deleitó la vista de los conquistadores y que con pocas variaciones deleita todavía la del viajero moderno, pues colocado en la plataforma de la gran pirámide, puede extender su vista por las más encantadoras regiones de la bella meseta de Puebla (1).

(1) La ciudad de Puebla de los Ángeles, fué fundada poco tiempo después de la conquista, en el antiguo asiento de un lugarejo insignificante del territorio de Cholula, situado algunas leguas al Este de la ciudad. Tal vez es la primera ciudad después de la de México, con la cual rivaliza en belleza. Parece que heredó la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, pues como ella, se distingue por el número y magnificencia de los templos, por la multitud de sacerdotes y la pompa y esplendor de las ceremonias. Así lo testifican los viajeros que, en su tránsito de Veracruz a la capital, tienen que tocar en Puebla. (Véase especialmente la obra de Bullock, titulada: *México*, vol. I, capítulo VI.) Las cercanías de Cholula, tan regadas hoy por los ríos, como en tiempo de los aztecas, son notables por la feracidad del terreno. Las mejores tierras, rinden según autoridades muy respetables, un

Mas ya es tiempo de quevolvamos a Tlaxcalan. La mañana señalada, emprendió el ejército español su marcha a México, tomando el camino de Cholula; seguíales multitud de ciudadanos que no podían ver sin asombro la intrepidez de aquellos hombres, que con ser tan pocos, se atrevían a a provocar el poderío del gran Moteuczoma, yendo a buscarle en su Corte misma. No obstante esto, inmenso número de guerreros, se ofreció a tomar parte en los peligros de la expedición; pero Cortés se rehusó en términos muy atentos a aceptar su ofrecimiento, y sólo escogió para que le acompañasen, a 6.000 voluntarios (1), pues no quería que estorbasen sus movimientos una masa pesada ni tampoco descansaba enteramente en la fidelidad de tan recientes aliados.

Después de atravesar un país montuoso y árido, entró el ejército en las llanuras que rodean a Cholula por algunas millas en contorno. A la elevación de más de 6.000 pies sobre el nivel del mar, se desplegaban las ricas producciones de varios climas, unas al lado de las otras; la esbelta caña del maíz, el jugoso maguey, el chile o pimiento de los aztecas, y extensos plantíos de tunas o *cactus*, en el cual se cría la brillante cochinilla; no había ni un palmo de terreno

ocho por uno. (Word, *México*, vol. II, pág. 270.) Humboldt, *Ensayo político*, t. II, pág. 158, t. IV, pág. 338.

(1) Según Cortés, 100.000 hombres le ofrecieron sus servicios en esta ocasión: «E puesto que yo se lo defendiese e rogué que no fuesen por que no había necesidad, todavía me siguieron hasta 100.000 hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad; y desde allí por mucha importunidad mía se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta 5.000 o 6.000 de ellos.» (Relación segunda en Lorenzana, pág. 64.)

Este número, que apenas sería el de todos los combatientes de la república, no es el que dicen Oviedo y Gomara. Véase *Hist. de las Ind.*, capítulo IV. *Crónica*, cap. LVIII.

que estuviese inculto (1). El terreno estaba fertilizado, cosa rara en las altas estepas, por numerosos arroyos y riachuelos, y cubierto de espeso bosques que después desaparecieron bajo la hacha inclemente de los conquistadores.

Ya al pardear la tarde, llegaron éstos al margen de un riachuelo, donde determinó Cortés pernoctar aquella noche, no queriendo turbar la tranquilidad de la ciudad con la entrada de sus considerables fuerzas a horas incómodas.

A poco de haberse detenido en aquel punto, llegaron varios caciques de Cholula, que venían a cumplimentar a los españoles; mas no pudieron ocultar el desagrado que les causaba ver en compañía de éstos a los tlazcaltecas, y aún manifestaron que su presencia en la ciudad podría dar origen a disturbios. Habiendo parecido a Cortés que este temor era fundado, previno a los aliados que se quedasen allí y que se le reuniesen en el camino de México, luego que hubiese salido de la ciudad.

En la mañana del día siguiente efectuó su entrada en Cholula, acompañado únicamente de los indios de Zempoalla y de un puñado de tlaxcaltecas encargados de llevar los bagajes. Los aliados, al partir Cortés, le dieron varias instrucciones con respecto al pueblo que iba a visitar, al cual, aunque afectaban despreciarlo llamándole pueblo de mercaderes, lo consideraban temible por sus mañas y perfidia. Luego que los españoles estuvieron cerca de la ciudad, encontraron el camino ocupado por multitud de gentes de ambos sexos y de todas edades; el viejo valetudinario, las mujeres con sus hijos en brazos, todos estaban impacientes por vislumbrar siquiera a los extranjeros cuya figura, armas, vestidos y caballos, eran objeto de vivísima

(1) «Las palabras del *Conquistador* son muy expresivas, pues dice: «ni un *palmo* de tierra hay, que no esté labrada.» Relación segunda de Cortés, en Lorenzana.

curiosidad para los que no les habían visto en las batallas siendo no menor la admiración que causó a los españoles el aspecto de los cholultecas, muy superiores en vestido y en todas las apariencias, a cuanto hasta entonces habían encontrado. Lo que más les sorprendió fué un vestido usado por las clases altas, que era una graciosa capa o *albornoz* (1), muy parecida en la tela y hechura a los albornoces de los moros. Manifestaban tener el mismo gusto por las flores que las otras tribus de la meseta, pues traían adornada su persona con ellas y repartían entre los recien venidos, ramos y guirnaldas. Gran número de sacerdotes venían mezclados con la turba y quemaban un suave incienso, mientras que al son de varios instrumentos músicos se celebraba la bienvenida de los españoles. Aquella era una escena de grato y sincero placer; y aunque no tenía aquella entrada el aire de procesión triunfal que en Tlaxcalan, donde los sones de los instrumentos eran acallados por las aclamaciones de la multitud, era, sin embargo, el anuncio de una hospitalaria y amistosa acogida, no menos grata que aquélla.

Tampoco causó poca extrañeza a los españoles el aseo de la ciudad, cuyas calles anchas y simétricas parecía que habían sido hechas con arreglo a un plano; la solidez de las casas y el número considerable y gran tamaño de los templos. Se les señaló para cuartel el atrio de uno de éstos y los edificios adyacentes (2).

(1) Los honrados ciudadanos de ella, todos traen *albornoces* encima de la otra ropa, aunque diferenciados de los de la África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos, son muy semejables. Ibidem.

(2) Ibid. Ixtlilxochitl, *Hist. chich*, M. S., cap. LXXXIV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. IV. Bernal Díaz, *Hist. de la Conquista.*, cap. LXXXII.

Al instante vinieron a visitarles las primeras personas de la ciudad, que se disputaban el honor de alojarles; se les proveyó copiosamente de víveres, y, en una palabra, se les dispensaron todas las atenciones capaces de disipar sus sospechas y de hacer recaer sobre la imputación de los tlaxcaltecas la tacha de parcialidad y odiosidad nacional.

Mas, en pocos días, la escena cambió enteramente: llegaron embajadores de Moteuczoma que, después de intimar a Cortés breve y ásperamente del desagrado que causaría a su señor el viaje de los españoles, conferenciaron, aparte, con los enviados tezcucanos hasta en el campo de los cristianos, y se llevaron consigo a uno de aquéllos, ya que se volvían a la Corte. Desde entonces, sufrió una alteración visible la conducta de los cholultecas; ya no iban a visitar a los españoles a sus cuarteles, y cuando les invitaban a hacerlo se rehusaban, so pretexto de enfermedad; les fueron retirando los víveres, dando por excusa que había escasez de maíz. Estos síntomas de hostilidad y algunos achaques pasajeros, inquietaron seriamente el corazón de Cortés. No eran para tranquilizarle los informes de los

Los españoles comparaban a Cholula con la bella Valladolid, según Herrera, cuya descripción de la entrada del ejército en aquella ciudad, es muy animada. Saliéronle a recibir otro día más de 10.000 ciudadanos, en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y frutas y mucha música. Llegaba un escuadrón a dar la bienllegada a Hernán Cortés, y con buen orden se iba apartando, dando lugar a que otro llegase... En llegando a la ciudad, que pareció mucho a los castellano, en el asiento y perspectiva, a Valladolid, salió la demás gente, quedando muy espantada de ver las figuras, talles y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, sobrepellices y algunas cerraduras por delante; los brazos de fuera, con flecos de algodón en las orillas. Unos, llevaban figuras de ídolos en las manos; otros, saumerios; otros, tocaban cornetas, atabalejos y diversas músicas, y todos iban cantando, y llegaban a incensar a los castellanos. Con esta pompa entraron en Cholula. *Hist. gen.*, dec. 2, lib. 7.°

zempoaltecas, quienes le dijeron que andando por la ciudad, habían visto algunas de las calles atrincheradas, las azoteas llenas de piedras y otras armas arrojadizas, y en algunos lugares, hoyos cubiertos con ramas, y estacadas dentro de ellos, que tendrían, seguramente, por objeto, impedir los movimientos de la caballería (1). Algunos tlaxcaltecas que vinieron del campo, avisaron a Cortés que en un lugar distante de la ciudad, se había celebrado un gran sacrificio, especialmente de niños, implorando el favor de los dioses para una proyectada empresa; añadieron también que habían visto salir de la ciudad a varios de sus habitantes, que llevaban consigo a sus mujeres e hijos, como para ponerlos en salvo.

Todas estas noticias confirmaron las funestas sospechas de que se tramaba alguna hostilidad. Mas aun cuando Cortés nada hubiese sospechado, Marina, el ángel de guarda de la expedición, habría convertido las dudas en certidumbre.

El trato amable de la joven le había ganado el afecto de la mujer de uno de los caciques, la cual le instaba frecuentemente a que se viniera con ella, pues sólo así podría escapar del negro destino que aguardaba a los españoles. La manceba, conociendo de cuánta importancia era adquirir noticias más completas, fingió aceptar al punto la oferta, mostrando el disgusto que le causaba estar entre los

(1) Cortés, efectivamente, habla de algunas señales que encontró en el camino, que indicaban una traición premeditada. «Y en el camino topamos muchas señales. de las que los naturales de esta provincia nos habían dicho, porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar más sobre aviso y a mayor recaudo Relación segunda, página 64.

blancos, quienes decía ella que la tenían cautiva a la fuerza.

Ganándose de esta suerte la confianza de la crédula cholulteca, consiguió Marina insinuarse más y más en sus secretos, hasta que llegó a averiguar completamente la conspiración.

Supo que ésta había sido urdida por el emperador azteca, quien para ganarse el afecto de los caciques, habían enviado a éstos y a sus mujeres ricas dádivas. Los españoles debían ser asaltados al salir de la ciudad y cuando estuviesen todavía enredados en sus calles, en las que habían puesto muchos obstáculos para inutilizar a la caballería. Cerca de la ciudad estaba un ejército de 20.000 mexicanos, prontos a acudir en ayuda de los cholultecas, luego que el asalto comenzase. Se esperaba, pues, con toda seguridad, que los españoles, imposibilitados de moverse, sucumbirían fácilmente a la superioridad de sus enemigos. De los prisioneros, una parte considerable debía quedar en Cholula, para que se celebraran los sacrificios, y la otra debía ser enviada a Moteuczoma mismo.

Durante esta conversación fingió Marina ocuparse en recoger todas las joyas y vestidos que quería llevarse la noche en que, escapándose del campo de los cristianos, se fuesen a la casa de su amiga, la cual estaba ayudándole en aquella operación. Mientras su vista se ocupaba en esto, Marina consiguió escapársele por un momento, ir al aposento del general y revelarle sus descubrimientos. Al punto ordenó éste que se aprehendiese a la mujer del cacique, la cual, en sus declaraciones, confirmó plenamente las noticias que le había dado la querida del general.

Estas noticias llenaron a Cortés de sumo desaliento: había caído en la trampa; pelear o huír, todo era igualmente peligroso, se encontraba en una ciudad de enemigos, en la que cada casa era una fortaleza, y en la que podían opo-

nerle tantos tropiezos, que fuesen imposibles las maniobras de la caballería y la artillería; además de los astutos cholultecas, tenía que combatir con los formidables guerreros de México. Su situación era la de un viajero que en la oscuridad de la noche ha perdido su camino en medio de precipicios; de manera que cada paso puede hundirle en un derrumbadero, y que tan peligroso es proseguir como retroceder.

Deseaba saber más pormenores acerca de la conspiración, y para adquirirlos invitó a dos sacerdotes que vivían allí cerca, y uno de los cuales era persona muy influyente en la ciudad, a que viniesen a sus cuarteles. Por medio de un trato afable y de liberales regalos que les hizo, los que sacó de los presentes mismoa que le había enviado Moteuczoma (con lo que convirtió la dádiva en perjuicio del donatario) obtuvo de ellos la ratificación de todas las noticias. Supo que el emperador había estado en lastimosa perplejidad desde que los españoles habían llegado; que al principio, dió orden a los cholultecas de que les recibiesen amistosamente; pero que después consultó nuevamente con sus oráculos, quienes le respondieron que Cholula debía servir de tumba a sus enemigos, porque los dioses lo ayudarían firmemente en la venganza del ultraje inferido a la Ciudad Santa. Los aztecas confiaban de tal manera en el éxito, que ya habían preparado en la plaza los grilioL, o pérticas con correas, que debían servir para atar a los prisioneros.

Sabedor de los sucesos despidió Cortés a los sacerdotes, haciéndoles el encargo,.apenas necerario, de que guardaran secreto. Díjoles que al día siguiente iba a dejar la ciudad y les suplicó que se empeñaran con algunos de los principales caciques para que viniesen a verle. En seguida convocó un consejo de capitanes, auque según parece probable, ya tenía tomada su determinación.

Los diferentes miembros del consejo de guerra recibieron diversas impresiones al saber aquella peligrosa noticia, según era el carácter de cada uno. Los más tímidos, viendo que los obstáculos aumentaban en proporción que iban acercándose a la capital del imperio, opinaban por retroceder y refugiarse en la ciudad de Tlaxcalan, donde les habían recibido amistosamente. Otros, más constantes, pero más prudentes, aconsejaban que se tomase el camino situado hacia el Norte, que habían indicado los aliados. La mayor parte era del mismo dictamen del general, de que no les quedaba otro partido más que seguir adelante; de que retirarse era arruinarse; de que las medidas a medias, sólo servirán para demostrar su temor y desacreditarlos con amigos y enemigos; su esperanza la cifraban en sí mismos; querían dar tal golpe a los indios, que les intimidase y les hiciese conocer, que los españoles no sucumbían ni a los artificios y amaños, ni al valor, ni al número.

Cuando los caciques persuadidos por los sacerdotes se presentaron ante Cortés, éste les echó en cara su falta de hospitalidad, les dijo que dentro de breve dejarían de molestar a la ciudad, pues se proponían dejarla el día siguiente, y les instó mucho para que le proporcionasen dos mil hombres que trasportasen la artillería y los bagajes. Los caciques, después de conferenciar un poco sobre la propuesta, accedieron a ella, juzgándola favorable a sus designios.

Ya al partir los embajadores aztecas, mandó el general que los trajesen a su presencia y les instruyó brevemente de cómo sabía la conspiración traidora tramada para destruír al ejército, perfidia de que acusaban a su señor Moteuczoma; díjoles cuánto le ofendía ver al emperador implicado en aquella infame traición; y les previno, que los españoles iban a marchar como enemigos contra el prínci-

pe a quien habían deseado visitar en calidad de amigos.

Los embajadores replicaron, haciendo mil calurosas protestas, de que ignoraban la conspiración y de que Moteuczoma no podía estar implicado en aquel crimen, que pesaba enteramente sobre los cholultecas. Es claro que a Cortés le convenía estar en buena armonía con el emperador y sacar todo el fruto posible de aquella confianza que fingía con el objeto de ocultarle sus ulteriores designios; por lo tanto, fingió dar crédito a las protestas de los enviados y les manifestó cuánta repugnancia le costaba creer que un monarca que hasta entonces había tratado a los españoles con tanta benevolencia, quisiera consumar su generosidad con un acto de infamia sin igual; finalmente, añadió, que el descubrimiento de la doble perfidia que los cholultecas habían cometido con él, y con Moteuczoma, le llenaba de ira y le haría tomar una venganza terrible, digna del uno y del otro. En seguida despidió a los enviados, teniendo cuidado, a pesar de su aparente confianza, de ponerles bajo buen recaudo, para impedir que hablasen con los de Cholula (1).

Aquella noche fué de ansiedad y sobresalto para todo el ejército; parecíales que iba a hundirse el suelo que pisaban, y cada momento les parecía ser el señalado para su destrucción. El vigilante general multiplicó las precauciones, apostando mayor número de centinelas y disponiendo su artillería de modo que estorbase las entradas al campamento. Es de creer que sus párpados no se cerraron en toda la noche; todos durmieron con sus armas al lado, y los caballos estaban ensillados y enfrenados, para tenerlos listos en

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXIII. Gomara, cap. LXXXIX. Relación segunda, pág. 65. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. IV. cap. XXXIX. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap IV. Mártir, de *Orbe Novo*. dec. 5. cap. II. Herrera, *Hist. general*, dec 2, lib. 7.°. cap. IV, Argensola, *Anales*, lib. 1.°, cap. LXXXV.

el primer momento. Pero los indios no proyectaban ningún ataque; y el silencio de la noche sólo era interrumpido de vez en cuando, por el áspero son de las trompetas con que desde la torre de los templos anunciaban los sacerdotes a la populosa ciudad hundida en el sueño, las horas de la noche (1).

(1) «Las horas de la noche se regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin ciertos instrumentos como bocinas con que hacían conocer al pueblo el tiempo.» Gama, *Descripción*, part. I, cap. XIV.

CAPÍTULO IV

Terrible matanza.—Se restablece la tranquilidad.—Reflexiones sobre la matanza.—Lo que se hizo después de ella.—Enviados de Moteuczoma.

(1519)

Al primer albor de la mañana ya se vió a Cortés montado a caballo, dirigiendo los movimientos de su reducido ejército. El cuerpo de sus tropas lo colocó en el gran atrio que les servía de cuartel que, como ya hemos dicho, estaba rodedao en parte por algunos otros edificios, y en parte por una pared alta; había tres puertas o entradas, en cada una de las cuales colocó una fuerte guardia para defenderlas; el resto de las tropas y la artillería, estaban fuera de aquel recinto, para custodiar las avenidas e impedir que se interrumpiese la sangrienta obra que debían ejecutar los de adentro. La víspera se había dado orden a los jefes tlaxcaltecas de que estuviesen listos a acudir a la ciudad, luego que se les hiciese una señal convenida.

Ya todas estas disposiciones se habían completado, cuando llegaron los caciques cholultecas, trayendo un número de *tamanes* aún mayor que el que se les había pedido. Se les hizo entrar a todos de un golpe, al patio donde estaba oculta la infantería española; mientras, Cortés, lla-

mando aparte a algunos de los caciques, les echó en cara con semblante muy airado y ásperas palabras, la conspiración que habían tramado contra él y de cuyos pormenores les informó enteramente. Dijo que había venido a la ciudad, invitado por el emperador; que se había conducido como amigo; había respetado a los habitantes y sus propiedades; que para alejar todo motivo de resentimiento había dejado extramuros de la ciudad, a una gran parte de sus tropas; que le habían figido benevolencia y hospitalidad, para hacerle caer en la trampa y ocultar bajo aquel disfraz la más negra perfidia.

Los cholultecas se quedaron estupefactos, como si los hubiera herido un rayo, al ver todo esto. Un terror indefinible se apoderó de sus almas; miraban a aquellos misteriosos extranjeros y creían estar en presencia de seres sobrenaturales que tenían poder para adivinar los pensamientos, no bien los habían ellos concebido. Con semejantes hombres no quedaba el recurso de mentir ni el de negar; confesaron todo de plano, excusándose a sí mismos e inculpando a Moteuczoma. Cortés, tomando un aire de violenta indignación, les replicó que aquella excusa, aun cuando fuese cierta, de nada les serviría; que iba a hacer al punto tal ejemplar, que la noticia de él se difundiese por todo el Anáhuac.

Entonces se dió la fatal señal, la descarga de un arcabuz; en un sólo instante se dispararon todos los arcabuces y ballestas contra los infelices cholultecas encerrados en el atrio, los que cayeron en gran número, pues estaban apiñados como un rebaño de ovejas, en el centro de aquel. Sorprendidos súbitamente, porque no habían oído nada del diálogo que había pasado afuera, no hicieron casi ninguna resistencia contra los españoles, los cuales descargaron luego su artillería y se precipitaron con las espadas sobre

los indios; como el cuerpo de éstos estaba medio desnudo, los derribaban más fácilmente que el rudo aquilón troncha las espigas del trigo en la estación de las mieses. Algunos indios intentaron escalar las paredes; pero con esto lo que únicamente cosiguieron fué presentar un blanco seguro a los arcabuces y arqueros; otros se precipitaron sobre las puertas; pero fueron recibidos por las largas picas de los que las custodiaban; finalmente, unos pocos juzgaron más seguro sepultarse bajo los cadáveres de los muertos que cubrían el suelo.

Mientras esta obra de muerte se consumaba en el interior del cuartel, los compañeros de los asesinados, al estrépito de aquella carnicería, acudieron en gran multitud e intentaron atacar furiosamente a los españoles que estaban afuera; pero Cortés había dispuesto sus cañones de modo que dominasen todas las avenidas; por lo que, luego que se acercaban los acometedores, largas filas de ellos eran arrebatadas por las balas. En el intervalo empleado para cargar las armas de fuego, que en aquel estado imperfecto de la ciencia, era mucho mayor que en nuestros días, obligaban a los indios a retroceder, dándoles una carga impetuosa con la caballería. Los caballos, los cañones y las armas de los españoles, todo cogía de nuevo a los cholultecas; no obstante la novedad de aquel terrible espectáculo, el estrépito de las armas de fuego y el mortífero trueno de la artillería, cuyo fuego reverberaba en las paredes, los indios desesperados acudían impacientes a ocupar el puesto de los que caían.

Mientras esto pasaba, los tlaxcaltecas, que habían oído la señal convenida, avanzaban sobre la ciudad a paso acelerado. De orden de Cortés, se habían ceñido en la cabeza coronas de esparto para poder distinguirse fácilmente de los

cholultecas (1). Llegaron en lo más empeñado del combate; así es que los de la ciudad, acometidos por la caballería cristiana por una parte, y por sus vengativos enemigos por la otra, no pudieron resistir por más tiempo y retrocedieron, refugiándose unos en algunos edificios de madera, a los cuales se puso fuego; otros, en los templos, y la mayor parte, dirigiéndose en procesión presidida por los sacerdotes, al templo mayor. Era una tradición popular, de que ya hemos hecho mención, que quitando cierta parte de los muros de este templo, debía el dios enviar una inundación que envolviese a sus enemigos. Gran trabajo costó a los supersticiosos cholultecas, remover algunas de las piedras que formaban las paredes del edificio; pero ni polvo ni agua salió de allí; su falso dios los abandonó en el momento en que más habían menester de su ayuda. Desesperados al ver esto, huyeron a los torreones de madera que coronaban a los templos, y desde allá descargaron sobre los españoles, al subir éstos por una escalera de ciento veinte escalones, hecha en una de las caras de la pirámide, una lluvia de piedras, javelinas y flechas ardiendo; pero los cascos de acero de los cristianos los preservaban completamente de todo daño, mientras que las saetas abrasadas les sirvieron para prender fuego a aquella ciudadela de palo, que en poco tiempo quedó devorada por las llamas.

No obstante esto, la guarnición no la abandonaba; *cuentan*, que a pesar de que los españoles les daban cuartel,

(1) Usaron los de Tlaxcala de un aviso muy bueno que les dió Hernán Cortés para que fueran conocidos, y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y divisas eran casi de una manera..., y así, se pusieron en la cabeza unas guirnaldas de esparto a manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad, que no fué pequeño aviso. Camargo, op. cit.

sólo un cholulteca se acogió a él; el resto se precipitó de cabeza desde lo alto del parapeto, o pereció entre las llamas (1).

Todo era confusión y estrépito en la hermosa ciudad que un momento antes dormía en segura paz. Los quejidos de los moribundos y las súplicas lastimeras de los vencidos que imploraban perdón, se confundían con el ronco grito de guerra de los españoles y el chillido penetrante que lanzaban los tlaxcaltecas al satisfacer su inveterado rencor contra sus antiguos rivales. Aumentaba el tumulto, el incesante estallido de los mosquetes y el zumbido de las balas, y las llamaradas de las armas de fuego, ofuscaban la luz del sol; todo esto formaba un horrible conjunto de sonidos y de espectáculos, que convertían la Ciudad Santa en un *Pandemonium*.

Luego que cesó la resistencia, entraron los vencedores en las casas y templos, y saquearon cuanto había en ellos de valor: plata, joyas, vestidos y víveres; estos últimos objetos eran codiciados de los tlaxcaltecas aún más que los primeros, con lo que fué fácil la repartición del botín. Es cosa digna de notarse, que ni aún en medio de este desenfreno universal, se desobedecieran las órdenes de Cortés, llevándose este respeto hasta el extremo de no tocar a una mujer ni a un niño, bien que muchas mujeres, niños y hombres, fueron hechos prisioneros para ser llevados en cautiverio a Tlaxcalan (2). Estas escenas de violencia duraron algunas horas, hasta que Cortés, movido de las súpli-

(1) Id. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. IV-XLV. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.º, cap. XL. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XIV. Gomara, *Crónica*, cap. LX.

(2) «Mataron cosa de seis mil personas, sin tocar a niños ni mujeres, porque así se les ordenó.» Herrera, *Hist. Gral.* dec. 2, libro 7.º, cap. II.

cas de algunos jefes cholultecas que habían sido preservados de la matanza, a las que unían sus instancias los enviados de Moteuczoma, pero, según dijo, sin hacer caso de estas últimas, mandó reunir a los soldados y puso coto, lo más que pudo, a ulteriores excesos; también se permitió a dos de los caciques ir a ofrecer a sus compatriotas el perdón, con tal de que volviesen a la obediencia de los españoles.

Estas medidas surtieron todos sus efectos. Costó gran trabajo a Cortés y a los caciques poner término al tumulto; pero por último, los españoles y los tlaxcaltecas, reunidos bajo sus banderas respectivas, y los cholultecas fiados en los ofrecimientos de sus jefes, se volvieron gradualmente cada uno a sus hogares.

El primer acto de autoridad que ejerció Cortés sobre los tlaxcaltecas (1) fué obligarles a que libertasen a los cautivos; pero tal era la deferencia que guardaban al comandante español, que consintieron en ello, aunque no sin murmurar; y se contentaron, a más no poder, con el rico botín que les había tocado y que consistía en varios objetos de lujo, de que hacía mucho tiempo carecían los aliados. Lo primero de que cuidaron, fué de limpiar la ciudad de todos los horribles objetos que la afeaban, particularmente de los cadáveres amontonados en las calles y plazas. El general, en su carta a Carlos V, regula en 3.000 el número de los muertos; otros lo hacen subir a 6.000, y algunos a mucho más. Como el más anciano y principal cacique era de este número, Cortés ayudó a los cholultecas a instalar al que debía sucederle (2). La confianza pública fué restableciéndo-

(1) Bernal Díaz. *Hist. de la Conq.*, cap. LXXXIII. Ixtlilxochitl. *Historia Chich.*, *ubi. supra.*

(2) Bernal Díaz, *ubi. supra.*

Según Bustamente, todavía viven en Puebla los descendientes del

se gracias a estas medidas pacíficas. Las gentes de los alrededores de la capital, acudieron a reemplazar a los que habían muerto; se volvieron a abrir los mercados y comenzaron de nuevo las ocupaciones de una sociedad arreglada e industriosa. Con todo, las largas filas de negras y humeadas ruinas indicaban el huracán que acababa de devastar a la ciudad; y las paredes adyacentes a la plaza Mayor que aún existían cincuenta años después de la conquista, daban un triste testimonio de lo que fué la matanza de Chochula (1).

principal cacique cholulteca. V. Gomara, *Crónica*, traducción de Chimalpain. (México, 1826), t. I, pág. 89.

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 66. Camargo, *Historia de Tlaxcalan*. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, caps. IV-XLV. Bernal Díaz, capítulo LXXXIII. Gomara, *Crónica*, cap. LX. Sahagun, *Hist de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI.

Las Casas, en su tratado impreso, sobre la destrucción de las Indias, adorna la narración de estos sucesos, con pormenores que los hacen más espantosos todavía. Según dice, mandó Cortés que fuesen empalados cien caciques o más. A esto añade, que mientras se verificaba el degüello en el interior del atrio, el general español cantaba una copla de un antiguo romance español, donde se describe el regocijo de Nerón al ver las incendiadas ruinas de Roma:

Miró Nerón de Tarpeya,
A Roma como se ardía,
Gritos dar niños y viejos,
Y él de nada se dolía.

[*Brevísima relación, pág. 46.*]

Si la memoria no me engaña, juzgo que es el primer ejemplo de una persona que ambiciona ser comparada con aquel emperador. Bernal Díaz, que leyó la interminable relación (como él la llama) del obispo Las Casas, la trató con mucho desprecio. La narración que hace este mismo Bernal Díaz, y que es la que principalmente he seguido en el texto, está confirmada por los misioneros que muy poco

Este lance es uno de los que han echado una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No es posible en este siglo, contemplar sin horror la suerte de esta ciudad floreciente, invadida hasta el corazón por una soldadesca grosera y brutal. Mas para juzgar el acto debidamente, transportémonos a aquellos tiempos. La dificultad que encontramos para justificarlo, depende, en último resultado, de la que hay para justificar el derecho de conquista; pero recordemos que la infidelidad era entonces, y aún mucho tiempo después, tenida por un pecado que debía castigarse con la hoguera y la tortura en este mundo, y la eterna condenación en lo futuro; y no importaba que esa infidelidad fuese hija de la ignorancia o de la educación, hereditaria o adquirida, herética o pagana; todo era lo mismo. Esta doctrina, por monstruosa que sea, era el credo de todo el mundo romano, o en otras palabras, de todo el orbe cristiano; era la base de la Inquisición y de todas las demás persecuciones religiosas, que entonces y otras veces, han manchado los anales de casi todas las naciones de la cristiandad (1). Según este Código, las tierras de los infieles

después de la conquista estuvieron en Cholula y averiguaron los hechos, valiéndose de los sacerdotes indios y de otros testigos presenciales de la matanza, que todavía vivían; además, que sustancialmente está corroborada por la autoridad de los otros escritores de la época. El excelente obispo de las Chiapas, escribió su obra con objeto declarado de excitar las simpatías de sus compatriotas en favor de los oprimidos indios. ¡Generoso intento!, pero que muy a menudo ha desviado su pluma de la estrecha senda de la imparcialidad histórica. No había sido testigo presencial de los sucesos, y estaba siempre propenso a acoger crédulamente todo lo que hacía a su propúsito y a recargar sus cuadros con tantas escenas de sangre y exterminio, que de puro extravagantes y exageradas sus noticias, traen su refutación consigo mismas.

(1) Para mayor aclaración acerca de la observancia que hago en

eran consideradas como una especie de terreno baldío, que a falta de legítimo propietario podía ser reclamado y poseído por la Santa Sede, y como tal, podía ser dado libremente por el jefe de la Iglesia al potentado a quien quisiese y que tomase por su cuenta el trabajo de la conquista (1). Así, Alejandro VI donó generosamente una gran

el texto, refiero al lector, a las últimas páginas de mi «*Historia de Fernando e Isabel*, donde he impedido algún trabajo para manifestar cuán arraigadas estaban estas convicciones en el pecho de los españoles, en la época a que nos estamos refiriendo. El mundo ha ganado poco en liberalismo desqués del Dante, el cual había confiado a uno de los astros de su «Infierno», a todos los hombres grandes y buenos de la antigüedad, por la sola culpa (no suya, ciertamente) de haber venido al mundo demasiado temprano. Los memorables versos que están a continuación, son, como tantos otros del bardo inmortal, una prueba de la fuerza y debilidad del espíritu humano, y pueden citarse como un ejemplo concluyente de lo que eran los sentimientos populares a principios del siglo XVI.

Ch'ei non pecaro, e, s'egli hanno mercedi
Non basta, *perch' e' non ebber battesmo*,
Ch'e porta della fede che tu credi.
E, se furor dinanzi al cristianesmo.
Non adorar debitamente Dio,
E di queste cotai son io medesmo.
Per tal difetti, e non per altro rio,
Semo perdutti, e sol di tanto affesi,
Che sanza speme vivemo in dizio.

Infierno, *Canto id.*

(1) De la misma manera que las leyes de Olero, el Código marítimo de tanta autoridad en la Edad Media, abundaba la propiedad de los infelices, equiparada a la de los piratas, a los verdaderos creyentes. «S'ilz sont pyrates, pilleurs, ou escumeurs de mer, ou Turcs, et autres contraires et ennmis de nostre dicte foy catbolicque, cha cun peus prendre sur telles manieres de gens, comme sur chiens et peut l'on les derrobber et spolier de leurs biens sans pugnition. C'est le

porción del emisferio oriental a los españoles y la otra a los portugueses. Estas encumbradas pretensiones de los sucesores del humilde pescador de Galilea, no eran, puramente, nominales, que por el contrario, se las invocaba y reconocía como decisivas en las disputas entre las naciones (1).

Juntamente con este derecho, venía la obligación en la cual se fundaba aquél, de rescatar a las naciones que vivían en las tinieblas del paganismo, de la perdición eterna que les aguardaba. Semejante obligación estaba reconocida por todos los buenos y los valientes: la reconocía el monje en su claustro, el misionero en sus predicaciones, el soldado en sus cruzadas. Por muy adulterado que haya sido el sentimiento de este deber por consideraciones mundanas y por la ambición y la codicia de las cosas terrenales, aún era aquel sentimiento más vivo y fuerte en el corazón del conquistador cristiano. Ya hemos visto que en Cortés, ese sentimiento superaba con mucho a todas las consideraciones temporales. La concesión del Papa, fundada en la condición de convertir a los infieles (2), robustecía la creencia

jugement.» Juicios de Olero, art. 45, en la colec. de las leyes marítimas, por J. M. Pardessus. París, 1828, t. I, pág. 351.

(1) La famosa bula de partición, sirvió de base al tratado de Tordesillas, por el cual fijaron los monarcas portuguesss y castellanos los límites de las tierras descubiertas por unos y otros; por cuyo tratado el vasto imperio del Brasil quedó cedido al primero, no obstante que los españoles lo habían poseído antes. (V. la historia de Fernando e Isabel, parte 2.ª, cap. XVIII; parte 2.ª, cap. IX, últimas páginas de uno y otro capítulo.)

(2) En esta condición, terminantemente expresada y repetida varias veces, se fundan las famosas bulas de Alejandro VI, de 3 y 4 de mayo de 1493, en las que confiere a Fernando e Isabel el pleno dominio de todas las tierras de las Indias Occidentales que no hubiesen sido ya descubiertas por príncipes cristianos. (V. estos preciosos do-

de que este era un deber imperioso, y servía de base aparente (y aun podría decirse que para aquellos tiempos, de verdadera base) al derecho de conquista (1).

Verdad es que este derecho no autoriza para actos de violencia innecesarios. La presente expedición, hasta el

cumentos en Navarrete. *Colección de los viajes y descubrimientos* (Madrid, 1825), t. II, notas 17-18.)

(1) El título en que los protestantes fundaban sus derechos naturales a los frutos de las tierras descubiertas por ellos en el Nuevo Mundo, es muy diverso. Consideran que la tierra está creada para que se la cultive, y que la Providencia no puede haber tenido el designio de que tribus errantes de salvajes posean un territorio más que sobrado para satisfacer sus necesidades, con exclusión de los hombres civilizados. Pero ciertamente que, según esto, por lo tocante al cultivo de la tierra, malos títulos de posesión tenemos sobre muchos de nuestros actuales dominios, que, despoblados e incultos, no son nada necesarios para nuestro mantenimiento presente y próximamente venidero.

El argumento fundado en la diferencia de civilización es todavía más dudoso. Debemos confesar, en honor de nuestros bisabuelos los puritanos que alegaron ningún derecho natural, ni menos se fundaron en las concesiones del rey Santiago, que daban derechos, casi tan absolutos como los que pretendía tener la Santa Sede, pues, por el contrario, sus títulos al nuevo suelo, los adquirieron comprándolos legítimamente a los naturales, conducta que forma un honroso contraste con la seguida por muchísimos de los que fundaron nuevos establecimientos en el continente americano. Es de observar, sin embargo, que cualesquiera que hayan sido las diferencias entre la Iglesia Católica (o, mejor dicho, entre los Gobiernos español y portugués) y el resto de la España, con respecto al verdadero fundamento de la legalidad de sus títulos, siempre se han reducido en sus disputas mutuas, a reconocer los derechos de antelación en el descubrimiento. Véase una breve idea de la cuestión en Vattel (Derecho de gentes, sec. 209), y mayormente en Kent (Comentarios a las leyes americanas, vol. III, lec. 51), donde está tratada, lucida y elocuentemente. La cuestión considerada como Derecho de gentes, se encuentra delucida en el famoso caso de Johnson. (Véase *M. Intosh.*)

período a que acabamos de llegar, había sido manchada con menos de estos actos, que casi todos los descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo. Durante toda la campaña, había prohibido Cortés todas las injurias y ataques a las personas y propiedades de los naturales, y a los que los habían perpetrado les había castigado con ejemplar severidad. Había sido fiel a sus amigos, y, con pocas excepciones, también poco cruel con sus enemigos. Sea que la conveniencia o principios, les dictasen tal conducta, ella siempre le hace honor aun cuando nadie que tenga alguna sagacidad dejará de conocer que en este punto estaban de acuerdo la coveniencia y los principios de los conquistadores.

Había entrado en Cholula invitado por el emperador indio, quien ejercía una dominación, aunque encubierta, real y verdadera sobre aquel territorio donde le habían recibido como amigo y haciéndole todas las demostraciones posibles de benevolencia; sin provocación alguna suya ni de sus subordinados. se encontraron de repente amenazados de ser víctimas de la más pérfida trama; puestos sobre una mina que podía estallar en el momento menos esperado y envolverlos a todos en las ruinas.

Razón tuvieron en juzgar que su salvación consistía en anticipar el golpe, pero sin embargo, ¿quién puede dudar que el castigo fué excesivo, que el mismo fin se pudiera haber

Wheaton, *Reports of Cases in the supreme Court of the United States*, vol. VIII, pág. 543 y siguientes. Si no fuera tratar muy ligeramente cuestión tan grave, suplicaría yo que se me permitiese remitir al lector a la *Historia de Nueva York* de Driedrick Knickerbocker (libro 1.º, cap. V), donde se encuentran los argumentos más vulgares, sometidos al crisol del ridículo, crisol que manifiesta mejor de lo que se pudiera con razones serias, lo que valen, o por mejor decir, lo poco que valen sus argumentos.

conseguido descargando la venganza contra los jefes criminales y no contra la plebe ignorante que no hacía más que obedecer las órdenes de sus señores? Pero por otro lado, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado del poder sea parco ni escrupuloso en el ejercicio de éste? ¿Ni quién, tampoco, que las pasiones violentas de un soldado, inflamadas por un agravio reciente, se contengan en el momento de la explosión?

Quizá decidiríamos más imparcialmente acerca de la conducta de los conquistadores, comparándola con la que han seguido nuestros contemporáneos mismos cuando se han visto en igualdad de circunstancias. Las atrocidades cometidas en Cholula por los conquistadores, no son tan bárbaras como las que sus descendientes han sufrido en la última guerra de la Península, de parte de los ingleses en Badajoz, y de la de los franceses en Tarragona y en otras cien partes. La desenfrenada carnicería, los ataques a la propiedad, y, sobre todo, esos ultrajes peores que la muerte, de los que estuvo exento el sexo débil en Cholula, forman un catálogo de excesos tan atroces como los que se imputan a los españoles, y en cuya defensa no se puede alegar ni el resentimiento, ni la necesidad de hacer una esforzada y patriótica resistencia.

La consideración de todos estos sucesos cuya repetición nos ha familiarizado con su espectáculo, debe hacernos más indulgentes al juzgar de lo pasado; el cual nos enseña que el hombre, ya sea salvaje, ya culto, cuando sus pasiones se han excitado, es el mismo en todos tiempos.

Otra cosa nos enseña, y es en verdad una de las lecciones más provechosas que nos ofrece la historia, y es: que puesto que semejantes actos son *inevitables* en la guerra, aun cuando se verifique entre los pueblos más ilustrados, los que rigen los destinos de las naciones, deben someter-

se a cualesquiera sacrificios, excepto el del honor, antes que apelar a la decisión de las armas. El solícito esmero que tienen los pueblos modernos en evitar tales calamidades, por medio de conferencias pacíficas y de una mediación imparcial, es una grandísima prueba, mayor que todos los adelantos hechos en las ciencias y las artes, de nuestra superioridad en cultura sobre los pueblos antiguos.

Está lejos de mí el designio de justificar las crueldades de los primeros conquistadores; que graviten con todo su peso sobre su cabeza: eran una raza de hierro, que si no se cuida gran cosa de sus propios peligros y padecimientos, poco miramiento había de tener a los de sus desventurados enemigos; pero para juzgarlos debidamente, no los veamos a la luz de nuestro siglo, retrocedamos al suyo, y coloquémonos en el punto de vista que permite la civilización de entonces; solamente de esta suerte podremos calificar imparcialmente a las pasadas generaciones. Otorguémosles a estas la justicia que exigimos nosotros de nuestra posteridad cuando, a la luz de una civilización más adelantada, examine los hechos oscuros y dudosos que hoy apenas fija nuestra atención.

Mas cualquiera que sea el mérito moral de la acción de que vamos hablando, como un golge de política, no se puede disputar que era bien calculado. Las naciones de Anáhuac habían contemplado, con asombro y miedo, a aquel puñado de extranjeros que se internaba cada vez más en el país, arrostrando todos los obstáculos, venciendo ejércitos tras de ejércitos, con mayor facilidad que la que tiene la velera nao para hender el mar bravío, o que la lava cuando se precipita de los volcanes y sigue incontrastable su carrera, empujando delante de sí todos los obstáculos y dejando devastado y consumido cuanto se encuentra en su huella abrasadora.

Las proezas de los españoles, de los *dioses blancos* (1), como se les llamaba por los indios, los hacían pasar por invencibles; ¡pero hasta que no llegaron a Cholula, no se supo cuán tremenda era su venganza!

Todos temblaron; pero nadie cual el emperador azteca, cuyo trono estaba sentado en medio de las montañas. En aquellos acontecimientos, creía leer los negros caracteres trazados por el siniestro dedo del destino (2). Ya veía su reinado desvaneciéndose, como se desvanece la niebla de la mañana.

Algunas de las más importantes ciudades de las inmediaciones de Cholula, amilanadas por la desgracia de la capital, enviaron embajadores al campo de los cristianos; requiriendo su alianza y halagándolos con ricas dádivas de oro y esclavos (3).

Moteuczoma, asustado con estas muestras de abandono, volvió a consultar con sus dioses impotentes, los cuales, a pesar de que sus aras humearon con la sangre de hecatombes de víctimas humanas, no le dieron ninguna respuesta consoladora. En vista de esto, resolvió mandar a los espa-

(1) *Los dioses blancos*. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.°, cap. XL.

(2) Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XI.

En una arenga que se dijo con motivo del advenimiento de un príncipe azteca, encontramos la siguiente notabilísima predicción: ¿Acaso tú tienes cuidado de las cosas adversas y espantables que han de venir, que no las vieron pero temieron los antiguos y antes pasados?... ¿Cuándo se verá la perdición y destruimiento que acontecerá a los reinos, pueblos y señoríos, y cuándo súbitamente todo a oscuras y todo destruído; o cuándo vendrá tiempo en que nos hagan a todos esclavos y andaremos sirviendo en los más bajos servicios? (Ibid, libro 6.°, cap. XI.) Esta extraña profecía, que he traducido literalmente, prueba cuán fuertemente arraigado estaba en los indios el temor de una futura e inminente revolución.

(3) Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 7.°, cap. III.

ñoles otra nueva embajada, negando que hubiese tenido participación alguna en la conspiración de Cholula.

Mientras, permanecía Cortés en esta ciudad. Creyendo que la impresión que debían haber producido las últimas escenas era una coyuntura a propósito para tentar la conversión de los infieles, instó a los ciudadanos para que abrazasen la Cruz y dejasen aquellos falsos patronos que los habían abandonado en el momento de mayor peligro.

Pero las tradiciones de tantos siglos, esparcían todavía una corona de gloria sobre aquel santuario de los dioses, la Ciudad Santa del Anáhuac. No era de esperar que aquel pueblo se prestara gustoso a renunciar a sus preeminencias y a bajarse al nivel de las demás ciudades. Con todo, Cortés hubiera insistido en su propósito, a no ser por los consejos del sabio Olmedo, quien le persuadió a que le dejase para después de hecha la conquista de todo el país (1).

Pero le cupo la satisfacción de romper las jaulas en que estaban encerradas las víctimas destinadas al sacrificio, y de devolver a éstas la libertad y la vida.

Se apoderó de aquella parte del templo mayor, que siendo de piedra no había sido devorada por las llamas y la dedicó al culto católico.

Una cruz de extraordinarias dimensiones, cuyos brazos se extendían sobre la ciudad, anunciaba que ésta había quedado bajo la protección de la Cruz. En este mismo sitio está hoy un templo circundado de cipreses antiquísimos y consagrados a Nuestra Señora de los Remedios.

Allí se encuentra una imagen de la Virgen, cuya imagen se dijo la dejó el conquistador mismo (2).

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXXXIII.

(2) Veytia, *Hist. Antig.*, t. I, cap. XIII.

Un eclesiástico indio, descendiente de los antiguos chollultecas, celebra las pacíficas ceremonias de la Iglesia católica, en el mismo lugar donde sus antecesores celebraban los sanguinarios ritos del místico Quezalcoatl (1).

Mientras esto pasaba, llegó otra nueva embajada de México; traía, como era de costumbre, un valioso regalo de plata y oro, animales artificiales que imitaban al pavo, con plumas de aquel último metal. A esto se añadían mil quinientas vestiduras de algodón finamente trabajadas.

El emperador volvía a expresar cuánto sentimiento le causaba la catástrofe de Cholula, se vindicaba de toda participación en aquella trama, y decía que ya había acarreado a sus autores la retribución merecida y que para impedir que se repitiesen tales excesos había mandado que se situase en las inmediaciones de la ciudad un ejército azteca (2).

No se puede ver esta conducta pusilánime de Moteuczoma sin sentir hacía él, a la vez, lástima y desprecio. No es fácil creer en su ponderada inocencia con respecto a la conspiración de Cholula, atendiendo a algunas de sus circunstancias; pero no perdamos de vista que las noticias que de ella nos quedan, provienen o de escritores españoles, o de indios que florecieron poco después de la Conquista, es decir, cuando el país ya era una colonia de España. En efecto, ni una sola historia azteca ha sobrevivido capaz de ser interpretada; el triste destino del infortunado Moteuczoma es que su retrato sólo nos queda trazado por el pincel de sus enemigos (3).

(1) Humboldt, *Vistas de las Cordilleras*, pág. 32.

(2) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 69. Gomara, *Crónica*, cap. LXIII. Oviedo, *Hist. de las Ind*, M. S., lib. 33, cap. V. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIV.

(3) Lo que se dice en el texto parecerá tal vez infundado, atendiendo a que existen tres códices con interpretaciones, como lo hemos

Ya habían pasado más de quince días desde que Cortés había entrado en Cholula, por lo que resolvió proseguir sin demora su marcha a la capital. La venganza sobre los chalultecas había sido tan rigurosa, que conoció que el enemigo que se dejaba a la retaguardia no podía molestarlo en caso de retirada. Antes de su partida tuvo el placer de saldar (en apariencia a lo menos) la enemistad que por tanto tiempo había habido entre los de Cholula y Tlaxcalan, y que no volvió a revivir después de verificada la súbita revolución que cambió todos los destinos de Anáhuac.

Algo le inquietaba, no obstante, la súplica que le hicieron los aliados zempoaltecas de que les permitiese volver a su tierra, alegando que por su comportamiento con los recaudadores aztecas y por la ayuda que habían prestado a los españoles, se juzgaban poco seguros en la Corte del emperador. En vano trató Cortés de tranquilizarlos con promesas de protección; la desconfianza y temor de Moteuczoma eran demasiado grandes para poder ser reprimidos. Le habían sido tan útiles por su fidelidad y valor, que

dicho antes. Pero estos tres códices contienen muy pocas noticias relativas a Moteuczoma, y están sacados de comentarios de monjes españoles, que muy a menudo son irreconciliables manifiestamente, con las más auténticas noticias sobre los aztecas. Aun escritores como Ixtlilxochitl y Camargo, que por su descendencia de los indios parece que debían mostrar más independencia, cuidan menos de esto que de aparecer fieles a su nueva religión y a su nueva patria. Acaso el más fehaciente de los recuerdos de aquel tiempo, es la obra de Sahagun, y mayormente el libro 12, donde recopiló noticias recogidas poco después de la Conquista. Esta porción de la obra ha sido escrita de nuevo por el autor y considerablemente reformada por él ya en los últimos años de su vida; así es que es de dudar si acaso la versión ya reformada es tan fiel como el original, que todavía permanece manuscrito y que es el que yo he consultado principalmente.

el general español no podía ver sin sentimiento la determinación en que estaban de abandonarle, ni acceder a ella sin grandes dificultades. Mas, al fin, condescendiendo en su justa petición, se despidió de ellos al partir de Cholula, después de recompensarles liberalmente con las vestiduras y joyas que le había enviado el emperador. Aprovechóse también de su ida para enviar a Juan de Escalante, su teniente en Veracruz, unas cartas en que le informaba de los felices adelantos que se habían hecho; preveníale, además, que redoblase las fortificaciones de la plaza, por manera que se pudiese resistir a cualquier tentativa hostil de parte de Cuba, cuidando no menos de prevenirle que evitase todo alzamiento de los naturales; finalmente, recomendaba muy especialmente que protegiese a los totonecas, cuya fidelidad con los españoles los exponía gravemente a la venganza de los aztecas (1).

(1) Bernal Díaz, op. cit., caps. LXXXIV LXXXV. Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67. Gomara, *Crónica*. cap. LX. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. V.

CAPÍTULO V

Continúa la marcha.—Suben el gran volcán.—Valle de México.—Impresión que produce en los españoles.—Conducta del emperador.—Bajan al valle.

(1519)

Restablecido completamnte el orden en Cholula, prosiguieron su marcha los ejércitos aliados, español y tlaxcalteca. El camino pasaba por entre bellas campiñas y frondosos plantíos que lo rodeaban en todas direcciones, y que ocupaban varias leguas. En su marcha los alcanzaron los enviados de varias ciudades, solícitos por ganarse la protección de los blancos, a cuyo fin les mandaban ricas dádivas, especialmente de oro, por ser bien sabido en todo el país lo codiciado que era aquel metal de los españoles.

Muchas de estas ciudades eran aliadas de los tlaxcaltecas y todas ellas manifestaban gran descontento del Gobierno de Moteuczoma. Los naturales amonestaban a sus aliados de guardarse de la perfidia del emperador, dando como prueba de su ánimo hostil, que había mandado obstruír el camino real para obligarles a tomar otro, que por su estrechez y puntos fuertes, les pusiese en condiciones desventajosas. Cortés no dejó escapar aquellas observaciones y vigilaba cautamente todos los movimientos de los

embajadores mexicanos, temeroso de sufrir una sorpresa (1). Cuidadoso y activo, se presentaba dondequiera que su persona podía servir de algo; ora está en la vanguardia, ora en la retaguardia; al débil lo alienta, azuza al perezoso, y a todos les infunde el ánimo y la fortaleza que a él le inflama; de noche nunca dejaba de rondar el campamento para cuidar de que los centinelas estuviesen en su puesto; habiendo corrido en una ocasión gran riesgo de que le fuese fatal esta vigilancia, pues se acercó tanto a un centinela, que éste, no pudiendo distinguir en la oscuridad quién era, levantó contra él su ballesta, cuando afortunadamente contuvo sus movimientos al oír el grito del general que le daba la contraseña. Así pudo haberse terminado la campaña y recobrar aliento por algún tiempo más el emperador Moteuczoma.

El ejército llegó, por último, a un punto del camino donde éste se dividía en dos ramas, una de las cuales estaba obstruída, según y como lo habían dicho los indios, con enormes piedras y troncos de árboles. Cortés preguntó a los enviados mexicanos la causa de aquello, a lo que le replicaron que se había hecho de orden del emperador para que no fuesen los españoles a tomar un camino que, a alguna distancia de allí, era intransitable para la caballería; confesaron, no obstante, que era el más corto, por lo que Cortés dijo que le parecía el preferible, y que a los españoles no les arredraban los obstáculos, que despejasen la enramada. Según cuenta Bernal Díaz, muchos años después se conservaban todavía a un lado del camino los troncos de los árboles que lo obstruían. Aquello dió a conocer claramente al general la premeditada traición de los

(1) «Andábamos», dice Bernal Díaz, usando de una expresión familiar, pero significativa, «la barba sobre el hombro».

mexicanos, pero era demasiado astuto para dejar traslucir sus sospechas (1).

Ya dejan los extranjeros la risueña campiña y comienzan a subir la fragosa sierra que separa los valles de México y Puebla. El aire, conforme iban subiendo, era cada vez más frío y penetrante; el helado soplo que bajaba de la falda de las montañas hacía tiritar a los españoles a pesar de sus vestidos de algodón y entumecía los miembros de caballos y cabalgadores.

Ya pasan por entre dos de las más altas montañas del continente norteamericano; el Popocatepetl, *cerro que humea*, y el Ixtaccihuatl, *mujer blanca* (2), nombre que seguramente le impusieron a esta última montaña, en razón de la blanca túnica que cubre su ancha y quebrada cumbre. Una pueril superstición hacía creer a los indios que aquellos dos montes eran dos dioses, y que el Ixtaccihuatl era la mujer de su formidable vecino (3). Otra tradición más sublime hacía considerar el volcán del norte, como la morada de los espíritus de los malos príncipes, cuyas horribles agonías en aquella cárcel ocasionaban las tremendas convulsiones y los vómitos de lava, en tiempo de erupción. Esta era la fábula clásica de la antigüedad (4). Semejantes

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra*. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 70. Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.°, cap. XLI.

(2) «Llamaban al volcán Popocatepetl, y a la sierra nevada Ixtaccihuatl, que quiere decir, la sierra que humea y la blanca mujer.» Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

(3) «La sierra nevada y el volcán los tenían por dioses; y que el volcán y la sierra nevada eran marido y mujer.» Ibid.

(4) Gomara, *Crónica*, cap. LXII.

«Aetna Gigantees nunquam tacitura triumphos
Enceladi bustum qui saucia terga revinctus
Spirat inexahustum flagranti pectore sulphur.»

Claudian, de Rapt. Pros., lib. 1.°, volumen 152.

supersticiones, investían a las montañas de un misterioso horror, que hacía temblar a los indios sólo al pensar en subir a su cumbre, la cual, por otra parte, era casi inaccesible a causa de obstáculos materiales.

El gran volcán (1) llamado Popacatepetl, se eleva a la enorme altura de 17.852 pies sobre el nivel del mar, es decir, más de 2.000 pies más que el *rey de los montes*, el más alto que se conoce en Europa (2). En el presente siglo, raras veces ha dado señales de su naturaleza volcánica, por manera que el cerro que humea, apenas merece hoy este nombre; pero en tiempo de la conquista, frecuentemente estaba en actividad, y precisamente cuando los españoles estaban en Tlaxcalan, bramaba con extraño furor; cosa que, como es de suponer, pareció de muy mal agüero a los naturales de Anáhuac. Su cabeza reviste la forma de un cono regular, a causa de los depósitos de las erupciones sucesivas, y tiene el aspecto corriente en las montañas volcánicas, en los puntos en que no está escavada por el cráter. Se le ve elevarse a los cielos envuelto en su túnica de nieve perenne, desde las anchurosas llanuras de Puebla y México; es el primer objeto que doran los rayos del sol naciente; el último que tiñen los del sol que muere; la radiante diadema que lo ciñe entonces, contrasta con las áridas llanuras de arena y lava que se extienden bajo de él,

(1) Los antiguos españoles llamaban con este nombre a cualquiera montaña elevada, aun cuando nunca hubiese dado señales de combustión: así, el Chimborazo, era llamado *volcán de nieve*. (Humboldt, *Ensayo político*, tomo I, pág. 162); y el emprendedor viajero Stephens habla del *volcán de agua*, situado a las inmediaciones de la Antigua Guatemala. (Incidentes de un viaje a Chiapas, la América central y Yucatán), Nueva-York, 1841, vol. I, cap. XIII.

(2) El Monte Blanco tiene, según De Sanssure, 15.670 pies de altura. En cuanto a la del Popacatepelt, véase una esmerada relación, en la *Revista Mexicana*, tomo II, núm. 4.

y con la fúnebre faja de cipreses que circunda su base.

El misterioso terror que inspira aquel sitio y el amor de las aventuras, sugirió a algunos caballeros españoles el pensamiento de subir a su cumbre; cosa que los naturales les aseguraron no podrían verificar quedando con vida. Cortés les animaba a aquella empresa, deseoso de probar a los indios que no había proeza por peligrosa y tremenda que fuese, que no estuviera al alcance de sus intrépidos compañeros. A consecuencia de esto, uno de sus capitanes, Diego de Ordaz, otros nueve españoles y algunos tlaxcaltecas, alentados por el ejemplo de los primeros, intentaron la subida, en la que encontraron mayores dificultades de las que se aguardaban.

La parte inferior estaba cubierta de un bosque tan espeso, que en algunas partes apenas era posible penetrarlo. Conforme iba subiendo, el bosque iba siendo más despoblado de árboles; la vegetación era un poco más arriba pobre y triste; hasta que, finalmente, a la altura de algo más de 13.000 pies, desaparecía completamente. Los indios que habían subido hasta allí, intimidados por los ruidos subterráneos que se oían en el volcán, que entonces estaba todavía en estado de combustión, no quisisieron proseguir. El camino estaba abierto por sobre negras lavas enfriadas, cuyos fragmentos irregulares, producidos por los obstáculos que se les opusieron cuando venían derretidas, oponían incesantemente tropiezos para andar. Entre estos fragmentos había uno, llamado el *Pico del Fraile*, que era una enorme roca perpendicular de 120 pies de altura y que se percibe desde abajo, la cual les obligó a dar un gran rodeo. Pronto llegaron al límite de los hielos perpetuos, donde encontraron nuevos y desconocidos obstáculos, pues que el hielo, resbaladizo, no les permitía asentar sólidamente el pie, y les ponía a cada instante en

riesgo de precipitarles en los ateridos abismos que los rodeaban por todas partes; para poner el colmo a la dificultad, la respiración se encontraba tan estorbada en aquellas regiones donde el aire es rarísimo, que los esfuerzos para respirarlo eran acompañados de agudos dolores en la cabeza y en los miembros. Sin embargo de esto, aún prosiguieron sus tentativas hasta que llegaron a acercarse al cráter, de manera que la enorme cantidad de humo, cenizas y chispas que vomitaba el monte de entre sus entrañas abrasadas, por poco les sofoca y les ciega. Aquello era demasiado insoportable aun para hombres de hierro como ellos; así es que, aunque muy a su pesar, se vieron obligados a abandonar su intento, ya en víspera de darle remate. Trajeron algunos enormes carámbanos, cosa curiosa en aquella región cálida, como un trofeo de su hazaña, que, aunque incompleta, era bastante a admirar a los indios y a darles una nueva pueba de que para los españoles, los más espantoaos y misteriosos peligros no eran más que pasatiempos. La empresa era propia y digna de aquellos caballeros que, no contentos con los peligros y aventuras que buenamente se encontraban en su camino, se echaban, como Don Quijote, en busca de otros nuevos. Al emperador Carlos V se le remitió una relación de este suceso, y a la familia de Ordaz se le permitió que usase el escudo de armas, un monte ardiendo, en conmemoración de tan famosa hazaña (1).

El general no quedó satisfecho del resultado de la expedición, por lo que dos años después mandó otra nueva a

(1) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág 70. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33. Bernal Díaz, cap. LYXVIII.

El último de estos escritores dice que la subida se intentó cuando estaban los españoles en Tlaxcalan y que se llegó a verificar completamente; mas la carta del general, escrita poco tiempo después del su-

las órdenes de Francisco Montaño, caballero de ánimo resuelto y esforzado. El objeto de ella era proporcionar azufre para la fabricación de la pólvora. El monte estaba pacífico en aquella época y el éxito fué más completo. Los españoles, en número de cinco, llegaron hasta el borde del cráter, el cual representaba un elipse irregular y tenía más de una legua de circunferencia; la profundidad sería de cosa de 800 o de 1.000 pies. Una pálida llama ardía en el fondo de él y despedía un vapor sulfuroso, que al subir se enfriaba y dejaba depositado el azufre en las paredes del cráter. Se echó en suerte quién debía descender, y tocó a Montaño mismo bajar en un cestillo a aquel horroroso abismo, donde le hundieron sus compañeros a la profundidad de 400 pies. La operación se repitió bastantes veces, hasta que hubo la cantidad de azufre que necesitaba el ejército. Esta temeraria empresa excitó la admiración general de aquel tiempo. Cortés concluye su relación haciendo al emperador la juiciosa reflexión de que después de todo, habría sido mejor mandar traer de España la pólvora (1).

ceso y sin motivo de equivocación, es mejor autoridad. (Véase, además, a Herrera, *Hist. gen.*, dec. 2, lib. 6.°, cap. XVI. *Relac. d'un gent.*, en Ramussio, t. III, pág. 308. Gomara, *Crónica*, cap. LXII.

(1) Relación 3.ª y 4.ª de Cortés, en Lorenzana, págs. 318-380. Herrera, *Historia Gral.*, dec. 3, lib. 3.°, cap. I. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XLI.

M. Humboldt duda que Montaño haya bajado al cráter, y piensa que es más probable que haya obtenido el azufre de alguna hendidura lateral de la montaña. (Ensayo político, t. I, pág. 164.) Desde la tentativa de Montaño hasta el siglo presente, no se había hecho ninguna otra, a lo menos, que se lograse; pero en 1827 se han verificado dos expediciones a la cumbre del Popocatepetl, y otras dos en 1833 y 1834. La noticia completa de la última, y algunos pormenores interesantes; y observaciones científicas, se han escrito por Gerolt, uno de la expedición, y se han publicado en el número ya referido de la *Re-*

Mas ya es tiempo de que volvamos de nuestra digresión, la cual se excusará, si se atiende a que ella ha servido para ilustrar notablemente el quimérico espíritu de empresa, poco inferior en la realidad a lo que parecía en los romances de caballería de los hidalgos españoles del siglo XVI.

El ejército prosiguió su marcha por las intrincadas gargantas de la sierra, tomando casi el mismo camino que actualmente conduce de la capital a Puebla, pasando por Mecameca (1), diferente del que ordinariamente siguen los viajeros que van de Veracruz, el cual da un largo rodeo por la parte septentrional de la base del Ixtaccihuatl; pero que es menos fatigoso aunque inferior al otro en paisajes pintorescos. Los helados vientos que soplan de la falda de la montaña y que traen consigo aguas, nieves y granizo, molestaban a los españoles mucho más que a los tlaxcaltecas, acostumbrados desde la infancia a habitar entre la selvática soledad de sus colinas nativas. En la noche sus padecimientos hubieran sido insoportables, pero se refugiaron en los edificios de piedra que el Gobierno mexicano había construído de trecho en trecho a lo largo del camino, para que se acomodasen los viajeros y los correos. ¡Cuán distante estaría al construirlos, de que habían de servir para dar abrigo a sus enemigos!

Al día siguiente, repuestas las tropas con el descanso de aquella noche, pudieron llegar fácilmente a la cresta de la sierra de Ahualco, la cual se extiende como una cortina al Norte y al Sur de los dos volcanes. El camino era compa rativamente llano y además les hacía andar con mayor pres-

vista Mexicana (t. I, pág. 461). Los que han subido a la cumbre del monte más alto, que domina enteramente al Ixtaccihual, afirman que en éste no se descubre ningún vestigio de cráter; lo cual es contra la opinión general.

(1) Humboldt, *Essai politique*, t. IV, pág. 17.

teza, la consideración de que estaban ya pisando el suelo de Moteuczoma.

No habían andado mucho, cuando al doblar uno de los ángulos de la sierra, descubrieron de repente una perspectiva que compensó con usura las pasadas fatigas del viaje, la del valle de México o Tenoctitlan, que es como más comúnmente le llamaban los naturales; este valle, con su pintoresco conjunto de lagos, bosques y llanuras cultivadas, de brillantes ciudades y selvas umbrías, se desplegaba a su vista como un brillante panorama. En estas regiones elevadas donde el aire atmosférico es muy raro, aún los objetos más distantes conservan el brillo del colorido y la limpieza de los contornos, por manera que como que desaparece la distancia (1). A sus pies se extendían dilatados bosques de encinos, sicomoros y cedros; y más allá, dorados campos de maíz mezclados con el altivo maguey, y hortalizas y floridos jardines, pues que las flores de tanto uso en las ceremonias religiosas, eran en el valle aún más abundantes que en las demás partes de Anáhuac. En el centro de la gran llanura se veían los lagos, que entonces ocupaban mucho más espacio que al presente, cuyas orillas estaban coronadas de ciudades y aldeas, en cuyo centro, parecía a una emperatriz india ceñida de una corona de perlas, se levanta la hermosa ciudad de México con sus blancas torres y templos piramidales, descansando en el seno de las aguas; se levantaba, en fin, la afamada Venecia de los aztecas. Sobre todas las demás colinas descollaba el cerro de Chapoltepec, residencia de los monarcas mexicanos, coronado de los mismos bosques de gigantes cipreses que aún ahora

(1) El Lago de Texcoco, sobre el cual se levantaba la ciudad de México, tiene 2.277 metros o cosa de 7.500 pies de elevación sobre el nivel del mar. Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 45.

envuelven aquel sitio en su ancha y negra sombra. Allá a lo lejos, más allá de las azuladas aguas del lago y medio oculta por el follaje, se veía blanquear y relucir la capital de Texcoco; y aún más allá se percibía el oscuro cinturon de pórfido que rodea a todo el valle, y en el cual parece que ha querido engastar la Naturaleza la más rica de sus joyas.

Tal era el bello espectáculo que de súbito sorprendió la vista de los conquistadores; aún hoy tan tristes cambios ofrece aquel paisaje, aún hoy que el país está desnudo de los gigantescos bosques que lo cubrían en otro tiempo, y que el suelo, expuesto sin resguardo al sol devorador de los trópicos, está árido y estéril; aún hoy que al retirarse las aguas han dejado anchos y espantosos trechos que blanquean con las incrustaciones de sal, mientras que las ciudades y pueblos que se levantaban en sus orillas se deshacen en ruinas; aunque la devastación es lo que se encuentra por todas partes, tan indestructibles son los rasgos de belleza con que allí se ostenta la naturaleza, que no hay viajero por frío e insensible que sea que pueda contemplarlos sin sentirse profundamente conmovido y arrobado (1). ¡Cuáles serían, pues, las sensaciones que experimentaron los españoles cuando después de hacer un viaje penoso, en una atmósfera delgada, el nebuloso velo que los envolvía desapareció de improviso y se les presentaron aquellos paisajes en todo su primitivo esplendor y belleza! Aquello fué como el espectáculo que sorprendió la vista de Moisés desde la cumbre del Pisgah; por manera que en medio del ardiente

(1) No hay necesidad de copiar las páginas de los viajeros modernos, que aunque de distinto gusto, sensibilidad y talento, están acordes en cuanto a las impresiones que produce la vista de este hermoso valle.

entusiasmo que sentían, no pudieron menos de exclamar: «He aquí la tierra prometida.» (1)

Mas estas sensaciones estaban mezcladas con otras de un carácter muy diverso, pues todo aquello les daba a conocer la obra de una civilización mucho más adelantada que cuanto hasta entonces habían visto. Los más tímidos, desalentados por la idea de una lucha desigual cual la que iban a emprender, solicitaban con instancia, como ya lo habían hecho en ocasiones anteriores, volverse otra vez a Veracruz; mas no fué tal lo que sintió el ánimo del esforzado general. Su avaricia se avivó al contemplar los soberbios despojos que le esperaban; y si bien sentía la ansiedad que, naturalmente, debía inspirarle tan formidables enemigos, su confianza renacía al echar una mirada, tanto sobre las filas de sus veteranos cuyas tostadas caras y estropeadas armaduras recordaban los riesgos y dificultades que habían superado, como sobre sus audaces y bárbaros aliados, cuyos odios se habían inflamado al aspecto del país de los enemigos de su patria, y parecían como águilas prontas e impacientes por avalanzarse sobre su presa. Por medio de razones, súplicas y amenazas, consiguió revivir el amortiguado valor de los soldados a disuadir de que pensasen en retirarse ahora que habían tocado al término que habían suspirado, y que iban a abrirse para recibirles, las doradas puertas de Moteuczoma. Ayudábanle en estos esfuerzos aquellos bravos hidalgos para quienes el honor valía tanto como las riquezas; hasta que, por fin, aún los más pacatos, participaron del entusiasmo de los capitanes y del general, y éste

(1) Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.°, cap. XLI.

Esto nos recuerda la memorable descripción de las bellas llanuras de Italia, que Aníbal mostró a sus hambrientos bárbaros, después de pasar los fragosos Alpes, tal cual la refiere el príncipe de los historiadores descriptivos. (Livio, *Hist.*, lib. 21, cap. XXXV.)

tuvo la satisfacción de ver a sus columnas vacilantes un momento antes, emprender de nuevo su marcha con paso firme al bajar las laderas de la sierra (1).

Al paso que iban internándose, los bosques iban estando menos poblados, los terrenos cultivados eran más numerosos y se veían en todos los rincones abrigados, cabañas cuyos habitantes salían al encuentro de las tropas y les hacían un amistoso recibimiento. Por donde quiera se oían quejas de Moteuczoma, principalmente por la manera despiadada con que arrebataba a los jóvenes para alistarlos en sus ejércitos, y a las mancebas para llevárselas a su serrallo. Cortés veía con placer aquellos síntomas de descontento, y le parecía que el trono de Moteuczoma estaba asentado sobre un volcán cuyos elementos de combustión interior estaban en tal actividad que podrían hacer una explosión en el momento menos esperado. Instó a los naturales que estaban descontentos a que descansasen en su protección, y les aseguró que había venido precisamente para vengar sus agravios. Finalmente, se aprovechó de sus favorables disposiciones, para hacer penetrar entre ellos los débiles rayos de luz espiritual que permitían el tiempo y las predicaciones del Padre Olmedo.

Prosiguió su camino haciendo cómodas jornadas, aunque algo retardaba su marcha la multitud de curiosos que salía a los caminos reales, y la detención que hacían en los lugares de importancia. Encontróles en el camino otra embajada enviada de la capital. Componíanla varios señores aztecas, cargados, como era de costumbre, de ricas dádivas de oro y finas vestiduras de plumas y pieles.

El mensaje del emperador estaba concebido en los mis-

(1) Torquemada, *Monarq. Ind.*, *ubi. supra*. Herrera, ***Hist. general***, dec. 2, lib. 7.°, cap. III. Gomara. *Crónica*, cap. LXIV. Oviedo, ***Historia de las Ind.***, M. S., lib. 33, cap. V.

mos términos deprecatorios que antes, insistía todavía en rogar que los españoles se volviesen, ofreciendo cuatro cargas de oro al general, una a cada uno de sus capitanes y un tributo anual al monarca español (1). ¡Tan fuertemente así había sido dominado por la superstición el espíritu altanero y esforzado del monarca indio!

Mas el hombre a quien no arredraba el aparato bélico, menos podía ser doblegado por femeniles súplicas. Recibió, pues, a la embajada, como lo tenía de costumbre, con comedimiento, pero insistía en que no podía volver a presentarse ante su soberano sin haber hecho antes una visita al emperador azteca en su corte misma, y que sería más fácil arreglar los negocios por medio de una entrevista personal, que por medio de negociaciones indirectas, añadió que los españoles venían de paz como lo vería Moteuczoma; pero que si le causaba enojo la presencia de aquellos, fácilmente podría excusárselo (2).

El monarca azteca era entre tanto víctima de los más terribles temores. Es de advertir, que cuando había enviado esta última embajada, todavía los españoles no habían bajado las montañas; así es que cuando supo que esto se había verificado, que sus enemigos venían atravesando el valle y que se encontraban a los umbrales de la capital, se extinguió en su seno hasta la última chispa de esperanza. Semejante a aquél que de improviso se encuentra a orillas de un tenebroso y tremendo abismo, quedó desconcertado

(1) La carga ordinaria de un *taman* mexicano, era de cosa de 50 libras u 800 onzas. Clavijero, *Stor. de México*, t. III, pág. 69, notas.

(2) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XII. Relación seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 73. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 7.º, cap. III. Gomara, *Crónica*, cap. LXI. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33. cap. V. Bernal Díaz, *Hist. de la Conquista*, cap. LXXXVII.

de tal suerte, que le fué imposible combinar sus ideas, ni aun comprender cuál era su situación; se creía la víctima más forzosa de un destino tiránico, contra el cual nada valían ni la previsión ni las precauciones; parecíale como que sus playas habían sido invadidas por seres sobrenaturales, que procedían de un planeta remoto; pues tan extraños así eran aquellos hombres por su aspecto y costumbres, y tan superiores así (aunque sólo eran un puñado) a las numerosas tribus de Anáhuac, en valor, pericia y demás elementos de la guerra. Ya estaban en el valle; las enormes montañas con que la Naturaleza parece que había tenido tanto cuidado en defenderlo, habían sido salvadas. La dorada perspectiva de paz y tranquilidad con que se había regalado por tanto tiempo, el señorío que había heredado de sus abuelos, sus poderosos dominios, todo iba a desaparecer. ¡Aquello era un ensueño horrible, del cual no debía volver el infeliz, sino para despertar a una realidad aún más horrible!

En un rapto de desesperación, determinó encerrarse en su palacio, rehusó tomar ningún alimento, confiando en que las deprecaciones y los sacrificios aplacarían a los dioses; pero los oráculos se mostraron mudos. Entonces recurrió al medio más sencillo de convocar un consejo compuesto de los principales y más antiguos nobles. La misma discordia de opiniones que antes había reinado, volvió a reinar ahora. Cacama, el joven príncipe de Tetcoco y sobrino del emperador, era de parecer que se recibiese a los españoles cortésmente, como se acostumbraba hacerlo con los embajadores de todo príncipe extranjero. Cuitlahua, el más animoso de los hermanos de Moteuczoma, persuadía a éste a que levantase todos sus ejércitos y arrojase de la capital a sus invasores, o a perecer en la contienda. Mas el monarca no se encontraba con el esfuer-

zo bastante para hacer este último impulso. Con ademán abatido y los ojos bajos, exclamó: «¿De qué servirá esta resistencia si los dioses mismos se han declarado en contra nuestra? (1) Tiemblo por la suerte de los ancianos y de los enfermos, de las mujeres y de los niños, a quienes no es dado ni huír ni pelear; en cuanto a mí y a los valientes que me rodean, opondremos nuestros pechos a la tempestad y lucharemos con todas nuestras fuerzas.» En este adolorido y patético tono, cuentan que expresó el emperador azteca la amargura de su pesar. Más glorioso hubiera sido para él, poner la capital en estado de defensa, y resolverse como los últimos Paleólogos, a quedar sepultado bajo sus ruinas (2).

Determinó mandar al punto una última embajada, presidida por su sobrino el príncipe de Tetcoco, para que condujese a los españoles a México.

Estos, entre tanto, habían llegado a Mecameca, ciudad bien construída y que contaba algunos miles de habitantes. Recibióles amistosamente el cacique, fueron alojados en cómodas y espaciosas casas de piedra, y les hicieron al partir de allí un regalo, en el que entre otras cosas había tres mil castellanos de oro (3). Detuviéronse en este punto dos días, después de los cuales, bajaron por los floridos

(1) No era esta la resolución del héroe romano.
«*Victrix causa Diis placuid: sed victa Catoni.*»
(Lucan, lib. 2.°, v. 128.)

(2) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XIII. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.°, cap. XLIV. Gomara, *Crónica*, capítulo LXIII.

(3) «El señor de esta provincia y pueblo, me dió hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve, nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida.» Relación seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 74.

campos de maíz y plantíos de maguey, los últimos de los cuales pudieran llamarse los viñedos de Anáhuac, que se encuentra hacia el lago de Chalco.

El lugar en donde ellos descansaron aquel día, fué Ajotzingo, ciudad de considerable tamaño, y gran parte de la cual estaba construída sobre estacas clavadas en el agua. Era la primera muestra que veían los españoles, de esta especie de arquitectura marítima. Los canales que atravesaban la ciudad, a manera de calles, presentaban una escena muy animada, a causa del gran número de barcos que los atravesaban de arriba a abajo, cargados de víveres y otros artículos destinados al consumo de los habitantes. Mas lo que principalmente llamó la atención de los españoles, fué la comodidad de las casas, de ordinario de piedra y de buena arquitectura, y las señales de opulencia y elegancia que se encontraba por todas partes. No obstante que Cortés recibió grandes demostraciones de hospitalidad, no dejó de inspirarle alguna desconfianza el ahinco que tenían los naturales por acercarse a los españoles (1). No contentos con verles en las calles, algunos indios se introdujeron clandestinamente en los cuarteles, y quince o veinte de aquellos infelices fueron matados por centinelas, que los tomaron por espías. Sin embargo, según lo que se puede juzgar después de tanto tiempo, semejante sospecha no fué fundada. La mal encubierta desconfianza de la Corte y las precauciones que los aliados habían aconsejado al general, no sólo hicieron a éste estar bajo la debida guardia,

(1) «De todas partes era infinita la gente que de un cabo a el otro concurrían a mirar los españoles; e maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio y atención en mirar los caballos; decían, estos son «Teules», que quiere decir demonios. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 34, cap. V.

sino que en el caso presente avivaron mucho sus temores de inminente riesgo (1).

A la madrugada del día siguiente, estando el ejército preparándose para emprender su marcha, llegó un correo a suplicar al general que la difiriese hasta después de que llegase el rey de Tezcuco, que venía ya en camino a recibirlos. No pasó mucho sin que éste se presentase, conducido en una especie de litera ricamente adornada con láminas de oro y piedras preciosas, con pilares primorosamente trabajados que soportaba un dosel de plumas verdes, color favorito de los príncipes aztecas. Acompañábale un numeroso séquito de nobles y de criados. Al presentarse anje Cortés, se bajó de la litera y sus sirvietes barrieron el terreno por donde debía transitar. Era un joven de cosa de veinticinco años de edad, de agradable apostura, erguido y de majestuoso porte. Saludó a Cortés como se acostumbraba entre las personas de alta clase, tocando el suelo con la mano derecha y llevándola en seguida a la cabeza. Al alzarse del suelo lo abrazó Cortés y el príncipe le dijo que venía enviado por Moteuczoma para conducirlos a la Corte. Regaló al general español tres perlas de extraordinario tamaño y belleza, y éste, en recompensa, le puso al cuello un collar de cuentas de vidrio, que siendo en aquella tierra tan raras como los diamantes, debieron de parecerle tan valiosas como éstos. Después de haberse trocado recíprocamente los más expresivos cumplimientos y

(1) Cortés habló al emperador de este suceso con toda frialdad. «En aquella noche tuve tal guardia, que así de espías que venían por el agua en canoas, como de otras que por la sierra bajaban a ver si había aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince o veinte que las nuestras las habían tomado y muerto. Por manera que pocas volvieron a dar su respuesta del aviso que venían a tomar.» Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 74.

de las más rendidas protestas por parte de Cortés, se despidió el príncipe indio, dejando en los españoles una idea de la eminencia de su estado y poder, muy superior a cuanto habían visto hasta entonces (1).

Continuando su marcha siguió el ejército la orilla meridional del lago de Chalco, poblado entonces de espesas selvas y cubierto de jardines y huertos llenos de frutas propias del otoño que, aunque de nombre desconocido, tenían los más vivos y encantadores colores. Mas frecuentemente transitaban por campos sembrados, donde ondeaban las doradas espigas y regados por multitud de canales que venían del lago inmediato; todo atestiguaba una labranza económica y esmerada, cual se necesitaba para el sustento de una crecida población.

Apartándose de la llanura tomaron los españoles el dique o calzada que separa por cuatro o cinco millas los lagos de Chalco y de Xochicalco, hacia el O. En los puntos mas angostos, era como una lanza, y en los más anchos, tenía amplitud bastante para que caminasen ocho jinetes de frente; era de maciza estructura de cal y canto, atravesaba enteramente el lago y asombró a los españoles por ser una de las obras más admirables que habían visto. Al caminar por la calzada gustaron del alegre espectáculo que ofrecía aquella multitud de rápidas piraguas en que venían los indios a conocer a los extranjeros, o en que conducían

(1) Ibid, *ubi. supra*. Gomara, *Crónica*, cap. LXIV. Ixtlilxochitl, *Hist. chichimeca*, M. S., cap. LXXXV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*. M. S., lib. 33, cap V.

Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mexicanos habíamos visto traer... y lo tuvimos por muy gran cosa; y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, ¿qué haría el gran Moteuczoma? Bernal Díaz, *Hist. de la Conquista*, cap. LXXXVII.

a las poblaciones inmediatas los productos del país. Sorprendióles no menos la vista de las *chinampas* o jardines flotantes, esas verdes islas errantes de que hablaremos después, y que, cargadas de flores y de frutas, se movían como balsas en las aguas. Alrededor de toda la orilla del lago y algunas veces a lo lejos dentro de él, se medio divisaban los puebleciilos y aldeas medio ocultos por el follaje, y que, formando blancos grupos en la ribera, parecían a lo lejos parvadas de cisnes que descansaban blandamente sobre la superficie de las ondas. Un espectáculo tan nuevo y tan maravilloso, llenó de admiración el duro corazón de los soldados; parecíales todo aquello cosa de encanto y no encontraban con qué compararlo más que con los encantos mágicos de «Amadis de Gaula» (1). Y en verdad que pocas pinturas, ya de éste, ya de otros romances de caballería, podíaniguales a lo que realmente estaban presenciando. La vida de los aventureros del Nuevo Mundo era un romance puesto en acción. ¿Qué tiene, pues, de admirar que el español de aquellos tiempos, cuya imaginación se alimentaba en su patria con encantados ensueños y fuera de ella con encantadoras realidades, haya desplegado ese entusiasmo quijotesco, esa romancesca exaltación de carácter que no pueden comprender las heladas almas de otros países.

En la medianía del lago hizo alto el ejército en la ciudad

(1) «Nos quedamos admirados, dice el candoroso Díaz, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis.» (Ibid, loc. cit.) Una edición de este célebre romance, con todos los atavíos de la lengua castellana, había aparecido antes de esta época, pues que en el prólogo de la edición publicada en 1521 ya se habla de otra hecha en tiempo de los Reyes Católicos. (V. Cervantes, *Don Quijote*, edición de Pellicer (Madrid, 1797), t. I, discurso preliminar.)

de Cuitlahuac, lugar de mediano tamaño, pero notable por la belleza de los edificios, que según el dicho de Cortés eran los más hermosos que hasta entonces había visto (1). Después de descansar un poco en este punto, prosiguieron su camino por la calzada, la cual, aunque era más ancha en su parte septentrional, ofreció grandes dificultades para ser transitada a causa de la multitud de indios, que no contentos con ver a los españoles desde las canoas, saltaban a las riberas y las llenaban enteramente. El general, temeroso no sólo de que se desordenasen sus filas, sino de que aquella familiaridad disipase el saludable miedo que quería le tuviesen los indios, *mandó* despejar, teniendo que recurrir para conseguirlo, no sólo al mandato, sino a la amenaza. Al paso que iban adelantando, encontraban muy diversas disposiciones respecto de Moteuczoma; sólo se hablaba de su pompa y poderío, nada de su opresión. Al contrario de lo que sucede comúnmente, el respeto a la Corte parece que crecía con la inmediación a ella.

De la calzada pasó el ejército a una estrecha lengua de tierra que separa la laguna de Tetzcoco de las aguas de Chalco; las que en aquellos tiempos ocupaban muchas millas, bien que ahora están muy reducidas (2).

(1) «Una ciudad la más hermosa aunque pequeña que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien obradas casas y torres, como de la buena orden que en el fundamento de ella había por ser armada todo sobre agua.» Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 76. Los españoles denominaron a esta ciudad acuática Venezuela o pequeña Venecia. Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., part. X, cap. IV.

(2) M. Humboldt en su admirable mapa del Valle de México ha designado con puntos los límites conjeturales del antiguo lago. *(Atlas géographique et phisique de la Nouvelle Espagne.* París, 1511, mapa 3.º) Mas no obstante el gran cuidado con que está hecho, no siempre es fácil acordinar su topografía con el itinerario de los conquistadores, ni mucho menos cuando el aspecto del país ha variado

Después de atravesar aquella península, entraron en la residencia real de Ixtapalapam, lugar que, según Cortés, contenía de 12.000 a 15.000 casas (1). Era gobernado por Cuitlahuac, hermano del emperador, cuyo príncipe, para honrar más al general, había convidado a los señores de las ciudades comarcanas dependientes como él de la real casa de México, a que asistiesen al recibimiento. Verificóse este con gran ceremonia, y después de los regalos de oro y tales que era de costumbre, se sirvió a los españoles un banquete en uno de los salones del palacio (2).

La belleza de la arquitectura excitó otra vez la admiración del general, quien en uno de sus arrebatos de entusiasmo, no dudó en asegurar que algunos de aquellos edificios eran iguales a los mejores de España (3). Eran de piedra, los techos de fragante cedro, y las paredes estaban tapizadas de algodones finísimos, teñidos de los más brillantes colores.

tanto, por causas naturales y artificiales. Aún menos posible es conciliar dicho itinerario con los mapas de Clavijero, López, Robertson y otros, que ignoraban igualmente la topografía y la historia.

(1) Muchos escritores hablan de una visita que al ir a la capital hicieron a Tetzcoco los españoles, Torquemada, *Monarq. Ind.*, lib. 4.°, capítulo XLII. Solís, *Conquista*, lib. 3.°, cap. IX. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 7.°, cap. IV. Clavijero, *Hist. de México*, t. III, pág. 74. Este improbable episodio que (de paso sea dicho) ha inducido a estos autores a muchas dudas, por no decir a muchos disparates geográficos, es demasiado interesante para que lo hayan pasado en silencio Bernal Díaz en su minuciosísima relación, y Cortés, ninguno de los cuales habla de semejante cosa.

(2) «E me dieron», dice Cortés, «hasta 3.000 o 4.000 castellanos, y algunas esclavas y ropa, y me dieron muy buen acogimiento». Relación segunda, en Lorenzana, pág. 76.

(3) «Tiene el señor dellas unas cosas nuevas que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas». Ibid, *ubi. supra.*

Pero el orgullo de Ixtapalapam, el objeto en que su señor había gastado profusamente su caudal y sus desvelos, eran sus famosos jardines. Ocupaban un inmenso espacio de tierra; formaban cuadrados regulares, y los canales que separaban a unos de otros, estaban en sus orillas cubiertos de flores y arbustos que embalsamaban el ambiente con su dulce perfume. Los jardines estaban cercados de árboles frutales traídos de lugares remotos, y en el centro se ostentaba la inmensidad de vistosas flores que forman la flora mexicana, dispuestas científicamente y creciendo lozanas bajo la influencia del clima templado y uniforme propio de la meseta central. La sequedad natural de la atmósfera estaba remediada por medio de numerosos acueductos y canales que atravesaban el suelo en todas direcciones. En un lugar adecuado había una pajarera llena de multitud de aves notables en esta región, tanto por la brillantez de su plumaje, como por lo sonoro de su canto. Los jardines estaban separados por canales que iban a terminar en el lago de Tetzcoco, y que tenían anchura suficiente para que los transitasen las canoas procedentes de él. Pero la obra más acabada era un enorme estanque de piedra, donde había multitud de peces. Tenía 1.600 pasos de circunferencia y estaba cercado de un muro tan grueso, que podían caber en él cuatro personas de frente. El interior estaba primorosamente esculpido, y se bajaba al fondo por una escalera de varias gradas. Esta agua surtía a los acueductos arriba mencionados, o reunida en fuentes difundía una perpetua y grata frescura.

Tal es la descripción que se nos ha trasmitido de lo que eran aquellos celebrados jardines en una época en que en Europa no se conocían establecimientos de horticultura (1);

(1) El primer jardín de plantas que hubo en Europa, se cuenta que fué el de Padua, en 1545. Corli, *Cartas americanas*, t. I, carta 21.

por manera que bien pudiéramos dudar de su existencia en un país tan inculto, a no ser porque fué notoria y ha quedado atestiguada explícitamente por los invasores. Mas apenas había transcurrido una generación después de la conquista, cuando ya se había verificado el más triste cambio de aquellos hermosos paisajes. La ciudad misma ha sido abandonada, y en las riberas del lago están amontonadas las ruinas de los edificios que formaron en un tiempo su ornamento y su gloria. A los jardines tocó la misma suerte que a la ciudad: al retirarse las aguas, los dejaron privados de alimento, y convirtieron aquella florida pradera en triste e inmundo pantano, morada de viles reptiles; y el pato acuático construye su nido donde fué en otro tiempo el palacio de los reyes (1).

Cortés pernoctó en la ciudad Ixtapalapam. Ya podemos figurarnos la turba de ideas que se agolpó al espíritu del conquistador en vísperas de entrar con el puñado de sus compañeros en la capital de un monarca que no sólo contaba con los recursos de la civilización, sino que le veía con aversión y desconfianza. Esta capital, que sólo distaba algunas millas, se percibía desde Ixtapalapam; las largas filas de relucientes casas, heridas por los rayos del sol de la tarde, reflejaban su imagen trémula en las azuladas y oscuras aguas del lago, y parecían más bien una creación imaginaria, que la obra de manos mortales. En esta ciudad encantada debía Cortés verificar su entrada a la mañana siguiente.

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 77. Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 7.º, cap. XLIV. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo V. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXXXVII.

CAPÍTULO VI

Alrededores de México.—Entrevista con Moteuczoma.—Entrada a la capital.—Recibimiento hospitalario.—Visita al emperador.

(1519)

Cuando despuntó el primer albor de la mañana, el general español ya estaba levantado y revisando sus tropas. Reuniéronse éstas bajo sus respectivas banderas, latiendo fuertemente el corazón de los soldados al escuchar al penetrante sonido de la trompeta, que dilatándose por las aguas y las selvas iba a perderse entre los ecos de las lejanas montañas. Las llamas sagradas de los innumerables templos, brillaban opacamente al través de las pardas nieblas de la mañana, indicando el asiento de la capital hasta que las torres, las pirámides y los palacios todo quedó majestuosamente iluminado por el sol, que alzándose sobre la barrera oriental, inundó con su luz todo aquel hermoso valle. Era el 8 de noviembre de 1519; día memorable en la historia, por ser el en que por primera vez asentaron su planta los europeos en la capital del mundo occidental.

Cortés y los pocos caballos que llevaba, formaban una especie de avanzada del ejército. Después venía la infantería española, que en aquella campaña hecha en el rigor del estío, había adquirido la disciplina y aire marcial propio de

veteranos; los bagajes ocupaban el centro, y la retaguardia la cubrían las largas filas de los guerreros tlaxcaltecas; el número total del ejército sería de unos siete mil, de los cuales no llegaban a 400 los españoles (1).

Por un poco de tiempo el ejército siguió la estrecha lengua de tierra que separa las aguas del lago de Tetzcoco de las de Chalco; pero en seguida entró en la gran calzada que a excepción de un ángulo que tiene cerca del principio, conduce en línea enteramente recta, atravesando por las salobres aguas de Tetzcoco, hasta la puerta de la capital; era la misma la calzada, o por mejor decir, la base de la que actualmente forma la gran calzada meridional de México (2). Los españoles tuvieron más de una ocasión de admirar la ciencia mecánica de los aztecas, tanto por la exactitud geométrica con que estaban construídas sus obras, como por la solidez de ellas. La calzada de que hablamos estaba hecha de enormes piedras trabadas con argamasa, y tenía toda ella ancho suficiente para que cupieran diez jinetes de frente.

En la travesía encontraron varias ciudades grandes que descansaban en estacas y que estaban en gran parte construídas dentro del agua, género de arquitectura que era muy del gusto de los aztecas, por ser una imitación de la de su metrópoli (3).

(1) Tenía cosa de 600 guerreros de Tlaxcalan, y le acompañaron igualmente algunos zempoaltecas y otros aliados indios. Los soldados españoles subían, al salir de Veracruz, a 400 infantes y 15 de caballería. En las quejas de los descontentos después de los sangrientos combates de Tlaxcalan, una de ellas era que desde que se abrió la campaña habían muerto cincuenta españoles.

(2) La calzada de Ixtapalapan, está formada sobre este mismo antiguo dique en el cual hizo Cortés prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados. Humbolt, *Essai politiq.*, t. II, pag. 57.

(3) Entre estas ciudades las había de tres, cinco o seis mil habitan-

Aquellas laboriosas poblaciones sacaban su sustento de la fabricación de la sal que extraían de las aguas del lago. Los derechos impuestos a este artículo de comercio formaban una de las rentas considerables del Estado. Por todas partes encontraban los conquistadores las señales de una numerosa y activa población, superior a cuanto habían visto allí. Los templos y edificios principales estaban cubiertos con una especie de estuco duro, blanco y que relucía como esmalte, cuando lo herían los rayos del sol matutino, la margen del lago, aún más cubierta que la del de Chalco, de población y cabañas (1). La superficie de las aguas estaba oscurecida por millares de canoas llenas de indios (2), que saltaban a las riberas para contemplar con curiosidad y admiración a los recién venidos. También allí había esas hermosas islas de flores, sembradas a veces por árboles de gran tamaño, que se mecían con gran gentileza al blando soplo de las auras. A distancia de media legua de la capital, encontró el ejército con una muralla o cortina de piedra maciza, que atravesaba la calzada de un

tes, según Cortés, cuya bárbara ortografía es incomprensible para mexicanos y españoles. Relación segura en Lorenzana, pág. 78.

(1) El padre Toribio Benavente no escaseó los panegíricos al hablar de los alrededores de la ciudad, que vió en todo su esplendor. «Creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos alrededor de sí, y tan bien sentados.» *Hist. de las Ind.*, part. III, cap. VII.

(2) Es necesario no creer, sin embargo, lo que asegura Herrera, de que 50.000 canoas se empleaban constantemente en abastecer de víveres a la capital. *(Hist. General*, dec. 2, lib. 7.°, cap. XIV.) El cronista poeta Saavedra es más moderado en sus cálculos.

«Dos mil y más canoas cada día,
Bastecen el gran pueblo mexicano,
De la más y la menos niñería
Que es necesaria al alimento humano.»

lado a otro: su altura era de doce pies, las dos extremidades estaban defendidas por dos torreones, y en el centro había una abertura, que dió paso a las tropas; llamábase el fuerte de Xoloc, y en tiempos posteriores, adquirió celebridad por haberlo ocupado Cortés cuando el famoso sitio de México.

Había allí, además, algunos centenares de jefes aztecas que habían venido al encuentro de los españoles, para anunciarles que estaba próximo a llegar Moteuczoma a felicitarlos y a conducirlos a la capital. Venían vestidos de gala, y según el uso del país: traían maxtlatl o calzón de algodón, en torno de la cintura, y una ancha capa de la misma tela o de plumas, flotando graciosamente sobre las espaldas. En el cuello y los brazos, traían collares y brazaletes (1) de turquesas, a veces mezcladas con plumas; y de las orejas, del labio inferior y aún de las narices, pendían piedras preciosas o cadenas de oro fino. Como cada cacique hacía al general el saludo de costumbre, esta fastidiosa ceremonia retardó por más de una hora la marcha del ejército; pero después de esto, no volvió a sufrir detención hasta no llegar a un puente que estaba ya casi a las puertas de la ciudad. Era de madera, y después fué reemplazado por uno de piedra, y servía para zanjar una cortadura que había en la calzada, con objeto de que tuviesen las aguas un desagüe cuando las agitasen los vientos o hubiese una repentina crecida en la estación de las lluvias. Era este puente levadizo, lo que hizo conocer a los españoles, al tiempo de atravesarlo, ¡cuán cierto era que se

(1) «Usaban unos brazaletes de mosaicos hechos de turquesas, con unas plumas ricas que salían de ellos, y eran más altas que la cabeza, y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro que subían con plumas.» Sahagun, *Hist. de Nueva España*, libro 8.º, cap. IX.

habían entregado a la merced de Moteuczoma, quien interrumpiendo las comunicaciones, podía cogerlos prisioneros en su capital! (1)

Estando entregados a estas tristes reflexiones, descubrieron la brillante comitiva del emperador que salía por la calle Real, que entonces como ahora, conducía al centro de la ciudad (2).

Entre la turba de indios nobles precedidos por tres oficiales de Estado que traían varas de oro, se veía la litera imperial que deslumbraba con sus bruñidas láminas de oro. Llevábanla en hombro los nobles, así como también un dosel o palio de vistosas plumas, salpicado de piedras preciosas y guarnecido de plata; los conductores iban descalzos, caminaban a paso lento y mesurado, y no apartaban los ojos de la tierra. Luego que la comitiva hubo llegado a una distancia conveniente, se detuvo, y Moteuczoma se bajó de su litera, adelantándose a pie apoyado en los brazos de los señores de Texcuco y de Ixtapalapan, su sobrino y hermano, quienes, como hemos visto, ya conocían a los españoles.

Al ir el monarca adelantándose bajo el dosel, sus pajes cubrían el suelo con alfombras para que el duro suelo no

(1) Gonzalo de Las Casas, *Defensa*, M. S., part. I, cap. XXIV. Gomara, *Crónica*, cap. LXV. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo XXXVIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 39, cap. V. Relac. segunda, en Lorenzana, págs. 88-79. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, cap. XXXV.

(2) El cardenal Lorenzana dice que la calle de que aquí se trata, es probablemente la que atraviesa la ciudad desde el hospital de San Antonio. (Relac. seg., pág. 79, nota.) Esto mismo confirma Sahagun, quien dice: «y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cabe las casas de Alvarado, hacia el hospital de la Concepción, salió Moteuczoma a recibir de paz a D. Hernán Cortés.» *Historia de Nueva España*, M. S., libro 12, cap. 16.

lastimara sus delicadas plantas. Los vasallos de todas clases que formaban una larga procesión, iban con los ojos clavados en el suelo, y algunos plebeyos aún se prosternaban ante el emperador (1). Estos homenajes tributados al déspota indio, demostraban que las viles formas del despotismo del Oriente, no eran desconocidas entre los rudos moradores del mundo occidental.

Moteuczoma vestía la gallarda y ancha capa cuadrada llamada *tilmatli*, de algodón finísimo, con las puntas bordadas y anudadas en el cuello; unas sandalias con suelas de oro, y con los cordones que las ataban a los tobillos, trenzados con hilo del mismo metal, defendían sus pies. Tanto la capa como las sandalias estaban salpicadas de perlas, piedras preciosas, y entre las cuales se hacían notables la esmeralda y el *chalchivitl*, una piedra verde, la más estimada entre los aztecas. Su cabeza no traía más adorno que un penacho de plumas verdes que flotaban o pendían hacia atrás, insignia, más bien que regia, propia de los guerreros.

Entonces era de cosa de cuarenta años, de alta estatura, delgado pero no mal formado; su cabello, negro y lacio, era corto, porque llevarlo largo se tenía por indigno de las personas de alta jerarquía; era barbilampiño y de un color algo más claro que el que es común entre aquella raza morena o, por mejor decir, cobriza. Su fisonomía era grave y seria, pero no tenía ese aspecto melancólico que caracteriza su retrato y que acaso revistió en tiempos posteriores. Su porte era digno, y a no ser por las noticias que se

(1) «Toda la gente que estaba en las calles, se le humillaban y hacían profunda reverencia y grande acatamiento, sin levantar los ojos a le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frailes en Gloria Patri.*» Toribio, *Hist. de las Indias*, M. S., part. III, cap. VII.

tenían de su carácter, se le habría creído tan templado y benigno cual conviene a un gran príncipe. Tal es el retrato que nos ha quedado de lo que era el monarca indio cuando su primera entrevista con los blancos (1).

Al acercarse éstos, hicieron alto; Cortés se apeó del caballo, confiando a un paje las riendas, y acompañado de algunos caballeros principales, se adelantó hacia aquél. La entrevista no podía menos de ser de alto interés para ambos personajes. Cortés veía en Moteuczoma al dueño y señor de los dilatados reinos que acababa de atravesar y en la ponderación de cuyo poder y grandeza se ocupaban todas las lenguas. El príncipe azteca veía en el general español al ser sobrenatural cuya historia parecía tener tanta conexión con la suya propia, al ser predicho por sus oráculos y cuyas hazañas revelaban en él algo de sobrehumano. Mas cualesquiera que fuesen los sentimientos de que esta-

(1) En cuanto a la antecedente narración del boato y comitiva de Moteuczoma, se puede consultar a Bernal Díaz, cap. XVIII. Zuazo, *Cartas*, M. S. Ixtlilxochitl, *Hist. chichi.*, M. S., cap. LXXXV. Gomara, *Crónica*, cap. LXV. Oviedo, *ubi. supra*, y 45. Acosta, lib. 7.°, capítulo XXII. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XVI. Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte 3.ª, cap. VII.

El noble bardo castellano o, mejor dicho, mexicano Saavedra, que pertenecía a la generación subsecuente a la conquista, ha acomodado algunas de estas noticias en su crónica rimada. Sirva de muestra el siguiente trozo:

Iba el gran Moteuczoma ataviado
De manto azul y blanco, con gran falda
De algodón muy sutil y delicado;
Y el remate una concha de esmeralda
En la parte que el nudo tiene atado;
Y una tiara a modo de guirnalda,
Zapatos que de oro son las suelas
Asidos con muy ricas corehuelas.

Peregrino Indiano, canto II.

ba poseído el monarca mexicano los reprimió completamente y no sólo recibió a sus huéspedes con cortesía regia, sino que aún les expresó que le causaba satisfacción verles presentes en su Corte (1). Cortés correspondió a esto con las demostraciones del más profundo respeto y dándole las más rendidas gracias por los presentes con que su munificencia había colmado a los españoles. Suspendió al cuello de Moteuczoma un collar de cuentas de cristal, e hizo un ademán de querer abrazarle; pero le retuvieron dos señores aztecas, que veían en aquello una profanación de la sagrada persona del monarca (2). Después de haberse trocado estos cumplimientos por una y otra parte, Moteuczoma previno a su hermano que condujese a los españoles a la capital, y él se entró en su litera y se volvió por entre la prosternada multitud, en la misma forma que había venido. A muy poco tiempo le siguieron los españoles, quienes verificaron su entrada en el barrio meridional de Tenochitlan, con banderas desplegadas y tambor batiente (3).

Nuevos motivos tuvieron allí de admiración al ver la grandeza de la ciudad y el buen gusto de su arquitectura. Las habitaciones de los pobres es cierto que eran de cañas y céspedes; pero la calle principal por donde iban pasando, estaba formada por ambos lados por las casas de los nobles, obligados por el emperador a residir en la corte. El material de que estaban hechas era una especie de piedra porosa y colorada que se encuentra en las canteras de las

(1) «*Satis vultu laeto*, dice Mártir, *au stomacho sedatus, et an hospites pervim quis unquam libens susceperit, experti loquanur.*» *De Orbo Novo*, dec. 5, cap. III.

(2) Relación segunda, en Lorenzana, pág. 79.

(3) «Entraron en la ciudad de México a punto de guerra, tocando los tambores y con banderas desplegadas». Sahagun, op. cit., lib. 12, capítulo XV.

inmediaciones; y aunque las casas rara vez tenían dos pisos, muy frecuentemente ocupaban una extensión grande.

El techo de las casas o azoteas estaba cercado con parapetos de piedra, por manera que cada una de aquellas podía ser reputada por una fortaleza.

Algunas veces estaban estas azoteas tan cubiertas de flores, que parecían jardines; pero lo más común, estos eran espacios terrados que había entre las casas (1).

De trecho en trecho, se encontraba una gran plaza con su pórtico de piedra o estuco, o un templo piramidal de dimensiones colosales, coronado de altísimas torres y de altares donde ardía una llama inextinguible.

La calle Real que miràba hacia la calzada del Sur era, no como muchas otras, amplia; se extendía en línea casi recta varias millas, e iba terminado en el centro.

Un espectador colocado en uno de los extremos de la la calle después de extender su vista por la larga hilera de templos y jardines, podía divisar el otro extremo, y más allá las azuladas montañas, que a causa de la trasparencia de la atmósfera, parecían estar contiguas a los edificios de la ciudad.

Mas lo que más admiró a los españoles, fué la innumerable multitud que llenaba las calles y los canales, que se asomaba a las puertas y ventanas de la calle y que estaba apiñada en los techos de las casas.

«Me acuerdo de esto, dice Bernal Díaz, ahora que lo estoy escribiendo, después de tantos años, como si hubiese pasado ayer.» (2)

(1) «Et giardin alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere». Relac. d'un gent., op. Ramusio, t. III, fol. 309.

(2) «¿Quién podrá, *exclama el veterano,* decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles e azoteas y en canoas en aquellas acequias, que nos salieron a mirar? Era cosa de

¿Cuáles habrán sido las sensaciones de los aztecas al ver aquel portentoso espectáculo, al oír, por la primera vez, el sólido pavimento de las calles, bajo las herraduras de los caballos, de los animales que el terror había investido de tan sobrenaturales propiedades, al contemplar a los hijos de Oriente que revelan su origen celeste en su hermosa figura; al ver relucir con los rayos del sol las armas y las armaduras de acero, metal que no conocían; al escuchar cómo resonaban en el aire los sonidos de aquella música, no de este mundo, o que al menos nunca habían remedado sus instrumentos?

Mas nada es comparable con el odio profundo que les causaría mirar a sus detestados enemigos los tlaxcaltecas, hollando altaneramente su ciudad, y arrojando por todas partes una mirada de ferocidad y asombro, semejante a la de la bestia feroz que saliendo por acaso de sus guaridas, se ve de súbito en la morada de la civilización (1).

Al pasar por aquella espaciosa calle, atravesaron los españoles muchos puentes suspendidos sobre los canales donde transitaban con extraña rapidez las livianas canoas de los indios cargadas de frutas y legumbres para el consumo del mercado de Tenochtitlan (2).

notar, que agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó.» *Hist. de la Conq.*, cap. LXXXVIII.

(1) «Ad spectaculum, dice el perspicaz Mártir, tandem Hispanis placidum, quia dui optatum, Tenustiatanis prudentibus forte aliter quia verentur fore, ut hi hospites quietem suam Elysiam vieniant peturbaturi; de populo secus, qui nihil sentit aeque delectabile quarm res novas ante oculos in presantiarum habbere, de futuro, nihil. anxius.» *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. III.

(2) *Hist. de México*, t. III, pág. 78.

Ocupada la que hoy es esquina de la calle del Indio Triste y Tacuba. Humbolt, *Vistas de las Cordilleras*, pág. 7 y siguiente.

Por último, hicieron alto cerca de una gran plaza casi en el centro de la ciudad, donde se alzaba la enorme pirámide consagrada al dios de la guerra, sólo inferior en tamaño y santidad a la pirámide de Cholula, y que ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa en parte la gran Catedral de México.

Frente a la puerta occidental del atrio que rodea el templo mayor, se extendía una gran hilera de casas bajas, que era el palacio de Axayacatl, padre de Moteuczoma, construído por aquel monarca hacía cosa de cincuenta años (1).

Aquel sitio estaba a propósito para alojar a los españoles.

En el patio de este palacio los estaba esperando Moteuczoma, el cual, al acercarse Cortés, tomó de un vaso de flores que traía uno de sus esclavos, un collar formado de conchas de una especie de cangrejo de río, muy estimado de los indios, engastadas en oro y unidas con gruesos hilos del mismo metal. De aquí pendían ocho adornos también de oro, que representaban la misma concha y primorosamente trabajados (2), pues los plateros aztecas todos confiesan que no cedían en habilidad a sus compañeros de Europa.

Al colgar Moteuczoma el vistoso collar al cuello del general, le dijo: «Este palacio os pertenece, Malinche (epíteto por el cual lo designaba siempre), e igualmente a vuestros camaradas; descansad de vuestras fatigas, que bien lo

(1) El eufónico nombre mexicano *Tenochtitlan* se deriva de dos palabras aztecas que significan *nopal sobre piedra*, cuya aparición, como recordará el lector, sirvió para escoger el futuro asiento de ciudad. (Toribio, *Hist. de las Ind.*, part. III, cap. VII.) Explicación de la colección de Mendoza, en las *Antig. de México*, vol. IV. Según otra etimología la palabra *Tenoch* era el nombre de uno de los fundadores de la monarquía.

(2) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 88. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, M. S., part. I, cap. XXIV.

habéis menester, y dentro de breve rato volveré a visitaros.» (1)

Diciendo esto, se alejó con sus sirvientes, dando en todo muestras de cortesía, que no eran de esperarse en un bárbaro.

El primer cuidado de Cortés fué inspeccionar su nuevo alojamiento: este, aunque espacioso, era bajo y de un solo piso, excepto en el centro donde tenía dos.

Los aposentos eran amplios, y según el testimonio de los conquistadores, eran capaces para el ejército entero (2).

Los toscos montañeses de Tlaxcalan no debían de ser muy delicados, por manera que fácilmente encontrarían abrigo en la parte del edificio o bajo portales provisionales en los patios espaciosos.

Los mejores aposentos estaban tapizados de hermosas telas de algodón, y el suelo cubierto de esteras.

Había, además, bancos bajos hechos de madera de una sola pieza y trabajados con esmero, así como también lechos de hojas de palma entretejidos, y cobertores y aun cielos de algodón. Estos colchones eran los usados por todas las clases de la sociedad desde más altas hasta las más infinitas (3).

(1) Boturini dice que mayor, según la confesión de los plateros mismos. «Los plateros de Madrid, viendo algunas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes y capitanes indianos, confesaron que eran inimitables en Europa.» (Idem, pág. 68.) Oviedo, hablando de sus joyas, dice: «Yo vi algunas piedras jaspes, calcidonias, jacintos, corniolas e plumas de esmeraldas, e de otras especies labradas e fechas, cabezas de aves e otras hechas animales e otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia, qnien las supiere hacer con tanta perfección.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 32.

(2) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. LXXXI. Relac. seg. de Cortes, en Lorenzana, pág. 80.

(3) Bernal Díaz, ibid. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XI. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12. cap. XVI.

Después de recorrer aquel inmenso edificio, designó el general a las tropas sus respectivos cuarteles, y dictó tantas medidas de precaución como si estuviese aprestándose más bien a un sitio que a una entrevista amistosa. Aquel lugar estaba rodeado de una gruesa muralla de piedra, con varios torreones que se prestaban perfectamente a la defensa. Situó los cañones en las avenidas; puso centinela en todo el recinto, y en suma, observó en todo la estricta disciplina que había acostumbrado en toda la marcha, conociendo cuán importante era que su pequeño ejército se ganase el afecto de los naturales, y deseando evitar todo motivo de choque entre éstos y aquél, prohibió que saliese nadie de los cuarteles sin previo permiso, sopena de muerte. Después de hechos estos arreglos, permitió a los soldados que se repartiesen la comida que se les había preparado.

Ya tenían en el pàís el tiempo bastante para acostumbrarse, aunque no para aficionarse, a los manjares propios de él. El apetito de los soldados suele no ser muy descontentadizo, y, en la presente ocasión a lo menos, no se mostraron los españoles muy injustos con respecto a la cocina imperial. Durante la mesa les sirvieron numerosos esclavos, impacientes por obsequiar sus deseos. Después que habían concluído el banquete y que habían los españoles dormido *siesta*, cosa para ellos tan importante como la misma comida, se anunció la vuelta de Moteuczoma.

Venía éste acompañado de unos pocos de sus nobles principales; recibióle afablemente Cortés, y después de haber tomado cada uno su asiento respectivo, se entabló entre ellos, mediante la intérprete Marina, una conversación a la que asistieron respetuosamente los capitanes españoles y los jefes aztecas.

Moteuczoma hizo muchas preguntas relativas a la patria

de los españoles, su soberano, la naturaleza de su Gobierno y, especialmente, sobre los motivos que les habían determinado a venir a Anáhuac. Cortés explicó estos motivos diciendo que les había traído el deseo de conocer a tan alto monarca y de enseñarle la verdadera fe, profesada por los cristianos. Contentóse, con rara discreción, con dar por el momento aquella ligera tintura, reservándose para después el empapar en ella el espíritu del emperador. Éste preguntó si acaso eran compatriotas de Cortés aquellos blancos que el año anterior habían tocado en las playas orientales de su imperio, y se mostró bien informado de cuanto habían hecho los españoles desde su llegada a Tabasco hasta aquel momento, cuyas noticias había adquirido por medio de la pintura geográfica.

Mostró, además, curiosidad de saber qué rango ocupaban en su país los blancos que le visitaban, y preguntó que si eran los parientes del monarca, a lo que respondió Cortés que eran los unos parientes de los otros, y súbditos de un un gran monarca, que a todos les tenía en la más alta estimación. Antes de despedirse preguntó los nombres de los pricipales hidalgos españoles y del empleo que desempeñaban en el ejército.

Al terminarse la entrevista, mandó el príncipe azteca a sus sirvientes que trajesen los regalos preparados para sus huéspedes. Consistían aquellos en vestidos de algodón, tantos según cuentan, que había los bastantes para proveer de uno a cada soldado, inclusos los aliados (1).

(1) «Muchas y diversas joyas de oro y plata y plumaje, y con hasta 5.000 o 6.000 piezas de ropa de algodón muy ricas, y de diversas maneras teñidas y labradas». Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, página 80. Aún esto es inferior a la realidad, según Bernal Díaz. «Tenía apercibido el gran Moteuczoma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras que dió a nuestro capitán, e así mismo e acada uno de

No faltaron tampoco las cadenas de oro y demás adornos, que distribuyó profusamente entre los españoles. En seguida se despidió con la misma ceremonia con que había entrado, dejando a todos penetrados profundamente de su munificencia y de su afabilidad tan diferentes de lo que ellos pensaron encontrar, que creyeron que lo que veían era invención de sus enemigos (1).

Aquella noche celebraron los españoles su entrada en la capital del imperio mexicano con una descarga general de artillería. La luz que reverberaba en las paredes de los edificios, la conmoción que sacudía sus cimientos, el olor del vapor azufroso que envolvía en densas nubes sus paredes, todo recordaba a los aztecas las erupciones del gran volcán, y llenaba sus pechos de terror supersticioso; todo les avisaba que en el corazón de su ciudad moraban ahora aquellos seres tremendos, cuyas huellas habían quedado señaladas por la desolación, y que podían invocar en su auxilio los rayos para aniquilar a sus enemigos. Seguramente entró en la política de Cortés, robustecer aquellos sentimientos supersticiosos, y desde el primer instante infundirles una alta idea del poderío de los españoles (2).

nuestros capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados también nos dió a cada uno dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecía un gran señor». *Hist. de la Conq*, cap. LXXXIX. *Sex milia vestium. ajunt qui eaes videre.* Mártir, de *Orbe Novo*, dec. 5,c ap. III.

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, cap. XCV. Gomara, *Crónica*, capítulo LXVI. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 7.º, cap. VI. Bernal Díaz. *ubi. supra.* Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. V.

(2) «La noche siguiente jugaron la artillería por la solemnidad de haber llegado sin daño adonde deseaban; pero los indios, como no usados a los truenos de artillería, mal hedor de la pólvora, recibieron grande alteración y miedo toda aquella noch.» Sahagun. *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XVII.

A la mañana siguiente solicitó el general permiso para pagar al emperador su visita, yendo a su palacio mismo. Concediósele al punto, mandándole además oficiales que le condujesen. Cortés se vistió lo más ricamente, y salió del cuartel acompañado de Alvarado, Sandoval, Velázquez, Ordaz y cinco o seis soldados rasos.

La habitación regia no distaba mucho. El lugar que ocupaba está al SO. de la Catedral, ocupado después, en parte, por la *Casa del Estado*, el palacio de los duques de Monteleone, descendientes de Cortés (1). Era una reunión vasta e irregular de edificios bajos de piedra, muy parecida a la que ocupaban los españoles. Tan espaciosa era, según nos asegura uno de los mismos conquistadores, que aunque más de una vez la visitó con el objeto expreso de recorrerla toda, antes que lograrlo enteramente se fatigaba (2). Estaba construída con esa piedra colorada y porosa llamada *tetzontli*, adornada con mármol, y en la fachada, encima de la puerta principal, estaban esculpidas las armas o divisas de Moteuczoma: una águila con un *ocelotl* en las garras (3).

(1) «Aquí es donde la familia construyó el hermoso edificio en que están los Archivos del Estado, y que ha pasado, con toda la herencia, al duque napolitano de Monteleone.» (Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 72.) Los habitantes de la moderna México son deudores a este laborioso viajero, del empeño que ha tomado por identificar los lugares memorables de su capital. No es muy común que un tratado filosófico sea también un manual del viajero.

(2) «Et io entrai piu di quattro volt in una'casa del signor non per alttro effeto che per vederla, et ogni volta vi camminavon tanto che mi esancavo, et mai la fini di vedere tutta.» Relac. d'un gen., en Ramussio, t. III, fol. 309.

(3) Gomara, *Crónica*. cap. LXXI. Herrera. *Hist. Gen.*, dec. 2, libro 7.º, cap. IX.

Los autores le llaman *tigre*, animal desconocido en América. Yo me he aventurado a subsistir el *celott*, *tlalocelot*, de México, animal

En los patios por donde pasaron había muchas fuentes de aguas cristalinas, alimentadas por el copioso depósito del cerro de Chapultepec, y que a su vez abastecían a más de cien baños que había en el interior de palacio. Multitud de nobles aztecas transitaban por aquellos patios o por los salones exteriores, en espera de que llegase la hora de la audiencia. Los aposentos eran muy extensos, aunque no muy altos. El artesón era de fragmentos de cedro, preciosamente labrados, y el piso estaba tapizado de esteras de hojas de palma. El tapiz de las paredes consistía en telas de algodón ricamente teñidas, pieles de animales o estofas de plumaje, trabajadas imitando pájaros, flores e insectos, con tal primor y perfección, que bien pudieran competir con las tapicerías de Flandes. Nubes de incienso se desprendían de los saumerios y llenaban el aire de embriagantes perfumes. Los españoles debieron mejor haberse creído en el voluptuoso recinto de un serrallo oriental que no en los salones de un bárbaro e inculto monarca del mundo de Occidente (1).

Al llegar a la Sala de Audiencia se quitaron los oficiales mexicanos sus sandalias y cubrieron sus ricas vestiduras con una capa de *nequen*, grosera estofa de hilo de maguey, usada únicamente por las clases más pobres. Este acto de humillación se exigía de todo el que iba a presentarse ante el monarca, excepto de las personas de su familia (2). Des-

natural de allí, y que siendo de la misma familia que el tigre, fácilmente puedehaber sido confundido con él por los españoles.

(1) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte 3.ª, cap. VII. Herrera, *ubi. supra*. Gomara, *ubi. supra*. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*. capítulo XCI. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, lib. 33, caps. V-XLVI. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, págs. 111-114.

(2) «Para entrar en su palacio que ellos llaman Tecpa, todos se descalzaban, y los que entraban a negociar con él, habían de lle-

calzos, con los ojos bajos y en ademán humilde, obligaron a los españoles a presentarse ante el príncipe.

Encontraron a Moteuczoma sentado en el último rincón de su gran salón, rodeado de algunos de sus favoritos. Recibióles afablemente, y Cortés al punto y sin grandes cumplimientos, comenzó a tratar de lo que dominaba todos sus pensamientos. Lo primero que procuró, fué preparar la conversión del monarca, cuyo ejemplo debía ser de mucha trascendencia para lograr la de su pueblo. Desplegó, pues, todos los recursos de su ciencia teológica, valiéndose de todos los sutiles artificios que le sugería su retórica, y que eran trasmitidos por medio del argentino acento de Marina, que en tales ocasiones, era tan inseparable de él como su sombra. Explanó lo más claramente que pudo, las ideas que los cristianos tienen acerca de los sagrados misterios de la Trinidad, la Encarnación y la Pasión. De aquí ascendió hasta el origen de las cosas, la creación del mundo, el primer hombre, el paraíso y el pecado original. Aseguró a Moteuczoma que sus ídolos eran Satanás bajo diferentes formas, dando como una de las principales pruebas, que los sangrientos sacrificios que a ellos se consagraban, formaban un contraste con el puro y sencillo rito de la misa. Díjole también que aquel culto le arrastraría a la perdición eterna, y que volverles a la purísima fe que habían traído los blancos a aquella tierra, era sacar su alma y su pueblo de las llamas de un fuego per-

var mantas groseras encima de sí, y si eran grandes señores o tiempo de frío, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas, ponían una manta grosera y pobre, y para hablarle, estaban muy humillados y sin levantar los ojos.» (Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte III, cap. VII.) No hay mejor autoridad que este digno misionero por lo que toca al uso de los aztecas, de los que tuvo gran conocimiento personal.

durable. Instóle ardientemente a que no dejase escapar la ocasión que se le presentaba de salvarse abrazando la cruz, que era el gran signo de la redención humana.

La elocuencia del predicador fué enteramente infructuosa contra el duro corazón del monarca. Seguramente, aquella algo perdería de eficacia, a causa de la interpretación imperfecta de un neófito tan reciente como la manceba india; pero los dogmas eran en sí demasiado sublimes, para que los pudiese comprender a la primera ojeada el rudo entendimiento del bárbaro; y seguramente Moteuczoma, aún le habrá parecido menos monstruoso comerse la carne de una criatura semejante a nosotros, que no la del Criador mismo (1). Fuera de esto, desde su cuna había sido empapado en las supersticiones de su país; había sido educado en la ortodoxia de su religión; antes de ser príncipe había sido ministro de ella; finalmente, ahora era cabeza de ella al mismo tiempo que del estado.

Poco probable era, por tanto, que semejante hombre cediese a la persuasión aún de los labios más acostumbrados a adquirir estos triunfos, que los del comandante español. ¿Cómo era posible que abjurase aquella fe enlazada con los sentimientos más caros de su corazón y con los elementos todos de su existencia? ¿Cómo era posible que fuese infiel a aquellos dioses que le habían elevado a tal prosperidad y tales honores, y cuyos altares estaban confiados a su especial cuidado?

(1) El risible efecto (si es lícito usar de esta palabra tratándose de asunto tan grave), que aún en aquel tiempo producía en la madre patria la creencia literal en el dogma de la Tras-substanciación, se puede ver en Blanco White, Lettres from Spainhs, Londres, 1822, carta primera.

No obstante, escuchó con atento silencio, hasta que el general hubo acabado; en seguida le respondió que iguales discursos había oído siempre proferir a los españoles; que no dudaba de que su Dios sería, como ellos decían, un buen Ser; pero los suyos eran también buenos; que en cuanto a lo que refería su huésped, acerca de la creación del mundo, así lo creían ellos también (1), no habiendo necesidad de hablar más sobre aquella materia. Dijo que sus abuelos no eran los propietarios de aquella tierra, sino que habían venido a ella hacía pocos años conducidos por un gran Ser, que después de gobernarlos por algún tiempo, había partido a las regiones donde se levanta el sol, declarando al partir que sus descendientes volverían algún día a visitar y gobernar de nuevo aquella tierra (2); que las prodigiosas hazañas, bella figura y procedencia de los españoles, todo probaba que ellos eran los prometidos descendientes; que si había resistido que viniesen a la corte era porque había oído muchas noticias de sus crueldades, que traían en las manos el rayo para consumir a sus pueblos, y que podían desbaratarles bajo las plantas de los feroces animales en que venían; que actualmente estaba convencido de que eran cuentos, de que los españoles eran buenos y amables por carácter, y de que eran mortales, aunque de otra raza más inteligente y valerosa que los aztecas, y que por esta razón los honraba.

(1) «Y en eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos pasados.» Bernal Díaz, op. cit., cap. XC. En cuanto a varios puntos de semejanza entre las tradiciones hebreas y aztecas, se puede consultar el lib. 1.°, cap. III y el ápendice, parte primera, de esta historia.

(2) «E siempre hemos tenido que de los que de él descendiesen los hacen venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasois.» Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 81.

«Os habrán dicho, añadió con cierta sonrisa, que yo soy un dios y que habito en casas de oro y plata (1).

Pero ya veis que es falso; mis casas, aunque amplias, son de madera y piedra como las otras, y mi cuerpo, dijo enseñando su desnudo brazo, es también de carne y hueso como el vuestro.

Verdad es que tengo grandes reinos heredados de mis antepasados, y oro y plata; pero vuestro soberano, el de más allá de los mares, conozco que es el legítimo dueño de todo esto.

Yo gobierno en su nombre, y vos, Malinche, vos que sois su embajador, y vuestros compañeros, participaréis conmigo de estas cosas, Descansad ya de vuestras fatigas; estáis en vuestra casa; tendréis todo lo que es necesario para vuestra subsistencia; yo haré que vuestros deseos sean tan puntualmente cumplidos como pudieran serlo los míos propios.» (2)

Al acabar el monarca estas palabras, algunas lágrimas nublaron sus ojos, acaso alpasar por su mente la imagen de su pasada independencia (3). Cortés, al que al paso alenta-

(1) Y luego el Moteuczoma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor; Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlaxcalan, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo, que soy como Dios o Teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro, plata y piedras preciosas. Bernal Díaz, ibid., *ubi. supra.*

(2) E por tanto vos sed ciertos que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no había falta ni engaño alguno; y bien podéis en toda la tierra, digo que la que yo en mi señorío poseo, mandaré a vuestra voluntad, porque será obedecido e fecho; y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer, Relación segunda de Cortés, *ubi. supra.*

(3) De *Orbe Novo*, dec. 5, cap. III. Gomara, *Crónica*, cap. LXVI. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. V. Gonzalo de Las Casas,

ba la idea de que su soberano era el gran personaje indicado por Moteuczoma, procuraba tranquilizarle asegurándole que su soberano no deseaba emplear su autoridad, sino en provecho de los aztecas, convirtiéndolos al cristianismo.

El príncipe, antes de que se despidieran las visitas, desplegó toda su munificencia conforme lo tenía de costumbre, repartiendo ricas estofas y tejos de oro; por manera que al pobre soldado de Bernal Díaz, que fué uno de los de la comitiva, tocaron dos collares pesados del metal precioso.

El rudo corazón de los españoles quedó conmovido al presenciar la emoción de Moteuczoma y su regia liberalidad. Al pasar los caballeros por delante de él se quitaron los gorros y le hicieron una profunda reverencia, y durante todo el camino, cuando se volvían a su cuartel, no hablaron de otra cosa, sino de la buena crianza del monarca y del respeto que se merecía (1).

Reflexiones mucho más serias ocupaban el espíritu del general, que en todo aquello veía las pruebas de una civilización, y por consecuencia de un poderío, del cual no habían podido darle idea las exageradas y por lo mismo increíbles noticias de los nativos. En la pompa y circunstanciado ceremonial de la corte, reconoció ese sistema de

M. S., parte I, cap. XXIV. Cortés, hablando brevemente de este paso, habla solamente de la entrevista con Moteuczoma en los cuarteles españoles, donde cuenta que pasó el diálogo referido en el texto; Bernal Díaz refiere que donde lo hubo fué en el palacio, en la siguiente entrevista. El punto único de importancia, el diálogo mismo, es cosa en que ambos convienen.

(1) Así nos despedimos con grande cortesía del, y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos platicando de la buena manera y crianza que en todo tenían, e que nosotros en todo le tuviése nos mucho acato, e con las gorras de armas quitadas, cuando delante dél pasasemos. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XC.

exacta subordinación y profundo acatamiento hacia el monarca, que caracteriza a los imperios semi civilizados de la Asia. En el aspecto de la ciudad, en su sólida y elegante arquitectura, en el lujo, en la actividad del comercio, reconocía las pruebas de adelanto intelectual, de la habilidad mecánica, y de los poderosos elementos de una sociedad antigua y opulenta; al mismo tiempo que la multitud llenaba las calles, atestiguaba una población capaz de desenvolver más plenamente todos estos recursos.

En el azteca veía un hombre diferente al rudo republicano tlaxcalteca y del afeminado cholulteca, y que reunía a la vez el valor del uno y el refinamiento del otro. Encontrábase en el corazón de una gran ciudad, que parecía una dilatada fortificación, con sus puentes levadizos y sus calzadas, y con casas, cada una de las cuales se podía convertir en una fortaleza. Su posición insular la separaba del continente, cuyas comunicaciones con la ciudad podían quedar interrumpidas a una señal del soberano, y cuya belicosa y numerosa población se podía precipitar en un solo instante sobre él y el puñado de sus compañeros. ¿De qué podría servir contra semejantes enemigos ni la ciencia más sublime? (1)

En cuanto a la subversión del imperio de Moteuczoma, ahora debía parecerle la empresa más defícil que nunca. La confesión que había hecho el príncipe azteca de su dependencia feudal respecto del español, no se debía tomar muy literalmente. Cualquiera que fuese la señal de sumi-

(1) «Y así, dice Toribio de Benavente, estaba tan fuerte esta ciudad, que parecía no bastar poder humano para ganarla; porque además de su fuerza y municiones que tenía, era cabeza y señorío de toda la tierra, y el señor della (Moteuczoma), gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchodumbre de sus vasallos.» *Historia de las Ind.*, M. S., part. III, cap. VIII.

sión que, por ahora, y acaso a causa de un engaño pasajero, estuviese dispuesto a tributarle, no era fácil suponer que renunciase a su poder y riqueza, ni tampoco que sus súbditos accediesen a ello; y los vivos temores que manifestó al saber la llegada de los españoles, probaban suficientemente el fuerte apego que tenía a su autoridad.

Verdad es que la supersticiosa reverencia que tanto el príncipe como su pueblo profesaban a Cortés, era a éste de gran utilidad para el futuro éxito de sus empresas, y no cabe duda en que estaba en sus intereses conservar ileso aquel sentimiento (1). Mas antes de trazar un plan de operaciones, era preciso instruirse en la topografía de la ciudad y sus ventajas locales, del carácter de la población y de la verdadera entidad de sus recursos. Con el objeto de adquirir estas noticias, solicitó del emperador el permiso de visitar los principales edificios públicos.

Antonio Herrera (1), el celebrado cronista de las Indias, nació de una familia respetable en Cuelta, en España, el año de 1549. Después de hacer allí los cursos académicos de costumbre, vino a Italia, el país de las artes y de las letras, adonde entonces iba la juventud española a completar su educación. Aquí conoció a Vespaciano Gonzaga, hermano del duque de Mantua, y entró al servicio de éste. Continuó al lado del príncipe aún después de que éste fué virrey de Nápoles, gozando con él de tanto favor, que en su mismo lecho de muerte le recomendó especialmente a la protección de Felipe II.

(1) Muchos son de opinión, dice el P. Acosta, que si los españoles hubiesen continuado el camino que habían emprendido, fácilmente hubieran dispuesto de Moteuczoma y de su reino, e introducido sin tanta crueldad la ley de Cristo, lib. 7.º, cap. XXV.

Este monarca perspicaz, conoció las excelentes prendas de Herrera, y le elevó al cargo de historeógrafo de las Indias, destino que creó Felipe en España. Con un buen sueldo y con todos los recursos necesarios para entregarse a sus estudios favoritos, Herrera pasó sus días en las penosas pero pacíficas tareas propias de un literato. Continuó desempeñando el cargo de historiador de las Indias, bajo Felipe II, Felipe III y Felipe IV, hasta que murió en 1625, a la avanzada edad de setenta y seis años, dejando en su patria alta reputación de moralidad y saber.

Herrera escribió muchas obras, principalmente históricas. La más importante y en la que descansa su reputación, es la *Historia General de las Indias Occidentales*. Comprende desde el año de 1492, en que se descubrió la América, hasta el de 1554, y está dividida en ocho décadas; cuatro de las cuales fueron publicadas en 1601, y las cuatro restantes en 1615, formando todas cinco volúmenes en folio. La obra fué vuelta a publicar en 1730, y ha sido traducida en la mayor parte de las lenguas europeas. El traductor inglés, Stevens, se ha tomado muchas franquicias, tanto abreviando como omitiendo; pero con todo, su traducción es superior en general a las más de las versiones antiguas inglesas de los cronistas castellanos.

El vasto asunto de Herrera es nada menos que la historia colonial de España en el Nuevo Mundo. La obra está dispuesta en forma de anales, y los variados y multiplicados sucesos de que trata, están todos sistemados en el orden cronológico, y aunque acaecidos en regiones muy distantes, y disímbolos todos caminan *pari passu.*

A causa de esta mala disposición se ve obligado el lector a interrumpir a cada instante el hilo de los sucesos y a saltar de una escena a otra muy distinta, sin tener tiempo de contemplar ninguna. La paciencia se agota y la atención

se cansa con esas ojeadas parciales y vagas, en vez de satisfacerse al ver desarrollada hábilmente una narración continua y bien compaginada. Este es el grave defecto inherente o un plan que se funda servilmente en la cronología; defecto que crece mucho más cuando, como en el presente caso, el asunto es muy vasto y comprende multitud de pormenores que tienen poca relación unos con otros. En una obra semejante luego se deja ver la superioridad de un plan como el que siguió Robertson en su Historia de América, donde cada materia es tratada en su lugar independiente, con toda la extensión que merece según su importancia, produciendo así en el lector impresiones claras y distintas.

La posición de Herrera le permitió consultar los documentos oficiales enviados de las colonias, los de la metrópoli, y en general todos los que había en los archivos públicos. Entre estos materiales había algunos manuscritos que ya no es fácil encontrar; tal es el memorial de Alonso de Ojeda, uno de los compañeros de Cortés. cuyo manuscrito ha burlado todos mis esfuerzos por descubrirlo, ya fuese en España ya en México.

Otros escritos, como el del Padre Sahagun, de gran importancia en la Historia de la Civilización India, eran ignorados del historiador. De los demás escritos que cayeron en sus manos, hizo el uso más libre; de los de Las Casas, plagió sin miramiento. El obispo había dejado prevenido que su *Historia de las Indias* no se publicase hasta cuarenta años después de su muerte; mas antes de que éstos trascurriese, Herrera comenzó sus trabajos, y habiendo podido compulsar la obra del obispo, copió en la suya del modo más impudente, no digo páginas, sino capítulos enteros; bien que al hacerlo mejoró notoriamente el estilo del original, pues sus ampolludas y oscuras sentencias las tradujo

a castellano puro, y omitió sus campanudas declamaciones y desrazonables invectivas. Mas al mismo tiempo omitió los pasajes en que se censuraba crudamente la conducta de sus compatriotas, y aquellos arranques de elocuente indignación que demuestran en el obispo Las Casas, una sensibilidad moral que le hacen superior al resto de sus contemporáneos. Por medio de esta especie de metempsícosis, si así se puede llamar, que consistía en trasladar la letra, pero no el espíritu del buen misionero, hizo Herrera casi superflua la publicación de las obras de aquél, siendo indudablemente esta una de las causas que han hecho que las obras de Las Casas se hayan quedado sin imprimir por tanto tiempo.

Pero aunque confesemos que la obra adolece de los defectos inherentes a la rapidez con que fué escrita y a la adopción de un sistema rigurosamente cronológico, es preciso convenir en que tiene un mérito extraordinario. Presenta un cuadro completo de las conquistas y de la colonización de América por los españoles durante los primeros sesenta años del descubrimiento del Nuevo Continente.

Los hechos individuales de esta complicada narración, aunque agrupados sin descernimiento, se refieren en estilo sencillo y puro, cual convenía a la gravedad del asunto.

Si bien a primera vista parece demasiado empeñado en ensalzar las proezas de los primeros descubridores y en ocultar todos sus excesos, se le debe dispensar, pues que semejante defecto no procede, tanto de perversión de los sentimientos morales, cuanto del deseo eminentemente patriótico de hacer desaparecer de las armas de su nación toda mancha que pudiera oscurecerlas en aquella época de gloria y de orgullo.

Es muy natural que el español que estudia aquellos tiempos quede absorto por la admiración de sus gigantes-

cas hazañas, sin curarse de examinar su moralidad ni las causas que las determinaban. Sin embargo, a Herrera no se le puede llamar el apologista del crimen, y no obstante los defectos que lisamente le hemos confesado, es digno de la reputación de que goza como historiador veraz e íntegro.

Es preciso no olvidar que, además de la narración de los primeros descubrimientos de los españoles en las Indias, Herrera ha dejado una gran copia de noticias relativas a las instituciones y usos de las naciones indias, noticias sacadas de las fuentes más auténticas. Esto hace que su obra sea más completa que todas cuantas hay sobre el mismo asunto. Ella es, en suma, un alto monumento de sagacidad y erudición, y el que estudie la historia, pero principalmente el que la escriba, no podrá adelantar un solo paso en la de los primeros establecimientos del Nuevo Mundo sin referirse a las páginas de Herrera.

Otro escritor sobre México, frecuentemente consultado en el curso de la presente historia, es Toribio de Benavente, o *Motolinia,* como frecuentemente se le llama a causa de su apellido indio. Fué uno de los doce misioneros franciscanos que, a petición de Cortés, fueron enviados a la Nueva España en 1523. Su humilde porte, la desnudez de sus pies y la pobreza propia de la Orden a que pertenecía, arrancaron frecuentemente a los aztecas la exclamación de *Motolinia,* «hombre pobre». Fué el primer nombre mexicano cuya significación comprendió el misionero, y le complació de tal suerte, por expresar su condición que desde entonces lo adoptó como su apellido. Toribio se empleó celosamente con sus demás hermanos, en el desempeño de su gran misión. Atravesó a pie varias regiones de México, Guatemala y Nicaragua. Adonde quiera que iba, se esforzaba por sacar a los indios de las tinieblas

de la idolatría y por alumbrar su espíritu con la luz de la revelación.

Demostró tierna solicitud por su bien temporal y espiritual, y Bernal Díaz, que le conoció personalmente, asegura que le vió quitarse una vez su vestido para cubrir a un indio desnudo y enfermo. No obstante, este fraile caritativo, tan dulce y tan exacto en el cumplimiento de sus deberes cristianos, fué uno de los más encarnizados enemigos de Las Casas, contra el cual envió a España una representación concebida en los términos más injuriosos y acerbos. Esto ha sugerido al biógrafo del obispo, la idea de que la humildad del fraile encubría algo de envidia y de orgullo: puede que así sea; pero también tenemos motivos de desconfiar de la discreción de Las Casas, quien quería arreglar las cosas con mano tan áspera, que provocó la más obstinada resistencia de parte de sus colaboradores espirituales.

Toribio fué nombrado guardián del convento de Tetzcoco; asegurando él, que durante el tiempo que desempeñó este encargo y en sus diversos viajes, administró el sacramento del bautismo a más de cuatrocientos mil naturales. Su eficaz piedad queda atestiguada por varios milagros. Uno de los más notables, acaeció en ocasión que una seca excesiva amenazaba destruír la próxima cosecha, y en que habiendo aconsejado el buen padre que se hiciese una solemne procesión con fervorosas preces y una dura flagelación, tuvo esto un efecto visible, pues cayeron copiosas lluvias que quitaron todo temor a los indios y que hicieron la cosecha muy rica. El reverso de este prodigio se vió pocos años después, en que hubo crecidas lluvias, y en que el mal se remedió por un arbitrio semejante. La realización de tales milagros, dice el biógrafo, edificó al pueblo y le afirmó en la fe. Es probable que la vida ejemplar y el

afable trato de Toribio, hayan hecho en pro de la conversión, tanto como sus milagros mismos.

Estando ocupado en las pacíficas y piadosas tareas de un misionero cristiano, fué al fin llamado de su peregrinación en la tierra, no se sabe en qué año, aunque sería a una edad avanzada, pues sobrevivió a todos los otros misioneros que vinieron con él a Nueva España. Murió en el convento de San Francisco, de México, y su panegírico ha sido hecho por Torquemada, su hermano de orden, en los enfáticos términos siguientes: «Era un hombre verdaderamente apostólico, gran maestro del cristianismo, adornado de todas las virtudes, celoso de la gloria de Dios, amigo de la evangélica pobreza, fiel en la observancia de las reglas monásticas y celoso por conseguir la conversión de los infieles.»

El largo trato que Toribio tuvo con los indios, y el conocimiento que aunque a costa de grandes trabajos, logró hacer en su lengua, le permitieron adquirir todas las noticias que existían en tiempo de la Conquista, relativas a las instituciones de los mexicanos. El resultado de sus prolijas indagaciones lo reunió en un volumen en folio, M. S., titulado: *Historia de los indios de Nueva España*, al cual nos hemos referido frecuentemente en el curso de nuestra obra. Divídese la de Toribio en tres partes: la primera, que trata de la religión, ritos y sacrificios de los aztecas; la segunda, de su conversión al cristianismo y de su manera de celebrar las ceremonias de la Iglesia, y la tercera del carácter e índole de la nación, de su cronología y astronomía, y algunas noticias sobre las principales ciudades y los artículos más notables de su riqueza. No obstante la disposición metódica de las varias partes de la obra, está escrita con esa vaguedad e incoherencia propia de un libro que abraza muchos asuntos, y en que el autor refiere todos a una idea

dominante. Nunca se olvida de cuál era su misión especial, y el asunto, que tiene actualmente entre manos, lo deja trunco para dirigir su atención a un suceso o anécdota que tiene algo que ver con sus labores espirituales. Aun las más extrañas ocurrencias las refiere con esa grave credulidad tan a propósito para ganarse el favor del vulgo; encontrándose en su obra copia de milagros bastante para suplir a todo lo que falte a la historia de la infancia de las comunidades religiosas en Nueva España.

Con todo, entre esta masa de fábulas increíbles, hijas de la piedad, se encuentran observaciones curiosas e importantes. El largo e íntimo trato del historiador con los aztecas, lo puso en posesión de todos los tesoros teológicos y científicos de éstos, y como su estilo, aunque algo argumentador, es sencillo y natural, fácilmente se comprenden sus ideas; sin embargo, de que las consecuencias en las cuales se refleja la superstición propia de su siglo y de su carrera, no deben ser admitidas sin desconfianza. Mas como son incuestionables su integridad y su facilidad de recoger buenos informes, la obra es de primera autoridad tratándose de las antigüedades de México y del estado del país al tiempo de la Conquista.

Como, por otra parte, era hombre de educación literaria, podía estudiar las cosas más profundamente que los rudos soldados de Cortés, hombres de acción más bien que de especulación.

No obstante el mérito de este escrito, nunca se le ha impreso, y ofrece tan poco interés popular, que, probablemente, no se le imprimirá jamás. Casi todo lo que en él se contiene ha sido publicado después bajo diversas formas; pero el manuscrito mismo es muy raro.

Según parece por el catálogo de M. S., publicado con

la *Historia de América,* del Dr. Robertson, éste poseía una copia, pero no se dice allí el nombre de autor.

A lo que entiendo, no existe copia en la librería de la Academia de Historia, de Madrid, y la que yo poseo la debo a la bondad del curioso bibliógrafo Mr. O'Rich, actualmente cónsul de los Estados Unidos en Menorca.

Pedro Mártir de Angleria, o Peter Martyr, como le llaman los escritores ingleses, pertenecía a una antigua e ilustre familia de Arona, en el Norte de Italia. En 1478 fué inducido por el conde de Tendilla, embajador español en Roma, a venir con él a Castilla, donde le acogió favorablemente la reina Isabel, siempre deseosa de reunir extranjeros ilustrados capaces de suavizar a la ruda y belicosa nobleza castellana. La reina confió a Mártir, que había sido educado para la carrera eclesiástica, la instrucción de los jóvenes nobles de la Corte. En este empleo adquirió la amistad íntima que durante todo el resto de su vida le profesaron los hombres más eminentes de aquella época. Los Reyes Católicos le confiaron varias comisiones de público interés: le enviaron a Egipto en una misión importante, y posteriormente le dieron un lugar distinguido en la Catedral de Granada; mas él seguía pasando la mayor parte de su vida en la Corte, donde gozó del favor de Fernando e Isabel y de su sucesor Carlos V, hasta 1525, que murió a la edad de setenta años.

El carácter de Mártir reunía cualidades que no es muy común encontrar juntas: un ardiente amor a las letras y una sagacidad práctica que sólo puede resultar de la familiaridad con los hombres y con los negocios. Aunque pasaba sus días en la bulliciosa y deslumbradora Corte, no por eso perdía la sencillez y gravedad de un filósofo. Su correspondencia y sus escritos estudiados, si es que alguno lo fué, manifestaban la independencia de su carácter y

su ilustración, aunque no tuvo la bastante para condenar la intolerancia religiosa a su época; porque, aunque filósofo, era sobradamente cortesano, para mirar con indulgencia los errores de los príncipes.

Aunque estaba profundamente imbuído en el saber clásico y aunque un verdadero escolástico, no tenía propensiones de recoleto y tomaba el más vivo interés en los sucesos que le rodeaban. Sus muchos escritos, pero principalmente su correspondencia, es, por estos motivos, el mejor espejo de aquella época.

Lo que más principalmente llamaba su atención eran los descubrimientos que por entonces se estaban haciendo en el Nuevo Mundo. Se le permitió asistir a las sesiones del Consejo de Indias, donde se trataba de todo lo importante relativo a este punto, y después fué nombrado miembro de este Cuerpo. Todo lo que tenía que ver con las colonias pasaba por sus manos; leyó la correspondencia de Colón, Cortés y demás descubridores con la Corte de Castilla; cuando estos ilustres personajes volvieron a su patria, tuvo ocasión de tratarles personalmente, y según nos informa en su correspondencia, les convidó a su mesa. Estando en semejante posición, el testimonio de P. Mártir vale punto menos que el de esos personajes mismos, siendo bajo un aspecto aún superior a ellos, pues no adolece de la parcialidad y las preocupaciones con que el interés individual nos hace juzgar hace de nuestros actos propios.

El testimonio de Mártir es el de un filósofo que, por sus conocimientos anteriores, puede estudiar los acontecimientos con más claridad y exactitud que ninguno de los conquistadores o de los descubridores. Esto no evita, es cierto, que caiga a veces en errores de credulidad, credulidad no de la fundada en la superstición, sino de la que procede de la incertidumbre de las cosas, y de que fenómenos abso-

lutamente diversos de los que le eran familiares, se le presentaban por primera vez al lado de un nuevo mundo.

Más justamente se le puede tachar el descuido en sus descripciones, hijas de la precipitación y de la inadvertencia; pero aún de esto debemos disculparle, porque confiesa sus pecados con tal candor, que desarma a la crítica.

Verdad es que escribía de prisa y bajo la influencia del momento. Se rehusaba a publicar sus escritos cuando le instaban a ello, y sus décadas *Orbe Novo*, donde reunió el resultado de sus investigaciones sobre los descubrimientos en América, no fueron enteramente publicadas, hasta después de su muerte. La más estimable y completa edición de esta obra, y a la que me refiero, es la de Hakluyt, publicada en París en 1587.

Las obras del Mártir están en latín y no del más puro, cosa extraña si se considera su familiaridad con los clásicos de la antigüedad; sin embargo, manejaba las lenguas muertas con la misma facilidad que las vivas. Sean cuales fueren los defectos de su estilo, en la elección de los asuntos ha mostrado la superioridad de su ingenio. Pasa por alto las pequeñeces que tan frecuentemente ocupan las narraciones de los descubridores españoles, y fija su atención en los grandes resultados de los descubrimientos en los productos del país, la historia e instituciones de la raza, su carácter y progreso en la civilización.

Por una cosa son sus escritos de un valor inestimable; porque da a conocer cuáles eran las ideas dominantes en la Corte cuando se estaban haciendo los descubrimientos. Él ofrece el reverso de la medalla; y después de seguir al Conquistador español en su hazañosa carrera por el Nuevo Mundo, es necesario volvernos hacia las páginas de Mártir para saber la impresión que tales sucesos producían en el

ilustrado mundo antiguo; sin esto, el cuadro quedaría incompleto.

El lector que deseare tener noticias más extensas acerca de este estimable literato, las encontrará en la *Historia de Fernando e Isabel* (parte II, cap. XIV, Post. scrip., y capítulo XIX), para la ilustración de cuyo reinado ofrece, la voluminosa correspondencia de Mártir, grande acopio de materiales auténticos.

LIBRO CUARTO

RESIDENCIA EN MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Lago de Tetzcoco.—Descripción de la capital.—Palacios de Moteuczoma.—Servidumbre real.—Manera de vivir de Moteuczoma.

(1519)

La antigua ciudad de México ocupaba el mismo sitio que la capital moderna. Las grandes calzadas tocaban con la ciudad en los mismos puntos; las calles corrían en la misma dirección, casi de N. a S. y de E. a O.; la Catedral se levanta en el sitio mismo donde se levantaba el templo del Dios de la guerra de los aztecas; y los cuatro barrios principales de la ciudad son conocidos hoy por los indios con el mismo nombre que entonces.

Sin embargo, un azteca de tiempos de Moteuczoma que viese a la metrópoli moderna, salida como el fénix, de las cenizas de la antigua, no acertaría a reconocer en ella a su nativa Tenochtitlan; porque ésta se hallaba circundada por las salobres aguas de Tetzcoco, que corrían en anchos canales atravesando la ciudad por todas partes; mientras que el México de hoy se levanta en un terreno firme, alto

y seco, y las aguas de los lagos distan por lo menos una legua de su centro. La causa de este cambio aparente de situación, depende de la disminución del lago, la cual, a causa de la rapidez de la evaporación en estas regiones elevadas, era ya perceptible antes de la conquista, pero que después ha sido considerablemente acelerada por causas artificiales (1).

El nivel del lago de Tetzcoco, apenas es hoy cuatro pies más grande que la plaza de México (2); y es considerablemente más bajo que los otros grandes depósitos de agua que hay en el valle. Con las creces de lluvias abundantes, estos últimos solían desaguar en el de Fetzcoco, el cual, crecido en tan enorme volumen de agua, traspasaba los diques e inundaba las calles de la capital, sumergiendo en aquella especie de diluvio los edificios bajos. Este era un mal comparativamente pequeño cuando las casas estaban construídas sobre estacas tan elevadas, que por debajo de ellas podía pasar una canoa, y cuando las calles eran canales que se comunicaban casi siempre por agua; pero los estragos de la inundación fueron desastrosos luego que esos canales obstruídos por los ripios de la ciudad arruinada,

(1) Paroce que el lago ya había disminuído perceptiblemente desde antes de la conquista, según el testimonio de Motolinia, que vino al país poco después de ella. Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., part. III, capítulo VI.

(2) Humboldt, *Essai politique*, tomo II, pág. 95.

Cortés supone que en el lago había mareas o flujo y reflujo regulares. Véase a Lorenzana, Relac. seg., pág. 101. Este puso en gran confusión al sabio Mártir. (*De Orbe Novo*, dec. 3, cap. III), así como también a más de un filósofo, en tiempos posteriores, haciéndoles conjeturar que el lago estaba en comunicación subterránea con el Océano. Lo que el general llamaba mareas, no sería probablemente otra cosa más que la creciente ocasionada por el predominio de ciertos vientos.

quedaron convertidos en calles de tierra sólida, y cuando los cimientos de la ciudad fueron saliendo de las aguas. Para evitar este alarmante peligro se construyó a enorme costo, a principios del siglo XVII, el famoso canal de Huehuetoca, con el cual, México, después de varias inundaciones, ha venido a quedar fuera del alcance de las aguas (1). Mas sucedió en esto lo que en otras cosas, que la utilidad se adquirió a costa de la belleza. Al alejarse las aguas, las aldeas y ciudades vistosas que ellas bañaban, han quedado algunas millas más al interior, y una árida faja de tierra cubierta de las tristes incrustaciones de sal, ha reemplazado a la brillante vegetación que entonces esmaltaba las orillas del lago, y a los oscuros bosques de encinos, cedros y sicomoros que bañaban con su anchurosa sombra la cristalina superficie de las aguas.

Las chinampas, este archipiélago de islas flotantes de que hemos hablado en el capítulo anterior, también ha desaparecido casi enteramente. Esas chinampas debían su origen a masas de tierra desprendidas de las riberas, pero trabadas por las raíces fibrosas de que estaban penetradas. Los primitivos aztecas, obligados por la escasez de tierra, se aprovecharon de la poca que les ofrecía la Naturaleza. Por medio de balsas hechas de cañas, juncos y otras materias fibrosas, formaban la base del cimiento que sacaban del fondo de las aguas. Poco a poco se formaron islas de doscientos a trescientos pies de largo y de tres o cuatro de profundidad, en las que cultivaba el económico indio las legumbres y las flores para el mercado de Tenochtitlan. Algunas de estas chinampas tenían la solidez bastante para

(1) Humboldt ha dado la descripción detallada de este acueducto que él asegura ser una de las más estupendas obras hidráulicas que se conocen, y que no se acabó sino hasta el último tercio del siglo pasado. *Essai politique*, t. II, pág. 105, *et sequentes*.

soportar algunos arbolillos y la cabaña de su dueño, el cual, con el auxilio de su largo remo apoyado en el fondo o en las riberas del lago superficial, podía al arbitrio de su voluntad trasladar adonde quería su pequeño territorio, el cual, al moverse cargado de su rica vegetación, parecía una isla encantada (1).

Los antiguos diques eran en número de tres; el de Ixtapalapam, por donde entraron los españoles, venía a dar al Sur de la ciudad; el de Tepeyacac, al Norte, que siendo la prolongación de la calle principal, se podía considerar también como la del anterior; finalmente, el de Tlacopam, que comunicaba hacia el Oeste, a la ciudad insular y al continente. Este último dique, memorable por la desastrosa retirada de los españoles, tenía cosa de dos millas de largo. Todos ellos estaban sólidamente construídos con cal y piedra, todos defendidos por puentes levadizos, y todos bastante anchos para que caminasen 10 ó 12 jinetes de frente (2).

Los bárbaros fundadores de Tenochtitlan construyoren sus primeras y endebles chozas, en el grupo de isletas que se encontraba en la parte occidental del lago; pero con el trascurso del tiempo, aquéllas fueron sustituídas por otras habitaciones más sólidas. En las inmediaciones había una cantera de una especie de amigdaloide colorada y porosa, llamada tetzontli, piedra ligera y sólida, muy fácil de sacar y de labrar. Con este material, si no propio para la elegan

(1) Ibid, pág. 87, *et sequentes*. Clavijero, *Hist. de México*, t. II, página 153.

(2) Toribio, *Hist. de las Ind.*, parte III, cap. VIII.

Cortés habla de cuatro calzadas. (Relación segunda, en Lorenzana, página 202), pero acaso tomaría por tal un brazo de la del Sur, que conducía a Cojohuacan, o también, y es muy posible, el gran acueducto de Chapoltepec.

cia, sí para la solidez, estaban construídos los edificios. México, como ya lo hemos dicho, era la residencia de los primeros nobles a quienes el monarca invitaba, o mejor dicho obligaba por motivos de política obvios de alcanzar, a pasar parte del año en la Corte. Era también la residencia temporal de los señores de Tetzcoco y Tlacopam, que a lo menos nominalmente, tenían parte en la soberanía del Imperio (1). Las habitaciones de estos personajes eran proporcionalmente magníficas y dignas de su estado. Eran bajas, es cierto; rara vez de más de un piso; pero ocupaban una extensión muy considerable de terreno; eran de forma cuadrangular, con un patio en el centro y rodeadas de hermosos pórticos de pórfido y de jaspe, del cual hay gran copia en las inmediaciones, y finalmente, en el centro solían encontrarse cristalinas fuentes que esparcían una dulce frescura.

Las casas de los pobres descansaban también en cimientos de piedra de algunos pies de altura, y el resto de cuyas paredes, era de céspedes mezclados algunas veces con cañas (2).

Las más de las calles eran cortadas y estrechas; pero algunas, por el contrario, anchas y largas. La calle principal,

(1) Véase antes.

(2) Mártir da una noticia completa de esta especie de habitaciones, que prueba que aún las clases más pobres tenían cómodos alojamientos. «Pepulares vero domus cingulo virili tenus lapiade sunt et ipsae, ob lacunae incrementum per fluxum aut fluviorum in ca abentium alluvies. Super fundamentis illis magnis, lateribus tum cretis, tum aestivo soli siccatis, immistis trabibus reliquam molem construnt; uno sunt communes domus contentae tabulato. In solo parum hospitantur propter humiditantem tecta non tequlis sed bir tumine quodam terreo vestium: ad solem captamdum commodioest ille modus, breviore tempore consumi debere credendum est.» *De Orbo Novo*, déc. 5. capítulo X.

que atravesaba a la ciudad en línea recta de Norte a Sur, ofrecía una vista hermosísima con sus largas filas de casas bajas, con los jardines, que la separaban, y con toda la pompa de la horticultura azteca.

Las grandes calles cuyos pavimentos eran de una mezcla muy sólida, estaban cortadas por numerosos canales, algunos de ellos costeados por una calle de tierra, que servía de vado para los transeuntes y de desembarcadero a las canoas. De distancia en distancia había pequeñas habitaciones, destinadas a los empleados que colectaban los derechos causados por los diferentes artículos de comercio. Los canales estaban atravesados por numerosos puentes, muchos de ellos levadizos, por manera que se podía interrumpir la comunicación entre las diferentes partes de la ciudad (1).

La descripción de la antigua ciudad nos recuerda aquellas del Antiguo Mundo, que por motivos de economía o de seguridad, han tenido una construcción semejante, sobre todo a Venecia, si es lícito comparar la tosca arquitectura de las tribus indias con los palacios y templos de mármol (decaídos hoy de su antiguo esplendor), que coronaban a la engreída señora del Adriático (2).

El ejemplo de la metrópoli fué luego seguido por las ciudades de las inmediaciones (3). En vez de descansar en

(1) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte 3.ª, cap. VIII. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 108. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, caps. X-XI. Relac. d'un gent. huom, en Ramussio, t. III, fol. 309.

(2) Mártir percibió la semejanza. «Uti de ilustrissima civitati, Venetiorum legitur, ad tumulum in ea sinus Adriatici parti visumi fuisse constructam.» *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. X.

(3) Pudiera aplicarse muy naturalmente a la capital azteca el ingenioso soneto de Giovani Della Casa, en que hace contrastar el origen de Venecia y su gloria meridiana:

tierra firme, se las veía descansar, en gran parte, en el lago mismo, cuyo fondo solía no tener más de cuatro pies de profundidad (1). Así quedaba fácilmente abierta la comunicación de unas con otras, y la superficie de aquel «mar interno» como la llamaba Cortés (2), estaba cubierta de millares de canoas, ocupadas en el tráfico entre estos pueblecillos.

¡Cuán alegre y pintoresco debe haber sido el aspecto de aquella ciudad, con sus relucientes edificios y sus floridas islas ancladas en la tersa superficie de las aguas del lago!

En cuanto a la población de Tenochtitlan en tiempo de la Conquista, hay varios cómputos. Ningún escritor la re-

Questi Palazzi e questi loge or colte
D'ostro, di marmo e di figure elette,
Fut poche e basse case insieme accolte,
Deserti lidi e povere insolette.

Ma gente arditi d'ogni vizio sciolte
Premeano il mar cor picciola barchette,
Che qui non per domar provincie molte,
Ma fugir servitú seran, ristrette.

Non era ambizion ne petti lore
Mal, mentiri abbarrian piu che la morte,
Ne vi regnava ingorda fame d'oro.

Se'l ciel v' ha dato piu beata sorte
Non sien quelle virtú che tanto honoro,
Dalle nouve richezze opresse emorte.

(1) El lago de Tetzcoco no tiene, ordinariamente, arriba de tres o cinco metros de profundidad, y aun hay lugares en que el fondo está a menos de un metro. (Humboldt, *Essai politique,* t. II, pág. 49.)

(2) «Y cada día entra gran multitud de indios cargados de bastimento y tributos, así por tierra como por agua, en acales o barcas que en *lengua de las islas llaman canoas.*» Toribio, *Hist. de las Indias*, M. S., part. III, cap. VI.

gula en menos de sesenta mil casas, que según las reglas ordinarias del censo, debían haber contenido trescientas mil almas (1); mas si es cierto lo que dicen, que algunas de esas casas contenían varias familias, la población debe haber sido mucho más considerable (2). Nada es más fácil que los cálculos numéricos entre bárbaros, que, por una parte, viven necesariamente en mayor desorden y confusión que los pueblos cultos, y, por otra parte, no tienen un sistema bien arreglado de calcular la población. El testimonio simultáneo de los conquistadores; la extensión de la ciudad, que según se ha dicho, tenía tres leguas de circunferencia; el enorme tamaño de su mercado; las largas hileras de edificios de los que todavía se encuentran ruinas a algunas mi-

(1) «Esta, la ciudad de México o *Tenuztutan*, que será de sesenta mil vecinos.» (Carta del Lic. Zuazo, M. S.) *Tenustitanam ipsam inquiiunt sexaginti circiter esse millia domorun.»* (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. III.) «Era México cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas.» (Gomara, *Crónica*, cap. LXXVIII.) Toribio dice vagamente: «Los moradores y gente era innumerable.» (*Hist. de las Indias*, M. S., part. III, cap. VIII.) La traducción italiana del Conquistador anónimo, que sólo se conoce en traducción, dice: *meglio di sesancta mila habitatori.* (Relac. d'un gent. huom., en Ramussio, tomo III, fol. 309.) Pero este error es debido probablemente a la equivocación en que se incurrió al traducir la palabra vecino, que la usada en las estadísticas españolas para designar al inquilino de una casa, son a lo que en italiano corresponde *fuochi*, por la palabra *habitatori.* Véase también a Clavijero, *Hist. de México*, t. III, pág. 86, nota. Robertson hace descansar su cálculo, *exclusivamente* en esta traducción italiana. (*Hist. de América*, t. II, pág. 281.) Cita también, es cierto, otras dos autoridades: la de Cortés, que nada habla de la población, y de Herrera, que conviene también en el cómputo de las sesenta mil casas. (*Hist. General*, dec. 2, lib. 7.°, cap. XIII.) El hecho es de alguna importancia.

(2) «En las casas, por pequeñas que eran, pocas veces dejaban de morar dos, cuatro y seis vecinos.» Herrera, *ubi. supra.*

llas de la ciudad (1); la fama que esta tenía en todo el Anáhuac, donde no escaseaban otras extensas y populosas, y, finalmente, el adelanto de la agricultura, los esfuerzos por sacar la subsistencia hasta de los objetos más ingratos, más desagradables (2), todo atestigua que la población de México era entonces muy superior a la de los presentes (3).

Una vigilante policía cuidaba de la salubridad y aseo de la ciudad. Según cuentan, había 1.000 personas encargadas de regar y barrer las calles (4). Que estaban tan aseadas que para usar la frase de un antiguo escritor español, una gente podía pasearse por la ciudad con tan poco riesgo de ensuciarse los pies como las manos (5).

El agua en una ciudad bañada por todas partes de lagos salobres era impotable; pero proporcionaba una gran copia

(1) «En el camino que conduce de la capital a Tanepantla y a los Ahuehuetes, se puede andar más de una hora entre las ruinas de la antigua ciudad: allí se conoce, así como también en el camino de Tacuba y de Ixtapalapan, cuanto más pequeño es el México reedificado por Cortés, de lo que era Tenochtitlan bajo el último de los Moteuczomas. La enorme amplitud del mercado de Tlaltelolco, cuyos límites se conocen aún hoy, prueba cuán considerable era la población de la antigua ciudad.» Humboldt, *Essai politique*, tomo II, pág. 43.

(2) Entre la clase baja era un alimento común una especie de espuma glutinosa que se encontraba en los lagos, con la cual hacían tortas de un sabor muy semejante al del queso. (Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCII.)

(3) Se retifica uno en esta conjetura, comparando los dos mapas que se encuentran al fin de la obra de Bulloc, titulada *México*. Uno de ellos representa la moderna ciudad, y el otro, tomado del museo de Boturine, que representa la antigua, con sus calles y canales tan bien dispuestas, que parece un tablero.

(4) Clavijero, *Hist. de México*, t. I, pág. 274.

(5) «Era tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano no recibiera el pie detrimento ninguno en andar descalzo.» Toribio, *Hist. de las Indias*, M. S., parte III, cap. VII.

de agua pura, Chapoltepec, y el cerro de la Cigarra, que distaba cosa de una legua de la ciudad; el agua venía de allí en un canal de barro, por un acueducto construído a este propósito, y que a fin de que no se careciese de un artículo tan esencial, era doble, para el caso de que se averiase.

De esta suerte era conducida al centro de la capital, una columna de agua, del volumen del cuerpo de un hombre; y de allí se abastecían las principales fuentes y depósitos. Había aberturas u orificios en los lugares donde pasaba el acueducto por los puentes, y de allí la tomaban y conducían a todos los puntos de la ciudad lss canoas que atravesaban por debajo de aquellos (1).

Al mismo tiempo que Moteuczoma fomentaba en sus nobles el gusto por la buena arquitectura, él mismo cooperaba al embellecimiento de la ciudad. En sus tiempos se transportó el famoso calendario de piedra, que en su estado primitivo pesaba cerca de 50 toneladas, y que del lugar donde se labró que distaba muchas leguas de la capital, fué traído a ésta, donde todavía forma uno de los más curiosos monumentos del saber de los aztecas (2). Ciertamente cuando se reflexiona en las dificultades que presentaría arrancar de su durísimo asiento de basalto aquella estupenda mole, sin el auxilio de instrumentos de hierro, y en las de transportarla de tanta distancia, por agua y tierra sin animales de tiro; cuando se reflexiona en esto, digo, no se puede

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 108. Carta del Lic. Zuazo, M. S., Relación d'un gent. en Ramussio, t. III, fol. 309.

(2) Estas inmensas masas (según Mártir, que obtuvo sus noticias de testigos presenciales) fueron transportadas por largas filas de hombres que las arrastraban con cordeles, sobre enormes rodillos de madera. (De *Orbe Novo*, dec. 5, cap. X.) Era también la manera con que los egipcios movían aquellas enormes moles de granito, según parece por los numerosos relieves esculpidos en sus monumentos.

menos de admirar el adelanto en la mecánica y el espíritu emprendedor del pueblo que lo verificó.

No contento Moteuczoma con la espaciosa residencia de sus padres, edificó otra bajo un pie aun más magnífico. Cubría, como ya lo hemos dicho, el terreno que actualmente ocupan a un lado de la plaza Mayor, algunas casas particures. Este edificio, o para hablar más correctamente, este conjunto de edificios ocupaba un terreno tan vasto que, según nos asegura uno de los conquistadores, el techo u azotea tenía la amplitud bastante para que treinta caballeros corriesen sus caballos en un torneo (1).

Ya hemos hablado de su adorno interior, de sus bellos tapices, de sus techumbres de cedro y otras maderas olorosas unidas entre sí, sin arcos ni bóvedas (2); de sus numerosos y espaciosos aposentos, que Cortés, en medio de su entusiasmo excesivo, no duda llamar superiores a lo que en su género se conocía en España (3). Contiguos al edificio principal había otros destinados a varios usos. Uno era una armería llena de las armas y arneses militares usados por la nación, todos puestos en el mejor orden y en estado de usarse en el instante. El emperador era muy diestro en el manejo del *maquahuitl*, o espada india, y tenía gran complacencia en presenciar los ejercicios atléticos y representaciones de la guerra, de la joven nobleza.

(1) Relación d'un gent. huom, en Ramussio, t. III, fol. 309.

(2) «Riccs edificios» dice el Lic. Zuazo, hablando de los edificios de Anáhuac en general, «excepto que no se halle alguno con bóveda». (Carta M. S.) El escritor hizo prolijas observaciones, al año siguiente al de la Conquista. Si su aserción se admitiese, quedaría resuelta una cuestión muy agitada entre los anticuarios.

(3) «Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas; más de que en España no hay una semejable.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 111.

Otros de los edificios eran graneros y almacenes llenos de los comestibles y demás artículos con que las provincias contribuían a la manutención del rey. Los había, finalmente, destinados a objetos de otra clase. Uno de estos era una inmensa pajarera donde estaban reunidos los pájaros de plumaje espléndido, de todas las partes del imperio: allí estaban el escarlata cardenal, el dorado faisán, el gigantesco pavo real con su cola matizada de los colores del arco iris (entre los que sobresalía el color regio, el verde), y este milagro en miniatura, el colibrí, que se deleita en habitar entre los bosques de madre selva de México (1).

Trescientos criados estaban encargados de su cuidado, de darles el alimento apropiado, que algunas veces era muy costoso, y de recoger las plumas que mudaban, las que servían, por sus variados y brillantes colores, para las pinturas.

Un edificio por separado, estaba destinado a las aves feroces y de rapiña, los voraces buitres y las gigantescas águilas que habitan en las ateridas soledades de los Andes. No eran menos de ciento los pavos destinados diariamente a satisfacer el voraz apetito de estos tiranos de la raza alada.

Junto a la pajarera había jaulas donde estaban encerra-

(1) La noticia que Herrera nos ha trasmitido de estos insectos alados, si así puede llamárseles, muestra los ligeros errores en que aun hombres sabios incurrieron tratándose de las nuevas especies de animales descubiertas en América. «Hay en el país unos pájaros del tamaño de mariposas, de pico largo, de brillante plumaje, y muy estimados por las cosas que con ellos se hacen. Al modo de las abejas, viven en las flores y de la miel que en ellas recogen, y cuando pasa la estación de las lluvias y entra la de secas, se clavan ellas mismas con el pico en los árboles y allí mueren luego; pero al año siguiente, en viniendo de nuevo las lluvias, vuelven ellos otra vez a la vida.» *Historia Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap, XXI.

dos los animales feroces traídos de las lejanas selvas y pantanos de la Tierra Caliente. La semejanza de sus diferentes especies con las del Antiguo Mundo, con las que, sin embargo, no había ni una sola que fuese idéntica, introdujo la mayor confusión en la nomenclatura de los españoles, y a consecuencia de esto, en la de los mejores naturalistas. Acrecentábase aquella colección con el gran número de reptiles y de serpientes ponzoñosas, principalmente de las que los españoles decían que traían cascabeles en la cola, las cuales son el terror de los desiertos de América (1).

Las serpientes estaban encerradas en largas cajas cubiertas de plumazón, o en tubos de barro y agua. Las bestias feroces y las aves de rapiña estaban en piezas bastante amplias, para dejarlas mover, y aseguradas por un fuerte enrejado, por donde les penetraba el aire y la luz.

Todo esto lo cuidaban numerosos sirvientes bien instruídos en las costumbres de los animales, y que tienen a su disposición todo lo necesario para su aseo y comodidad. ¡Con cuán profundo interés no hubiera visto un naturalista ilustrado de aquellos tiempos, un Oviedo, o un Mártir, reunidas en un solo lugar, todas las especies de animales que pertenecían al mundo de Occidente, enteramente desconocidas en Europa! ¡Cuánto no se hubiera deleitado en estudiar las peculiaridades que distinguían estas especies de las del otro hemisferio y en descubrir así algunas de las leyes generales, según las cuales procede la naturaleza en todas sus obras. Pero los rudos compañeros de Cortés no se tomaron el trabajo de detenerse en esas pro-

(1) «Pues más tenía, dice el honrado capitán Díaz, en aquella casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: estas son las peores víboras de todas.» *Hist. de la Conq.*, cap. XCI.

fundas reflexiones; contemplaron aquel espectáculo con curiosidad mezclada de miedo, y aun al escuchar los rujidos de las bestias feroces y el penetrante silbo de las serpientes, creyeron estar en las mansiones infernales (1).

No debo dejar de hablar aquí de la colección de monstruos, como enanos y otros seres desgraciados, en cuya organización se ha apartado la naturaleza de sus leyes ordinarias. Estas horrorosas anomalías eran consideradas por los aztecas como un objeto de lujo, y según dicen, no faltaban padres desnaturalizados que empleaban medios artificiales para procurar a sus hijos una subsistencia segura, dándoles un lugar en el museo real (2).

Alrededor de estos edificios se extendían dilatados jardines llenos de arbustos fragantes, de flores y especialmente de plantas medicinales (3). Ningún país cuenta tantas de estas últimas como la Nueva España; y sus virtudes eran perfectamente conocidas de los aztecas, quienes puede decirse que estudiaban la botánica como una ciencia. Entre estos bosques floridos y fragantes esparcían su fresco rocío los surtidores de agua cristalina. Diez estanques espaciosos

(1) «Digamos ahora las cosas infernales que hacían cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros, y silbaban las sierpes, era grima oírlo y parecía infierno. Ibid. *ubi. supra.*

(2) Ibid. *ubi. supra.* Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, páginas 111-113. Carta del Lic. Zuazo. M. S. Toribio, *Hist. de las Indias*, M. S., parte III. cap. VII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 23, cap. XI-XLVI.

(3) Moteuczoma, según Gomara, no permitía que se plantasen árboles frutales, por considerarlos poco adecuados para un jardín de recreo. *Crónica*, cap. LXXV. Toribio dice esto mismo: «Los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta de donde cogían rosas y adonde se crían aves, así para gozar del canto, como para las tirar con cerbatanas de la cual son grandes tiradores.» *Hist. de las Ind.*, parte III, cap. VI.

estaban llenos de inmensos peces, cuyos hábitos estaban perfectamente estudiados, y muchos de los estanques eran de agua salada, como la que más les agradaba frecuentar. Las anchas fuentes tenían terso pavimento de mármol, y les daban sombra ligeros y fantásticos pabellones de plantas aromáticas, debajo de las cuales encontraban refrigerio el monarca y sus queridas, durante las abrasadoras calores del estío (1).

Pero la residencia real en semejante estación, era el cerro de Chapoltepec, lugar venerable principalmente por encerrar las cenizas de sus progenitores. Encuéntrase este cerro al poniente de la ciudad, y en aquel tiempo bañaban su base las aguas de Tetzcoco. En su encumbrada cresta de roca porfirítica se levanta hoy el magnífico aunque triste palacio mandado edificar a fines del siglo XVII, por el joven virrey Gálvez. La vista de que se goza desde sus ventanas, es una de las más hermosas de las cercanías de México. La llanura no está por allí como por otras partes, desfigurada por incrustaciones blancas que lastiman la vista, sino que ésta, por el contrario, se dilata por campos y praderas en que se mecen las doradas mieses de las semillas europeas. Los jardines de Moteuczoma se extienden por algunas millas a lo largo de la base del cerro. Dos estatuas que representaban a este monarca y a su padre, esculpidas en bajorrelieve en el pórfido, se conservaban hasta mediados de la centuria pasada (2); y el terreno está todavía poblado de cipreses gigantescos, de más de 50 pies de circunferencia, que ya tenían siglos de antigüedad

(1) Ibid, loc. cit. Relación segunda, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, cap. XIV.

(2) Gama, un crítico bastante competente, que las vió antes de que se las destruyese, alaba su ejecución. Gama, *Descripción*, part. II, páginas 81-83.

cuando se hizo la conquista. Hoy ofrece aquello una confusa mezcla de arbustos silvestres: el mirto mezcla sus oscuras y carnosas hojas con las rojas bayas y delicado follaje del pimiento. ¡Seguramente, no hay sitio más a propósito para entregarse a la meditación sobre lo pasado; ninguno en que pueda el viajero, al asentarse bajo aquellos elevados cipreses cubiertos con las canas de los siglos, abandonarse más libremente a meditar sobre el triste destino de las razas indias y del monarca, que a la sombra de aquellas mismas ramas, se espació en ensueños de ventura!

En la vida doméstica, desplegaba este monarca el mismo esplendor que en todo lo que le rodeaba. Podía gloriarse de tener tantas mujeres como cualquier sultán de Oriente (1). Vivía cada una de ellas en su aposento propio, y gozaba de todas las comodidades que podía desear. Empleaban las horas en ocupaciones femeniles, como tejer y bordar, mayormente el gracioso plumaje, para el cual ofrecían tantos y tan ricos materiales las pajareras reales. Se conducían con un decoro rigoroso, y vivían bajo la inspección de ancianas o dueñas, del mismo modo que se hacía en las casas anexas a los templos. En el palacio había muchos baños, en los que Moteuczoma daba el ejemplo de frecuentes abluciones; bañábase a lo menos una vez al día, y mudaba de vestido cuatro veces, según cuentan (2). Jamás se ponía un vestido más que una vez, dejándolo en seguida a sus criados. La reina Isabel, aunque te-

(1) «¡No eran menos de mil, si hemos de creer a Gomara, que añade la singular noticia de que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo!»

(2) «Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca se las vestía otra vez.» Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 114.

nía el mismo lujo en vestir, no mostró tanta prodigalidad regia en dejar sus vestiduras; y es que probablemente eran un poco más costosas que las del emperador indio.

Además de sus muchas mujeres, multitud de nobles estaban siempre en las salas y antecámaras esperando recibir audiencia y sirviendo también en clase de guardias de corps. Había sido costumbre que los plebeyos de mérito desempeñasen ciertos encargos de palacio; pero el soberbio Moteuczoma no consentía en ser servido más que por hombres de noble alcurnia. No era raro que estos fuesen hijos de los grandes jefes, ni que quedasen en rehenes durante la ausencia de sus padres, sirviendo de esta suerte al doble intento de la seguridad y el boato (1). El emperador comía solo. El pavimento de un gran salón perfectamente tapizado de esteras era cubierto con centenares de platillos (2). Algunas veces Moteuczoma mismo, pero más de ordinario su mayordomo, designaba los platillos que de-

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCI. Gomara, *Crónica*, capítulos LXVII-LXXI-LXXVI. Relación segunda, *ubi. supra.* Toribio, *Historia de los indios*, M. S., part. III, cap. VII.

«A la puerta de la sala estaba un patio muy grande en que había cien aposentos de veinticinco o treinta pies de largo cada uno. sobre sí en torno de dicho patio, e allí estaban los señores principales aposentados como guardias del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los cuales, a la contina, ocupan más de seiscientos hombres, que jamás se quitaban de allí e cada uno de aquellos tenía más de treinta servidores; de manera que nunca faltaban tres mil hombres de guerra en esta guardia cotidiana de palacio.» (Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXXXVI.) Este autor da prolija noticia del modo de vivir de Moteuczoma, sacada de los informes que le dieron los españoles que vieron a este monarca en todo su esplendor. Como la historia de Oviedo no corre impresa, he copiado en su original castellano el capítulo que trata de esta materia y puede verse en el Apéndice, part. II, núm. 10.

(2) Bernal Díaz. Ibid, loc. cit. Relación segura, *ubi. supra.*

bían servirle, y los cuales se conservaban calientes en braseros (1). Los manjares consistían en animales domésticos y cazados en los bosques más lejanos, y de pescados que el día antes se movían todavía en el golfo de México. Estaban preparados de varias maneras, porque como ya hemos dicho, los artistas aztecas habían penetrado profundamente en el arte culinario (2). La mesa era servida por nobles que se resignaban aún al bajo oficio de presentar al monarca las mancebas que por su gracia y belleza eran de su real agrado. Para ocultarle de las miradas del vulgo durante la mesa, lo rodeaban con un biombo de madera ricamente dorado y esculpido. Sentábase en un cojín, y la comida se servía en una mesa baja cubierta con finos manteles de algodón. Los platos o escudillas eran de barro fino de Cholula, teniendo, además, una vajilla de oro que sólo se usaba en días de fiesta religiosa, y en verdad que ni sus pingües rentas hubieran bastado para servirse siempre con oro, porque la vajilla que había servido una vez, no volvía ya a servir y era regalada a los criados. El salón estaba iluminado con antorchas hechas de una madera resinosa que al quemarse esparcía un suave olor y probablemente no poco humo. Acompañábanle durante la comida cinco o seis nobles consejeros, que se mantenía a una respetuosa distancia, respondían a sus preguntas, y de vez en cuando gustaban de los platillos con que se dignaba obsequiarles desde su mesa.

(1) Bernal Díaz trae algunos de los artículos de la lista regia. El primer platillo no dejaba de ser algo horroroso, pues era un guisado de *carnes de muchachos de poca edad.* Sin embargo, él mismo confiesa que esto es algo apócrifo. Ibid, *ubi. supra.*

(2) «Y porque la tierra es fría traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa porque no se enfríase.» Relación segura, en Lorenzana, pág. 113.

A los platillos sólidos seguían los postres y pasteles en cuya confección para la cual contaban con los importantes requisitos de la harina de maíz, huevos y azúcar de aloe, eran los cocineros aztecas muy famosos. Dos mancebas se empleaban allá, en el rincón más apartado de la sala, en preparar, durante la comida, hermosas tortillas, con las que de tiempo en tiempo cubrían la mesa. El emperador no tomaba más potaje que el chocolate sazonado con vainilla y otras especias, y preparado de tal manera, que estaba reducido a una especie de espuma de la consistencia de miel, que se disolvía poco a poco en la boca. Este brebaje, si así se le puede llamar, era servido en copas de oro, con cucharillas del mismo metal o de concha de tortuga, primorosamente trabajadas. Al emperador le gustaba con pasión, si hemos de juzgar por la cantidad que consumía diariamente, que no bajaba de 50 tazas (1); además de las cuales, se preparaban más de 2.000 para los de su servidumbre (2).

La disposición de la comida en general, no difiere mucho de la usada por los europeos; pero no hay en Europa príncipe que en cuanto a la esplendidez de los postres se pueda comparar con Moteuczoma, porque este podía reunir las producciones de los más opuestos climas: las de la templada región en que habitaba y las sabrosas frutas de los trópicos que, arrancadas el día anterior de los verdes bosques de la Tierra Caliente, eran mandadas a la capital por medio de correos con la velocidad del vapor. ¡Es

(1) «Lo que yo vi, dice Díaz hablando de lo que él observó, que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebían.» Ibid, cap. XCI.

(2) Ibid, *ubi. supra*, Relac. seg., en Lorenzana, págs. 113-114. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, caps. XI-XLVI. Gomara, *Crónica*, cap. LXVII.

como si un cocinero nuestro sirviese en nuestros banquetes las especias que un día antes estaban todavía creciendo en una de las cálidas islas del remoto mar de Indias!

Después de satisfacer el apetito le lavaban las mujeres en bandejas de plata, de la misma manera que se había hecho antes de comenzar, porque los aztecas eran más exactos en la ceremonia de la ablución que ninguna de las naciones de Oriente.

Traíanle en seguida pipas de madera ricamente doradas y labradas, con las cuales respiraba por las narices y algunas veces por la boca el humo de una hierba embriagante llamada tabaco, mezclada con liquidámbar (1). Mientras duraba la grata ocupación de fumar, se divertía el monarca con ver a sus saltimbancos y juglares, de los que había una compañía perteneciente a palacio. Ningún pueblo, ni aun de la China o el Indostán, aventaja a lo que eran los aztecas en juegos de agilidad y destreza (2).

Algunas veces se divertía con su bufón, porque el príncipe indio tenía su bufón, lo mismo que los más civilizados de sus hermanos de Europa lo tenían en aquel tiempo. Aún solía decir, que mayor instrucción se sacaba de él que de los hombres más cuerdos, porque éstos temen hablar la verdad. Otras veces presenciaba las danzas de sus mujeres o se deleitaba en oír la música (si tal nombre merecían las descompasadas orquestas de los mexicanos)

(1) También le ponían a la mesa tres canutos muy pintados y dorados, y dentro traían liquidámbar. con unas hierbas *que se dice tabaco*. Bernal Díaz, *ubi. supra.*

(2) Según refiere M. Maundeville, los ejercicios de los juglares suerteros, eran la gran diversión del gran Khan de China. *(Voyoge and Travaille*, cap. XXII.) Los saltimbancos mexicanos tenían tal reputación, que Cortés envió dos de ellos a Roma, para que divertiesen a su Santidad Clemente VII. Clavijero, *Historia de México*. tomo II, pág. 186.

acompañada de cantos, en que en pausada y grave cadencia, se celebraban los hechos heroicos de los guerreros aztecas o de su real familia.

Después de haber deleitado sus sentidos en estas diversiones, se entregaba al sueño, pues que en esto de dormir la siesta, era tan exacto como un español. Luego que despertaba, daba audiencia a los embajadores de los príncipes extranjeros, o a los de sus provincias tributarias, o a los caciques que tenían quejas que darle. Eran introducidos a la presencia del soberano por jóvenes nobles, y cualquiera que fuese su rango, a menos que no perteneciera a la sangre real, tenía que sujetarse a la humillación de ocultar sus ricos vestidos bajo la grosera capa de *nequem*, de entrar descalzo y de permanecer en su presencia sin apartar los ojos de la tierra. El emperador dirigía pocas y breves palabras a los que daba audiencia, respondiéndoles solamente por medio de sus secretarios, y aquéllos se retiraban de su presencia, con el mismo acatamiento que habían entrado, y teniendo cuidado de conservar siempre la cara vuelta hacia el emperador. ¡Con razón exclama Cortés, que ni en la corte del gran Soldán, ni en la de ningún otro señor infiel, se usaban tantas y tan pomposas ceremonias! (1)

Fuera de la multitud de sirvientes de que hemos hecho mención, la servidumbre real no estaba completa, sino había un gremio de artesanos constantemente ocupados en la erección y reparación de los sitios reales, además del gran número de joyeros y de personas hábiles en el trabajo de los metales, cuyas manos estaban incesantemente empleadas en hacer fruslerías, para las hermosas ojinegras

(1) «Ninguno de los soldanes, ni otro ningún señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan.» Relac. seg., en Lorenzana, pág. 115.

del harén. El número de los saltimbancos y juglares era también muy considerable, y los danzantes de palacio ocupaban un cuartel especial de la ciudad, exclusivamente destinado para ellos.

El mantenimiento de esta servidumbre, compuesta de millares de individuos, ocasionaba grandes gastos y cuentas no sólo complicadas, sino embrolladas en un pueblo tan inculto. Sin embargo, todo esto se hacía en el orden más perfecto, y todos los ingresos y salidas se apuntaban por medio de la pintura jeroglífica usada en el país. Los carecteres aritméticos estaban mejor arreglados y probaban más refinamiento que los empleados en la narración. Había un aposento por separado lleno de mapas jeroglíficos, que representaban completamente la economía del palacio. El cuidado de todo ello estaba confiado a un tesorero que hacía los oficios de mayordomo de palacio y que entendía en todo lo concerniente a su servicio. Este oficial responsable era, a la sazón de la llegada de los españoles, un digno cacique llamado Tapia (1).

Esta es la pintura de la vida doméstica de Moteuczoma, que nos han dejado los conquistadores y sus inmediatos sucesores, que tenían tantos motivos de conocerla. Quizá habrá en ese cuadro un colorido recargo (2), porque la propensión a exagerar es natural en el que por primera vez presencia un espectáculo, que hiere su imaginación, nuevo e inesperado. Mas yo he pensado que era más conveniente

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCI. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Oviedo, *ubi. supra*. Toribio, *Hist. de los Indios*, M. S., parte III, cap. VII. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 110 y 115. Relación d'un gent. huom'., en Ramussio, t. III, fol. 309.

(2) En descendiendo el historiador otra generación más, encontrará materiales competentes para un capítulo tan bueno como cualquiera de *Sir John Mandeville*, o de las *Noches Arábigas*.

presentar completos estos pormenores, por triviales que hayan parecido al lector, porque ellos presentan el cuadro de unas costumbres muy superiores en refinamiento a las de todas las otras tribus del continente norteamericano. A lo que se agrega, por otra parte, que no son tan triviales estas noticias, si se considera que el conocimiento de las costumbres privadas de un pueblo puede dar una idea más exacta de su civilización, que el de sus costumbres públicas.

Estudiando las de los aztecas, se recuerda justamente la civilización de Oriente; no esa alta e intelectual que es propia de los árabes y los persas, sino esa semicivilización que ha distinguido, por ejemplo, a los tártaros, entre los cuales las artes y las ciencias han hecho algunos progresos en su aplicación a los placeres de los sentidos, pero pocos en lo que toca a los intereses generales de la humanidad y que la ennoblecen. Es característico de tales pueblos, encontrar un placer pueril en un lujo deslumbrador y ostentoso, tomar la sombra por el cuerpo, la vana pompa por el poder; hacinar en torno del trono mismo el más inútil y fastidioso aparato para suplir a la verdadera dignidad real.

Aún esto, comparado con las toscas costumbres de los primeros aztecas, es un grado más de refinamiento; verdad que esto fué debido exclusivamente a la influencia personal de Moteuczoma. En su tierna edad había templado los duros hábitos de la carrera militar con la mansedumbre de la religión, y en sus últimos años se había apartado aún mucho más de las ocupaciones embrutecedoras de la guerra y se había entregado a un género de vida no solamente culto, sino aún pudiera decirse afeminado, que no habían conocido sus belicosos predecesores.

Por otra parte, la situación de su reino se prestaba a este

cambio. La desmembración del reino de Tetzcoco, a resultas de la muerte del gran Netzahualpili, había dejado a la monarquía azteca sin rival, por manera que ésta extendió luego sus brazos formidables hasta los más remotos confines del Anáhuac. El ambicioso espíritu de Moteuczoma se ensoberbeció con la nueva adquisición de poder y de riqueza, desplegando para demostrar este orgullo íntimo, un boato insólito. Usó una reserva que no habían acostumbrado sus antecesores; se ocultó a los ojos del pueblo rodeándose de una escogida corte, si salía a la calle era en ocasiones solemnes, en medio del fausto y de la pompa, para ir al templo mayor a tomar parte en las ceremonias religiosas; y al transitar por las calles exigía de sus vasallos que le tributasen homenajes de adulación, propios de un déspota de Oriente (1). Su altivo porte hería el orgullo de sus potentes señores, mayormente de aquellos que residiendo a gran distancia, se creían casi independientes de él. Los impuestos que exigía el profuso gasto del palacio, esparcía por todas partes semillas de descontento; así es, que precisamente cuando parecía que el Imperio había llegado a la cumbre de la prosperidad y del poder, un cáncer oculto devoraba su corazón.

(1) «Refere in tanto rege piget superbam mutationem vestis et desideratas humi jacentium adulationes.» Livio, *Historia,* lib. 9.°, capítulo XVIII. Las reflexiones que el historiador hace sobre Alejandro después de contaminado con las costumbres de los persas, son igualmente comodables al emperador azteca.

CAPÍTULO II

MERCADO DE MÉXICO.—TEMPLO MAYOR.—SANTUARIOS INTERIORES.—CUARTEL DE LOS ESPAÑOLES.

(1519)

Cuatro días habían pasado desde que los españoles habían hecho su entrada en México. Aunque su general revolvía mil planes en su imaginación, no creyó conveniente trazar ninguno definitivamente hasta no conocer mejor la capital y sus recursos. Para conseguirlo solicitó de Moteuczoma, como dijimos antes, el permiso de visitar el teocali o templo mayor y los demás edificios públicos.

El amistoso monarca no tuvo reparo en consentirlo, y aun dispuso él ir en persona al templo a esperar a su huésped, o quizá también a guardar las aras del Dios de cualquiera profanación, pues que estaba informado del modo de proceder que en semejantes ocasiones acostumbraban los blancos. Cortés, puesto a la cabeza de toda la caballería y de casi todos los infantes, marchó en seguimiento de los caciques que Moteuczoma había enviado para conducirle. Los guías resolvieron llevarle primeramente al gran mercado de Tlaltelolco, situado al Poniente de la ciudad.

En el camino volvió a llamar la atención de los españoles el aspecto de los habitantes y la superioridad que en

el modo de vestir llevaban a los de las ciudades de orden inferior (1). El tilmatli o capa suspendida de los hombros y atada al cuello, hecha de algodón de distinto grado de finura, según las proporciones de su dueño, y el amplio calzón ceñido a la cintura, estaban a veces adornados con ricas y elegantes figuras y guarnecidos de flecos o borlas. Como la estación era ya algo fría, en vez de estas capas usaban algunas otras de pieles o de rico plumaje, reuniendo éstas últimas la belleza a la circunstancia de dar mucho abrigo (2). Los mexicanos poseían, además, el arte de formar hilos finos con el pelo del conejo y otros animales, y de tejer con él una tela delicada, que tomaba los colores más firmes.

Las mujeres, parecía que aquí, lo mismo que en otras partes del país, tenían tanta libertad como los hombres. Vestían basquiñas de diferentes tamaños, con flecos muy ricamente adornados, y a veces traían encima una larga túnica que les llegaba hasta los tobillos; en las clases altas, estos vestidos eran de algodón, finamente tejidos y hermosamente bordados (3). No se usaban aquí, como en otras

(1) «La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Moteuczoma y todos los señores sus vasallos, ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas.» Relación segunda, en Lorenzana, página 109.

(2) Zuazo, hablando de la belleza y abrigo de esta tela, dice: «Vi muchas mantas de a dos haces, labradas de plumas de papos de aves, tan suaves que, trayendo la mano por encima a pelo y a pospelo, no era más que una manta rebellina muy bien adobada; hice pesar una de ellas, no pesó más de seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno, una basta para encima de la camisa sin otro cobertor ni más ropa encima de la cama.» Carta, M. S.

(3) *Sono lunge et large laborate de bellisimi et molto gentili*

partes de Anáhuac, velos, de hilos de maguey o de pelo de animales. Las mujeres aztecas tenían la cara descubierta, y sus negras trenzas flotaban libremente sobre sus espaldas, dejando descubierto el rostro, que aunque de un tinte moreno o por mejor decir amarillento, solía ser agradable y ofrecía esa expresión seria y aún triste que es característica de la fisonomía nacional (1).

Al acercarse al *tianguez* o mercado mayor, los españoles quedaron asombrados de ver la multitud de gente que se dirigía allí, y al entrar en él, esa admiración subió de punto, al ver el gentío que encerraba y el enorme tamaño de la plaza, que era tres tantos mayor que la famosa de Salamanca (2). Aquí se encontraban reunidos todos los comerciantes de Anáhuac, trayendo cada uno de ellos los productos o manufacturas de su país; aquí estaban los plateros de Atzcapozalco; los alfareros y joyeros de Cholula, los pintores de Tetzcoco, los canteros de Tinajocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuacan, los fruteros de los países cálidos, los vendedores de esteras y fabricantes de sillas de Quauhtitlan y los cultivadores de flores de Xochimilco; todos activamente ocupados en alabar sus mercancías y en tráfago con los compradores (3).

La plaza del mercado estaba cercada de un gran pórti-

labori sparsi peresse co le loro frangie ó orletti bien laborati che comparsiccono bennissimo. Relac. d'un gent. huom., en Ramussio, tomo III, fol. 305.

(1) Ibid, fol. 305.

(2) Ibid, fol. 309.

(3) *Quivi concorrevano i Pentolai ed i giogellieri di Cholulla, gli Orefici d'Azicapotzalco, i Pittori de Tetzcoco, gli Searpellini de Tenajocan, i Cacciatori di Xilotepec, i Pescatori di Cuitlahuac i frotajuoli di paesse callidi, gli artefieci di stuoje e di scrane di Quauhtitlan ed i coltivatori de'fiori di Xochimilco.* Clavijero, *Historia de México*, tom. II, pág. 165.

co, y dentro de ella, cada mercancía se vendía en su lugar peculiar. Allí se veía el algodón amontonado en fardos, o hecho vestidos y artículos de uso doméstico: tales como tapices, cortinas, cobertores y otros semejantes. Las sedas de ricos colores primorosamente fabricadas, recordaron a Cortés la alcaicería o mercado de sedas de Granada. En el compartimiento destinado a los plateros se encontraban varios artículos de adorno y de uso, hechos de metales preciosos, o juguetes curiosos, tales como imitaciones de aves y de peces con plumas y escamas de oro y de plata, alternativamente, y cuyas cabezas y cuerpos eran movibles. Estas fruslerías estaban algunas veces guarnecidas de piedras preciosas, y probaban una paciencia y un primor, comparable al de los chinos (1). En otro compartimiento comtiguo al anterior, había muestras de loza y alfarería ordinaria y fina, vasos de madera esmeradamente esculpidos, barnizados o dorados, y de curiosas y graciosas figuras. También había hachas de cobre ligadas con estaño, liga que reemplazaba, y según parece no mal, al hierro. El soldado encontraba allí todos los instrumentos de su oficio; cascos

(1) «Oro y plata y piedras de valor con otros plumajes e argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas, que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas.» (Carta del Lic. Zuazo, M. S.) En seguida enumera el licenciado algunas de las más elegantes manufacturas. Cortés no es menos enfático al expresar su admiración: «Contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, tan al natural de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de piedras que no baste juicio a comprender con qué instrumento se hiciese tan perfecto, y lo de plumas, que ni de cera, ni en ningún troslado se podría hacer tan maravillomente.» (Relación segunda, en Lorenzana, pág. 110.) Pedro Mártir, crítico menos preocupado que Cortés, y que tuvo ocasión de verlas y examinarlas, también atestigua lo exquisito de la hechura, que excedía con mucho en valor al del material mismo. *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. X.

imitando la cabeza de algún animal feroz, con sus espantosas hileras de dientes y un crestón reluciente, teñido con el rico escarlata de la cochinilla (1); el *escaupil* o peto acolchado de algodón; la rica cota de plumaje, y toda especie de armas, como lanzas y flechas con cabos de cobre, y el ancho *maquahuitl* o espada mexicana, con sus filosas láminas de *iztli*. Encontrábanse también navajas y espejos de este mismo mineral duro y pulimentado, que servía a los aztecas para muchos de los usos del acero (2). Había barberías, usando para este oficio de navajas de la clase que acabamos de decir, porque es de saberse que los aztecas, contra la errónea y acreditada opinión que se tiene acerca de los aborígenas del Nuevo Mundo, tenían barbas, aunque pocas. Otras tiendas estaban ocupadas por boticarios que vendían toda especie de drogas, raíces y preparaciones medicinales. En otras partes, finalmente, se veían libros blancos o mapas para pinturas jeroglíficas doblados a manera de abanico y hechos de algodón de pieles, y lo más comúnmente, de fibras de maguey, el *papyrus* de los aztecas.

Bajo algunos de los portales vieron pieles sin curtir y curtidas, y varios artículos de uso personal o doméstico, de cuero. Allí se encontraban de venta animales, tanto brutos como domesticados, y acaso junto a ellos una turba de esclavos con collares al cuello, que indicaban que estaban

(1) Herrera emite la infundada aserción, después de repetida por Solís, de que los indios no supieron hacer uso de la grana hasta que no se las enseñaron los españoles. (*Hist. general*, dec. 4, lib. 8.°, capítulo XI.) Por el contrario, los naturales tenían el mayor esmero en conservar el insecto en los plantíos de *cactus*, formando la cochinilla uno de los principales tributos que ciertas provincias pagaban a la corona. Véanse los mapas de tributos, en Lorenzana, anap. 23-24. Hernández, *Hist. plantarum*, lib. 6.°, cap. CXVI. Clavijero, *Hist. de México,* tom. I, pág. 114, nota.

(2) Véase esto antes.

destinados también a la venta; espectáculo que desgraciadamente no era peculiar de México, bien que aquí la triste condición del esclavo era agrabada por la ciencia cierta que tenía de que aquella vida de degradación terminaría en el momento menos esperado con la terrible muerte del sacrificio.

Los materiales para construír, tales como la piedra, la cal y la madera, por ocupar mucho espacio no se vendían en la plaza, sino que estaban depositados en las calles, a orillas de los canales. Sería muy fastidioso enumerar todos los artículos, tanto de lujo como de diario consumo, que había en aquel famoso bazar; sin embargo, no debo dejar de hablar de los comestibles, una de las cosas que más llama la atención en el *tianguez*. Consistían estos en manjares de todos géneros, pollos y gallinas domésticos, caza de los montes inmediatos, pescados de los lagos y de los riachuelos, frutas en toda la abundancia que es propia de aquellas regiones templadas, legumbres, y, sobre todo, el maíz que nunca faltaba. También había multitud de platillos guisados, cuyo olor incitaba el apetito del descuidado pasajero; pasteles, pan de semillas del país, tortas y otros guisados (1). Junto a estas cosas se encontraban los licores atemperantes o estimulantes; el espumoso chocolate con especias y con su delicado aroma de vainilla, y el pulque o zumo fermentado del maguey. Todos estos objetos y todas las tiendas y pórticos estaban adornados, o mejor dicho cubiertos de flores, por las que había entonces tanta

(1) Zuazo, que parece inteligente en estas materias, concluye su párrafo delicioso con el siguiente elogio de la cocina azteca: «Verduras, huevos asados, crudos, en tortilla, e diversidad de guisados que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles que en el mal cocinado de Medina ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay ni se pueden hallar tales trujamanes». Carta, M. S.

afición como hoy. Las flores parece que son el don espontáneo de aquel suelo fértil, que en vez de producir yerbas venenosas como el de otras regiones, parece que está siempre pronto a cubrir lo que dejó inculto y abandonado la mano del hombre, con la rica y diversificada pompa de la Naturaleza (1).

No cansaré al lector refiriendo todas las pequeñeces que cuentan los crédulos españoles, no obstante que ofrecen interés, porque la habilidad mecánica y las necesidades de aquel pueblo, más bien parecían convenir a una sociedad culta y aún refinada, que no a una nación de salvajes. Pero todo aquello no era más que la civilización material, que no pertenece ni a la una ni a la otra. Los aztecas habían llegado a esa altura media, tan superior a la de las rudas tribus del Nuevo Mundo, como inferior a la de las cultas sociedades del Viejo.

En cuanto al número de los que concurrían al mercado, hay la divergencia de opiniones que es corriente. Los españoles visitaron el lugar varias veces y no hay ninguno que lo regule en menos de ¡40.000!, algunos aún lo hacen subir a más (2). Bien que no se puede descansar en la arit-

(1) Menudas noticias, acaso más extensas de lo que creo que se debieran dar, se encontrarán sobre el mercado de Tlaltelolco en todos los escritos antiguos de los españoles que conocieron a la capital. Entre otros véanse a Cortés, Relación segunda, en Lorenzana, agos. 103, 105. Toribio, *Hist. de los Ind.*, M. S., parte III, cap. VII, parte de Lic. Zuazo, M. S. Relac. d'un gent. huom, en Ramussio, cap. III, fol. 309. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCII.

(2) Zuazo la hace subir a ¡80.000! (Carta, M. S.) Cortés a 60.000. (Relac. seg., *ubi. supra*), el cómputo más moderado es el del Conquistador Anónimo, que dice que de 40.000 a 50.000. *Et il giorno dil mercato che si fa de cinque en cinque giorni visono de quaranta a cinquanta mila persone.* (Relac. d'un gent. huom., en Ramussio, tomo III, fol. 309.) Nueva confirmación de que el cómputo de la población de la capital, que se encuentra en la traducción italiana, ha

mética de los conquistadores; es cierto que a estas ferias que acaecían cada cinco días, concurrían multitud de forasteros, no sólo de las cercanías, sino de muchas leguas a la redonda. Las calzadas estaban llenas de pasajeros, y los canales cubiertos de canoas, en que acudían los comerciantes al gran *tianguez*. Asemejábase aquello a las ferias de Europa, no a las que hay hoy, sino a las de la Edad Media, cuando siendo difíciles las comunicaciones, servían como de punto central para el comercio y ejercían la más importante y saludable influencia en la sociedad. Los tratos se efectuaban por trueques, pero más de ordinario, por medio de la moneda, que consistía en pedacitos de estaño estampados con una figurita semejante a una T, sacos de cacao, cuyo valor se estimaba según el tamaño, y, finalmente, plumas llenas de polvo de oro. Según parece, el oro era materia que servía de moneda en ambos hemisferios. Es muy singular que en sus tratos no hayan hecho uso de pesos, sino que regulaban la cantidad por medidas y por número (1).

En aquella numerosa concurrencia reinaba el orden más perfecto. La plaza era recorrida por oficiales, cuyo objeto era guardar la paz, recoger los derechos impuestos sobre las diferentes mercancías, cuidar de que no se usase de medidas falsas ni de ningún otro fraude, y presentar a los culpables ante la justicia. En cierta parte del mercado había un tribunal de doce jueces, investidos de esos amplios

sido una equivocación. (Véase el capítulo precedente, nota 13.) Esto habría sido acumular dentro del mercado, casi el total de la población de la ciudad. †

† *Por una equivocación se ha usado en la nota 13 del capítulo anterior la voz* inquilino; *debe leerse:* padre de familia o amo de casa.—*N. del T.*

(1) Véase esto antes.

poderes que en los países despóticos se suelen conferir aun a Tribunales muy subalternos. La suma severidad con que en más de una ocasión ejercieron tales poderes, prueba que no eran esos poderes una vana concesión (1).

El *tianguez* de México era, naturalmente, para los españoles, objeto de interés y al mismo tiempo de asombro. Allí veían reunidos como en un foco todos los rayos de la civilización, que habían encontrado esparcidos por todo el país; allí encontraban varias pruebas de habilidad mecánica, de la industria nacional y de los multiplicados recursos que en todas líneas poseían los naturales. Todo esto no podía dejar de infundirles ideas elevadas de la magnitud de tales recursos, de la actividad mercantil y de la subordinación social que tan estrechamente unía a aquel pueblo, y su admiración está plenamente atestiguada por la minuciosidad y energía de sus descripciones (2).

De esta escena bulliciosa se encaminaron los españoles hacia el templo mayor, que estaba cerca de sus cuarteles. Cubría, inclusos sus edificios adyacentes, la gran porción de terreno que hoy ocupan la Catedral, el Mercado y algunas de las calles contiguas (3); el mismo sitio que, probablemente, desde la fundación de la ciudad, había sido destinado a este objeto sagrado. Sin embargo, el actual teocalli no era de construcción muy antigua, pues lo había

(1) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte 3.ª, cap. VII. Relación segunda, en Lorenzana, pág. 104. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33 , cap. X. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, loc. cit.

(2) «Entre nosotros, dice éste último escritor, hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo y en Constantinopla, y en toda la Italia, y Roma, y dijeron: que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño, y llena de tanta gente, no la habían visto.» Ibid, *ubi. supra.*

(3) Clavijero, *Stor. del Messico*, pág. 27.

erigido Ahuizotl, el cual celebró, en 1486, su consagración, con esa espantosa hecatombe de víctimas humanas de que tan espantosas e increíbles descripciones se encuentran en las crónicas (1).

Levantábase el templo en medio de una vasta área, cercada por una pared de cal y canto, de ocho pies de altura, adornada exteriormente por serpientes realzadas, por cuya razón la denominaron *coatepantli*, o pared de las serpientes. Tal emblema era tan común en la escultura sagrada de los aztecas como en la de los egipcios. Este recinto, que era cuadrangular, tenía cuatro enormes puertas que miraban hacia las cuatro calles principales de la ciudad. Sobre cada una de las puertas había una especie de arsenal lleno de armas y aprestos de guerra, y si hemos de creer a los conquistadores, cerca del templo había cuarteles guarnecidos por 10.000 hombres, que servían de policía militar de la ciudad y que ofrecían al emperador un pronto y fuerte recurso en caso de sedición o de alboroto (2).

El teocalli mismo era una sólida pirámide, de tierra y guijarros, cubierta exteriormente con una capa de piedra que acaso serían de esas ligeras y porosas que se empleaban en la construcción de las casas (3). Probablemente era cuadrada y sus caras miraban hacia los cuatro puntos car-

(1) Véase esto antes.

(2) «Et de piu a'habea una guarnigioni di dieci mile huomini de guerra, tuttilletti per huomini valenti, at questi accompagnabano et guardabano la sua persona, at quando se face acualche rumore o ribellione nelle citá o nel paese circunvicino anduvano questi tóparti d'essi per Capitane.» Relac. d'un gent. huom., en Ramussio, t. II, fol. 309.

(3) Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 40.

Al empedrar la plaza no ha muchos años, todavía se encontraron grandes pedazos de piedra labrada, enterrados a 30 o 40 pies de profundidad. Ibid, loc. cit.

dinales (1). Estaba dividida en cinco cuerpos o pisos, cada uno de ellos de menores dimensiones que el que estaba inmediatamente debajo. Tal era la forma ordinaria de los teocallis aztecas que ofrecían la más clara semejanza con las pirámides del Antiguo Mundo (2). El ascenso se verificaba por una escalera hecha por fuera, y que conducía a la parte superior del primer tramo o base del segundo, dando la vuelta alrededor de él; en este segundo había otra escalera semejante que conducía al tercero, y así sucesivamente. El ancho de esta escalera era precisamente el espacio que quedaba excedente de un tramo a otro; por manera que para subir a la cumbre era necesario dar vuelta cuatro veces alrededor del edificio. Estas disposición producía un grande efecto en las ceremonias religiosas, tales como las solemnes procesiones de sacerdotes, que al son de su bronca música, subían dando la vuelta de aquellas enormes pirámides hasta llegar a su cumbre, en la que estaban fijas las miradas de la multitud asombrada.

No es posible asignar con alguna certidumbre las dimensiones del templo, pues los conquistadores se contentaban con juzgar a ojo y no se tomaban nunca el trabajo de una medición o cosa que se le pareciese; pero probablemente no tenía menos de 300 pies cuadrados en la base (3), y

(1) Clavijero lo llama oblongo, fundándose en la autoridad del Conquistador anónimo. (*Hist. de México,* t. II, pág. 27, nota.) Pero este último no habla ni palabra de la figura, y su grabado en madera está tan enteramente desnudo de proporciones, que por él nada puede inferirse. (Relac. d'un gent. huom., en Ramussio, t. III, fol. 307.) Torquemada y Gomara convienen en que era cuadrado. (*Monarq. Ind.*, libro 8.º, cap. XI. *Crónica*, cap. LXXX); y Toribio, hablando en general de la forma que tenían los templos mexicanos, dice que era cuadrada. (*Hist. de los Ind.*, M. S., parte I, cap. XII.)

(2) Véase el apéndice, parte I.

(3) Clavijero, al llamarlo oblongo ha seguido a Torquemada, por lo

como los españoles han contado ciento cartoce escalones la altura no puede haber bajado de cien pies (1).

Cuando Cortés llegó al templo encontró allí a dos sacerdotes y a varios caciques comisionados por el monarca para conducir a aquél en hombros, como lo habían hecho con éste, y ahorrarle la fatiga de subir; pero el general se rehusó a tal cumplimiento y prefirió subir a la cabeza de sus soldados. Cuando llegaron a la cima vieron que esta era una vasta superficie cuyo piso era de anchas losas. El primer objeto con que tropezaron sus miradas fué un enorme pedazo de mármol, cuya figura estaba demostrando que su objeto era extender sobre él a las desventuradas víctimas destinadas al sacrificio. La forma convexa de su superficie tenía por objeto elevar el pecho y facilitar al sacerdote su

tocante al largo; no a Sahagun, que no lo vió ni trae ninguna medición del edificio; y en cuanto al ancho, a Gomara, quien sin embargo dice que no era tan considerable. (*Hist. de México*, t. II, pág. 28, nota.) Como ambas autoridades dicen que era cuadrado, ha sido enteramente caprichoso citarlas el caso. Toribio, que midió un Teocalli de la figura común, en la ciudad de Tonayaca, dice que tenía 40 *brazas*, o 240 pies cuadrados. *Hist. de los Ind.*, parte I, cap. XII.) El templo mayor de México era indudablemente más amplio, y a falta de mejores datos podemos conformarnos con los de Torquemada, que dice que tenía trescientos sesenta pies de Toledo. (*Monarq. Ind.*, lib. 8.°, capítulo XI.) ¿Cómo es que Humboldt habla de la multitud de testimonios que concuerdan en cuanto a las dimensiones del templo? (*Essai polique*, tom. II, pág. 41.) No hay dos autores que concuerden.

(1) Bernal Díaz dice que él contó 114 escalones (cap. XCII). Toribio dice que varias personas que los contaron le dijeron ser más de 100. (*Hist. de las Ind.*, M. S., part. I, cap. XII.) Los escalones apenas habrán podido tener menos de ocho a diez pulgadas de altura. Clavijero afirma que tenían un pie de altura y que por lo mismo el edificio todo, tenía ciento catorce pies exactamente. (*Hist. de México*, tom. II, páginas 28-29.) En historia raras veces es seguro usar de algo más que un *probablemente*.

diabólica tarea de arrancar de allí el corazón. En el otro ángulo de la cumbre estaban dos torres o santuarios compuesto de tres pisos, el inferior de piedra o estuco, y los dos superiores de madera pulidamente labrada. La división inferior encerraba la imagen de las deidades y las superiores, los instrumentos y utensilios para las ceremonias religiosas, o las cenizas de algunos príncipes aztecas que habían elegido aquel túmulo aéreo. Delante de cada una de estas torres había un altar donde ardía aquel fuego perenne cuya extinción habría sido considerada tan funesta para el imperio, como la del fuego vestal lo habría sido en la antigua Roma. Allí estaba también el enorme tambor cilíndrico hecho de pieles de serpientes, tañido tan sólo en ocasiones solemnes, en que difundía un melancólico sonido que se oía a leguas; sonido de daño y de perdición para los españoles, en tiempos posteriores.

Moteuczoma, acompañado del Sumo Sacerdote, se adelantó a recibir a Cortés, cuando éste iba llegando a la cumbre. «Malinche» le dijo: «os habréis fatigado de subir nuestro gran templo», a lo que replicó Cortés con estudiada jactancia: «Los españoles no se cansan jamás.» Entonces, tomándole el monarca por la mano, le señaló los principales lugares de los alrededores. Como el templo era más elevado que todos los demás edificios, era también el mejor y más central punto de vista. Inmediatamente debajo se desenvolvía a sus ojos como si fuese un mapa, la ciudad con sus largas calles y canales, cortados en ángulos rectos, y sus techos o azoteas tan floridos como jardines. Parece que no había cosa que no estuviese animada por el trabajo y el tráfago: las canoas atravesaban de arriba abajo los canales; las calles estaban llenas de gentes rica y vistosamente vestidas; y del gran mercado, de donde acababan de venir, se

levantaba en el aire un murmullo sordo y confuso (1). Desde allí se podía trazar el plano simétrico de la capital, con sus cuatro grandes calles, que salían de las cuatro puertas del *coatepantli*, y que iban a juntarse con las calzadas por donde se entraba a la capital. Esta disposición regular y hermosa, estaba imitada en las pequeñas ciudades del interior, cuyas calles convergían todas hacia el templo mayor, que servía como de foco o centro (2). Desde allí se conocía la posición insular de la capital, bañada por todas partes por las aguas saladas de Tetzcoco, y más a lo lejos por las de Chalco; más allá todavía, se descubría una ancha perspectiva de campos y de bosques, sobre cuyos árboles sobresalían los bruñidos muros de los teocallis, que coronaban igualmente la cumbre de los lejanos cerros (3). La vista se podía espaciar sin obstáculo por toda la base de aquel cinturón de montañas, cuyos neva-

(1) «Tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba más que de una legua.» Bernal Díaz, cap. XCII.

(2) «Y por honrar más sus templos, sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas, que era cosa harto de ver, desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los pueblos menores y barrios, salían los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los teocallis.» Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., par. I, capítulo XII.

(3) «No se contentaba el demonio con los (Teocallis) ya dichos, sino, que en cada pueblo, en cada barrio y a cuarto de legua, tenían otros patios pequeños, adonde había tres o cuatro teocallis, y en algunos más, en otras partes uno sólo, y en cada mogote o cerrejon uno o dos, y por los caminos y entre los maizales había otros muchos pequeños, y todos estaban blancos y encalados, que parecían y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada, parecía que todo estaba lleno de casas, en especial los patios del demonio, que eran muy de ver.» Toribio, *ubi. supra.*

dos picos relumbraban a los rayos del sol matutino; mientras que las elevadas y oscuras columnas de vapor, que salían de la cabeza cana de Popocatepetl, estaban anunciando que el elemento destructor vivía en toda su actividad en el seno del hermoso valle.

Cortés estaba arrobado al contemplar tan grandioso y magnífico espectáculo, expresando sus sentimientos en el tono más animado al emperador que poseía el señorío de aquellos florecientes dominios. Mas sus ideas tomaron luego otro rumbo, y volviéndose al padre Olmedo que estaba a su lado, le indicó cuán a propósito era aquel lugar para plantear la Cruz de Cristo, siempre que Moteuczoma lo permitiese; pero el discreto eclesiástico, con ese buen sentido que tanta falta hacía al comandante en ocasiones como la presente, le hizo ver que semejante propuesta era hoy en extremo importuna, pues que el monarca había mostrado disposiciones muy desfavroables al cristianismo (1).

Cortés suplicó entonces a Moteuczoma que le permitiera entrar en los santuarios, a ver las aras de los dioses; éste, después de una breve conferencia con los sacerdotes, accedió a ello y condujo a Cortés al lugar que deseaba. Encontráronse en un espacioso edificio, cuyas paredes estaban estucadas y tenían esculpidas mil figuras, que representaban el calendario o acaso las ceremonias del ritual. En un extremo del salón había un nicho cuya techumbre estaba ricamente esculpida y dorada. En el altar estaba la colosal imagen de *Huitzilopotchtl,* dios de la guerra de los aztecas. Su contorno estaba lleno de símbolos de mística significación. En la mano derecha tenía un arco, y en la izquierda una haz de flechas doradas, que una leyenda mi-

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra.*

tológica había consagrado como el símbolo de las victorias de su pueblo. Alrededor de su cintura estaba enroscada una serpiente enorme de piedras y perlas, de las que estaba salpicado todo el resto de la imagen. En el pie izquierdo se veían las hermosas y delicadas plumas del hermoso colibrí, que, ¡cosa rara!, dió su nombre a tan horrenda deidad (1). El adorno más notable era una cadena de corazones de oro y plata, suspendida al cuello y emblemática de los sacrificios en que tanto se gozaba. Otro testimonio más evidente que éstos eran tres corazones humeantes y casi palpitantes, como si los acabasen de arrancar a las víctimas, que estaban encima del altar de la deidad.

El santuario adyacente estaba consagrado a una deidad más dulce, a *Tetzcatlipoca,* casi tan honrado como el Ser invisible, el Dios supremo que no tenía imagen ni templo. *Tetzcatlipoca* era el Creador del mundo y velaba sobre él con ojo providente. Se le representaba joven, y su imagen, de piedra negra bruñida, estaba ricamente adornada con oro y plata. Entre sus ornamentos era el principal un escudo tan pulimentado como un espejo, emblema de que todas las cosas creadas se reflejaban en él; mas el culto que se le tributaba no era más dulce ni más manso que el de su compañero, pues que en su altar se veían también cinco corazones palpitantes.

Las paredes de estas capillas estaban manchadas de sangre humana. «¡Hedor más intolerable, exclama Bernal Díaz, que el de los mataderos de Castilla!» Las horrendas figuras de los sátrapas, que vagaban por todas partes, con sus negras vestiduras empapadas en sangre, parecieron a

(1) Véase lo anterior.

los españoles las de los ministros mismos de Satanás (1).

De esta inmunda mansión salieron los españoles al aire libre y Cortés dijo a Moteuczoma con cierta sonrisa: «No comprendo cómo un príncipe tan sabio pueda tener fe en espíritus tan malignos como estos ídolos, verdaderas imágenes del demonio. Si nos permitís que erijamos la Santa Cruz, y la imagen de la Santísima Virgen y su Divino Hijo en vuestros santuarios, ya veréis cuál caen ante ellas las de vuestros falsos dioses.»

Atónito quedó el monarca al escuchar tan sacrílega propuesta: «Estos son, replicó, los dioses que han conducido siempre a la victoria a los aztecas desde que forman una nación; ellos, los que mandan la abundancia y las mieses. Si yo hubiese creído que les inferirías semejante ultraje, nunca hubiera consentido en que os presentaseis ante ellos.»

Cortés, después de algunas expresiones en que se excusaba de haber herido de tal suerte el corazón del emperador, se despidió de él y éste se quedó solo, diciendo que debía espiar el crimen que había cometido exponiendo las aras de sus deidades a la profanación de aquellos extranjeros (2).

(1) «Y tenía en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no había tanto hedor.» Bernal Díaz, *ubi. supra*. Relac. seg., en Lorenzana, pág. 106. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Véase también, para lo relativo a estas deidades: Sahagun, lib. 1.°, caps. III y siguientes. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 6.°, caps. XX-XXI. Acosta, lib. 5.°, cap. IX.

(2) Bernal Díaz, *ubi. supra*.

Quienquiera que examine la gran carta de Cortés a Carlos V, quedará sorprendido de ver que allí se cuenta que sin noticia de Moteuczoma se derrocó a sus ídolos y se erigió la Cruz. (Rel. seg., en Lorenzana, pág. 106.) Este fué un suceso muy posterior. El conquistador escribía sus cartas con demasiada precipitación y concisión para que

Cuando bajaron al atrio pudieron inspeccionar a su gusto los otros edificios contenidos dentro de él. El suelo tenía su pavimento de piedra tan pulimentada, que costaba trabajo que los caballos afirmasen sus pies. Encontrábanse allí otros muchos teocalis, construídos según el modelo del principal, pero de mucho menor tamaño, consagrados a diferentes deidades (1). En su cima había altares donde ardía una llama perpetua, por manera que el conjunto de las de todos los templos de la capital, bastaba para iluminar en noches oscuras sus prolongadas calles (2).

Entre los templos que encerraba aquel recinto había uno dedicado a Quetzalcoatl: era de forma circular y se entraba a él por una abertura que imitaba la boca de un dragón que enseñaba los filosos colmillos, y estaba manchada de sangre. Al echar los españoles una ojeada furtiva sobre la boca de aquel horrible monstruo, vieron reunidos allí los instrumentos del sacrificio y otros objetos horribles. Sus atrevidos corazones se estremecieron a tal espectáculo, y designaron, no sin razón, aquel sitio con el nombre de «Infierno» (3).

haya guardado siempre la exactitud en cuanto al tiempo y las circunstancias; mas en cambio, todo esto lo encontramos en la prolija, parlera e inestimable crónica de Bernal Díaz.

(1) «Cuarenta torres muy altas y bien obradas.» Rel. seg., en Lorenzana, pág. 105.

(2) «Delante de todos estos altares había braseros que toda la noche ardían, y en las salas, también tenían sus fuegos.» Toribio, *Historia de los Ind.*, M. S., parte I, cap. XII.

(3) Bernal Díaz, *ubi. supra.*

Toribio también aplica a este templo el mismo amable epíteto. «La boca ancha como de infierno, y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunos de estos los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima, en especial el infierno que estaba en México, que parecía tras-

Otro edificio es digno de mencionarse para dar una idea del carácter brutal de la religión azteca; un túmulo piramidal que remataba en su parte superior en una ancha armazón de palo. Allí estaban amontonados los cráneos de todas las víctimas humanas, las más de ellas prisioneros de guerra que habían perecido en la abominable piedra de los sacrificios. Uno de los soldados tuvo la paciencia de contar estos espantosos trofeos, y asegura que los cráneos llegaban a 136.000 (1). Aun cuando supongamos abultado este cómputo, siempre es verdad que el Antiguo Mundo no puede competir en esto dignamente con el Nuevo, a pesar de los piramidales Gólgotas que recuerdan los tiempos de Tamerlán (2).

En el recinto del templo mayor había edificios destinados a la habitación de los sacerdotes o a otros objetos religiosos; dicen que su número total ascendía a varios miles. Allí estaban también los seminarios en donde se instruía a la juventud de ambos sexos, principalmente a la de las clases más elevadas e ínfimas de la sociedad.

Las niñas eran instruídas por mujeres ancianas que hacían los oficios de sacerdotisas, como en el antiguo Egipto. Los españoles convienen en que se guardaban en esos establecimientos la moral más severa y el más inmaculado

ladado del verdadero infierno.» *Hist. de los Ind.*, M. S., parte I, capítulo IV.

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra.*

«Andrés de Tapia *que me lo dijo* y Gonzalo de Umbría, las contaron un día, y hallaron ciento y treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas.» Gomara, *Crónica*, cap. LXXXII.

(2) En Gibbon se da noticia de tres respetables colecciones que juntas contenían 230.000 cráneos. (Decline and Fall, edic. of Milman, volumen I, pág. 52, vol. xij, pág. 45. Un *literato* europeo recomienda «la piedad del Conquistador, su moderación y su justicia». Rowe's Dedicatinn of Tamerlane.

decoro. La mayor parte del tiempo lo empleaban los alumnos en instruirse en el complicado ceremonial de su religión. A los niños se les enseñaban todos los elementos de las ciencias que poseían sus maestros, y a las niñas se les enseñaba a bordar y a tejer habilidades que empleaban en el adorno de los templos. Luego que llegaban a una edad conveniente, salían de allí para entregarse al género de vida que mejor convenía a su condición; bien que algunos de los alumnos se dedicaban para siempre al servicio de la religión (1).

En aquel sitio había, además, edificios de un género enteramente diverso: graneros donde estaban guardados los ricos productos de las tierras de la iglesia, y las primicias y demás ofrendas de los fieles; una espaciosa mansión estaba destinada a los forasteros que venían en romería al templo mayor; no faltaban jardines en los que esparcían su sombra grandes y antiguos árboles, ni fuentes abastecidas por los ricos acueductos de Chapoltepec; en suma, allí había todo lo que se necesitaba para la manutención y comodidad de los que habitaban dentro del templo y para el mejor servicio de éste (2).

Aquello era un verdadero microcosmo, una ciudad dentro de otra ciudad, y según la aserción de Cortés ocupaba terreno capaz para quinientas casas (3). En su breve recin-

(1) Véase lo anterior.

El deseo de presentar al lector un cuadro completo de lo que era la capital en tiempo de la Conquista, me ha inducido a repetir en el capítulo anterior y en éste, algunas de las cosas que dije en la introducción a esta historia.

(2) Toribio, *Hist. de los ind.*, M. S.. part. I. cap. XII. Gomara. *Crónica*. cap. LXXX. Relación de un gent. en Ramussio. t. III, fol. 309.

(3) «Es tan grande que dentro del círculo della que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos.» Relación segura, en Lorenzana, pág. 105.

to presentaba los extremos de la barbarie azteca, encubierta con cierta civilización peculiar también de la nación. Los rudos conquistadores sólo descubrían la primera; en los caprichosos y simbólicos rasgos de los ídolos indios, creían ver los rasgos de Satanás mismo; en los ritos y ceremonias religiosos, el código infernal dictado por el mismo demonio, y en el modesto porte y esmerada educación de los alumnos de los seminarios, los artificios de que se valía para seducir a sus alucinadas víctimas (1). ¡Pero antes de que trascurriese un siglo, los descendientes de estos mismos españoles debían discernir en los misterios de la religión azteca los rasgos oscuros y ya borrados de la revelación judía y de la cristiana! (2) Tales son las consecuencias a que llegan el soldado ignorante y el ilustrado literato, y un filósofo acento de supersticiones, bien puede dudar justamente cuál de los dos es más extravagante.

El espectáculo de la superstición de los indios parece que avivó en los blancos el entusiasmo por su religión materna, pues al día siguiente solicitaron de Moteuczoma permiso para convertir en capilla una de las salas del cuartel, y celebrar en ella el sacrificio de la misa. El monarca, cuyo resentimiento se había olvidado muy en breve, consintió en ello y aún les envió algunos de sus artesanos para que les ayudasen en la obra.

Al emprenderla, descubrieron los españoles una puerta que parecía estar recientemente tapada. Era rumor general que Moteuczoma había ocultado los tesoros de su padre el rey Axayacatalt, en su antiguo palacio. Los españoles, sabedores de esta noticia, no tuvieron reparo en satisfacer

(1) «Todas estas mujeres», dice el P. Toribio, «estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el demonio las hiciese modestas», etc. *Hist. de los ind.*, part. I, cap. IX.

(2) Véase el apéndice, part. I.

su curiosidad, abriendo la puerta tapada; encontrándose al abrirla, con que tal rumor no era falso. Viéronse de repente en un salón lleno de ricas y hermosas telas, de manufacturas curiosísimas, de oro y plata en tejos y en granos, y de muchas joyas de gran valía: era el tesoro privado de Moteuczoma, las contribuciones de las provincias tributarias, y en un tiempo la riqueza de su padre. «Yo era entonces mancebo, dice Díaz, y al ver aquello me pareció que todas las riquezas del mundo estaban en aquella sala.» (1) Los españoles, no obstante la alegría que les causó semejante descubrimiento, tuvieron algunos escrúpulos en apropiarse este tesoro, a lo menos por lo pronto; y Cortés mandó que se cerrase la pared de modo que quedase como estaba antes, y prohibió severamente que se hablase del asunto, temeroso de que llegase a oídos de Moteuczoma, que sus huéspedes sabían de la existencia del tesoro.

Tres días bastaron para que quedase acabada la capilla, y los españoles tuvieron la satisfacción de verse dueños de un templo, donde adorar a su Dios a su manera, y bajo la protección de la Cruz y de la Virgen Bendita. Díjose una misa solemne por los padres Olmedo y Díaz, en presencia del ejército entero, dando todos muestras de fervorosa y ejemplar devoción; los unos, dice el historiador arriba citado, porque así acostumbraban hacerlo, y los otros por edificar a los infieles (2).

(1) «Y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos a ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, e como en aquel tiempo era mancebo, e no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas.» *Hist. de la Conq*, cap. XCIII.

(2) Ibid, loc. cit.

CAPÍTULO III

Ansiedad de Cortés.—Prisión de Moteuczoma.—Trato que recibe de los españoles.—Ejecución de sus oficiales.—Moteuczoma puesto en cadenas.—Reflexiones.

(1519)

Ya tenían los españoles una semana de residir en México, durante cuyo tiempo habían recibido del emperador el más amistoso acogimiento; pero el ánimo de Cortés estaba muy distante de estar tranquilo; él ignoraba cuánto tiempo duraría aquella amistad que podían hacer cambiar una multitud de circunstancias; conocía que el mantenimiento de un ejército tan considerable como el suyo, debía ser oneroso al erario del emperador; el pueblo de la capital no debía estar contento teniendo dentro de los muros de la ciudad una fuerza armada y numerosa; debiendo originarse de aquí mil disgustos entre los moradores de la ciudad y los soldados; pues que en efecto, era casi imposible que una soldadesca ignorante y licenciosa permaneciese por mucho tiempo sin cometer desmanes, si no se la empleaba activamente (1). Aún mayor era el peligro con los

(1) «Los españoles», dice francamente Cortés hablando de sus compatriotas, «somos algo incomportables e importunos». Relación segunda, en Lorenzana, pág. 84.

tlaxcaltecas, raza inflamable y hoy puesta en contacto con pueblo, objeto de su odio y de su detestación. Ya habían empezado a correr entre los aliados, algunos rumores, fundados o no, de que los mexicanos murmuraban y aún amenazaban con romper los puentes (1).

Además, aun cuando pudiesen permanecer seguros los españoles en sus cuarteles, esto no les haría progresar en el objeto de su expedición. Cortés no había adelantado poco en apoderarse de la capital que era tan esencial para subyugar a todo el país; pero el día menos esperado podían llegar nuevas de la Corte, o lo que él temía más, del gobernador de Cuba, y un ejército superior al suyo que le arrebatase una conquista apenas comenzada. Agitado por estas reflexiones, resolvió salir del conflicto dando un golpe atrevido. Pero antes determinó someter el negocio a un consejo de oficiales, de los en que mayor confianza tenía, deseando por una parte dividir con ellos la responsabilidad del acto que premeditaba, y por otra interesarlos más fuertemente en su ejecución; haciendo que fuese hasta cierto punto resultado de su determinación simultánea.

Luego que el general expuso el aprieto en que se encontraban, el consejo se dividió en dictámenes. Todos conve-

(1) Gomara, *Crónica*, cap. 83.

Hay fundadas razones para dudar de la verdad de estas historias. «Según una cita original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben a la majestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella a Moteuczoma y a los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era que fué invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles que no veían la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido a sus manos.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., cap LXXXV.

nían en la necesidad de obrar prontamente; pero los unos opinaban por salir salir secretamente de la ciudad y situarse fuera de las calzadas antes de que se les cortase la retirada interrumpiéndolas; los otros eran de parecer que esto se hiciese públicamente, con el conocimiento del emperador, de cuyas buenas disposiciones tenían tantas pruebas. Pero de cualquiera manera que se hiciese la retirada, era impolítica; en aquellas circunstancias y con tanta precipitación, tendría el aire de una fuga, infundiría desconfianza entre ellos mismos, y nada tanto como una demostración de miedo, les acarrearía más seguramente el ataque de los mexicanos y el descontento de los aliados, que debían, sin duda alguna, participar de la opinión general.

En cuanto e Moteuczoma, ¿qué confianza se podía tener en un príncipe que hace poco era su enemigo encarnizado, y cuya conducta vacilante dependía de sus temores y no de su favorable disposición hacia los blancos?

Aún cuando consiguiesen llegar a la costa, su situación no mejoraría gran cosa; eso habría sido proclamar al mundo, después de tantas vanaglorias, que eran inferiores a tamaña empresa. Sus esperanzas de alcanzar el favor del soberano y el perdón por los desmanes que habían cometido, estribaban únicamente en el buen éxito. Hasta hoy no habían hecho más que el descubrimiento de México; retirarse habría sido entregar a otro los frutos de su conquista. En suma, retirarse o quedarse, todo era igualmente desastroso.

En medio de tanta incertidumbre, propuso Cortés un recurso que sólo el hombre más audaz y en el último extremo de la desesperación podía concebir, y era ir al palacio de Moteuczoma y traérselo a los cuarteles españoles; por medios suaves si era posible, o por la fuerza si no se podía de otra suerte; pero de cualquiera manera hacerse de su

persona (1). Con estos rehenes quedarían salvos los españoles de un asalto de los indios, a quienes sin duda retendría el temor de las violencias que aquéllos pudiesen cometer con el monarca; y si venía por su voluntad, no tendrían aquéllos excusa en atacarles. Mientras que el emperador permaneciera en su poder, ellos podían gobernar a nombre de él, con sólo dejarle ciertas apariencias de soberanía, y preparar las cosas del modo que mejor conviniese a la seguridad de los españoles y al buen éxito de la empresa. La idea de emplear a un soberano como instrumento para dominar a su pueblo, nueva en tiempo de Cortés, no lo es en los nuestros.

Una circunstancia de que el conquistador tuvo noticia

(1) Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 84. Ixtlilxochitl, *ubi. supra*. Mártir, *De Orbe novo*, dec. 5, cap. III. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. VI.

Bernal Díaz refiere este suceso de muy distinta manera. Según él, algunos oficiales y soldados (de los que él era uno), sugirieron a Cortés el plan de aprisionar a Moteuczoma, cuyo plan adoptó aquél sin vacilar. *(Hist. de la Conq.*, cap. XCIII.) Pero esto es contrario al carácter de Cortés, que en ocasiones tales, era hombre que conducía, no que se dejaba conducir; es contrario al testimonio general de los historiadores; bien que debemos confesar que principalmente se han fundado en el dicho del mismo Cortés; es contrario a la probabilidad, porque el proyecto es tan desesperado, que apenas se concibe cómo pudo caber en la cabeza de uno; ¿cuánto más inverosímil no es que lo hayan concebido muchos? Finalmente, es contrario a la positiva aserción de Cortés, estampada en sus cartas al emperador, conocida de todo el mundo, circulada por todas partes y confirmada por el capellán Gomara; todo esto en tiempo que los sucesos estaban frescos y que vivían todavía las personas interesadas en contradecirla. No podemos menos de creer que el capitán, en esto como en lo del incendio de las naves, toma para sí y sus compañeros mayor parte de la que les pertenece, olvidos y errores que tienen disculpa en el trascurso de cincuenta años, sin decir nada del manifiesto empeño que muestra por ensalzar la fama de aquellos últimos.

en Cholula (1), ofrecía un pretexto plausible con que cohonestar la prisión del hospitalario monarca; porque es preciso ocultar aún la acción más procaz con cierto velo de decencia. Hemos dicho que un oficial fiel, Juan de Escalante, había quedado en Veracruz con ciento y cincuenta hombres que la guarnecían. Poco después de haber partido para la capital, recibió Cortés una comunicación de Escalante, en que le participaba que un magnate azteca, llamado Quauhpopoca, gobernador de una provincia que quedaba al Norte del destacamento español, le había declarado el deseo de ir personalmente a Veracruz, a jurar fidelidad a las autoridades de esta ciudad, y le pidió cuatro blancos que le protegiesen contra ciertas tribus enemigas por donde tenía que transitar al venir. Como era una petición frecuente, no excitó sospecha ninguna en Escalante; envió, pues, a los cuatro soldados, dos de los cuales fueron asesinados luego que llegaron a manos del pérfido cacique, y los otros dos lograron escapar y se volvieron al campo (2).

El comandante marchó al punto con cincuenta soldados y algunos miles de indios aliados, a vengarse del cacique. Siguióse una reñida batalla; los aliados huyeron de los temidos mexicanos; pero los pocos españoles permanecieron firmes, y ayudados de sus armas de fuego y de

(1) Aún Gomara tiene el candor de llamarlo un pretexto, *achaque*. Capítulo LXXXIII.

(2) Bernal Díaz cuenta esto también de diversa manera. Según él, el gobernador azteca quería obligar por la fuerza a los totonecas al pago de un impuesto, cuando vino Escalante en ayuda de sus aliados, que ya eran vasallos españoles, y fué muerto en un combate. (Cap. XCIII.) Cortés tenía más motivo de saber las cosas, y escribió cuando estaban pasando: no tiene empacho en confesar la severidad de que usaba con los naturales, y por todas estas razones he creído que debía atenerme a su dicho.

la Santísima Virgen a quien claramente vieron aparecer en las filas de la vanguardia, quedaron dueños del campo; costándoles caro, es cierto, pues siete u ocho españoles fueron muertos, entre ellos el valeroso Escalante, que murió a resultas de sus heridas, pocos días después de su regreso al campo. Los indios cogidos prisioneros en la batalla, dijeron que todo había sido hecho por instigaciones de Moteuczoma (1).

Uno de los españoles cayó en poder de los enemigos, pero luego murió de sus heridas; cortáronle la cabeza y la enviaron al emperador azteca. Era extraordinariamente grande y cabelluda, y en las feroces facciones, que la muerte volvía aún más horribles, creyó leer Moteuczoma los siniestros caracteres con que estaba escrita la destrucción de su reinado; al verla apartó la vista con horror y mandó que se la llevasen de la ciudad y que no la ofreciesen ante las aras de ningún dios.

Aunque Cortés había sabido esta noticia estando en Cholula, la había ocultado dentro de su pecho o había confiádola a unos cuantos oficiales enteramente dignos de su confianza, temiendo el mal resultado que ella produciría en el vulgo de los soldados.

Los caballeros a quienes Cortés reunió en el consejo eran hombres del mismo temple que él: su ánimo esforzado y caballeresco veía el peligro como su patrimonio; y si uno

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. V. Relación segunda, en Lorenzana, págs. 83-84.

La aparición de la Virgen la vieron solamente los aztecas, a quienes ponderaron a Moteuczoma lo más que pudieron el suceso para encubrir su derrota; circunstancia muy sospechosa, pero en que, sin embargo, no pararon la atención los españoles. «Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído y así es la verdad, que la misericordia divina, y Nuestra Señora la Virgen María, siempre era con nosotros.» Bernal Díaz, cap. XCIV.

o dos se asustaron al oír la propuesta del comandante, quedaron luego envueltos por los demás, que sin duda consideraban que a desesperados males debían oponer desesperados remedios.

En aquella noche se vió a Cortés paseándose por su aposento de aquí para allá, como si le oprimiese alguna idea o le agitase alguna fuerte emoción. Seguramente estaba repasando en su mente la peligrosa escena del día siguiente (1). En la mañana oyeron misa como de costumbre, dicha por el Padre Olmedo, que imploró la ayuda del cielo en tan aventurada empresa. En cualquier peligro en que se entrase el español, siempre le alentaba la idea de que estaban a su lado los santos (2).

Habiendo pedido a Moteuczoma una audiencia, que concedió fácilmente, comenzaron los españoles a hacer los preparativos necesarios para la empresa. La parte principal de la fuerza fué puesta sobre las armas en el patio del cuartel, y en las avenidas del palacio, se situaron destacamentos que impidiesen al populacho cualquier tentativa para rescatar al monarca; ordenóse que 25 ó 30 de los soldados se encaminasen al palacio en grupos de tres o cuatro y se reuniesen allí como por accidente al tiempo que se verificaba la entrevista; para que le acompañasen, escogió el general a cinco caballeros, que por su valor y serenidad le inspiraban confianza, y fueron: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velázquez de León y

(1) «Paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aún a él mesmo le parecía temerario, pero necesario para su intento andando.» Gomara, *Crónica*, cap. LXXXIII.

(2) Díaz dice que estuvieron en oración toda la noche: «Toda la noche estuvimos en oración con el padre de la Merced, rogando a Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio.» Bernal Díaz, cap. XCV.

Alonso Avila; nombres todos que figuran brillantemente en la historia de la conquista. Iban cubiertos todos ellos; y los soldados rasos, de armaduras completas, cosa que frecuentemente hacían y que, por lo tanto, no despertaba sospechas.

La pequeña comitiva fué amablemente recibida por el emperador, que, mediante los intérpretes, se interesó en una animada conversación con los españoles y desplegó su natural manuficencia regalándoles oro y joyas e hizo al general el cumplimiento de ofrecerle por mujer a una de sus hijas, honor que aquél rehusó respetuosamente, alegando que era casado en Cuba y que su religión prohibía tener varias mujeres.

Luego que conoció que ya se había reunido el número suficiente de soldados, cambió bruscamente su tono afable y en breves términos instruyó al emperador de las traiciones cometidas en la Tierra Caliente y de que a él le designaba por su autor. Moteuczoma escuchó aquel cargo con sorpresa, negó que tuviese participación en aquel acto y dijo que sólo sus enemigos podían imputarle semejante cosa. Cortés replicó que creía en lo que acababa de oír, pero que para probar que fuera cierto era preciso mandar traer a Quahupopoca y sus cómplices, para juzgarlos y tratarlos según sus merecimientos. Moteuczoma no puso obstáculo en ello. Tomando de su brazalete, al que estaba pegada, una piedra preciosa que era el sello real, y que tenía esculpida la imagen del dios de la guerra (1), la entregó a uno de sus nobles, con orden de presentarla al cacique y de requerirle que se presentase al punto en la corte,

(1) Según Ixtlilxochitl, era su mismo retrato. «Se quitó del brazo una rica piedra donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real).» *Hist. chichi.*, M. S., cap. LXXXV.

acompañado de todos los que le hubiesen ayudado al asesinato de los españoles.

Así que hubo partido el mensajero aseguró Cortés al monarca que la deferencia que había mostrado a su súplica le convencía de que era inocente; pero que era necesario que su soberano quedase también convencido, y que de ninguna suerte se conseguiría aquello mejor que trasladando Moteuczoma su residencia a los cuarteles españoles, donde permanecería hasta que viniendo Quauhpopoca se aclarasen enteramente los hechos; ¡este acto de condescendencia sería la mayor muestra de consideración a los españoles, sería incompatible con el bajo proceder que le imputaban, y le absolvería plenamente de todo cargo! (1)

Moteuczoma escuchó aquella propuesta y el pérfido razonamiento en que se le hacía descansar, con miradas de profunda sorpresa; púsose pálido como un cadáver; pero en el instante su semblante se animó con el resentimiento y con el orgullo de su ultrajada dignidad, y exclamó: «¡Cuándo se ha oído que un príncipe como yo, abandone su palacio para rendirse prisionero en manos de extranjeros!»

Replicóle Cortés que no iba en calidad de prisionero y que los españoles le tratarían respetuosamente; que seguiría asistido por su misma servidumbre, y que no se interrumpirían sus relaciones con sus vasallos; en suma, que no haría más que mudar su residencia de un palacio a otro; cosa que acostumbraba hacer. «Es en vano», contestó: «aunque yo consintiese en semejante degradación, mis súbditos no consentirían en ella» (2). Por último, habiéndole urgido mucho, prometió dar a los españoles a uno de sus hijos y a una de sus hijas para que le retuviesen en rehe-

(1) Relación segunda, en Lorenzana, pág. 86.

(2) «Quando yo lo consintiera, los míos no pasarían por ello.» Ixtlilxochitl, *ubi. supra.*

nes, con tal de que a él se les eximiese de tamaña desgracia.

Dos horas habían pasado en discusiones infructuosas, hasta que un esforzado caballero, Velázquez de León, impaciente de la tardanza, y conociendo que intentarlo y no hacerlo era arruinarse, exclamó: «¿para qué estamos perdiendo nuestras palabras con este bárbaro? Ya hemos andado demasiado para retroceder; dejadnos aprisionarle, y si se resiste traspasarle el pecho con nuestros aceros» (1). El tono amenazador y gestos imponentes de que fueron acompañadas estas palabras, intimidaron al monarca, que preguntó a Marina qué era lo que decía el irritado español. La intérprete se lo explicó en los términos más dulces que pudo, y le rogó que acompañase a los blancos a sus cuarteles, donde sería tratado con todo respeto y miramiento; mientras que rehusándose se exponía a la violencia y acaso a la muerte. Marina hablaba a su soberano lo que sentía, y nadie tenía más oportunidad que ella de conocer que tal era la verdad.

Esta última instancia hizo vacilar la resolución del monarca: en vano buscaba por todas partes amparo o simpatías; al echar una mirada sobre los rostros severos y formas robustas de los españoles, conoció que había llegado su última hora, y en voz apenas inteligible, a causa de la emoción, consintió «en acompañar a los blancos y en abandonar un palacio adonde no debía volver jamás». Si hubiese tenido el ánimo del primer Moteuczoma, habría llamado en su ayuda a sus guardias y dejado la vida en los umbrales del palacio, antes que haberse dejado arrastrar por ellos como un cautivo deshonrado; pero el valor del

(1) «¿Qué hace V. M., ya con tantas palabras? O le llevamos preso o le damos de estocadas, por no tornarle a decir que si da voces o hace alboroto que le mataréis, porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas, o las perdamos.» Bernal Díaz, cap. XCV.

último Moteuczoma sucumbió al peso de las circunstancias; ¡él conoció que era el instrumento de un hado irresistible! (1)

Al instante mismo que recabaron los españoles el consentimiento del monarca, se dieron órdenes para que le trajesen su litera. Los nobles que le llevaban y acompañaban, apenas podían creer lo que les contaba su señor, pero el orgullo vino en ayuda de Moteuczoma, y puesto que aquello debía hacerse, prefirió aparentar que lo hacía libremente. Al pasar por las calles la comitiva con los ojos bajos y el ademán abatido, y escoltada por los españoles, comenzó a reunirse el pueblo en grupos y a difundirse el rumor de que el monarca era conducido por la fuerza a los cuarteles de los blancos; y habría origínádose un tumulto, a no ser por Moteuczoma mismo, que exhortó al pueblo a que se dispersase, asegurándoles que iba por voluntad propia a visitar a sus amigos; de esta suerte selló su ignominia, declarando una cosa que privaba a sus súbditos del único pretexto para resistir a aquel acto. Al llegar a los cuarteles españoles, despidió a sus nobles y tranquilizó a la plebe con las mismas razones, ordenándoles de nuevo que se retirasen a sus hogares (2).

(1) Oviedo duda si la conducta de Moteuczoma se debe tener por pusilánime o por prudente. «Al cronista le parece, según lo que se puede colegir de esta materia, que Moteuczoma era o muy falto de ánimo o pusilánime, o muy prudente, aunque en muchas cosas los que lo vieron, lo loan de muy señor y muy liberal, y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio.» Sin embargo, se inclina a creer que era pusilánime. «Un príncipe grande como Moteuczoma, no se había de dejar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles, ni de otra generación alguna, mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huír de su juicio.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 34, cap. VI.

(2) La relación pormenorizada de la prisión de Moteuczoma, se

Recibiéronle los españoles con ostentoso respeto y le dejaron que escogiese los aposentos que mejor le acomodasen; los tales aposentos estaban bien provistos de tapices de algodón y de plumaje y de todos los elegantes objetos que formaban la tapicería india; quedó rodeado de aquellas personas de su servidumbre que eligió, de sus mujeres y de sus pajes, y su mesa era servida con la pompa y abundancia que de costumbre. Daba audiencia como si estuviese en palacio a sus súbditos, que nunca eran admitidos a su presencia sino en corto número a pretexto de guardar mejor orden y mayor decoro. De los españoles recibió señales de acatamiento; ninguno de ellos, ni aun el general mismo, se acercaba a él sin quitarse su casco y sin hacerle todos los honores debidos a su clase, y nadie se sentaba en su presencia sin que él se lo hubiese permitido (1).

No obstante tantas ceremonias y tantas demostraciones, había una circunstancia que claramente indicaba al pueblo que su soberano estaba prisionero: frente a palacio y a la espalda de él había guardias, de a sesenta hombres cada una. Veinte hombres de la una y la otra montaban guardias a la vez y velaban sobre el palacio de día y de no-

encontrará (aunque con las divergencias que son corrientes en cuanto a las circunstancias), en Cortés. Relac. seg., págs. 84-86. Bernal Díaz, cap. XXV. Ixtlilxochilt, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. VI Gomara, *Crónica*, capítulo LXXXIII. Herrera, *Hist. Gen.*, déc. 2, lib. 8.°, caps. II-III. Mártir, *De Orbe Novo,* déc. 5, cap. III.

(1) «Siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas o cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacía gran mesura y honra de todos... Digo que no se sentaban Cortés ni ningún capitán hasta que el Moteuczoma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. XCV-C

che (1). Otra guardia, bajo las órdenes de Velázquez de León, estaba situada en la antecámara. Cortés castigaba en los centinelas el más ligero abandono de sus puestos o el menor descuido con el más excesivo rigor (2); conoció lo que todo español hubiera conocido, que la fuga del emperador les arruinaba. El trabajo de aquella vigilancia incesante multiplicaba mucho las fatigas de los soldados: «Mejor fuera, gritaba un día uno de ellos, que se muriera este perro de rey, y no que nos haga sufrir la vida que tenemos.» Moteuczoma oyó estas palabras y comprendió algo de lo que significaban, por lo que el que las profirió fué severamente castigado (3). Tales muestras de falta de respeto eran muy raras, y aun se pudiera añadir que el noble porte del monarca, que parecía complacerse en tratar con sus carceleros y que jamás permitía que ningún favor o atención del más oscuro soldado quedase sin recompensa, le granjearon todo el afecto que los españoles podían profesar a un bárbaro.

En tal estado se hallaban las cosas cuando se supo que había llegado de la costa Quahpopoca, acompañado de su hijo y de quince magnates aztecas. Había hecho todo el camino en litera, como convenía a su alta clase; al presentarse ante Moteuczoma cubrió sus vestidos con la tosca túnica de nequen, e hizo todas las demás acciones humillantes que eran de costumbre. Aquel aparato de ceremonias cortesanas formaban un contraste con la verdadera situación actual del uno y del otro.

El gobernador azteca fué fríamente recibido por su amo

(1) Herrera, *Hist. Gen.*, lib. 8.º, cap. III.

(2) Una ocasión que tres centinelas abandonaron su puesto sin permiso, fueron sentenciados a una carrera de baquetas; castigo poco diferente de la muerte. Ibid, *ubi. supra.*

(3) Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCVII.

que sometió el negocio (ni podía hacer otra cosa) al examen de Cortés. La averiguación fué hecha sumarísimamente. A la pregunta que hizo el general al cacique diciéndole que si era súbdito de Moteuczoma, replicó aquél: «¿Ni a qué otro señor podía servir?» Queriendo dar a entender que este era el soberano universal (1). No negó la participación que había tenido en el asunto ni intentó escudarse bajo la autoridad del rey, y hasta que no les notificaron la sentencia de muerte a él y a sus compañeros, no se desataron en quejas contra Moteuczoma (2). Fueron condenados a ser quemados vivos en la plaza que estaba frente del palacio. Las fúnebres hogueras se levantaron con flechas, jabelinas y otras armas sacadas con permiso de Moteuczoma del armario que había junto al templo mayor, donde estaban acumuladas en gran número para poder defenderse en el caso de sedición o de alboroto. ¿Con este paso hábilmente calculado, quiso Cortés privar de aquel recurso a los ciudadanos en el caso de resistencia?

Para poner el colmo a tantos hechos extraordinarios, entró Costés en el aposento de Moteuczoma, mientras se completaban los preparativos para la ejecución, acompañado de un soldado que llevaba en las manos unos grillos. En tono muy severo imputó al monarca que era el princi-

(1) «Y después que confesaron haber muerto a los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Moteuczoma, y el dicho Quauhpopoca respondió: ¿que si había otro señor de quien pudiese serlo? Casi diciendo que no había otro y que sí eran.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 87.

(2) «E así mismo les pregunté si lo que allí se había hecho que si había sido por su mandado? Y dijeron que no, aunque después al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados todos e una voz dijeron que era verdad que el dicho Moteuczoma se lo había enviado a mandar y que por su mandado lo habían dicho.» Ibid, loc. cit.

pal promotor de la infamia cometida con los españoles, según resultaba de las declaciones de los que había elegido por instrumentos; díjole que semejante crimen que en un vasallo sería pagado con la muerte, ni aún en un soberano podía quedar impune. Diciendo esto previno al soldado que pusiese los grillos al monarca en los tobillos; se aguardó fríamente hasta que esto se había ejecutado, y en seguida, volviendo la espalda al emperador, se salió de su aposento.

Moteuczoma quedó mudo al recibir este último ultraje; parece que le oprimía un gran peso que le privaba de todas sus facultades; no hizo ninguna resistencia; y aunque no profirió ni una palabra, los sollozos mal reprimidos que se le escapaban furtivamente de tiempo en tiempo, indicaban la angustia de su alma. Sus sirvientes bañados en lágrimas se esforzaban por consolarle; tomaban tiernamente entre sus brazos los pies del monarca y procuraban aliviarlos de la comprensión del hierro, interponiendo entre ellos y los grillos sus capas y sus pañuelos; mas no era posible arrancar el dardo que había traspasado su alma; ¡conocía que ya no era rey!

Entretanto, se ejecutaba la sentencia de muerte en el atrio del palacio. Todo el ejército español estaba sobre las armas para estorbar cualquiera intentona que los mexicanos hiciesen por interrumpirla; el populacho contemplaba con asombro aquel espectáculo que creía ordenado por el emperador; bien que la ejecución misma no le causó gran sorpresa, pues estaba familiarizado con tales escenas y otras aún más horribles que constituían sus diabólicos sacrificios. El cacique azteca, atado de pies y manos contra la fúnebre hoguera, sufrió su terrible destino sin arrojar un grito ni una queja. La fortaleza pasiva es la virtud del guerrero indio; y era la gloria del azteca, lo mismo que del

indio de las demás razas norteamericanas, mostrar que el ánimo de un valiente sabe triunfar de las torturas y agonías de la muerte.

Luego que aquella espantosa tragedia hubo terminado, volvió a entrar Cortés en el aposento de Moteuczoma. Arrodillándose, quitó con su propia mano los grillos al monarca y le expresó cuánto sentimiento y desagrado le había causado tener que someterle a tan duro castigo. El último ultraje había abatido enteramente el espíritu del monarca; así es que él, el que una semana antes habría hecho con su acento temblar aún a las más remotas naciones de Anáhuac, estaba humillado hasta el punto de dar las gracias a su libertador, por tan inmerecida bondad (1).

Poco después, conociendo el general español que su real cautivo ya estaba suficientemente humillado, le manifestó que si era de su agrado podía volverse a su palacio. Moteuczoma lo rehusó alegando, según cuentan, que sus nobles le habían instado varias veces para que vengase sus agravios tomando las armas contra los españoles, y que estando en medio de ellos sería difícil evitarlo o impedir que la capital quedase envuelta en los horrores de una matanza y de la anarquía (2).

El motivo habría hecho honor a su corazón, si éste fuese quien lo dictaba; pero lo más probable es que no haya querido fiar su seguridad a aquellos altaneros magnates,

(1) Gomara, *Crónica*, cap. LXXX. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. VI. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCV.

Es dudoso lo que predomina en Mártir al referir este suceso, si la compasión o el desprecio. «Infeliz tunc Moteuczoma re adeo nova perculsus, formidini repletur, decidit animo neque, jam exigere caput audet, aut suorum auxilia implorare. Illi vero poenam se meruisse fassus est ubi agnus mitis. Aequo animo pati videtur has e ditio civium et proce rum oriatur.» De *Orbe Novo*, dec. 5, cap. III.

(2) Relac. seg., en Lorenzana, pág. 88.

que habían presenciado su degradación y que despreciaban una cobardía de que no había dado ejemplo ningún monarca azteca. Cuéntase también, que al mismo tiempo que Marina le anunciaba el permiso de Cortés, el otro intérprete, Aguilar, le hizo entender que los oficiales españoles jamás consentirían en que se aprovechase de la licencia del general (1).

Sea cual fuere el motivo, es el caso que la rehusó, y el general con gran entusiasmo real o fingido, le abrazó diciéndole: «que le amaba como a un hermano y que todos los españoles estaban interesados por su suerte, desde que él lo estaba en la de ellos.» «Melifluas palabras, dice el rígido cronista que las oyó, pero que Moteuczoma conoció bien lo que valían.»

Los sucesos referidos en este capítulo son, ciertamente, de los más extraordinarios de que hay mención en la historia. Que un puñado de hombres haya entrado en el palacio de un príncipe poderoso, se haya apoderado de su persona, en medio de sus vasallos, se lo haya llevado cautivo a sus cuarteles, haya inferido en su presencia muerte ignominiosa a sus primeros magistrados (probablemente en cumplimiento de sus propias órdenes), haya puesto el colmo a todo, cargándole de cadenas como a un malhechor; que todo esto se haya hecho no a un imbécil, a un impotente, en la decadencia de su fortuna, sino a un monarca altivo, en la plenitud de su poder, estando en el centro de su corte, rodeado de millares de millares que temblaban al ver su ceño y que habrían derramado su sangre por defenderle; que todo esto lo haya hecho un puñado de aventureros, es cosa tan extraordinaria, tan increíble, que parece pertenecer a las páginas de una novela. ¡Y, sin em-

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra.*

bargo, es literalmente verdadero! Pero no participaremos de la admiración de los contemporáneos de tales sucesos, no encontraremos título para justificar la ignominia inferida a un príncipe amigo, por aquellos mismos que actualmente disfrutaban de todos sus favores.

Para ver las cosas de otra suerte, debemos colocarnos en el lugar de los conquistadores y convenir con ellos en la legitimidad del derecho de conquista. Si la conquista era legítima, todo lo que se necesitaba para efectuarla era también legítimo; y no se puede negar que la prisión del monarca era indispensable si los españoles querían conservar su dominio sobre el país (1).

La ejecución del cacique azteca sugiere reflexiones de otro orden. Si era realmente culpable de la perfidia de que le acusaba Cortés, y si el monarca no la había autorizado, el cacique merecía la muerte y el general podía aplicársela, según el derecho de la guerra (2). Pero no es de ningún modo claro que estuviese autorizado para envolver a tantos en aquella sentencia, mayormente cuando casi todos, o acaso todos, habrían obrado por su mandato. El cruel género de muerte a que fueron condenados, no espantará a nadie que conozca la severidad de los Códigos penales en el siglo XVI.

(1) El arzobispo Lorenzana, nada menos que a fines de la centuria pasada, todavía encontraba en las Santas Escrituras, razones con que justificar la conducta de Cortés. «Fué grande prudencia y arte militar haber asegurado al emperador, porque si no quedaban expuestos Hernán Cortés y sus soldados a perecer a traición, y teniendo seguro al emperador, se aseguraba a sí mismo, pues los españoles no se confían ligeramente. Jonatás fué muerto y sorprendid o por haberse confiado de Trifón. Relac. seg., pág. 84, nota.

(2) Véase: Puffendor, De Jure Naturae et Gentium, lib. 8, cap. 6, sec. 10. Wattel, Lowo of Nations, book 3, chap. 8, sec. 11.

Pero si el gobernador era culpable, ¿por qué ultrajar la persona del monarca? Si éste era culpable, el otro, ciertamente, no lo era. Si el cacique sólo había cumplido los mandatos del príncipe, la responsabilidad era toda de éste, mas no podían ser ambos a la vez culpables.

Pero es en vano discutir más sobre esta materia fundándose en principios abstractos acerca de lo justo y de lo injusto y sin atender a que los conquistadores no se tomaban el trabajo de pararse en las sutilezas del casuísmo; su norma de lo justo y de lo injusto, en lo tocante a los indios, era muy sencilla: mirábanles como a raza proscripta, sin Dios ni ley, y participando de las creencias de su época, juzgaron que su misión (para hablar el lenguaje de moda) era conquistar y convertir. Las medidas que acababan de tomar facilitaban, ciertamente, la grande obra de la conquista, pues la ejecución de los caciques llenaba de terror, no sólo a la capital, sino a todo el país, y probaba que no se podía tocar impunemente ni a un pelo de un español. Haciendo a Moteuczoma despreciable a los ojos de su pueblo, se le privaba de la ayuda que podía esperar de él y se le obligaba a buscar el arrimo de un extranjero. Era, sin duda, una gran medida política, pero de la que habrían sido capaces muy pocos de los que conservasen en su corazón un solo rasgo de humanidad.

Un excelente criterio para juzgar de la moralidad de los actores de aquellas escenas, es Bernal Díaz, que escribió sus reflexiones unos cincuenta años después de acaecidas; cuando el fuego de la juventud ya se había extinguido y la vista, al recorrer lo pasado medio siglo antes, podía contemplar los sucesos sin la niebla de las pasiones y de las preocupaciones, a cuyo través suelen verse los acontecimientos presentes. «Ahora que soy viejo me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que

me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios... Porque hay mucho que ponderar en ello.» (1)

Y en verdad que no falta asunto para una meditación no desagradable al reflexionar en los adelantos que, a lo menos especulativamente, se han hecho en el siglo XIX por lo tocante a la moralidad. ¿Pero no debe esto, por otra parte, enseñarnos también a ser tolerantes? ¿No nos debe hacer desconfiados al aplicar a las acciones pasadas la misma regla con que mediríamos las presentes?

(1) «Osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y echalle grillos entre tanto que se hacía la justicia, que muchas veces, ahora que soy viejo me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos, que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios... Porque hay mucho que ponderar en ello.» *Historia de la Conq.*, cap. XCV.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Págs.

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

OJEADA SOBRE LA CIVILIZACIÓN DE LOS AZTECAS

LIBRO SEGUNDO

Págs.

LIBRO TERCERO

Págs.

LIBRO CUARTO

RESIDENCIA EN MÉXICO





